

Fernando Cabrero Fernández

***La aportación de Marcelino Menéndez Pelayo
a la Filosofía Española***

Director: Josep M. Udina i Cobo

Tutor: Jaume Mensa i Valls

Departament de Filosofia

Facultat de Filosofia i Lletres

UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA

TESIS DOCTORAL

2012

Contenido

INTRODUCCIÓN	VII
CAPÍTULO 1 BIOGRAFÍA DE MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO	1
1.1. Datos Generales.	2
1.2. Cronología abreviada de Menéndez Pelayo	4
1.3. Su vida desde el punto de vista de los biógrafos.....	6
1.3.1. Nacimiento y niñez	6
1.3.2. En el Instituto.....	7
1.3.3. Experiencia universitaria en Barcelona	8
1.3.4. Los estudios en Madrid.....	12
1.3.5. Licenciatura en Valladolid.....	13
1.3.6. Amistad con Don Gumersindo Laverde	14
1.3.7. Doctorado.....	15
1.3.8. Viajes al extranjero	18
1.3.9. Menéndez Pelayo catedrático	19
1.3.10. Menéndez Pelayo bibliotecario	20
1.3.11. Proyección de su obra literaria	22
1.3.12. Tiempo de madurez	24
1.3.13. Muerte de Don Marcelino	27
1.3.14. Testamento.....	28
1.3.15. Marcelino Menéndez Pelayo: imágenes en claroscuro	29
1.4. Menéndez Pelayo visto por él mismo	30
1.4.1. Su ser católico.....	30
1.4.2. El sentimiento español	31
1.4.3. Don Marcelino, en el ambiente familiar	33
1.4.4. Los amigos	35
1.4.5. Menéndez Pelayo, concepción política y social.....	40
1.4.6. Datos autobiográficos.....	44
1.4.7. Relaciones sociales	45
1.4.8. Intelectualidad: visión y misión	46
1.4.9. Declaración de sus proyectos	49
1.4.10. Sus gustos o aficiones intelectuales.....	49
1.4.11. Defectos en su erudición	51
1.4.12. Autocrítica intelectual de sus obras.....	52
1.4.13. Poeta, escritor e historiador	55
1.4.14. Menéndez Pelayo en su psicología	57
1.5. Acontecimientos en la historia de España, en la época de Menéndez Pelayo	59
1.5.1. Antecedentes.....	59
1.5.2. La invasión napoleónica y el reinado de José I (1808-1813).....	60
1.5.3. Descolonización americana	62
1.5.4. El reinado de Fernando VII (1814-1833).....	62
1.5.5. El Trienio Liberal (1820 - 1823).....	63
1.5.6. La Década Ominosa (1823 - 1833).....	63
1.5.7. Regencia, guerra civil y revolución (1833-1839).....	64
1.5.8. Regencia de Espartero (1840 – 1843).....	65
1.5.9. Reinado de Isabel II.....	65
1.5.10. La Década Moderada	66
1.5.11. El Bienio Progresista	68

1.5.12.	Los gobiernos de la Unión Liberal	68
1.5.13.	Fin del reinado de Isabel	68
1.5.14.	Sexenio democrático (1868-1874).....	69
1.5.15.	Gobierno Provisional, Constitución y Regencia (1868-1871).....	71
1.5.16.	Reinado de Amadeo I (1871-1873)	72
1.5.17.	La Primera República (1873-1874).....	73
1.5.18.	Dictadura de Serrano (1874).....	75
1.5.19.	Restauración Borbónica	75
1.5.20.	El reinado de Alfonso XIII (1902-1931)	77
CAPÍTULO 2 MENÉNDEZ PELAYO Y LA FILOSOFÍA.....		80
2.1.	Ambiente filosófico del siglo XIX en Europa.....	81
2.1.1.	Idealismo	81
2.1.2.	Neokantismo	85
2.1.3.	Existencialismo	88
2.1.4.	Positivismo.....	97
2.2.	Ambiente filosófico en España en el siglo XIX	102
2.2.1.	El Sensualismo francés	102
2.2.2.	El Eclecticismo	105
2.2.3.	El Krausismo	107
2.2.4.	La Neoescolástica	111
2.2.5.	Positivismo.....	116
2.2.6.	Balmes (una filosofía del equilibrio)	118
2.2.7.	La filosofía del sentido común de Thomas Reid	122
2.3.	Formación Filosófica de Menéndez Pelayo	127
2.3.1.	La Escuela de Barcelona.....	127
2.3.2.	Desaparición de la filosofía escocesa	130
2.3.3.	Universidad de Barcelona	130
2.3.4.	Formación intelectual.....	133
2.3.5.	La doctrina del espíritu nacional.....	137
2.3.6.	Su formación vista por él mismo	139
2.3.7.	Herencia de Llorens i Barba	142
2.3.8.	Legado de Milá i Fontanals	145
2.4.	Panorama del conjunto de su obra	149
2.4.1.	Historia de los Heterodoxos Españoles	151
2.4.2.	Antología de Poetas Líricos Castellanos	153
2.4.3.	Orígenes de la Novela	154
2.4.4.	La Ciencia Española.....	155
2.4.5.	Ensayos de Crítica Filosófica	158
2.4.6.	La Polémica sobre la Ciencia Española	160
2.5.	Juicios Generales sobre Filosofía	165
2.5.1.	Ciencia y Filosofía	167
2.5.2.	Filosofía y Sociedad	172
2.5.3.	El buen hacer en la filosofía.....	174
2.5.4.	Historia de la Filosofía	178
2.5.5.	Los sistemas filosóficos.....	185
2.5.5.1.	Filosofía perenne.....	185
2.5.5.2.	El idealismo	186
2.5.5.3.	El escepticismo	187
2.5.5.4.	Criticismo	189

2.5.5.5.	Empirismo	191
2.5.5.6.	Eclecticismo	192
2.5.5.7.	Escolasticismo	193
2.5.6.	Metafísica	199
2.5.7.	A modo de conclusión	201

CAPÍTULO 3 IDEAS ESTÉTICAS: HACIA UN SISTEMA DE PENSAMIENTO ESTÉTICO EN MENÉNDEZ PELAYO 213

3.1.	Ideas de Estética General.....	214
3.1.1.	Concepto de Estética	214
3.1.2.	El trabajo estético de Menéndez Pelayo en sus obras	215
3.1.2.1.	Estudios y Discursos de Crítica Histórica y Literaria	215
3.1.2.2.	Bibliografía Hispano Latina Clásica.....	228
3.1.2.3.	Biblioteca de Traductores Españoles (BTE)	229
3.1.2.4.	La Ciencia Española	230
3.1.2.5.	El tratado Elemental de Estética	231
3.1.2.6.	La Historia de las Ideas Estéticas.....	234
3.2.	Estética y Teoría General del Arte.....	263
3.2.1.	Ciencia antigua y ciencia en formación	263
3.2.2.	Filosofía y arte	266
3.2.3.	Hechos artísticos e ideas estéticas	268
3.2.4.	División de la estética	270
3.2.5.	Conocimiento y sentimiento en la experiencia estética	271
3.2.6.	El desinterés estético.....	272
3.2.7.	La Belleza como viviente armonía y como fuerza.....	273
3.3.	Filosofía del Arte	274
3.3.1.	La filosofía del arte en general. Lectura de Menéndez Pelayo	274
3.3.1.1.	Autonomía del arte. Arte y vida	274
3.3.1.2.	Arte y vida espiritual	275
3.3.1.3.	El ideal de la sencillez en el arte.....	276
3.3.1.4.	Idealismo y formalismo en el arte.....	277
3.3.1.5.	Arte y moral	279
3.3.1.6.	Intuición artística e intuición filosófica	284
3.3.1.7.	Arte y voluntad. La libertad artística	286
3.3.1.8.	Lo sugerente y lo inefable en el arte.....	287
3.3.1.9.	Lo sublime	288
3.3.2.	Conceptos varios sobre arte	291
3.3.2.1.	Lo perenne y lo efímero	291
3.3.2.2.	La polaridad: individual-colectivo en la obra de arte	292
3.3.2.3.	Arte y técnica	293
3.3.2.4.	El sentimiento de la naturaleza en el arte	295
3.4.	Literatura y arte.....	296
3.4.1.	Conceptos de crítica literaria.....	296
3.4.1.1.	Literatura y humanismo. Críticos y artistas.....	296
3.4.1.2.	Crítica y perspectiva histórica	298
3.4.1.3.	Magnanimidad, en el mundo del arte	300
3.4.1.4.	Normas de crítica positiva. La metodología histórico-comparativa.....	301
3.4.2.	Conceptos acerca de la historia de la literatura	304
3.4.2.1.	Evolución biológica de la historia de la literatura	304
3.4.2.2.	Realidad y naturaleza de las escuelas literarias	308
3.4.2.3.	Literatura española y literatura castellana	309
3.4.2.4.	Fugacidad de las modas literarias	311

3.4.3.	Lenguaje, estilo y filología	312
3.4.3.1.	El valor de la forma. La forma estilística	312
3.4.3.2.	La claridad	313
3.4.3.3.	La sencillez	315
3.4.3.4.	La concisión	318
3.4.3.5.	La hipocresía en el arte literario	320
3.4.3.6.	El valor de la filología positiva. Filología y humanismo	321
3.4.3.7.	Contra el preceptismo	323
3.4.3.8.	Traducción como obra de arte	324
3.5.	La historia como obra de arte	326
3.5.1.	La historia, ciencia experimental y crítica	327
3.5.2.	La historia como expresión de la vida	330
3.5.3.	El historiador y el investigador	332
3.5.4.	Historia y poesía	335
3.5.5.	Historia clásica e Historia del arte	338
3.5.6.	El historiador católico como historiador de la Iglesia	339
3.5.7.	La filosofía cristiana de la historia.	343
3.5.8.	A modo de conclusión	343
CAPÍTULO 4	MENÉNDEZ PELAYO Y SU APORTACIÓN A LA FILOSOFÍA DESDE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA	
	(A MODO DE CONCLUSIÓN).	347
4.1.	El filósofo	348
4.2.	Filósofo historiador	349
4.3.	Su filosofía de la historia	351
4.4.	Filósofo de la historia de España	353
4.5.	La problemática filosófica de Menéndez Pelayo	358
4.6.	Su ideal filosófico	359
4.7.	La Escolástica	360
4.8.	Filosofía y ciencia	361
4.9.	Historia y cristianismo.	363
4.10.	A modo de conclusión	363
BIBLIOGRAFÍA.....		365

Quiero expresar mi agradecimiento al Dr. Josep Manel Udina por su inestimable tutela en la dirección de este trabajo. Sus orientaciones y sugerencias han sido enormemente valiosas y precisas, y en el ámbito personal su apoyo ha sido un estímulo no menos importante para el desenvolvimiento de esta investigación.

Mi gratitud se extiende a todos aquellos que han significado un momento decisivo en mi acercamiento a la Filosofía y a esta investigación. Al profesor D. Fernando Rielo, que incitó mi vocación filosófica.

He de mencionar asimismo a la Dra. Juana Sánchez-Gey por su apoyo decisivo en los momentos difíciles que todo esfuerzo intelectual conlleva, y a los doctores Margalida Font, Francisco Gallo e Isabel Royo en quienes he hallado prudente consejo. En la última etapa de mi trabajo, manifiesto mi sincero agradecimiento al Dr. Jaume Mensa i Valls, ya que su apoyo como interlocutor, ha sido especialmente valioso por encontrarme estos últimos años, lejos de esta universidad, en tierras de Bolivia.

Deseo, finalmente, mostrar mi sincero reconocimiento a todos aquellos que, de múltiples maneras, hicieron posible esta labor, especialmente a la Fundación Fernando Rielo, pues la beca concedida para la elaboración de esta investigación ha sido una decisiva ayuda.

Introducción

Elegimos el presente tema de investigación: la aportación de Marcelino Menéndez Pelayo a la filosofía española, debido al interés que suscitó entre nosotros la profundización en el pensamiento contemporáneo español y catalán. Al poco tiempo de haber iniciado la revisión de los documentos publicados sobre la relación de don Marcelino con el mundo filosófico, pudimos apreciar que éstos eran bien escasos.

La obra de Menéndez Pelayo es fuertemente conocida, más en el campo de su relación con la literatura y con la historia, pero poco estudiada en su condición filosófica. En este ámbito filosófico, su labor ha sido escasamente profundizada. Se han escrito varios artículos sobre su obra, pero la mayoría, o bien versan acerca de aspectos literarios o históricos, o bien se trata de publicaciones comprometidas con la obligación de algún aniversario.

El objetivo, por tanto, de la presente investigación, es el de presentar a don Marcelino Menéndez Pelayo como pensador, profundizando su trabajo en relación con la estética y analizando en general su postura frente a la filosofía. En forma de conclusión, veremos cómo su trabajo historiográfico adquiere en todo momento un tinte filosófico, o lo que es lo mismo, expresa su manera de hacer filosofía desde la historiografía. Una de las dificultades que hemos encontrado es el manejo de su gran obra, que supone el estudio de una gran cantidad de títulos en los cuales se encontraba muy disperso el pensamiento filosófico y estético del autor que estudiamos. Este hecho, unido a los prejuicios existentes durante las últimas décadas hacia don Marcelino, ha constituido un problema añadido en el proceso de elaboración del presente trabajo.

Marcelino Menéndez Pelayo participa de una conciencia filosófica que se traduce en un estilo o forma de contemplar los acontecimientos, muy determinada por la impronta que supo imprimir en nuestro autor la Escuela de Barcelona, en su amplia influencia, que llegaría hasta la universidad. Tenemos presentes de una forma muy especial a sus maestros catalanes, lejanos y próximos; indirectos y personales. Por este orden: Martí d'Eixalá, Llorens y Barba y Manuel Milá y Fontanals. Menéndez Pelayo, en resumen, observa en el estilo manifestado en la Universidad de Barcelona, una tradición vivificante de una cultura que busca impulsos de renovación: la búsqueda de lo concreto desde la conciencia individual y colectiva, un modo de pensar que siempre lleva el elemento histórico, la contextualización de los hechos en el análisis, el estudio de las realidades condicionadas por los hechos.

Gracias a este talante libre de la Universidad de Barcelona, don Marcelino evitó las tendencias vigentes: el krausismo y el escolasticismo. En el fondo de esta huida, subyace la evitación del dogmatismo que intuía en ambas posiciones. Asimismo, se siente condicionado por el contexto filosófico europeo, en el que priman el idealismo

neokantiano, el existencialismo y el positivismo; y por el ambiente filosófico español de la época, que le hace convivir con el sensualismo francés, el eclecticismo, el krausismo, la neoescolástica y el positivismo. Además, en lo personal, su pensamiento estará delimitado por su catolicidad y por el sentimiento español que le inunda constantemente.

Por otro lado es importante tener en cuenta la influencia que sufre de su contacto con don Gumersindo Laverde, que sin ser un personaje excesivamente influyente en la universidad, al estilo de Llorens o Milá en Barcelona, supuso un cambio de rumbo en los trabajos intelectuales del joven, ya licenciado, Menéndez Pelayo. Laverde veía en don Marcelino, un colega joven, que podría concretar los trabajos de investigación soñados por él, pasándole sus notas y apuntes para el programa intelectual que siempre había soñado.

Menéndez Pelayo no se somete a una definición única de filosofía. Entiende ésta como una noble aspiración por alcanzar una síntesis suprema de lo diverso con lo idéntico. Las ciencias particulares han de encontrar su origen y fundamento en la primera ciencia, la metafísica. Recogiendo el programa de Llorens, esencialmente de la célebre Oración Inaugural en la que defendía la doctrina del espíritu nacional, es decir, la renuncia a la importación de filosofías extranjeras, y la invitación a remontar la tradición del país y a avivar los gérmenes de una filosofía nacional. Estas ideas son recreadas por don Marcelino que se propone la restauración del pensamiento español, desde Séneca hasta Balme. Simplemente pretende el renacimiento del espíritu nacional al que se refería Llorens. Nuestro autor aclara y defiende abiertamente que en el pensamiento ibérico hay tales caracteres, aptitudes y rasgos de identidad, que autorizan a concluir que existe un nexo interior y fortísimo entre las especulaciones de nuestros autores que nos llevan a conceder a lo hispánico un lugar aparte en la historia de la filosofía.

De acuerdo con esta visión, don Marcelino señala unas tradiciones o escuelas filosóficas genuinamente nacionales. Se refiere así al lulismo, vivismo y suarismo. Entre las escuelas, destaca el criticismo y el espíritu armónico.

Respecto a la contribución de Menéndez Pelayo a la filosofía española, reconocemos que a él se le debe la constitución efectiva de una Historia de la Filosofía Española, de la que anteriormente sólo existían algunos ensayos desprovistos de calidad científica. Además de los materiales aportados personalmente para la confección de la Historia de los Heterodoxos Españoles, y para la Historia de las Ideas Estéticas, sus monografías sobre Ramón Llull, Arnaldo de Vilanova, Sabunde, Gómez Pereira, el Platonismo en España, la crítica filosófica española debe a Menéndez Pelayo, multitud de aportaciones contenidas especialmente en los Ensayos de Crítica Filosófica, entre los que sobresale la Crítica de la moral naturalista, el extenso ensayo

De los orígenes del criticismo y del escepticismo y sobre todo el ensayo sobre los Precursores de Kant.

Inmerso en el pensamiento español contemporáneo, Menéndez Pelayo participa de las maneras de hacer filosofía desde la perspectiva hispana, es decir, no creando un sistema desencarnado de la vida, sino manifestando a lo largo de su ingente obra, una manera de expresarse, un estilo que siempre da la cara a la filosofía, desde la literatura y desde la confección de la historia. Por este motivo dedicamos buena parte de nuestro trabajo al estudio que realiza don Marcelino sobre la literatura y el arte: aspectos como la literatura y el humanismo, el método histórico-comparativo, o la importancia del estilo, adquieren una relevancia fundamental en la manera de hacer filosofía en nuestro autor.

Menéndez Pelayo no fue apegado a ningún sistema, sino que se consideró como un ciudadano libre y supo experimentar un equilibrio heredado de la convicción del *seny*, una armonía equilibrada que deja atrás falsos progresismos y engañosos tradicionalismos.

La idea de don Marcelino es que sin consideración de la historia, no se puede hacer un buen juicio de la filosofía; la perenne filosofía que buscaba y defendía, le hacía fundir en un sano eclecticismo todas las partes de la verdad que descubrían sus ojos de historiador. De ahí que supo beneficiarse de los avances positivos del siglo XIX, o de las doctrinas filosófico-históricas de las escuelas alemanas, pero poniendo en todo ello su sello personal, su ritmo y decir castizo y católico que dan sentido a toda su obra.

Resumiendo, toda la obra de Menéndez Pelayo es una filosofía de nuestros valores culturales, por él historiados e interpretados: una filosofía española que define como una actitud más que como un sistema, como una peculiaridad en el arte de filosofar, más que como una invención genial en filosofía. Notas características de nuestro pensar son: el dogmatismo teológico, el armonismo, la intención ética, el idealismo realista y el humanismo cristiano.

En el ámbito estricto de la estética, en el que nos hemos fijado en el tercer capítulo, destacamos su valiosa aportación desde sus obras: los Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, la Bibliografía hispano latina clásica, la Biblioteca de traductores españoles, la Ciencia española, el Tratado elemental de estética y sobre todo la Historia de las ideas estéticas.

Las ideas que sobresalen en nuestro autor en este contexto estético son sus reflexiones sobre la estética y la teoría general del arte, la filosofía del arte y la autonomía del arte. El arte en relación con la vida espiritual y con la vida moral, la intuición artística y su vínculo con la intuición filosófica; las características de sugerencia e inefabilidad de lo artístico y el valor de lo sublime. El último apartado en

este capítulo versa sobre la literatura, arte en el que estuvo muy particularmente implicado Menéndez Pelayo. Hemos ordenado el abundante material encontrado, distinguiendo las siguientes nociones: conceptos de crítica literaria, conceptos acerca de la historia de la literatura entre los que destacamos la reflexión sobre la fugacidad de las modas literarias, el valor de la forma (claridad, sencillez y concisión) y la historia como obra de arte; la historia expresión de la vida, el historiador y el investigador, y la filosofía cristiana de la historia.

Entendemos por tanto que don Marcelino Menéndez Pelayo ha realizado una gran aportación a la historia del pensamiento español, a pesar de no poseer obras de madurez que contemplen de forma explícita este objetivo en forma de sistema, y afirmamos que nuestro autor ha incorporado contenidos, métodos y actitudes interesantes, a la elaboración de nuestro pensamiento, pasando por el gran saber de la Estética.

Capítulo 1 Biografía de Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912)

- 1.1. Datos generales
- 1.2. Cronología
- 1.3. Los biógrafos
- 1.4. Menéndez Pelayo visto por él mismo
- 1.5. Acontecimientos en la historia de España

Biografía de Menéndez Pelayo

1.1. Datos Generales.

De Menéndez Pelayo se han escrito varias biografías: hasta el año del centenario de su muerte (1956), ya se habían publicado las siguientes:

- la primera por Miguel García Romero, secretario de la Juventud Católica de Madrid¹. Incompleta pero muy útil para el estudio de la juventud de Don Marcelino.
- El libro de Andrés González Blanco, del mismo año de su muerte, 1912.
- Un pequeño folleto de Gonzalo Cedrún de la Pedraja. (Madrid, librería de Victoriano Suárez, 1912), acerca de la niñez de Menéndez Pelayo. El señor Cedrún, por ser amigo de infancia de Don Marcelino, le da un valor añadido a la obra.
- El libro de Don Luis Antón del Olmet y Arturo García Garraffa; se titula *Menéndez Pelayo* y es un relato anecdótico, muy periodístico, aunque desordenado, alcanzó gran difusión. Fue publicado en la Biblioteca Los Grandes Españoles, vol. VIII (Madrid, Imprenta de Juan Pueyo, 1913).
- En 1914, Adolfo Bonilla y San Martín, escribió: "Marcelino Menéndez Pelayo" (Madrid, Imprenta de Fortanet). Apareció en el tomo IV de los Orígenes de la Novela, de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles. Una de las mejores biografías.
- En 1922, su hermano Enrique, escribió la conocida obra; "Memorias de uno a quien no sucedió nada". (Madrid, Editorial Voluntad, 1922), libro interesante para conocer la intimidad del biografiado.
- En 1927 se publicó el estudio de Miguel Artigas, "Menéndez y Pelayo", (Santander, Imprenta Aldus.1927). Libro divulgador, no solamente de la vida, sino también de la obra llevada a cabo por el autor de la Ciencia Española.
- En 1936, Don. Rafael García y García de Castro, trabajó la casi totalidad de la correspondencia de Don Marcelino para preparar el libro "Menéndez Pelayo, el sabio y el creyente", (Madrid, Ediciones Fax, 1940).

Por lo demás, han aparecido muchos artículos, especialmente con motivo del Centenario del nacimiento de Menéndez Pelayo; estudios, conferencias, antologías, libros y números extraordinarios de revistas de indudable valor para el mejor conocimiento de la vida y la obra de Don Marcelino.

¹ Miguel García Romero. Imprenta Vda. De Aguado. 1879.

Además, tenemos la publicación del Epistolario, que es fundamental, teniendo en cuenta, que estamos hablando de más de quince mil cartas recibidas por nuestro autor estudiado.

En definitiva, una enorme cantidad de precioso material, para conocer lo mejor posible a uno de nuestros mejores humanistas contemporáneos,

“eso es lo que principalmente fue Menéndez Pelayo, el último de nuestros humanistas, con un humanismo humanísimo, si se me permite la redundancia, que empapa y perfuma su vida y su obra toda. Un humanismo muy español y cristiano, que trasciende sabiduría clásica, españolismo y profunda religiosidad”²

Todo lo referido a la vida de Marcelino Menéndez Pelayo ha sido supuestamente conocido, y constituye el material bibliográfico más abundante sobre su obra. Detrás de esa serie de lugares comunes que han dado origen a la leyenda que todos hemos conocido sobre su vida, suponemos que se esconde la figura de Don Marcelino, niño, joven, adulto, más allá de las estereotipos que generalmente se han concebido tomando en cuenta como criterio dominante el punto de vista de su labor académica.

Es una obligación tener presente todos los trabajos biográficos que acometen la vida de Menéndez Pelayo. Uno muy especial, por lo completo y extenso, es la Biografía Crítica y Documental de Marcelino Menéndez Pelayo.³

Se trata de una historia premiada en el Concurso Nacional organizado por la Junta Central del Centenario del nacimiento de Don Marcelino y como dice su autor,

“no puede presumir de historia imparcial y desapasionada. La vida de los grandes hombres no se escribe con esa hipócrita imparcialidad de que alardean algunos autores; por el contrario, las más leídas y celebradas son las que están escritas con pasión; con pasión de amor o con pasión de odio, pero con pasión”⁴.

² Enrique Sánchez Reyes. Biografía crítica y documental de Menéndez Pelayo. Obras Completas. LXVI. p. XIV.

³ Este estudio está realizado por Enrique Sánchez Reyes. Fue premiado en concurso nacional con motivo del Centenario del nacimiento de Menéndez Pelayo, se publicó en 1956 en primera edición, separadamente de las Obras Completas, por no estar éstas aún terminadas. Después se hizo una segunda edición, sustancialmente igual que la primera, por la Biblioteca Biográfica Aedos de Barcelona. Ahora contamos con una tercera edición muy aumentada, y aparece en el tomo LXVI de las Obras Completas, publicadas por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

⁴ Enrique Sánchez Reyes. Biografía crítica y documental de Menéndez Pelayo. OC. Tomo LXVI.p.VII. (Prólogo).

Para nuestro trabajo, podríamos elegir un criterio cronológico con el fin de seguir los pasos del niño que se hizo el hombre Don Marcelino. O bien intentar una vertebración con criterio temático: ¿Quién es el hombre?, ¿cómo se define su obra en relación a su biografía?, ¿Qué opinan los demás sobre su vida y su obra?, etc.

Haremos una descripción temporal que puede ayudar a adquirir una visión, que en este trabajo no es necesario que sea muy abundante, ya que centramos más el núcleo de atención en lo referido a la filosofía y estética. Una biografía breve, puesto que no llegar a cumplir cincuenta y seis años y sin embargo tener una obra tan abundante, lo convierte a Menéndez Pelayo en un personaje singular.

Éste es el esquema breve de una vida, que desarrollaremos después con cierta amplitud:

1.2. Cronología abreviada de Menéndez Pelayo

1856. Nace en Santander el 3 de noviembre. Sus padres fueron Marcelino Menéndez Pintado, profesor de Matemáticas en el Instituto de Santander, y María Jesús Pelayo. Estudió sus primeras letras en su ciudad natal en la escuela de don Víctor Setién, destacando por su aplicación.

1866. Comienza el bachillerato en el Instituto de Santa Clara con gran aprovechamiento, obteniendo premio extraordinario en todas las asignaturas, excepto en Geometría en la que no se presentó por ser su padre uno de los integrantes del Tribunal. Su primer contacto con el ambiente literario lo tiene con la tertulia del librero Hernández, donde acudían su tío Juan Pelayo y algunos redactores de La Abeja Montañesa.

1871. En Barcelona empieza a estudiar la carrera de Filosofía y Letras, teniendo como tutor a José Ramón Luanco, amigo de su padre y profesor en dicha ciudad. Entre los profesores que más le influyeron en esta etapa destacan Francisco Javier Llorens y Manuel Milá i Fontanals.

1873. Con motivo de la sesión solemne conmemorativa de la muerte de Cervantes, lee en el Ateneo de Barcelona el estudio Cervantes considerado como poeta que versó fundamentalmente sobre La Numancia. Se traslada a Madrid, a la Universidad Central, siguiendo a Luanco. Aquí comienza a recopilar datos para su Biblioteca de traductores españoles.

1874. Por problemas con el catedrático de Metafísica, Nicolás Salmerón, se traslada a Valladolid en cuya universidad logra la licenciatura con El examen y juicio de los concilios de Toledo. Por su estudio Conceptismo, gongorismo y culteranismo obtiene el premio extraordinario. A partir de este momento traba una gran amistad

con Gumersindo Laverde, que tanto le influiría para sus trabajos sobre La Ciencia española e Historia de los heterodoxos españoles.

1875. Obtiene el doctorado en la Universidad de Madrid con La novela entre los latinos, que se publicó en Santander ese mismo año.

1876. Se plantea la constitución de una Sociedad de Bibliófilos Cántabros, que al final no se llevará a efecto. Este mismo año, habiendo concluido sus estudios universitarios con brillantísimo expediente, el Ayuntamiento de Santander propone concederle, y la Diputación se adhiere a la propuesta, una ayuda para que pueda viajar, visitando las principales bibliotecas de varios países europeos (Italia, Francia, Portugal, Países Bajos) y reunir información para sus obras.

1878. Obtiene la cátedra de Historia de la literatura española en la Universidad Central de Madrid vacante desde el fallecimiento de Amador de los Ríos. Sus contrincantes fueron José Canalejas, Antonio Sánchez Moguel y Saturnino Milego. Para poderse presentar Menéndez Pelayo, tuvo que rebajarse, por parte del Congreso, la edad para las oposiciones a Cátedras.

1880. Publica el primer tomo de la Historia de los heterodoxos españoles, obra que completaría en 1881.

1881. Con el patrocinio de Valera, es nombrado miembro de la Academia Española cubriendo la vacante dejada por el fallecimiento de Hartzenbusch.

1882. Ingresa en la Academia de la Historia por vacante de Moreno Nieto. Reúne el material para su obra Historia de las ideas estéticas en España.

1884. Es elegido Diputado por Mallorca. Destaca su discurso sobre la libertad de cátedra en contestación a Castelar.

1889. Por encargo de la Real Academia de la Historia dirige la edición completa de la obra de Lope de Vega. Este año es elegido miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

1892. Es confirmado en su cargo de Bibliotecario de la Academia de la Historia, que ya tenía interinamente tres años antes.

1898. Es nombrado director de la Biblioteca Nacional tras morir Tamayo y Baus, cargo que ejercería hasta final de sus días. Dirigió también la recién creada Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.

1901. Ingresa en la Academia de Bellas Artes de San Fernando.

1905. Comienza la publicación de *Los Orígenes de la novela*. Participa activamente en el III Centenario del Quijote, leyendo en la Universidad Central de Madrid su Discurso acerca de Cervantes y el Quijote.

1911. Es nombrado Director de la Academia de la Historia.

1912. Muere en Santander el 19 de mayo.

1.3. Su vida desde el punto de vista de los biógrafos

1.3.1. Nacimiento y niñez

De padre asturiano y de madre santanderina, Marcelino Menéndez Pelayo, nació en Santander, el 3 de Noviembre de 1856. De los siete hijos que tuvo el matrimonio Menéndez Pelayo, solamente vivieron cuatro: Marcelino, Enrique, María Jesús y Agustín que falleció a los veinte años. De los tres hermanos de Don Marcelino, Enrique, de profesión médica, dedicado a la poesía, es el único que influye a lo largo de su vida en las estancias de Barcelona y Madrid.

El Santander que conoció Menéndez Pelayo niño, era una ciudad de transición, entre la forma de vivir provinciana, y las nuevas maneras que impondría progresivamente la industrialización, que coincide de pleno con los años de su infancia:⁵

“hacia mediados del siglo XIX, es cuando Santander, como otras muchas ciudades españolas y principalmente las marítimas, da el primer estirón y crecimiento en la vida moderna, dejando atrás ese tipismo, todo ese residuo de vida medieval ciudadana, que acosado por los progresos materiales y la comunicación creciente entre los pueblos, se refugió, hasta el bien entrado el presente siglo, en la paz de las aldeas”⁶.

⁵ En esta época en Santander, “puerto de Castilla”, estaban en auge la navegación de cabotaje y el comercio con ultramar. “regresaban a la patria algunos *indianos* enriquecidos, que levantaban más cómodas y bellas viviendas, se establecía con regularidad el comercio con el interior; los jándalos montañeses dejaban montado su negocio de exportación de vinos en Andalucía; circulaba la correspondencia franqueada con sello desde 1850; poco después se expedían partes telegráficos, asomaba el tren a Reinosa y se precipitaba peñas al mar cargado de viajeros que venían a tomar los baños de ola que se anunciaban en la Gaceta Oficial”. *Ibíd.* p. 2.

⁶ Enrique Sánchez Reyes. *Biografía crítica y documental de Menéndez Pelayo*. OC. Tomo LXVI.p.1.

1.3.2. En el Instituto

Antes de cumplir los diez años ingresó en el Instituto de segunda enseñanza, del que era profesor su padre, Don Marcelino Menéndez Pintado. Entonces el bachillerato constaba de cinco cursos, en los que se estudiaban las asignaturas fundamentales de Lengua Castellana y Latina, Retórica y Poética, Historia, principios de Filosofía (Psicología, Lógica y Ética), Ciencias Matemáticas y Física y Química.⁷

Aunque no se cursaban idiomas modernos en el bachillerato, Marcelino al terminar estos estudios leía correctamente el francés, el italiano y el inglés, lenguas que había aprendido con clases particulares, y duro trabajo personal.

Un profesor que tuvo especial influencia, fue D. Francisco María Ganuza, que detectó su inteligencia precoz, prestándole especial atención. Le daba clases particulares de latín, y pasaba largas horas en su casa releyendo la abundante biblioteca de clásicos latinos.

Con matrículas y premio extraordinario en todas las asignaturas y en la reválida, terminó la enseñanza media, el año 1871, cuando aún no había cumplido quince años.

“Su pasión por el libro se dio a conocer también por esta época; y digo que se dio a conocer, no que surgió, porque la bibliofilia, como decía su hermano Enrique en la obra antes citada, era algo congénito en él”⁸.

Durante el curso 68 al 69, a pesar de que los trabajos en el Instituto eran un poco más abundantes, le quedaba tiempo para continuar sus clases de latín y cuando probablemente aprendió sin maestro, el italiano. El inglés, lo estudió al año siguiente con el ingeniero británico, residente en Santander, Mr. John Ansell.

Es muy posible que en estos cinco años de estudios humanísticos relevara Marcelino la mayor parte de la literatura de Roma. Con esta extraordinaria preparación, al cumplir los quince años, ejercitado ampliamente en la traducción de poetas latinos, compone varias poesías, y, entre ellas, su poema épico en octavas reales Don Alonso de Aguilar en Sierra Bermeja, composición que no llegó a publicarse

⁷ Entonces el Bachillerato constaba sólo de cinco cursos con pocas asignaturas cada uno, que se detallan a continuación:

Primer año: Latín y Castellano, Doctrina Cristiana e Historia Sagrada

Segundo año: segundo curso de latín y castellano y segundo curso de Doctrina Cristiana e Historia Sagrada.

Tercer año: Retórica y Poética, Geografía e Historia de España y Aritmética y Álgebra.

Cuarto año: Psicología, Lógica y Ética, Fisiología e Higiene, Historia Universal, Geometría y Trigonometría.

Quinto año: Física y Química e Historia Natural.

⁸ *Ibíd*em p.23.

en los primeros tiempos debido a su extensión y, posteriormente, por un lógico pudor del sabio ante su primera producción, que, por nota marginal al manuscrito que se conserva, prohíbe a sus herederos la publicación.

Son célebres en esta época sus trabajos de fin de curso de las diferentes asignaturas, sobresaliendo los escritos sobre “Taxonomía mineralógica, en general. Clasificación de Werner y Haüy”, “Hierro. Su metalurgia y aplicaciones”, “Alejandro Magno- sus expediciones y conquistas. Imperio Macedónico. Grandeza de Alejandro”, entre otros. Trabajos muy reveladores de su vocación, en los que se va intuyendo el interés de Marcelino por cualquier clase de saber, y la facilidad para sintetizar, esquematizar y hacer análisis.

Ya bachiller, no resultó problema en la familia la elección de su carrera. Se manifestaban tan claras sus aficiones literarias que la Facultad de Letras se le ofrecía como objetivo inmediato. Las únicas preocupaciones de sus padres consistían en la elección de Universidad, y los quince años de Marcelino, muy temprana edad para que el natural desvelo de los suyos le permitiese abandonar su ciudad natal sin tutela alguna.

1.3.3. Experiencia universitaria en Barcelona

A Don Marcelino padre, le venía preocupando hacía tiempo, no tanto la decisión de la carrera para su hijo, que por los antecedentes, parecía muy clara, sino a qué universidad le enviaría. Eran tiempos políticamente complicados, y a pesar de que la monarquía se había instaurado nuevamente, desde principios de 1871, con D. Amadeo de Saboya, había una preocupación por la posibilidad del contagio social de los acontecimientos que se venían fraguando en Francia. Por otra parte, él quería que su hijo continuase la excelente formación científica y religiosa que había recibido hasta entonces, bajo su cariñosa tutela y la de algunos de sus compañeros del Instituto de Santander.

En Barcelona, Don José Ramón de Luanco, amigo de la familia y catedrático de Química en aquella universidad, convenció al padre de Marcelino, para que fuera allí, a llevar a cabo sus estudios. La amistad con Luanco se mantuvo hasta la muerte de éste, en 1905.

Ya en las clases, se encontró con Antonio Rubió y Lluc, hijo del catedrático de Historia de la Universidad de Barcelona, Don Joaquín Rubió y Ors. Éste fue en realidad su primer maestro y consejero en materia poética. Menéndez Pelayo estuvo contento, por el ambiente que encontró en la Universidad y en esos primeros tiempos iba presentando diferentes composiciones que presentaba en la revista *Miscelánea Científica y Literaria* de Barcelona. De una manera especial le atrajo la figura de

Manuel Milá y Fontanals, que había sido educado en la antigua Universidad de Cervera, con una profunda base humanística y filosófica. Milá había dedicado principalmente sus estudios a la olvidada Edad Media, sin descuidar nunca a los clásicos. Explicaba principios de Historia de la Literatura General y Española, y como prolegómenos, daba unas lecciones sobre Estética y su Historia. Estas lecciones abrieron para Marcelino un mundo nuevo; las escuchaba atentamente desde los primeros bancos anotando en sus cuadernos.

Por su parte, Milá estaba también entusiasmado con el nuevo alumno, y aunque profesor grave, conversaba familiarmente con este estudiante especial.

Muy destacable en esta época, es la amistad que establece con su compañero Jaime Gres, aficionado a las lecturas de filosofía, con quien comparte conocimientos y confronta lecturas y apuntes de la cátedra de Barcelona.

En general, la pasión por los libros que le había nacido en Santander crece y se perfecciona en Barcelona, al lado de Luanco. Con él salía muchas tardes en la búsqueda de libros raros, y “le hizo penetrar en el campo poco explorado de nuestra bibliografía científica”.

Otro de los educadores en Barcelona, aunque indirecto, fue el profesor Don Francisco Javier Llorens y Barba. No fue profesor suyo, pero ejerció su influencia, en buena parte contagiado por la admiración de los alumnos de cursos superiores que sí lo tenían como profesor en el aula. Su labor pedagógica quedó a juicio de D. Marcelino, como la de Sócrates, archivada no en libros, sino en espíritus humanos.

Menéndez Pelayo joven, supo captar las doctrinas, teorías y procedimientos de este grupo de maestros que aún vivían la influencia del espíritu expuesto en Cervera, y las enseñanzas de Martí de Eixalá, contagiado por lo que se llamó la filosofía del Common Sense, o escuela escocesa, de la que fue uno de los representantes en España, Don Javier Llorens. Sus lecciones, como expondremos más adelante, aunque se publicaron tardíamente, corrían en forma de apuntes tomados por sus mejores alumnos.

“no muchas, pero sí bien aprovechadas fueron las lecciones que Menéndez Pelayo pudo recibir de Llorens. Refiriéndose a Llorens escribe años más tarde estas palabras: *Si él no hubiese faltado, ¿quién sabe si hubiéramos visto una verdadera restauración del espíritu de Vives, expuesto a la moderna y completado con la ontología escolástica?*”⁹.

De los otros tres profesores que oficialmente tuvo ese primer año de estudiante, Don Jacinto Díaz, catedrático de Literatura Latina, Don Antonio Bergnes de

⁹ OC. Tomo LXVI.p.53

las Casas, su profesor de Lengua Griega y Don Ramón Manuel Garriga, no hubo mayor huella académica en nuestro autor.

El más cariñoso, simpático y humano de todos sus maestros, fue el profesor de Geografía e Historia, Don Cayetano Vidal y Valenciano, quien, ejerció su influencia, desde la proximidad de lo humano, a quien en el futuro, Menéndez Pelayo, le dedicaría su tesis doctoral.

Otro gran amigo que tuvo Menéndez Pelayo en Barcelona, el primero sin duda en su afecto, fue su condiscípulo Antonio Rubió y Lluch, hijo de Don Joaquín Rubió y Ors, Lo Gayter del Llobregat, “el patriarca de las letras catalanas, el varón justo, el maestro ejemplar, el poeta en cuyos vergeles sólo han cantado los tres ruiseñores de la fe, de la Patria y del Amor”¹⁰. Amistad no fundada en coincidencias de aficiones y gustos literarios, ni en ideas políticas comunes, ni aun en semejanza de caracteres.

Primer curso, por tanto, fructífero y de gran significado para su formación literaria. En el mes de Julio daba por acabada su primera experiencia universitaria, con cuatro sobresalientes en sus cuatro asignaturas.

Don Marcelino se presentó a los ejercicios de premios extraordinarios en las asignaturas que había aprobado en junio. Estos ejercicios se redactaban sin libros y durante dos horas de encierro. Se manifestó en ellos, la extensión, orden, elegancia y desarrollo perfecto del tema, teniendo en cuenta las circunstancias de edad del examinando y el tiempo breve de ejecución. El ejercicio de Literatura versó sobre *La Historia del Teatro Español*, y el de Latín, *Poetas Trágicos Latinos*. El de Geografía fue sobre *La tierra como cuerpo celeste* y el de Griego, sobre los verbos en $\mu\iota$. Fue precisamente en el ejercicio de griego, que no sacó el premio extraordinario, por no haber desarrollado bien el tema. Lo cual fue un pequeño disgusto para el orgullo del joven estudiante, que estaba acostumbrado a indiscutibles éxitos.

En el siguiente curso, de 1872 a 1873, estudia con aprovechamiento las asignaturas de Literatura Griega con Don Jacinto Díaz, Historia Universal con Don Joaquín Rubió y Ors y Lengua Hebrea con Don Mariano Viscasillas. De las dos primeras asignaturas tenía ya bastantes conocimientos por sus extensas lecturas, por eso afinó en el aprendizaje del Griego, que llegó a dominar con perfección. A pesar de todo, saca tiempo para escuchar en su cátedra a Milá para fomentar su trato y continuar madurando las “Sentencias de Oro” del querido profesor.

Es en este momento, que llega triunfante a su juventud intelectual arrolladora, iniciando la gran obra, que había de realizar durante su no larga vida. Tiene ya aprendido de Llorens y del ambiente de la Universidad de Barcelona unos principios y

¹⁰ CHL.V. 127

métodos en los que está dispuesto a basar el discurso de su pensamiento. Ha estudiado con Milá los fundamentos de la belleza en general y especialmente de la literaria; conoce, en líneas generales la historia y sus ciencias auxiliares; posee el instrumental de idiomas que son necesarios para la erudición; sólo una cosa, que no se enseñaba entonces en la Universidad, le falta: la bibliografía. Hasta ahora sólo ha sido un aficionado a libros raros y curiosos, como su tutor Luanco, casi por afición y afán de colección, pero se perfecciona rápidamente y llegará ser algo pronto, un excelente bibliógrafo.¹¹

Fue en Barcelona, en el año 1873, cuando entre los libros que iba acaparando para enviarlos a Santander, tropezó Marcelino con uno que llevaba por título: Ensayo de una Biblioteca de Traductores Españoles, de Don Juan Antonio Pellicer, que al joven estudioso le sirvió de inspiración de una gran idea. Se propuso inmediatamente escribir con el mismo título, una obra mucho más extensa que reuniría muchos más datos de los que él ya había recogido sobre el tema. De manera que ese mismo año, se inicia la primera obra de envergadura que proyecta el joven universitario: su Biblioteca de Traductores Españoles, obra que estuvo inédita al igual que la Bibliografía Hispano-Latina Clásica, hasta que se llevaron a la imprenta en la Edición Nacional del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Ese año (1873) fue un año de relativa tranquilidad política. El 23 de abril, el Ateneo de Barcelona conmemoró el aniversario de Cervantes con una velada pública, en la que tomó parte Menéndez Pelayo desarrollando el tema: *Cervantes considerado como poeta*. Era su primera actuación en público y obtuvo muchos aplausos en la sala y elogios de la prensa¹².

Había cambiado la modalidad académica, por el cambio de gobierno, pues la república suprimió las notas superiores y Marcelino se quedó por tanto sin los premios extraordinarios a los que se iba acostumbrando.

En resumen, durante ese largo año se había tratado con los más eminentes profesores que tenía la Universidad de Barcelona, había asistido a algunas reuniones de la Academia de Buenas Letras y presenció unos Juegos Florales, donde conoció a los

¹¹ “Dos cursos estudió Marcelino en la Facultad de Letras de la ciudad condal, en cuyas aulas encontró también profesores excelentes y, entre todos ellos, el más notable, don Manuel Milá y Fontanals. «En la cátedra de Milá –nos refiere el propio don Marcelino el año 1908 –no se hablaba más que de Estética y Literatura, pero se respiraba un ambiente de pureza ideal y se sentía uno mejor después de aquellas pláticas tan doctas y serenas en que se reflejaba la conciencia del varón justo, cuyos labios jamás se mancharon con la hipocresía ni con la mentira.» La influencia de Milá en Menéndez Pelayo fue decisiva”. (Juan González Piedra. Vida y obra de Menéndez Pelayo. Temas españoles, Madrid. 1952. p.6.

¹² Puede leerse este discurso en CHL. I. 257.

literatos que entonces destacaban en Cataluña. De paso, sus ilusiones poéticas, a pesar de las bromas de su tutor, se veían alentadas por los amigos y profesores, a quienes recitaba sus poemas.

1.3.4. Los estudios en Madrid

Durante el tiempo de vacaciones, a la vuelta de Barcelona, estuvo trabajando en la redacción del cuerpo de su Biblioteca de Traductores Españoles. Al finalizar el descanso de verano, Don Marcelino Menéndez Pintado, decidió que su hijo fuera a concluir la carrera en Madrid. La vida era intranquila, las partidas carlistas actuaban en Cataluña y el joven no podía alejarse de ellos. Además, su tutor, José Ramón Luanco, pasaría todo el curso en Madrid, formando parte de un tribunal de exámenes.

“tendría que ir a Madrid al año siguiente para hacer el doctorado, allí había buenas bibliotecas, más medios de estudio, podía cursar las asignaturas complementarias para opositar al Cuerpo de Bibliotecarios, y había también algunos buenos profesores, pero ¿quién se cuidaría de él que tanto lo necesitaba a pesar de los diecisiete años que iba a cumplir?”¹³.

Las asignaturas de las que se matricularía en Madrid son: Historia de España, con Don Emilio Castelar, Metafísica con Don Nicolás Salmerón, y Estudios Críticos sobre autores griegos con Don Lázaro Bardón. Además se inscribió voluntariamente en la asignatura de Bibliografía, que explicaba en la Escuela Diplomática, Don Cayetano Rosell.

Por las clases no aparecían ni Salmerón (ex presidente de la República), ni Castelar (presidente entonces), por lo que la enseñanza estuvo en manos de auxiliares. Don Lázaro Bardón, sin embargo, era un constante y buen profesor, con gran amor a la enseñanza, con el que reparó Don Marcelino la debilidad del aprendizaje gramatical del griego. Además, Don Lázaro era un verdadero humanista, un hombre que tomaba las letras clásicas como educación humana, como base y fundamento de cultura, poniendo el elemento estético, muy por encima del histórico y arqueológico, reduciendo el lenguaje a herramienta y no a finalidad.

“no era un comentario ni una interpretación de la Antigüedad lo que de allí sacábamos; era la fascinación del mundo antiguo que allí resucitaba a nuestros ojos y que por todas partes nos envolvía”.¹⁴

¹³OC. LXVI p. 77.

¹⁴ Enrique Sánchez Reyes. Menéndez Pelayo, su época, su obra. Estudio de la Historia de las Ideas Estéticas. Edit. Teide. Barcelona.1962.

El mucho tiempo libre que tenía Don Marcelino lo ocupaba en recorrer bibliotecas y librerías, tomando numerosos apuntes sobre los traductores españoles. Tres de las bibliografías que por entonces compuso fueron premiadas en concurso público de la Ilustración Española y Americana que dirigía Don Abelardo de Carlos. El nombre de aquel joven comenzó a sonar con elogio entre los literatos madrileños.

Asiduo lector de las bibliotecas públicas, colaborador ya de algunas revistas científicas y literarias, el joven escolar se estaba abriendo camino en la Corte y comenzaba a asistir a alguna de sus tertulias literarias. A pesar de todas estas noticias académicas felices, tuvo problemas Don Marcelino con la asignatura de Metafísica que explicaba Nicolás Salmerón, con cuyo contenido krausista no simpatizaba, más aún cuando el Sr. Salmerón les comentó a sus alumnos que no aprobarían, “estoy determinado a no aprobar a nadie que no haya estudiado conmigo menos de dos años”, lo que le llevó a Menéndez Pelayo a decidir su inscripción de la asignatura en Valladolid, con la aprobación paterna. Para allá salió a fines de Julio, donde aprobó sin dificultad alguna.

En definitiva, pasó ese importante curso 1873-1874, por un lado oyendo Don Marcelino al gran humanista Camús, de quien “los antiguos hubieran dicho que las Gracias habían hecho morada en su alma, y que la dulce persuasión habitaba en sus labios”¹⁵, escuchando gustoso la sinfonía cósmica de Castelar, “uno de esos hombres en quienes parece que Dios ha querido derramar pródigamente sus dones para demostrar hasta dónde puede llegar la grandeza de la palabra humana¹⁶” evitando cuando le era posible la artificialidad de la pesada mecánica gramatical que enseñaba Bardón... y sobre todo soportando “las soflamas krausistas, más oscuras que los mismos campos cimerios” de D. Nicolás Salmerón¹⁷.

1.3.5. Licenciatura en Valladolid

En Valladolid se examinó de la asignatura de Metafísica, y al obtener la nota de sobresaliente, estaba en condiciones legales de aspirar al premio de licenciatura. Hace la oposición al premio extraordinario desarrollando el tema: “Conceptismo y culteranismo. Sus precedentes. Sus causas y efectos en la Literatura Española”. Trabajo hecho sin libros, en unas horas de encierro, fatigado por los ejercicios del día anterior.

¹⁵ ECF.10.

¹⁶ OC. LXIII. 307.

¹⁷ Enrique Sánchez Reyes. p.90.

Más tarde, en septiembre, viajó de nuevo acompañado de su padre con el fin de presentarse a los ejercicios de grado, en los que desarrolló un tema que le tocó por sorteo, “Examen y juicio crítico de los Concilios de Toledo”.¹⁸

Éste es uno de los mejores escritos escolares de Don Marcelino, en el que revela no sólo su gran erudición, sino el criterio seguro que se está formando en el autor de la Historia de los Heterodoxos Españoles.

El tribunal estaba compuesto por Don Gumersindo Laverde, como presidente, y los doctores Don Gregorio Martínez Gómez, y Don José Muro, que le otorgan la calificación de sobresaliente. Y señalamos este hecho, que podría parecer sin importancia, por el contacto que supuso con Laverde, que de ahí en adelante marcaría su vida y su obra.

Don Gumersindo Laverde, que fue para él más que un educador, un estimulador de sus energías espirituales, un archivo abierto de datos curiosos, propagador incansable del genio de aquel universitario. Desde entonces y a pesar de la diferencia de edad, nace entre ambos una amistad que durará toda la vida del que Don Marcelino llamó *varón de dolores*.

Pasado el examen de grado, podía aspirar al premio extraordinario de la Licenciatura, que estableció ese año el Ayuntamiento de Valladolid, y que consistía en pagar todos los gastos correspondientes a la gestión del título. La importancia mayor de este evento, además de considerar que ganó el concurso, fue el encuentro con el Dr. Laverde¹⁹

1.3.6. Amistad con Don Gumersindo Laverde

Creemos importante señalar en un pequeño paréntesis, lo que supuso el contacto con Laverde, ya que sin ser un personaje influyente en la universidad, al estilo

¹⁸ El ejercicio que tuvo que ser escrito en poco más de dos horas, hace un detallado relato de los Concilios en su aspecto histórico, con precisión de fechas y cánones, juzga muy certeramente aquellas asambleas que, conservando el carácter eclesiástico, adquieren desde el tercer Concilio un tinte político muy marcado. Habla de la influencia que ejercieron “por la preponderancia que siempre han tenido el saber y el talento, fortificados aquí por el principio religioso” y explica por qué los monarcas buscaban la protección de la Iglesia; llega a afirmar que los Concilios “suavizaron las costumbres de los germanos, pusieron límite a la autoridad real, dieron poderoso impulso a la civilización y cultura”. (Enrique Sánchez Reyes, p.105).

¹⁹ “el nombre de D. Gumersindo Laverde –escribe Bonilla- nos pone en presencia de uno de los varones que mayor influencia ejercieron en los primeros trabajos de Menéndez Pelayo, y a quienes éste entrañablemente amó. Su correspondencia, desde Octubre de 1874 hasta fines de 1890, no sufrió interrupción, y en ella ponía el Maestro todas las efusiones de su alma, dándole además cuenta de todos sus proyectos y trabajos. (Ibíd. P. 106).

de Llorens o de Milá en Barcelona, supuso un cambio de rumbo en los trabajos intelectuales del joven, ya licenciado, Menéndez Pelayo.

Este encuentro fue especialmente fructífero para Don Marcelino, pues de él aprendió madurez y discreción. Laverde fue un gran acicate en muchas tareas asombrosas que el joven Marcelino fue concibiendo, “sin su estímulo y dirección, describe Menéndez Pelayo, no se hubieran escrito los estudios de éste sobre historia de la ciencia española. Lo curioso es que Laverde no fue como tal profesor suyo, y por tanto no se le puede señalar ninguna influencia doctrinal que imprima sello sobre él. En palabras de Miguel Artigas: *Yo diría que Laverde, como se puede hacer con un reloj normal, le adelantó la hora*²⁰.

Laverde tenía entonces treinta y nueve años, estaba ya un poco envejecido por la enfermedad nerviosa que le aquejaba. Veía así en el joven Marcelino un colega joven que podría concretar los trabajos de investigación soñados por él²¹. Le trasmite sus notas y apuntes, “es su archivo viviente”, porque aquel hombre que había leído muchísimo, y conservaba una feliz memoria, es como una enciclopedia abierta. Hasta para redactar el prólogo de *La Ciencia Española* le pide auxilio a Menéndez Pelayo.

Poco después, llegó a tal extremo su debilidad física y mental que Don Marcelino, a quien él acude angustiado, tiene que escribirle el discurso sobre Fox Morcillo. Muerto Laverde, depurado todo aquel caudal enorme de conocimientos que había acumulado con laboriosidad, va caminando con sabor y regusto de ciencia sin vanidad. Con una autoeducación que alcanza límites extraordinarios.

1.3.7. Doctorado

Terminada la licenciatura salió para Madrid, donde se matricula de las asignaturas del curso de Doctorado: Estética, Historia Crítica de la Literatura Española e Historia de la Filosofía, de los que respectivamente eran sus catedráticos, Francisco Fernández, José Amador de los Ríos y Francisco Paula Canalejas. Aprovechó ahí Marcelino, para continuar sus apuntes sobre Traductores Españoles en cuantas bibliotecas públicas y particulares podía visitar. Coincidió ese tiempo con la proclamación y entrada de Alfonso XII en Madrid, por lo que hubo más tiempo para desarrollar una actividad académica particular.

Con Fernández y González estudió un curso de Estética, del que no trascendió ningún dato extraordinario a la formación de Don Marcelino. Con Amador de los Ríos,

²⁰ Citado por Sánchez Reyes. Obra citada. P. 108.

²¹ “ya que yo me he quedado en germen, consuélome con esperar que usted será el árbol completamente desarrollado”. Carta de Laverde a Menéndez Pelayo. 4-VII-1875. Epistolario. I.

ya tenía trato desde el curso anterior. Era este profesor, afable y cariñoso, constituyendo uno de los mejores recuerdos de sus docentes en Madrid.

En las clases de doctorado se aficionó a los estudios árabes de los que tanto Amador de los Ríos como Fernández y González echaban mano con frecuencia. No llegó a manejar el árabe, pero sí conocía con detalle la cultura literaria y filosófica de los árabes. Consiguió a final de curso, sobresaliente y premios extraordinarios en las tres asignaturas en las que estaba matriculado. Leyó su tesis sobre *La Novela entre los latinos*, y obtuvo la calificación de sobresaliente. Al imprimir esta tesis doctoral la dedica a “D. José Ramón de Luanco, catedrático de la Universidad de Barcelona”. Él había sido el tutor cariñoso, que supo emplear el humor para contener su carácter impetuoso, el guía que paso a paso le introduce por los caminos de la bibliofilia, el maestro del buen sentido.

Después de un verano de vacaciones en su tierra, regresa a Madrid, donde tiene pendiente el concurso al Premio extraordinario, en el que compite con Joaquín Costa. Concurso que ganó con un trabajo escrito acerca de “Doctrina aristotélica en la Antigüedad, en la Edad Media, y en los tiempos modernos”.

Cuando viaja a Madrid, con motivo de iniciar los estudios del doctorado, y también durante algunos años después, siendo ya catedrático, continuaba asistiendo a las tertulias de los hermanos Pidal.

Tenía entonces en mente la posibilidad de realizar un trabajo para el que llevaba tiempo reuniendo datos acerca de lo que sería más tarde la Historia de los Heterodoxos Españoles. Había cambiado sus planes y aunque se habían anunciado ya las oposiciones para el cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios, prefiere salir a completar su educación fuera de España, tener contacto con otras culturas, conocer hombres eminentes de otros países, escudriñar en bibliotecas de otras naciones y formarse en la disciplina del método histórico-crítico.

Recapitulando, la formación universitaria de Menéndez Pelayo que culmina con el doctorado, tenemos a un niño-joven de catorce años, que había acabado su formación en el Instituto de Santander, con extensos conocimientos sobre todas las asignaturas del bachillerato, saboreador ya de los autores clásicos. Con tal preparación preuniversitaria, la influencia de la Escuela de Barcelona deja honda huella en su espíritu. Como resultado, el fondo de la Estética de Menéndez Pelayo es el mismo que el de Milá, con las mismas líneas generales.

No se hace medievalista como su maestro, pero sí aprende como entusiasta del Renacimiento, a no mirar con desdén ni llamar bárbaras como se decía en esa época el pensamiento de la época medieval. En Madrid aprendió aspectos de importancia, con Amador de los Ríos, otro medievalista literario, poniendo el acento en el aspecto divulgador, más que en el de la crítica y la erudición. Pero el principal maestro de

Madrid, es Alfredo Adolfo Camús, con el que Menéndez Pelayo volvió a saborear las maravillas del latín y aprendió a dominar el mecanismo gramatical del griego con Bardón, su reconocido profesor.

A partir de ahí, el propósito de Don Marcelino, era conseguir una plaza de bibliotecario en la Biblioteca Nacional para poder continuar viviendo en Madrid, donde encontraba tantos medios para su estudio y se había creado un ambiente de relaciones que se prometía interesante²².

Como no salían plazas para este trabajo, el ayuntamiento de Santander, y la Diputación Provincial, reconociendo la preparación de esta joven promesa, acordó concederle una pensión para que pudiera salir al exterior para ampliar sus estudios y conocer y trabajar en las principales bibliotecas nacionales y extranjeras.²³

Habían cambiado entonces los planes, y a pesar de las oposiciones anunciadas, para el Cuerpo de Archiveros-Bibliotecarios, prefiere salir a completar su educación fuera de España. Pero antes tenía que terminar algunos trabajos que llevaba entre manos como la publicación de su libro de versos, que estaba ya en poder de Valmar para que lo prologase, y la del tomo primero de una serie de Estudios críticos sobre Escritores Montañeses.

A fines de febrero de este año sale de la imprenta el volumen primero de estas biografías montañesas, sobre Trueba y Cosío, que está dedicado “al Excmo Ayuntamiento de Santander en testimonio de profundo respeto y gratitud eterna”. Es la primera ocasión que se le presenta para mostrar su agradecimiento de un modo público a la Corporación. De este libro publicarán comentarios elogiosos, Milá para El Polybiblion de París, y Amós de Escalante. También Laverde, en la Revista de España.

En este periodo, también planifica junto con Laverde, que ya se encontraba con la salud excesivamente deteriorada, la creación de la Sociedad de Bibliófilos Cántabros, de una Biblioteca de Filósofos Españoles dirigida por Don Marcelino, que pudiera publicar Medina y Navarro; el artículo sobre Traductores de Horacio, a punto ya de

²² Luanco, que le conocía bien, le escribe el 2 de enero de 1876, creyendo que está a punto de ser nombrado empleado en la Biblioteca Nacional: “Grande será mi contento si logras entrar en la Biblioteca Nacional y Dios quiera que así sea. Allí harás mejor carrera que en el profesorado, porque esto no alcanza hoy honra ni provecho”. (Enrique Sánchez Reyes. p. 136).

²³ El reconocimiento oficial por su pueblo del talento y aplicación de Menéndez Pelayo y la ayuda económica para que pudiera ampliar sus estudios en el extranjero, son más de alabar por lo insólito que eran en tal época y porque no obedecen a presión, ni caciquismo, ni compadrazgo de ninguna clase, sino que fueron acuerdos tomados espontáneamente, sin la menor intervención del interesado, que, sorprendido gratamente por la noticia, escribe el 20 de enero, dos días después de haberse votado la primera subvención, a su amigo Laverde: “el ayuntamiento de esta ciudad, en sesión de anteanoche, a propuesta del Alcalde y sin la menor noticia por mi parte, acordó por unanimidad, concederme una subvención de 12.000 reales para que viaje al extranjero y estudie las literaturas extrañas en el modo, tiempo y forma que me parezcan convenientes.” (Ibidem. P. 139).

convertirse en libro, el plan de los Heterodoxos y el de las Ideas Estéticas, así como el desarrollo de la polémica sobre la Ciencia Española, y de otros mil proyectos, que brotan en la mente de Laverde, y que siempre recoge Don Marcelino.

1.3.8. Viajes al extranjero

Marcelino se disponía a viajar con las pensiones que le habían asignado el Ayuntamiento y la Diputación. La guerra carlista había terminado, el pretendiente, Carlos VII, había regresado tras su frontera. Alfonso XII entraba victorioso en Madrid y Martínez Campos se encargaba de dirigir la campaña de Cuba. En Filipinas se habían obtenido algunos éxitos, gobernaba Antonio Cánovas y se abrían las Cortes de la Restauración. Todo prometía una etapa de tranquilidad que los padres de Don Marcelino aprovecharon para conceder una mayor autonomía a su hijo, dada la nueva etapa que iba a comenzar, fuera de España.

Antes de ponerse en camino Don Marcelino, había recibido una carta de Laverde²⁴ en la que le alertaba acerca de la relación entre la promoción científica de una nación y la genialidad de ese pueblo, referido a los siglos XVI, XVII y XVIII. Con lo que de alguna manera comienza el interés de Menéndez Pelayo, expuesto en otro lugar de nuestro trabajo, acerca de lo que la historia denominará las Polémicas. Algunos aspectos de la carta son expresados así: “el asunto (de la calidad científica de la España de los siglos XVII y XVIII), como usted ve, es de importancia y de honra nacional, ya que yo no puedo, desearía que usted empuñase la pluma y refutase, con la extensión conveniente... el aserto infundado del buen Azcárate”.

Marcelino escribió el artículo de contestación a Azcárate que pedía Laverde y con esto comienza la Polémica sobre la Ciencia Española.

²⁴ Laverde se expresa en su carta, en estos términos: “en una serie de artículos que Gumersindo de Azcárate está publicando con el título de El Self Government y la Monarquía Doctrinaria, hallo el siguiente párrafo (Revista de España, número 1914) “Según que, por ejemplo, el Estado ampare o niegue la libertad de la ciencia, así la energía de un pueblo mostrará más o menos su peculiar genialidad en este orden y podrá darse el caso de que se ahogue por completo su actividad, como ha sucedido en España durante tres siglos”. Estos tres siglos ya se sabe que para el señor Azcárate son el siglo XVI, el XVII y el XVIII. No puede uno leer con calma afirmaciones tan desprovistas de fundamento, que contribuyen a generalizar erróneas creencias respecto a nuestro pasado científico, y, por ende, a retraernos de su estudio como de cosas que poco o casi nada valen, cuando basta echar una ojeada al índice por materias de Nicolás Antonio....para conocer cuán grande actividad científica hubo entre nosotros durante esos tres siglos”. (Continúa la carta de Laverde, aportando datos de más de cincuenta representantes de la ciencia española, que detalla sólo a modo de ejemplo)... “el asunto, como usted ve, es de importancia y de honra nacional, y ya que yo no puedo, desearía que usted empuñase la pluma y refutase con la extensión conveniente, en forma de artículo o de carta, el aserto infundado del buen Azcárate... usted puede como nadie escribir dicho artículo; mándemele y yo cuidaré de publicarlo donde más convenga. Tiene esto mayor interés cuanto que el ataque va indirectamente contra el catolicismo”. Carta de Gumersindo Laverde (7-IV-1876). (Epistolario. II.).

Entre tanto, tiene además terminado y en manos del editor, el tomo de Estudios Poéticos, (su primer libro de poesías) y el Horacio en España. Esta obra intelectual deja pasmados a nuestros eruditos que le aplauden. Conoció Portugal (Coimbra y Lisboa) y regresa a Santander. Dos meses después parte hacia Roma²⁵, la Biblioteca Angélica, la de San Agustín, la Corsiniana, la de los Dominicos y la Barberina. Visita también Venecia, Milán (*Buena cosecha hice en la Biblioteca Ambrosiana*)

En junio de 1877 estaba en París. Y el 30 de agosto tenía ya preparado el primer volumen de los Heterodoxos. Más tarde regresa a París, Lovaina, Amberes, La Haya, Amsterdam, recogiendo libros raros españoles. En diciembre de ese año estaba de nuevo en Santander. Más tarde, viaja hacia las bibliotecas de Sevilla, sale a Inglaterra, en Cambridge, Oxford y en el British Museum de Londres.

A la vuelta, surgió la noticia del fallecimiento de Don José Amador de los Ríos, catedrático de Historia Crítica de la Literatura Española, en Madrid. Esto trastorna por completo sus planes de viajes por el extranjero, pues le obligaba a prepararse para hacer la oposición a la cátedra vacante, que parecía una oportunidad única.

1.3.9. Menéndez Pelayo catedrático

Se presentó Don Marcelino a estas oposiciones, para lo que se tuvo que rebajar la edad de los candidatos. Se reformó la ley cambiando el límite de edad de participación, de los veinticinco a los veintiún años²⁶.

Desempeñó su labor docente durante veinte años, o sea hasta 1898, año en el que, nombrado director de la Biblioteca Nacional, cesa en su cátedra.²⁷

²⁵ Desde Roma, apasionado por las visitas que hace a los monumentos de la ciudad eterna escribe: “por lo demás, paso casi todo el día en las bibliotecas y voy haciendo rica cosecha de datos y apuntamientos. Llevo recorridas la Biblioteca Angélica, la de San Agustín, la Corsiniana, la de los dominicos o de la Minerva y la Barberina”. A esta carta acompaña el primer artículo de los cinco que para la revista La Tertulia, escribe con el título general de Cartas de Italia. (CHL.V.).

²⁶ Menéndez Pelayo pretende reivindicar por segunda vez su indudable derecho a opositar a cátedras, ya que el Real Decreto de 2 de abril de 1875, aprobando el Reglamento de oposiciones, en el que se fijan las edades de veintitrés y veinticinco años para cátedras, respectivamente de Instituto y de Universidad, no podía afectarle a él, licenciado antes de esa fecha y matriculado ya, y a punto de terminar el doctorado, con todos los derechos y prerrogativas que le concedía la, hasta entonces ley vigente de junio de 1865, que quería derogar ahora, en perjuicio suyo y con efecto retroactivo, un Real Decreto del que ni se había dado aún conocimiento a las Cortes. (Enrique Sánchez Reyes. p. 184).

²⁷ El nuevo profesor se dedicó con todo entusiasmo a su tarea de cátedra que daba por las tardes de tres a cuatro y media. No explicaba la asignatura íntegra en cada curso, como entonces era costumbre y hasta creo que precepto legal, sino que la fue estudiando por periodos y géneros literarios, con detenimiento y abundante copia de documentación, en los veinte años en que ocupó la cátedra. En estos meses de 1879, trató de la Literatura Hispano-Latina. *Ibíd.* p.201.

Con el triunfo de sus oposiciones la popularidad que ya tenía Don Marcelino como docente era grande y acudían no solamente los alumnos matriculados, sino algunos profesores y otros estudiosos. Además de las lecciones de clase en sus dos primeros años de profesorado, dio conferencias en la Juventud Católica. De esta época, antes de 1883, son algunos estudios reproducciones de capítulos de los Heterodoxos, que aparecen en la Revista Hispano-Americana, en la Revista de Madrid, en la Revista Europea, en La España y hasta en La Ciencia Cristiana y el Siglo Futuro.

Entre tanto, su fama se había extendido dentro y fuera de España. Le reclamaban las revistas literarias, los periódicos, las editoriales, los escritores, academias y asociaciones, la alta sociedad madrileña en cuyos salones fue entrando acompañado de Don Juan Valera.

Fue especialmente célebre el *Brindis del Retiro* con motivo de las fiestas centenarias de Calderón de la Barca, en el que ensalza la fe católica, y la libertad del municipio español. En él arremete contra la Casa de Borbón, “que había asesinado la libertad municipal y foral de la península” y contra la barbarie germánica.

En junta celebrada el 3 de diciembre de 1880, había sido elegido académico, en sustitución de Hartzenbusch, y al regresar a Madrid, después de las vacaciones de Navidad, llevaba ya terminado el discurso de ingreso, que entregó a Valera para su contestación. En marzo de 1881, había ingresado Menéndez Pelayo en la Academia Española, cuando contaba veinticuatro años. Se acababa de fundar la *Unión Católica* con la aprobación de la mayor parte de los prelados españoles y Menéndez Pelayo fue invitado por esta entidad, después de su famoso Brindis, a dar unas conferencias sobre Calderón y su Teatro. El disgusto fue para los carlistas que le habían invitado a que formara parte del partido, a lo que él se negó.

1.3.10. Menéndez Pelayo bibliotecario

El 16 de diciembre de 1892, fue nombrado bibliotecario perpetuo de la Academia de la Historia, por fallecimiento del que venía siéndolo hasta entonces, Don Manuel Oliver y Hurtado. Interinamente ya había desempeñado dicho cargo desde el año 1889, por la larga enfermedad del Sr. Oliver. Al otorgarle este cargo en propiedad, se le da también la vivienda en el último piso de la Academia, donde estaría más concentrado para sus trabajos, pero personalmente más desatendido.

Llevaba entonces varias desgracias muy sentidas en su vida: la muerte reciente de Milá, la de su gran amigo Laverde, la soledad que le transmitían sus padres, por la marcha de su hermana al convento, y de otros episodios familiares, todos tristes. Es una época de aislamiento para poder dedicarse plenamente a sus estudios.

“Es algo simbólico y confortador el nombramiento de Menéndez Pelayo para dirigir la primera biblioteca de la Nación, en aquellos momentos en que parece haberse apoderado de todos, lo que hoy llamamos un complejo de inferioridad... la mayoría de los hombres de letras vieron en Menéndez Pelayo el único sucesor posible en el cargo que dejara Tamayo... -nadie le disputará a usted la dirección de la Biblioteca. Y si alguien lo intenta, nos oirán los sordos-, le escribía Jacinto Octavio Picón”²⁸.

Una ayuda fundamental en el trabajo de la Biblioteca Nacional, fue la de Paz y Melia. Personaje modesto y sabio, que a pesar de aventajar en varios años a Don Marcelino, fue su mano derecha, gestionando todos las tareas administrativas de esta institución.

Se ocupó no solamente de sus trabajos bibliográficos, sino de todos los ámbitos de la gran institución nacional; conocimiento de los pormenores de los fondos del Centro de Cultura, la creación de ambientes de estudio para la Biblioteca, mejorar y extender sus servicios, aumentar sus publicaciones, formación de catálogos especiales, la remuneración equitativa del personal y del decoro y dignidad del Cuerpo, del que era director.

La Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, adquirió bajo su dirección un gran prestigio, en ella colaboraban los investigadores más competentes, y Don Marcelino colaboraba frecuentemente. Además reanimó los concursos bibliográficos, casi olvidados y se publicaron varias de las Memorias anteriormente premiadas; se hicieron y salieron a la luz el Reglamento de las Bibliotecas Públicas del Estado y las Instrucciones para el Catálogo Alfabético de Autores, y varios catálogos especiales y monografías.

Se le añaden otros nombramientos en el mismo ámbito bibliófilo, como el de presidente de la Sociedad de Bibliófilos Españoles, cargo para el que, por votación unánime es designado en 1897, valorando su trabajo desde el año anterior en que con su dirección se publicaron varios selectos tomos de esta sociedad.

El mayor disgusto que tuvo Menéndez Pelayo como director de la Biblioteca Nacional cuando recibió la visita del ministro de Instrucción Pública sin previo aviso, en el verano de 1910. La queja había sido de un lector que se dio por mal atendido y puso en alarma a toda la prensa madrileña. Burell, el ministro, recorrió todas las estancias y al día siguiente aparecieron en los periódicos toda clase de acusaciones, ya con carácter oficial. Menéndez Pelayo escribe al ministro, deshaciendo todos los

²⁸ Enrique Sánchez Reyes. p. 282.

comentarios negativos hacia la institución y convirtiendo al funcionario Burell en un permanente defensor de la Biblioteca.

1.3.11. Proyección de su obra literaria

A partir de 1882, la vida de Menéndez Pelayo no se presenta tan agitada. La ausencia de Valera, que ahora estaba destinado en Lisboa como embajador, baja el nivel de compromisos sociales. Medita entonces en la responsabilidad del magisterio que ha alcanzado. Hay que sentir compromiso con los alumnos que se le encargan y a ellos se entrega plenamente.

Comienza a escribir lo que después sería la Advertencia Preliminar de su Historia de las Ideas Estéticas, obra que es el fundamento filosófico que desea dar a su gran proyecto de escribir la Historia de la Literatura Española, que para enseñanza de sus alumnos tiene la obligación de redactar. No lo concibe como un manual de aula, de carácter de consulta inmediata, sino como una gran obra que ponga de manifiesto la influencia civilizadora de nuestra ciencia y bellas letras, tanto para la educación nacional, como en la cultura general europea, señalando claramente en aquellos precisos momentos en que, inconsciente o mal intencionadamente se nos negaba toda la aportación con la que España había contribuido al acervo común del progreso. La Historia de las Ideas Estéticas no es más que los preliminares y el comienzo de la Historia General de la Literatura Española que como gran proyecto acaricia Menéndez Pelayo desde que es nombrado profesor de la asignatura.

“en la correspondencia con Miguel Antonio Caro habla Menéndez Pelayo, muy tempranamente y con extensión, de su grandioso plan para escribir la Historia de nuestra Literatura. Pero eran tantos los estudios previos que se necesitaban, los materiales que había de reunir, los períodos enteros aún inexplorados, o que había que rehacer, que iba dilatando sine die la empresa. Aquí es cuando D° Emilia Pardo Bazán actúa con toda su travesura femenina para lanzarle a la tarea. Va a visitar a Don Gumersindo en Santiago y le habla de que tiene en proyecto escribir una Historia de la Literatura española, y el inocente Laverde pica en el anzuelo y se apresura a dar la noticia a Don Marcelino...”²⁹.

Menéndez Pelayo no cayó en la tentación de escribir un manual escolar más, al estilo de los que ya había en la universidad, pues quería hacer la gran historia crítica y documentada de nuestra literatura. Incluso sufre la tentación económica del porvenir

²⁹ Ibídem. p. 244.

que le augura Laverde. Al final, son tantos los trabajos que tiene entre manos, que solamente parcialmente, y de modo inicial queda la tarea en suspenso.

Intenta deshacer todos sus compromisos editoriales con la *Biblioteca Clásica*, con *Arte y Letras*, con *Montaner y Simón*, las obligaciones de dar conferencias, escritura de prólogos y se entrega de lleno a la meditación profunda. Hasta ese momento ha sido principalmente un gran bibliógrafo, un poeta enamorado de la antigüedad clásica, y sobre todo un recopilador de materiales científicos, un joven de erudición inmensa, el hombre que todo lo sabía; a partir de ahora se convertirá en un sabio, el sabio español por excelencia.

Esta transformación que ahora se da en Menéndez Pelayo presenta un doble aspecto: el científico-estético y el religioso moral. En el orden científico, no se desprende ni aun olvida aquellos estudios bibliográficos a que ha venido dedicándose, sino que le sirven constantemente como base sólida, como fundamento real en que apoyar y construir sus nuevas obras, histórico-filosóficas unas, como la Historia de las Ideas Estéticas, o histórico-críticas y literarias, como son la mayoría de las que ha de componer después. Si alguna vez vuelve a tratar particularmente de temas bibliográficos, les dará una finalidad y sentido más trascendente.

“Ésta es la transformación que sufre Menéndez Pelayo en cuanto a su ciencia y a su arte estético se refiere; en lo que a su religiosidad y conciencia atañe, no es menos honra. Para demostrarnos lo arraigado de su fe, es frecuente ver citados por sus biógrafos y panegiristas aquel párrafo de La Ciencia Española “Tengo por honra grandísima el que el Sr. de la Revilla me llame neocatólico, inquisitorial, defensor de instituciones bárbaras y otras lindezas. Soy católico, no nuevo ni viejo, sino católico a machamartillo, como mis padres y abuelos...”³⁰.

Algunos signos de esta nueva etapa son los siguientes:

- 1883. Ingresó en la Academia de la Historia, leyendo un discurso sobre *la Historia como obra artística*.
- 1889. Elegido miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Lee el discurso de entrada con retraso, en 1891, que versa sobre: *De los orígenes del criticismo y del escepticismo y especialmente de los precursores españoles de Kant*.
- 1892. Ingreso en la Academia de Bellas Artes. Diez años tardó en leer el discurso de ingreso, en 1901, sobre *La Estética de la Pintura y la Crítica Pictórica en los tratadistas del Renacimiento*.

³⁰ Ibídem. 236.

A la Academia de Ciencias Morales y Políticas y a la de Bellas Artes apenas asistía; pero en la de Historia y en la Española, desarrolló siempre su actividad prodigiosa y hasta ejerció en ellas una influencia fundamental.

No tuvo entonces ambiciones políticas, pero siguiendo algunos consejos y creyéndolo un deber de conciencia, figuró en política dentro del partido conservador, con Don Antonio Cánovas primero, y con don Antonio Maura más tarde y fue nombrado diputado a Cortes por Palma de Mallorca y por Zaragoza. Después tuvo la representación de la Academia Española en el Senado y de la Universidad de Oviedo, y fue finalmente nombrado senador perpetuo.

Sin embargo, estos nombramientos y situaciones no eran muy excesivamente valorados por él.

Otros muchos honores le eran tributados constantemente, como Decano de la Facultad de Letras, Presidente de la sección de Literatura del Ateneo, Consejero de Instrucción Pública, pero por lo único que sintió verdadera ilusión fue por el nombramiento de Director de la Biblioteca Nacional. Vivir entre libros y para los libros, ejercer el magisterio, no por la palabra, sino por la letra impresa que permanece, era la verdadera vocación de Menéndez Pelayo³¹.

Como director de este centro nacional, dedica sus esfuerzos a la publicación de importantes catálogos y a la organización interior de la Biblioteca y sus servicios. No obstante, tropezó con la indiferencia de los gobiernos y, sobre todo, con la falta de recursos económicos. Sin tenerlo así en cuenta. El mismo ministro de Instrucción Pública, señor Burell, a raíz de una visita al establecimiento, se permitió unas declaraciones peyorativas, a las que salió al paso Menéndez Pelayo con una carta dignísima y respetuosa, en la que justifica su gestión, defiende al Cuerpo de Bibliotecarios y, a su vez, hace los cargos más duros al Gobierno.

1.3.12. Tiempo de madurez

El desastre colonial de España de 1898 afecta profundamente el patriotismo del sabio. Pero no se dejó llevar del pesimismo ambiente; dominó su dolor y redobló los

³¹ “El año 1898, por fallecimiento de don Manuel Tamayo y Baus, director de la Biblioteca Nacional, es designado para ocupar este cargo con toda justicia. En realidad, nadie en España sabía tanto de libros como él. Su nueva función le permitía además descansar de su trabajo docente, cuyo mecanismo se le había hecho antipático. (Juan González Piedra. Vida y obra de Menéndez Pelayo. Temas españoles, Madrid. 1952”.p.15.

esfuerzos en favor de la renovación de la cultura española, y no, desde luego, para hacer su testamento, como muchos han ironizado.

Además, aquel Madrid que tanto le había gustado en los primeros años, se le va haciendo cada día más insoportable. No tiene tiempo apenas para entregarse plenamente a sus tareas. O bien está ocupado en los trabajos de la docencia, o en las de académico múltiple, o vienen otros compromisos que no puede rechazar. Se hizo además en estos años con algunas responsabilidades científicas del Ateneo, que le nombra Presidente de la Sección de Literatura, fundando así la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo, que se constituyó en un espacio de reflexión sobre la Filosofía española, expuesta en torno a las figuras de los hombres más representativos de ella en cada época.

Otra tarea acumulada, se le vino encima con la muerte de Milá, en 1886. Al morir, Milá y Fontanals, le había dejado heredero de todos sus papeles y Don Marcelino se hizo cargo de la edición de sus Obras Completas, labor complicada por lo amplio. Por un lado había obras que estaban inéditas, y las publicadas, Milá, las había estado siempre puliendo y aumentando. Y cuando parecía que estaba acabando esta labor, surge la empresa de prologar Las Obras de Quadrado, cuyos documentos también hereda.

Se ha apartado de la sociedad, pero no ha perdido su popularidad; su figura está rodeada de un halo de prestigio, de sabiduría y de bondad. Pero el abrumador trabajo intelectual, la vida sedentaria y antihigiénica que hacía desde que se encerró en las habitaciones de la Academia de la Historia, el desarreglo en las comidas, siempre fuera de casa y los disgustos mencionados, fueron minando su salud. Su hermano Enrique, médico, tiene que cuidar de él, porque abstraído totalmente por sus estudios, olvidaba lo más elemental acerca de su salud personal.

Estuvo en Barcelona, en 1887 y 1888, con motivo de los Juegos Florales. Desde 1891 a 1900 va casi sin interrupción a Sevilla, ciudad por la que sentía especial predilección. En 1902 va por primera vez a Valencia y visita a un gran bibliófilo, su amigo Don José Enrique Serrano Morales, que poseía una buena biblioteca.

En 1902 comienza para él la era de los sinsabores: quiso ser director de la Academia de San Fernando, y no lo consiguió; deseó serlo de la Española, y fue derrotado por su antiguo amigo Alejandro Pidal.

Estos desencuentros le hirieron mucho, aunque fueron compensados en parte por la manifestación de desagravio que el pueblo de Santander realizó en su honor y por la

publicación de un Homenaje a don Marcelino, patrocinado por el Ateneo de Madrid, en 1906³².

Poco a poco su tertulia madrileña fue reduciéndose y también se incrementaba su deseo de reducirse de un modo definitivo en Santander. Otros años, cuando partía de Madrid, la estación del Norte era un hervidero de amigos. El 8 de diciembre de 1911, cuando por última vez salió para no volver más, sólo cuatro amigos se encontraban allí, y sobre ellos pesaba un vago presentimiento de su próximo fin.

Menéndez Pelayo se fue alejando cada vez más de la Academia, hasta el punto de que casi ni a las sesiones ordinarias asistía. La edición de las Obras de Lope de Vega, que hacía por cuenta de la Academia Española, queda detenida en el volumen XIII. Se publicaron también el XIV y XV cuyos textos dramáticos preparados por Don Marcelino no les puso prólogo como a los anteriores.

A nivel personal surgen otras tristes noticias, como la muerte de su madre en 1905; el fallecimiento de su gran amigo Valera. Para estas penas no conocía Menéndez Pelayo otro tratamiento más eficaz que el trabajo; lo hacía entonces en torno a una nueva empresa, la publicación de una Nueva Biblioteca de Autores Españoles, que completase la de Don Manuel Rivadeneyra y apoyara con abundantes textos y comentarios críticos preliminares necesarios.

Entre 1906 y 1907 el reuma se fue agravando, hasta tal punto que tuvo que dejar de escribir, hecho insólito en su vida; pero gracias al parecer de una receta de medicina no ortodoxa, tuvo una mejoría notable entre los años 1908 y 1910. Terminó este año habiendo sido nombrado director de la Academia de la Historia, y se preparan unos meses de innumerables nombramientos honoríficos y condecoraciones.

Un hecho insuficientemente conocido es que en 1905 se le propuso para el Premio Nobel de Literatura. La propuesta surgió de la Academia Española, que no llegó a concretarse con el citado galardón.

³² “El pueblo entero parecía que se había congregado y llenaba todas las calles en torno a la biblioteca. Era una manifestación popular con el alcalde y todas las autoridades. Corporaciones y Sociedades a la cabeza, que desde la Plaza Vieja, camino de la casa del sabio, iba engrosando como un gran lago sobre el que vienen de pronto muchas riadas. Don Marcelino los recibió en su Biblioteca y cuando el señor alcalde terminó la lectura del Mensaje, firmado en muy pocos días por más de 6.000 paisanos, cogió de la mesa, con mano temblorosa, unas cuartillas con la tinta fresca aún y, al empezar con marcado tartamudeo, que prestaba más emoción al momento, y con voz segura, vibrante y conmovida después, les dijo el Maestro a sus amigos, unas sentidas palabras rebosando amor a la tierra. Aquella generación de santanderinos recordará siempre el discurso de Don Marcelino...” (Enrique Sánchez Reyes. p. 296-297).

1.3.13. Muerte de Don Marcelino

Está ya en las últimas etapas de su vida. El reuma le agobia y le inmoviliza. De su pluma brotan los escritos más conmovedores de su vida, algunos elaborados con la plena serenidad clásica que logró como enamorado de las letras humanas: la semblanza de Amós de Escalante, “el mejor educado de los hombres” (1906); de Rodríguez Marín “uno de los más excelentes escritores y de los espíritus más sanos, honrado y generoso que me han hecho apacible los caminos de la vida” (1907); de Milá y Fontanals “el varón justo cuyos labios jamás se mancharon con la hipocresía ni con la mentira” (1908); de “su inmortal amigo Pereda” (1911), “parte grande de su alma y amigo de los de su sangre antes de que él naciera”.

Una serie de contrariedades en la Biblioteca Nacional, como la jubilación de Paz y Melia, su mano derecha, pusieron más tensión en el trabajo y por tanto en la salud de nuestro autor.

En Julio de 1911 llegaba a Santander con la salud quebrantada pero con la esperanza de recuperarse en su tierra. Le dieron un diagnóstico de hidropesía, y seguía trabajando en la publicación de sus Obras completas y en los Orígenes de la novela, los otros trabajos los tenía en suspenso por el momento.

En octubre regresó a Madrid, estaba pensando en pedir la jubilación y volverse definitivamente a Santander para pasar allí los últimos años, dedicado a las investigaciones eruditas para las que tanto material había acumulado. En diciembre regresó a Santander, ya en peores condiciones. Su sano optimismo por sentirse en su tierra y las ganas de trabajar le animaron sobremanera, pero por fin el domingo 19 de mayo de 1912 le dio un colapso del que no pudo recuperarse.

Después de su muerte, dice González Piedra, siguió ganando batallas, “en el campo de la cultura española”. Su Biblioteca es abierta inmediatamente al público por su primer bibliotecario, don Miguel Artigas, discípulo espiritual y biógrafo del maestro, quien oportunamente convoca y funda alrededor de la figura del insigne sabio la Sociedad Menéndez Pelayo, de la que bien pronto forman parte los más ilustres profesionales de la crítica literaria española, hispanistas, Universidades, Bibliotecas, Ateneos y sociedades culturales de España y del Extranjero.

Se crea igualmente el Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo, en el año 1919, que constituyó y constituye el portavoz más autorizado y de mayor valor positivo de la erudición y de la bibliografía española, instrumento de trabajo necesario para cuantos se dedican a los estudios literarios e históricos.

Surgen innumerables discípulos y admiradores del sabio de Santander, que pacientemente se dedican a extraer sus enseñanzas, a divulgarlas y, en lo posible, a completarlas.

Además, desde 1925, estableció la Sociedad Menéndez Pelayo los Cursos de verano para extranjeros, cuyo primitivo fin –que actualmente ha sido generosamente desbordado– perseguía preparar el camino a los futuros hispanistas, ayudándoles en sus trabajos y dándoles también a conocer directamente la obra portentosa del sabio montañés, como guía y orientación al emprender sus estudios sobre la cultura española.

No obstante haberse comenzado en el año 1911 la publicación de las Obras completas del polígrafo, y que continúa con grandes intervalos hasta 1932, su edición, debido a distintas dificultades, no alcanzaba el ritmo conveniente y deseable que era preciso para darlas a conocer; y más, si tenemos en cuenta que muchas de ellas, constituían ya ejemplares raros y agotados.

Después de la guerra civil, a través del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, se acometió la gran empresa de una edición nacional de sus Obras completas. Y tomo tras tomo, ininterrumpidamente, han visto la luz, en un período de once años, todas las obras que han sido reseñadas anteriormente y otros muchos trabajos, agotándose muy pronto muchos de estos tomos y viéndose obligado el Consejo a reeditarlos.

1.3.14. Testamento

Nos parece fundamental conocer el deseo de Menéndez Pelayo, especialmente en lo referido a sus bienes relativos a la Biblioteca con lo que conlleva de edificio y de material bibliográfico: libros y manuscritos. En general, el tono de dicho testamento es dejar la propiedad de la Biblioteca al Ayuntamiento de Santander, por medio de su hermano Enrique, como gratitud personal a la ciudad que le ha tributado tanto cariño; pero vamos a delinear algunos aspectos de dicho documento, que nos dice mucho también sobre la personalidad de nuestro autor.

Las líneas fundamentales del testamento en lo relativo a la Biblioteca, son las siguientes:

- Dejar a la ciudad de Santander la Biblioteca junto con el edificio en que se halla.
- Situar a su hermano Enrique en ejecutor de dicho testamento junto con los albaceas nombrados para tal efecto.
- El inventariado y la catalogación de todos sus libros y documentos, incluidos los que se encuentren en Madrid, para que sean llevados a la biblioteca de Santander.
- El sellado de todos los libros, indicando su procedencia.

- La puesta al frente de la biblioteca, de un Oficial del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, responsable de ella y su elección mediante convocatoria pública.
- La entrada pública y gratuita a la biblioteca
- La confección del catálogo completo, ya sea en forma de libro o de revista.
- Si el Ayuntamiento no pudiera hacerse cargo de la entrega, se hará dicha donación por este orden: a la Biblioteca Nacional (de la que es director cuando hace el testamento); a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad (por haber sido catedrático veinte años); a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona (por haber sido discípulo)
- En lo sucesivo (cuando esté acabado el proceso de puesta en marcha de la Biblioteca), se hará cargo el Ministerio de Instrucción Pública de la inspección del servicio público de investigación y estudio.

A partir de ahí, el Ayuntamiento de Santander encargó al arquitecto Don Leonardo Rucabado, la construcción de un bellissimo palacio que alberga de forma mucho más bella y espaciosa tan valioso material bibliográfico.

Hemos seguido el criterio cronológico con el que biógrafos como Miguel Artigas, o Enrique Sánchez Reyes, escriben sobre su vida y su obra. Otros criterios pueden ser seguidos, como el de Borja Rodríguez, que procura una profundización en la vida de Menéndez Pelayo, que descubra a esa persona que ha sido excesivamente estereotipada, y que defiende la idea de que más que una biografía, lo que ha solido hacerse de él, es una hagiografía; los aspectos que propone brevemente en una reseña publicada por Rodríguez³³, son los siguientes:

1.3.15. Marcelino Menéndez Pelayo: imágenes en claroscuro

Este criterio de análisis contempla los siguientes aspectos:

- El estudiante
- El polemista
- El sabio
- El hombre de mundo
- El Bibliotecario
- El coleccionista de honores
- El santanderino en el exilio
- El hombre que quiso vivir y morir con sus mayores

³³ Ver reseña de la biografía de Menéndez Pelayo publicada en www.cervantesvirtual.com

En el presente trabajo nos ha parecido interesante que aparezca de una manera más abundante la visión de su vida y de su obra que tuvo el propio Menéndez Pelayo, que puede servir de prospectiva eficaz, con el fin de establecer una correspondencia entre su biografía y su trabajo científico, objeto de nuestra investigación.

1.4. Menéndez Pelayo visto por él mismo

Tomaremos como referencia, según un cierto criterio de importancia, la visión como católico, patriota, amigo, político, el sentido del humor, y otras referencias que nos puedan dar luces sobre su autocrítica.

1.4.1. Su ser católico³⁴

Es referido constantemente no solamente como declaración personal, o a requerimiento de las organizaciones católicas que se crean en su época, como el Círculo de la Unión Católica, sino sobre todo en su obra, desde el punto de vista más fundamentador. Su visión es ésa; la fundamentación de sus teorías científicas encuentran base en la tradición y actualización cristiana, lo suyo no son palabras simplemente para quedar bien, o catequizar a ningún lector o estudioso de su obra. (A lo largo del presente trabajo hemos desarrollado algunos momentos en los que discute acerca de la perfecta interpretación de la Aeterna Patris, o bien, en las objeciones que manifiesta en torno a la obra tomista contemporánea).

Significativas son las palabras en el discurso homenaje a León XIII, en 1903, de las que elegimos solamente algunas, escritas en etapa de plenísima madurez humana e intelectual:

“porque yo, señores, merced al auxilio de la divina gracia, he conservado intacto el tesoro de la fe, en medio de las revueltas aventureras intelectuales, que forzosamente corre en nuestros tiempos todo espíritu investigador y curioso”³⁵

³⁴ Se encuentran abundante referencias personales, especialmente en el Epistolario, pero también en la Ciencia Española, en la Historia de las Ideas Estéticas y en general en el resto de sus obras. La catolicidad influye además en su concepción filosófica, como eje vertebrador de su pensamiento. Habla del Dios cristiano cuando comenta el pensamiento platónico, la Idea de Platón, y lo mismo referido a cualquier otro autor.

³⁵ OC. LXIII. 334.

El año 1891, cuando es presentado a diputado por Zaragoza, declara también su fe católica, pero además lo hace, fundamentando en ella la grandeza cultural e histórica de España:

“profeso íntegramente la doctrina católica, no sólo como absoluta verdad religiosa, sino como perfección y complemento de toda verdad en el orden social y como clave de la grandeza histórica de nuestra Patria”³⁶

Palabras más fuertes, más apasionadas, propias de la etapa de juventud, de la que confiesa haber sido extremado en los juicios son las que se publican en la Ciencia Española, que han convertido a Menéndez Pelayo en un verdadero lema, frecuentemente manipulado por parte de algunos de sus detractores:

“soy católico, no nuevo, ni viejo, sino católico a machamartillo, como mis padres y mis abuelos, y como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios bastante más que la moderna. Soy católico, apostólico y romano, sin mutilaciones ni subterfugios...”³⁷

1.4.2. El sentimiento español

Toda la obra de Menéndez Pelayo es una muestra del más noble y desinteresado patriotismo. Haremos referencia a algunos textos como el Brindis del Retiro, donde manifiesta su opinión de lo que debe ser un verdadero patriotismo. Tenemos que recordar también que toda su obra lleva el apellido de España, ya sea en el campo de la literatura, de la estética, de la crítica, la heterodoxia, o cualquier otro. Una España que no ha sido ni es, a pesar de sus crisis, una nación cerrada:

“ni él (el libro presentado), ni otro alguno de los míos tiende a presentar a España como nación cerrada e impenetrable al movimiento intelectual del mundo, sino, antes bien, a probar que en todas épocas, y con más o menos gloria, pero siempre con esfuerzos generosos y dignos de estudio y gratitud, hemos llevado nuestra piedra al edificio de la ciencia universal”³⁸

Siempre en un tono moderado para no caer en una defensa hueca y sistemática en todo lo tocante a la patria, “que se hable de ciencia española, no pomposa, sino justamente, y en el tono de filial piedad con que debemos hablar todos de nuestra Patria, sin atribuirle ajenas glorias, pero procurando investigar y poner en su punto las

³⁶ Carta presentación a diputado en Zaragoza. 23 enero 1891. Epistolario. XV.

³⁷ CE. I. 200.

³⁸ HIE. I. 3.

verdaderas; sin adularla, pero guardándonos de dirigirla a las tontas y a locas infundadas injurias”.³⁹

Como afirmábamos un poco más arriba, lo referente a España y lo que tiene que ver con la fe católica, siempre va unido, los valores patrióticos estrechamente ligados a los religiosos:

“(brindo... por las grandes ideas que fueron alma e inspiración de los poemas calderonianos. En primer lugar por la fe católica, apostólica, romana, que en siete siglos de lucha nos hizo reconquistar el patrio suelo... por la antigua y tradicional monarquía española, cristiana en la esencia y democrática en la forma, que durante todo el siglo XVI vivió de un modo cenobítico y austero... y por la casa de Austria, que con ser de origen extranjero y tener intereses y tendencias contrarios a los nuestros, se convirtió en portaestandarte de la Iglesia, en gonfaloniera de la Santa Sede durante toda aquella centuria”⁴⁰

Es célebre su discurso en el Círculo de la Unión Católica, del que destacamos algunas ideas:

“¿no es deber de todo católico, confesar públicamente coram hominibus su fe, en viéndola atacada? ¿Quién de vosotros no hubiera hecho lo mismo con igual o mayor energía y con una elocuencia de que yo carezco?”⁴¹

Y en otras obras e intervenciones suyas, declara Menéndez Pelayo cómo ha de ser esta clase de cariño hacia la patria, la tierra de nuestros padres; profundo,

“el amor patrio, no es el bullicioso, provocativo e intemperante, sino el que, por ser más ardiente y sincero, suele ser más recatado en sus efusiones”⁴²

... pero realista, universal, valorando las riquezas humanas de las otras naciones:

“bueno es que los pueblos honren a sus grandes hombres y guarden como preciado tesoro sus obras y sus recuerdos; pero este culto tradicional no debe convertirse en estrecha devoción de campanario. No por ser españolas han de ser nuestras cosas las

³⁹ CE. I. 207

⁴⁰ CHL. III. 385.

⁴¹ CHL. III. 387.

⁴² CHL. V. 91.

mejores ni las únicas del mundo, que no vinculó Dios en una raza todas las grandezas intelectuales”⁴³

Y hasta en la manera intelectual y académica, hay que saber ser patriota, pues “hay españoles que conocen y sienten mucho mejor que yo la lengua y la literatura francesas, pero esta misma intimidad los hace casi franceses y priva quizá a sus juicios de aquella espontaneidad y franqueza que pueden tener los de un español incorregible como yo, que nunca ha acertado a pensar más que en castellano, que no sabe leer un libro extranjero sino traduciendo mentalmente”.

Pero además Menéndez Pelayo fue siempre un entusiasta orador que alababa las bonanzas de su tierra y de las gentes de la Montaña. No pierde ocasión en sus libros para poner de manifiesto la heroica resistencia de los cántabros a las legiones romanas, la cooperación de los montañeses con su almirante Bonifaz en la conquista de Sevilla, la parte que les cabe en el descubrimiento del nuevo mundo con Juan de la Cosa a la cabeza.

“tan entusiasta era Don Marcelino de su tierruca, tan en el alma la llevaba siempre que, como cuenta su amigo Antonio Rubió, cuando alguien le preguntaba, allá en sus años mozos de estudiante en Barcelona, de dónde era, pronunciaba un soy montañés con el mismo arrogante orgullo con que un quirite de la época del imperio pudiera pronunciar el *civis romanus sum*”⁴⁴.

En miles de momentos, sale entonces, ese sentimiento de sana españolía, que ahora trasladamos en clave familiar.

1.4.3. Don Marcelino, en el ambiente familiar

Desde Barcelona escribe a sus padres, como lo haría cualquier joven, que parte lejos de la casa por primera vez en su vida:

“mis muy queridos papás: con el mayor sentimiento veo que tampoco he podido marchar esta semana, como lo deseaba... tampoco esta semana he recibido carta de Vds. Lo que me tiene con muchísimo cuidado, porqué hace tres semanas, que no sé como se encuentran y he estado muchas veces, para poner un parte

⁴³ CHL.III.87.

⁴⁴ OC. LXVI.5.

telegráfico... quisiera saber si Enriquín ha obtenido el premio en la clase de Retórica, pues creo que habrá hecho oposición...”⁴⁵

Joven despistado, les escribe una carta casi telegráfica en 1875 desde Madrid, tan breve que la incluimos completa:

“Mis muy queridos papás: Mándenme vds. una cédula de vecindad, porque se me ha perdido la que tenía, y la piden en la Secretaría para el grado. Saben vds. cuanto les quiere su hijo que desea abrazarlos: Marcelino”⁴⁶.

Desde Madrid, consulta la posibilidad de ir a examinarse a Valladolid, ante los problemas insostenibles con Salmerón:

“con sentimiento cojo la pluma para decir a ustedes que no he entregado las cartas que me remiten...por lo tanto examinarse con él (Salmerón), aun cuando uno quede aprobado (cosa materialmente imposible), constituye al examinado en la tácita obligación de volver un año y otro a la cátedra, cosa que ni puedo, ni quiero ni debo”⁴⁷

Como a todo hijo de familia, uno de los momentos más dolorosos es el de la muerte de la propia madre, que Menéndez Pelayo expresa en multitud de sus cartas:

“escribo a usted en días en que me oprime el mayor pesar y el mayor infortunio de mi vida. Mi anciana y buenísima madre, a quien creo que conoció usted cuando tuvo la bondad de visitarme años hace, falleció el mes pasado, cinco años después que mi padre, a quien también conoció usted. No necesito ponderar a usted mi duelo y soledad de esta casa y la postración de mi espíritu después de un golpe que, aunque temido por la avanzada edad de mi madre, no juzgaba yo tan inminente”⁴⁸

En un tono parecido le escribe a su buen amigo Estelrich:

“el fallecimiento de mi buenísima madre, cuya memoria tantas veces he renovado estos días, que siempre pasaba con ella, me dejó por de pronto como anonadado, pero ya voy entrando en caja, gracias al poderoso remedio del trabajo”.⁴⁹

⁴⁵ Carta a los padres. 22 VI 1872. Epistolario I. carta 31.

⁴⁶ Carta a los padres. 3 VI 1875. Epistolario I. carta 208.

⁴⁷ Institución Libre de Enseñanza, p.71-73 (nota).

⁴⁸ Carta a José de Armas. 17 X 1905. Epistolario. XVIII.

⁴⁹ Carta a Estelrich. 1 I 1906. Epistolario. XVIII.

Y así pasamos a otra faceta fundamental del ser humano, el estudio de los amigos, que haremos en buena medida, desde la referencia epistolar:

1.4.4. Los amigos

Gran parte de sus buenos amigos son los de su llegada a Barcelona, hacemos mención especial de Jaime Gres, con quien comparte toda clase de preocupaciones filosóficas, y una gran parte de su correspondencia. Quizás el que tuvo más talento de todos los amigos de Barcelona. Otra amistad fundamental es la de Antonio Rubió y Lluc a quien echará siempre en falta por sus domingos compartidos en la casa de éste, y las discusiones sobre literatura, política y moral, que tenía con su hermano y con Ros.

Manifiesta un gran sentido del humor Don Marcelino, en la correspondencia con sus amigos, amigos de universidad, de juventud, de trabajo y de honores; en esta ocasión, por ejemplo, se disculpa por no haber contestado antes a su amigo Antonio Rubió:

“gracias á los amigos de Ros y á los tuyos llegó la primera con harto retraso á esta descoronada villa. No es pues mi pereza, grande en verdad, aunque no en el grado heroico que tu presumes la causa de no haberte contestado hasta el presente”⁵⁰.

Conserva sus buenos amigos de Barcelona, a quienes escribe desde Madrid, contando su experiencia con los nuevos catedráticos, con los krausistas:

“otro día te hablaré detenidamente de Salmerón, de su manera de enseñar y de otras cosas originales, raras y extravagantes, pertenecientes al mismo asunto, comunicándote al mismo tiempo algún fragmento de sus monumentales apuntes, que según creo, te servirán de solaz y pasatiempo”⁵¹

Otro tipo de correspondencia y muy extensa se da con Don Gumersindo Laverde, con el que ya hemos referido, que a pesar de su diferencia de edad, se tratan mutuamente como verdaderos amigos y siempre bajo la motivación de una tarea común, que Laverde suele encargar a Don Marcelino. Un ejemplo:

“Mi muy querido amigo: recibí dos cartas de vd. fechas el 2 y 4 del corriente...en los números que vd. Me remite de la Revista de Asturias he encontrado una traducción de Beranger hecha por Suárez Cantón... agradezco mucho las copiosas noticias que vd. Me comunica

⁵⁰ Carta a Antonio Rubió. 8-I-1874. (Rubio, A. Educadores de Menéndez Pelayo, p.2)

⁵¹ Carta a Antonio y a Joaquín Rubió y Lluch. Madrid. 17-II-1874. Epistolario. I. carta 87)

de traductores y escritores... haré las visitas que vd. Me encarga para el lltmo. Fr. Zeferino González”⁵²

Una manera diferente de declarar su amistad, es por medio de agradecimientos a quien admira, pero ya no está en vida, en este caso su gran maestro y admirado, Don Manuel Milá y Fontanals:

“tengo que dar a usted una mala noticia, aunque quizá la sabrá ya por los periódicos. Nuestro Milá y Fontanals ha muerto hará cosa de un mes. Para mí ha sido una pérdida dolorosísima, porque Milá había sido el más docto y cariñoso de los maestros que en mi carrera tuve, y, por decirlo así, mi padre intelectual”⁵³.

En su semblanza, destaca ese cariño mutuo de quien tiene nobles intereses comunes; el estudio de las humanidades:

“recogí de sus labios la mejor parte de la doctrina literaria que durante mi vida de profesor y de crítico he tenido ocasión de aplicar y exponer, (además), fui honrado por él con tales muestras de estimación y cariño, que me dan algún derecho para contarme entre sus discípulos predilectos, no por razón demérito, a lo menos por beneficio de la fortuna”⁵⁴

Otro amigo, también notablemente mayor que él es su paisano Pereda, con quien también existen lazos personales, familiares y de trabajo literario:

“entrañable y fidelísimo amigo mío desde que tengo uso de razón, y amigo de los de mi casa antes que yo naciera”⁵⁵.

“no puedo decir que fuera mi maestro, porque fueron muy diferentes nuestros estudios y ocupaciones, pero fué el primer hombre de letras a quien conocí, fué mi amigo y consejero más íntimo, fue el amigo entrañable, honrado y bueno de todos los de mi casa, y era, además, el patriarca de la región montañesa...”⁵⁶.

Con su amigo Juan L. Estelrich cruza toda clase de información, desde su primera carta en 1879, hasta prácticamente los últimos días de Don Marcelino:

“mi querido amigo: recibí con el debido aprecio la curiosísima colección de Poetas Baleares de los siglos XVI y XVII y los Almanagues

⁵² Carta a Gumersindo Laverde. Madrid. 5-11-1874. Epistolario. I. carta 143)

⁵³ Carta a Valera. 27-VIII-1884. Epistolario. XIII.

⁵⁴ Semblanza de Milá y Fontanals. Ateneo y Universidad de Barcelona. 1908. CHL. V. 316.

⁵⁵ CHL.VI.382.

⁵⁶ CHL.VI. 390.(respetamos siempre en las citas la ortografía original de Menéndez Pelayo).

que tuvo usted a bien enviarme. El domingo pasado estuve en casa de Campoamor a entregarle el suyo... me ha visitado un amigo de usted y poeta, apellidado Godo”⁵⁷.

En un tono más simpático y campechano le escribe:

“Por otra parte, y fuera de tus aciertos de traductor, eres un sinvergüenza, poco menos que un vaina. ¡Haber estado tan cerca de la Montaña y no habérsete ocurrido asomar las narices por Santander, sabiendo que yo me paso allí el verano entero! En fin, tú te enmendarás, y si no, reñiremos”⁵⁸.

Nos referimos ahora a otro gran amigo, Juan Valera, escritor de crítica literaria y política, de carrera diplomática, con quien mantiene un notable epistolario, desde 1878 hasta prácticamente la muerte de Don Juan. Sus contenidos son de trabajo, pero sobre todo relativos a su amistad propiamente dicha; la primera carta cuenta aspectos de sus trabajos:

“mi muy estimado am°... acabé el 2° tomo de herejías en España, y no quiero poner mano en el 3° hasta salir de este embolismo de las oposiciones. Algún rato me entretengo en copiar el Prometeo, que en los primeros borradores está casi ilegible...”⁵⁹.

También le confiesa a su amigo Juan, sus aventuras amorosas que no cuadran del todo con la imagen estereotipada que suelen dar la mayoría de los biógrafos:

“Estoy muy malhumorado y ¿por qué no he de confesar a Vd. la causa? Lidia, conforme a la inconstancia de su natural condición, acabó por cansarse de mí (ya hace meses) y después de mil embrollos y farándulas, me dejó de todo punto, para irse con otro ó con otros. Yo que había cometido la sandez de enamorarme perdidamente de ella, hice los imposibles por retenerla. Con esto, nos fuimos agriando: díjele cosas durísimas, aunque merecidas, y de todo ello resultó el quedar reñidos (pienso que para siempre), y reñido yo también, nó sé cómo, con todos los de su casa...”⁶⁰.

Otro escritor amigo suyo es Clarín, el autor de La Regenta con quien mantiene correspondencia desde muy temprano tiempo (1876), hasta 1900 (Leopoldo Alas, falleció en 1901). Comparte con él, su experiencia política y de investigación y lectura.

⁵⁷ Carta a J.L. Estelrich. Madrid. 19-2-1879. Epistolario. III. Carta 248.

⁵⁸ Carta a J.L. Estelrich. Madrid. 1-II-1895. Epistolario. XIII. Carta 222.

⁵⁹ Carta a Juan Valera. Santander 28-IX-1878. Epistolario. III. Carta 163.

⁶⁰ Carta a Juan Valera. Madrid. 20- IX-1881. Epistolario. V. Carta 167.

En alguna parte de su correspondencia (1898), le agradece el haber dejado de ser krausista.

“Mi querido amigo: Perdone Vd. Que hasta hoy haya dilatado el contestar a su muy grata, pero de fijo me ha de disculpar usted si recuerda las mil molestias y pesadeces de esta vida que llaman política, a la cual mis pecados me han traído...he leído La Regenta (el primer tomo, se entiende),... el estilo me ha parecido enteramente maduro, y mucho más amplio y flexible que el que había usado Vd. en sus obras analíticas...”⁶¹.

“escribo a Vd. desde mi Tribunal de oposiciones de Latín que dura hace un año y que me ocupa tres horas al día de la manera más estúpida del mundo. ¡un año de lidiar con Commeleranes en herbe!... deseo mucho que Vd. acabe de dar forma a los proyectos de novelas que tiene en el taller, y que no descuide ni un momento la áspera labor de la crítica... seguro de que da con ello un buen rato a su mejor amigo y antiguo discípulo”⁶².

Otro personaje importante, escasa y difusamente reflejado en la correspondencia de Don Marcelino es Pérez Galdós. Las cartas de Menéndez Pelayo a Galdós son breves, concretas y simplemente a propósito de algún recuerdo puntual. También hace referencia a Don Benito, en su discurso de contestación en la Real Academia Española:

“más de veintitrés años hace (período considerable) en la vida del señor Pérez Galdós y en la mía... y a pesar de nuestra pública y notoria discordancia en puntos muy esenciales, y a pesar, en fin, de los muy diversos rumbos que hemos seguido en las tareas literarias, nuestra amistad, como cimentada en roca viva, ha resistido a todos los accidentes que pudieran contrariarla...”⁶³.

Reconoce Don Marcelino, sus antiguos humores y formas directas en el mismo discurso, de los que ahora pide disculpas; reconocimiento y petición de disculpas que no suele ser frecuente entre escritores:

“yo mismo en los hervores de mi juventud, los atacé con violenta saña (a Gloria y La familia de León Roch), sin que por eso mi íntima amistad con el señor Galdós sufriese la menor quiebra. Más de

⁶¹ Carta a Leopoldo Alas. Madrid. 23-II-1885. Volumen 7. Carta 90.

⁶² Carta a Leopoldo Alas. Madrid. 31-I-1889. Volumen 9. Carta 495.

⁶³ Discurso de contestación al de Pérez Galdós en la Real Academia Española. 1897. CHL. 81.

una vez ha sido recordada, con intención poco benévola para el uno ni para el otro, aquella página mía”⁶⁴.

Francisco Rodríguez Marín, amigo de Menéndez Pelayo, cursó la carrera de Leyes en las aulas de la Universidad Hispalense y comenzó a interesarse por los cantos populares españoles. Hasta 1904, sin embargo, se dedicó al periodismo en Osuna (por entonces usó el seudónimo de El bachiller Francisco de Osuna). Por los trabajos en la localidad, le escribe Don Marcelino:

“Muy Señor mío, de todo aprecio:... inmediatamente escribí al señor Molleda, Director de los Registros, para que procurase conservar a Vd. en el desempeño interino del de Osuna el mayor tiempo posible”⁶⁵.

Menéndez Pelayo le contesta el discurso de entrada en la Real Academia Española, haciéndolo con el mayor honor y sinceridad que le caracteriza:

“don Francisco Rodríguez Marín, uno de los más excelentes escritores y de los espíritus más sanos, honrados y generosos que me han hecho apacible el camino de la vida. Con pocos o ninguno me he encontrado en tanta comunidad de ideas y afectos... la semejanza de nuestros estudios y el amor sagrado de la patria, que ambos sentimos en el mismo grado de fervor...”⁶⁶.

Cerramos este apartado dedicado relativo a las amistades de Menéndez Pelayo, con el personaje de Antonio Cánovas político, historiador y escritor español, presidente del gobierno en reiteradas ocasiones (desde diciembre de 1874 hasta 1895), artífice del sistema político de la Restauración. A él le da ciertas orientaciones y le hace toda clase de peticiones como ésta u otras recomendando clemencia para el caso de Ángel Ríos:

“Mi querido y respetable amigo: aunque ya dije a Vd. algo sobre el asunto de la Estación Biológica de Santander, repito ahora mi indicación por escrito... al frente de éste laboratorio está un profesor de gran mérito, mi amigo don Augusto G. de Linares, que es ó ha sido krausista y catedrático de la Institución Libre, pero que ante todo y sobre todo es naturalista y ama la ciencia desinteresadamente...”⁶⁷.

“mi distinguido amigo: la Sala sentenciadora de ésta Audiencia en el proceso de D. Ángel Ríos ha informado ya sobre la solicitud de

⁶⁴ *Ibídem.* P. 95.

⁶⁵ Carta a Francisco Rodríguez Marín. Santander 2-I-1892. Volumen 11. Carta 460.

⁶⁶ CHL.V.37.

⁶⁷ Carta a Antonio Cánovas del Castillo. Madrid. 5-V-1891. Volumen 12. Carta 668.

indulto, pero no en el sentido que á D. Ángel convendría y que sus amigos deseamos. Propone la conmutación de la pena por destierro, pero es tal la penuria á que este pobre erudito se ve actualmente reducido que le sería imposible sostenerse en ninguna parte, ni aun en Santander mismo...”⁶⁸.

1.4.5. Menéndez Pelayo, concepción política y social

Son muchas las referencias a la política, por parte de Don Marcelino, no solamente en relación a su etapa como diputado, sino a los juicios sobre el momento histórico que le tocó vivir, la reflexión sobre lo espiritual y lo político, los conceptos de nación y estado, sus juicios sobre el parlamentarismo, el liberalismo, conservadurismo, la revolución, la aristocracia, la descentralización y el regionalismo, la libertad docente y científica, la enseñanza de las humanidades en el contexto de la protección oficial a la ciencia y el arte, su visión sobre los diferentes grupos políticos españoles, etc. Una visión interesante constituye la aportación de Mons. Herrera Oria, quien confeccionó un trabajo sobre el pensamiento político de Menéndez Pelayo, publicado como prólogo a la Antología General de Sánchez de Muniáin.

Como analizar la dimensión política de Menéndez Pelayo es un objetivo excesivamente amplio, elegiremos simplemente algunos matices de esta visión.

Difícil de marcar la diferencia entre la división política y religiosa:

“... ¿quién tirará esa raya entre lo político y lo religioso?, ¿ni que cuestión hay, política o de otra suerte, que por algún lado no tenga adherencias teológicas, si profundamente y de raíz las examina?”⁶⁹.

“... la unidad de la creencia. Sólo por ella adquiere un pueblo vida propia y conciencia de su fuerza unánime; sólo en ella se legitiman y arraigan sus instituciones; sólo por ella corre la savia de la vida hasta las últimas ramas del tronco social”⁷⁰.

Unidad que ve representada en la propia historia de España de la que saca su concepto de utopía en la formación del concepto de Nación y Estado:

“el ideal de una nacionalidad perfecta y armónica no pasa de utopía. Para conseguirla sería necesario no sólo unidad de territorio y

⁶⁸ Carta a Antonio Cánovas. Santander. 8-VII-1895.Volumen 13. Carta 402.

⁶⁹ HHE. IV. 413.

⁷⁰ HHE. VI. 505.

unidad política, sino unidad religiosa, legislativa, lingüística, moral... es preciso tomar las nacionalidades como las han hecho los siglos, con unidad en algunas cosas y variedad en muchas más, y, sobre todo, en la lengua y en la literatura”⁷¹.

Además, su significado es muy universal, “el concepto de nacionalidad política es idéntico al de Estado. Dentro de un Estado caben no sólo naciones, sino razas diversas, como acontece en los modernos imperios de Austria y Rusia”⁷².

Contrario a toda revolución, por la manipulación ideológica que supone de las masas:

“Las revoluciones se dirigen siempre a la parte inferior de la naturaleza humana, a la parte de la bestia, más o menos refinada o maleada por la civilización, que yace en el fondo de todo individuo. Cualquier idea triunfa y se arraiga si andan de por medio el interés y la concupiscencia, grandes factores de la historia”⁷³... “donde triunfa el espíritu faccioso, nutridor y fomentador de toda ambición desbocada, puede superarse la revolución artificial...”⁷⁴.

Interesantes por la relación que se establece con su obra, son sus juicios sobre la política docente y cultural, sobre la que directa e indirectamente tuvo la posibilidad de intervenir, siendo diputado, por amistades con presidentes de gobierno, o sus ministros:

Escribe al Sr. Obispo de Madrid, sobre el concepto que observa de la escuela sin Dios:

“la escuela sin Dios, sea cual fuere la aparente neutralidad con que el ateísmo se disimule, es una indigna mutilación del entendimiento humano en lo que tiene de más ideal y excelso: es una extirpación brutal de los gérmenes de verdad y de vida que latén en el fondo de toda alma para que la educación los fecunde...así se engendran, a pesar de las disidencias dogmáticas, aquellos nobles tipos de elevación moral y de voluntad entera que son el nervio de las grandes y prósperas naciones”⁷⁵.

⁷¹ CHL. I.5.

⁷² *Ibídem*.

⁷³ HHE. VI. 230.

⁷⁴ *Ibídem*. 163.

⁷⁵ Carta al Sr. Obispo de Madrid-Alcalá. 3 Febrero 1910 (mitin contra las escuelas laicas, organizado por la Asociación Católica Nacional de Propagandistas). Epistolario. XX.

En el discurso en el Congreso, recrea el problema de la libertad docente y científica:

“en mi concepto, a todo país, mucho más que la libertad de la ciencia, cualquiera que sea el concepto que de esta libertad se tenga, ... le importa que esa ciencia sea la que debe ser... para mí, la frase libertad de la ciencia, ni en el terreno filosófico, ni en el terreno legal, ni en el terreno histórico, puede racionalmente legitimarse... implica un sofisma que los antiguos lógicos llamaban sofisma de tránsito y consiste en hacer pasar un concepto del orden de la voluntad a la esfera y al orden del entendimiento...”⁷⁶.

Y sigue explicando de una forma no muy clara: “yo no acepto el derecho al error y al mal, sino el derecho a la verdad, el derecho a la ciencia”⁷⁷.

En cuanto a la enseñanza libre, no puede existir –bajo su concepción- ningún límite más que el que marque la Constitución: “a la enseñanza libre no se le pondrán puertas ni vallas, como no sean las del respeto que todo ciudadano debe a la Constitución y a las leyes de su país... hoy por hoy el Estado no subvenciona ni a unas ni a otras...”⁷⁸.

Interesantes son sus ideas sobre la universidad española, su independencia de los vaivenes políticos que en nada le convienen, universidad católica, española y libre:

“nadie más amigo que yo de la independencia orgánica de las universidades. Nadie más partidario tampoco de la intervención continua y vigilante de la Iglesia en ellas, no de la inspección laica e incompetente de ministros y directores más o menos doctrinarios. La universidad católica, española y libre es mi fórmula”⁷⁹.

De forma muy entrañable, deja el testamento moral cuando declara el sentimiento recordando su entrada casi niño, su juventud y madurez; siempre alrededor de su casa: la universidad. “en cuyo recinto pasé la mejor parte de mi vida, ya como alumno, ya como profesor, o más bien como estudiante perpetuo de lo mismo que pretendía enseñar. Tal continuo siendo, aunque mejor me ejercite en funciones diversas de la enseñanza oral; a vuestra comunidad pertenezco, siquiera habite bajo distinto techo...”⁸⁰.

⁷⁶ Discurso contra Castelar en el Congreso.1885.

⁷⁷ *Ibídem*.

⁷⁸ Se refiere en el mismo discurso, a la Institución Libre de Enseñanza, y a las instituciones católicas.

⁷⁹ HHE. VI. 277.

⁸⁰ CHL.I. 323.

Sentimiento familiar que une a la pretensión y defensa de la autonomía universitaria;

“más, excelentísimo señor, que fundar enseñanzas nuevas, para las cuales quizá no hay recursos, importa emancipar de la excesiva tutela oficial las que hoy existen; devolver al cuerpo universitario una prudente y racional autonomía, escuchar su voz cuando de enseñanza se trate, pues es proverbio bien confirmado por la experiencia que hasta el insapiente suele saber de las cosas de su casa más que el sabio...”⁸¹.

La misión de la universidad es hacer ciencia, pero ciencia humana, *generalísima y civilizadora* que se encargue de unir todos los conocimientos, verdadero ritmo del espíritu que los griegos llamaron enciclopedia, y la universidad se encarga de encarnar y motivar para que sea trasladada a la vida toda la ciencia. Refrescar un sentimiento de armonía en el ser humano, que se encuentra siempre renovado con las nuevas generaciones de jóvenes, la aportación de las nuevas promociones.

Ante esta misión, la realidad que observa Menéndez Pelayo en buena parte del siglo que le toca conocer, es otra, la universidad está siendo arbitrariamente desespañolizada por un complejo que sólo puede proceder de la ignorancia:

“ha reinado aquí una insensata manía de remedar fuera de propósito todo lo que en ultrapuertos estaba en boga; y sin pararnos en barras, importamos (siempre mal y a medias) teorías, libros, planes de enseñanza, programas, todo a medio mascar y sin cuidarnos de si encerraban o no elementos discordantes. Así, nuestro actual sistema de estudios es un mosaico, en que hay de todo y para todos gustos, menos para el gusto español puro y castizo”⁸².

“la falsa historia lo ha invadido todo: en las aulas, en los círculos literarios, hasta en el hogar de la familia, se nutre nuestra juventud con el fruto de las mentiras de tres generaciones: la presente, la enciclopedista y la ecléctica y doctrinaria. Convertida en arma de partido, arrastrada por el lodo de las calles y por la alfombra de los congresos...”⁸³.

Se lamenta Menéndez Pelayo del potencial que tiene España en las instituciones educativas, los docentes que teniendo gran calidad, sin embargo se han

⁸¹ Dictamen sobre el proyecto de reforma universitaria. 1892. Boletín Biblioteca Menéndez Pelayo. 1919. p.59.

⁸² CE. I. 172.

⁸³ CHL. VII. 216.

formado en un cierto autismo, y no se han creado escuelas, de los estudiantes que sólo les importan las oposiciones, y no han cultivado un verdadero interés científico. La forma de los exámenes, que es un tanto aleatoria, pero que “hoy por hoy” son un mal necesario. Propone a nivel de licenciatura, una prueba de evaluación referida a los conocimientos objetivos de la materia, y otra, que guarde relación con las capacidades docentes de dicha asignatura, y recomienda la ampliación de estudios de los profesores, con el doctorado.

Las tesis doctorales han de ser una manera de incrementar la producción científica española, “verdaderos libros”. En definitiva que se evite la “erudición postiza”. Y ante todo, la enseñanza de las Humanidades porque “quien bebió de temprano en tales fuentes nunca pierde el rastro ni el hábito de ellas. Es como la buena educación social, que del todo no se pierde nunca”⁸⁴.

Pero sigamos contemplando la visión que tiene de sí mismo Don Marcelino, en ámbitos más individuales, más íntimos. Hablaremos de su autobiografía, referida a aspectos más comunes del hombre, descritos por él mismo.

1.4.6. Datos autobiográficos

Se considera orgulloso de ser santanderino, montañés, pero eso es poco, para precisar más a quien conozca la pequeña ciudad, es “callealtero”, “castellano de la más vieja Castilla... hijo de la áspera sierra que guarda en sus humildes peñascales la cuna del histórico río que a toda la Península da nombre..”⁸⁵.

Ese mismo cariño lo conserva como hemos visto, hacia las tierras de Barcelona, por el encanto que encontró en el mundo universitario:

“tenía pues, la Universidad de Barcelona en 1870, sus dotes características, que en gran manera la diferenciaban dentro de nuestra vida académica, tan pobre y lánguida; y por ella había conquistado, sin ruido, ni aparato externo, cierta personalidad científica...”⁸⁶.

Declara su viaje al extranjero con profundo agradecimiento al Ayuntamiento y a la Diputación de Santander,

“apenas salido yo de las aulas, enteramente oscuro y desconocido, debí al señor Mena y Zorrilla, director entonces de

⁸⁴ BHLC. VI. 429.

⁸⁵ CHL. V. 175

⁸⁶ CHL. 133.

Instrucción Pública, la protección oficial y los medios indispensables para ampliar mis estudios y continuar mi educación literaria... (y también), al eficaz concurso de la Diputación y del Ayuntamiento de Santander, se debieron los frutos de aquel viaje, exiguos sin duda, para la general cultura por ser yo quien le llevó a cabo, pero trascendentales en grado sumo para la formación de mis ideas y para mi personal instrucción...”⁸⁷.

La oposición a la cátedra es otro de los episodios más luchados de Don Marcelino, pues como es sabido, debido a su juventud, fue necesario rebajar la edad mínima que por ley se pedía para los candidatos. Este hecho, suscitó innumerables quejas por parte de muchos aspirantes.

“En mi negocio (reducción de la edad, para los opositores a cátedra), están sucediendo una porción de cosas raras, pero hoy parece cuestión ganada... dos veces ofreció el Ministerio hacerlo y dos veces se volvió atrás, temiendo el clamoreo de los otros opositores... la polvareda que contra mí se ha levantado es grande. Todos los sabios del Ateneo y de la Universidad Central están que arden”⁸⁸.

Menéndez Pelayo ganó las oposiciones sacando el primer puesto, para sustituir la plaza del difunto Amador de los Ríos, y ahí quedará por largos veinte años; siempre con el cariño declarado a la universidad, “no solamente soy catedrático e hijo de catedrático, sino que puedo decir que la Universidad es mi casa, que he nacido y me he criado en las escuelas oficiales; que nadie ama más que yo a la ciencia y a la Universidad...”⁸⁹. Aunque al final de esos años se declara educador indirecto, “...no de espíritus nuevos, sino conservador del tesoro de la tradición con que han de nutrirse”⁹⁰.

1.4.7. Relaciones sociales

En multitud de ocasiones, especialmente en Madrid, está repleto de actos sociales, culturales y presentaciones en las diferentes Academias. Generalmente se ha dado la visión de que Menéndez Pelayo quedó un poco cansado de este ritmo de actividades, no sólo por una cierta hipocresía presente en este tipo de actos, sino también porque suponía la asistencia a estos actos, un menoscabo de la labor que le obsesionaba, la publicación de los diferentes encargos editoriales. Hay estudiosos que

⁸⁷ ECF. 201

⁸⁸ Carta a J.M. Pereda. 8-IV-1878. Epistolario. III.

⁸⁹ Carta a Morel-Fatio. 30-XI-1878. Epistolario. III.

⁹⁰ CHL. I. 324.

han subrayado otra visión, que es la de que a Don Marcelino le gustó e incluso estuvo apegado a esta vida típica de la Corte, donde constantemente era valorado en su quehacer humanístico y académico. Vemos ahora algunas de estas opiniones de primera mano, que excepto la carta del Rey, denotan cansancio ante los acontecimientos sociales.

“la vida aperreada que llevo con tantos encargos oficiales y oficiosos, a los cuales no deja de añadirse el cuidado de la salud”⁹¹.

“las órdenes generales que en Madrid tiene uno que dar para librarse de visitas impertinentes producen a veces el triste resultado de dejar de recibir a las personas que a uno le serían más agradables”⁹².

“ha llegado a mis oídos que el Rey quería pedirme permiso para la impresión de mi carta, que según parece hizo en Palacio un efecto prodigioso... parece ser que está como niño con zapatos nuevos y me llama siempre mi querido amigo”⁹³.

1.4.8. Intelectualidad: visión y misión

Pasamos ahora a ver las declaraciones que Don Marcelino hace de sí mismo, cómo se ve como intelectual, cuáles son sus criterios de conducta científica y su misión intelectual. Su modo de proceder respecto a la ciencia pasa siempre por la búsqueda de la verdad, las rectificaciones, las disculpas en caso de encontrar otras verdades de diferente naturaleza. Declara que no le gusta la novedad fácil, ni la afectación en el lenguaje, que no es sino signo de la impotencia del escritor.

Declara su agrado por la utilidad de las lecturas y no tanto por lo que sería criticable de ellas, defiende la universalidad que proporciona el saber y corrige sus pequeños escritos o sus grandes obras, como le ocurrió con la Historia de las Ideas Estéticas, que mandó a la imprenta, ya avanzada la obra, sin concluir totalmente la segunda edición. Presentamos algunos de los textos propios que declaran los principios mencionados.

“no soy de los que se entregan al fácil juego de ensalzar autores de segundo orden con el secreto designio de abatir a los de primero. No soy iconoclasta, ni trato de levantar altar contra altar. Lo

⁹¹ Carta a Estelrich. 1-III-1908. Epistolario. XIX.

⁹² Carta a su hermano Enrique. 21-III-1903. Epistolario. XVI.

⁹³ Carta a su hermano Enrique. 8-II-1910. Epistolario. XX.

que lleva el sello del asentimiento universal tiene para mí grandes y serios motivos de creencia”⁹⁴.

O también:

“no me avergüenzo de las pocas cosas que he llegado a saber; me avergüenzo, sí, de las muchas que ignoro; pero nunca se me ha ocurrido vengarme de esta ignorancia mía menospreciando el estudio y el sudor ajenos, ni menos remediarla con la facilísima panacea de un libro o de un sistema que, por modo eminencial, me lo dé resuelto todo y me excuse el trabajo de pensar y de investigar por mi cuenta...”⁹⁵.

Menéndez Pelayo declara su misión intelectual, a modo de testamento, los últimos años de su vida, subrayando aspectos como:

- La dedicación hacia la conservación de la tradición cultural española.
- La tarea de la reconstrucción del pasado.
- La motivación hacia la tenencia de un propio pensamiento para España.
- La promoción del renacimiento del espíritu nacional que en su momento defendió Llorens.
- El buen gusto en la escritura, y el respeto a las opiniones de todo signo cultural y filosófico.
- La necesidad de un sano desenvolvimiento de los estudios históricos y de la formación humanística, como forma de promover una conciencia en el pensamiento colectivo.
- La vertebración de los elementos que forjarán la filosofía española, como parte de la identidad nacional.
- La búsqueda del sentido crítico, por encima de la inculcación de ideas ajenas.
- En definitiva, la búsqueda de la verdad, concienciando en un sano sentido de la responsabilidad cultural de un pueblo.

Lo afirma de las siguientes formas:

“cierta invencible tendencia que siempre me ha arrastrado hacia la más pura especulación y hacia el arte puro, en suma, a todo lo más inútil y menos político que puede darse”⁹⁶.

⁹⁴ CHL.VI. 322.

⁹⁵ CE. II. 248.

⁹⁶ ECF. 126.

“el presente estudio, que, como todos los míos, no se propone inculcar doctrina alguna, sino presentar y exponer lealmente la genealogía de todas ellas”⁹⁷.

“no pretendo yo... restaurar la variada trama de ideas y opiniones, a veces opuestas y aun contradictorias, que desde Séneca hasta Balmes...constituyen lo que llamamos filosofía española. Quiero sólo que renazca el espíritu nacional a que Llorens se refería, ese espíritu que vive y palpita en el fondo de todos nuestros sistemas y les da cierto aire de parentesco”⁹⁸.

Un aspecto que configurará su ideal de vida, es el conocimiento personal, breve pero intenso de Llorens, y más aún, por el interés común en el tipo exacto de investigaciones filológicas, de Milá. También declara su transformación, desde un punto de vista más personal, al conocer y sentirse apoyado y aconsejado por Laverde.

La influencia de D. Gumersindo es fundamental, le admira por su talante personal, por el tipo de visión que tiene de las necesidades de investigación concreta de las que necesita el país; le llama la atención también, su modestia, que no le reclama gran cantidad de publicaciones ni reconocimientos. Se siente atraído y como llamado a lo que reconoce como sus sabios consejos,

“a ese lauro (de historiador de la Filosofía española), aspiré en mi juventud, alentado por el sabio y benévolo consejo de un varón de dulce memoria y modesta fama, recto en el pensar, elegante en el decir, alma suave y cándida, llena de virtud y de patriotismo... escribió poco pero muy selecto, y su nombre va unido a todos los conatos de historia de la ciencia española, y muy especialmente a los míos”⁹⁹.

Se siente asimismo maestro de una tradición crítica que, entiende, se va creando en España:

“en los libros de Bonilla veo prolongarse algo de mi ser espiritual, así como en los de otro eminente alumno mío contemplo el admirable desarrollo de las ideas sobre la Edad Media... que recogí de los labios del venerable y austero Milá y Fontanals... cuando recuerdo que por mi cátedra han pasado don Ramón Menéndez Pidal y Don Adolfo Bonilla, empiezo a creer que no ha sido inútil mi tránsito por este mundo...”¹⁰⁰.

⁹⁷ *Ibíd.*

⁹⁸ CHL.VII. 216.

⁹⁹ ECF.386.

¹⁰⁰ *Ibíd.* 387.

1.4.9. Declaración de sus proyectos

¿Cuáles son los proyectos que tiene a lo largo de su vida Menéndez Pelayo?, pues muchos, algunos los va declarando en diferentes momentos, que ahora solo enumeramos: la historia de la filosofía en nuestra Península, “historia que está todavía por escribir y que escribiré algún día si la vida me alcanza para completar el círculo de mis trabajos y si no mueren éstos ahogados por el general escarnio o la general indiferencia que en nuestro país persiguen a todo trabajo serio”¹⁰¹; “un libro que con el título de Exposición e historia del vivismo pienso escribir. Libro que será malo y rudo, como de tosca pluma y pobre entendimiento, pero útil si llama la atención de los doctos...”¹⁰²; “la futura *Historia del humanismo español*, que siempre traigo en mientes, y a la cual no desespere de dar cima en un tiempo más o menos largo... sería una lástima que se perdiesen inéditos los copiosísimos datos que sobre esta materia...tengo recogidos...”¹⁰³. La expulsión de la Compañía, “será en su día objeto de historia particular, que yo escribiré si Dios me da vida”¹⁰⁴; “la historia de los trabajos literarios de los jesuitas expulsados pediría un libro entero, que tenemos propósito de escribir algún día, y que otro escribirá si nosotros no lo hacemos”¹⁰⁵; además no le convence como Vallés explica la filosofía sagrada, por declararle demasiado superficial, “día vendrá en que yo escriba de propósito acerca de la Sacra Philosophia”¹⁰⁶.

En una aproximación a la biografía, aunque sea breve en este trabajo y solamente con la intención de iluminar el interés filosófico de Menéndez Pelayo, señalamos lo que podría denominarse:

1.4.10. Sus gustos o aficiones intelectuales

- La fe dirigida a lo clásico

“poco exclusivo soy en cuanto a formas. Mi predilección está en lo clásico, pero ni niego ni disputo las grandezas que por otros caminos se lograron”¹⁰⁷.

- Enemigo de la paradoja y la afectación

“como soy poco amigo de temerarias paradojas...”¹⁰⁸ “...tengo horror invencible... a la afectación de originalidad, que es las más veces impotencia

¹⁰¹ HIE. I. 4.

¹⁰² CE. I. 325.

¹⁰³ BHLC. VI. 9.

¹⁰⁴ HHE. V. 173.

¹⁰⁵ HIE. III. 337.

¹⁰⁶ CE. II. 333.

¹⁰⁷ CHL. II.4.

disimulada”¹⁰⁹. Además el escribir sólo por modo, o por frivolidad, no es la manera que entiende Don Marcelino como más honesta e interesante, por eso declara:

“ni un discurso más, ni una pueril demostración, o exhibición, como ahora dicen, de la propia persona, cuadran de ningún modo a quien, por temperamento, por hábito, por experiencia de los hombres, busca su independencia en el retiro y gusta más de conversar con muertos inmortales que con fantasmas vivos... soy uno de los mortales relativamente felices a quien la Providencia concedió que se realizasen su modesta vocación en la vida...”¹¹⁰

- Obsesionado por la previsión en los trabajos académicos

“no puedo acostumbrarme a estos trabajos de día fijo y de plazo fatal; no serviría yo para periodista”¹¹¹.

“¿ a mí, que aborrezco la improvisación en todo género de asuntos y que tengo de la oratoria... una idea muy aproximada a la que Kant mostró alguna vez, diciendo de ella que era el arte de tratar frívolamente las cosas graves, y, por tanto, arte inferior al de la poesía, que tiene la virtud de tratar gravemente las cosas frívolas?”¹¹².

- Con más gusto por la erudición que por la docencia

A pesar del cariño que guarda por la universidad, sentida como casa propia, hay una vocación que le puede, que son sus papeles, casi sagrados, sus datos bibliográficos, el cultivo de su erudición como medio para lograr sus objetivos humanísticos:

“No soy educador de espíritus nuevos, sino conservador del tesoro de la tradición...”¹¹³, Por eso declara: “pongo a tu disposición mi nuevo cargo de Director de la Biblioteca Nacional, ocupación más grata para mí que la de la cátedra, cuya rutina empezaba ya a fastidiarme”¹¹⁴. Y de forma casi profética, al entrar como Director de la Biblioteca Nacional, le agradece a la duquesa de Alba:

“no puedo entrar con mejores auspicios en esta nueva dirección que se abre a mi vida, y en que creo que podré prestar más útiles servicios que en la enseñanza, cuyo mecanismo me ha sido

¹⁰⁸ APL. X. 188.

¹⁰⁹ CHL.V. 322.

¹¹⁰ VARIA. I. (OC. LXIII. 340).

¹¹¹ Carta a Valera. 4-IX-1889. Epistolario. X.

¹¹² VARIA. I. (OC. LXIII. 340).

¹¹³ CHL. I.324.

¹¹⁴ Carta a Estelrich. 22-IX-1898. Epistolario. XV.

siempre antipático, al paso que vivir entre libros es y ha sido siempre mi mayor alegría”¹¹⁵.

- Su amor a los libros

Hemos visto su pasión por los libros, manifestada en toda clase de compras de libros raros, en cualquier ciudad española que visitaba, o en sus viajes con motivo de estudio o de recreo, las ganas que tenía recién licenciado, de estar cerca de la Biblioteca Nacional. Se ha escrito mucho acerca de cómo su interés por la bibliografía, de alguna forma desvió el sentido de su vida sentimental, en diferentes momentos de su vida, en los que parece que tenía propósitos muy formales de matrimonio, y cómo especialmente su hermano Enrique hace bromas acerca de la exageración por la bibliofilia de su hermano.

“sólo de manuscritos españoles anteriores al siglo XVI tengo cerca de cuarenta, varios de ellos inéditos...”¹¹⁶ porque “mi biblioteca, que gracias a usted va siendo de las más ricas en este interesante ramo, tan difícil de coleccionar fuera del país éuscaro”¹¹⁷. “Sobre la librería Villalonga te escribiré oportunamente. Supongo que no se ha de vender en conjunto, porque tiene mucha morralla...los bibliófilos tenemos que recurrir a todas estas tretas y amaños de mala ley para satisfacer la afición maldita”¹¹⁸.

1.4.11. Defectos en su erudición

Reconoce ciertos saberes que le vendrían muy bien para justificar ciertos estudios, pero que hasta el momento de su reconocimiento, no ha podido profundizar. Hemos encontrado estos testimonios referidos a la materia musical, los grabados, el derecho romano, y la prehistoria.

“por mis aficiones y estudios soy bastante forastero en las nuevas y difícilísimas ramas del saber que tienen por campo las edades remotas del género humano”¹¹⁹. “entrar en largas explicaciones sería impropio de quien, como yo, se reconoce profano en tales materias (Derecho romano)”¹²⁰. “De tres elementos se compone este libro: los grabados, las traducciones y las imitaciones.

¹¹⁵ Carta a la duquesa de Alba. Boletín Biblioteca Menéndez Pelayo. 1955.nº1 y2. p.143.

¹¹⁶ Carta a Valera. 28-XI-1893. Epistolario. XIII.

¹¹⁷ Carta a Don Carmelo de Echegaray. 6-X-1908. Epistolario. XIX.

¹¹⁸ Carta a Estelrich. 11-I-1890. Epistolario. X.

¹¹⁹ HHE. VIII. 9.

¹²⁰ BHLC. III. 283.

Para juzgar de los primeros me reconozco lego e ignorante”¹²¹. “enviaré la lista de las zarzuelas, pero tengo que asesorarme con algún amigo más conocedor del género que yo. Yo conozco bien el antiguo repertorio zarzuelero de Arrieta, Barbieri, etc., porque en provincias se hace mucho todavía, pero como en Madrid tengo poco tiempo para ir al teatro, y a los de zarzuela no voy casi nunca, estoy muy atrasado en cuanto a la producción de estos últimos años...”¹²².

Presentamos ahora, algunos comentarios que Menéndez Pelayo hace en forma de autocrítica sobre su obra escrita. Sobre su Horacio en España, la Ciencia española, la Historia de las Ideas Estéticas, y la Historia de los Heterodoxos Españoles. Es importante este juicio para entender mejor la perspectiva de su trabajo intelectual.

1.4.12. Autocrítica intelectual de sus obras

- El “Horacio en España”

“fue pasatiempo de estudiante que buscaba solaz en la bibliografía, rendido y fatigado de ciertas explicaciones de metafísica krausista que el reglamento le forzaba a oír, y de las cuales sacó el provecho que fácilmente imaginarán los lectores”¹²³. “obra fue, en verdad, casi improvisada y escrita a vuela pluma para divertir y honestar ocios, o para descansar de la tediosa severidad de otros estudios”¹²⁴. “al leer ciertos pasajes del proemio y del último log, donde la expresión es harto desenfadada y agresiva, y el tono en demasía violento, no se olvide que el autor los escribió apenas salido de las aulas y con la leche de la retórica en los labios...”¹²⁵.

- La Ciencia Española

Se refiere fundamentalmente a las Polémicas, a las que les concede un valor relativo, ceñido al que le puede dar el contexto y valora sin embargo con generosidad, el trabajo bibliográfico que se pueda encontrar acerca de la historia del progreso científico español.

“a mi entender, el único mérito (si alguno tiene) de La ciencia española no consiste en la parte polémica, condenada a morir en

¹²¹ BHLC. V. 10.

¹²² Carta a Valera. 25-IV-1894. Epistolario. XII.

¹²³ BHLC. VI. 28.

¹²⁴ *Ibidem*. 9.

¹²⁵ *Ibidem*.10.

cuanto las circunstancias pasen, sino en lo que tiene de manual bibliográfico, único hasta ahora de su género entre nosotros, por lo cual deben disimularse sus infinitas omisiones”¹²⁶. “En un libro de batalla como en La ciencia española no ha de exigirse el mismo rigor de frase que en un libro doctrinal e histórico”¹²⁷. “Canalejas, que no es sospechoso, calificó la primera (y única) contestación de Revilla de “fuga vergonzosa”. Son bastantes en Madrid los que simpatizan con nosotros en esta polémica”¹²⁸.

Acerca de una de las obras que más nos interesa su comentario,

- La Historia de las Ideas Estéticas

Destacan los aspectos reseñados por Menéndez Pelayo sobre la originalidad de la obra, la escasez de material en las bibliotecas, el sentido crítico de su trabajo, y de alguna manera, la soledad personal en la confección de tales estudios estéticos:

“no he retrocedido ante ninguna lectura, por árida que pareciese, y tengo mi orgullo en afirmar que hay páginas de esta obra que me han costado el estudio de volúmenes enteros, sólo para descubrir en ellos alguna idea útil acerca de la belleza o del arte”¹²⁹. “mi libro no puede tener más originalidad que la de mi juicio y gusto propios, buenos o malos, la de mi impresión personal y directa, después de leídos todos los autores de que voy a hablar, y algunos más que no me han parecido dignos de ser citados. Esta historia no es una compilación ni un resumen; es mi trabajo propio sobre las fuentes”¹³⁰. Estoy corrigiendo las últimas pruebas de un nuevo tomo de Estética... no me ha dejado descontento, y le creo completísimo de noticias aun en la parte de música, en que me he asesorado de Barbieri”¹³¹.

- Historia de los Heterodoxos Españoles

Una serie de opiniones personales se refieren al estilo de la obra, al juicio que ha calado en la crítica, a la falta de estilo justificada en la juventud del autor, y a los contenidos:

¹²⁶ CE. I.5.

¹²⁷ CE. II. 268.

¹²⁸ Carta a Pereda. 2-II-1876. Epistolario. I.

¹²⁹ HIE. I. 3.

¹³⁰ HIE. V. 165.

¹³¹ Carta a Valera. 17-VIII- 1886. Epistolario. VIII.

“he retocado ligeramente el estilo, borrando rasgos que hoy me parecen de mal gusto y de candidez infantil, muchas incorrecciones gramaticales y otros defectos que hubieran saltado a la vista del leyente más benévolo y que sólo tenían disculpa en los pocos años del autor...¹³²” “yo juzgo los hechos con mi criterio católico, pero ni los altero ni los falsifico. Y creo que en esto puedo preciarme de haber sido imparcial y verídico. En suma no creo que mis trabajos hayan sido inútiles para la historia eclesiástica de España ni que merezcan esa condenación absoluta...¹³³” “ahí está el libro y él responderá por mí. Aunque no he querido convertirlo en museo de rarezas, pienso que lleva noticias hartamente nuevas en muchos parajes, y que excita, ya que no satisface, la curiosidad sobre puntos oscuros y de curiosa resolución...¹³⁴”

Otra parte de sus opiniones tienen como intención, la presentación objetiva de la obra, y el contexto personal en que escribe tan polémico estudio:

“esta obra, que era de todas las mías, la más solicitada, aunque no sea ciertamente la que estimo más...¹³⁵” “procuré seguir las huellas (de los grandes historiadores católicos) en la primera edición de esta historia, cuyo éxito, que superó a mis esperanzas, debo atribuir tan sólo a la resolución que formé y cumplí de trabajar sobre las fuentes, teniendo en cuenta las heterodoxas y muy especialmente la literatura protestante, apenas manejada por nuestros antiguos eruditos...¹³⁶” “con la petulancia de los pocos años, pero con una brevedad de que hora me felicito, porque me obliga a borrar menos, hablé en mi primera edición de los turanos, que estaban entonces de moda...y aun puedo dar gracias a Dios, porque la saludable desconfianza que me ha inspirado siempre el diletantismo filológico me libró de caer en mayores yerros, de que no se libraron otros más doctos que yo...¹³⁷”

- Historia de la Poesía Hispanoamericana

Sobre la Historia de la poesía hispanoamericana y la Bibliografía hispano latina clásica, sus juicios autobiográficos son más escasos. Detallan el objeto, las dificultades personales y el eco que encuentran en el mundo académico.

¹³² HHE. I. p.36.

¹³³ Carta a Morel-Fatio. 6-V-1881. Epistolario.V.

¹³⁴ HHE.I. 71-72.

¹³⁵ *Ibidem*. I. 1.

¹³⁶ *Ibidem*. I. 31.

¹³⁷ *Ibidem*. VIII. 427.

“esta obra (Historia de la poesía hispanoamericana), la menos conocida en España, donde el estudio formal de las cosas de América interesa a muy poca gente, a pesar de las vanas apariencias de discursos teatrales y banquetes de confraternidad... es la Historia quien suscita a veces desagradables recuerdos. Pero no creo que los ilustres varones, de espíritu verdaderamente científico, que no faltan en América, han de mirar con ceño la simpatía razonada y libre de un español que nunca se avergonzó de serlo, ni procuró captar con interesadas adulaciones la benevolencia de los extraños...”¹³⁸.

- Bibliografía Hispano Latina Clásica

Sobre esta extensa obra, don Marcelino hace un repaso de su concepción intelectual, que tiene su origen desde la más tierna infancia:

“el trabajo que logra hoy hospitalaria acogida en la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos ha sido para mí grata ocupación de muchos años y descanso de más graves estudios. Antes de salir de las aulas universitarias, en 1873, formé el proyecto de una Biblioteca de Traductores Españoles, ampliando y continuando el meritorio ensayo de Don Juan Antonio Pellicer. Después concebí un plan más vasto...sea cual fuere el destino que las aguarda, siempre tendrán para mí el recuerdo de las horas gratísimas que pasé leyendo los clásicos latinos y comparándolos con los castellanos o viceversa... a los verdaderos amantes de las letras antiguas, a los que no las cultivan por pedantesco alarde, sino por recreo del espíritu y por necesidad estética y moral, a los humanistas, en suma cada vez más escasos y más latentes, encomiendo y dedico estas páginas que sólo para ellos pueden tener algún interés...”¹³⁹.

En este mismo contexto, dedicamos unas líneas a la consideración que tiene Menéndez Pelayo de sí mismo como trabajador de la palabra, como historiador, como escritor y como poeta.

1.4.13. Poeta, escritor e historiador

No podemos olvidar que Menéndez Pelayo escribió tal cantidad de poesías, que han quedado recogidas, en dos tomos de la Edición Nacional de sus obras. Eso equivale a unos cientos de páginas de una obra, que en parte ha sido opacada por la

¹³⁸ HPHA. I. 4.

¹³⁹ BHLIC. I. 1-2.

desproporción de su trabajo erudito. Como poeta es elogiado por Leopoldo Augusto de Cueto, por Valera, y no sólo por las poesías por él publicadas, sino por cierto ritmo poético que se respira en su obra académica:

“de mis versos cada cual pensará como guste; pero he advertido a usted que Valera, en sus elogios, no se refiere a mis primeros ensayos que usted conoce, sino a obras posteriores y más originales que todavía no han sido coleccionadas, especialmente a muchos versos de amores en los cuales quizá hallará usted algo de ese calor y sentimiento que en los primeros... echa usted de menos... yo celebro y agradezco que usted escriba de mí y que lo haga con severidad crítica”¹⁴⁰

Como escritor, afirma:

“hay algo en mi índole literaria que me aleja de la perfección por la facilidad misma. Y esto, a veces me desespera, por lo mismo que siento y admiro la perfección en otros... hago esfuerzos por corregirme, sobre todo en los versos, a los cuales tengo más amor que a la prosa...”.¹⁴¹ “cierta superfluidad y despilfarro ha sido siempre muy de autores españoles... yo me confieso en esa parte de los más pecadores, aunque siempre estoy formando propósitos de la enmienda, para aplacar los iracundos manes de Boileau y de Luzán...”.¹⁴²

Pero la verdadera profesión de Don Marcelino, es la de historiador:

“yo ni a mi prosa ni a mis versos he dado nunca importancia alguna; se la doy, sí, a ciertas noticias que he dado a conocer y a otras que publicaré en adelante. Yo soy un trabajador modesto que no he aspirado nunca, ni puede aspirar, a un éxito popular, y que se contenta con ser útil a los pocos que toman estas cosas por lo serio”¹⁴³

¹⁴⁰ Carta a Morel-Fatio. 6-V-1881. Epistolario. V.

¹⁴¹ Carta a Valera. 14-VIII-1881. Epistolario. V.

¹⁴² HIE. V. 164.

¹⁴³ Carta a Don Antonio M° Gómez Restrepo. 26-IV-1891. (Menéndez Pelayo y la Hispanidad. 187.)

1.4.14. Menéndez Pelayo en su psicología

Acabamos esta biografía, con algunos apuntes psicológicos que a pesar de que han ido saliendo a lo largo del desarrollo del presente trabajo, creemos interesante hacerlos notar, como conclusión.

Menéndez Pelayo se declara directo en el trato, en las circunstancias sociales y académicas que le han colocado en más de un apuro; sobre este asunto hay mil anécdotas que relatan los que le han biografiado: “como yo tengo la mala costumbre de decir las cosas muy claras, aun a sabios como el señor De la Revilla¹⁴⁴”¹⁴⁵. Es directo en el trato cotidiano y protocolario y este trato se manifiesta en sus textos escritos.

Descuidado para la correspondencia, muchas de sus cartas comienzan disculpándose por el retraso con el que responde sus mensajes, ya sean familiares, de amigos u oficiales:

“reconozco que soy tardío y perezoso para la correspondencia epistolar; pero hágase usted cargo de mis ocupaciones. Y, además, conozco que escribo mal las cartas, y por eso escribo pocas y breves. Este género, como cualquier otro, requiere una aptitud especial”¹⁴⁶.

Igualmente se declara incompetente para la oratoria, a pesar de las alabanzas que ha recibido por sus discursos, casi siempre leídos, pero algunos improvisados. Recordamos que en su niñez y juventud exhibía cierta tartamudez, que en su época de estudiante universitario resolvió grandemente. Lo que sí que es cierto, es su capacidad para criticar los discursos ajenos, más en lo que concierne al contenido que a la forma, y que a la oratoria siempre le concedió mucha importancia. Elegimos un breve texto de su Discurso en el Congreso, en su época de diputado.

“yo, la naturaleza menos oratoria que hay en este Congreso; yo, que a la absoluta carencia de dotes oratorias uno este defecto físico harto perceptible, que entorpece el uso de mi oración y a mis propios ojos la deslustra”¹⁴⁷.

¹⁴⁴ CE. I. 210.

¹⁴⁵ Se refiere Menéndez Pelayo a la Polémica con Don Manuel de la Revilla, que en el contexto señalado dice así: “ahora que he desarrollado, aunque brevemente, nuestros planes, paso a hacerme cargo, por lo mucho que con ellos se rozan, de las magistrales decisiones del nuevo Mr. Masson, a quien aludí antes. El cual no es ningún doctrino, sino un hierofante, un pontífice máximo, un patriarca del krausismo, jefe reconocido, por lo menos, de una fracción o cofradía, personaje influyente y conspicuo en épocas no lejanas... todos le conocemos y yo dejaré de nombrarle porque al cabo me acuerdo de haber sido discípulo suyo y le debo, entre otros inestimables beneficios, el de afirmarme cada día más en las sanas creencias y en la resolución de hablar claro y a la buena de Dios el castellano...”. CE. I. 180-181.

¹⁴⁶ Carta a Farinelli. 18-II-1906. Epistolario XIX.

¹⁴⁷ VARIA. I. (OC. LXIII. 307).

En las cuestiones caseras, también se declara torpe, los asuntos domésticos, el cuidado de las cosas de la casa. Le llamaba la atención a los que regentaban el hospedaje en el que se quedaba habitualmente en Madrid su desorden de libros amontonados, manchas de tinta sobre la cama, etc. ahora recordamos el momento del traslado a sus habitaciones en la Academia de la Historia.

“he aprovechado estos días de vacaciones en amueblar mi habitación de la Academia de la Historia –calle del León-, a la cual definitivamente me trasladaré pasado mañana domingo. Como yo soy tan torpe y desmañado para todo, estas operaciones de mudanza me han ocupado mucho más tiempo que a otro y me han hecho retrasar en una porción de cosas, entre otras en el despacho de mi correspondencia”¹⁴⁸.

A veces su fuerte carácter, señalado también por sus biógrafos, le mete en ciertos compromisos de conocimiento público, aquí uno de ellos en la calle Alcalá, que le confiesa a su amigo Estelrich.

“de la otra Academia (Española de la Lengua) nada te digo, porque hay cosas que no son para puestas por escrito. Cotarelo llegó a insolentarse conmigo en tales términos, que tuve que administrarle dos garrotazos físicos o materiales, en plena calle de Alcalá hace más de un año. Miserias son todas éstas que cada día me hacen más insoportable la estancia en Madrid, donde además se pierde el tiempo de una manera lastimosa”¹⁴⁹.

Su gran sentido del humor está presente en los hechos, en la vida y también en la obra de Don Marcelino. La verdad es que la lectura del epistolario no supone, salvo por la extensión, ningún esfuerzo. Señalamos ahora, algunos de estos rasgos de su personalidad.

“al fin Antonio Rubió hizo la bestialidad de casarse, ¡con catorce mil reales de sueldo! Dios nos tenga de su mano. Debes hacerle un epitalamio: yo no he tenido valor”¹⁵⁰.

Además de sus cartas, se manifiesta este sentido del humor, mezclado con fina ironía, en el discurso habitual de sus tratados, se refiera o no a contemporáneos, autores que estudia, o situaciones diversas, haciendo un discurso homogéneo de academicismo y simpatía.

¹⁴⁸ Carta a Valera. 6-IV-1894. Epistolario. XII.

¹⁴⁹ Carta a Estelrich. 5-III-1901. Epistolario. XVI.

¹⁵⁰ Carta a Estelrich. 25-XI-1885. Epistolario. VII.

“el manual con que se destetaban los aprendices armónicos¹⁵¹...” “esto también es krausi-espiritismo de lo más fino...¹⁵²” “el engendro del señor Perojo es tan clavadito y tan mono, que lo mismo da cogerle por los pies que por el cogote”¹⁵³. “Tollin, que es un erudito de los que sienten crecer la yerba”¹⁵⁴.

1.5. Acontecimientos en la historia de España, en la época de Menéndez Pelayo

Insertamos ahora, una breve historia de la España política, social, económica, que conoció Menéndez Pelayo. Nos referimos, para tener mejores antecedentes al periodo comprendido entre la invasión napoleónica y el reinado de Alfonso XIII. Recordamos que Don Marcelino vivió entre los años 1856 y 1912. Todos los acontecimientos que enunciamos de una forma escueta, son vividos personalmente, o mencionados como hechos recientes, en sus comentarios académicos y epistolares.

1.5.1. Antecedentes

Hasta el siglo XVIII no había naciones, sólo dominios territoriales como patrimonio regio. Entonces surge una idea de nación, que consiste en que, ésta es el conjunto de ciudadanos libres e iguales que eligen cómo gobernarse. Surge como un pacto social para lograr el bien común.

A fines del mismo siglo los románticos definen nación como una esencia natural, una manera de ser, una cultura (manifestada sobre todo en la lengua), el derecho (reflejo de las costumbres). En 1812 aparecerá el liberalismo en la Constitución de 1812 (La Pepa) ligado al capitalismo y a los ideales franceses de libertad, fraternidad e igualdad, aunque la Constitución de Cádiz servía, a la vez, para atraer a los afrancesados y para expulsar al invasor. Con las revoluciones liberales se acabará el Antiguo Régimen.

Antes, no existía el concepto de propiedad privada, sólo el dominio sobre la tierra y por otro lado los gremios acaparaban los trabajos no agrícolas. Los ciudadanos con la revolución liberal dejarán de ser súbditos como hasta este momento y la soberanía ya no estará en la figura del rey sino en los ciudadanos. Igualmente se abolieron los gremios y los señoríos.

“el nuevo régimen fue regido por una clase dirigente no homogénea, sino de composición muy variada, que junto con la

¹⁵¹ HHE. VI. 390.

¹⁵² *Ibidem*. 359.

¹⁵³ CE .II. 25.

¹⁵⁴ HHE. III. 323.

vieja aristocracia, incluyó por primera vez a la pujante burguesía responsable de la acumulación de capital. Ésta, tras su acceso al poder, pasó de revolucionario a conservador”¹⁵⁵.

La revolución liberal y la organización del Estado liberal (1808-1868)

En breves palabras, Entre 1808 y 1868 tuvo lugar una profunda transformación en la sociedad en el marco de una revolución liberal. Los estamentos privilegiados del Antiguo Régimen perdieron el poder económico y político dando lugar a la Crisis del Antiguo Régimen y dando paso al Estado liberal. La burguesía instauró los principios del capitalismo e implantó el régimen parlamentario democrático.

“Tradicionalmente, la revolución ha sido presentada, ante todo como fruto de una conspiración de las minorías políticas enemistadas con los que monopolizaban el poder bajo Isabel II. Carlos Seco matiza ya esta interpretación, al insistir en presentarla como la última revolución liberal burguesa, es decir: la última en la que actúan al unísono el proletariado y la burguesía”¹⁵⁶.

Se estructuraron a la vez los nuevos intereses del mercado nacional, con instituciones estatales en redes provinciales, creando un sistema educativo nacional y público, un poder judicial funcionariado y un ejército nacional. Surgen, por otro lado, conflictos entre las clases más bajas que reclaman sus derechos y el voto. Se instauró la libertad de prensa, se independizaron los artistas y el romanticismo y el realismo crean nuevos géneros y nuevas ideas.

En estas seis décadas tuvo lugar una revolución que cambió todos los aspectos de la sociedad española y en 1868 ya se planteaba la democracia y la equiparación con las potencias capitalistas occidentales.

1.5.2. La invasión napoleónica y el reinado de José I (1808-1813)

En 1808 un ejército de 100.000 franceses con el pretexto de ocupar Portugal, aliada de Gran Bretaña, traspasó la frontera pirenaica por la alianza franco-española llevada a cabo por Manuel Godoy. Napoleón al ver la posibilidad de invadir, no sólo Portugal sino toda la península y llevar las ideas revolucionarias a ambos países trató un año antes mediante el Tratado de Fontainebleau de 1807, de lograr la abdicación de Carlos IV y la de Fernando VII en Bayona en 1808 y pasar los derechos de la corona a su hermano José Bonaparte.

¹⁵⁵ Oposición de términos explicitada por los historiadores Antonio Domínguez, Miguel Artola (tomo V) y Martínez Cuadrado (tomo VI) en Historia de España. (Alfaguara. Madrid. 1981).

¹⁵⁶ Luis Suárez y José Andrés Gallego. Revolución y restauración (1868-1931). Rialp. Madrid 1981. P.3.

Este hecho desencadenó una guerra de independencia nacional, en la que los historiadores no se ponen de acuerdo en las causas del estallido. Se sostiene la idea de que el pueblo con talante conservador y con alarde de patriotismo optó por expulsar al ejército francés en vez de acogerse a los ideales liberales que traían consigo.

Los españoles habían visto cómo la monarquía, les gustase ésta o no, había sido usurpada impunemente por los franceses. Los franceses, a su vez, campeaban a sus anchas por Madrid, lugar del estallido del 2 de mayo, con aire altivo y con excesos hacia la población, que podían parecer, a simple vista, detalles sin importancia pero que crispaban aún más los ánimos de ésta.

Por otro lado surgirían los afrancesados, españoles atraídos por las ideas francesas y en contraposición a los nacionalistas españoles, cuya prioridad se reducía al odio visceral al francés y su inmediata expulsión. En un término medio habían surgido los liberales nacionalistas o fernandinos, también llamados doceañistas, que crearon en 1812 la famosa Constitución de Cádiz. Estos liberales apoyaron a Fernando VII, "el deseado", ya que pensaban que con la expulsión del ejército francés y con su reinado se aprobaría la Constitución.

Hasta entonces, a comienzos del reinado de José I Bonaparte, que abarcó de 1808 a 1813, los afrancesados iniciaron la organización de la sociedad burguesa, con la desamortización de conventos, abolición de derechos feudales y del Santo Oficio de la Inquisición y la supresión de aduanas interiores. Además se ocuparon de la división provincial del Estado.

Tras el inicio de la guerra se produjo una victoria, contra todo pronóstico, de un ejército español recién formado contra el ejército francés en Bailén que demostró que el ejército napoleónico no era invencible y que animó al resto de Europa a rebelarse contra el invasor. Sin embargo, pese al desembarco de tropas inglesas en la península, los franceses habían logrado ocupar totalmente de nuevo toda la superficie peninsular.

El ejército de Bailén se formó en territorio no ocupado por las tropas francesas por Juntas militares, más concretamente por la Junta de Andalucía. La Junta Central constituida por decisión de las Juntas provinciales, convocó en 1810, en respuesta a las reformas de José I y ante los sucesivos desastres militares, a unas Cortes generales y extraordinarias que representasen a la nación. Sitiados en Cádiz, los liberales fernandinos lograron excluir de las Cortes la representación de la aristocracia y de la iglesia y en la primera sesión adoptaron principios revolucionarios: como que la soberanía reside en la Nación y que ésta era representada por los diputados, que los principios eran inviolables y que el poder legislativo, expresión de soberanía, residía por tanto, en las Cortes.

Este hecho supuso el nacimiento de la nación española que suponía un derrumbamiento total de las instituciones del Antiguo Régimen, llevando a cabo

reformas liberales y creando un texto constitucional que establecía la organización de los poderes en el nuevo Estado representativo de la nación española.

La libertad y la igualdad entraban en la historia y se inauguraba el sufragio universal, en sistema indirecto para votar y con un sistema censitario para ser elegido. A la vez las Cortes de Cádiz también impulsaron la guerra, promoviendo la sublevación guerrillera; destacando hombres como el Empecinado y Mina; y encomendaron toda la jefatura militar a Wellington. Así lograron derrotar al ejército napoleónico en Vitoria en 1813 y expulsarlo definitivamente de España.

1.5.3. Descolonización americana

En América, mientras tanto, se había dejado un vacío de soberanía causado por la guerra en las colonias americanas. Aunque las Cortes habían acogido a los españoles de ambos hemisferios y hubo diputados representando a las colonias, las ideas de libertad y el ejemplo de los Estados Unidos habían calado hondo.

Además se habían acostumbrado al autogobierno. De ese modo en 1810, desde México hasta Argentina y Chile, se constituyeron Juntas con capacidad soberana que desencadenaría una guerra que duraría hasta 1825 cuando España fue derrotada manteniéndose sólo Cuba y Puerto Rico subordinadas a la metrópoli, situación que duraría hasta 1898.

1.5.4. El reinado de Fernando VII (1814-1833)

Hasta la llegada de Fernando VII en 1814 España se gobernó en base a las Cortes constitucionales de Cádiz. En ese momento el rey promovió un golpe de Estado absolutista publicando el Manifiesto de los Persas y se dedicó a perseguir por igual a los liberales (antes fernandinos) y a los colaboradores del rey José I, los afrancesados, dando lugar a una situación algo novedosa, el exilio y la persecución política.

A los liberales sólo les quedó la opción del pronunciamiento militar para restablecer la constitución, opción por la cual fracasan. No tuvieron más remedio Mina, el Empecinado y otros como Porlier o Vidal que exiliarse o ser fusilados como Lacy.

También se restableció la Inquisición y los privilegios de los aristócratas y del clero, por más que la guerra americana agravaba la quiebra del sistema de fiscalidad absolutista, incapaz de obtener recursos sin incluir a los privilegiados.

1.5.5. El Trienio Liberal (1820 - 1823)

El ejército preparado para embarcar en Cádiz para sofocar las Juntas independentistas que surgieron en las colonias americanas se rebela a las órdenes del coronel Riego el 1 de enero de 1820, logrando la adhesión de las ciudades organizadas de nuevo en Juntas para restablecer el régimen constitucional.

El golpe de Riego triunfa iniciándose así el Trienio liberal. Las Sociedades Patrióticas y la prensa ayudaron a extender la idea de libertad a todos los rincones del país. Las Cortes elegidas por sufragio universal indirecto, repusieron la legislación gaditana de modo que la abolición de los señoríos, junto a la efectiva desamortización y cierre de conventos y la supresión de la mitad del diezmo desencadenaron la reacción absolutista.

Friles y parte de la jerarquía eclesiástica apoyaron partidas de campesinos desposeídos de tierra y promovieron conspiraciones apoyadas por el rey. La ley de venta de realengos y baldíos para los campesinos no se llegó a hacer efectiva, como tampoco el sistema fiscal proporcional previsto.

Sí se impulsó la articulación del mercado nacional, sin aduanas interiores y con un fuerte proteccionismo agrario. Se organizó la división provincial, llevándose efectiva en 1833 ya que en 1823 el proyecto se frenó con la caída del gobierno liberal. La España liberal servía entonces de ejemplo para el resto de Europa, por lo que, las potencias absolutas como Francia, Austria y Rusia encomendaron a un ejército francés — Los cien mil hijos de San Luis — para que restablecieran el poder absoluto del rey. Esto daría comienzo a la década ominosa.

1.5.6. La Década Ominosa (1823 - 1833)

La vuelta del absolutismo trajo consigo el terror. Se creó la policía política, se ahorcó a Rafael de Riego y otra nueva oleada de exiliados salió del país. Resurgieron a la par los pronunciamientos, saldados con fracasos y ejecuciones, las de El Empecinado, Torrijos, Mariana Pineda, etc. Las camarillas (la gente que aconsejaba y influenciaba al rey) absolutistas no sabían encauzar las necesidades del Estado, sobre todo en ese momento, al haber perdido los ingresos de las colonias.

El rey no tuvo más remedio que recurrir a políticos ilustrados. Surgieron así la ley de minas, aranceles proteccionistas para la industria, la promulgación del Código de comercio (1829) o la división provincial (1833), sin saberlo el rey estaba abriendo la puerta al liberalismo.

Además de 1830 se había establecido en Francia una monarquía burguesa y Fernando VII lograba, al fin, tener dos hijas. Sin embargo, Carlos, hermano del rey

nunca les reconoció sus derechos por ser mujeres por la vigencia de la ley sálica lo que daría en años posteriores a las cruentas guerras carlistas, el último intento de recuperar el Antiguo Régimen de los detractores del liberalismo.

1.5.7. Regencia, guerra civil y revolución (1833-1839)

En 1833 la hija de Fernando VII, Isabel II heredaba la corona con tan solo tres años, pasando la regencia a su madre María Cristina. Su tío Carlos reclamaba el trono por parecerle ilegal la eliminación de la ley sálica.

Esta oposición hizo que se levantaran partidas de absolutistas y que parte de la Iglesia, parte de los sectores aristocráticos y parte del ejército le apoyaran formando un bando "carlista". Sin embargo la mayoría de la población, desde burgueses hasta las clases más humildes aspiraban a un sistema liberal y por eso apoyaron a María Cristina que no tuvo más opción que aceptar el apoyo de los liberales en contra de su voluntad pero a favor de los intereses familiares.

Se reagruparon las fuerzas liberales, se armaron milicias contra los carlistas y se inició una importante guerra civil por todo el país. Tras tres gobiernos: el de Martínez de la Rosa, Mendizábal y Calatrava y con el impulso de nuevas Juntas, organizadas ciudad por ciudad, se restableció el sistema constitucional en 1836. El conservadurismo de María Cristina influyó para que el año siguiente se creara una nueva constitución (la de 1837) de un carácter más conservador.

En esa constitución se implantó el sufragio censitario y se otorgó a la corona el poder ejecutivo que prevalecía sobre el legislativo, con capacidad, incluso para las Cortes de vetar leyes. Se produjo en ese momento la escisión entre liberales moderados como Toreno, Narváez y Alcalá Galiano y progresistas como Mendizábal y Espartero.

Mendizábal nacionalizó los bienes del clero regular para privatizarlos de inmediato y hacer de la tierra un bien mercantil en el mercado nacional de capitales. A la vez que trataba de enjugar la deuda pública.

El régimen señorial se abolió sin atender las expectativas de miles de campesinos que habían poseído tierras sometidas por la aristocracia y que en ese momento, gracias a la ley, eran propietarios de absoluto derecho de grandes latifundios. No se llegó, sin embargo, a cumplir las aspiraciones a la propiedad de estos campesinos.

En el bando absolutista los carlistas se habían quedado sin apoyo internacional y sin recursos y el general carlista Maroto tuvo que firmar la Paz con Espartero en lo

que se conoce como el abrazo de Vergara, por el cual se firmó un convenio finalizando la guerra civil y lo que también se conoce como Primera Guerra Carlista.

1.5.8. Regencia de Espartero (1840 – 1843)

Al casarse de nuevo, María Cristina estaba en situación de ilegalidad como regente. En 1840, a la hora de sancionar la ley la sometió a la designación del gobierno provocando un pronunciamiento municipal que la obligó a exiliarse. Entonces las Cortes votaron a Espartero para la Regencia.

Gobernaron entonces los progresistas procediendo a la desamortización del clero secular con la ley que garantizaba por parte del Estado el mantenimiento de las parroquias y de los seminarios, se abolieron los fueros en el País Vasco y se dio un extraordinario impulso a las iniciativas burguesas, con la llegada de remesas de capital inglés y francés a sectores como la minería y el préstamo crediticio. También se organizó el sistema educativo nacional, desde la primaria hasta la universitaria y se asentó el Estado liberal como una realidad más patente.

Surgió otro partido en el seno del liberalismo, el republicano, que recogía la frustración popular ante las esperanzas puestas en las libertades constitucionales. Las nuevas desigualdades dieron pie a la cuestión social. La crisis del textil en Cataluña y el miedo al librecambismo provocaron la insurrección de obreros republicanos y de patronos moderados en Cataluña tomando Barcelona en 1842.

Espartero entró en la ciudad condal sofocando la revuelta y ejecutando a los líderes populares. Esto supuso el fin de su carrera política. María Cristina y los moderados conspiraron hasta que se tuvo que exiliar. En ese momento los moderados se desprendieron de sus aliados republicanos y disolvieron las Cortes proclamando la mayoría de edad de Isabel II con trece años de edad.

1.5.9. Reinado de Isabel II

El reinado de Isabel II fue un reinado que, salvo dos años, estuvo tan solo el partido moderado cargado con veleidades dictatoriales y con líderes afines como Narváez, Salamanca, Bravo Murillo, O'Donnell y Pidal. Se disolvió la Milicia nacional, que era similar a la Santa Hermandad de los Reyes Católicos, que funcionaba con ciudadanos que tenían que velar por el orden público y así lo estipulaba la Constitución. Por el contrario crearon la Guardia Civil como cuerpo militarizado para vigilar el orden de los propietarios de la desamortización.

A los dos años, en 1845, incluso reescribieron una Constitución aún más conservadora que la de 1837. Ésta daba predominio a la corona y era la encargada de designar al gobierno, controlaba la iniciativa legislativa y designaba senadores vitalicios. El sufragio se restringió aún más, según la riqueza y los alcaldes también eran designados por el ejecutivo, creándose un caciquismo electoral controlado por las clases altas.

La corrupción estaba a la orden del día y los que estaban en la cúspide del poder, incluido la familia real, se aprovecharon del despegue del capitalismo con negocios como el ferrocarril, las minas, la banca y las sociedades financieras. Los escándalos de las concesiones ferroviarias facilitaron la vuelta al poder de los progresistas para encauzar la legalidad del desarrollo capitalista, y de ese modo, de 1854 a 1856 en el Bienio progresista, gobernaron bajo Espartero, cerraron el ciclo de privatizaciones de la tierra con la ley desarmotizadora de Madoz en 1855 y se legisló sobre minas, finanzas e inversiones de capital. En las décadas siguientes el crecimiento de la industrialización fue continuo y el capitalismo se extendió también en el campo.

Los moderados con un nuevo golpe de Estado de O'Donnell volvieron a restablecer la Constitución de 1845, evitando que progresistas y republicanos redactasen otra Constitución e hiciesen la Milicia nacional de un pueblo que ya comenzaba a hacer las primeras huelgas exigiendo más comida, trabajo y libertad.

Sin embargo, la agitación era imparable. El partido republicano abanderó la ocupación de tierras en el campo andaluz, sufriendo la represión y los fusilamientos masivos ordenados por Narváez (El Arahal en 1857 y Loja en 1861). En las ciudades el alto precio de los alimentos, los impuestos indirectos (en el consumo) y el sistema de quintas eran las causas que provocaban los motines liderados por los republicanos. La gente ocupaba la calle y se asaltaban todo tipo de comercios por el hastío al conservadurismo.

Otra causa importante era el sistema de Quintas que debían hacer de servicio durante ocho años y que no cumplían los ricos por pagar la cuota o por costearse un sustituto y además si había guerra no conseguían volver la mayoría. Por eso las expediciones africanas ni la Guerra de Cuba serían populares. Las clases populares se adherían al republicanismo con la esperanza de que la situación cambiase. El poder se vio usurpado por las camarillas palaciegas lo que provocó el pacto de Ostende entre moderados, progresistas y demócratas contra la familia real.

1.5.10. La Década Moderada

Narváez quedó como líder del partido moderado y asumió la Presidencia del Gobierno. Supuso una época de estabilidad. Tras ser adelantada la mayoría de Isabel y

ocupar el trono se decantó, en seguida por los moderados, dejando a un lado a los progresistas. Los moderados trataron de ir deshaciendo los avances relativos a las libertades de la Regencia de Espartero y para ellos hicieron una nueva constitución (1845) que devolvió el modelo de soberanía compartida entre el monarca y las Cortes y restauró algunos poderes a la Corona. También hubo división entre los moderados.

En 1844 se creó la Guardia Civil como fuerza armada que debía aplicar la ley y el orden, en un principio, en el medio rural. Esta institución suplantó a la Milicia Nacional. Se creó la Ley de Ayuntamientos en 1845, que permitía al gobierno nombrar a los alcaldes en pro al centralismo.

En 1845 se estableció una nueva constitución: la de 1845, que se diferenciaría de la del 37 en que la Soberanía estaría compartida entre la monarquía y las Cortes dándose así, un poder legislativo compartido pero con preeminencia de la Corona. El Estado vuelve a la confesionalidad "la religión de la nación española es la religión católica". Se recortaron algunos derechos individuales como la libertad de expresión.

La Ley Electoral de 1846 configuró un régimen oligárquico, ya que creó un sufragio muy restringido que limitó al derecho a votar a 97.000 varones mayores de 25 años (el 0,8% de la población total).

En 1851 se firmó el Concordato con la Santa Sede. El Papa reconoció a Isabel II como reina y aceptó la pérdida de los bienes eclesiásticos ya desamortizados. A cambio el Estado español se comprometió a subvencionar a la Iglesia y a darle el control de la enseñanza y la censura.

“Alguna Junta había pedido que la libertad llevara consigo la separación de la Iglesia y del Estado, pero la comisión que elaboró el proyecto se había limitado con intenciones realmente moderadas, a consignar el librecultismo y así fue aprobado por las Cortes:

Art. 21: la nación española se obliga a mantener el culto y los ministros de la Religión católica.

El ejercicio público o privado de cualquier otro culto queda garantido a todos los extranjeros residentes en España, sin más límites que las reglas universales de la moral y del derecho.

Si algunos españoles profesasen otra religión que la católica, es aplicable todo lo dispuesto en el párrafo anterior”¹⁵⁷.

¹⁵⁷ Luis Suárez y José Andrés-Gallego. Revolución y restauración. (1868-1931). Rialp. Madrid. 1981.p. 21-22

1.5.11. El Bienio Progresista

Leopoldo O'Donnell, llevó a cabo el pronunciamiento en Vicálvaro que apartó a los moderados del poder. Más tarde estaría al frente del gobierno de la Unión Liberal.

El poder que aunó Narváez, progresivamente, más autoritaria propició un pronunciamiento llevado a cabo por el general O'Donnell en Vicálvaro (la Vicalvarada). Tras el manifiesto de Manzanares el golpe se radicalizó y consiguió un gran respaldo popular, animando así, a otros generales a unirse al pronunciamiento haciendo que triunfase finalmente. Tras esto se creó un gobierno presidido por Espartero.

O'Donnell por su parte creó la Unión Liberal, que trató de cubrir los votos entre los moderados y los progresistas. Durante este periodo se llevó a cabo la desamortización de Madoz (1855), medidas para modernizar al país, como la Ley de Ferrocarriles. Las nuevas Cortes constituyentes intentaron hacer una nueva Constitución que no llegó a llevarse a cabo.

1.5.12. Los gobiernos de la Unión Liberal

Entre finales del 1856 y 1858 volvería de nuevo Narváez. La agitación social provocó la ruptura entre Espartero y O'Donnell. Estando O'Donnell en la presidencia se llevó a cabo una revisión de la labor del bienio que traería de regreso de Narváez al poder en octubre de 1856 hasta 1858.

El 30 de junio de 1858, O'Donnell formó un nuevo gobierno y duraría hasta principios de 1863. Durante este periodo se mantuvo la recuperación económica y se controló la corrupción electoral y la propia desunión en el partido.

Se restableció la Constitución de 1845 pero con un acta adicional para complacer a los progresistas. Se invirtió en grandes obras públicas, se desarrolló la red ferroviaria y el ejército, se continuó con la desamortización pero entregando parte de la deuda pública a la Iglesia y reponiendo el Concordato de 1851. Se aprobaron también una serie de importantes leyes que seguirían repercutiendo más adelante. Sin embargo siguió habiendo mucha corrupción política y económica, y tampoco se llegó a aprobar la prometida ley de prensa quedándose así sin apoyo parlamentario.

1.5.13. Fin del reinado de Isabel

Los progresistas y los moderados se aliaron para presionar a la Unión Liberal provocando la dimisión de O'Donnell en marzo de 1863. Sin embargo la sustitución del gobierno no fue fácil. Los partidos tradicionales estaban con problemas internos. Ambos partidos propusieron sus ideas, formar gobierno o disolver las Cortes

respectivamente. La Reina dio el poder a un conde casi sin apoyo, y tras él, se sucederían otros siete gobiernos hasta La Gloriosa.

Narváez creó un gobierno en septiembre de 1864 intentando reunir apoyos y volver al unionismo integrando a los progresistas en la política por temor a que se cuestionara el reinado. Los progresistas se negaron, lo que llevó a Narváez a un autoritarismo y el aumento de la disensión en su gobierno, traduciéndose en dimisiones dentro del gabinete.

La crisis desembocó en el retorno de O'Donnell. Se aprobó una ley para aumentar el censo electoral en 400.000 votantes y se convocaron elecciones a cortes pero sin el apoyo de los progresistas. Prim por su parte se sublevó en Villarejo de Salvanes pero fracasando y una vez más en el cuartel de San Gil que también acabó en fracaso.

Murió Narváez y le sustituyó Luis González Bravo, una figura más autoritaria que condujo en septiembre de 1868 a la revolución de La Gloriosa dando lugar al exilio de Isabel II y dando comienzo al Sexenio Democrático.

1.5.14. Sexenio democrático (1868-1874)

Desde 1866 España venía sufriendo una crisis política y económica. Las acciones españolas cayeron en la bolsa de París, y el negocio ferroviario se vino a pique. Ante ello, Narváez actuó con mano dura. Ocupó las Cortes, envió al exilio al general Serrano, cerró las Escuelas de Magisterio, destituyó a profesores agnósticos, e incluso mandó al exilio a los Montpensier, hermana y cuñado de la reina Isabel II.

O'Donnell murió en 1867 y Narváez lo hace al año siguiente. Las dos figuras clave de la política española durante 20 años ya no estaban, la Reina formó gabinetes que duraban días y cuya única medida era exiliar a los militares y políticos. En el exilio, en la ciudad belga de Ostende se produjo el pacto entre la élite española. Allí estaban progresistas como Prim y Sagasta, unionistas como Serrano y demócratas como Rivero y Castelar. El exilio formó a los intelectuales españoles, que conocieron en Londres, París y Bruselas, sobre todo, las ideas políticas que surcan Europa. Por ejemplo, Pi i Margall leerá a Proudhon, que influirá en su pensamiento político.

“el movimiento intelectual dominante fue el positivismo; la corriente filosófica con influencia más trascendente en la región, tras la escolástica hispana colonial y que en términos políticos fue

más decisiva que el propio liberalismo, (Melchor Ocampo, Faustino Sarmiento, etc.)”¹⁵⁸.

Ante esto, llegó la declaración del 18 de septiembre de 1868, cuando Prim se pronunció junto a la marina de Topete. Los lemas eran “¡Abajo los Borbones!” y “¡Viva España con Honra!”. La Reina, que estaba veraneando en San Sebastián cruzó la frontera y desde allí reclamó sus derechos.

La "Gloriosa Revolución" triunfó porque en ella confluyeron múltiples intereses. Además de los grupos políticos de Ostende, apoyaron la revolución los sectores financieros e industriales, conscientes de que el gobierno isabelino era incapaz de superar la crisis económica. De hecho en esta época se formó el germen de lo que sería el Banco de España, y se creó la peseta en 1869.

De nuevo España se organizó en juntas como en 1812, 1836 o 1854. Se volvió a organizar la Milicia Nacional, con el nombre de Voluntarios de la Libertad y se empiezan a adoptar medidas como la abolición de los consumos y las quintas, y se pide el sufragio universal masculino. Serrano toma el gobierno provisional, asumiendo el poder de las juntas al disolver éstas y convoca elecciones a Cortes, siempre desde la declaración de la aceptación de la monarquía.

Las primeras actuaciones fueron en materia religiosa. Se disuelven las órdenes religiosas que operaban desde 1837, se cerraron monasterios, se confiscaron sus bienes, y se hizo un inventario de los objetos de arte de las iglesias, que pasaron a engrosar el patrimonio nacional. Esto provocó la ruptura de las relaciones con la Santa Sede.

Los obreros también pedían medidas. Las ideas del socialismo europeo habían entrado en España y calaron hondo en la industria catalana¹⁵⁹ y levantina, del mismo modo, que en el campo andaluz, donde está Fancelli proclamando la Internacional. Se pedía la libertad de reunión y de asociación, y se solicitaban tierras para que las ocuparan los campesinos. Hubo sublevaciones, como las de Jerez en 1869, reprimida de forma sangrienta por el ejército.

En materia económica, España remontó el vuelo. Las acciones españolas subieron en París, se atrajo capitales extranjeros y se dio un nuevo impulso al

¹⁵⁸ Jaime Delgado. Evolución política del siglo XIX. Nájera. Madrid. 1984. p. 310.

¹⁵⁹ Ver la obra de Pierre Vilar: Catalunya dins l'Espanya Moderna. Vol. III. Las transformacions agràries del segle XVIII català. Vol.IV. Edicions 62. Barcelona. 1966-68.

ferrocarril. La ley de minas hizo crecer las exportaciones de Río Tinto, Almadén o Bilbao, así como la promoción de una creciente siderurgia en el País Vasco.¹⁶⁰

Aunque no todo fueron buenas noticias, ya desde época muy temprana el gobierno tuvo que hacer frente a dos problemas: el problema carlista y el problema colonial. Este último se manifestó desde octubre de 1868 con el Manifiesto de Yara por el que Cuba pedía su autodeterminación.

Los ideales de la metrópoli habían llegado a Cuba y Puerto Rico, que no proclaman a Prim ni la revolución, sino su propia independencia.

1.5.15. Gobierno Provisional, Constitución y Regencia (1868-1871)

Se convocaron en diciembre de 1868 elecciones municipales,¹⁶¹ con sufragio universal masculino, donde los republicanos obtienen importantes parcelas de poder. En total 20 capitales de provincia son republicanas, entre ellas Barcelona, Valencia o La Coruña.

“sobre estas bases, el 9 de Diciembre de 1868, un decreto instituye el sufragio universal en España, a aplicar no sólo en las elecciones generales, sino en las provinciales y municipales. Podrán votar todos los varones mayores de 25 años que tengan naturaleza jurídica de vecinos de algún lugar. Martínez Cuadrado calcula, en razón de la población española del momento, que la corona venía a reconocer el derecho del voto al 25 por ciento de los habitantes del Estado; es decir a casi cuatro millones de individuos”¹⁶².

A comienzos de 1869 se convocaron elecciones mediante sufragio universal masculino. En ellas venció la coalición de unionistas y progresistas, con dos importantes minorías, carlistas y republicanos.

Al vencer los candidatos partidarios de la monarquía, estas cortes elaboraron una Constitución monárquica, tras darle vueltas al modelo de Estado, surgiendo así la Constitución de 1869.

¹⁶⁰ “Gracias a la obra monumental de Pierre Vilar se conocen los aspectos fundamentales de la recuperación económica de Cataluña en el transcurso del siglo que se inició con la derrota catalana de la guerra de Sucesión..., la conquista del Principado y la supresión de la autonomía foral catalana por Felipe V, el primer rey de la Casa de Borbón”. (Albert Balcells. Cataluña contemporánea I. Siglo XIX. Siglo XXI editores. Madrid. 1983. p. 1.

¹⁶¹ Para comprender el avance, hay que tener en cuenta que la ley electoral hasta entonces vigente, la isabelina de 1865, no reconocía más que al 2,67% de la población, que equivaldría a poco más de 400.000 personas, en estimación de Miguel Artola.

¹⁶² Luis Suárez y José Andrés Gallego. Revolución y restauración. (1868-1931). Rialp. Madrid. 1981. P. 18.

Esta constitución es la primera democrática de la Historia de España. El país se constituye como monarquía parlamentaria con estricta separación de poderes. El legislativo de las cámaras, el ejecutivo para el rey, con limitaciones, y un poder judicial independiente. Así mismo, el texto ofrece una declaración de derechos detallada. Se incluye el de libertad, inviolabilidad del domicilio, derecho al voto, de residencia, libertad de enseñanza, de expresión, reunión y asociación. En cuanto a la religión, se aprueba la libertad de cultos, pero con la obligación de mantener el clero y culto católico.

“también estos *derechos naturales*, esto es, se oponen a los derechos positivos que son aquellos consagrados por los distintos ordenamientos jurídicos; vale decir, los derechos humanos se conciben como anteriores a la ley del Estado.” “los derechos del hombre son recogidos en una Constitución por eso se pueden llamar constitucionales –pero no son creados por ella-.”¹⁶³.

A falta de Rey, Serrano se convirtió en Regente, mientras Prim formó los primeros gobiernos, con Sagasta, Ruiz Zorrilla y Silvela en los principales ministerios. De hecho, Sagasta en gobernación reprimió los focos de federalismo que surgen análogos a la revolución. Se reducen las iniciativas republicanas en Andalucía, Extremadura, Cataluña y Aragón con ayuda del ejército, y para octubre de 1869 todo quedó solucionado, gracias sobre todo al general Caballero de Rodas.

La guerra cubana condicionó a los gobiernos posteriores. Se decretaron nuevas quintas y hubo manifestaciones de madres sobre todo para suprimirlas. El ejército entró en Barcelona, donde se estaba introduciéndose la internacional.

En la metrópoli, el interés fue buscar un nuevo monarca. Se barajaron diversos nombres, como Fernando de Coburgo, el propio Espartero o el Duque de Montpensier. Finalmente el elegido será Amadeo, Duque de Aosta e hijo de Víctor Manuel, rey unificador de Italia. La cuestión consistía en hallar un monarca liberal acorde con la nueva constitución¹⁶⁴.

1.5.16. Reinado de Amadeo I (1871-1873)

El 20 de diciembre llegaba Amadeo a Cartagena. Allí recibió la noticia de la muerte del general Primer tres días antes, su principal valedor. El responsable no se ha esclarecido, aunque puede ser que los intereses del partido negrero estuviesen tras ese asesinato.

¹⁶³ Joaquín García-Huidobro y otros. “lecciones de derechos humanos. Ed. Edeval. Valparaíso. 1997.p.14.

¹⁶⁴ Guerrero, Pérez Garzón y Rueda, El sexenio democrático, 1868-1874. Itsmo. 2004, págs. 325-431.

Amadeo no pudo ser la solución, pero él se comportó como un monarca liberal. Acató la Constitución hasta el extremo y convirtió en su cruzada la abolición de la esclavitud en Cuba. Los principales líderes del periodo fueron del partido progresista, que llegado a ese punto se escinde. Sagasta se queda en el llamado Partido Constitucional, mientras que en torno a Ruíz Zorrilla se agruparon los "radicales". Sagasta se alió con alfonsinos y unionistas, con lo que se acerca a las tesis pro-abolicionistas, mientras que Ruiz Zorrilla se alió con republicanos, e incluso llegará a echar mano de los carlistas.

El verdadero enfrentamiento entre Ruiz Zorrilla y Sagasta llegó con el tema de la Internacional. Sagasta acusa a la organización de provocar los constantes levantamientos que hay en el país y no descansa hasta que la ilegalizó. Entonces la Internacional se convierte en clandestina, a la vez que Paul Lafargue entró en España y empezó a circular el Manifiesto Comunista.

La guerra siguió su curso. Al problema cubano, que se alargaba, se añade el problema carlista, desde que Amadeo ocupa el trono. En mayo de 1872, el intitulado como Carlos VII entraba en Navarra. Serrano frenó a los carlistas, firmando la convención de Amorebieta e integrándolos en el gobierno. Pero continúan las partidas, especialmente por Navarra y Cataluña, a veces se confundían entre el bandolerismo.

En Cuba, Zorrilla se empeñó en abolir la esclavitud, con el apoyo de Amadeo. Pero los negreros, traficantes de esclavos, se opusieron, con la ayuda de los alfonsinos de Cánovas y de los carlistas. Por un lado los negreros enviaron soldados a luchar a Cuba, con una buena paga, dieron también dinero a los carlistas para hostigar a las tropas reales y dieron apoyo a los alfonsinos de Cánovas. De hecho, el hermano de Cánovas era un destacado líder de los negreros.

Amadeo buscó una causa para abdicar. Aprovechó una grave crisis entre Ruíz Zorrilla y el cuerpo de artillería. Amadeo apoyó al cuerpo, y el Congreso al gobierno, así que este el 11 de febrero de 1873 presenta su abdicación. Esa misma noche, se proclama la Primera República Española.

1.5.17. La Primera República (1873-1874)

El Congreso proclamó la República por 256 votos a favor y 32 en contra. Estanislao Figueras, republicano moderado, fue elegido como Jefe del Ejecutivo, con un gobierno formado solo por republicanos. Esta república nace de forma irregular y sin apoyos de peso, solo Estados Unidos y Suiza reconocieron al nuevo régimen ante el recelo de media Europa.

Figueras gobernó junto con los republicanos de peso en su gobierno. Estuvieron Castelar, Pi i Margall, Salmerón o el General Acosta. De hecho será Pi el que desde un momento temprano se haga con el poder desde la Gobernación. En los primeros decretos se abolieron los títulos de nobleza, reorganizan los Voluntarios de la Libertad para defender la República, prometieron abolir la esclavitud y convocaron una Asamblea Constituyente.

Desde temprano, surgieron movimientos federales. Barcelona se proclamó como Estado de la República Federal democrática. Hay movimientos obreros que pidieron reducción de jornada y aumento de salarios. En Málaga, los internacionalistas se hicieron con el poder, y en el campo andaluz y extremeño los jornaleros ocuparon tierras. Serrano intentó un golpe reaccionario, pero fracasó.

“el republicanismo federal constituyó además, la primera organización combativa del catalanismo popular. Si no alcanzó sus objetivos fue porque en las demás regiones agrarias era inviable un movimiento autonomista coherente y vertebrado como el catalán”¹⁶⁵.

Pi i Margall se proclamó Presidente de la República en junio, tan solo por un mes. El problema carlista se agravó. Esto sumado a Cuba, y al problema cantonalista fue demasiado para Pi i Margall. Y es que desde la proclamación de la República se forman movimientos cantonalistas federalistas, con un programa político y económico bien detallado. Relevante es el cantón de Cartagena, que resistirá al gobierno.

Salmerón asumió el ejecutivo y se entró en el terreno de la República unitaria. Se preocupó sobre todo del problema cantonal, mandando al ejército a sofocarlo. Así mandó a Pavía a Andalucía, a Martínez Campos a Valencia y a López Domínguez a Cartagena, pero con esto la República estaba cavando su propia tumba, al ponerse en manos de generales alfonsinos.

Salmerón abandonó el ejecutivo tras el problema con Estados Unidos y el Reino Unido, al apresarse en Cuba al buque Virginius y haberse fusilado 53 personas entre ellas ciudadanos estadounidenses y británicos. Castelar arreglará el conflicto con los americanos y asumirá en septiembre el ejecutivo. Cerró la asamblea hasta enero con poderes especiales, de los que no abusó, para solucionar el problema cubano, carlista y cantonal. Al ir a abrir de nuevo las sesiones el 2 de enero se encuentra con el Golpe de Estado de Pavía, que da el poder a Serrano.

Al final la Constitución de 1873, constitución federal no llegó a establecerse. Ésta establecía una República federal de 17 Estados y varios territorios de ultramar,

¹⁶⁵ Albert Balcells. Cataluña Contemporánea I. siglo XIX. Siglo XXI editores. Madrid. 1983. P.61.

cada uno con su propia Constitución. Dentro de cada Estado, los municipios tendrían también una Constitución local y división de poderes entre alcaldía, ayuntamientos y tribunales locales.

La misma división se mantendría en el Estado, el poder ejecutivo lo ejercería un jefe de gobierno cuyo jefe lo nombraría el presidente. El legislativo lo desempeñarían dos cámaras, ambas de elección directa, con un Senado formado por cuatro representantes de cada Estado, y un Congreso con un diputado por 50.000 habitantes. El judicial lo presidiría un Tribunal Supremo constituido por tres magistrados de cada Estado. Además existiría el llamado poder de relación en poder el Presidente, entre los demás poderes y los Estados Federales. Se procedía también con esta constitución a la separación de la Iglesia y Estado, proclamando el Estado Laico.

1.5.18. Dictadura de Serrano (1874)

El poder llegó a Serrano que gobernó durante un año en dictadura. Se enfrentó al problema financiero que acució al país, a la forma de gobernar, el cantonalismo aún fuerte en Cartagena, la guerra carlista y la guerra de Cuba. Forma gobierno con los republicanos unitarios de García-Ruiz y Echegaray como Ministro de Finanzas, que pone orden, dando forma al Banco de España.

Inmediatamente los países europeos, con Alemania a la cabeza, reconocieron al nuevo régimen. Se disolvieron los Voluntarios de la Libertad y Sagasta ilegalizó la Internacional de nuevo. Se cerraron sedes y periódicos revolucionarios.

Alfonso prometió en Sandhurst ser "católico, liberal y patriota" ganándose así a reaccionarios y liberales moderados. Mientras, Serrano contuvo a los carlistas en Navarra, levantó el sitio de Bilbao y los atacó en Cuenca.

El 29 de diciembre Martínez Campos se pronunció en favor de Alfonso. Serrano dio el poder a Cánovas, líder del partido alfonsino, que se mantuvo reaccionario y organizó una contrarrevolución.

Al terminar esta dictadura se dio la restauración borbónica, por lo que la Dinastía Borbón volvía a reinar en España.

1.5.19. Restauración Borbónica

Con la restauración borbónica ocupó el poder Cánovas de forma dictatorial. Obligó a todos los profesores a jurar fidelidad al dogma católico y al rey. Giner de los Ríos, Salmerón y Castelar fueron expulsados de la universidad por negarse a ello, lo que dio pie a la creación de la Institución Libre de Enseñanza.

También acabaría con los carlistas y aboliría el sistema foral vasco. Además comenzó a preparar una nueva Constitución, la Constitución de 1876, que daría de nuevo a la Corona el control del poder ejecutivo y primacía sobre el legislativo.

“correspondía al rey en concreto, de acuerdo con el artículo 42, convocar las Cortes, suspender y cerrar sus sesiones, y disolver uno de los Cuerpos colegisladores, o ambos a la vez... la persona del rey era inviolable (art. 47) y nombraría y separaría libremente a sus ministros (art. 65), aunque éstos habrían de responder ante las Cortes”¹⁶⁶.

También volvió el sufragio censitario y un senado que tenía senadores vitalicios y también se tornó muy aristocrático.

El conflicto de Cuba había entrado en negociación desde 1878 por los acuerdos de Zanjón. La isla se convirtió en una provincia con la promesa de autogobernarse y de aplicarse la ley antiesclavista de Moret. Sin embargo ésta no se aplicaría hasta 1886 y la autonomía tampoco se aplicó. La guerra definitiva se iniciaría en el año 1898 y con la intervención de Estados Unidos.

Cánovas procuró tener una oposición dinámica del sistema constitucional. En 1879 Sagasta, apoyado por Castelar, creó el partido liberal-fusionista que integraba a progresistas y demócratas desencantados con el republicanismo y en sucesivos gobiernos restableció todo lo conseguido durante el sexenio democrático. Destacando que en 1890 restableció el sufragio universal masculino.

El sistema de la Restauración, se turnaba entre el partido de Cánovas y el de Sagasta e imperaba el Caciquismo. Las previsiones de cada partido se mantenían por el clientelismo y la violencia y el rey era el que encargaba a uno u otro partido de formar gobierno. No obstante se abrieron nuevas libertades gracias a la presión de Emilio Castelar a Sagasta cuando formaba gobierno con su ayuda. De este modo se creó la libertad de prensa y el asociacionismo ciudadano, lo que propició la creación de partidos y sindicatos de ideologías marxistas y anarquistas.

“en cuanto a la libertad de enseñanza, la restricción era mayor y más declarada (y, por lo mismo, con mayor visos de eficacia para el futuro), como el artículo 24 de 1869, el art. 12 de 1876 reconocía a todos los españoles el derecho a fundar y sostener establecimientos de instrucción o de educación y aún iba más allá

¹⁶⁶ Luis Suárez y José Andrés-Gallegos. Revolución y restauración. Rialp. Madrid. 1981. P. 35.

que aquél, al declarar que “cada cual es libre de elegir su profesión y de aprender como le parezca”¹⁶⁷.

El crecimiento capitalista iba en aumento. La industria catalana, el sector minero-siderúrgico de Asturias y País Vasco, así como también en las compañías comerciales y financieras y en menor medida en la agricultura, ya que, el excedente de mano de obra hacía posible dejar la maquinaria agrícola de lado de momento. Todo esto no hizo nada más que aumentar la desigualdad social y empobrecer aún más a las clases humildes.

“a partir de 1872 la industria metalúrgica había entrado en vías de recuperación y pronto disfrutó de la ola de prosperidad. Mientras reanudaban el trabajo algunas de las empresas que habían sucumbido a la anterior crisis, se creaban otras nuevas, como Material para Ferrocarriles y Construcciones “La Maquinista” amplió sus instalaciones para atender los nuevos pedidos, entre ellos las primeras locomotoras construidas íntegramente en España”¹⁶⁸.

El problema de la guerra se había solucionado en 1897, sin embargo Estados Unidos quería controlar Cuba debido a su importancia estratégica para comerciar con el Pacífico, a través del futuro proyecto de construcción del canal de Panamá que se empezaría a construir en 1902.

Finalmente se produjo la guerra hispano-estadounidense, y lo que se conocería como el desastre de 1898, España perdió Cuba y Filipinas y se obligaría a vender a EE.UU Puerto Rico por 20 millones de dólares, también se vendió más tarde las Marianas y las Carolinas a Alemania por 25 millones de dólares.

Los conflictos sociales se recrudecieron aumentando el anticlericalismo y el antimilitarismo. El Estado se apoyaba en la Guardia civil y en el ejército para preservar el orden.

1.5.20. El reinado de Alfonso XIII (1902-1931)

La crisis del campo llega a su momento culmen en 1902. Miles de jornaleros andaluces secundaron las huelgas pidiendo tierras. Pueblos enteros emigraban a América, Francia o Argelia. Los patronos se mostraban cada vez más opuestos a las reivindicaciones obreras, algo que aumentaba la confrontación. Las jornadas eran largas y agotadoras, predominaba el destajo y las condiciones de vida eran deficientes

¹⁶⁷ *Ibíd.* P. 27.

¹⁶⁸ Albert Balcells. *Cataluña Contemporánea-I. Siglo XIX. Siglo XXI editores*. Madrid. 1983. P. 67.

y la mortalidad infantil estaba disparada. Así el anarquismo acrecentó su influencia, sobre todo en Cataluña y en 1906 atentaron directamente contra el monarca en el día de su boda.

Había una gran desestabilidad política y se sucedían muchos gobiernos en pocos años. Aún así, se adoptaron algunas reformas como la ley de repoblación interior de 1907 y un plan de embalses para triplicar los regadíos, aunque faltaron créditos, que sin embargo, no escasearon para la reconstrucción de la marina de guerra. En 1908 se puso en marcha el Instituto Nacional de Previsión, sería un antecedente de la seguridad social.

También se creó el Ministerio de Educación, donde el Estado asumía el pago a los maestros y en 1907 se creó la Junta para Ampliación de Estudios, órgano de investigación científica presidida por Santiago Ramón y Cajal, todo por influjo de los institucionalistas que se inspiraban en la Institución Libre de Enseñanza de Giner de los Ríos. Desde el movimiento obrero también se fomentó la educación (obrera) en las escuelas modernas anarquistas y las casas del pueblo socialistas.

Tras el desastre de 1898 España y tras la vista de cómo se repartían las grandes potencias África, el gobierno español quiso tener también sus colonias en el continente africano en un intento de recuperar parte del prestigio perdido. Así muchos fueron a una guerra que no era apoyada por el pueblo y en la que sólo iban los pobres, ya que pocos podían pagar los 6.000 reales que se exigían de ir a la guerra.

En julio de 1909 se daría la Semana Trágica en Barcelona y que se extendió por toda España. Se produjo por la llamada de los reservistas lo que provocó la revuelta que sería rápidamente sofocada. En la propia ciudad condal se quemaron conventos e iglesias en un movimiento anticlerical en que Lerroux subiría como la espuma por apoyar esa causa.

Maura declaró el Estado de Sitio en todo el país, hubo miles de detenidos que fueron juzgados por consejos de guerra y entre ellos Ferrer i Guardia el creador de las escuelas modernas anarquistas en España. Se le fusiló en contra de la opinión internacional, lo que hizo dimitir a Maura.

Ganó las elecciones Canalejas que impuso la obligatoriedad del servicio militar y el soldado de cuota, el control de las órdenes religiosas para frenar el anticlericalismo, la creación de la Mancomunitat para Cataluña e impulsó la enseñanza primaria. En 1912 sería asesinado provocando la división entre los partidos dinásticos — el liberal y el conservador — desestabilizando el sistema. Los republicanos y socialistas subían y los anarquistas se unieron en el sindicato Confederación Nacional del Trabajo (CNT) en 1911.

La llegada de la Primera Guerra Mundial en 1914 dividió a los españoles entre aliadófilos (demócratas) y germanófilos (conservadores), e incluso había un sector de la población neutralista que propugnaba mantener la declarada neutralidad de España en el conflicto. Esta neutralidad fue beneficiosa para el crecimiento económico aumentando las exportaciones a los países beligerantes, se optó por el proteccionismo industrial promovido por Francesc Cambó, líder de la Liga Regionalista. Sin embargo los precios subían por el aumento de las exportaciones y los salarios no, así el poder adquisitivo bajaba y aumentó la desigualdad y el aumento de discordia entre patronos y obreros.

En ese momento la Unión General de los Trabajadores (UGT) creció enormemente en afiliados. Se reivindicaba una regeneración del régimen político, pero el gobierno de Dato contestó con la represión. El rey se entrometía demasiado en los gobiernos y le entusiasmaba dirigir personalmente la guerra de Marruecos. Los nacionalismos empezaban a repuntar en Cataluña y el País Vasco y a la vez comenzaban otros como el gallego, el valenciano o el andaluz.

Capítulo 2 Menéndez Pelayo y la Filosofía

- 2.1. Ambiente filosófico del siglo XIX en Europa
- 2.2. Ambiente filosófico en España en el siglo XIX
- 2.3. Formación filosófica de Menéndez Pelayo
- 2.4. Panorama del conjunto de su obra
- 2.5. Juicios generales sobre Filosofía

Menéndez Pelayo y la Filosofía

2.1. Ambiente filosófico del siglo XIX en Europa

Podemos afirmar que la etapa filosófica que nos toca describir, corresponde prácticamente a todo el siglo XIX, época en la que diferentes movimientos y sistemas filosóficos, económicos y políticos configuran el ambiente europeo en el que se fraguó todo un modo de pensar que le toca directamente a Menéndez Pelayo.

Esta época comienza con lo que podríamos denominar Filosofía moderna tardía, ya que no corresponde cronológicamente con lo que socialmente llamaríamos Edad Contemporánea (en la historia social, la edad contemporánea se entiende como el tiempo comprendido desde la Revolución Francesa a nuestros días).

Entendemos por esta Filosofía moderna tardía, a la que se deriva de la respuesta que tuvo todo el movimiento posterior a Kant, la reacción a su filosofía. Estudia una serie de pensadores especialmente en Europa que condicionarán en buena medida, gran parte del pensamiento posterior, casi hasta nuestros días.

2.1.1. Idealismo

En general, característica de los sistemas metafísicos que sostienen que la realidad es mental o se explica mejor como idea, o que el ser es idea. Se opone al realismo y al materialismo y, en principio, a las diversas formas de empirismo.

El primero de los idealistas modernos, en el sentido de la definición genérica dada, es Berkeley, con su afirmación sobre la inexistencia de la materia, o inmaterialismo, y su fenomenismo. El solipsismo es una forma de idealismo derivada del fenomenismo de Berkeley, al afirmar que no existe nada más que el yo, o uno mismo y sus ideas.

- El idealismo alemán

El gran desarrollo moderno del idealismo es el que corresponde al llamado “idealismo alemán”, que tiene sus inicios a finales del s. XVIII. Se habla de un manifiesto programático del idealismo, que se escribió hacia 1795, publicado en 1917, por Franz Rosenzweig, con el título de “El más antiguo sistema programático del idealismo alemán”, y que en principio se atribuyó a Hölderlin, Schelling y Hegel, luego a discípulos de Fichte y finalmente al mismo Hegel. Este manifiesto expresa el deseo - de claro influjo romántico- de hallar un sistema de pensar que elimine la distinción entre sujeto y objeto, y entre yo y mundo, distinción que se vive como una contradicción.

Fichte es el primero en desarrollar un sistema, que recibe el nombre de “idealismo subjetivo”, y que se inspira en una reinterpretación de Kant con claros influjos románticos. El yo trascendental de Kant se convierte en un *yo práctico*, o productor, un sujeto activo, autodeterminado y absolutamente libre; de él surge, por desarrollo dialéctico, el no-yo, o el mundo.

La filosofía de Schelling, que recibe el nombre de “idealismo objetivo”, en referencia al sistema de Fichte, que le influye de forma notable, y el de filosofía de la identidad, por la profunda resonancia de Spinoza, sostiene una identidad dada de antemano entre naturaleza y espíritu, entre lo subjetivo y lo objetivo; la realidad es razón, y a eso todo llama absoluto.

Hegel adopta esta última perspectiva y da a lo absoluto el nombre de Idea sometida al devenir dialéctico de realizarse o exteriorizarse como naturaleza, y de nuevo como idea o razón, consciente de sí misma, o espíritu. El espíritu es lo que debe ser, esto es, reflexión y conocimiento de sí mismo y por ello, después de expresarse como espíritu subjetivo y espíritu objetivo llega a ser espíritu absoluto o total comprensión de todo en sí mismo, en forma de intuición, como arte, en forma de representación, como religión, en forma de concepto, como filosofía.

El idealismo del s. XIX se enfrenta al positivismo naciente, al que intenta superar. Desde Alemania, donde el giro que da Marx al idealismo de Hegel y a su dialéctica -aprovechando la identidad total entre idea y naturaleza- no permite su supervivencia, el idealismo se traslada a otros países. En Francia son idealistas O. Hamelin (1856-1907) y L. Brunschvicg; en Italia, B. Croce y G. Gentile; en Inglaterra, F.H. Bradley, B. Bosanquet y E.J. McTaggart (1866-1925). En España, el idealismo alemán llega de la mano de K. Ch. Friedrich Krause, convirtiéndose en el krausismo, mezcla de idealismo, panteísmo y misticismo, pero que tendrá el mérito de influir en la aparición, en 1876, de la «Institución Libre de Enseñanza», de Francisco Giner de los Ríos.

- La figura de Hegel

Dedicamos un apartado especial a la figura de Hegel para detenernos en el pensador, casi contemporáneo, que admiró de una manera especial Menéndez Pelayo, tanto por el contenido de su filosofía, como por la forma, que le hace merecedor para Don Marcelino, del título de esteta.

Filósofo idealista alemán, figura cumbre de la filosofía occidental; nació en Stuttgart y, en 1788, se matriculó en el seminario teológico de Tubinga, donde permaneció cinco años y tuvo como compañeros a Hölderlin y Schelling, con quienes celebró la llegada de la Revolución Francesa; junto con su amistad desplegaron un gran entusiasmo por las ideas ilustradas, los clásicos griegos y la belleza de la antigüedad clásica y las lecturas filosóficas, sobre todo de Rousseau y Kant. Acabados sus estudios,

deja la carrera eclesiástica y se dedica, igual que sus predecesores Fichte y Schelling, al oficio de preceptor en Berna y Francfort. Simultáneamente estudia historia y economía, sin abandonar la teología, que ahora mira críticamente.

En 1801, ingresa en la universidad de Jena y publica “Sobre las diferencias entre los sistemas filosóficos de Fichte y Schelling”, obra en la que defiende la originalidad filosófica de Schelling. Junto con éste publica la revista «Kritisches Journal der Philosophie» [Diario crítico de filosofía], en la que aparecen diversos escritos menores.

Su primera gran obra, Fenomenología del espíritu, aparece en 1807;

La filosofía de Hegel recibe el nombre de «idealismo absoluto» y se caracteriza por ser una reflexión sobre la realidad globalmente considerada, a la que da el nombre de absoluto, entendida como idea, naturaleza y espíritu, que se desarrolla en el tiempo en un proceso que denomina “dialéctico”.

De la dialéctica debe decirse que describe tanto el modo de pensar como el de ser, porque, para Hegel, no existe el ser por un lado y el pensar por otro: concepto y realidad son lo mismo. Esta afirmación, ya hecha por Parménides, sólo cobra sentido en la perspectiva del idealismo absoluto: el que parte del supuesto de que sólo el “todo”, o la totalidad, tiene sentido y que esta totalidad no es sino dialéctica, a saber, en cuanto se la concibe que es y no es al mismo tiempo, porque le es consustancial estar en devenir y existir como proceso, de modo que sólo es verdaderamente al final, o considerada como resultado.

Ninguna de las palabras clave de la filosofía de Hegel (el todo, lo absoluto, lo real, el devenir, el sujeto, el espíritu, el sistema y otras) puede entenderse sino en proceso dialéctico: lo que en principio es, o significa, no es ni significa verdaderamente más que si se transforma en otra cosa que no es, o si no deviene otra idea u otra cosa; es decir, si no es mediado. Lo inmediato no es más que universal, abstracto, indeterminado y estático (si es captado por el entendimiento), o un objeto individual y particular, racionalmente opaco y, en cierto modo, inerte (si es captado por la sensibilidad); la realidad sólo puede expresarse mediante un pensamiento que comprenda el auténtico devenir de lo real, en su movimiento y vida, y abarque la contradicción que posee todo lo vivo; este pensamiento comprensivo es la reflexión mediada, que percibe lo que es, no como un concepto vacío, sino como determinado por lo que no es, puesto en relación con el todo. No hay pensamiento verdadero que no sea dialéctico, esto es, que no asuma y resuelva (niegue y conserve) las contradicciones que piensa. En esta dialéctica de la identidad y diferencia se funda todo el sistema de Hegel.

La filosofía de Hegel se desarrolla con plena coherencia desde el momento en que se admite que “lo verdadero es el todo” y que el todo, lo absoluto, es resultado, esto es, devenir. A esa primera afirmación se añade otra igualmente fundamental: el

todo o lo absoluto no puede ser sino sujeto, esto es, sustancia espiritual, porque lo que existe en devenir es idea orientada hacia un fin y esto es ya conciencia o una forma de conciencia, tanto más que el resultado, el fin, no es sino el comienzo que vuelve sobre sí mismo, y lo que vuelve sobre sí mismo es espíritu¹⁶⁹.

De la misma forma no hay saber o filosofía si no es mediada: el espíritu que existe en desarrollo no se conoce (a sí mismo) sino en desarrollo, en proceso dialéctico. Por eso el círculo y no la línea expresa el proceder de la dialéctica; lo absoluto, sea realidad, ser, vida, idea o pensamiento, no lo representa adecuadamente la recta infinita que se pierde en su vaguedad de lo indefinido, sino el círculo que se cierra sobre sí mismo, no en el mismo punto del comienzo, sino en el punto de mira más elevado, al que lleva la conciencia de saber lo que se ha sido o se ha conocido.

- Filosofía del espíritu

A diferencia de la filosofía de la naturaleza -la parte menos consistente y menos desarrollada de la filosofía de Hegel-, la filosofía del espíritu constituye la parte más acabada del sistema hegeliano y la noción de “espíritu”, la noción capital del sistema. Su desarrollo constituye la tercera parte de la Enciclopedia, que reformula, por lo menos parcialmente, lo expuesto en la Fenomenología. El espíritu en general es la tercera forma de la idea, tras la forma pensamiento (propia de la Lógica) y la forma de naturaleza física (propia de la filosofía de la naturaleza); su definición corresponde a la conciencia que se tiene a sí misma por objeto (la autoconciencia) y es la forma plena del absoluto: lo describe, en el prólogo de la Fenomenología, como lo que es verdaderamente real, lo verdadero, el todo y que se expresa como sujeto.

La noción de espíritu la extrae Hegel del yo kantiano, entendido como apercepción trascendental y de la doctrina del yo creador de Fichte; no le faltan, por otro lado, raíces teológicas al concepto, que Hegel cree usado por primera vez con plenitud de sentido dentro del cristianismo en su referencia al Espíritu –“Sólo en el

¹⁶⁹ Lo verdadero es el todo. Pero el todo es solamente la esencia que se completa mediante su desarrollo. De lo absoluto hay que decir que es esencialmente resultado, que sólo al final es lo que es en verdad, y en ello estriba precisamente su naturaleza, que es la de ser real, sujeto o devenir de sí mismo. [...]

Lo real es lo mismo que su concepto simplemente porque lo inmediato, en cuanto fin, lleva en sí el sí mismo o la realidad pura. El fin ejecutado o lo real existente es movimiento y devenir desplegado; ahora bien, esta inquietud es precisamente el sí mismo, [...] porque es el resultado, lo que ha retornado a sí, pero lo que ha retornado a sí es cabalmente el sí mismo y el sí mismo es la igualdad y la simplicidad referida a sí misma. [...]

El que lo verdadero sólo es real como sistema o el que la sustancia es esencialmente sujeto se expresa en la representación que enuncia lo absoluto como espíritu, el concepto más elevado de todos y que pertenece a la época moderna y a su religión. Sólo lo espiritual es lo real; es la esencia o el ser en sí, lo que se mantiene y lo determinado -el ser otro y el ser para sí- [...]. Pero este ser en y para sí [...] es la sustancia espiritual.

(Fenomenología del espíritu. Prólogo. FCE. México. 1971, p. 16-19).

cristianismo se revela Dios como Espíritu¹⁷⁰ y el romanticismo alemán y su divinización de la naturaleza.

También el espíritu se manifiesta en forma dialéctica: el espíritu subjetivo es el sujeto individual consciente de sí mismo, esto es, el hombre; el espíritu objetivo son las obras propias del espíritu subjetivo, y el espíritu absoluto, el conocimiento pleno que el espíritu tiene de sí mismo, a través del arte, la religión y la filosofía. El espíritu subjetivo ha de ser, sucesivamente, alma, conciencia y espíritu, y su conocimiento es, correlativamente, antropología, fenomenología y psicología. Libre como es, da lugar a la exteriorización y determinación de su libertad en el mundo de la cultura, la sociedad y la historia: espíritu objetivo, espíritu hecho realidad cultural, que no es más que el despliegue de la libertad humana, en el ámbito del derecho, la moralidad (Moralität) y la eticidad (Sittlichkeit), o ética social que se manifiesta de forma concreta en la familia, la sociedad civil y el Estado.

El espíritu, concepto clave del sistema, es autoconciencia, sujeto y objeto a la vez: el “yo” del hombre, pero es también el yo universal, el “nosotros” de todos los tiempos que ha tomado conciencia de sí mismo en la íntima interacción de todas las conciencias, porque nada es más real y verdadero que lo intersubjetivo, lo que la conciencia universal ha pensado como ciencia, moral, arte, religión o filosofía.

Todo lo real es espiritual, porque todo es un momento del desarrollo del espíritu, y el espíritu es lo absoluto, porque nada tiene sentido fuera de su relación con el espíritu. Todo lo real es racional y a la inversa; por consiguiente, si no es racional no es real.

2.1.2. Neokantismo

El neokantismo fue un movimiento filosófico europeo, de origen predominantemente alemán, que preconizó un retorno a los principios filosóficos de la doctrina de Immanuel Kant frente a la entonces imperante doctrina del idealismo absoluto de Georg Wilhelm Friedrich Hegel. El neokantismo se mostraba escéptico frente a lo que consideraba un indebido énfasis especulativo del pensamiento hegeliano, y buscaba recuperar la doctrina kantiana de la crítica del conocimiento frente al predominio de la metafísica.

¹⁷⁰ “El Espíritu aparece representado por vez primera en la religión judía, aunque sólo en abstracto. Sólo en el cristianismo se revela Dios como Espíritu. G.W.F. Hegel. La razón en la historia II. Seminarios y ediciones. Madrid. 1972. P.81.

El desarrollo del neokantismo tuvo lugar en tres etapas en las que, partiendo de la formulación de una teoría del conocimiento idealista, la escuela se fue desarrollando hasta la formulación de diversos sistemas:

Los inicios del neokantismo están marcados por el desarrollo de una teoría del conocimiento idealista por parte de estudiosos de la fisiología. A partir de investigaciones empíricas acerca de las restricciones estructurales de los sentidos humanos, científicos con intereses filosóficos, como Hermann von Helmholtz y Gustav Theodor Fechner, utilizaron el marco de la teoría kantiana del conocimiento para argumentar contra la posibilidad de un conocimiento no mediado y restringido por las propiedades del aparato cognitivo del sujeto. En el afán de marcar las diferencias con el idealismo tal como se había desarrollado en la filosofía de Hegel, los fisiólogos neokantianos eliminaron de su teoría del conocimiento la noción de noúmeno o cosa en sí, considerándola una adherencia conceptual no justificada por los hechos; en la medida en que se hacía necesaria para explicar la aparición de los fenómenos, se la consideró un concepto límite sin contenido positivo. La consecuente pérdida de potencial explicativo de la epistemología kantiana se compensaría con un mayor énfasis en su filosofía práctica.

- Desarrollo

El segundo período de desarrollo del neokantismo estuvo dado por la recuperación por parte de filósofos profesionales (Hermann Cohen, Paul Natorp, Wilhelm Windelband, Aloys Riehl) del curso marcado por los fisiólogos, y la sustentación de las teorías de estos mediante un estudio filológico detallado de la evolución de los trabajos de Kant.

Si bien en el primer período los elementos kantianos estaban limitados al esquema argumentativo de la Crítica de la razón pura, los filósofos de esta etapa —en especial Natorp— buscaron reconstruir la filosofía kantiana como un todo. Su objetivo era proporcionar una fundamentación completa de la filosofía desde la perspectiva del idealismo subjetivo, incluyendo la crítica ético-política desarrollada en la Crítica de la razón práctica.

Estos intentos llevaron al desarrollo de distintos sistemas filosóficos por parte de los neokantianos, a la vez que su influjo se hacía notar también en las facultades de teología —cuya influencia e interrelación con la filosofía era aún muy notable en Alemania—, y de ciencias sociales. Los sociólogos Georg Simmel y Max Weber, el jurista Rudolf Stammler o los teólogos Johann William Herrmann y Julius Wilhelm Kaftan difundieron el impulso hacia el agnosticismo y la crítica de la metafísica adquirida, tal como lo hacían los neokantianos.

- Escuela de Marburgo

La llamada escuela de Marburgo se organizó sobre las inquisiciones epistemológicas de Friedrich Albert Lange y Otto Liebmann, cuya obra Kant y los Epígonos de 1865 había proporcionado el impulso estructurador para el movimiento neokantiano.

Los principales representantes de la escuela de Marburgo (en un primer momento Cohen y Natorp, a los que sumaron luego Karl Vorländer y sobre todo Ernst Cassirer) tenían intereses principalmente epistemológicos. Contra toda forma de realismo epistemológico, desarrollaron teorías del conocimiento fundamentadas de manera estrictamente conceptual sobre la deducción trascendental de las categorías genéricas a partir de la propia estructura del intelecto.

El ser en sí de las cosas quedaba completamente fuera de la cognición; los objetos del conocimiento eran puestos por la actividad de conocer, cuya actividad fundamental era el "poner bajo categorías". La existencia de categorías a priori estaba demostrado, para los marburguenses, por la existencia de ciencias. La crítica de los hallazgos científicos resultaba por lo tanto imposible.

- Escuela de Baden

Frente a los intereses radicalmente epistemológicos de los marburguenses, la escuela de Baden, encabezada por Windelband y Heinrich Rickert, centró sus investigaciones en la doctrina de la Crítica de la Razón Práctica kantiana, buscando fundamentar el problema de los valores. Los neokantianos de Baden distinguieron radicalmente la naturaleza de la cultura, y definieron métodos de investigación distintos para ambas; si bien las ciencias naturales deben operar con métodos generalizadores, inductivos, las ciencias sociales deberían por el contrario atenerse a la individualidad de cada cultura o formación social.

Esta división estaba fundada en la intención de mantener a raya el materialismo histórico y toda forma de crítica científica de la cultura. Sin embargo, la asunción del punto de vista individualizador forzaba a mantener las cuestiones relativas a la selección de una cultura —una Weltanschauung o "visión del mundo", con el término que estableció Rickert— fuera del ámbito de la filosofía. El irracionalismo que se introducía así dio pie, ya en el siglo XX, a las teorías de la raza y de la nacionalidad del fascismo.

- Crisis del neokantismo

El carácter radicalmente inestable de la escuela neokantiana se había ya manifestado en la adopción por parte de los distintos representantes del neokantismo de elementos de otros sistemas filosóficos, más o menos afines al idealismo objetivo. Bajo la influencia de las ciencias sociales y de las corrientes hegelianas, las escuelas de Marburgo y Baden se disolvieron en el plazo de una generación, dejando paso al

positivismo, la fenomenología y el neohegelianismo, además del marxismo, como las principales orientaciones filosóficas

En el siglo XX la influencia del neokantismo fue fundamentalmente negativa; sin embargo, los planteamientos de filósofos como Edmund Husserl, Martin Heidegger o Nicolai Hartmann obtuvieron del rechazo del neokantismo buena parte de su fuerza original. A través de Weber y de juristas como Hans Kelsen ha mantenido una duradera influencia en otras disciplinas.

2.1.3. Existencialismo

Conjunto de tendencias filosóficas modernas, que, pese a sus divergencias, coinciden en entender por existencia, no la mera actualidad de unas cosas o el simple hecho de existir, sino aquello que constituye la esencia misma del hombre. El hombre, en esta perspectiva, no es la especie humana o una noción general, sino el individuo humano considerado en su absoluta singularidad.

Los comienzos del existencialismo moderno -prescindiendo de referencias a la singularidad del individuo o de la existencia humana individual en autores como, por ejemplo, Agustín de Hipona, Pascal, Kierkegaard, quizás el único antecedente propiamente existencialista, Dostoievski, Nietzsche, Miguel de Unamuno- se sitúan, a comienzos del s. XX, en el período entre las dos guerras mundiales, pero su momento de mayor influencia se sitúa hacia los años cincuenta. Sus autores fundamentales son: Gabriel Marcel, Karl Jaspers, Martin Heidegger y Jean-Paul Sartre.

La mayoría de autores se remiten a Søren Kierkegaard (1813-1855), como punto de referencia inicial. Señala éste el momento de la rebelión contra el idealismo de Hegel y su espíritu de sistema, frente al cual esgrime el valor del pensamiento subjetivo y del «singular». No son puntos de referencia existencialista menores su sentido de la angustia y de la soledad humanas.

Al hombre singular, al modo de existir el individuo, llama el existencialismo sin más «existencia». Analizar esta existencia es labor de la filosofía existencialista o de la existencia. El hombre -Dasein, «ser ahí», Existenz, «ser para sí» es el único que propiamente existe, o el único cuya esencia consiste en preguntarse por su existencia. No es ésta algo dado y acabado, sino sólo proyecto, o posibilidad que se cumple a lo largo del tiempo, no sin la angustia que proviene del desamparo en el que se siente el hombre para lograr hacerlo; la temporalidad y la historicidad son esa misma existencia.

La concepción de la esencia del hombre como existencia individual se complementa bien con la idea de subjetividad: el hombre, conciencia que se hace a sí misma en total libertad. Y esto explica también el enlace y la referencia con la

fenomenología de Husserl. El existencialismo, el de Heidegger y el de Sartre por lo menos, deja claro que no hay más ontología que la fenomenología. Significa esto que a la filosofía de la existencia le interesa el fenómeno, no el ser o las cosas en sí, puesto que aquel que se pregunta por el ser -en palabras de Heidegger, aquel a quien «en su ser le va este su ser»- se sitúa en el terreno, no de lo real, sino de lo posible, del descubrimiento continuado, de la interpretación. En esto es tributario el existencialismo de la fenomenología: toma de ella sus métodos de análisis aplicados a la existencia humana.

Existen, por otra parte, diferencias fundamentales entre las distintas corrientes de existencialismo. Unas se refieren ya a la manera misma de entender la existencia, distinta para cada uno de los autores; otras permiten hablar, quizás superficialmente, de un existencialismo ateo y un existencialismo cristiano: Marcel es teísta, como lo es Kierkegaard; Jaspers, sin serlo, habla de una trascendencia; Sartre sostiene que el existencialismo representa un ateísmo consecuente; Heidegger, aparentemente ateo, no excluye en su sistema, sobre todo en sus últimas obras, oscuras y enigmáticas alusiones a Dios.

- Kierkegaard, Søren Aabye

Filósofo y teólogo danés, nacido en Copenhague; se llamó a sí mismo «nada más que poeta y pensador cristiano». Es considerado uno de los pensadores precursores del existencialismo. Su filosofía es, además de crítica de la filosofía entendida como sistema, tal como la desarrolló Hegel, sobre todo reflexión personal sobre la propia existencia, convencido de que el hombre no puede ser sino cristiano.

De la filosofía de Hegel opina que es tan inútil como el castillo que, recién construido, alguien abandonara para vivir en una choza, y no ve en ella traza alguna de la propia individualidad, que es lo que realmente importa al hombre; es creadora, además, de falsas perspectivas de infinitud. «La verdad es la subjetividad», afirma, en *Apostilla conclusiva no científica* (1846); y el «singular», el individuo sólo puede acercarse progresivamente a la verdad de la propia existencia, a cuyo término no existe ninguna verdad racional u objetiva, como mero hecho que es de una existencia absurda que sólo cobra sentido si es religiosa.

A la constatación de que nadie alcanza aquello que se está obligado a ser, se llega a través de sucesivas aproximaciones. Son tres: la vida estética, la vida ética y la vida religiosa.

El estadio estético está representado por la figura de Don Juan, de Mozart, el seductor que persigue un ideal de vida hedonista y sensual y que, al no reconocer a los demás sino como objetos, tampoco se realiza como verdadero sujeto. La nueva posibilidad se abre con otra opción: la de la vida ética.

La nueva relación con los demás que con ella se inicia la simboliza el matrimonio y el estado de compromisos éticos y de cumplimiento de deberes que impone, que suponen una cierta universalidad.

El hombre tiene todavía la posibilidad de un mayor conocimiento de sí mismo en un plano superior: la vida religiosa. Aquella que ejemplifica el sacrificio de su hijo por Abraham: no entiende, pero cree. De la misma manera, el individuo que no entiende la fe y cree se halla ante el absurdo, pero también se descubre a sí mismo como subjetividad, al experimentarse como negación de sí mismo.

El paso del segundo al tercer estadio requiere una suspensión total del modo de pensar propio del estadio ético y un salto, que llama «dialéctico», hacia la fe. Todavía le queda al hombre, incluso religioso, la posibilidad de apartarse de la verdad; lo que le espera en el futuro se hace siempre actual en el instante -con «temor y temblor»-, y por eso el hombre permanece siempre en la angustia, que puede traducirse como esperanza del futuro.

- La filosofía de Nietzsche

Vivió exactamente el mismo número de años que Menéndez Pelayo, aunque nació y murió doce años antes, es un verdadero contemporáneo. Señalamos algunos aspectos más representativos de su filosofía.

El conjunto de la filosofía de Nietzsche es, por una parte, una crítica radical a los fundamentos de la cultura occidental basada en una metafísica, una religión y una moral que han suplantado e invertido los valores vitales; por otra parte, es un intento de superación de esta cultura a la que califica como producto del resentimiento contra la vida. Por ello debe verse en Nietzsche, no sólo un perspicaz crítico y “psicólogo” (a menudo se refería Nietzsche a sí mismo con este calificativo), sino que su pensamiento también intenta una superación de la decadencia y del resentimiento de la cultura que critica.

En este empeño suelen distinguirse tres períodos que caracterizan el desarrollo de su pensamiento:

El primer período va hasta 1883, pero dentro de él pueden todavía señalarse dos etapas, la primera de las cuales (hasta 1876) se caracteriza por una labor de interpretación crítica de la cultura muy influida por Schopenhauer y por Wagner. De Schopenhauer tomó la noción de fenómeno como representación cuya raíz estaría en la voluntad; de Wagner, al que durante esta primera etapa consideró como un regenerador del pathos trágico clásico, tomó el entusiasmo creador y el proyecto del arte total. La obra más representativa de esta primera etapa es El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música (1872). En dicha obra examina no sólo el origen de la tragedia (lo que sería tema para un filólogo), sino los aspectos generales que han

dado lugar al nacimiento de la cultura occidental, que analiza a partir de dos categorías complementarias de análisis estético: lo apolíneo y lo dionisiaco. Lo apolíneo es lo que da lugar a la figura, al orden, a la medida y la razón (y se expresa fundamentalmente en la epopeya y en la escultura); lo dionisiaco expresa la embriaguez, la desmesura, la renovación, la fuerza, la vitalidad, el ímpetu (y se expresa fundamentalmente en la música y en la poesía lírica). Pero la fuerza, la profundidad y la grandeza del arte griego antiguo procede de la íntima unión de estos dos aspectos.

Tal es el caso de la tragedia, que posee un elemento apolíneo (lo escénico, lo figurativo) y un elemento dionisiaco (el coro, la música). No obstante, esta unidad se romperá a partir de Sócrates,¹⁷¹ cuya filosofía es la artífice del sometimiento de la vida a la razón; de lo dionisiaco a lo apolíneo y, por tanto, de la disolución de los dos aspectos, ya que en la cultura antigua ambos eran correlativos.

De ahí surge la base degradada de la cultura occidental y de la metafísica, que pone el mundo real del devenir en función de un falso mundo estático y suprasensible; que pone la vida en función de la razón, en lugar de poner la razón al servicio de la vida y convierte lo real en aquella copia de una pretendida realidad más verdadera que, según Nietzsche, ya había denunciado Heráclito. La segunda etapa dentro de este período está más marcada por los intereses científicos de Nietzsche, que se interesa por las ciencias positivas (física, biología, antropología, astronomía y paleontología), y en la que desarrolla finos análisis psicológicos y defiende a los que él llama los espíritus libres, en la tradición de los pensadores ilustrados (como Voltaire, por ejemplo), que se rebelan contra un mundo atenazado por los prejuicios.

A pesar de su interés por las ciencias, Nietzsche combate especialmente el cientifismo, aliado de la metafísica y de la inversión de los valores, al sustentar como verdad objetiva un hipotético orden eterno que la ciencia puede descubrir. Este orden eterno es el que se fija en el lenguaje conceptual que se pretende inequívoco y que aprisiona el pensamiento en conceptos acabados, fijos o estáticos, creadores de trasmundos eternos. (Esta será una tesis generalmente compartida por los autores

¹⁷¹“La aparición de los filósofos griegos desde Sócrates es un síntoma de decadencia; los instintos antihelénicos toman la supremacía...

La «sofística» es aún completamente helénica -incluidos Anaxágoras, Demócrito, los grandes jónicos-; pero como formas de transición. La polis pierde su fe en la peculiaridad de su cultura, en el derecho de dominio sobre cualquier otra polis... Se cambia la cultura, es decir, «los dioses», por lo que se pierde la fe en el derecho primordial del deus autochthonus. Se mezclan los bienes y los males de diversas procedencias; se hacen borrosos los límites entre el bien y el mal... Éste es el sofista.

El filósofo, por el contrario, es la reacción; él quiere la antigua virtud. Ve la razón de la decadencia en la ruina de las instituciones; ve la decadencia en la ruina de la autoridad; quiere nuevas autoridades (viaje al extranjero, conocimiento de las literaturas extranjeras, de las religiones exóticas...); quiere la polis ideal, mientras que al concepto de polis le ha pasado ya su tiempo (aproximadamente como los judíos se mantienen como pueblo después de haber caído en la esclavitud). Se interesan por todos los tiranos: quieren establecer la virtud con force majeure”. (La voluntad de poder, texto de Textos de los grandes filósofos: edad contemporánea, Herder, Barcelona 1990, p.82-88).

vinculados a la corriente llamada vitalismo, en la que generalmente se encuadra a Nietzsche.

También Bergson proclamaba esta misma crítica al cientifismo y al positivismo). En esta etapa Nietzsche se distancia de su primera actitud excesivamente esteticista y comienza a desmarcarse de Schopenhauer y de Wagner, cuyo Parsifal le desagradó profundamente y lo consideró como una recaída en el cristianismo. Las obras de Nietzsche más características de esta época son: *Humano, demasiado humano* (1878) - en que comienzan a aparecer los temas que desarrollará posteriormente-, *Aurora* (1881) y *La gaya ciencia* (1882).

En conjunto, este período está marcado por la crítica a la racionalidad socrática, desarrollada por el platonismo y por la tradición judeo-cristiana. La tarea que se propone Nietzsche es la de destruir el edificio de la metafísica, la religión y la moral basadas en la inversión de los valores. Por ello, dice de sí mismo que es dinamita, o que hace filosofía con el martillo, pues ataca los cimientos mismos que surgen del socratismo y el platonismo, corrientes a partir de las cuales la virtud se coloca del lado de la representación, y se declara que la idea es lo auténticamente real, contra el instinto, contra el sentimiento y contra la vida.

Aparece el nihilismo (en un sentido negativo, como negación de lo verdadero que caracteriza a la metafísica y la cultura occidental), que se desarrolla y se amplifica con el cristianismo: la negación de la vida, el desprecio hacia el cuerpo y el concepto de pecado.

El segundo período está marcado por la aparición de *Así habló Zaratustra*, la obra más importante, en la que reemprende la crítica de la metafísica, la moral y la cultura de occidente, y formula sus grandes tesis: el nihilismo, la transmutación de los valores, la doctrina de la voluntad de poder, del eterno retorno y la del superhombre, y en el que elabora una visión que pueda conducir a la superación del espíritu de venganza o del resentimiento contra la vida que ha engendrado la metafísica occidental y su gran aliada: la religión (especialmente el cristianismo, al que califica de platonismo popular, moral de esclavos y metafísica de verdugos).

El Zaratustra toma este nombre del mítico moralista persa, que en esta obra aparece como el alter ego del mismo Nietzsche que predica el inmoralismo, entendido como la patentización de la inversión de los valores y manifestación de la necesidad de su transmutación. A su vez, todo el libro está escrito como una parodia de los escritos religiosos, especialmente de los evangelios, apareciendo Zaratustra como la figura opuesta a Cristo.

Ya en *La gaya ciencia* aparece el tema de la muerte de Dios, que representa el fin de toda concepción idealista y el fin de la metafísica occidental, y que Nietzsche retoma en el Zaratustra. La frase "Dios ha muerto" (que fue Hegel el primero en

utilizar), representa para Nietzsche la negación de todos los trasmundos inventados por la religión, gran mentira que convierte la vida en una mera sombra. La idea de Dios, entendida como el fundamento del mundo verdadero, es la gran enemiga. El espíritu libre es aquél que es capaz de perderle el respeto, capaz de asumir que “Dios ha muerto”, es decir, capaz de asumir que se debe acabar con el “mundo verdadero” (lo que también significa acabar con la dicotomía entre mundo verdadero y mundo de las apariencias), acabar con la metafísica y aceptar que nada debe ponerse en su lugar (de nada serviría sustituir la idea de Dios por las de humanidad, ciencia, racionalidad, técnica u otros sustitutos).

Pero la muerte de Dios, que es un hecho histórico consumado fruto de un largo proceso de laicización, puede engendrar un movimiento ambiguo: por una parte, es la condición del nacimiento del superhombre pero, por otra parte, es también la condición de la aparición del último hombre. Este último, es ese “pulgón inextinguible” que es el más duradero y el más despreciable, aquél que se contenta con un mero pragmatismo, cientifismo o tecnocracia; el que ha sustituido a Dios por su comodidad, el que ya no es capaz de despreciarse a sí mismo y cree que ha inventado la dicha; un hombre cuya vida, sin Dios, carece de sentido, y que representa la ruina de la civilización y es la culminación de la decadencia.¹⁷²

Asumir la muerte de Dios implica saber que se está sin brújula, sin valores. Esto es el nihilismo que, en su aspecto negativo, es el movimiento histórico propio de la cultura occidental en cuanto cumplimiento de la esencia de la metafísica, que había puesto lo verdaderamente ente como un más allá y, por tanto, conduce a una aniquilación de los valores vitales. Pero, por otra parte, en la medida en que se muestra que no hay realmente valores fundados fuera de la vida, el nihilismo es positivo, pues sólo en ausencia de todo valor se hace patente la necesidad de distanciarse de los antiguos valores y acometer su transvaloración.

El reconocimiento pleno de la ausencia de sentido es la condición para que pueda surgir un sentido, para que pueda surgir la presencia del devenir que no ha de justificarse fuera de sí. Esta es la base que permite la aparición del superhombre: un dios terrenal capaz de recuperar los predicados divinos para el hombre. El

¹⁷² “Es tiempo de que el hombre fije su propia meta. Es tiempo de que el hombre plante la semilla de su más alta esperanza. Todavía es bastante fértil su terreno para ello. Mas algún día ese terreno será pobre y manso, y de él no podrá ya brotar ningún árbol elevado. ¡Ay! ¡Llega el tiempo en que el hombre dejara de lanzar la flecha de su anhelo más allá del hombre, y en que la cuerda de su arco no sabrá ya vibrar! Yo os digo: es preciso tener todavía caos dentro de sí para poder dar a luz una estrella danzarina. Yo os digo: vosotros tenéis todavía caos dentro de vosotros. ¡Ay! Llega el tiempo en que el hombre no dará ya a luz ninguna estrella. ¡Ay! Llega el tiempo del hombre más despreciable, el incapaz ya de despreciarse a sí mismo. ¡Mirad! Yo os muestro el último hombre. “¿Qué es amor? ¿Qué es creación? ¿Qué es anhelo? ¿Qué es estrella? -así pregunta el último hombre, y parpadea”. (Así habló Zaratustra, Alianza, Madrid 1981, 9ª ed., p. 39-40).

superhombre es el que asume con todas sus consecuencias la muerte de Dios y no lo sustituye por otros valores (la ciencia, el Estado, la comunidad, la técnica, etc.), sino que asume plenamente la vida. En este sentido, es propiamente el más fuerte, el más noble, el señor, el legislador, el auténtico filósofo, en cuanto que no precisa de unos falsos valores; es el que supera la prueba del eterno retorno. Es el creador de «otro sentido», no meramente el inversor del sentido de lo decadente, sino creador de nuevos valores, razón por la que aparece como un demente para los últimos hombres.

El superhombre es el capaz de superar y transvalorar los valores reactivos y contrarios a la vida que han caracterizado la historia de la cultura de occidente. No se trata, pues, de un hombre biológica o racialmente superior, sino que el superhombre, que es «el sentido de la tierra», es el más real de los hombres, el que se opone al «último hombre», es decir, el que se opone al hombre caracterizado por el resentimiento contra la vida. En la medida en que «el hombre es una cuerda tendida entre la bestia y el superhombre», este último es solamente anunciado, ya que actualmente vivimos la etapa del último hombre.

El proceso de generación del superhombre es el que expone Nietzsche en la metáfora de las tres transformaciones: el camello, que toma sobre sí la pesada carga de la moral invertida, se transforma en león, que critica la moral del deber-ser, para transformarse a su vez en un niño, creador espontáneo de su propio juego. Los nuevos valores no son conmensurables con los establecidos ni con ningún criterio externo a ellos mismos, pues ellos son precisamente la nueva norma.

- La voluntad de poder

La muerte de Dios como reconocimiento de ausencia de sentido es la condición para que pueda surgir la presencia del devenir que no ha de justificarse fuera de sí por ningún sentido trascendente. Esta nueva perspectiva, que es la del superhombre, es la que se expresa como voluntad de poder o esencia de la vida, y como pluralidad de perspectivas. De ahí que, metafóricamente, Nietzsche defienda al politeísmo, ya que es expresión de pluralidad contrapuesta al ideal de unidad del monoteísmo.

Pero la voluntad de poder de Nietzsche se opone a la mera voluntad de vivir de Schopenhauer.

Para Nietzsche la posición pesimista de Schopenhauer es todavía expresión de una actitud reactiva y resentida contra la vida. El impulso vital es expresión de la voluntad de poder, que siempre aspira a más. La vida, entonces, es un caso particular de este vasto impulso que es la voluntad de poder, concebido por Nietzsche, a la vez, como biológico, orgánico y -en la medida en que la cultura no sea ya reacción contra la vida- expresión de la consumación y superación del nihilismo.

Toda fuerza impulsora es voluntad de poder que, en este sentido, es la esencia misma del ser, y que, como principio afirmador, está situado más allá del bien y del mal. Esta noción, pues, carece de cualquier clase de connotación política. No se trata de un deseo de poder político, o de un afán de dominio social, sino que expresa solamente el dinamismo del cual la vida es su manifestación, no sometido a ningún poderío exterior, a ningún dios, ni a ningún valor superior al de la propia vida. La voluntad de poder no consiste en ningún anhelo ni en ningún afán de apoderarse de nada ni de dominar a nadie, sino que es creación; es el impulso que conduce a hallar la forma superior de todo lo que existe y afirmar el eterno retorno, que separa las formas superiores, afirmativas, de las formas inferiores o reactivas.

- La verdad y el devenir

La realidad aparece como devenir y perspectiva. Contra la ontología estática que veía el devenir como apariencia, y contra la concepción de la verdad de la metafísica, aparece la voluntad de poder: el mundo como cambio, como proceso; la verdad como lo que favorece la vida. La verdad, tal como es entendida por las ideologías y la metafísica, no existe.

Toda verdad es interpretación, y la propensión a considerar alguna proposición como verdadera es más bien fruto de una mejor correspondencia, no con el ser de las cosas, sino con las condiciones sociales y psicológicas que nos dominan, pues la misma conciencia a la que se impone esta verdad, ya es fruto de influencias sociales y culturales. Por ello, en contra de la visión religiosa y metafísica del mundo, la verdad es solamente lo que favorece la vida.

El devenir no se puede apresar con los conceptos del entendimiento, sólo se deja entender mediante alusiones, con aforismos y metáforas, ya que los conceptos pretenden explicar una multiplicidad que nunca es igual: son la manifestación de la parálisis del entendimiento que no puede captar el devenir. La capacidad de asumir plenamente el nihilismo es lo que caracteriza al superhombre, y la prueba que éste debe pasar es la del eterno retorno de lo mismo.

- El eterno retorno

El tema del eterno retorno lo desarrolla Nietzsche en el capítulo del Zarathustra titulado De la visión y el enigma. Según él mismo, se trata de su pensamiento “más profundo”, y también del más difícil de captar, ya que el tratamiento que da Nietzsche de este tema es bastante ambiguo. El “eterno retorno de lo mismo” no significa, al modo de las antiguas cosmologías que predicaban la doctrina del gran año, la repetición de las cosas individuales, aunque en los textos conocidos como La voluntad de poder formula su tesis como si se tratase de una doctrina cosmológica (al suponer que el número de átomos y la cantidad de energía que forman el mundo son finitos y,

al ser el tiempo infinito, sólo son posibles un número determinado de combinaciones, por lo que el estado actual debe repetirse infinitas veces.

Pero más bien debe entenderse como doctrina moral: es el sí trágico y dionisiaco a la vida pronunciado por el propio mundo, unido a la noción del amor fati. Esta doctrina moral o, mejor, prueba selectiva moral, supone una importante reflexión sobre el tiempo que Nietzsche expone de forma metafórica. Contra el sentimiento de un tiempo destructor y aniquilador Nietzsche reivindica la destrucción del sentido trascendente del tiempo lineal judeo-cristiano (un tiempo orientado hacia un fin que trasciende cada uno de sus momentos).

Esto supone una crítica profunda de la oposición habitual entre pasado y futuro: el instante no es un simple tránsito desde un pasado hacia el futuro, sino que en él mismo se muestra el tiempo eterno. Pero esto tampoco supone afirmar la circularidad del tiempo, como acaba confesando el enano del Zaratustra: «todas las cosas derechas mienten, murmuró con desprecio el enano. Toda verdad es curva, el tiempo mismo es un círculo», ya que dicha circularidad, sin más, implica el hastío y la parálisis, en la medida en que tiende a la plena determinación (ya que todo cuanto sucede debe volver a suceder). El eterno retorno es el fin de toda finalidad trascendente.

El tercer período de la filosofía nietzscheana es el que corresponde a la etapa posterior al Zaratustra, en el que prosigue las mismas líneas, pero con carácter más amargo, más centrado en la crítica de la moral y la necesidad de la transvaloración de todos los valores.

Las obras más representativas de este período son: Más allá del bien y del mal (1886), La genealogía de la moral (1887) y El crepúsculo de los ídolos (1889). En estas obras Nietzsche prosigue la crítica a la tradición emprendida por Sócrates que considera que debe explicar lo verdaderamente ente a partir de «lo verdadero», «lo bello», «lo bueno», es decir, a partir de un hipotético verdadero ser contrapuesto al falso mundo de las apariencias; que pone lo suprasensible como condición de lo sensible, que pone el ser más allá del ser; que pone a lo Uno como condición de lo Múltiple, es decir, que sitúa a Dios como fundamento.

Esta metafísica se caracteriza, según Nietzsche, por la venganza o el resentimiento contra la vida que se manifiesta tanto en el pesimismo, como en la moral, en la ontología o en la epistemología. En la moral, porque ha engendrado unos falsos valores que proceden de la negación radical del valor de lo sensible, y los ha puesto en función de lo suprasensible más allá de la vida, es decir, en función de la muerte; en la ontología, porque sitúa la verdadera realidad más allá de la realidad verdadera del devenir; en la epistemología, porque pretende conocer mediante conceptos del entendimiento que sólo pueden conocer lo inerte, lo inmóvil, lo

fragmentario, porque son presas de unas estructuras gramaticales que tienden a convertir en estático todo lo que es dinámico.

Especialmente importante es su crítica de la moral, a la que considera profundamente antinatural al alzarse contra los instintos primarios de la vida y promulgar falsos valores (la modestia, la pobreza de espíritu, etc.) que tienen en el cristiano sermón de la montaña su mejor ejemplificación. La base filosófica de este resentimiento contra la vida, aunque fue instaurada por Sócrates, encuentra en el platonismo su mejor formulación, y en el cristianismo (religión de débiles y esclavos que ponen su vida en función de otra vida futura que es negación de la vida auténtica, una religión que es una metafísica de verdugos) a su mejor difusora. En La genealogía de la moral, además de inaugurar el método genealógico en filosofía.

2.1.4. Positivismo

El positivismo es en general, aquella actitud teórica que sostiene que el único auténtico conocimiento o saber es el saber científico. Le caracteriza una actitud crítica ante la filosofía tradicional, en especial la metafísica, y afirma que también la filosofía ha de ser científica.

Para ello, el “espíritu positivo” es fiel a unos principios orientativos o reglas que se mantienen en todas las filosofías positivas de las diversas épocas: la regla ontológica del fenomenismo, según el cual la realidad se manifiesta en los fenómenos, obliga a rechazar cualquier concepción de una esencia oculta más allá de los fenómenos; la regla del nominalismo, según la cual el saber abstracto no es saber de cosas en sí o universales, sino de meras cosas individuales generalizadas; la regla que obliga a renunciar a juicios de valor y a enunciados normativos, en cuanto carentes de sentido cognoscitivo y, finalmente, la regla de la unidad del método de la ciencia, según la cual cabe pensar en un solo ámbito del saber, reducible a la observación y a la experiencia, en definitiva a una única ciencia, preferentemente la física.

La principal aportación de Comte al positivismo es la idea de que la realidad humana es social y también ella debe poder ser conocida científicamente. A la ciencia que estudia esta realidad como síntesis de todos los conocimientos humanos llamó Comte “sociología”.

Este positivismo sociológico, junto con el positivismo biológico de Claude Bernard, la ética positivista de John Stuart Mill y el positivismo evolucionista de Herbert Spencer son los principales representantes del espíritu positivo europeo del s. XIX.

- Auguste Comte,

Es el iniciador del positivismo francés e introductor del término “sociología”. Nace en Montpellier. Estudia medicina en la facultad de Montpellier y, de 1814 a 1816, en la moderna y elitista Escuela Politécnica de París, donde recibe una enseñanza de elevado nivel científico y de donde es expulsado por sus ideas republicanas. Conoce por esta época a los ideólogos franceses y a los ilustrados, a través de Condorcet, y lee a los empiristas ingleses; de 1817 a 1823, es secretario de Saint-Simon y durante esta época escribe obras de política y Planes de trabajos científicos necesarios para la reorganización de la sociedad; este ideal de reforma le había llevado ya a colaborar con Saint-Simon y se hará más evidente en obras posteriores. Después de romper esta relación personal y dedicarse por un tiempo a enseñar matemáticas, a partir de 1826 dicta cursos de su propia filosofía en un círculo privado de personas selectas, entre las que se cuentan Humboldt, Carnot, Fourier, cursos que se verán interrumpidos por su mala salud mental y que reemprende en 1829.

De 1830-1842 aparecen los seis volúmenes de Curso de filosofía positiva, obra nacida del curso privado y donde aparece ya su idea fundamental de una organización científica de la sociedad. Las obras fundamentales de Comte son el Curso de filosofía positiva, que se desarrolla en 60 lecciones y los cuatro volúmenes de Sistema de política positiva. Estas dos obras contienen la sustancia de lo que se ha denominado positivismo y que Comte llama también “filosofía positiva” o “espíritu positivo” y hasta “sociología”. Las dos primeras lecciones del Curso desarrollan dos de sus ideas básicas: la ley de los tres estados y la clasificación racional de las ciencias. Escrita esta obra con finalidad de reforma social (orden y progreso), parte del supuesto de que la sociedad y la humanidad misma han de pasar por la misma evolución que cada una de las ciencias y, en definitiva, el mismo entendimiento humano.

Toda ciencia (astronomía, física, química y biología), igual que todo individuo y aun la especie humana, pasa por tres estados: el estado teológico o ficticio, cuando el hombre explica las cosas recurriendo a principios y fuerzas sobrenaturales y de carácter personal; el metafísico o abstracto, cuando el hombre sustituye lo sobrenatural por lo abstracto, y recurre a fuerzas y causas a modo de entidades ocultas que explican la naturaleza; y el científico o positivo, cuando el hombre, renunciando a un saber absoluto, se conforma con conocer las meras relaciones entre fenómenos, esto es, las leyes. Que existen estos tres estados lo prueba tanto la historia de la humanidad y de las ciencias, como la exigencia de síntesis y comprensión del espíritu humano. Y así como el estado positivo es la meta del desarrollo de la historia y de las ciencias, de igual modo la comprensión de las cosas mediante leyes (sustitutivas de las causas de las divinidades) es la meta final de la mente humana.

Para llegar a este estado positivo de la mente es necesaria una reorganización del conjunto de las ciencias, o una clasificación del saber humano, con miras a una síntesis final positiva: la síntesis la otorga la sociología, o «física social», que no sólo es

la última de las ciencias y, por lo mismo su culminación (según el orden de matemáticas, astronomía, física, química, biología y física social), sino también la auténtica interpretación y la madurez de las ciencias, su filosofía positiva, la ciencia de las ciencias. Más adelante, en Discurso sobre el conjunto del positivismo y en Sistema de política positiva, subordinará la ciencia a la moral, la inteligencia a la simpatía o amor.

La clasificación jerarquizada de las ciencias y la instauración de la sociología como ciencia definitiva supone la llegada del estado positivo; con ella puede haber en la sociedad orden, al que ya tendía el primer estado, y progreso, al que tendía el segundo (“El orden como principio, el progreso como fin”).

La síntesis de orden y progreso, o la conciliación entre las dos épocas anteriores, se dibuja, en las últimas obras de Comte, como una subordinación de la política a la moral y a una regeneración total, que considera como la religión de la humanidad: ésta es más real que el mismo individuo, es el “Gran Ser”, esto es, Dios, que ha de ser venerado con una religión y una moral positivas. El principio universal de esta moral positiva es el amor que une a toda la humanidad: “vivir para el prójimo es la felicidad suprema”; en esta sociedad no hay más que deberes para con todos, ningún derecho; sus dogmas son la filosofía positiva y las leyes científicas.

- El utilitarismo

Es el sistema ético desarrollado inicialmente en Inglaterra en los siglos XVIII y XIX, que establece que “bueno es aquello que promueve la felicidad” y a la vez que “el mayor bien es la mayor felicidad para el mayor número posible de personas”. Como ética teleológica que es, aplica el principio de valorar las acciones humanas no por lo que son en sí mismas, sino por las consecuencias que producen (ética consecuencialista, también llamada finalista).

Las consecuencias de las acciones se valoran, y en su caso se prescriben, según la cantidad de felicidad que aportan para el mayor número posible. Para valorar la cantidad de felicidad o placer, hay que recurrir a un cálculo utilitarista. Aunque desarrollado de manera sistemática en un principio por J. Bentham, el primero en usar el término utilitarianism, y por James Mill y John Stuart Mill, seguidores inmediatos suyos, el utilitarismo hunde sus raíces en el epicureísmo y el hedonismo de la antigüedad griega y en teorías epistemológicas y morales del empirismo inglés.

Se distingue un utilitarismo hedonista, del que serían partidarios los fundadores de este sistema moral, y que se ejemplifica en las obras Introducción a los principios de la moralidad y la legislación (1789) y El utilitarismo (1863), de Bentham y John Stuart Mill, respectivamente, que se caracteriza por igualar “utilidad” con “placer” y con “felicidad”; y un utilitarismo ideal, abierto a otras utilidades distintas y más complejas, como en H. Sidgwick, que se refiere a la satisfacción de otras capacidades dinámicas

del ser humano en general, o en G.E. Moore, que habla de las relaciones humanas y el sentimiento de belleza como de los placeres humanos más satisfactorios, y hasta en el mismo J.S. Mill, que suaviza ya el hedonismo de Bentham.

Se habla también de utilitarismo de la regla y utilitarismo de la acción. Según el primero, no son las acciones individuales las que hay que someter al principio moral de la utilidad, sino una regla general de acción, similar al principio formal de la moral de Kant: “obra siempre según el principio de la mayor felicidad para el mayor número”, acercándose así a una ética deontológica. El utilitarismo de la acción sostiene que es obligatorio aquel acto que, para cada momento, produce la mayor felicidad; una acción concreta puede ser moral, precisamente por las consecuencias de bienestar para un mayor número, aun cuando dicha acción vaya en contra de alguna regla general moral, como por ejemplo “no mentir”.

Acabamos este apartado, con una breve exposición de la fenomenología. Obviamos otros movimientos contemporáneos a la vida y la obra de Menéndez Pelayo, como el marxismo; no porque no sean importantes, sino porque él apenas los tiene en cuenta en su reflexión filosófica; comenta sobre la aparición del marxismo en España, pero son alusiones muy breves, y desequilibrarían la presente presentación.

- La Fenomenología

En sentido general y etimológico, descripción de lo que aparece a la conciencia, el fenómeno. El uso filosófico del término lo inicia J.H. Lambert (Nuevo Organon, 1764), como “doctrina de la apariencia”, o del verdadero conocimiento sensible, en oposición a “la doctrina de la verdad”. Hegel ahonda el sentido del término y lo aplica al camino vivencial que recorre la conciencia hasta llegar al saber absoluto o ciencia; lo describe como el “devenir de la ciencia en general o del saber” y lo define como “ciencia de la experiencia de la conciencia”¹⁷³.

Pero, en sentido propio y usual se entiende por fenomenología la teoría filosófica de Edmund Husserl, tal como la presenta sobre todo en Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica (1913), y de las escuelas de fenomenólogos que -con divergencias- le siguen y a las que da origen durante su paso por las universidades de Gotinga y Friburgo: sobresalen, entre ellos, M. Scheler, D. von Hildebrand.

En su orientación clásica, tal como la entiende Husserl, que la llama fenomenología trascendental, es el método que permite describir el sentido de las cosas viviéndolas como fenómenos (noemáticos) de conciencia. Lo concibe como una tarea de clarificación para poder llegar “a las cosas mismas” partiendo de la propia

¹⁷³ G.W.F. Hegel. La fenomenología del espíritu. FCE. México. 1971. P. 49.

subjetividad, en cuanto las cosas se experimentan primariamente como hechos de conciencia, cuya característica fundamental es la intencionalidad.

No se trata de una descripción empírica o meramente psicológica, sino trascendental, esto es, constitutiva del conocimiento -de sentido- de lo experimentado, porque se funda en los rasgos esenciales de lo que aparece a la conciencia. El método fenomenológico se lleva a cabo según una sucesión de pasos; los más importantes son los siguientes:

1. Reducción fenomenológica: consiste en “poner entre paréntesis”, a modo de una suspensión de juicio (epokhé), lo que Husserl denomina la “actitud natural”: creencia en la realidad del mundo, cuestionamiento de si lo percibido es real, supuestos teóricos que lo justifican, afirmaciones de las ciencias de la naturaleza, etc.

El resultado de esta reducción o epokhé es que no queda sino el “residuo fenomenológico”, a saber, las vivencias o fenómenos de la conciencia, cuya estructura intencional presenta dos aspectos fundamentales: el contenido de conciencia, nóema, y el acto con que se expresa este contenido, nóesis.

2. Reducción eidética: la realidad fenoménica, por una libre consideración de todas las posibilidades que la razón descubre en ella, pierde las características individuales y concretas y revela una esencia constante e invariable. La razón pone entre paréntesis todo lo que no es fenómeno y, del fenómeno, todo lo que no constituye su esencia y su sentido, su forma o su idea (eidos): intuición o reducción eidética. La ciencia de estas esencias, y su descripción, es la tarea fundamental de la fenomenología.

3. Reducción trascendental: resultado de la reducción fenomenológica no es sólo la aparición de «lo que se da a conocer a la conciencia» (los nóemas), sino también el que todo «es conciencia» (nóesis); esta unidad de nóema y nóesis configura la unidad de conciencia, o la subjetividad; esto es, el sujeto trascendental. De esta conciencia trascendental, surge el mundo conocido.

4. Mundo e intersubjetividad: en la misma conciencia está ya presente el mundo, porque de la misma manera que no hay conciencia sin sujeto tampoco la hay sin mundo. La fenomenología lleva metódicamente, a través de los nóemas, al descubrimiento y análisis de los objetos del mundo (cosas, animales, psiquismos) y al descubrimiento y análisis de los demás, los otros -inicialmente también puestos entre paréntesis-, como sujetos igualmente conscientes, con los que construimos (intersubjetivamente) el sentido del mundo o un mundo «común» para todos nosotros.

La fenomenología no es simplemente un método para llegar a una actitud filosófica desde el abandono de la actitud natural; Husserl la considera la “ciencia de

las esencias” y la identifica con un “idealismo trascendental”. Por ello es, como sucede con la filosofía trascendental de Kant, no sólo una crítica del conocimiento, sino también una fundamentación del saber: Husserl cree que todos los conceptos fundantes de los diversos ámbitos científicos deben ser hallados y elucidados (esto es, descritos a priori) mediante el análisis fenomenológico¹⁷⁴. Esta ciencia a priori de todos los conceptos fundamentales puede considerarse, en opinión de Husserl, el fundamento de las demás ciencias y la ciencia universal que buscaba Descartes.

2.2. Ambiente filosófico en España en el siglo XIX

2.2.1. El Sensualismo francés

Se llama así a aquella doctrina según la cual todos los fenómenos psíquicos superiores tienen su origen último en los sentidos. Desde el punto de vista gnoseológico, es una forma de empirismo. Pero el empirismo no se limita solamente a la percepción sensible, mientras que el sensualismo entiende que ésta es la única fuente de conocimiento. (Locke admite una cierta espontaneidad en el “white paper” que es la conciencia.)

La postura sensualista extrema corresponde en la Historia a Epicuro. Pero de un modo más radical aparece en filósofos como Hobbes, Feuerbach, Czolhe, Avenarius, Rudolf Willy y, especialmente, Condillac.

A España nos llega el influjo del empirismo y el sensualismo por el camino de Italia y Portugal. De un modo especial influirá en los españoles de fin de siglo el ilustrado italiano A. Genovesi (El Genuense, m. en 1769). El portugués Luis Antonio Verney, arcediano de Evora, conocido por El Barbadiño –capuchino protagonista de su obra–, regresó de Italia y publicó la obra *“Verdadero método de estudiar para ser útil a la República y a la Iglesia”*, en contra de los métodos escolásticos. (Esta obra la vierte al castellano en 1760 José Maymó Ribes.) Verney publica después *“De re lógica”* (1751), *“De re metaphysica”* (1753) y *“De re physica”* (1769). En 1769 se edita en

¹⁷⁴ La fenomenología tiene que llegar por sí misma a los sistemas de conceptos que determinan el sentido fundamental de todos los ámbitos científicos. Estos son los conceptos que predelinean todas las demarcaciones formales de la idea-forma de un posible universo del ser en general y, por tanto, también la de un posible mundo en general. De acuerdo con esto, ellos tienen que ser los auténticos conceptos fundamentales de todas las ciencias. [...] Así, pues, las investigaciones relativas a la constitución trascendental de un mundo, que hemos esbozado someramente más arriba, no son nada más que el comienzo de una aclaración radical del sentido y del origen (o bien, el sentido a partir del origen) de los conceptos «mundo», «naturaleza», «espacio», tiempo», «esencial animal», «psique», «cuerpo orgánico», «comunidad social», «cultura», etc. Es claro que la efectiva realización de las investigaciones indicadas tendría que conducir a todos los conceptos que, sin ser elucidados, cumplen las funciones de conceptos fundamentales de las ciencias positivas, pero que en la fenomenología surgen con una claridad y distinción universales, que ya no dan lugar a ninguna cuestión concebible. (Meditaciones cartesianas, V, § 64 Epílogo. Ediciones Paulinas, Madrid 1979, p. 230-231).

España la *“Lógica”*, de Verney –que copiaba a Condillac y Locke–, con un prólogo del humanista Juan B. Muñoz, tan enemigo de los métodos escolásticos como Verney.

En 1784 se traduce al español la *Lógica*, de Condillac, por Bernardo María de Calzada. El empirismo psicológico se difunde rápidamente, advirtiéndose derivaciones peligrosas hacia el materialismo. En esta dirección materialista habrá focos en Sevilla, Córdoba y Salamanca, sobre todo. No obstante, y como hace notar el padre Martínez Gómez, S. J., el instinto de ortodoxia lleva a los pensadores hispanos a conciliar el sensualismo psicológico con doctrinas tradicionales. Ramón Campos, en su *“Sistema de Lógica”* (1790) y en *“El don de la palabra”*, concilia su doctrina nominalista con una original teoría del lenguaje. La palabra no es algo inventado por el hombre, sino un don divino, algo recibido directamente de Dios. Principios, a su vez, de un tradicionalismo cristiano, que alcanza gran predicamento entre los filósofos españoles de fin de siglo.

Otros representantes del sensualismo dieciochesco son Francisco Javier Pérez y López (m. 1792), que hace un compendio de filosofía especulativa y práctica, inspirado en Leibniz y Ramón Sibiuda, con dejos místico-panteístas. Recurre al lenguaje y al oído, fundamentalmente para explicar las ideas universales. Luis Pereyra, portugués, profesor en Madrid, autor de una *“Theodicea”* o la Religión natural, con demostraciones metafísicas que ofrece el sistema mecánico, dispuestas con método geométrico. Se muestra influido por Wolf y por el sensualismo y tradicionalismo del ambiente. Su intento es conciliar el empirismo gnoseológico con la religión. De Espinosa –al que ataca– adopta, no obstante, el método.

Merecen también destacarse algunos de los jesuitas expulsados en Italia. Es común a ellos el despego por la metafísica y su apego, demasiado optimista, a los modernos: Bayle, Hume, D'Alambert. Antonio Eximeno, (m. 1808) y Juan Andrés (m. 1817) destacan en este grupo.

Eximeno sigue, en general, a Locke y Condillac, si bien más al primero. La ficción condillanquista de la estatua no la acepta, por encontrarla demasiado pasiva. El alma tiene una actividad que le permite reflexionar y comparar. Memoria e imaginación, no obstante, están descritas en términos de sabor materialista.

Juan Andrés desprecia por igual a la escolástica y al racionalismo. Entiende que todas las disputas antiguas son inútiles y que la filosofía ha avanzado más después de Locke y Condillac que en toda la historia anterior. En el fondo no se trata más que de un clima del momento, que acabaría desencadenando el criticismo kantiano.

La primera mitad del siglo XIX en España, está filosóficamente bajo el signo de Francia: sensismo, materialismo, sociología, eclecticismo. (La segunda mitad habría de estar bajo el signo de Alemania: kantismo, un poco de hegelismo y, sobre todo, krausismo.)

Los comienzos del siglo XIX son, en realidad, una continuación del final del XVIII. La dirección sensista –o sensualista– en psicología, lógica, ética y derecho es la de más arraigo. Tanto los filósofos como los pedagogos, médicos, explotan esta mina que les brinda el empirismo, que es más actual que el viejo mecanicismo, imperante en el XVIII.

Penetran las corrientes empiristas durante el siglo XIX a través de la Universidad de Salamanca y de la de Cervera. Esta última copia a las de Montpellier y París, con las que tiene comunicación. En el empirismo psicológico se insertan múltiples direcciones: la “ideología” o lógica explicada psicológicamente, la frenología, la antropología, pedagogía, etc.

Las derivaciones materialistas del sensismo de Condillac, especialmente las de Cabanis y Destutt de Tracy –este último destacado representante de la “ideología”–, tienen una inmediata repercusión en España, en donde podemos destacar, entre los seguidores de estas tendencias, a Reinoso (1816), autor de una *Ideología de la práctica*; al presbítero Juan Justo García, que escribe *Elementos de verdadera lógica* (1821) y traduce el Compendio de Ideología, de Tracy. Los catedráticos de Salamanca Ramón Salas y Miguel Martel se adhieren al sensualismo condillaquista y al utilitarismo de J. Bentham. En Cádiz, en el colegio marianista de San Felipe, hay un grupo que sigue el sensismo mitigado de Laromeguière.

Adictos al sensualismo condillaquista, con influencias de Gall e incluso kantianas, existe un grupo de médicos-filósofos, entre los que merecen especial mención Antonio Hernández Morejón (m. 1836). Francisco Fabra y Soldevilla (m. 1839), con claros influjos de Condillac, Helvetius, Gall y algún toque kantiano. José Francisco Vendrell y Pedralbes (m. 1850), que realiza un Análisis de la razón humana, en dependencia de Condillac, pero sin abandonar sus ideas católicas. Y, por, último, Mariano Cubí y Soler (m. 1875), que fue uno de los máximos propagadores en España de la frenología.

José de Letamendi (m. 1897) tiene especial importancia, porque, a pesar del influjo experimental, supo hacer una síntesis espiritualista, con influencias de Pascal y del sensismo escocés.

La transición espiritual del empirismo psicológico anglo-francés al sensismo escocés se opera, de hecho, con Ramón Martí de Eixalá, formado en Cervera, y con Francisco Javier Llorens y Barba.

2.2.2. El Eclecticismo

Eclecticismo (del griego eklegein, «escoger»), es en Filosofía la escuela de pensamiento que se caracteriza por escoger (sin principios determinados)¹⁷⁵ concepciones filosóficas, puntos de vista, ideas y valoraciones entre las otras demás escuelas que se asumen que puedan llegar a ser compatibles de forma coherente, combinándolas y mezclándolas aunque el resultado pueda ser a menudo contrapuesto sin llegar a formar un todo orgánico.

El eclecticismo se produjo en Grecia a partir del siglo II a. C. como una forma de sintetizar los grandes hallazgos intelectuales de la filosofía clásica anterior de los presocráticos, Platón y Aristóteles. Por ejemplo, Antíoco de Ascalón compaginó el estoicismo y el escepticismo, y Panecio de Rodas basó su pensamiento en el platonismo y el estoicismo.

Los pensadores romanos, que nunca desarrollaron un sistema filosófico propio, se inclinaron por este tipo de pensamiento: Cicerón, por ejemplo, que asimiló teorías del estoicismo, del escepticismo y de los peripatéticos, sin considerar su desunión esencial.

Entre los cristianos, Clemente de Alejandría y Orígenes combinaron la metafísica griega y las ideas judeocristianas de las Santas Escrituras. Ya a fines de la Edad Media, el maestro de la Devotio moderna Eckhart formuló un sistema de filosofía cristiana basado en Aristóteles, sus comentaristas árabes medievales, el neoplatonismo y la Cábala o mística hebrea.

Como regla, en la historia de la filosofía, el Eclecticismo sucede a un período de escepticismo. En presencia de doctrinas conflictivas con relación a la naturaleza, la vida y Dios, la mente humana desespera por alcanzar un conocimiento científico exacto sobre estas importantes materias. El Eclecticismo entonces se propone construir un sistema suficientemente amplio y vago para incluir, o para no excluir, los principios de las diversas escuelas, aunque dando a veces más importancia a los de una escuela y aparentemente suficiente para dar una base para la conducción de la vida

En España, el Eclecticismo se desarrolló en el seno de la Ilustración del siglo XVIII como única escuela alternativa a la escolástica dominante sin suscitar los recelos de la Inquisición y en ese sentido destacan pensadores como Benito Jerónimo Feijoo o el médico y lógico aragonés Andrés Piquer.

¹⁷⁵ Aunque como exponemos en el apartado correspondiente, Menéndez Pelayo defiende la idea de que el eclecticismo bien entendido, es armonizador, y por lo tanto no yuxtapone teorías sino que las organiza en un sistema nuevo. Don Marcelino lo entiende como la escuela filosófica que procura conciliar las doctrinas que parecen mejores o más verosímiles, aunque procedan de diversos sistemas.

En el siglo XIX rebrotó aún el eclecticismo en Francia a través de la obra del filósofo Victor Cousin, que trató de unir el idealismo de Emmanuel Kant, la filosofía del sentido común y las doctrinas inductivas de René Descartes.

- Víctor Cousin

Sus intereses principales son la Lógica, la Filosofía de la historia, Ciencia política, Dialéctica y cartesianismo. Sus ideas notables van en torno al espiritualismo y eclecticismo.

Influido por Platón, Aristóteles, Maine de Biran y Pierre-Paul Royer-Collard, Cousin fue un filósofo espiritualista y escritor francés del siglo XIX; uno de los grandes eclecticistas de su época. Su eclecticismo era una síntesis de Descartes, Kant y la escuela escocesa. Es considerado líder de la Escuela ecléctica.

En su vida de filósofo, fue discípulo de Pierre-Paul Royer-Collard y de Maine de Biran. Durante una estancia en Alemania, conoció a Hegel, a Jacobi y a Schelling.

Su filosofía ecléctica puede estructurarse así: El racionalismo cartesiano, el empirismo sensualista, la filosofía del sentido común y el idealismo especulativo son la base de la Filosofía. Por tanto, los filósofos deben sacar de estos cuatro sistemas los aspectos verdaderos para construir el gran edificio del eclecticismo.

En 1830 se hizo miembro de la Academia Francesa y en 1832, de la "Academia de Ciencias Morales y Políticas". En 1840, tomó el cargo de consejero de Estado y el de ministro de Educación. En 1855, abandona su cátedra de la Sorbona

Desviado del sensualismo por las enseñanzas de Royer Collard, Cousin busca en la Escuela Escocesa una fundamentación suficiente para las principales verdades metafísicas, morales y religiosas. Habiendo fallado en su intento, toma las diferentes doctrinas entonces en boga; es sucesivamente influenciado por Maine de Biran a quien llama "el más grande metafísico de nuestro tiempo", por los escritos de Kant y por el intercambio personal con Schelling y Hegel; finalmente gira hacia los trabajos de Platón, Plotinus, y Proclus, sólo para regresar a Descartes y Leibniz.

Llega entonces a la conclusión de que sucesivos sistemas elaborados a través de las eras precedentes contienen el desarrollo completo del pensamiento humano; que la verdad completa debe encontrarse en un sistema que resulta de la feliz fusión - bajo la guía del sentido común- de los pensamientos fragmentarios expresados por los diferentes pensadores y escuelas de todos los tiempos.

Cuatro grandes sistemas, dice, expresan y sintetizan el desarrollo de la especulación humana: sensismo, idealismo, escepticismo y misticismo. Cada uno contiene una parte de la verdad; ninguno posee exclusivamente toda la verdad. El pensamiento humano no puede inventar ningún nuevo sistema ni puede despreciar

ninguno de los viejos. No la destrucción de alguno, sino la reducción de todos a uno, nos pondrá en posesión de la verdad.

Cousin dice que hay alguna verdad en cada sistema; suponiendo que esto sea exacto, esta verdad parcial evidentemente será inicialmente adquirida a través de los principios y una regla de certeza que son independientes del Eclecticismo.

Cuando Cousin declara que hay una mezcla de verdad y error en todo sistema, evidentemente supone un principio superior y antecedente al mismo principio del Eclecticismo. El ecléctico debe primeramente separar el error de la verdad antes de incorporar a un sistema los resultados de su discriminación. Pero esto sólo es posible con la condición de emitir un juicio acerca de cada uno de estos sistemas y por tanto, de tener -muy aparte de la historia- como último criterio, algún principio racional.

En pocas palabras, el Eclecticismo, considerado como un estudio de las opiniones y teorías de otros con el fin de encontrar en ellos alguna luz y ayuda, tiene su lugar en la filosofía; es parte del método filosófico; pero como doctrina es totalmente inadecuado.

2.2.3. El Krausismo

El krausismo es una doctrina que defiende la tolerancia académica y la libertad de cátedra frente al dogmatismo. Debe su nombre al pensador postkantiano alemán Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832). Esta filosofía tuvo gran difusión en España donde alcanzó su máximo desarrollo práctico, gracias a la obra de su gran divulgador, Julián Sanz del Río y a la Institución Libre de Enseñanza dirigida por Francisco Giner de los Ríos, además de la contribución de un gran jurista como Federico de Castro.

El krausismo se funda en una conciliación entre el teísmo y el panteísmo, según la cual Dios, sin ser el mundo ni estar fuera de él, lo contiene en sí y de él trasciende. Dicha concepción se denomina Panenteísmo.

- En España

Durante la segunda mitad del s. XIX se desarrolló en España el movimiento intelectual conocido con el nombre de krausismo. Krause construyó un sistema filosófico conocido con el nombre de panenteísmo o racionalismo armónico, según el cual el mundo es un ser finito que se desarrolla en el seno del Dios infinito, siendo Dios el fundamento personal del mundo. El mundo está diversificado en la Naturaleza y el Espíritu, que confluyendo en la Humanidad tiende a una armonía perfecta en el seno de Dios, mediante la racionalización progresiva de las instituciones humanas. Con lo que el krausismo, más que en la metafísica, hace hincapié en la ética y el derecho.

Las doctrinas krausistas fueron introducidas en Bélgica por F. Leonhardi, Röder y Tiberghien; en Holanda, por Nieuwenhuis, y en España, por Julián Sanz del Río (1814-1869).

El krausismo español no fue una escuela estrictamente filosófica, sino un complejo movimiento intelectual, religioso y político que agrupó a la izquierda burguesa liberal y propugnó la racionalización de la cultura española. Sus partidarios cultivaron con especialidad los temas de ética, derecho, sociología y pedagogía, y promovieron un vasto movimiento de educación popular que cuajó en la Institución Libre de Enseñanza. Más que una filosofía fue el krausismo español un estilo de vida que sustituyó los supuestos tradicionales de la religiosidad española por una moral austera, el cultivo de la ciencia y una religión semisecularizada.

Podemos encuadrar cronológicamente el krausismo entre los años 1850-1880, coincidiendo el tiempo de su máximo florecimiento con la década 60-70. Poco después el krausismo como tal perdía vigencia y se desintegraba su grupo, por los avances que realiza el positivismo triunfante en Europa.

Las obras fundamentales de Sanz del Río, manuales del krausismo español, son el "Ideal de la humanidad para la vida", la "Metafísica: Análisis y Síntesis", y el "Análisis del pensamiento racional", refundiciones y reelaboraciones muy libres de textos de Krause.

Exponer el sistema krausista, significa tener siempre en cuenta que en la actuación de Sanz del Río predominó la vertiente práctica del sistema, su poder educativo de la personalidad moral y de las agrupaciones sociales en su caminar hacia la racionalidad y la libertad, según las circunstancias españolas de la época, lo que provocó entusiasmos y repulsas.

Por la vía analítica llegamos al conocimiento de un yo finito, en el que confluyen Naturaleza y Espíritu que postulan una esencia infinita y fundamental, el Ser Absoluto. Krause rechaza el agnosticismo metafísico kantiano y las filosofías del sentimiento. La reflexión sobre Dios nos proporciona por vía sintética una ciencia fundamental sobre la que se apoyan la ciencia de la Razón, de la Naturaleza, del Espíritu y de la Síntesis humana.

La historia del mundo es una historia de las ideas, de las determinaciones de la divinidad. La Humanidad realiza en el mundo la idea de Dios, tendiendo al ideal de la Humanidad, la plenitud intelectual y moral del hombre. La historia es la vuelta del hombre a la unidad de Dios.

Las sociedades primitivas viven en la inconsciencia y la indiferenciación. En una segunda fase el hombre descubre y diferencia los poderes de la naturaleza y en ellos adora a la divinidad por la religión. La tercera etapa de la humanidad es el

descubrimiento de Dios en la conciencia humana como Conciencia Superior, Única y Fundamental.

La depuración de la idea de Dios es una liberación de antropomorfismos, nacionalismos religiosos y ritos locales. La perfección consistirá en la unidad de los hombres por el amor, el conocimiento y la realización del bien en Dios, a lo que contribuirá decisivamente la ciencia y la razón, pues el hombre, síntesis de naturaleza y espíritu, no puede despreciar al mundo sensible.

La segunda figura del krausismo español es Fernando de Castro (1814-1874), coetáneo de Sanz del Río, eclesiástico, catedrático y capellán de palacio. El resto de los krausistas puede ser agrupado cronológicamente de este modo: el constituido por Fernández y González, Francisco de P. Canalejas, Federico de Castro, Valeriano Fernández Ferraz y Vicente Romero Girón. El segundo grupo contiene los nombres más ilustres del krausismo: Giner de los Ríos, Nicolás Salmerón, Gumersindo de Azcárate, Rafael María de Labra y Segismundo Moret.

El krausismo influyó extraordinariamente en los medios universitarios, y encontró una violenta oposición en los ambientes tradicionales, dando lugar a diversas y memorables polémicas y a las llamadas «cuestiones universitarias» con la separación de sus cátedras de varios profesores.

Ortí y Lara atacó al krausismo a partir de las posiciones de la filosofía escolástica. El grupo de los llamados entonces neocatólicos, defensores acérrimos de los derechos tradicionales de la Iglesia y antiliberales sistemáticos, estuvo representado por Francisco Navarro Villoslada y el periódico «El Pensamiento Español», fundado por Gabino Tejado en 1860.

En 1864 Pío IX escribía la Encíclica Quanta Cura, y se publicaba el Syllabus. En 1865 el Ideal de la Humanidad para la vida de Sanz del Río era incluido en el Índice de libros prohibidos.

Durante los años anteriores a la revolución de septiembre de 1868 la polémica tuvo un significado predominantemente político, y los krausistas hicieron suyas las tesis del «catolicismo liberal», propugnador de la libertad religiosa según las ideas de Montalembert.

La primera “cuestión universitaria” tuvo lugar a partir de 1864 bajo Narváez. Se procedió a una depuración y fueron separados de sus cátedras Castelar, Salmerón, Fernando de Castro y Sanz del Río, que centraron su defensa en la llamada libertad de la Ciencia. Giner de los Ríos salió en defensa de sus compañeros y fue también suspendido. Los krausistas se refugiaron en la enseñanza privada con el Colegio Internacional, fundado por Salmerón. En él dieron cursos Ruiz de Quevedo, Moret, Juan Uña, Fernández Jiménez, Maranges, Romero Girón y Giner de los Ríos. Con

algunos de estos nombres estamos ante el tercer grupo cronológico del krausismo, integrado por Augusto González de Linares, Luis de Rute, Manuel Sales y Ferré y Manuel de la Revilla.

En 1868, con la revolución que expulsó a Isabel II, fueron reintegrados a sus cátedras los profesores krausistas Fernando de Castro, nombrado rector de la Universidad central, y Juan Uña y José Fernando González, secretarios de la misma. Es indudable la influencia del krausismo en la redacción de la Constitución de 1869 y su reconocimiento de la libertad de enseñanza. Giner de los Ríos fundó el “Boletín-Revista de la Universidad de Madrid”, y en 1869 se creó la Asociación para la enseñanza popular y las conferencias para la educación de la mujer. En el mismo año moría Sanz del Río.

Nicolás Salmerón, catedrático de metafísica, publicó en 1870 su “Concepto de la Metafísica”, y poco después los Principios analíticos de la idea del tiempo, pero su dedicación casi exclusiva a la política hizo que a partir de entonces la jefatura del krausismo la asumiese Giner de los Ríos, quien inspiró las reformas de la enseñanza de la primera república.

En 1871 se formó la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, presidida por Fernando de Castro, quien moría dos años después. El panorama político cambió radicalmente con el golpe de Estado que suprimió la República. Comenzaba la Restauración, y con ella la «segunda cuestión universitaria» y nuevas polémicas ideológicas.

El ministro Orovio urgió de los rectores medidas contra los profesores que se desviasen de la ortodoxia católica y del régimen monárquico. Hubo protestas, y Castelar renunció a la cátedra. Giner fue desterrado a Cádiz, Azcárate a Badajoz, Salmerón a Lugo y González Linares y Calderón a La Coruña, en el castillo de San Antón. Moret, Messía, Figuerola y Montero Ríos renunciaron a sus cátedras.

El repliegue a la enseñanza privada a que esto dio lugar fue la ocasión para la fundación de la Institución Libre de Enseñanza por Giner de los Ríos, heredera del espíritu del krausismo.

El grupo krausista se desintegraba poco a poco, pasándose muchos de sus miembros a las nuevas corrientes neokantianas y positivistas. La traducción de las obras de Tiberghien reavivó momentáneamente a la escuela krausista, pero hacia 1880 el krausismo como grupo y doctrina había perdido su vigencia.

- La Institución Libre de Enseñanza

También denominada ILE, fue un famoso intento pedagógico que se realizó en España, inspirado en la filosofía del Krausismo, que tuvo una repercusión excepcional

en la vida intelectual de la nación, en la que desempeñó una labor fundamental de renovación. Fue creada en 1876 por un grupo de catedráticos (Francisco Giner de los Ríos, Gumersindo de Azcárate, Teodoro Sainz Rueda y Nicolás Salmerón, entre otros) separados de la Universidad Central de Madrid por defender la libertad de cátedra y negarse a ajustar sus enseñanzas a cualquier dogma oficial en materia religiosa, política o moral.

En consecuencia, tuvieron que proseguir su labor educativa al margen del Estado creando un establecimiento educativo privado laico, que empezó en primer lugar por la enseñanza universitaria y después se extendió a la educación primaria y secundaria.

Apoyaron el proyecto los intelectuales más progresistas del país: Joaquín Costa, Augusto González de Linares, Hermenegildo Giner, Federico Rubio y otras personalidades comprometidas en la renovación educativa, cultural y social. Tras la puesta en marcha del modelo político de Cánovas, en 1875 mediante el "Decreto Orovio"¹⁷⁶, se suspendió la libertad de cátedra en España si se atentaba contra los dogmas de fe, para afianzar un principio integrista que hacía de la nación un proyecto sostenido en la voluntad divina, como defendía Cánovas. Su aplicación apartó a muchos intelectuales de la Universidad, originando la creación de la Institución Libre de Enseñanza, en 1876.

A partir de 1881 empezaron a enseñar en la ILE profesores formados en ella (Manuel Bartolomé Cossío, que sucederá a Giner al frente de la Institución, Ricardo Rubio, Pedro Blanco, Ángel do Rego, José Ontañón, Pedro Jiménez-Landi, etc., realizando una labor que consolidó el proyecto y aseguró su futuro.

2.2.4. La Neoescolástica

A finales del siglo XIX, la neoescolástica ganó espacio entre los católicos contra otras visiones, tales como el ontologismo, el tradicionalismo, el dualismo de Anton Günther y el pensamiento cartesiano.

Significado general. Se suele dar el nombre de Neoescolástica o Neotomismo al movimiento de renovación de la Filosofía y Teología en los siglos XIX y XX, que continúa y pone al día la tarea realizada por los mejores filósofos y teólogos del

¹⁷⁶Manuel Orovio y Echagüe, marqués de Orovio; Alfaro, 1815 - Madrid, 1883) Político conservador español, miembro del Partido Moderado. Como Ministro de Fomento, del que dependía la Dirección General de Instrucción pública, emitió un Real Decreto el 26 de febrero de 1875, por el cual restableció las disposiciones de la Ley de 1857 referentes a los libros de textos y programas educativos. Como consecuencia los profesores universitarios y de los institutos se vieron obligados a presentar ante el gobierno el programa de sus asignaturas para ser aprobados.

Medievo, especialmente S. Tomás de Aquino y sus continuadores renacentistas y barrocos, especialmente la escuela de Salamanca. Es preferido por muchos el nombre de Neotomismo, puesto que esa restauración e impulso de la profundidad y actualización de los estudios filosóficos y teológicos se hace en más continuidad con la labor de S. Tomás que con la Escolástica en general.

La voz Escolástica es en efecto ambigua; con ella se significan diversas cosas: La mayoría usa el término Escolástica para referirse a la filosofía y teología medievales, lo cual no es del todo exacto. Otras veces se usa para designar la llamada “filosofía cristiana”, pero aunque la mayor parte de la Escolástica y de la filosofía y teología medievales fuesen cristianas, se puede hablar también de una escolástica árabe y judía, de una escolástica protestante, de una escolástica kantiana, marxista, etc.

Originariamente la voz Escolástica proviene de Escuela, de las Escuelas o centros de enseñanza de la primera Edad Media, pronto llamadas Universidades o transformadas en ellas; así Escolástica era lo que se hacía en las escuelas y universidades: las enseñanzas e investigaciones referentes a las Artes del Trivium (Gramática, Dialéctica, Retórica) y Quadrivium (Aritmética, Geometría, Astronomía y Música), a la Filosofía y a la Teología. Como estas dos últimas eran las más importantes, con el tiempo Escolástica pasó a designar sobre todo a ellas; y de ahí se fue derivando a los diversos usos del término que se acaban de apuntar.

Así se explica que modernamente el término Escolástica, y con él también el de Neoescolástica, se use por unos para referirse a lo mejor de la Filosofía y Teología, y por otros, al contrario, para indicar el sentido más bien peyorativo apuntado. Aunque algunos de los llamados neoescolásticos sean efectivamente “escolásticos”, en el sentido de defensores y mantenedores de una escuela, en su mayoría no son neoescolásticos en general, sino tomistas. En la Escolástica medieval hay diversidad de escuelas de distinto valor filosófico y teológico.

El neotomismo, inicialmente es una reacción ante el temor de un deslizamiento hacia el panteísmo, ante teorías dudosas sobre las relaciones entre la fe y la ciencia y ante el subjetivismo, en que estaban incurriendo filósofos y teólogos.

El peligro de panteísmo estaba en “el ontologismo” tal como lo representaron en Italia V. Gioberti y A. Rosmini y en Francia A. Gratry, las dudosas explicaciones de la relación entre fe y razón en el tradicionalismo y fideísmo de los Bonald, Lamennais y otros en Francia, y de los Baader y Deutinger en Alemania. Ambos peligros venían a reunirse en el idealismo alemán de Hegel y Schelling, donde el absoluto se trasfunde en lo temporal e, inversamente, el saber filosófico se adueña de lo sobrenatural y de los misterios hasta diluirse éstos en una racionalidad humana. Influidos por ello, A. **Günther** trató la doctrina de la Trinidad según métodos hegelianos.

Encontró la tríada hegeliana en toda criatura y concibió la Trinidad en el sentido del ritmo triádico, a saber, como sujeto, objeto y unidad de ambos. Ya antes G. Hermes, inspirándose en Descartes, Kant, Fichte y Fries, había desarrollado un concepto subjetivista de la verdad, que puso como fundamento a su teología.

Pero la reacción se convirtió en seguida en un interés renovado por la Metafísica, muy abandonada y mal parada en el s. XVIII, y con ella también se manifestó un interés por la Teología decididamente sobrenatural y relacionada con aquélla. El movimiento neoescolástico producirá una gran floración filosófico-teológica, especialmente ya en el S. XX. Aunque hay que situar el comienzo oficial de la Neoescolástica en la encíclica *Aeterni Patris* de León XIII, que abrió una nueva época en la vida de la Iglesia, dicho documento no es sino la culminación de múltiples y arduos esfuerzos. Entre ellos el del dominico Salvatore Ma Roselli que publica en 6 vol. una *Summa philosophiae* de la que llegaría a salir también un *Compendium* en 3 vol. (Roma 1837).

El pensamiento de Jaime Balmes constituirá un hito importante en el desarrollo de la Neoescolástica, aunque en buena parte, y por su peculiar enfoque de la problemática filosófica, no es plenamente representativo del movimiento posterior.

- La nueva escolástica en el siglo XIX

No faltaron los intentos de restauración del escotismo, suarismo, etc.; pero es el pensamiento tomista el objetivo central de la restauración, primero por vía privada y luego por vía eclesiástica oficial. En esa línea se mueve precisamente la acción decisiva de León XIII, a través de su famosa enc. *Aeterni Patris*, publicada el 4 ag. 1879, un año después de su acceso al solio pontificio.

Tras la publicación de la encíclica, el Papa promovió una pequeña revolución en la Univ. Gregoriana, cuya resistencia a la reintroducción de la Escolástica venía siendo fuerte. León XIII creaba la Academia Romana de Santo Tomás de Aquino, y manifestaba su propósito de patrocinar una nueva edición, a la altura del tiempo, de las obras del Doctor Angélico y de sus mejores comentaristas. En 1880, S. Tomás era declarado patrono de todas las escuelas católicas.

Otra característica importante de la Neoescolástica es la actitud reactiva y defensiva que está en su origen y que la condiciona durante algún tiempo. El alejamiento progresivo de muchos filósofos modernos respecto a la concepción cristiana del mundo, la crítica de la Revelación realizada por el iluminismo dieciochesco y más intensamente aún por la izquierda hegeliana, la extremosidad de carácter panteísta en que culmina el racionalismo y el idealismo, la actitud antirreligiosa -y en particular, anticatólica- del liberalismo político, la insuficiencia de los esfuerzos de ciertos pensadores católicos, por su tradicionalismo y fideísmo o su ontologismo, para

fundar una sana filosofía, etc., provocan desencanto respecto a la posibilidad real de “bautizar” esas diversas direcciones de pensamiento.

En vista de todo ello, se busca empalmar con el pensamiento medieval, al que se llama cristiano por oposición al moderno. Ello origina un peculiar tratamiento polémico y apologético de la problemática filosófica y teológica.

A pesar del enfrentamiento con esas corrientes modernas, su presencia y su influjo resultan insoslayables. De ahí otra de las características importantes de la Neoescolástica, que se presenta inicialmente como un movimiento primordialmente filosófico, a diferencia de la primacía teológica típica de la Escolástica anterior. No es que la Neoescolástica excluya la temática teológica, sino sólo que el tratamiento de las cuestiones filosóficas se presenta menos vinculado en su exposición al de las cuestiones teológicas, y que una parte notable de los neoescolásticos se limita al estudio y exposición de la problemática filosófica, aunque permanezcan latentes las preocupaciones teológicas y aun conduzcan a veces soterráneamente a la especulación.

La separación, no sólo teórica sino fáctica, entre Filosofía y Teología obligará a una reestructuración de la temática en los manuales y tratados, que ya no serán por lo común comentarios a diversas obras de Aristóteles, sino exposiciones sistemáticas de las cuestiones filosóficas; este desgajamiento de los problemas filosóficos de su antiguo engarce con los razonamientos teológicos tendrá particular repercusión en los casos de la Metafísica y la Ética, que precisamente por ello habrán de ser construidas de forma diferente a las sistematizaciones de los grandes maestros medievales.

- España y los primeros pasos de la neoescolástica

Tras el florecimiento ocurrido en tierras hispánicas durante el siglo XVI y buena parte del XVII, el pensamiento escolástico decae progresivamente hasta llegar a su casi total desaparición en los primeros años del siglo XIX, ya que la filosofía tradicional seguirá enseñándose en algunos centros de estudios eclesiásticos.

La situación no era mejor en las otras naciones cuando, hacia la tercera década del siglo XIX, unos cuantos hombres clarividentes se dieron cuenta de que la solución a los grandes problemas especulativos y prácticos no estaba en el pensamiento moderno sino en los principios fecundos de la tradición. Urgía restaurarla y a ello consagraron sus esfuerzos.

¿Cuál fue la aportación de España a este movimiento restaurador? La influencia de jesuitas en el exilio italiano como Baltasar Masdeu fue muy importante para la restauración del movimiento escolástico italiano. Esto viene a confirmar las indicaciones de Menéndez y Pelayo sobre la importante labor cultural desarrollada por los religiosos españoles de la Compañía de Jesús expulsados de su patria. La

cooperación que aportaron los jesuitas expulsados al resurgir de la escolástica a principios del ochocientos de Portugal y España no podrá valorarse hasta que no se conozca a fondo el estado de la enseñanza filosófica en Italia en este aspecto tradicional y semioculto.

La aportación directa a la restauración del escolasticismo está constituida por filósofos españoles que con sus obras contribuyeron a ella. Uno de los primeros, cronológicamente, es el P. José Fernández Cuevas, S. I. En el tomo II de sus «Philosophiae rudimenta ad usum academiae iuventutis» pone tres consejos para el estudio de la filosofía: “Praecipua ratio habeatur veterum scholasticorum... Adiungenda cognitio naturalium scientiarum... Nec omittenda lectio recentiorum”. Lo cual es una anticipación de las ideas fundamentales de la Aeterni Patris.

Junto a éste hay que situar al catedrático de la Universidad de Madrid Juan Manuel Ortí y Lara (1826-1904), ardiente polemista y defensor de la filosofía tradicional contra los krausistas y positivistas. Por otro lado el P. José Mendive, S. I. (1836-1906). Escribió dos Cursos de filosofía, uno en castellano y otro en latín, inspirados en Suárez. Entre estos iniciadores, sin embargo, los más famosos son el P. Juan José Urráburu, S. I. (1841-1904) y el Cardenal Zeferino González, O. P. (1831-1894).

El Cardenal González fue tal vez el más conocido en el extranjero de nuestros neoescolásticos de la primera época. Sus Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás y su Filosofía elemental escrita en latín, le muestran como un profundo conocedor del Angélico a quien fielmente sigue. Es el representante de la neoescolástica tomista. A él se debe también una Historia de la filosofía en cuatro tomos, de valor igual, por lo menos, al de muchas obras extranjeras ampliamente difundidas entre nosotros.

El P. Urráburu representa la tendencia suarista en la restauración española. Fue profesor en la Universidad Gregoriana y desempeñó cargos de gobierno dentro la Compañía. Gran admirador de Santo Tomás, recomendaba a sus discípulos el estudio de las obras del Angélico.

Manteniéndose, no obstante, en una legítima libertad intelectual, consultaba con preferencia y especial cariño a Suárez, Lugo, Belarmino, Valencio y otros. No buscaba él su gloria personal ni pretendió trazar nuevos sistemas o derroteros a la ciencia filosófica. Se contentaba con entresacar lo más escogido y selecto de la doctrina evitando toda rareza y excentricidad no menos que el espíritu combativo y descontentadizo que no deja en pie ninguna de las pruebas generalmente adoptadas. Su voluminosa obra «Institutiones Philosophiae» (8 tomos) publicada a fines del siglo pasado, es con mucho el más extenso tratado de filosofía tradicional publicado en nuestros días. El autor acude frecuentemente a las ciencias naturales, y no omite ni las

cuestiones interesantes y útiles suscitadas por los filósofos modernos, ni la refutación de sus errores.

De cuanto llevamos dicho se desprende que España no estuvo ausente en los primeros pasos del movimiento restaurador de la filosofía perenne. La razón de que éste no produjera en nuestra patria, después de la Encíclica Aeterni Patris, los frutos magníficos que en otras naciones, habrá que buscarla tal vez en la triste situación porque atravesaron los estudios filosóficos durante la pasada centuria y primeras décadas de la actual.

2.2.5. Positivismo

El Positivismo es una corriente o escuela filosófica que afirma que el único conocimiento auténtico es el conocimiento científico, y que tal conocimiento solamente puede surgir de la afirmación positiva de las teorías a través del método científico.

El positivismo deriva de la epistemología que surge en Francia a inicios del siglo XIX de la mano del pensador francés Augusto Comte y del británico John Stuart Mill y se extiende y desarrolla por el resto de Europa en la segunda mitad de dicho siglo. Según la misma, todas las actividades filosóficas y científicas deben efectuarse únicamente en el marco del análisis de los hechos reales verificados por la experiencia.

Esta epistemología surge como manera de legitimar el estudio científico naturalista del ser humano, tanto individual como colectivamente. Según distintas versiones, la necesidad de estudiar científicamente al ser humano nace debido a la experiencia sin parangón que fue la Revolución Francesa, que obligó por primera vez a ver a la sociedad y al individuo como objetos de estudio científico. Esta corriente tiene como características diferenciadoras la defensa de un monismo metodológico. Creen que tiene que haber una unidad de método a pesar de que haya una diversidad de objetos. La explicación científica ha de tener la misma forma en cualquier ciencia si se aspira a ser ciencia, específicamente el método de estudio de las ciencias físico-naturales.

A su vez, el objetivo del conocimiento para el positivismo es explicar causalmente los fenómenos por medio de leyes generales y universales, lo que le lleva a considerar a la razón como medio para otros fines (razón instrumental). La forma que tiene de conocer es inductiva, despreciando la creación de teorías a partir de principios que no han sido percibidos objetivamente. En metodología histórica, el positivismo prima fundamentalmente las pruebas documentadas, minusvalorando las interpretaciones generales, por lo que los trabajos de esta naturaleza suelen tener excesiva acumulación documental y escasa síntesis interpretativa.

La entraña del positivismo, o doctrina negadora del conocimiento racional, es el materialismo, siquiera en su fobia de la metafísica, tachen los positivistas de teólogos a los ateos y de metafísicos a los materialistas. Las tres direcciones generales del positivismo, según hemos de ver, la francesa o clásica; la alemana, que traslada el estudio filosófico a la fisiología, pasando por la experimentación al monismo, y la inglesa, fruto de la escuela escocesa y del comtismo, fecundado por la teoría transformista y con acentuado carácter psicológico, hallaron representación en nuestra patria.

El positivismo catalán, no obstante su genealogía insular, ha rondado siempre más cerca de Comte y de Littré que de Spencer. En general aconteció lo mismo en toda la península hasta después de la restauración borbónica. El positivismo francés, no desligado aún del materialismo, su claustro materno, y desposado con el darwinismo, venía trabajando en Madrid desde 1876 en la revista *Anales de Ciencias Médicas* y, cuando parecía arrollado por el doble empuje de los racionalistas y los espiritualistas católicos, se galvanizó con el contacto de la filosofía de H. Spencer.

Comenzó en Madrid la difusión del spencerianismo por los jóvenes médicos D. Carlos Cortezo y D. Luis Simarro y Lacabra (1851-92), romano de nacimiento, que lo exaltaron en las discusiones del Ateneo. Hombre de gran talento práctico el primero, renunció a las lides filosóficas y se conquistó una inmensa reputación profesional en tanto que su evolución a la derecha le elevó a la poltrona ministerial. Romántico el segundo y discípulo de Charcot, Magnan y Bell, continuó trabajando en la escuela positivista, creó la «Asociación para el progreso de las ciencias», ganó la cátedra de Psicología experimental en la Universidad de Madrid y en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* publicó *La teoría del alma, según Rehmke* (1897), *Sobre el concepto de la locura moral* (1900) y *La iteración* (1902).

En España, la gran difusión del krausismo frenó la aparición del positivismo, que se manifestó bastante tarde, a partir de 1870. Lo cierto es que en 1864, José Segundo Flórez, que había frecuentado directamente a Auguste Comte en París, daba a conocer su doctrina; igualmente, en el krausista Fernando de Castro, la idea de humanidad pronto se secularizó, enmarcada en una filosofía de la sociabilidad que repudiaba todo carácter místico. Esta es la razón por la que se aprecia en esta comprensión natural del concepto de Humanidad un eslabón intermedio y necesario en la cadena que va del krausismo al positivismo. Así pues, podemos hablar de un krausopositivismo, protagonista de la transición entre el primer krausismo y el positivismo.

Con todo, el positivismo español no alcanzaría nunca el grado de éxito que conoció en otros países como Brasil (con Teixeira Mendes), México (Justo Sierra) o Argentina (José Ingenieros). No obstante, el movimiento tomó fuerza con Francisco María Tubino, Luis Simarro, Alfredo Calderón Araña (Movimiento novísimo de la

filosofía natural en España), con Pompeyo Giner, con Nicolás Salmerón, que pasó del positivismo al spencerismo, y otros muchos.

La figura más típica de este grupo es sin duda José Miguel Guardia (1830-1897), doctor en letras (con una tesis sobre Huarte), fue profesor de filosofía de París, colaborador de la *Revue Philosophique*, y posteriormente bibliotecario de la Académie de Médecine. Positivista integral, tendió cada vez más, bajo la influencia de Cabanis y de Broussais, hacia el monismo fisiológico e incluso hacia el materialismo (muy diferente al de La Mettrie y Helvetius). Partidario incondicional de Locke, aunque mucho menos de Condillac (de quien adopta lo esencial) y entusiasta de la filosofía de la Ilustración, se adhiere al naturalismo pero rechaza categóricamente la segunda filosofía de Comte, (la síntesis subjetiva) por considerarla una vuelta al espíritu teológico. Su polémica contra Menéndez Pelayo levantó un gran revuelo. Por sus juicios a veces apasionados en temas hispánicos, ha sido valorado en su labor filosófica como un autor visceral.

“Aunque fue hombre de múltiples aptitudes y de vasta erudición, sus obras carecen de solidez por no haber intensificado su labor en un orden de materias y no haber sabido templar su radicalismo de positivista recalcitrante”¹⁷⁷.

Otro representante español del positivismo es Manuel Sales Ferré 1843-1910 Profesor español, nacido en Tarragona en 1843, y desde 1899 primer catedrático de *Sociología* de la universidad española, al introducirse tal disciplina en los estudios del Doctorado de Filosofía de la Universidad Central. “Formado por entero dentro de la corriente krausista. Sin embargo, en el trabajo y en los estudios de la Sociología, el Sr. Sales, siguiendo un proceso muy común entre los que han pasado de la metafísica al positivismo, se ha penetrado casi por completo de la corriente positiva del evolucionismo”.¹⁷⁸

2.2.6. Balmes (una filosofía del equilibrio)

Acabamos esta breve exposición sobre los movimientos filosóficos del siglo XIX en España, haciendo referencia a la figura de Balmes, que algunos autores como Guy lo han señalado como el autor de *la filosofía del equilibrio*.

Jaume Lluçà Antoni Balmes i Urpià nació en Vic, en 1810. Filósofo y teólogo catalán, además de apologista, sociólogo y político. Es una de las personalidades más

¹⁷⁷ Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana, tomo 26. Pag.1597. hijos de J. Espasa. Barcelona 1925.

¹⁷⁸ Adolfo Posada, «Los estudios sociológicos en España», Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, nº 23, 1899, página 250

interesantes de la primera mitad del s. XIX español, familiarizado con la doctrina de Santo Tomás de Aquino es un filósofo original sin estar encerrado en ninguna escuela. Pío XII lo calificó como Príncipe de la Apologética moderna.

Generalmente la filosofía de Balmes es entendida meramente como "filosofía del sentido común", cuando en realidad se trata de algo bastante más complejo. Tanto en "Filosofía fundamental" como en "Filosofía elemental" (siendo ésta segunda obra de carácter más divulgativo) se trata el tema de la certeza.

Balmes divide la verdad en tres clases irreductibles, si bien hablamos de la misma cual si sólo fuera una. Éstas son las verdades subjetivas, las verdades racionales y las verdades objetivas.

El primer tipo de verdad, la subjetiva, puede ser entendida como una realidad presente para el sujeto, que es real pero depende de la percepción del hablante. Por ejemplo, afirmar que se tiene frío o que se tiene sed son verdades subjetivas. El segundo tipo, la racional, es la verdad lógica y matemática, valiendo como ejemplo cualquier operación de éste tipo. Finalmente, la verdad objetiva se entiende como aquella que - aún percibida por todos- no entra dentro de la categoría de verdad racional: afirmar que el cielo es azul, o que en el bosque hay árboles.

Los tres tipos de verdad son irreductibles, y los métodos de captación difieren de una a la otra. Por ello, es menester que la filosofía plantee en primer lugar qué tipo de verdad buscamos.

Para Balmes no existe la posibilidad de dudar de todo: haciendo afirmación tal, olvidamos que hay una serie de reglas del pensar que admitimos como verdades para poder dudar. De forma similar a lo planteado por San Agustín o Descartes, afirmar que dudamos implica necesariamente la certeza de que estamos dudando. De ésta manera, también la duda es una certeza. Es imposible un auténtico escéptico radical, pues no existe la duda universal. La certeza es natural e intuitiva como la duda, y anterior a la filosofía. Así, la certeza común y natural engloba también a la certeza filosófica cartesiana. Para llegar a esta certeza, son necesarios los llamados "criterios", los medios mediante los cuales podemos acceder a la verdad.

Hay gran cantidad de criterios por haber, también, varios tipos de verdades. Sin embargo, Balmes prefiere distribuirlos en tres: los criterios de conciencia, los de evidencia y los de sentido común. Son éstos los criterios para acceder a los tres tipos de verdad. Definir como "filosofía del sentido común" el corpus del pensamiento de Balmes no se debe tanto a su concepción del sentido común como inherente al quehacer filosófico, sino especialmente por su definición de este sentido como criterio para alcanzar una certeza.

Concluye así la relación de las verdades subjetivas con los criterios de conciencia, las verdades racionales con los de evidencia y finalmente, las verdades objetivas accesibles mediante el criterio del llamado "sentido común". Por ello, Balmes defiende que la metafísica no debe sostenerse solamente sobre una columna, sino sobre tres que se corresponden con las tres verdades: así, el principio de conciencia cartesiano, el "cogito ergo sum", es una verdad subjetiva, mientras que el principio de no contradicción aristotélico es verdad racional. Finalmente, el sentido común, el instinto intelectual nos presenta la llamada verdad objetiva. Es imposible encontrar una verdad común a los tres principios.

De esta manera, Balmes niega la exclusividad de las teorías de los filósofos: la filosofía es la plenitud del saber natural, y está arraigada al ser hombre. Afirmar, por ejemplo, que el cogito es la fundamentación de la verdad y la filosofía no es de por sí una afirmación equivocada, pues es cierto lo que afirma, pero falso lo que niega, pues además del cogito hay otras posibilidades de fundamentación. Balmes no reduce esta idea solamente al ámbito de la filosofía, y la extiende también al pensamiento humano general. La tesis fundamental de Balmes es que no existe una fórmula de la cual se pueda desprender el universo. No hay verdad de la cual surjan todas las demás. Llegados a este punto, cabe definir con mayor profundidad los tres criterios: *conciencia, evidencia e instinto intelectual*.

- La conciencia

La conciencia es aquello que se nota en el interior, lo que se piensa y experimenta. De nada servirían las sensaciones si no se experimentaran en la conciencia. Este criterio tiene varias características: la primera es la naturaleza subjetiva de la conciencia, es decir, nuestra percepción es la del fenómeno, no la de la realidad, si bien para Balmes la subjetividad no implica que no sea verdad la certeza alcanzada. Tiene, además, la función de señalar o presentar.

La conciencia no nos pone en contacto con la realidad exterior, ni con los demás (no podemos percibir- sí suponer- la existencia de conciencia en los otros), sino que presenta hechos, es un absoluto que prescinde de relaciones. La conciencia no tiene objetividad ni luz, es pura presencia.

Cuando el lenguaje expresa la conciencia, la traiciona, pues no puede expresarse algo personal mediante algo universal. El lenguaje es incapaz de expresar la conciencia pura, algo que sí puede hacer- por ejemplo- el arte. Así mismo, tampoco puede errar la conciencia, pues no nos equivocamos en torno a la experiencia de la misma, si bien puede ésta ser falible cuando abandona su terreno para salir al exterior. No se da el error en el fenómeno interno, pero sí tal vez en su correspondencia con el exterior.

Balmes, en contra de la *machina animata* cartesiana, defiende que los animales también tienen conciencia, pero en su caso se reduce a la sensación, y no a la intelectualización de la misma. Así, ellos poseen solamente una conciencia directa, mientras que los humanos- por nuestra capacidad intelectual- poseemos también la conciencia refleja, que es la capacidad de reflexionar sobre las sensaciones de la conciencia directa. Para Balmes, la conciencia es el fundamento de los otros criterios, y todos nacen necesariamente de ella.

- Evidencia

A diferencia de la conciencia, la evidencia no es singular y contingente. La evidencia tiene universalidad y una necesidad lógica. Balmes divide entre dos tipos de evidencia, la inmediata y la mediata: la primera no requiere demostración, es un conocimiento a priori, como por ejemplo saber que todo objeto es igual a sí mismo. Por el otro lado, la evidencia mediata requiere de demostración. La evidencia no capta un hecho, sino que capta sus relaciones. Se capta que la idea del predicado está en el sujeto (de forma similar al juicio analítico de Kant). Toda evidencia se funda en el principio de no-contradicción, y se reduce a lo analítico. Olvida los juicios sintéticos que no son exclusivamente racionales, no considera que el criterio de evidencia vaya acompañado de los sentidos. Por ello, para Balmes el análisis de la conciencia es mejor que el análisis de la evidencia.

- Instinto intelectual

El instinto intelectual nos da la correspondencia entre la idea y la realidad, no se trata de un instinto animal, sino de un instinto racional. Mediante este instinto sabemos que existe lo que vemos, o que por lo menos existe una representación de lo que vemos. Este tipo de verdades son por definición más amplias que las verdades intelectuales de la evidencia. Puede tenerse, además, la misma verdad por medio intelectual que por instinto. Así, en el sentido común existe lo inevidente- como las verdades morales, o las sensaciones- o aquello que mediante el instinto intelectual vemos como evidente, por ejemplo las verdades científicas. También es mediante este instinto que conocemos verdades demostrables sin necesidad de demostrarlas, o consideramos la verdad como probabilidad, es decir, la conciencia de la contingencia.

Para Balmes, estos son los tres pilares de la metafísica. Para definirlo mejor, existe un análisis del *cogito ergo sum* cartesiano, según el cual la afirmación del "pienso, luego existo" cartesiano es en principio una verdad de conciencia, transformada posteriormente en una verdad intelectual de evidencia, un silogismo lógico cuya realidad se comprende mediante la intuición. Al haber fundamentado el cogito en algo intelectual, Descartes cae en el riesgo de reducir el cogito a algo lógico e intelectual. Por ello, para Balmes la conciencia es el pilar fundamental de la metafísica,

pero para él trasciende el cogito la idea clara y distinta cartesiana: la conciencia es el pilar porque es en ella donde se vive la experiencia y se le da sentido.

2.2.7. La filosofía del sentido común¹⁷⁹ de Thomas Reid

Descartes, Locke y Hume buscaron escapar del escepticismo al que llevaban sus programas epistemológicos; Berkeley incluso intentó reconciliar su postura con la opinión del hombre común. Sin embargo, ninguna de las soluciones a las que llegaron estos filósofos fueron del todo satisfactorias y sus críticos las apreciaban como artificiales e incongruentes con el resto de las premisas. No obstante, en gran parte de la epistemología posterior prevaleció la aceptación de la duda metódica sobre las creencias del sentido común, como obligado punto de partida para el análisis epistemológico. Sin embargo, la validez misma de ese programa y de sus tesis escépticas fue cuestionado por Reid y otros filósofos modernos, defensores del sentido común.

- Contra el escepticismo

Reid consideraba al escepticismo como un defecto, resultado de la inconsistencia entre las creencias filosóficas y las creencias habituales o del sentido común. Tanto los racionalistas como los empiristas adolecían de una errónea comprensión de las facultades de la razón humana, el desprecio mostrado hacia el sentido común, que les conducía a negar los objetos y hechos habituales y a reemplazarlos por los contenidos de la conciencia que eran para Reid, nuevas representaciones mentales de aquellos.

El escepticismo figura así como una atrevida filosofía que rechaza, sin miramientos los principios que gobiernan irresistiblemente la creencia y la conducta de la humanidad, en los aspectos comunes de la vida, ante los cuales el mismo filósofo tiene que ceder, aunque imagina que los ha refutado. Tales principios son más viejos y con mayor autoridad que la filosofía misma, la cual descansa en ellos como su base, y no al revés.

¹⁷⁹ Entendemos por **sentido común**, independientemente de la filosofía que lleva ese nombre, al “buen juicio” de la gente mentalmente sana, madura y razonable, con lo que se alude al conjunto de opiniones-para muchos filósofos carentes de toda garantía de verdad- de que dispone la gente normal para explicarse fenómenos físicos, situaciones de la vida, etc. sin tener que fundamentarlas en razones científicas. A los ojos de una teoría del conocimiento, a esta actitud se la denomina ingenua.

En Aristóteles que le llama “facultad común de captar los sentidos comunes”, la capacidad del sujeto de percibir lo sensible que no depende de un solo órgano de percepción, como el movimiento, el tamaño y el número. Tradicionalmente se da a la expresión un doble sentido: el de entendimiento común a todos los hombres o bien en un sentido más propio, una manera de pensar que es la de todos, y entonces se entiende como “un sano sentido común”.

Si la filosofía pudiera derribar estos principios, habría que enterrarla en esas ruinas,

“si un hombre se halla a sí mismo atrapado en estas labores metafísicas, y no logra encontrar una forma de escapar, dejémosle cortar decididamente el mundo que no puede aflojar, maldecir a la metafísica y disuadir a otros de mezclarse con ella. Si la filosofía se contradice a sí misma, engañense sus devotos”¹⁸⁰

Reid no es partidario de descartar la metafísica, en ella confiesa haber encontrado una fiel consejera, y “una amiga del sentido común para fortuna de la humanidad”¹⁸¹. Debemos reconciliar nuestros sistemas filosóficos con aquellos primeros principios que son la base de nuestro conocimiento, es decir, con los principios del sentido común.

En sus libros “Una investigación de la mente humana bajo los principios del sentido común”, y “Ensayos sobre las capacidades intelectuales del hombre”, Reid hace una crítica de los sistemas filosóficos escépticos. En particular su ataque se dirige directamente a la teoría cartesiana de las ideas, la cual en su opinión comparten todos los sistemas escépticos y es el cimiento de lo que Reid llama “la filosofía de la mente” o “filosofía ideal”.

“es factible observar que los defectos y fallas de la heredada filosofía de la mente... se han debido principalmente a que los partidarios de esta filosofía, al partir de un prejuicio natural a favor suyo, buscaron afanosamente extender su jurisdicción más allá de sus límites justos, y someter a juicio los dictados del sentido común... pero éstos no reconocen esa jurisdicción; ellos desdeñan al tribunal del razonamiento e ignoran su autoridad... en esta desigual disputa entre el sentido común y la filosofía, la última resultará siempre con pérdidas y deshonrada y no podrá salir adelante hasta que dicha rivalidad decaiga: hasta que cedan sus atrevimientos y sea restaurada la amistad cordial entre ambas, ya que en realidad, el sentido común no tiene nada en contra de la filosofía, ni necesita de su ayuda. Pero, por otra parte, la filosofía... no tiene más raíces que los principios del sentido común, ella surge de éstos y allí encuentra su nutrición. Separada de esta raíz sus métodos declinan”.¹⁸²

Por otra parte, contra Berkeley, quien continuamente apelaba al sentido común y a las nociones naturales de la humanidad en apoyo a su postura escéptica con

¹⁸⁰ Reid, 1764. P.35.citado por González de Luna.

¹⁸¹ *Ibidem*. P.34.

¹⁸² *Ibidem*. P. 27.

respecto a los objetos materiales, y para quien la creencia en objetos materiales era sólo una noción filosófica sin fundamento en el uso común, Reid afirmaba que no podía dudarse de las creencias del sentido común tan básico como que nuestros actos de percepción presuponían la existencia nuestra y la de objetos materiales independientes a nosotros, y que hay, por tanto, algo separable de la corriente de las sensaciones.

Asimismo, contra la opinión de Hume, para Reid las creencias sobre las causas que tiene todo evento eran indudables. Reid argumentaba repetidamente que todo filósofo debería mantener como regla la consistencia entre sus ideas filosóficas y el sentido común, debería asegurarse de que su sistema no contradijera sus propias creencias y formas de inferencia habituales. Violar esta regla de consistencia lleva necesariamente a paradojas y Reid consideraba que lo contradictorio o absurdo de una conclusión eran señales de su incorrección.

“las opiniones que contradicen los primeros principios se distinguen de otros errores por esto; que no son solamente falsas, sino absurdas”¹⁸³

Una preocupación constante de Reid en su argumentación, es el papel del lenguaje, pues los juicios sólo pueden expresarse mediante proposiciones. Por esto, los juicios del sentido común se expresan mediante una serie de proposiciones que Reid¹⁸⁴ llama “los primeros principios” o “los principios del sentido común”, los cuales se dividen en dos clases: contingentes y necesarios. Los principios del sentido común relativos a la verdad contingente son como los siguientes:

- Existe todo aquello de lo que soy consciente
- Los pensamientos de los que soy consciente son los pensamientos de un ser que llamo mi propio yo, mi mente, mi persona.
- Las cosas realmente han sucedido como yo claramente las recuerdo.

¹⁸³ Reid. 1785. VI. 606.

¹⁸⁴ Thomas Reid. (1710-1796). Fundador de la escuela escocesa del sentido común. Aunque consideraba a su compatriota Hume como el más grande filósofo, Reid se le opone a las tesis más capitales. Contra el escepticismo de Hume, defiende la existencia de una realidad externa y la validez plena del principio de causalidad apoyándose en la evidencia del sentido común. Reid se opone a la tesis de que el objeto de conocimiento es la idea. Para él el objeto de conocimiento y la percepción sensible es la cosa misma, razón por la cual se establece la convicción irresistible del sentido común de la existencia real de las cosas. De esta manera, apelando solamente al sentido común, quiere enfrentarse a la obra de Descartes, Locke, Berkeley y Hume. A pesar de que algunos autores ven una anticipación del pensamiento kantiano, el propio Kant desmiente en los Prolegómenos, donde se opone a los argumentos basados en la nebulosa del sentido común, y afirma que los argumentos de la escuela escocesa son solamente los juicios de la muchedumbre.

Destacan entre sus obras: Ensayos sobre la cantidad (1748), Investigaciones sobre el espíritu humano según los principios del sentido común (1764); Ensayos sobre la fuerza intelectual del hombre (1798)

- Nuestra identidad personal y existencia continua son acordes a como claramente las distinguimos.
- Las cosas que distinguimos claramente mediante los sentidos, realmente existen, y son lo que percibimos que son.
- Tenemos algún grado de poder sobre nuestras acciones, y sobre la determinación de nuestros deseos.
- Las facultades naturales por las que distinguimos la verdad del error, no son falaces.
- Hay vida e inteligencia en nuestros semejantes, con quienes tratamos.
- Hay cierta consideración por el testimonio humano en cuestiones de hecho y aun por la autoridad humana en cuestiones de opinión
- Hay muchos eventos que dependen de la voluntad humana en los que hay una probabilidad autoevidente, mayor o menor, según las circunstancias... etc.

Además, los principios relativos a las verdades necesarias se dividen en :

- Principios gramaticales
- Axiomas lógicos
- Axiomas matemáticos
- Axiomas en materia de gusto
- Primeros principios en la moral
- Principios metafísicos

Por otra parte es importante notar que Reid sostiene una noción del sentido común de tipo heurístico y pragmático, al destacar el aspecto del sentido común como un conjunto de principios que guían nuestras acciones:

“cuando una opinión es tan necesaria para la conducta vital, que sin la creencia de ella, un hombre sea llevado a miles de situaciones absurdas en la práctica, tal opinión, cuando no podemos dar otra razón para ella, puede sin riesgo ser tomada como un primer principio”¹⁸⁵

En otra parte destaca la dimensión social del sentido común, en tanto parte del conocimiento compartido por una comunidad de individuos, y construido y fijado mediante el acuerdo de ésta.

“considero que el consentimiento de todas las edades y todas las naciones, así como el de los instruidos y los no instruidos,

¹⁸⁵ *Ibidem.* VI. P. 28

que suele otorgarse a los primeros principios... puede procurarse una enorme autoridad”¹⁸⁶

Por último, en lo que respecta al sentido común, como sinónimo de “buen juicio”, es decir la habilidad de valernos de los primeros principios para juzgar correctamente, y que equivale a un juicio prudencial, Reid afirma:

“en el lenguaje común, sentido siempre implica un juicio. Un hombre de sentido es un hombre de juicio. El buen sentido es buen juicio. Sin sentido es lo que es evidentemente contrario al juicio recto. El sentido común es ese grado de juicio que es común a todos los hombres gracias al cual podemos conversar y hacer negocios”¹⁸⁷

- Percepción y sensación

Ambas son para Reid, operaciones de la mente, las cuales define como cada modo de pensar del que somos conscientes.

Una de las características de la sensación es que ésta no tiene objeto, a diferencia de la percepción y de otras operaciones de la mente. Para Reid, la sensación es:

“un acto de la mente que puede distinguirse de otros por el hecho de que carece de un objeto diferente del acto mismo... cuando siento un dolor no puedo decir que el dolor sentido sea una cosa y mi sentimiento sea otra. Ambos son una y la misma cosa, y no pueden separarse ni en la imaginación. Cuando un dolor no se siente no tiene existencia... tampoco es nada en absoluto, salvo cuando se siente... y esto puede aplicarse a las demás sensaciones”.¹⁸⁸

Concluyendo, el sentido común tiene una dimensión tácita, que está presupuesta siempre en nuestras acciones y creencias más básicas. No todo el conocimiento tácito que forma parte del sentido común es expresable proposicionalmente. Sólo cuando se logra formularlo mediante proposiciones, se convierte explícita y conscientemente en creencias del sentido común. El sentido común ordinario evoluciona mediante este proceso de depuración crítica hasta llegar a ser “sentido común esclarecido”, es decir, conocimiento científico.

No obstante, si queremos incluir dentro del sentido común, aspectos no formulables proposicionalmente, como ciertas actitudes, expectativas, conductas, percepciones o conocimientos prácticos y técnicos, parece más conveniente adoptar

¹⁸⁶ *Ibidem.*

¹⁸⁷ *Ibidem.*

¹⁸⁸ *ibídem.* 27.

una noción más general del sentido común como aquella estructura cognitiva básica y general que heredamos tanto por vía genética como de la tradición en que vivimos.

Desde una concepción pragmática del sentido común, como la del sentido común crítico, las creencias del sentido común pueden considerarse como creencias que se han atrincherado. No son indudables o permanentes, sino guías para la acción consagradas por el hábito. Las damos por sentadas y no las cuestionamos porque han probado su adecuación en el uso cotidiano. Forman la parte medular de las creencias básicas de una tradición. Son la parte más firmemente establecida y la más resistente al cambio, pero no por eso son inmutables.

2.3. Formación Filosófica de Menéndez Pelayo

2.3.1. La Escuela de Barcelona

Después del traslado forzoso de las facultades de Barcelona a la Universidad de Cervera, en el siglo XVIII, la toma universitaria de los estudios de filosofía se produjo en pleno siglo XIX con la reinstauración de la Universidad de Barcelona. A fines del siglo XVIII, la Universidad de Cervera había entrado en un proceso de crisis que la convirtió en una institución artificial, llena de interrupciones hasta que en 1842 se disolvió de forma oficial.

Durante este periodo, en Barcelona solamente funcionaba la Facultad de Medicina, los Estudios de retórica y gramática que se hacían en el colegio de Cordelles, las escuelas de la Junta de Comercio (hasta 1847), los colegios profesionales (de cirugía y farmacia y las academias de Bones Lletres y de Ciencias Naturales y Artes.

Un conjunto de centros que se habían ido consolidando con el apoyo de la burguesía. Pero poco a poco, Barcelona recuperó su protagonismo en el mundo académico del país. En 1837, se inauguró con un discurso de Martí de Eixalá la *Universidad Literaria*, la cual estaba integrada por una facultad de Derecho, una de Filosofía, una de Teología y de Medicina que ya existía. Por su parte, la Facultad de Filosofía y Letras entró en pleno funcionamiento el 1845, pero sus primeras cátedras datan del 1847, y las obtienen Manuel Milá y Fontanals y Francesc Xavier Llorens y Barba.

Estas instituciones barcelonesas fueron los pilares académicos en los que se forjaron la renovación de los estudios universitarios y más concretamente la renovación de los estudios de filosofía. Hablamos así de una “Escuela de Barcelona” para referirnos a la renovación y secularización que desde fines del siglo XIX y durante el primer tercio del siglo XX se llevó a cabo en el ámbito de la filosofía académica de Cataluña. No nos referimos a un grupo homogéneo de pensadores adscritos a una

visión filosófica o seguidores de un pensador, sino más bien a una oposición con los contenidos religiosos predominantes en la Universidad de Cervera. A una manera concreta de ver las cosas y entender la actividad filosófica.

Esta renovación del pensamiento filosófico fue posible gracias a la iniciativa de Ramón Martí de Eixalá y de Llorens y Barba, los cuales fueron sensibles a la secularización de la reflexión filosófica y se sintieron influidos por el movimiento ideológico de la Renaixença. Mientras tanto, en la filosofía académica de la Península se ocupaban de la discusión acerca de las nuevas tendencias que llegaban desde Francia, en una polémica entre los defensores del empirismo francés de Condillac y los del tomismo.

Madrid se decantó por el eclecticismo francés de Cousin primero, y por el de Krause después, y Barcelona se sitúa bajo el paradigma de Destutt de Tracy y de los ideólogos franceses para irse aproximando por el impulso de Martí de Eixalá, al empirismo psicologista de Hamilton y de la filosofía escocesa. Al lado de estas dos tendencias, el tomismo intentará una renovación que fue capitaneada por autores como Jaime Balmes.

Durante casi todo el siglo XIX, la filosofía empírica británica dominó los círculos académicos de Inglaterra y Francia, pero poco a poco Hegel y Kant fueron conquistando las universidades de estos países y a sus profesores de filosofía.

En Cataluña, el proceso fue similar al resto de Europa: Ramón Martí de Eixalá eligió el empirismo británico, y más concretamente una rama desprendida del empirismo inglés, la escuela escocesa del sentido común, y Llorens, a costa de leer los autores de la escuela escocesa que le eran contemporáneos y de asimilar con más exactitud los estudios de Martí, fue el encargado de introducir en la universidad catalana el pensamiento de Kant y de Hegel. Llorens incorporó buena parte del pensamiento kantiano, aunque desde una perspectiva muy personal, criticando especialmente a Hegel.

Con Llorens nos encontramos delante de un giro conceptual que encamina la tarea filosófica hacia una metafísica del saber:

“damos el nombre de filosofía a todos los trabajos que ha hecho la razón humana para realizar en todo o en parte el ideal de la ciencia... antes de construir la ciencia de las cosas hemos de hacer un estudio profundo del espíritu que las conoce”¹⁸⁹

¹⁸⁹ Llorens y Barba. Prolegómena Laurentiana. (Archivos de l'Institut de Ciéncies. Año 4. Barcelona. 1956).

De hecho, según testimonian algunos alumnos que pasaron por sus aulas, Llorens consideraba que desde Kant, la filosofía no podía dirigirse hacia el idealismo de Fichte o de Hegel, que no podía caer en el escepticismo absoluto y que por tanto, tendría que ser una filosofía del sentido común basada en un “realismo natural” y religada con el cristianismo y con el movimiento socrático moderno.

Pero los esfuerzos de Llorens caen en el vacío porque sus sucesores no continuaron el trabajo por él iniciado y porque los alumnos que publicaron las Lecciones de Filosofía o los que estudiaron durante el primer tercio del siglo XX siempre negaron la influencia kantiana en el pensamiento de Llorens.

Milá por ejemplo, al corregir los apuntes originales que en 1920 publicó la Universidad de Barcelona, se dedicó a eliminar o modificar aquellas partes donde Llorens mostraba un carácter kantiano o agnóstico.

Un hecho más que destacado en el carácter de sus estudios, es el interés de sus trabajos, dirigidos hacia la conciencia y las fuentes del actuar humano, es el interés psicológico que les va a guiar en el sentido de entender que la conciencia es vital para la reflexión filosófica porque emerge de la integración de todas las facultades humanas:

“la condición de existencia o lo esencial a toda idea es tener conciencia de ella sea del modo que se quiera. Éste será el primer hecho o fenómeno, el cual en su generalidad los comprende todos... El hombre no ve otra cosa que su propio pensamiento; todo se reduce para él a tener conciencia de algo, a tener ideas”¹⁹⁰

Concluyendo, la unidad de la escuela catalana viene dada externamente por su radicación universitaria e internamente por una actitud filosófica. El movimiento surgió de una aspiración ciudadana a una cultura superior, cuyo órgano veía más eficaz en la Universidad. De aquí la campaña para obtener el traslado de ésta, de Cervera a Barcelona. No fue por azar que Martí de Eixalá pronunciase su discurso inaugural de la universidad restaurada y fuese su primer Secretario general. Ni fue tampoco casual que en la extraordinaria promoción de maestros universitarios del año 1847, ganasen cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras las personalidades más representativas del movimiento: Llorens, Milá, Rubió y Ors, Bergnes de les Cases entre otros.

¹⁹⁰ Llorens, F.J. Lecciones de Filosofía. II. 197.

2.3.2. Desaparición de la filosofía escocesa

A juicio de Eugenio D'Ors, la cuestión decisiva para la vigencia de una tradición filosófica es su capacidad de dar razón tanto del progreso científico como de las dimensiones más vitales de la creatividad humana. La novedad que Francisco Javier Llorens encontró en Hamilton y la tradición escocesa respecto de la tradición escolástica, fue encontrada por D'Ors en la síntesis pragmática de positivismo y vitalismo que Bergson y Boutroux enseñaban en París en las primeras décadas del siglo XX. Queda ya lejos del horizonte una afirmación de Llorens:

“la doctrina del Sentido Común, ha hecho la gloria de Escocia y de algunos círculos de Inglaterra hasta nuestros días; le faltaba sin embargo un talento sistemático, y este talento lo ha encontrado en Hamilton”¹⁹¹

El Hamilton de D'Ors es el científico y pensador francés Antoine-Augustine Cournot (1801-1877), y en particular su “Tratado acerca del encadenamiento de las ideas fundamentales en las ciencias y en la historia” (1861) donde se encuentra una nueva síntesis entre ciencias y humanidades. Sin embargo, la filosofía escocesa acogida por la Escuela de Barcelona, quedará siempre en su memoria como un esforzado precedente de modernización de la escolástica en Cataluña que una generación después, tendrá que ser superada por los noucentistas.

Se trata en el fondo, del confinamiento a la memoria histórica de una tradición de pensamiento que sólo cuarenta años antes estaba viva y era acogida con recelo por unos, y con entusiasmo por otros. Quienes la acogieron con entusiasmo, encontraron en ella un estilo filosófico afín al seny catalán, bien lejano del racionalismo individualista o del escepticismo pesimista, capaz de comprometerse realmente en la renovación intelectual de una nación.

2.3.3. Universidad de Barcelona

Uno de los textos más conocidos de Menéndez Pelayo es el referido a la Universidad de Barcelona,¹⁹² donde se manifiesta el cariño y la importancia doctrinal

¹⁹¹ *Ibidem.* II. 198.

¹⁹² “ En Barcelona, como en otros centros de antigua cultura y de vida moderna más o menos intensa, nunca se había extinguido la espontaneidad nativa del carácter provincial y, en la enseñanza como en todo, se manifestaba aunando venerables tradiciones con impulsos y anhelos de renovación... en esta escuela me eduqué primeramente, y aunque la vida del hombre sea perpetua educación y otros muchos se hayan podido teñir con sus varios colores, mi espíritu, que a falta de otras condiciones, nunca ha dejado de ser indagador y curioso, mi primitivo fondo es el que debo a la antigua escuela de Barcelona, y creo que substancialmente, no se ha modificado nunca. A esta escuela debí, en tiempos verdaderamente críticos para la juventud española, el no ser ni krausista ni escolástico. Allí aprendí lo

que supuso su experiencia en dicho ambiente. Los elementos fundamentales que se recogen en dicho texto son:

- la vida como educación permanente
- el fondo educativo que recoge como testamento de la formación en el estilo de la antigua Escuela de Barcelona, que deja su perenne trasfondo.
- A esta escuela le debe, en una época complicada de la vida de España, no pertenecer a ninguno de los extremos de moda en el pensamiento: krausismo y escolasticismo.
- El aprendizaje del testimonio de la conciencia y de las leyes bajo las que se mueve.
- La importancia de encontrarse en un medio con caracteres de parsimonia, integridad y armonía.
- Un modo de pensar histórico, relativo y condicionado por la experiencia.
- No caer en las tentaciones de dos grandes extremos: idealismo y el positivismo.
- La adquisición de la visión de lo concreto.
- La costumbre en la observación de los fenómenos del alma.
- La influencia de Don Francisco Javier Llorens y Don Manuel Milá y Fontanals.

Estos son algunos de los elementos entre otros muchos, en los que a modo de confesión, Menéndez Pelayo declara ser heredero. Y lo señala en la célebre Semblanza de Milá y Fontanals, en la conferencia pronunciada en el Ateneo y Universidad de Barcelona, el año 1.908.

De Llorens, el recuerdo personal no era tan intenso, ya que nunca coincidió con él en el aula; su influencia es más debida a la herencia de los espíritus humanos de la propia universidad. Su labor pedagógica, al estilo socrático, al no conocer textos suyos impresos, Don Marcelino lo consideró como un filósofo práctico en el que se aunaban sus obras con su doctrina. Llorens, no negaba la filosofía de lo incondicionado, sino que la veía como una gran revelación. Su cultura filosófica que era más profunda que extensa, se había alimentado de la filosofía escocesa y del pensamiento kantiano. Aunque también manifestaba otras influencias como el renovado aristotelismo de Trendelenburg.

que vale el testimonio de la conciencia y conforme a qué leyes debe ser interpretado para que tenga los caracteres de parsimonia, integridad y armonía. Allí contemplé en ejercicio, un modo de pensar histórico, relativo y condicionado que me llevó no al positivismo (tan temerario como el idealismo absoluto), sino a la prudente cautela del ars nesciendi. Allí la visión de lo concreto manifestada en las formas tradicionales del arte y de la costumbre y en la perenne y práctica observación de los fenómenos del alma, tenía aventajados intérpretes que a cualquiera escuela de Europa hubieran honrado, y entre los cuales descollaban dos que bien podemos llamar eminentes: Don Francisco Javier Llorens y Don Manuel Milá y Fontanals". (Semblanza de Milá y Fontanals. Ateneo y Universidad de Barcelona. 1908. CHL. V. 175.

Del otro gran maestro, del que confiesa haber recogido la mayor parte de su doctrina, es Manuel Milá y Fontanals, cuya filiación se refiere además a la herencia de sus documentos literarios inéditos.

“la gran figura que contemplé con veneración desde mis primeros años, y que ahora, a través del sepulcro sigue conversando conmigo y alumbrando mi vida con la suave y benéfica claridad de su enseñanza”¹⁹³

Menéndez Pelayo observa en el estilo manifestado en la Universidad de Barcelona, el estilo vivificante de una tradición de cultura que busca impulsos de renovación (*ars nesciendi*); la búsqueda de lo concreto, desde la conciencia individual y colectiva, por su interpretación cargada de quietud, integridad y orden; un modo de pensar que siempre lleva el elemento histórico, la contextualización de los hechos en el análisis, el estudio de las realidades condicionadas por los hechos. El ejemplo perenne de maestros que aportan con sus obras, pero sobre todo con la veracidad de sus vidas. Especialmente de Milá, mentor capital, maestro y cultivador de los mismos estudios a los que principalmente se dedicó Menéndez Pelayo.

Gracias a este talante libre de la Universidad de Barcelona, Menéndez Pelayo evitó caer en ciertas tendencias vigentes en el pensamiento español del momento: el ser krausista o escolástico, un sofisma que se deja llevar por las pobres y artificiales conclusiones que soporta el lenguaje; o el pensar que el secreto de la ciencia se encuentra en una eficaz construcción dialéctica; o bien el no caer en las generalizaciones de los resultados de la observación y aspiración metafísica.

El modo de pensar histórico, relativo y condicionado ha de entenderse como un replegarse sobre sí mismo del historiador, para sentir y recrear otras épocas y autores, comprendiéndolos desde dentro, en su actuar, en su pensar, en su proyección. A juicio de Don Pedro Font y Puig,

“el temperamento y el carácter apasionado y luchador, y el espíritu polémico de Menéndez Pelayo contribuyeron poderosamente a la pasmosa extensión de su obra investigadora, ya que en su juventud...la vitalidad exuberante y apasionada de Menéndez Pelayo junto con el arraigo que en él siempre tuvo el amor de la belleza de la forma literaria, y con la penetración por su mente de historiador en las figuras y en las fases evolutivas de la cultura pretérita, da una vida a

¹⁹³ *Ibidem.*

sus obras que hace atractiva su lectura, aún para aquellos a quienes una fría exposición no interesaría”¹⁹⁴

Si bien en otros momentos de su exposición, el Dr. Font declara que el carácter polémico y hasta agresivo de Menéndez Pelayo que expresaba con sus veinticinco años, difícilmente desaparecería, y por tanto no atraería hacia su doctrina a los compañeros que participaban de ella.

En definitiva, el cariño que guarda a Barcelona, el ambiente de apertura y de sinceridad, también fue plasmado entre otros documentos, en el Discurso pronunciado por la inauguración de los Juegos Florales, donde confiesa su amor a la lengua y a todo rasgo de cultura catalana.

“essent lo Castellá ma lengua nadiva, degué a Catalunya una part molt considerable de ma educación literaria, y catalá fou lo mes savi y l millor de nos Mestres, y tot aixó m lliga estretament a Catalunya, tenint alguna cosa de pietat filial aquest meu afecte”¹⁹⁵

Asimismo declara su amor y su melancolía hacia la Universidad, hacia su experiencia universitaria, desde el punto de vista del joven estudiante, del profesor incansable, del ambiente que sabe recrear en sus diferentes trabajos.

“la universidad, en cuyo recinto pasé la mejor parte de mi vida, ya como alumno, ya como profesor o más bien como estudiante perpetuo de lo mismo que pretendía enseñar... a vuestro gremio y comunidad pertenezco...labor análoga a la vuestra es la que realizo, aunque más humilde sin duda porque no soy educador de espíritus nuevos...estos muros no pueden recibirme con esquividad y extrañeza: guardan para mí hartas memorias, que se enlazan con el atropellado regocijo de la juventud”¹⁹⁶

2.3.4. Formación intelectual

Hay que situar la formación intelectual de Menéndez Pelayo en su adolescencia y primera juventud. Desde los veinte años, el joven Marcelino prescinde de maestros y trabaja como un autodidacta que busca por sí mismo el alimento intelectual de su insaciable saber. El primer encuentro que tuvo Menéndez Pelayo con la filosofía fue

¹⁹⁴ Pedro Font y Puig. Conferencias con motivo del Centenario de Menéndez Pelayo. Universidad de Barcelona. Barcelona. 1956. P.22.

¹⁹⁵ CHL. V. 113 (hemos respetado la forma catalana que empleó Menéndez Pelayo, que desde luego no coincide con la ortografía moderna catalana).

¹⁹⁶ CHL. I. 323.

con la lectura de El Criterio de Balmes, que le dejó un gran recuerdo, y eso fue en el último curso de bachillerato en el Instituto de Santander. Cuando acaba el bachillerato y se traslada a Barcelona, recibió su primera influencia de Francisco Javier Llorens y Barba. Influencia que permaneció durante el resto de su vida. Su influencia fue más impersonal y ambiental. Pero buena parte de la formación de Menéndez Pelayo se debe al influjo recibido por la Escuela de Barcelona.

La razón de la existencia de esta escuela (Escuela Catalana del siglo XIX), se debe a la publicación de unos estudios de José Leopoldo Feu, que con el título "Datos y apuntes para la historia de la moderna literatura catalana", que constituye un verdadero manifiesto.

Feu, que fue calificado como profundo y modesto pensador catalán, divide su estudio en cinco partes; desarrolla su proyecto al estilo del que después expresará Menéndez Pelayo, respecto a la cultura hispánica:

- Cataluña y sus tradiciones literarias. Demuestra que existe una escuela catalana, con mayor definición que ninguna otra en la Península.
- Esta escuela catalana se destaca por el desarrollo de tres ramas o manifestaciones: la artístico-arqueológica, la literaria y la filosófica.

De esa escuela, Feu intenta determinar su índole, su naturaleza y sus orígenes, haciendo así el desarrollo de los cuatro capítulos siguientes:

- Fundamentos de la escuela catalana
- Tendencias filosóficas
- Presente
- Porvenir

Feu designa a Pablo Piferrer y a Ramón Martí de Eixalá como iniciadores de la corriente artística y filosófica. De ésta excluye a Balmes, a pesar de reconocer sus méritos. La unidad de la escuela catalana viene dada externamente por su radicación universitaria e internamente por una actitud filosófica. El movimiento surgió de la aspiración ciudadana a una cultura superior, cuyo órgano más eficaz lo veía en la universidad. De aquí la campaña para que la universidad fuera trasladada de Cervera a Barcelona.

De este modo, las cátedras fueron ocupadas por las personalidades más representativas de este movimiento: Llorens y Barba, Milá y Fontanals, Rubió y Ors, Bergnes de las Casas entre otros.

La unidad interna de la escuela era dada por Ramón Martí de Eixalá. Puesto que la vieja Escolástica se la consideraba definitivamente muerta, se la quería sustituir por una filosofía nueva que tuviera vigencia en Europa. Tal era la filosofía escocesa del

sentido común,¹⁹⁷ que tenía mucho éxito en los países latinos. Martí de Eixalá la asimiló de modelos franceses que se inspiraban en la ideología de Tomás Reid y Dugald.

La filosofía de Martí de Eixalá se resolvía en un método positivo, destinado a arrinconar la filosofía de la mera especulación, tomando su punto de arranque de la conciencia, y por la vía de un análisis de los hechos psíquicos, aspiraba a fundamentar las verdades supremas del campo metafísico y moral, de suerte que su psicologismo inicial desembocaba en un claro espiritualismo. Este modo de pensar encontró una aceptación general en Cataluña. De esta manera Martí pasó a ser considerado como el patriarca de la escuela catalana. Feu le consagra como el iniciador de la corriente filosófica.

Martí fallece en 1.857, y su herencia espiritual es recogida por Don Manuel Durán y Bas, sucesor en la cátedra, que funda la Escuela histórica del Derecho. El segundo, será Don Manuel Milá y Fontanals, que desde antiguo luchaba por la restauración literaria y arqueológica y el movimiento de los Juegos Florales (Jochs Florals). A éste le sucede Don Francisco Javier Llorens y Barba que continúa la tradición iniciada por Martí.

Javier Llorens se había iniciado en la filosofía con su maestro Martí. Asistía a sus Lecciones de Ideología profesadas en la Academia de Ciencias. Llegado a la cátedra universitaria, expuso en ella la filosofía de su maestro. Con él se abre quizás el mejor periodo de vigencia de la filosofía escocesa en Cataluña. Se le presenta siempre a Llorens con un profundo dominio y hondura de pensamiento, una vocación sincera y una entrega plena a la meditación filosófica.

Superó a su maestro, porque remontó de las fuentes francesas, a las originales escocesas. Manejaba los textos de Reid y Hamilton, en su texto original inglés. Se inspiró en las obras de Hamilton para sus lecciones universitarias; a través de él se expuso el criticismo kantiano, lo que le fue reprochado desde el lado escolástico.

¹⁹⁷ La escuela escocesa del sentido común fue fundada por Thomas Reid, a partir de la obra fundamental: "Investigaciones sobre el espíritu humano, según los principios del sentido común". Reid reacciona al inmaterialismo de Berkeley y al escepticismo de Hume y defiende una teoría del conocimiento basada en el realismo ingenuo y en el sentido común.

Las tesis fundamentales de dicha escuela pueden resumirse de la siguiente manera:

- Oposición al escepticismo
- Oposición al fenomenismo
- Validez del sentido común

El sentido común, supone la admisión por parte del escepticismo de la percepción de la realidad de manera inmediata, es compartido por todos, su capacidad es equivalente a la de la razón. El conocimiento del sentido común no es representativo, sino mostrativo, no puede demostrarse, pero sí mostrarse.

Llorens extiende el método positivo a la exploración de la conciencia colectiva, enlazando el psicologismo a la manera escocesa con la doctrina herderiana del *Volksgait*. Sienta la tesis de que el pensamiento filosófico es un producto del espíritu nacional, y le justifica afirmando la existencia de ese espíritu nacional, ligado a las condiciones históricas de cada pueblo, que imprime una fisonomía inconfundible a sus manifestaciones culturales: lengua, costumbres, literatura, arte, ideario religioso, e instituciones.

El pensamiento filosófico no es un nuevo elemento de la conciencia humana, sino una forma especial que va tomando el contenido de la conciencia. De manera que el conjunto de ideas elaborado por cada pueblo ha de ser la materia sobre la que se ejercite la actividad filosófica. Las variadas corrientes del renacimiento cultural catalán encontraron en la Oración Inaugural de Llorens, su más firme cimiento y su indiscutible unidad. Éste es a grandes rasgos, el ambiente cultural que vivió Menéndez Pelayo durante los dos primeros años de su formación universitaria en Barcelona. (1871-1873).

En el proceso de formación en Barcelona, el joven Marcelino no incluye ninguna enseñanza regular de filosofía. Sin embargo se impregnó en el ambiente catalán de las ideas filosóficas que profesó a lo largo de su vida: el método positivo, la apelación a la conciencia, el criticismo, la reserva metafísica, las anticipaciones o principios de la facultad noética, el realismo natural, la afirmación de realidades trascendentes, el sentimiento religioso, el aprecio a Luis Vives, el desvío del krausismo y del escolasticismo y otras tantas doctrinas o tendencias que fueron aprendidas de Llorens y asimiladas en el ambiente barcelonés.

En el futuro, Menéndez Pelayo no escribiría ninguna obra de filosofía sistemática, donde se reflejara esta influencia de manera contundente. Los Ensayos de Crítica Filosófica son una recopilación de trabajos de naturaleza muy diversa; pero manifestó ocasionalmente sus ideas filosóficas de forma dispersa en buena parte de sus obras, especialmente en el periodo comprendido entre 1876 a 1891, como la Ciencia Española, la Historia de los Heterodoxos Españoles, y la Historia de las Ideas Estéticas en España, así como en los dos discursos sobre las vicisitudes de la filosofía platónica en España y De los orígenes del criticismo y del escepticismo, y especialmente de los precursores españoles de Kant.

De ellas puede extraerse un cuerpo de doctrina que en sus líneas fundamentales se conforma a las directrices de la filosofía escocesa del sentido común aprendida en Barcelona.

2.3.5. La doctrina del espíritu nacional

Pero hay un impacto más profundo de la filosofía de Llorens sobre Don Marcelino, “la doctrina del espíritu nacional” que se desarrollaba como la idea motora del renacimiento literario y cultural de Cataluña en el siglo XIX.

En la Oración Inaugural¹⁹⁸ en la universidad se contiene una implícita invitación a los intelectuales españoles para que renunciando a la importación de filosofías extranjeras, remonten la tradición del país y aviven los gérmenes de una filosofía nacional. El consejo de Llorens fue desoído en Madrid, cuya intelectualidad sentía un creciente atractivo hacia el idealismo trascendental alemán.

Pues bien, fue Menéndez Pelayo quien recogiendo el programa de Llorens, acometió la gran empresa de revitalizar la tradición cultural española, y en primer término la filosofía. La pretensión de Menéndez Pelayo al principio se prometía modesta, en su epistolario manifiesta que no quería como empresa la restauración del pensamiento español, desde Séneca hasta Balmes. Simplemente pretende el renacimiento del espíritu nacional al que se refería Llorens.

En Menéndez Pelayo chocan dos ambientes: el de Barcelona y el de Madrid que hasta entonces se habían mantenido extraños el uno al otro. Dos años más tarde de haber finalizado la carrera y después del episodio de la cátedra de Salmerón, Menéndez Pelayo se erigía en el representante del nacionalismo español.

Aquí surge la llamada *Polémica de la ciencia española*, ya que Don Marcelino propugnaba una revalorización de la cultura española en todos sus aspectos, como condición necesaria para la aparición de una filosofía genuina. Ya en el documento inicial de la polémica, acepta la idea de Laverde de proponer seis cátedras que versarían sobre: la Historia de la Teología en España, Historia de la Ciencia Jurídica en España, Historia de la Medicina Española, Historia de las Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en España, Historia de la Filosofía Española e Historia de los Estudios Filológicos en España.

Más adelante, añade la Historia de la Literatura Española. Practicando el método positivo de Llorens, Menéndez Pelayo tomaba por base la realidad viva de España, *una y varia* en la sucesión de sus culturas y en la diversidad de sus regiones.

¹⁹⁸ En la Oración Inaugural afirma Llorens: “Vuélvanse sin querer los ojos a nuestra España. El espectáculo de su pasada grandeza embarga fuertemente el ánimo, y contemplamos a la vez con orgullo y con tristeza la brillante marcha de su civilización donde en humanistas, ascéticos y poetas, acertamos a ver los gérmenes que hubieran ciertamente producido una filosofía indígena... trasplantar a nuestro suelo un sistema de filosofía exótico traería por de pronto la abdicación más cabal de la libertad de pensamiento propio.

Oración Inaugural. Tomo III de las Lecciones de Filosofía del Dr. Don Javier Llorens y Barba. Facultad de Filosofía y Letras. Barcelona. 1920. P. 441-445.

En el centro de la polémica se situaba la cuestión de si la filosofía española, era no solamente posibilidad, sino si poseía realidad histórica. En las polémicas con Don Manuel de la Revilla y con Don Gumersindo de Azcárate, esta convicción aparece constantemente.

En el Discurso sobre Ramón Lull, en el Instituto de las Baleares, en 1844, aclara que no es lo mismo entender la filosofía en España, que la filosofía española, la segunda significación esconde un significado diferencial de lo que llamamos genio, índole o carácter nacional.

Menéndez Pelayo aclara y defiende abiertamente que en el pensamiento ibérico hay tales caracteres, aptitudes, rasgos de identidad que nos autorizan para concluir que existe un nexo interior y fortísimo entre las especulaciones de nuestros autores que nos lleva a conceder a nuestra raza un lugar aparte en la historia de la filosofía. Quizás no tan alto como el de otros países vecinos o especialmente como en Grecia o Alemania, pero sí de un nivel similar al de los italianos o los franceses.

De acuerdo con esta visión, Menéndez Pelayo señala unas tradiciones o escuelas filosóficas genuinamente nacionales. Entre las primeras señala el lulismo, el vivismo y el suarismo, aun advirtiendo en sus interlocutores de la polémica, que el senequismo, averroísmo y maimonismo no se consideran filosofías nacionales, por contener rasgos o elementos ajenos al modo de ser español.

Entre las segundas, destaca el criticismo y el espíritu armónico, junto a otros caracteres menos relevantes, como el realismo o el sentido práctico.

Respecto a la contribución de Menéndez Pelayo a la Filosofía Española, hay que decir que a Don Marcelino se le debe la constitución efectiva de una Historia de la Filosofía Española, de la que anteriormente sólo existían algunos ensayos desprovistos de calidad científica. Tuvo la esperanza y el propósito de escribir esa historia, aprovechando los abundantes materiales que recopiló para la Historia de los Heterodoxos Españoles, y para la Historia de las Ideas Estéticas. También sus monografías sobre Ramón Lull, Arnaldo de Vilanova, Sabunde, Gómez Pereira, el platonismo en España y otras. Sintiendo en su madurez el interés hacia otras tareas, dejó el encargo a su discípulo Don Adolfo Bonilla y Sanmartín, quien bajo su inspiración publicó los tomos I y II de su Historia de la Filosofía Española.

La crítica filosófica debe a Menéndez Pelayo multitud de aportaciones, contenidas especialmente en los Ensayos de Crítica Filosófica, entre los que sobresalen la Crítica de la moral naturalista, el extenso ensayo De los orígenes del criticismo y del escepticismo y sobre todo el ensayo sobre los Precursores de Kant.

Menéndez Pelayo puso todo el empeño en la constitución de una genuina filosofía española. Tanto las investigaciones histórico-filosóficas como los ensayos

críticos se orientan hacia este fin. En definitiva, aunque no pudiera culminar su empresa, en lo que se refiere a su labor filosófica, trazó un programa que mantiene su validez.

“la formación espiritual de Menéndez Pelayo ha sido la más valiosa ofrenda que la Universidad de Barcelona, concretamente esta Facultad de Filosofía y Letras, ha brindado a España en el pasado siglo”¹⁹⁹

2.3.6. Su formación vista por él mismo

Nos interesa estudiar ahora la posición filosófica que toma desde su formación, que ya hemos dicho lleva el poso de la educación adquirida en Barcelona y de la conciencia de trabajar desde la perspectiva de la búsqueda del espíritu nacional, motivación nacida en el seno de la Escuela de Barcelona. Al tratarse de una autobiografía, un juicio sobre sí mismo, sobre su formación, haremos uso de abundantes referencias personales del propio autor.

El primer aspecto a destacar, no solamente desde el punto de vista biográfico, sino intelectual y que le va a influir en sus trabajos, es su declaración de afirmarse a sí mismo como católico, apostólico y romano, sin que esto implique la pretensión de que acepte de forma autoritaria, juicios relativos a las ciencias o a las artes, sólo por un criterio de autoridad. La aceptación de ciertos dogmas u opiniones particulares, en el seno de la Iglesia, pasa por una concepción grande de libertad en sus convicciones y por tanto en sus escritos.

“soy católico, apostólico y romano, sin mutilaciones ni subterfugios... pero muy ajeno, a la vez, de pretender convertir en dogmas las opiniones filosóficas de éste o del otro doctor particular, por respetable que sea en la Iglesia”²⁰⁰

Esta libertad la conservará en todos los materiales escritos relativos a la ciencia y al arte, como de alguna manera es observable en la larga tradición y en el pensamiento y la literatura desde Ramón Llull hasta nuestros días.

Este título de *ciudadano libre de la República de las Letras*, no lo cambiará nunca por el de alguna escuela en particular y menos aún, por el de aquellas escuelas que en la primera década del siglo XIX llevaban una producción ya agotada y sin ideas. Estamos haciendo referencia al tomismo:

¹⁹⁹ Joaquín Carreras Artau. La formación filosófica de Menéndez Pelayo. Conferencias pronunciadas con motivo del centenario de Marcelino Menéndez Pelayo. Universidad de Barcelona. 1956.

²⁰⁰ CE. I. 201.

“no puedo menos de mirar con admiración y simpatía al hombre que, independiente y desligado de toda autoridad científica, sólo dobló su frente ante la eterna verdad”²⁰¹

Un tópico en la doctrina de la que se declara partidario Menéndez Pelayo, es el no ser ni krausista ni escolástico. Don Marcelino rechaza primero los clichés, cualquier modelo que sirviera para reducir una compleja manera de entender el mundo y no someterse por tanto a los dos grandes ámbitos ideológicos que dominaban el mundo español de su época.

Segundo; no quiere saber de krausismo, por entender la estrechez de una forma de pensar que la entiende como de segundo grado, que ha venido a ser una pasajera moda, a pesar de proceder del lugar cuna de interesantes filosofías: Alemania.

Tercero; detesta la posición de la intelectualidad madrileña, que en lugar de acoger la propuesta lanzada por Llorens en la Oración Inaugural, decide una opción de esnobismo, mezclando a juicio de Menéndez Pelayo, el afán de novedades a cualquier precio y la inconsciencia histórica.

Cuarto; el tomismo se presenta como una opción desfasada, dogmática, sin principios. Pero no porque no acepte el pensamiento de Santo Tomás, a quien conoce y admira profundamente, sino porque ve amenazada de muerte una forma de pensar, cuyo único criterio de verdad es el dogma.

En estas breves, populares palabras, lo expresa en la Semblanza de Milá y Fontanals:

“a esta escuela debí... (Universidad de Barcelona)... el no ser ni krausista ni escolástico, cuando estos dos verbalismos...se dividían el campo filosófico y convertían en gárrulos sofistas o en repetidores adocenados a los que creían encontrar en una habilidosa construcción dialéctica el secreto de la ciencia”²⁰²

Pero ¿por qué no es tomista? Modestamente declara *“más por mi debilidad de entendimiento que de otra razón alguna”*.

Sus pretensiones filosóficas no son aptas para alguien que se declara bibliófilo. Lógicamente hay una intención modesta, ya que no es creíble, parecería exagerado declararse a sí mismo filósofo, cuando este título impone más respeto que el de cualquier otra profesión.

²⁰¹ CE. II. 350.

²⁰² CHL.134.

Esta filosofía de la que participa nuestro autor, le hace entrar en ese universal concepto que pertenece a todo ser humano, pero también en el seno del pensamiento de alguien que estudia y que con plena conciencia dice:

“sé que cada hombre está obligado a tener más o menos su filosofía, no sólo práctica, sino especulativa. Ahora bien: esa filosofía, por lo que a mí me toca, no es otra que el criticismo vivista. Pero como éste no es adverso al tomismo, ni mucho menos, aunque sí distinto, de aquí que venere, respete y acate yo la doctrina tomista”²⁰³

Menéndez Pelayo entonces admira el tomismo, lo quiere como doctrina, pero se identifica mucho más plenamente con la tradición hispánica de Vives.

Los aspectos que admira del criticismo vivista son los siguientes:

- La extensión de los límites de la propia conciencia
- El no contentarse con la contemplación de la grandeza antigua, sino atreverse a lanzar nuevas ideas.
- Entender que con estas herramientas no se agota ninguna filosofía y es preciso seguir en una eterna búsqueda

Por lo que a Menéndez Pelayo le satisface más es la idea de Leibniz de la *philosophia perennis*, que la propuesta tomista del P. Fonseca.

Menéndez Pelayo llama *philosophia perennis*, al “tesoro común de verdades del orden natural adquiridas por la humanidad en tantos siglos como hace que viene filosofando”²⁰⁴

Don Marcelino declara haber leído muchas veces la obra de Santo Tomás, con más intensidad la parte filosófica de la Summa Teológica y la Suma contra gentes y los Comentarios de Aristóteles. Pero más penetró en otros campos, diferentes al de la Escolástica.

Se declara como armonista, con un armonismo²⁰⁵ muy personal, (no al estilo krausista, que propugnaba un panenteísmo²⁰⁶ inspirado en el idealismo alemán y en Spinoza), sino que prefería buscar el concepto de unidad.

²⁰³ CE. I. 304.

²⁰⁴ CE. II. 257.

²⁰⁵ El armonismo de Menéndez Pelayo es una forma de eclecticismo que se basa en escoger o seleccionar tesis pertenecientes a diversas escuelas de pensamiento, que sintetizadas en una nueva doctrina, den una respuesta positiva a un determinado problema, aunque se soslaye la incoherencia que sebe de la yuxtaposición de dichos temas. En el caso de Menéndez Pelayo acoge fundamentalmente a las doctrinas de Platón y de Aristóteles.

Menéndez Pelayo propone la restauración de toda la ciencia clásica libremente interpretada. Que Platón fue el primero que volvió a las escuelas cristianas a disputar a su famoso discípulo Aristóteles, la hegemonía de que por tantos siglos venía disfrutando. Conocidos en su lengua, Platón y Aristóteles, puestos enfrente y cotejados, surgió el pensamiento de concordarlos, de resolver su aparente antinomia en un armonismo superior.

2.3.7. Herencia de Llorens i Barba

Francesc Xavier Llorens i Barba, nació en Vilafranca del Penedés. Estudió Filosofía y Derecho bajo el magisterio de Ramón Martí de Eixalá en la Universidad de Barcelona. Fue catedrático en dicha universidad desde 1.847, hasta su fallecimiento, ejerciendo una notable influencia.

Su obra sistemática abordó la tarea de concebir una filosofía orgánica de carácter fundamental, que constaba de dos partes. Por un lado, la filosofía práctica, que trata de la acción normativa y se divide en Ética y Derecho natural. Por otro, la filosofía teórica que estudia el conocimiento e incluye la psicología, la lógica y la metafísica.

Influido por el aristotelismo y por las investigaciones del filósofo alemán Friedrich Adolf Trendelenburg, fueron notables sus análisis acerca de la psicología como ciencia de la observación de los hechos internos que pueden examinarse y clasificarse.

La teología racional es el aspecto supremo de la filosofía teórica; en ella, la ciencia de Dios es la condición de toda forma de conocimiento y de toda forma de verdad.

Los principales trabajos escritos por Llorens estuvieron íntimamente ligados a su actividad docente en la Universidad de Barcelona: De la unidad de la filosofía, texto con el que logró acceder a su cátedra en 1847; Sobre el desarrollo del pensamiento filosófico (lección inaugural del curso en 1854) y Lecciones de Filosofía, que en realidad

²⁰⁶ El panenteísmo defendido por la doctrina krausista, declaraba que Dios está o existe en todo. Este término creado por Krause, como filósofo panteísta que recurrió a diversos neologismos para precisar sus ideas. El “panenteísmo” era la síntesis, como sistema intermedio entre el panteísmo y el teísmo. Menéndez Pelayo veía en esta situación creada por el krausismo español, una moda y por otro lado, un atentado contra los principios elementales del cristianismo. Luis Araquistáin, defiende la idea de que el krausismo llegó a ser algo así como una filosofía del estado, que nació a la sombra de un gobierno progresista y que había sido importado de Alemania como impresión de una filosofía fabulosa por sus dimensiones y su originalidad. (Cuadernos del Congreso por la libertad de la cultura. París. Sept-Oct-1960. N° 44. P.3.).

es una compilación de apuntes de clase tomados por uno de sus alumnos durante la década de 1860 y que fue publicada en 1920, por la propia Universidad de Barcelona.

Una parte importante que recogemos del pensamiento de Llorens y que creemos ha sido vital para el pensamiento de Menéndez Pelayo, es lo que algunos estudiosos han llamado la Metafísica del sentido común:

Llorens desarrolló el tema de la metafísica, el estudio de la materia y del valor del pensamiento, análisis y crítica del conocimiento humano (*el estudio de la existencia tal y como es*) y habló de una metafísica del sentido común que no mutila al hombre y que se contrapone a la metafísica abstracta o a la física.

Quiere una metafísica que mire al ser humano de forma íntegra, porque el camino que quiere seguir la filosofía del sentido común hasta desembocar en la metafísica, va del análisis a la síntesis:

“el resultado obtenido, primero por el método psicológico sujeto a leyes lógicas, y segundo, por el análisis del pensamiento humano o de su producto (ya que ambas cosas valen igual) y la crítica del mismo, es decir, el estudio de lo que este pensamiento supone, no solamente en la parte pura y simplemente cognoscitiva, sino también en la parte práctica, porque la filosofía del sentido común no solamente entiende poder decir algo de la existencia que está más allá de nuestra observación inmediata en virtud del pensamiento especulativo, sino también en virtud del pensamiento práctico”²⁰⁷

La manera de pensar filosófica que defiende Llorens huye de toda hipótesis previa y quiere construir la ciencia,-la metafísica- a partir de verdades que ha podido discernir, y por este motivo, empieza por examinar al sujeto cognoscente sin suponerle facultades que no tiene.

Después, la metafísica será la encargada de estudiar la materia que configura el pensamiento de este sujeto que conoce y analizará su valor, hará un análisis y una crítica del conocimiento humano. La metafísica del sentido común que Llorens enlaza directamente con autores como Sócrates, Locke, Hume o Hamilton es el resultado de la aplicación de un método psicológico que observa las leyes lógicas, de un análisis del pensamiento humano, de sus productos o contenidos y de una crítica de este pensamiento que se especifica en dos vertientes: la pura (que trata de la existencia de Dios) y la práctica (que habla de la moral).

²⁰⁷ Francesc Llorens i Barba. Lecciones de Filosofía. Vol. I. pp. 5-10.

El conocimiento humano –dice Llorens- y lo repetirá frecuentemente Menéndez Pelayo también en su Estética, es de carácter empírico-racional. Es dual porque se fundamenta en la experiencia y en la facultad noética.

“como experiencia primitiva nos da sólo conocimientos singulares, y como la ciencia versa sobre lo general y lo universal, la metafísica al investigar los principios de la conciencia se fija especialmente en los principios a priori que se deben a la facultad noética y han recibido el nombre de primeros principios del conocimiento humano”²⁰⁸

El conocimiento humano puede ser fruto de la experiencia de lo concreto, o venir de la facultad noética y la metafísica se ocupa de los primeros principios que son: el Principio de no contradicción, el principio de sustancia, el principio de causa-efecto o el principio teleológico o de las causas finales.

Así pues, en el ser humano, el conocimiento puede ser de dos tipos: conocimiento empírico o a posteriori, que proviene de la experiencia y que es inmediato, o conocimiento racional o a priori, que no se fundamenta en la experiencia.

La metafísica del sentido común analiza y sintetiza:

“ha habido un nuevo llamamiento al nosce te ipsum (conócete a ti mismo), al análisis y la crítica, con el fin de ensayar aquella construcción o parte de construcción que este análisis y esta crítica permiten. Este método podemos decir que ha sido comenzado por Locke. Aún cuando en algún sentido sus resultados hayan sido erróneos... este método ha tenido una aplicación severa por Kant... este método tiene un valor que nadie puede desconocer, desde el momento en que no podemos aprehender el “ens in se ipse”, el ente en sí mismo, sin que se convierta en “ens proivit cognitiu”, (ente conocido o subjetivo).²⁰⁹

Llorens adopta el método positivo que había tomado de Martí de Eixalá y lo llevó hasta la reflexión metafísica, hasta sus límites. Un método positivo que se fundamenta en la observación atenta de los hechos como base sólida de cualquier doctrina, el cual fue adoptado con el intento de evitar los formalismos vacíos frecuentemente en la filosofía escolástica de su tiempo y las construcciones arbitrarias del idealismo germánico al estilo de Fichte, Hegel o Schelling.

²⁰⁸ Francesc Llorens. Lecciones de Filosofía. Vol III. 387.

²⁰⁹ Ibídem. Vol II. P. 16-21.

Así, la vertiente filosófica de este método se resuelve en una práctica de la introspección, a la manera de la escuela escocesa con la premisa de que el análisis de los hechos de la conciencia se convierte en camino de acceso a la filosofía.

En palabras de Joaquín Carreras Artau, cuyos textos sobre el pensamiento y la realidad de Menéndez Pelayo y su época son especialmente claros y ordenados:

“la doctrina fonamental de Martí d’Eixalá és el método positiu, que es convertí ben aviat en lloc comú de tota l’escola catalana, tant en la seva branca filosòfica com en la jurídica i dins d’aquesta harmonitzá a meravella amb les tendències de l’escola històrica fundada per Savigny, en la qual el seu deixeble Duran i Bas s’empará per salvar el dret catalá de l’absorció centrista... Xavier Llorens, qui tingué coratge d’abordar i resoldre, ja segons el taranná dels escocesos, els tres grans problemes de la filosofia moderna: la realitat del món exterior, que es contraposa a l’esperit com a terme del coneixement i de l’acció i la realitat de l’absolut-Déu- que condiciona la doble limitació del jo personal i del món corpori. El psicologisme inicial de Martí culminá, doncs, per obra del seu gran deixeble en un franc espiritualisme que aspira a establir sobre fonaments sòlids les veritats supremes de l’ordre metafísic i moral. Aquest conservadurisme de la nova filosofia li valgué una acceptació general en el país”²¹⁰

2.3.8. Legado de Milá i Fontanals

- Breve referencia biográfica

Manuel Milá y Fontanals, nació en Villafranca del Penedés en 1818 y falleció en Barcelona en 1884. Estudió Derecho y Filosofía en las universidades de Cervera y Barcelona. Catedrático de Estética y de Historia de la Literatura en la Universidad de Barcelona. Junto con Menéndez Pelayo, otros de sus alumnos destacados fueron: Rubió y Lluc, Costa y Llobera y Maragall. Organizó los Juegos Florales que presidió en 1859.

Su evolución ideológica comprende tres etapas: la primera comienza en 1844 y se manifiesta por abrazar con fervor el Romanticismo, a pesar de ser un gran conocedor de los clásicos grecolatinos. Difundió la teoría romántica en Cataluña. Fue muy importante su artículo “Clásicos y románticos” publicado en “El Vapor” en 1836, cuando apenas tenía dieciocho años de edad. Este artículo puede considerarse como

²¹⁰ Joaquim Carreras Artau. La filosofía escocesa a Catalunya. Centenari Generalitat de Catalunya. Barcelona. 1994. Joaquim Carreras Artau.

un verdadero manifiesto del movimiento. Recogió también poemas de tema catalán escritos en castellano, como “El trovador del Penedés”.

Tras publicar su Compendio de arte poética (1844), en forma de prontuario, totalmente repleto de ideas románticas, se inicia su segunda etapa de estudio, hasta 1853. Es una etapa de estudio y silencio. De manera que desde esta fecha surge el momento de mayor producción y madurez de Milá, donde se manifiesta como ferviente catalanista y admirable filólogo.

A pesar de haber sido amigo de Pau Piferrer, Rubió y otros, su catalanismo no fue fácil: Hasta el comienzo de 1853 pensaba que el catalán era lengua del pasado, imposible de modernizar y miraba la cultura catalana con más nostalgia que futuro. Desde esa fecha, y animado por el nuevo impulso de la Escuela Catalana, fue uno de los más firmes impulsores de la Renaixença.

Escribió varios poemas en catalán. Milá cultivó la Estética y publicó unos “Principios de teoría estética y literaria” en 1869, en los que junto a las doctrinas de Kant y Hegel, se exponen muchos puntos de vista propios sobre el arte.

Su papel más reconocido es el de ser padre de la filología española, pues él fue quien introdujo en España los modernos métodos europeos de investigación histórico-literaria. Milá a juicio de Valera, era más reconocido fuera de España que en su propia patria.

Entiende que la poesía popular es la compuesta por el pueblo mismo o por aquellos poetas que a él se dirigen. Recogió muchas composiciones populares, en las excursiones que organizaba para tal fin.

Algunas obras importantes en este sentido son:

- Observaciones sobre la poesía popular
- De la poesía heroico-popular castellana
- De los trovadores en España.

Toda su obra fue legada a Menéndez Pelayo, incluidos sus manuscritos y fue editada por él, en ocho volúmenes (1886-1893), aunque aún existe abundante material inédito en la Biblioteca de Menéndez Pelayo.²¹¹

- Influencia de la crítica y erudición de Milá

²¹¹ La reordenación hecha en los últimos años de las fuentes de Milá, por parte de la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander, ha distribuido los documentos y las carpetas de forma diferente a como estaban en la disposición original de Milá.

Las actividades críticas y eruditas de Milá comienzan a los dieciocho años, abordando por un lado la actualidad literaria, poética y teatral, ligada frecuentemente a la discusión del fenómeno romántico y por otro lado, a la historia del teatro español.

Poco a poco estas actividades se extienden a otros campos de la historia literaria, a la preceptiva, la estética, la filología y el folklore.

Recogemos algunas ideas, después de haber dado un pantallazo a la vida y obra de Milá, y hacemos referencia a esa parte de su obra que guarda un mayor parecido con el trabajo de Menéndez Pelayo, haciendo especial hincapié en lo referido a la teoría estética.

A final de 1857, publicados los artículos de la serie titulada “Estética”, los reúne en una obra titulada *Principios de Estética*, con la intención de que formen parte del programa de su asignatura en la Universidad.

En 1869, reelabora y aumenta su tratado y lo publica como primera parte de los *Principios de teoría estética y literaria*.

En 1877, agrupa todas las observaciones y titula la nueva obra *Principios de literatura general* e introduce el subtítulo: “Teoría estética y literaria”, para precisar la diferenciación de las nuevas informaciones aportadas.

Milá hace énfasis en que él no es filósofo pero desea ser un profesional de la enseñanza de la literatura (más allá de la investigación histórica) y se encuentra con el acento concedido a la estética en cuanto filosofía del arte, pero entre las doctrinas relativas a la belleza (la de Dios, la de la idea de lo bello, la de los objetos naturales, la del individuo, etc), la única parte inseparable, no reducible a ninguna otra, es la Teoría del Arte.

Milá remarcaba así que Hegel no hacía solamente un tratado de estética, porque su obra, era propiamente una teoría del arte²¹².

Ya en su juventud (1844) se refería a la natural y antigua alianza de la alta filosofía con la teoría poética modernamente restablecida y en esta relación basaba la posibilidad de dar un nuevo sentido a la fundamentación teórica de la literatura.

La Estética, entonces, pertenece al campo de la filosofía, pero destaca que se ha constituido progresivamente en la base o fundamento para los estudios artísticos y literarios.

²¹² En la tercera parte del presente trabajo, veremos que Menéndez Pelayo pasa por una evolución muy similar, al igual que sus contenidos e influencias, al proceso que estamos describiendo para Milá y Fontanals.

Seducido por las posibilidades que abría la disciplina estética en la orientación del gusto de un destinatario no especialmente formado en filosofía, Milá abordó esta materia, ya desde el Manual de Estética de 1848, traduciendo y adaptando a Cousin y especialmente los Principios de Estética de 1857 con las nuevas aportaciones que hizo a su obra.

De hecho, la investigación de una filosofía del arte, sin especulación metafísica convenía a la actitud ideológica de Milá, enfrente de ciertos autores como Schelling o ciertas interpretaciones de Kant y Hegel que no compartía, llamándoles reacción antimetafísica; que ocasionaban un cierto rechazo del estudio de la estética.

Milá vio la solución en la búsqueda del soporte en los principios de la *philosophia perennis*, es decir, en los que derivando de Leibniz, se concretan en la filosofía escocesa y que hacen posible un enfoque moderadamente ecléctico porque considera que cada etapa de la filosofía lleva dentro de sí las anteriores, y de forma latente a las futuras.

Con esta prudencia filosófica, Milá pretendía hacer viable el acceso a una teoría del arte que no facilitara interpretaciones inflexibles, exageradas y mezquinas y que no opacase la capacidad de libre creación y los criterios propios tal como entendía el arte, la preponderancia de la teoría podía llegar a ser perjudicial, pero reducida a sus límites, a sus principios, era necesidad casi absoluta.

Belleza, para Milá significa, designa la excelencia estética en general, es una idea primordial, fundamental, hermana de lo verdadero y de lo bueno.

Entiende que hay una identificación ontológica, originaria entre las manifestaciones éticas y las estéticas, es decir entre la bondad, la belleza y la verdad. De tal modo que delante de la belleza, a veces se suspende el juicio ético, lo cual no supone que no haya al menos una verdad hipotética y una verdad parcial. Por otro lado, objeta que si verdad y belleza fuesen siempre juntas, el mejor juicio histórico sería el juicio estético. Estas reflexiones se refieren a la impresión ética y estéticas que los objetos de la realidad producen en el hombre y al juicio que se forma de esta impresión.

Analiza las facultades que mueven a la creación a partir del juicio-sentimiento de la realidad, que coinciden con la denominación de Hegel (imaginación, genio, inspiración) y en algunos planteamientos fundamentales.

En la tercera parte de la obra, que contiene tres grandes capítulos ("de las obras artísticas", "de las formas del arte", "de las reglas artísticas") se aborda la definición del arte, es decir, de la realización de los objetos a estudiar bajo la luz de la estética objetiva artística, como realización de la belleza por el hombre, como creación activa.

Establecida la definición, se presenta al arte como manifestación que ha de reunir las condiciones de belleza y de bondad, en coherencia con los criterios de finalidad del arte y como rechazo final del arte por el arte.

Se ocupa del ideal en el arte, las épocas del arte y la clasificación de las artes: las divide en ópticas, artísticas y de saltación (danza).²¹³

“el arte comprende las diferentes bellas artes.

Aunque todas las bellas artes tratan de realizar la belleza, se diferencian entre sí por los medios de que se valen y por los límites a que cada medio respectivo las sujeta.

... las bellas artes se dividen en artes ópticas, o de la vista y en artes acústicas o del oído. Las primeras son artes del espacio o de partes coexistentes y las segundas artes del tiempo o de partes sucesivas.

Las artes ópticas son:

La arquitectura, que es el arte que se vale de las formas ópticas, sólidas no imitativas.

La escultura, que es el arte que se vale de formas ópticas sólo imitativas.²¹⁴

2.4. Panorama del conjunto de su obra

Enrique Sánchez Reyes²¹⁵ entiende la obra de Menéndez Pelayo como conjunto, como forma de representar la personalidad de España en todos los aspectos, pero más específicamente en el sentido religioso, literario y artístico.

“La obra de Menéndez Pelayo, desde los tanteos de su mocedad hasta los serenos días de su vejez prematura, tiende en

²¹³ Incluimos este texto, no sólo para observar la similitud en el contenido de la teoría estética de Menéndez Pelayo que desarrollamos en el siguiente capítulo, sino también para ver la semejanza en el estilo de la escritura de ambos, en estos temas de estética.

²¹⁴ Pedro Aullón de Haro. *Estética y teoría literaria de Manuel Milá y Fontanals*. Editorial Verbum. Madrid. 2002. 290p.

²¹⁵ Enrique Sánchez Reyes con la obra mencionada que se publica con motivo del centenario del nacimiento de Menéndez Pelayo, se presenta como una actualización de la figura de Don Marcelino. Aunque fue publicado más tarde, constituye una puesta al día del valor del gran polígrafo montañés. La perspectiva del autor, es la de alguien que escribe desde la Biblioteca que Menéndez Pelayo como Director Honorario, por lo que tiene muy frescos, no solamente la abundante bibliografía, sino también el contexto espacial en el que se desarrolló Don Marcelino.

conjunto a la comprensión del genio nacional y de los inmortales destinos de España”²¹⁶

Los primeros escritos de la obra de Don Marcelino ya denotan el interés por el amor a España y las ganas de investigar sobre su genio y sus destinos. Ya desde la publicación de la Historia de las Ideas Estéticas, el año 1892, sus grandes obras adquieren más unidad y están consagradas principalmente al aspecto literario.

Además de esta gran obra que centra buena parte de nuestro trabajo, Menéndez Pelayo dio también a la prensa otros estudios menores: discursos, prólogos y artículos de revista, labor recogida en los siete volúmenes de los “Discursos de crítica histórica y literaria” y en los tres volúmenes de “Varia”, en la edición nacional de las Obras completas del maestro, ordenada a Enrique Sánchez Reyes y editada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas. Al comienzo se trataba de la recopilación de unos veinte trabajos en la Colección de Escritores Castellanos, y finalmente fueron recopilados casi hasta el centenar.

Los dos primeros libros publicados, sin contar el opúsculo sobre la novela entre los latinos –su tesis doctoral- son los Estudios Poéticos y el Horacio en España. En estas dos primeras obras, ya se aprecia el poeta que desde niño quiso ser y el latinista, formado en la clase de D. Francisco de Ganuza, en el Instituto de Santander.

Las poesías de Menéndez Pelayo, que casi nunca han sido tomadas muy en cuenta, quizás por el peso específico de su gran obra, forman los tomos LXI y LXII de la Edición nacional de sus obras y el Horacio en España está incluido en la parte que alfabéticamente le corresponde en los diez tomos (XLIV- LIII) de la Bibliografía Hispano-Latina Clásica de esta colección.

En Barcelona es donde nació su afición a la bibliografía, al lado de su tutor Luanco, y con ella, la Biblioteca de Traductores Españoles, que no dio a la imprenta y que se han publicado póstumamente en los tomos LIV-LVII de las Obras Completas.

La Biblioteca de Traductores viene a ser como el comienzo y origen de la Bibliografía Hispano Latina Clásica. Ésta es su gran obra de humanista que ocupó toda la vida de Don Marcelino.²¹⁷

²¹⁶ Enrique Sánchez Reyes. Menéndez Pelayo: su época, su obra, estudio de la Historia de las Ideas Estéticas. Edit. Teide. Madrid. 1962. p. 104

²¹⁷ Menéndez Pelayo confiesa en un momento de madurez de su obra, acerca de la Biblioteca de Traductores Españoles: “antes de salir de las aulas universitarias en 1873, formé el proyecto de una Biblioteca de traductores españoles ampliando y continuando el meritorio Ensayo de Don Juan Antonio Pellicer. Después concebí un plan más vasto, y los traductores vinieron a quedar como una parte secundaria de la obra que imaginé con temeridad juvenil”.

La Bibliografía Hispano-Latina es obra genial, aunque no está concebida para que sea leída seguidamente. Partiendo del autor, y no del traductor, se dan noticias sobre los códices de las obras que han existido o existen en España, o hechas por españoles, aunque hayan sido editados en el exterior; de los comentarios y trabajos críticos de cualquier género en que hayan intervenido los latinistas españoles; de las traducciones totales o parciales en cualquiera de las lenguas y dialectos peninsulares y por último, de la influencia que el escritor de quien se trate, haya ejercido en la literatura española y del reflejo que de sus obras haya quedado en la de nuestros ingenios

Presentamos una breve referencia a aquellas obras que poseen un mayor contenido filosófico y estético, y que han sido más citadas en nuestro trabajo. La Historia de las Ideas Estéticas en España, no aparece en esta relación, puesto que de ella damos noticia más detallada en el capítulo referido a Menéndez Pelayo y la Estética.

2.4.1. Historia de los Heterodoxos Españoles

- Plan de la obra

El joven Marcelino ya se había hecho famoso con sus Polémicas sobre la Ciencia Española, pero al aparecer el primer turno de la Historia de los Heterodoxos, la sorpresa fue enorme ante los ojos de sus contemporáneos por la precocidad de su autor. A partir de ahí empezó a formarse una leyenda al estilo de los héroes de la antigüedad, leyenda que perdura hasta nuestros días, en pleno siglo XXI. Afirma en este sentido, Don Enrique Sánchez, el eco de lo que se siente y se escucha en la ciudad.²¹⁸

Menéndez Pelayo publica a los diecinueve años el prospecto de una obra religiosa, de la que tenía ya redactados los dos primeros capítulos y de la que el censor eclesiástico. D. Vicente de la Fuente afirma que es de admirar la calidad de dicha obra, en alguien que no había hecho estudios de Sagrada Escritura. Con capacidad por tanto para analizar, clasificar, depurar, y proceder con equilibrio ante materias tan difíciles.

²¹⁸ Sánchez Reyes menciona estas palabras, que realmente eran y continúan siendo el eco de la ciudad de Santander, ante el recuerdo de Don Marcelino: “él leía dos páginas a un tiempo, una con cada ojo, retenía fielmente libros enteros y decía de memoria hasta la página en que se hallaban las cuestiones en ellos tratadas, sabía el lugar y signaturas de cualquier volumen de la Biblioteca Nacional y no había conocimiento humano sobre el que no pudiera sentar cátedra. Su sabiduría se hizo proverbial y comenzó a estereotiparse la frase: el inmortal autor de los heterodoxos, y hoy es el día en que Menéndez Pelayo continúa y continuará siendo por mucho tiempo, principalmente el autor de los heterodoxos”. (Recordado por Sánchez Reyes en la obra mencionada).

La Historia de los heterodoxos, proporciona mucha información de primera mano, recogida en bibliotecas españolas y extranjeras. Pero no es una mera enumeración de datos, de herejías... sino una perfecta vertebración de creencias mostrando las relaciones que han tenido entre sí y sus efectos, al mismo tiempo que una crítica a dichas doctrinas.

La obra por tanto no se limita a exponer disidencias heterodoxas que se hubieran podido dar en el devenir histórico, sino que estudia también las artes mágicas, astrológicas y judiciales, las sectas de alumbrados y falsos místicos y otras iniciativas que en la época eran consideradas como desvíos del recto camino y atentados contra las normas de vida trazadas por la Iglesia Católica.

Buena parte de los ocho tomos de que consta en la Edición Nacional está dedicada al estudio histórico y doctrinal del protestantismo.

Un aspecto que se destaca en la obra, y en general en el talante de Menéndez Pelayo, incluida su etapa juvenil, es su admiración por los personajes de talento, y de aquellos que saben decir cosas originales. A lo largo de la revisión los Heterodoxos, Menéndez Pelayo se acusa a sí mismo haciendo referencia a la primera edición, de tono más visceral por haber sido escrita en su etapa juvenil.

“otro defecto tiene, sobre todo en el último tomo, y es la excesiva acrimonia e intemperancia de expresión con que se califican ciertas tendencias o se juzga de algunos hombres. No necesito protestar, que en nada de esto me movía un sentimiento hostil a tales personas. La mayor parte no me eran conocidas más que por sus hechos y por las doctrinas expuestas en sus libros o en su enseñanza. De casi todos pienso hoy lo mismo que pensaba entonces, pero si ahora escribiese sobre el mismo tema, lo haría con más templanza y sosiego, aspirando a la serena elevación propia de la historia, aunque sea contemporánea, y que mal podía esperarse de un mozo de veintitrés años, apasionado e inexperto, contagiado por el ambiente de la polémica”²¹⁹.

El criterio de exposición de los Heterodoxos, es el cronológico, como corresponde a una obra histórica, aunque no llevado con rigor tal que interrumpa la narración de los hechos y doctrinas íntimamente relacionados entre sí.

Gracias al bien conocido epílogo de la obra, llegamos a una serie de conclusiones:

²¹⁹ HIE. I.36-37.

- “a no estar dementado como los sofistas de cátedra, el español que ha dejado de ser católico, es incapaz de creer en cosa ninguna como no sea en la omnipotencia de un cierto sentido común y práctico, las más veces burdo, egoísta y groserísimo²²⁰”.
- Que la verdadera unidad política se la dio a España el catolicismo. “esta unidad se la dio a España el cristianismo. La Iglesia nos educó a sus pechos, con sus mártires y confesores, con sus Padres, con el régimen admirable de sus Concilios. Por ella fuimos nación, y gran nación, en vez de muchedumbre de gentes colecticias, nacidas para presa de la tenaz porfía de cualquier vecino codicioso.”²²¹

Los Heterodoxos españoles deben leerse en la edición del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, porque en ella se recogen las muchísimas notas que Don Marcelino dejó entre sus documentos personales para rectificaciones y ampliaciones de su obra y porque en la parte documental se insertan escritos que posteriormente han alcanzado ediciones muy depuradas, algunos que él quiso publicar y no halló entonces a mano, y otros que publicó después en revistas científicas y no habían sido incluidos ni en la primera ni en la segunda edición de esta historia.

La edición del Consejo tiene además ciertos índices bien ordenados, onomástico, de materias, elaborados por Don Ángel González Palencia.

2.4.2. Antología de Poetas Líricos Castellanos

Consta de diez tomos, que a grandes rasgos contienen todo lo referido a la Poesía en la Edad Media, (tomos del I al V). Los tratados de los Romances Viejos (tomos VI y VII); los Romances viejos castellanos (tomo VIII y IX), y el Boscán (Tomo X).

A modo de prólogo de una Antología de poetas líricos castellanos que el editor, señor Navarro comenzó en 1888 y fue publicada en 1890, en la Biblioteca Clásica, fue apareciendo a retazos y entremezclada con una antología poética. Esta obra que está concebida y desarrollada con unidad absoluta de plan y de método que respondía a un plan de Historia de la literatura española que Menéndez Pelayo tuvo siempre el propósito de escribir.

La obra está dividida en tres partes: primera, Historia de la poesía española en la Edad Media; segunda: Tratado de los romances y tercera: el Boscán.

²²⁰ HHE. VII. 508-509

²²¹ *Ibidem*. 506.

Con el título de *Lírica Castellana* y el que le tendría que seguir sobre *Poesía épica*, con la *Historia de la poesía hispanoamericana desde sus orígenes hasta 1892*, excluyendo a los poetas vivos aún, y los *Orígenes de la Novela*, a modo de introducción, encaminando un amplio tratado acerca del género novelístico nacional, con los trabajos sobre el teatro, la *Celestina*, Torres Naharro, Lope, Tirso, Calderón, etc. de haberse completado el plan, hubiera quedado como un gran fundamento a la *Historia de las Ideas Estéticas*, gran homenaje a las letras hispanas con el que soñaba Don Marcelino.

El término de esta *Historia de la poesía lírica*, había de fijarse también en la generación con que su autor convivía. Si Menéndez Pelayo se ocupó algunas veces de escritores coetáneos, como podemos comprobar en los siete volúmenes de los *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria (CHL)*, fue siempre sin mucho interés y más bien arrastrado por los compromisos oficiales y amistosos.

Intentó tener en cuenta Menéndez Pelayo, la perspectiva histórica con todo lo que ello conlleva de crítica serena e imparcial; el tamizado de acontecimientos, actitudes y tendencias.

Por la muerte de su autor, la obra quedó inacabada al terminar el tomo XIII correspondiente al Boscán. Los siguientes previstos estaban dedicados a Garcilaso, para los que tenía Don Marcelino algunos materiales conservados en la Biblioteca de Santander.

La casa editora se propuso continuar la *Antología* después de muerto Menéndez Pelayo, y le encargó la obra a uno de sus más entrañables amigos y admiradores, el erudito Rodríguez Marín, aunque él por modestia no quiso aceptar.

2.4.3. Orígenes de la Novela

Surge de alguna manera, como continuación, complemento y rectificación de algunos de sus volúmenes, de la antigua Biblioteca de autores españoles, editada por Don Manuel de Rivadeneyra. Así empezó Menéndez Pelayo la publicación de una Nueva biblioteca de autores españoles.

La colección comienza por una extensa introducción sobre los orígenes de nuestra novela, que ocupa todo el primer volumen. En los tomos siguientes, ya aparecen textos novelísticos medievales y con el tomo XXI que no llegó a ser publicado pensaba terminar su largo estudio preliminar, es decir, la *Historia de los orígenes de la novela*, el estudio de las manifestaciones novelísticas anteriores a Cervantes. Es por tanto como otras obras suyas, un trabajo inacabado, que en la Edición Nacional consta de cuatro volúmenes, a los que se hubieran añadido uno más si su autor hubiera

podido completar el estudio que traía entre manos. Además, estaba previsto otro volumen dispuesto por D. Enrique Sánchez en el que se incluyen los apéndices relacionados más íntimamente con esta obra: la novela entre los latinos, (su tesis doctoral), y el Prospecto de la nueva biblioteca de autores españoles, redactado por él, aunque salió como anónimo o como de la casa editora.

Otros estudios sueltos relacionados con éstos se encuentran en la colección denominada Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, publicada también en la Edición nacional.

El título “Orígenes de la novela española” es engañoso en cuanto que Don Marcelino se remonta a los antecedentes clásicos griegos y latinos así como a la influencia de la novelística oriental, italiana y francesa.

Algunos contenidos de dicha obra, que creemos especialmente notables son los siguientes:

- Libros de Caballería. Aparición en España. Libros de caballería indígena.
- La Celestina y sus imitaciones.
- La novela entre los latinos.

2.4.4. La Ciencia Española

Obra que surge con ánimo apologético, sugerida por su profesor e íntimo amigo Don Gumersindo Laverde. La motivación explícita surge a partir de una llamada de Don Gumersindo Laverde, que fija su atención en una serie de artículos de un tocayo suyo, Don Gumersindo de Azcárate, en los que encuentra una serie de párrafos como éste que señalamos, de la Revista de España:

“según que, por ejemplo, el estado ampare o niegue la libertad de la ciencia, así la energía de un pueblo mostrará más o menos su peculiar genialidad en este orden y podrá darse el caso de que se ahogue por completo su actividad, como ha sucedido en España durante tres siglos”²²²

Se refería el Sr. Azcárate a los siglos XVI, XVII y XVIII.

Don Gumersindo Laverde alerta a Menéndez Pelayo joven, expresándole la importancia de esclarecer tal ámbito y le invita a que con su sabiduría y su dominio de expresión pudiera elaborar un trabajo que deseche tales opiniones acerca de la incapacidad histórica española en el ámbito científico y le anima también a emprender

²²² Revista de España. N° 1914.

una cruzada cultural y educativa cuya finalidad sea hacer que los españoles conozcan la literatura científica y la producción española, antes que la extranjera.

Don Marcelino escribe el artículo de contestación a Azcárate que pedía Laverde y con esto comienza la Polémica sobre la Ciencia Española. Después aparece el crítico literario Don Manuel de la Revilla a quien Menéndez Pelayo contesta en dos nuevos artículos, que recogidos en un volumen, lo deja preparado para la imprenta antes de emprender su viaje.

Buena parte de la Polémica sobre la Ciencia española la escribió Menéndez Pelayo desde el extranjero, sin libros españoles a mano, lo que le da mayor autoridad moral a dicha obra.

La Polémica es sintetizada por Sánchez Reyes, afirmando que en el fondo no es más que la repercusión entre ciertos españoles de la leyenda negra, fraguada contra nuestra patria. La idea de Azcárate sobre la impotencia intelectual española es una buena muestra de los prejuicios expresados por esta leyenda, al afirmar que en España no prosperó ninguna clase de ciencia entre los siglos XVI y XVIII, ya que las plumas españolas no se podían mover libremente bajo el absolutismo real y el de la Inquisición. Azcárate se retiró inicialmente de esta polémica y no intervino más que tardía y brevemente para hacer una serie de concesiones, ante las cartas aclaratorias de Menéndez Pelayo.

Los que propugnan por la tesis de Azcárate son los señores Manuel de la Revilla y don José del Perojo, que acaban siendo muy amigos de Don Marcelino, este último, incluso le ofrece las páginas de la Revista Contemporánea para que colabore con ella. El tono de la polémica fue cambiando poco a poco en nuestro autor por un estilo más expositivo en el que va detallando las aportaciones que España había llevado a la ciencia en todas las ramas del saber.

Éste fue, sin quererlo, el inicio de la obra, pero debido al éxito obtenido por su autor y animado siempre por Laverde, fue motivado a ir ensanchando el campo con esas monografías expositivo-críticas, sobre diversos temas filosóficos y pedagógicos.

La Ciencia Española, pues, va adquiriendo volumen con artículos como el De re bibliographica, Monografías expositivo-críticas, Fox Morcillo, etc. Cualitativamente hablando, hay una segunda parte de la Ciencia Española que nada tiene que ver con la recién planteada. Ahora se refiere a la filosofía tomista.

Don Marcelino no pretende desde luego, desvalorizar el tomismo, sino colocarlo en el lugar que cree le corresponde, pues no está dispuesto a admitir las teorías tan dogmáticas y exclusivistas expuestas por Don Alejandro Pidal acerca de la filosofía de Santo Tomás. En este caso la polémica adquiere un tono cortés por ambas partes, pero cuando todo parecía olvidado, el dominico P. Fonseca, publica un

provocador alegato contra Don Marcelino, muy duro en sus expresiones. Éste, en plena juventud (veinticinco años), le replica en su *Contestación a un filósofo tomista*. Se van dando así una serie de réplicas y contrarréplicas.

En la primera de estas Polémicas, dirigida principalmente contra los krausistas, Menéndez Pelayo recupera a muchos de nuestros filósofos olvidados y fomenta su estudio en los diferentes escenarios académicos. Se va difundiendo poco a poco el estudio de la Historia de la filosofía española, comenzando por la Universidad de Madrid.

Fue un momento histórico de discusión apasionada por parte de todos los que integraban tales polémicas, el mismo Laverde que tenía fama bien ganada de profesor pacífico le anima a Menéndez Pelayo en algunas afirmaciones, “no sea usted tímido en establecer relaciones entre filósofos y filósofos a poca probabilidad que ofrezcan, hay que agitar los espíritus con afirmaciones atrevidas”²²³

“es preciso dar color y figura a la Escuela vivista, sacándola, como quien dice, de la cantera en que está empotrada y confundida. La luliana y la suarista, tienen en la historia contornos bien distintos y determinados”²²⁴

Valera usa un tono más conciliador, sin dejar de concederle la importancia que tiene, a la Filosofía española:

“Quiero que llevemos adelante nuestro empeño de resucitar el genio español castizo, lo quiero con igual ardor que usted, con el mismo enamorado patriotismo; pero seamos prudentes y no ponderemos demasiado, haciendo más difícil o tal vez imposible la victoria de querer que sea completa...”²²⁵

Los estudios que aparecen en *La Ciencia Española* llevan por título:

- De Re bibliographica, en el que se defiende la idea de promover la confección de monografías bibliográficas y monografías expositivo-críticas sobre cada rama de la ciencia, que tienen un cierto valor en España. Se pide la creación de nuevas cátedras en los doctorados de las facultades, con otras instituciones encaminadas al mismo propósito.
- El estudio sobre Fox Morcillo, el armonizador de las doctrinas platónicas y aristotélicas.

²²³ Carta de Gumersindo Laverde. 28 julio 1876. Epistolario. II.

²²⁴ *Ibidem*.

²²⁵ Carta de Valera, 10 Octubre 1887. Epistolario. VIII.

- Los artículos sobre la Antoniana Margarita, de Gómez Pereira. Sobre esta obra, considera Menéndez Pelayo que el autor se anticipa a Descartes formulando el principio “nosco me aliquid noscere, et qui- quid nosat est; ergo ego sum”.
- Los trabajos sobre Raimundo Sabunde y Raimundo Lulio. Éste último es un discurso electoral, al ser nombrado como diputado por Palma de Mallorca.
- Esplendor y decadencia de la cultura científica española, recogido en la Polémica sobre la ciencia española.
- El inventario bibliográfico de la ciencia española, que ocupa el tercer volumen en la edición nacional de las Obras Completas.

2.4.5. Ensayos de Crítica Filosófica

Ocupa el tomo XLIII de la Edición Nacional de las obras de Menéndez Pelayo. Contiene una advertencia, once discursos y un apéndice. Se trata de un conjunto de ensayos, escritos para finalidades diferentes, contestaciones a discursos, prólogos, conmemoraciones, etc. Junto con la Historia de las Ideas Estéticas, es quizá la obra (aunque breve), con más contenido filosófico de toda su colección, aunque como hemos dicho y se ve claramente en las notas a pie de página, hay muchas obras implicadas en el seguimiento filosófico y estético de Marcelino Menéndez Pelayo. Los ensayos en concreto son los siguientes:

- I. De las vicisitudes de la filosofía platónica en España (1889). Discurso leído en la Universidad central en la solemne inauguración del curso académico 1889-1890.
- II. De los orígenes del criticismo y del escepticismo, y especialmente de los precursores españoles de Kant. Discurso de recepción leído en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas el 15 de Mayo de 1891.
- III. Algunas consideraciones sobre Francisco de Vitoria y los orígenes del derecho de gentes: contestación al discurso de entrada de Don Eduardo de Hinojosa en la Real Academia de la Historia, el 10 de Marzo de 1889.
- IV. Apuntamientos biográficos y bibliográficos de Pedro de Valencia. 1875.
- V. Raimundo Lulio. Prólogo de la edición del “Blanquerna”, de Lulio, publicada en Madrid en 1883, por la Biblioteca de la Revista de Madrid.
- VI. La Iglesia y las escuelas teológicas en España. Discurso pronunciado en la sesión del Primer congreso católico nacional español de Madrid. 2 de Marzo de 1889.
- VII. Examen crítico de la moral naturalista. Contestación al discurso de recepción del Excmo. Sr. Don Antonio Mena y Zorrilla, leída en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, el 11 de Diciembre de 1892.

VIII. El filósofo autodidacto, de Abentofail. Prólogo a la traducción de Pons Boigues. 1900.

IX. Algazel. Prólogo a un libro de Don Miguel Asín. 1901.

X. Dos palabras sobre el centenario de Balmes. Discurso leído en la sesión de clausura del Congreso internacional de apologética, el día 11 de septiembre de 1910.

XI. Contestación al discurso de ingreso de Adolfo Bonilla en la Real Academia de la Historia (1911).

APÉNDICE: La académica o del criterio de verdad de P. de Valencia.

Los Ensayos de crítica filosófica se conciben de la siguiente manera: En una carta que escribe el 16 de septiembre de 1891 a su amigo Leopoldo Alas, Menéndez Pelayo ya menciona este libro: “Quisiera también hacer un tomo de Ensayos de crítica filosófica con el discurso inaugural de la Universidad, el de la Academia de Ciencias Morales y alguna otra cosilla”.

Edición necesaria en unos tiempos en los que la alternativa al impreso era el manuscrito:

“He perdido esperanza de encontrar mi discurso inaugural sobre el platonismo en España, pero esto nada importa, porque he mandado á la imprenta el único ejemplar que tenia para que con él se encabece un tomo de Ensayos de crítica filosófica. En cuanto tenga pruebas de dicho discurso, se las enviaré á Vd”.²²⁶

Dos meses después no le envía las pruebas sino el original:

“Por el correo de ayer habrá Vd. recibido el único ejemplar que he podido lograr de mi discurso inaugural sobre la filosofía platónica en España. Es el mismo que antes he mandado á la imprenta para la reimpresión que estoy haciendo de varios ensayos míos de crítica filosófica. En ésta reimpresión he añadido, al revisar las últimas pruebas, algunas notas que comunicaré á Vd. oportunamente: una de ellas se refiere al Dr. Guardia”²²⁷.

Aquella primera edición de los Ensayos de crítica filosófica, publicada la Colección de Escritores Castellanos (Madrid 1892, 397 págs.), comprende sólo tres trabajos: De las vicisitudes de la filosofía platónica en España, De los orígenes del criticismo y del escepticismo y especialmente de los precursores españoles de Kant, y

²²⁶ Menéndez Pelayo a Pierre Henry Cazac, (19 marzo 1892). Epistolario. XI.

²²⁷ *Ibidem* Madrid, 16 de mayo 1892.

Algunas consideraciones sobre Francisco de Vitoria y los orígenes del Derecho de Gentes.

La segunda edición de los Ensayos de crítica filosófica se corresponde con el tomo 9 de las Obras Completas (Madrid 1918, 401 págs.), y se publicó seis años después del fallecimiento de su autor, en edición preparada por Adolfo Bonilla San Martín. Se recopilan en ese volumen once trabajos, los tres de la primera edición a los que se añaden los numerados del 4 al 11

La tercera edición apareció en 1948, como volumen 43 de la Edición Nacional, y sólo añade un texto al contenido de la edición dispuesta por Bonilla, la versión inédita y no terminada de La Académica o del criterio de la verdad, de Pedro de Valencia.

2.4.6. La Polémica sobre la Ciencia Española

A pesar de que ya ha sido brevemente descrita dicha polémica, cuando hemos hecho un repaso a las obras de Menéndez Pelayo de mayor contenido filosófico, creemos importante hacer una mención aparte, debido a la consistencia de esta discusión que mantuvo Don Marcelino con eminentes representantes del pensamiento de la época, y también porque es una forma de caracterizar una etapa de la vida y obra de nuestro autor, así como la importancia misma que adquiere su pensamiento, desde este acontecimiento.

El ambiente se forma a partir del desarrollo del positivismo que corrigió el rumbo metafísico del krausismo, haciéndole abocar hacia una mentalidad científica que invadía Europa y que era un signo de identificación con la realidad. Ello produjo importantes resultados en el ámbito de la investigación, la docencia y los métodos pedagógicos. Así se dio una recuperación de la ciencia española que afectó a los diferentes ámbitos de ésta y, de alguna manera, la ciencia española se puso al ritmo de la europea.

Este fenómeno no fue debido tanto al esfuerzo del krausismo y el positivismo, sino más bien a la puesta en marcha de la Institución Libre de Enseñanza. Se desarrollaron diversas ciencias como la medicina con Ramón y Cajal al frente, las matemáticas, la astronomía, la física, química, bioquímica, biología, botánica, antropología física, etc. De todos modos el avance respecto a Europa fue un tanto inferior. El avance científico fue siempre cosa de pocos que empeñaron su esfuerzo personal sin el reconocimiento social por su trabajo. Esta frágil instalación de la ciencia en España se resentía de los cambios sociales y políticos y fue motivo de polémica entre los pensadores españoles acerca de sus causas y de cómo ponerle remedio.

- Antecedentes

Los antecedentes lejanos de la polémica hay que situarlos en Francia, a consecuencia de unas declaraciones hechas por Nicolas Masson de Morvilliers²²⁸ en un artículo que publicó en la Enciclopedia Metódica (París, 1782)²²⁹.

Esta polémica fue debatiéndose hasta que un siglo después, volvió a recrudecerse bajo la perspectiva de la relación entre religión y ciencia planteada en pleno siglo XIX en el seno de la cultura occidental. Tuvo una especial incidencia en España por cuanto su tradicionalismo religioso era más consistente que en el resto de Europa. El problema era dilucidar si la fe católica tradicional española era la responsable o no de la degradación del estado de la ciencia en España.

Primera parte. Menéndez Pelayo frente a Gumersindo de Azcárate.

Cuando el joven Menéndez Pelayo se enfrentó a Azcárate y otros krausistas, no lo hizo con afán hostil. Más bien trató de demostrar que catolicismo y ciencia son compatibles. Pero lo hizo con ciertas formas poco delicadas de las que después se arrepentiría. Esta primera etapa comenzó en abril de 1876, y duró hasta septiembre. El texto publicado por Don Gumersindo en la Revista Española decía así:

“según que, por ejemplo, el estado ampare o niegue la libertad de la ciencia, así la energía de un pueblo mostrará más o menos su peculiar genialidad en este orden y podrá hasta darse el caso de que se ahogue casi por completo su actividad, como ha sucedido en España durante tres siglos”²³⁰.

²²⁸ Nicolas Masson de Morvilliers (Morvilliers en Lorraine, 1740 - París, 1789) fue un enciclopedista y escritor francés. Se trasladó muy joven a París, donde realizaría sus estudios de derecho. No ejerció nunca su profesión y acabó siendo secretario general del duque de Harcourt, gobernador de Normandía. Participó en la redacción de la Encyclopédie méthodique, una enciclopedia en 206 volúmenes, en la que, junto a Robert de Vaugoudi realizó además el Dictionnaire de la géographie moderne. Masson de Morvilliers es especialmente conocido por haber realizado la pregunta ¿Qué se debe a España? Desde hace dos, cuatro, diez siglos, ¿Qué ha hecho España por Europa?, en la que la respuesta implícita es «nada». Hay que señalar que Morvilliers habla solamente de la ciencia, a pesar de que en el texto original mencione el arte, y también que acaba con «Con un esfuerzo más, ¿quién sabe hasta qué punto puede elevarse esta estupenda nación?». [2] Sin embargo, el texto fue entendido desde el comienzo como un ataque directo a la civilización hispana y provocó airadas reacciones desde España.

²²⁹ “Hoy, Dinamarca, Suecia, Rusia, la misma Polonia, Alemania, Italia, Inglaterra y Francia, todos estos pueblos, enemigos, rivales, todos arden de una generosa emulación por el progreso de las ciencias y de las artes. Cada uno medita las conquistas que debe compartir con las demás naciones; cada uno de ellos, hasta aquí, han hecho algún descubrimiento útil que ha recaído en beneficio de la humanidad. Pero ¿qué se debe a España? Desde hace dos siglos, desde hace cuatro, desde hace seis, ¿qué ha hecho por Europa?” (Manuel Suances Marcos. Historia de la filosofía española contemporánea .Edit. Síntesis. Madrid. 2006. p. 162)

²³⁰ Revista Europea .Madrid, 28 de enero de 1877 año IV, tomo IX. número 153, páginas 115-117

La idea asumida en este texto era aceptada en el ambiente de la época, pero Menéndez Pelayo, movido por la invitación de su maestro Laverde, respondió, tratando de demostrar la capacidad científica del catolicismo para la investigación, exponiendo con gran detalle la contribución española de la teología, filosofía y en general de las ciencias humanas y naturales.

Don Marcelino interpreta que los tres siglos mencionados por Azcárate son el XVI, XVII y XVIII, a pesar de que Don Gumersindo en realidad se refería a los tres últimos siglos, incluido el XIX. El hecho es que Menéndez Pelayo afirma que los krausistas consideran nula la actividad española hasta que Sanz del Río importa la doctrina del racionalismo armónico. La embestida contra Azcárate es contundente, Don Marcelino echa mano de su acopio cultural e histórico y muestra una inacabable lista de autores y títulos que parecen avasallar al adversario.

- Segunda parte: enfrentamiento con Manuel de la Revilla.

A partir del diálogo escrito mantenido con Azcárate, otros pensadores krausistas, se incluyen en la polémica. Pero en el fondo de la cuestión el problema debatido no era tanto el de la ciencia española, sino el tema de España, la patria que en aquellos momentos (coincidiendo con la próxima crisis del 98) estaba en decadencia. Menéndez Pelayo polemiza con los que achacan a la iglesia católica, por su intolerancia religiosa, la decadencia nacional. Cada bando nacional proyecta sobre el mapa con pretensión exclusivista, la propia imagen de España que defiende.

“en nombre de España, Menéndez Pelayo dirá, en Revista Contemporánea, que la otra no es España, aunque sus miembros sean españoles y, si lo son, lo son por equivocación, por su empresa anticatólica y antiliteraria. En nombre de la otra España replicará Revilla diciendo que Menéndez Pelayo es “enemigo implacable de la civilización y de la patria”²³¹.

La polémica referida a la ciencia española, pasa ahora a manos de Revilla contra Menéndez Pelayo, se centraba en destacar la exuberante aportación española en literatura y la escasa o nula en ciencia. Por lo que respecta a filosofía, no puede ser más pesimista, excepto la escolástica, no señala algo que mereciera la pena. Todo es resultado a juicio de Revilla, de *nuestra intolerancia religiosa*.

Esta postura de Revilla irritó tanto a Menéndez Pelayo que respondió de nuevo en la Revista Europea, afirmando rotundamente que existe una filosofía española autóctona que se desarrolla en tres grandes corrientes: el lulismo, el vivismo y el suarismo.

²³¹ Manuel Suances Marcos. Historia de la filosofía española contemporánea. Ed. Síntesis. Madrid. 2006. P.166.

En ese momento intervino Nicolás Salmerón apoyando a Revilla, reconocía que existen genios místicos españoles, pero que la mística no es filosofía, y que los llamados filósofos españoles son figuras de tercera fila, seguidores de los grandes sistemas filosóficos europeos. Entonces surgió en los escritos, el director de la Revista Contemporánea, José del Perojo, aportando la condena a la Inquisición como causante de esta situación.

Tercera parte: enfrentamiento de Menéndez Pelayo con los escolásticos Alejandro Pidal y el P. Fonseca.

Aparece ahora una nueva vía de polémica, no ya con los krausistas, sino con la derecha tradicionalista. Alejandro Pidal y Mon empezó elogiando la postura de Menéndez Pelayo, pero mostró su total desacuerdo con esa filosofía específica que él anunciaba. La razón fundamental era que los filósofos en general, no pertenecen a ninguna nación, que la filosofía no entiende de fronteras. Ahora bien, los filósofos españoles sólo han coincidido en una cosa, en la fe católica. Para Pidal y Mon, la única filosofía en España que ha aportado algo a la filosofía perenne es la escolástica y ésta, - dirá con énfasis- es la única filosofía. Lo demás, han sido contribuciones de algunos pensadores españoles a la única filosofía existente, la escolástica. De paso critica la interpretación que hace Menéndez Pelayo de la historia, especialmente el concepto positivo de la historia del Renacimiento español.

La respuesta de Menéndez Pelayo fue contundente, se puede resumir en estos razonamientos:

- Existe una filosofía española con rasgos propios constitutivos, diferenciados de la alemana o de la francesa.
- Considerar a la filosofía escolástica como verdad absoluta es un abuso, en todo caso sería la fe la que exige una adhesión incondicional, no la filosofía.

Ante esta intervención, se introduce en la polémica, el dominico Fonseca, que reclamaba la compatibilidad entre Tomás de Aquino y Donoso Cortés. La contestación de Don Marcelino fue relativizar el absolutismo escolástico respecto a Santo Tomás, reconociendo sus méritos e impugnando el sectarismo de Fonseca.

Azcárate que se había retirado de la polémica desde el primer momento, por no parecerle demasiado digna, el tema de España le parecía muy delicado, para no provocar más rupturas de las que ya había. Poco a poco el propio Menéndez Pelayo fue cuidando mucho más sus formas, sin perder la defensa del fondo de su contenido.

- Conclusión: posiciones al fin de las polémicas:

El krausismo:

Gumersindo de Azcárate, Manuel de la Revilla, Nicolás Salmerón y José del Perojo, eran liberales y progresistas, como corresponde a su ideología. En primer lugar, niegan el valor histórico de la cultura española, y en segundo, ven la necesidad de implantar por tanto una cultura moderna que parta de cero para incorporar a España a la modernidad. Esta cultura estaría integrada por las corrientes filosóficas vigentes entonces en Europa: krausismo, positivismo, hegelianismo y cienticismo.

La derecha tradicionalista:

Representada por Pidal y Mon y el P. Fonseca, integristas católicos, antítesis de los krausistas. Su posición es intransigente, y ésta es la crítica que se repite por parte de Menéndez Pelayo. Los errores a que condujo su posición son fundamentalmente tres:

- el desprecio por la razón y la libertad, para atenerse sólo a la revelación, siguiendo a De Ronald y Lamennais, a quienes siguen fielmente Donoso Cortés y Vázquez de Mella. Consideran que la Revelación manifestó la verdad total y que todo lo demás son errores.
- el maniqueísmo ético que se desprende de esta postura, que lleva a considerar la cultura moderna como un mal sin remedio.
- el desconocimiento de la historia española. Cuando ataca al modernismo, desconoce que la mayor creación española de su Siglo de Oro es netamente moderna; que el derecho internacional como otro ejemplo, surgió de la Escuela de Salamanca con Vitoria a la cabeza.²³²

Postura de Menéndez Pelayo:

Decimos que es la postura intermedia. Es una posición equilibrada e independiente. Se atiene al conocimiento de la realidad nacional. Su gran acierto fue situarse en la realidad de su época, como única vía para acceder al pasado intelectual español. Así lo describe Laín Entralgo en la obra citada:

“la situación permanente de Menéndez y Pelayo, desde su aparición dentro del horizonte histórico español, fue superar católica y científicamente, dentro de una caliente fidelidad a Cristo y a la

²³² Es interesante la lectura de la descripción que realiza Laín Entralgo, en su obra: Menéndez y Pelayo. (Historia de sus problemas intelectuales. Madrid. Instituto de Estudios Políticos. 1944), donde analiza cuatro coincidencias entre los krausistas y los integristas: 1. La falta de preparación de ambos, que más que apoyarse en posiciones propias, se cuidaban de vigilar los puntos débiles del adversario. 2. El desconocimiento de la historia española. 3. La participación de ambos grupos, de una moral de impotencia y por tanto de falta de capacidad creadora que les obliga a acudir a propuestas extranjeras, para el pensamiento español. 4. Ambos carecen de conciencia y sentido histórico.

historia de España, la cruenta e inútil antinomia de la España del siglo XIX”²³³.

2.5. Juicios Generales sobre Filosofía

Menéndez Pelayo no se somete a una definición única sobre la filosofía, sino que dentro de considerar la importancia de la actividad como tal, del filosofar, entiende que la filosofía es una noble aspiración por alcanzar una síntesis suprema de lo diverso con lo idéntico. Es un intento de esclarecer mediante el esfuerzo intelectual, el principio que reduzca a la unidad, la multitud de diferencias; que concilie lo compuesto con lo simple, de tal manera que el conocimiento se organice en una sola e indivisible ciencia, cuyas leyes se extiendan a todo lo universalmente inteligible.

“el grande interés y la grande excelencia de la filosofía no estriba tanto en la solución cuanto en el trabajo de buscarla y en el generoso ejercicio del entendimiento perseguidor de la verdad”²³⁴

La unidad o síntesis de todas las ciencias es, en su realización suprema, un sueño magnífico y generoso. Esa unidad, esa ciencia trascendental sólo existe en la mente divina y sólo alcanzamos en esta vida terrenal, dispersos y múltiples reflejos. La constitución de una ciencia universal que llamamos ontología o metafísica.

“porque todo es diferente, tienen su razón debajo de ella (la metafísica), todas las ciencias particulares”²³⁵

Menéndez Pelayo no defiende el intelectualismo. Como todos los *ismos*, señala algo que es deforme. El reduccionismo del pensamiento filosófico a la actividad intelectual, racional, corre el peligro de llevar consigo cierta aridez de la mente y del corazón. En plena obra de madurez, Don Marcelino señala que:

“hay soberbia hosca y ceñuda, tan desapacible para el trato de gentes como contraria al ideal de una vida armónica y serena en que tengan su legítima parte todas las formas de la actividad humana”²³⁶

Asimismo es grave error, tratar con menosprecio las ideas sutiles, precisas provenientes de las obras de los teólogos y filósofos. En ciertas épocas ha sido muy grave para la evolución y el progreso de la filosofía y de la ciencia, el divorcio entre la práctica y la especulación; cuando la práctica da la espalda a la teoría o viceversa.

²³³ Pedro Laín Entralgo. Menéndez Pelayo, Historia de sus problemas intelectuales. Madrid. 1944.p.12.

²³⁴ CE.II.369

²³⁵ *Ibidem*.

²³⁶ ECF. 368

“y el dejar entregadas a la arbitrariedad de los empíricos a la rutina de los leguleyos, al instinto más o menos falaz de los hombres de acción, cosas tan altas como la moral, el derecho y la política”²³⁷

La actividad científica en general, es tarea de una comunidad (hoy se abusa mucho de la expresión comunidad científica) y en este sentido, Don Marcelino es partidario de defender la idea de que es más saludable para la propia ciencia, el trabajo escondido de muchos sabios modestos y útiles que el de un solo genio.²³⁸

En la ciencia, como en la filosofía, colaboran los individuos modestos y sencillos, las naciones opulentas y las humildes. Su confección no debe prestarse a ninguna clase de especulación que obedezca a intereses políticos, sino a especulaciones de tipo científico. En cualquier caso la cultura de un pueblo es una labor esencialmente colectiva.

Los fundamentos de la ciencia permanecen inamovibles, aunque en buena parte de la comunidad no quiera reconocerlo. La ciencia –de manera general- es progresiva, y de esto es consciente el mismo Séneca,

“aunque fuera cierto, como dicen los escépticos que la verdad está en un pozo, nada habría más precioso que la verdad, porque el mismo trabajo de buscarla es ley de progreso y fuente de vida. Pero el progreso sólo es fecundo cuando se realiza por desarrollo interno y orgánico, no por superposición de elementos extraños”²³⁹

La humanidad siempre adelanta. Este adelanto se produce de forma más rápida y fácil en la ciencia que en el arte, ya que éste está mucho más condicionado por su carácter esencialmente humanístico, por situaciones propias de raza, lengua o religión.

La sabiduría, la ciencia, en definitiva, la filosofía, pueden correr dos riesgos; o bien que sean asumidos por los partidarios de una tradición mal entendida, a los que Menéndez Pelayo llama *los rezagados partidarios de la tradición*, o que en el otro extremo, aparezcan los espíritus abiertos con excesiva franqueza a cualquier novedad, animados a la búsqueda esnobista y que se limitan a imitar con afectación las opiniones y maneras de quienes se consideran distinguidos.

²³⁷ ECF. 230.

²³⁸ En la monografía *Mr. Masson redimuelto* (1876, CE. 207), Menéndez Pelayo defiende esta idea de que “más honra a su país, y más actividad científica demuestra en él, la circunstancia de que haya producido doscientos sabios modestos y útiles que un solo genio”. Pero en otros momentos de su obra, como veremos en el apartado referido a la historia y al arte, afirma que es necesario que en un siglo se den cien historiadores mediocres, para que aparezca uno que alcance la categoría de genio.

²³⁹ CE. II. 385

Este mal puede ocurrir por la carencia de buenos hábitos de los estudiosos, que en lugar de estudiar en las fuentes, de tomar los problemas como propios, adoptan la ciencia como meros espectadores, como cosa hecha y dogma cerrado.

“Nadie posee ni sabe la verdad sino lo que por propio esfuerzo ha adquirido y averiguado, o libremente se ha asimilado. Descansar sobre la labor ajena, por excelente que ella sea, parece indigna servidumbre, contraria de todo punto al generoso espíritu e independencia que en sus días más fecundos acompañó inseparablemente al pensamiento español”²⁴⁰

Esta falta de pensamiento propio, de capacidad de recreación de los problemas filosóficos, de aguantar la propia debilidad en la rutina del estudio, hace que la mayoría de los potenciales científicos y estudiosos de la filosofía no puedan salir de los lugares comunes, y de la irracionalidad más inconsciente.

La vida humana es además demasiado corta y le permite apenas abarcar un pequeño área de la ciencia o la cultura. Hay hombres que con gran admiración por parte del gran público hacen el esfuerzo de dedicarse a aquel campo del saber para el que no están capacitados; en algunos casos es una necesidad y un ejemplo, en otros una falta de economía científica.

2.5.1. Ciencia y Filosofía

- Ciencia y metafísica

Se levanta una polémica en multitud de artículos que se detienen en la consideración de si Menéndez Pelayo puede ser considerado o no filósofo; si carece de sistema, si su aportación es importante para el contexto de la filosofía española, o al menos crea esa conciencia histórica, que venía ya planteada desde la generación de la Escuela de Cataluña.

Los juicios que hemos encontrado más precisos de Menéndez Pelayo acerca de la filosofía, versan sobre la ciencia y la metafísica, el valor de la razón, el método filosófico, la ciencia positiva, la filosofía y la comunidad, el cuidado de la forma, (el estilo), y el ensayismo filosófico.

Señala Menéndez Pelayo la unidad de la ciencia universal como objeto de estudio en la ontología o metafísica. La observación de que *todo es diferente* ha de ser tomada como objeto de estudio, por las ciencias particulares, y éstas, han de encontrar su origen y fundamento en la primera, la metafísica. La filosofía escolástica

²⁴⁰ CHL. I. 77

atribuyó a la metafísica general el estudio del ser en general, y se fue confiando a otras metafísicas más específicas el estudio de entes particulares, (Dios, el alma, el mundo). Estas metafísicas con el tiempo recibieron nombres específicos como teodicea, psicología, cosmología. El propio Wolff usó indistintamente los nombres de ontología, metafísica general y filosofía primera.

Menéndez Pelayo hace esta simple distinción entre metafísica y ontología para el estudio de la unidad en la existencia, para responder a ese concepto universal de lo que es; y las ciencias particulares que acometen el estudio de todo lo que se nos presenta como diferente.

- El valor de la razón

Menéndez Pelayo desconfía de las opiniones gratuitas de los fáciles sofismas,

“de la filosofía parlera que hincha y no edifica y deja seco el corazón y vacío el entendimiento, no debe hacernos perder de vista ni un solo momento, que la fe sólo puede recaer en sujeto racional y que la razón, lejos de tener pacto firmado con el error, puede elevarse, y de hecho se ha elevado, por su propia actividad, a la comprensión más o menos íntegra y clara de aquellas verdades de teología natural que son preámbulo de los artículos de la fe”²⁴¹

La tarea que se autoimpone Menéndez Pelayo es la de salvar la metafísica, como la más profunda necesidad del espíritu. Ya Kant había planteado una especie de “disposición natural” hacia la metafísica, esto es, -como subraya Menéndez Pelayo- hacia un pensamiento de totalidad. Sin metafísica no se piensa, según Don Marcelino, ni siquiera para negar la metafísica. Si razonar, pensar, es condicionar, difícilmente se puede escapar a la exigencia de las últimas condiciones, desbordando el relativismo.

Para Menéndez Pelayo, el intento de autonomizar las disciplinas de su raíz metafísica, no puede evitarse, pero aún hay una esperanza, por eso, tarde o temprano “cesará el triste divorcio en que hoy viven la especulación y la experiencia”.²⁴² La razón es fundamental para un *católico a machamartillo* porque gracias a ella, se facilita el camino de las verdades de la fe, que a la vez te llevan a entender física y metafísicamente las inquietudes y curiosidades humanas, o lo que es lo mismo, los intereses de la filosofía y las verdades de la teología, en aquél componente natural de ésta.

²⁴¹ Prólogo a los “Ensayos” de J. M. Quadrado. 1893. 218.

²⁴² ECF. 216.

Menéndez Pelayo echa mano de Tertuliano que se veía obligado a invocar el testimonio del alma, *naturaliter christiana*; y entre los Padres griegos le impresiona la doctrina de San Justino sobre la virtud del *logos spermaticos* que derramó la Sabiduría eterna en todos los espíritus para que tuvieran la cualidad de elevarse.

La razón pues, tiene su objeto más noble en la sabiduría que es más sublime en cuanto se encarga del saber Absoluto, del conocimiento del Verbo.

También se deja impresionar por Clemente y Orígenes, que lejos de considerar la filosofía como *vana cavilación y semillero de herejías*, la miró como preparación providencial del cristianismo.

Finalmente, elogia Menéndez Pelayo la labor de los escolásticos, especialmente Santo Tomás, que tuvo tan alta idea de la razón humana, que la entendía como participación del fuego increado, espejo de las razones eternas.

Lo señala así como el sentir tradicional de las escuelas cristianas y entiende que a este sentir se está volviendo en su época, por fortuna, sin el riesgo de peligrosas novedades que atenten contra el dogma u otras que por su carácter dogmático y poco comunicativo, pudieran abrir una ruptura insalvable entre la fe y la ciencia.

- El método filosófico

Método es el camino para llegar a un resultado. Es la manera de proceder racional para lograr un fin determinado. Método y racionalidad se hallan estrechamente unidos en cuanto que todo método es una manera de aplicar la racionalidad, y ésta también puede definirse como el método de justificar adecuadamente nuestras creencias, intuiciones y conciencia. Para evitar los posibles errores si se trata de racionalidad teórica o de adoptar los medios adecuados a los fines perseguidos, si se trata de racionalidad práctica.

En el estricto sentido de la filosofía, para Heidegger,

“es necesario el método para seguir tras la verdad de las cosas”. Esta regla no expresa el lugar común de que una ciencia debe tener también su método, sino que quiere decir que el procedimiento, esto es, el modo como estamos en general tras las cosas (métodos), decide de antemano sobre lo que encontramos de verdadero en las cosas. El método no es una pieza de la indumentaria de la ciencia entre otras, sino la instancia fundamental a partir de la cual se

determina lo que puede llegar a ser objeto y cómo puede llegar a serlo”²⁴³

Nos asegura el método, el buen caminar por las ciencias naturales e históricas, en cuanto que por ser ciencias humanas, *están siempre en continuo andar y en rectificación continua*. La experiencia, por sí misma, aunque fuera tomada como una capacidad humana, no sería suficiente herramienta para la sistematización y la seguridad del conocimiento bien construido.

En el otro extremo de la experiencia se encuentran las ideas puras, que en sí mismas acogen la experiencia humana dándole sentido cognoscitivo.

“¡cuán diverso aquel cuyo razonamiento desciende de verdades necesarias, de ideas puras y fundamentos a priori! Sólo a la luz de ellos tiene valor la experiencia”²⁴⁴

El que siga la luz de las ideas puras, de las verdades necesarias, será capaz de ordenar, dar dirección y sentido a sus observaciones empíricas, “*no se perderá en el laberinto de las observaciones y hechos*”²⁴⁵, más bien encontrará en esas observaciones, los signos de las primeras verdades incommovibles.²⁴⁶ Las ideas le pertenecen como algo natural a cada ser humano que piense, por lo tanto son propiedad de la comunidad. Con ellas se hace un cuerpo y un sistema, que hace que queden asentadas de forma definitiva e imperecedera.

Don Marcelino desarrolla la noción de sistema, fundamental para él mismo y obsesión para los que intentan discernir si la obra menendezpelayista es o no sistemática y por tanto cabe o no en la categoría del mundo de los filósofos. Entendemos por sistema en un contexto epistemológico, el conjunto de elementos de un saber, en cuanto se encuentran en interrelación. Esa interacción de los elementos, hace que éstos se organicen en un sistema, o puedan ser considerados como sus partes. La interacción supone interdependencia. Un sistema por tanto es una forma de totalidad, sin ser estrictamente un todo, o una forma de organización, sin ser necesariamente un organismo.

²⁴³ Martin Heidegger. La pregunta por la cosa. Alfa Argentina. Buenos Aires. 1975. P. 93.

²⁴⁴ HHE. VI. 496.

²⁴⁵ *Ibidem*.

²⁴⁶ En la Historia de los Heterodoxos Españoles, explica Menéndez Pelayo con cierto estilo metafórico, este proceso del conocimiento: “piedras cortadas de la cantera son los hechos: con ellos levanta sus edificios el entendimiento bien o mal regulado. jengñoso espejismo el de los que quieren y creen vivir sin metafísica! La misma negación de ella es una filosofía tan a priori como cualquier otra. El positivismo y el materialismo están cuajados de fórmulas y conceptos metafísicos: ley, noción, fenómeno, fuerza, materia... ¿qué importa que neguéis la finalidad si luego tenéis que restablecerla con otro nombre y de un modo gratuito, anticientífico y antipositivo? Sólo remontándose a la fuente tiene valor irrefragable la demostración”. HHE. VI. 497.

La habilidad del filósofo, para Menéndez Pelayo consistirá en trabar por algún tipo de arte, a las ideas y hacer con ellas un sistema o cuerpo. Por eso no se puede acusar de plagio a un filósofo, porque las ideas son de todos.

“la originalidad de un pensador no está por ejemplo, en ser panteísta, sino en el modo de serlo”²⁴⁷

- Ciencia positiva

Lo positivo es lo cierto, lo efectivo, verdadero y que no ofrece duda. La persona positiva quitando ciertos significados actuales de los libros de autoayuda, es la persona que busca la realidad de las cosas o su aspecto práctico.

El positivismo en cambio, para Menéndez Pelayo es la actitud teórica que de manera dogmática admite que el único auténtico conocimiento o saber es el saber científico. Le caracteriza una actitud crítica ante la filosofía tradicional, en especial la metafísica. Obliga a rechazar la idea de esencia, como oculta más allá de los fenómenos; la idea de la unidad del método de la ciencia, según la cual cabe pensar en un solo ámbito del saber, reducible a la observación y a la experiencia, en definitiva a una única ciencia, preferentemente la física.

Menéndez Pelayo defiende, propugna el valor de la metafísica, de la ciencia, de la buena filosofía, de manera que si alguna vez se tiene la impresión de que no se llega a grandes verdades, el fracaso no será de la ciencia, o de la filosofía, sino de la persona, que no ha sabido encontrar la claridad que un buen ejercicio debe dispensar:

“no creáis ¡Oh jóvenes oyentes!, a quien os diga que el arte es cosa fútil y baladí, ni tampoco a los que afirman en tono doctrinal que la ciencia ha hecho quiebra o bancarrota. Fracasará, no la ciencia, sino el científico cuando promete lo que no puede cumplir”²⁴⁸

Pero ante todo, por medio de estos saberes, la ciencia la metafísica, el arte; se busca “la ciencia positiva, que no positivismo, es el lema de la civilización moderna; no mala y rastrera metafísica inventada a deshora por los mismos que la niegan, sino metafísica real y perenne; y ciencia positiva sin límites ni orillas”²⁴⁹

Todo lo que le es posible abarcar al ser humano, en su ilimitada capacidad de encontrar y expresar ideas, siempre con nuevos planteamientos, haciendo permanente recreación de las eternas verdades que manifiestan *la marca de su origen divino*. Menéndez Pelayo se desentiende de la filosofía posthegeliana porque se había

²⁴⁷ GPE. 149.

²⁴⁸ OC. LXIII. 334.

²⁴⁹ *Ibidem*.

vuelto positivista y empirista. En la misma España, antes aún de la aparición de Hegel, a partir de la muerte de Suárez, la metafísica había caído en el olvido y en el desprecio.

2.5.2. Filosofía y Sociedad

- Filosofía y cultura

El contenido de la historia de la filosofía no puede ser otro que la misma filosofía, es decir, el propio filosofar, en sus diversas variantes a través de los siglos. Dicha filosofía, aunque haya venido a ser la misma en cuanto a sus problemas, no puede ser la misma en cuanto a sus soluciones o a sus planteamientos. La filosofía así se constituye, casi sin notarlo, en manifestación y esencia de la cultura.

Hay una única filosofía –*philosophia perennis*- pero su historia, la historia de la filosofía, implica diferentes modulaciones y matices, según las distintas épocas, nacionalidades o culturas:

“esta filosofía perenne es a modo de un grande y sereno océano, en el cual van entrando todos los riachuelos de las filosofías particulares, depurados en el color y en la calidad de sus aguas”²⁵⁰

La cultura es el conjunto de conocimientos que le permite a alguien desarrollar su juicio crítico. También es el conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grados de desarrollo artístico, científico, industrial, de una época o de un grupo social.

Menéndez Pelayo desarrolla de la misma manera la importancia que le da a ambos, filosofía y cultura, defendiendo la idea de que la filosofía no puede caminar al margen de los diferentes modos de la vida del espíritu. El pensamiento se enlaza con todos ellos, y el buen filósofo es el que sabe buscar esos signos de la cultura y asimilarlos en el seno de los grandes principios.

El espíritu se enlaza con todos los modos que se encuentran potencialmente en la vida, y establece una red sutil de relaciones que al espíritu crítico toca discernir.

“de donde se infiere que el genio filosófico de un pueblo o de una raza no ha de buscarse sólo en sus filósofos de profesión, sino en el sentido de su arte, en la dirección de su historia, en los símbolos y fórmulas jurídicas, en la sabiduría tradicional de sus proverbios, en el

²⁵⁰ CE. II. 257.

concepto de la vida que se desprende de las espontáneas manifestaciones del alma popular”²⁵¹

Cuántos elementos, en esa manifestación de la apertura de Don Marcelino, que logran enlazar la filosofía con el arte, la historia, los símbolos, el derecho, los dichos, el concepto de la vida... donde pensamiento popular y pensamiento académico quedan hermanados.

- Filosofía y política

Una de las manifestaciones de la cultura es la organización de la vida política. La política es el arte u opinión referente al gobierno de los Estados. También es la actividad de los que rigen o aspiran a regir los asuntos públicos.

Menéndez Pelayo tuvo su experiencia personal acerca de la vida política. Aunque se ha escrito mucho sobre esta faceta de su vida que jamás le apasionó, (haremos alguna referencia, sólo a propósito de la reflexión sobre la relación con la filosofía):

“soy diputado a Cortes (por la isla de Mallorca), aunque muchas veces se me olvida. Pero siempre diré con el poeta: Mihi dulces ante omnia Musae. Todo lo demás es accidental y episódico”²⁵²
“las mil molestias y pesadeces de esta vida que llaman política, a la cual mis pecados me han traído, aunque sea por accidente”²⁵³

También es relevante el juicio acerca de las interferencias mutuas entre filósofos y políticos: Critica Menéndez Pelayo la actitud de un buen número de filósofos que se introducen en el mundo de la política. La razón de la crítica es eminentemente académica:

“llevarán siempre a la práctica de la vida lo absoluto, rígido e imperatorio de los principios universales”²⁵⁴

Y también, aunque pareciera un juego de palabras, critica de manera más intensa a los políticos que se “introducen por sorpresa en el campo de la filosofía, trayendo a ella toda clase de ligerezas, distracciones y atropellos de su vida, absorta siempre en lo particular y limitado”²⁵⁵

Curiosa la contraposición entre los valores asociados en este pensamiento de Menéndez Pelayo, entre los campos de la política y de la filosofía:

²⁵¹ ECF. 369.

²⁵² Carta a Morel Fatio. 1879. Epistolario. IV.

²⁵³ Carta a Clarín. 1.885. Epistolario VII.

²⁵⁴ HHE. VI. 343.

²⁵⁵ *Ibidem*.

FILÓSOFOS	POLÍTICOS
Lo absoluto	Las ligerezas
Lo rígido	Atropellos
Lo imperatorio	Lo particular
Los principios universales	Lo limitado

Para concluir, algunas palabras de Mons. Herrera Oria, que confeccionó un célebre trabajo sobre el pensamiento político de Menéndez Pelayo:

“Menéndez Pelayo no fue político de profesión. Sus mismos discursos electorales o parlamentarios no están sobrados de conceptos de política. Pero en sus obras, ya doctrinales, ya históricas y aún literarias, halla ocasión de manifestar su criterio acerca de los temas políticos que no han perdido actualidad”.²⁵⁶

2.5.3. El buen hacer en la filosofía

En una serie de escritos dispersos, busca Menéndez Pelayo las causas por las que la filosofía y la ciencia en España no fueron tan prósperas. Busca por tanto los derroteros de un nuevo devenir filosófico y científico para la nueva España. La añoranza se refiere a no haber podido aprovechar el rumbo marcado en nuestra patria, desde un pensamiento que fue inspirado por la verdad cristiana, sin que este hecho suponga un desmedro para el pensamiento, sino más bien una buena motivación.

Los dos peligros o extremos a evitar; y aquí viene la llamada al buen hacer de la filosofía: el dejarse acomplejar por escrúpulos ante el supuesto abandono de la razón a su quehacer o la fuerza de un dogma que aparecería sin sentido.

“cuánto hubiera ganado la cultura española prosiguiendo con viril energía en aquella senda de racional libertad, sin sobrecogerse con escrúpulos monjiles ni lanzarse a ciegas temeridades, puestos los ojos en el sol de la verdad cristiana, pero sin amenguar uno solo de los derechos que a la razón en su esfera propia legítimamente le pertenecen”²⁵⁷

Otra buena pista la constituye el sentido común, en cualquiera de los múltiples significados que se quiera constatar, pero que en cualquier caso no es amigo de ignorancias, desviaciones o ambigüedades:

²⁵⁶ Mons. Herrera Oria. Prólogo Antología General de Menéndez Pelayo. BAC. Madrid. 1956. P.67*

²⁵⁷ CHL. V. 216.

“mal enemigo es éste (el sentido común), y que a la corta o a la larga suele vengarse terriblemente de los que le ofenden o menosprecian”²⁵⁸

Éstas son las líneas en las que Menéndez Pelayo asegura el buen pensar, desde el punto de vista positivo, hamiltoniano:

- La parsimonia, o circunspección, equilibrio, prudencia ante las circunstancias.
- La integridad, como hábito en el pensamiento que no le falta ninguna de sus partes.
- La armonía, o lo que es lo mismo, en proporción y correspondencia de los elementos que le da al pensamiento una dirección o en otra, que pudiera parecer contraria.

Mientras se disipan las nieblas que cubren el sol de la metafísica (así se expresa Menéndez Pelayo en los Ensayos), “seamos prudentes y no pequemos ni por exceso de timidez ni por exceso de confianza. Guardémonos mucho de añadir al testimonio de conciencia nada que no esté virtualmente contenido”.²⁵⁹ La solución, la higiene en el pensamiento, toma su clave en la parsimonia (tan intuitivamente similar al *seny*), la integridad y la armonía. Palabras semejantes había pronunciado Don Marcelino en el discurso en el Ateneo y en la Universidad de Barcelona, treinta y seis años después de haber salido de sus aulas.

Maneja también en este contexto, la preocupación por la autoridad, los criterios de autoridad, o el argumento de la autoridad en la ciencia y en la historia del pensamiento.

Llamamos criterio de autoridad, el que toma como premisa la opinión de quien es considerado con potestad en un asunto, es decir, de alguien que es considerado un experto en la materia. El recurso a la autoridad es un argumento admitido en la historia de la filosofía, es razonable en estos términos cuando no es posible, o no es necesario, comprobar directamente la verdad o la razonabilidad de una proposición.

Para Menéndez Pelayo la autoridad como criterio está lejos de la filosofía, es como si se produjera una reacción en la cercanía de estos dos conceptos: autoridad-pensamiento, de forma que

“la autoridad se queda para otras esferas; en filosofía nadie posee sino aquello que personalmente ha investigado y en propia conciencia ha reconocido”²⁶⁰

²⁵⁸ CHL. I. 304.

²⁵⁹ ECF. 216.

²⁶⁰ *Ibidem*.

Sustituye así Don Marcelino, el criterio de autoridad científica, no a un prestigio ligado a un nombre, una figura, sino algo más parecido al peso específico de la autoridad moral de aquella persona que adquiere su valor, en función de lo trabajado, lo escrito, lo demostrado. Es entonces autoridad positiva.

- Claridad

La claridad, la profundidad, la forma externa, son criterios de la higiene científica de los que habla nuestro autor.

La claridad²⁶¹ es un criterio permanente, que en el presente trabajo presentamos en la parte *estética*, cuando se comenta el valor de la sinceridad y la claridad como fundamentos estéticos del lenguaje y del pensamiento. Es fundamento para Menéndez Pelayo, ya que su falta no evitaría las dificultades, sino que enrevesaría la realidad. De la misma manera que nos podemos sentir engañados por su orden aparente, nos puede engañar cualquier falsa claridad. Ambos son “los enemigos más crueles de toda filosofía, por lo mismo que halagan la pereza y la vanidad de creer que se ha llegado al fondo del pensamiento cuando apenas se ha hecho más que acercar los labios a la copa en que hierve el generoso vino”²⁶²

La claridad, además no está reñida con la profundidad del buen pensamiento filosófico. La artificialidad del lenguaje innecesariamente complejo sólo sirve para compartir un pensamiento artificial que busca una falsa novedad. La filosofía sin embargo admite el lenguaje sencillo.

“no hay ciencia que tenga tecnicismo más sencillo y más próximo a la lengua vulgar que la filosofía”²⁶³

En cualquier caso hay que evitar los defectos que nos pueden llevar a confusiones, pues “hay un orden aparente y una falsa claridad, que son los más crueles enemigos de toda filosofía”.²⁶⁴ Éstos pueden generar el gusto por la pereza y la vanidad de creer que se ha llegado al fondo del pensamiento, que frecuentemente se esconde a los primeros vistazos o impresiones.

Menéndez Pelayo predica con el ejemplo el rigor que le impone la claridad, que a veces hace que tenga que sacrificar cierta retórica, tentación de muchos escritores:

²⁶¹ Es bien conocido el criterio cartesiano de la claridad y la distinción: existen las cosas externas y materiales, por lo menos en cuanto las percibimos con claridad y distinción; esto es, como sustancia extensa.

“sólo me queda por examinar si hay cosas materiales. Y ya sé que puede haberlas, al menos, en cuanto se las considera como objetos de la pura matemática, puesto que las concibo clara y distintamente”. René Descartes, *Meditaciones Metafísicas*. Meditación sexta. Alfaguara. Madrid. 1977. P. 61.

²⁶² HIE. V. 64.

²⁶³ HHE. VI. 388.

²⁶⁴ HIE. V.64.

“No es libro de estilo sino de investigación (La Historia de las Ideas Estéticas); y como la materia estaba virgen, todo lo he sacrificado al empeño de dar claridad a las doctrinas que expongo”.²⁶⁵

La búsqueda de la claridad obliga por tanto a hacer más simple el lenguaje, sin que la simplicidad suponga simpleza, sino elegancia, en las formas y en los contenidos. Más aún, cuando la mayoría de las obras de Don Marcelino, tienen una naturaleza investigadora.

Los problemas de estilo, de concepto, se producen por una falta de claridad de la doctrina que en un momento dado el autor está obligado a exponer. Se sacrifican la brevedad y la elegancia, por eso, “nosotros, atendiendo más bien a la claridad que a la brevedad y a la elegancia, pondremos aquí la disputa de Zenón y Arcesilao, cual si fuesen un par de gladiadores”²⁶⁶

La claridad, cuando es verdadera, se produce no como resultado de un tecnicismo aprendido, sino con la elegancia y el brío que impone la sinceridad y el trabajo de los datos bien elaborados. De forma humana, lleva a la vida, a las experiencias últimas, la idea de la claridad como testimonio y testamento. Recogemos uno de los momentos, en los que se refiere cariñosamente a su maestro y amigo Milá:

“la gran figura que contemplé con veneración desde mis primeros años, y que ahora, a través del sepulcro, sigue conversando conmigo y alumbrando mi vida con la suave y benéfica claridad de su enseñanza”²⁶⁷

Por tanto, en el aspecto humano de la claridad, ésta se hermana con la simpatía, hacia las personas, hacia los estudios de los personajes históricos y literarios, pero que hace que esta cualidad sirva como criterio de estudio para separar lo endeble, superficial y transitorio que pudiéramos hallar en las obras literarias.

La amenidad literaria se ve quebrantada con frecuencia con el saber filosófico, de ahí surgen personalidades de filósofos que pierden simpatía, son hoscos y hacen de sus escritos ensayos difíciles de leer; al revés ocurre lo mismo, con los “literatos insípidos y ayunos de ideas y de substancia”²⁶⁸.

²⁶⁵ HIE. I. 3.

²⁶⁶ ECF. En realidad se trata de un apéndice a los Ensayos, que no se publicó en su día, por tratarse de un trabajo incompleto, se conserva autógrafo en la Biblioteca Menéndez Pelayo.

²⁶⁷ CHL. V. 137.

²⁶⁸ HHE. V. 398.

2.5.4. Historia de la Filosofía

Colocamos ahora algunas ideas representativas acerca de los juicios de Menéndez Pelayo sobre la Historia de la Filosofía, en concreto trata los problemas de la persistencia de los problemas filosóficos, el progreso en la filosofía a lo largo de la historia, la decadencia de las escuelas, la unidad de los saberes filosóficos, la vocación hacia la historia de la filosofía y el método en dicha historia.

-Perennidad de los problemas filosóficos

No existen los problemas nuevos en filosofía, crearlos sería una artificialidad, lo que sí existe son los enfoques, las novedades, los ángulos, las nuevas ideas como dando sentido a las eternas cuestiones, “lo que hacen los problemas es tomar forma nueva en cada época”²⁶⁹

La razón se encuentra en que el objeto de estudio y las facultades del hombre, siempre son las mismas, “el problema sigue planteado de la misma manera que para los griegos (el problema de la filosofía moderna), y así estará hasta el fin del mundo, si Dios no nos infunde sobrenaturalmente nuevos medios de conocer”²⁷⁰.

Por tanto, hay un pensamiento perenne, que se manifiesta en todos los saberes pertenecientes a la filosofía, Menéndez Pelayo destaca en algún momento la reflexión dirigida hacia su terreno en este saber, la Estética:

“prefiriendo mostrarse hombre de buen gusto, educado en los de la antigüedad grecorromana y en los cánones, quizás no escritos todavía, de aquella estética perenne y casi infalible, que en todos los tiempos sabe distinguir lo bueno de lo malo, pero que sólo en espíritus muy cultos y selectos puede albergarse”²⁷¹.

Afirmando que ese tipo de ideas fundadas, tienen carácter de infalibilidad, distinguible en cualquier tiempo, y que solamente los estudiosos sensibles pueden adquirir. Por último, lo perenne también se manifiesta en el ámbito del Derecho, las legislaciones que han influido en la vida y en la conciencia de los pueblos de un modo eficaz y perenne, “que por lo mismo no está sujeto a los vulgares cálculos de la previsión humana, es la manifestación y prueba más evidente del decreto y ley providencial que preside en la Historia”²⁷²

²⁶⁹ CE. I. 373.

²⁷⁰ *Ibidem*.

²⁷¹ ECF. 372

²⁷² *Ibidem*. 224.

La filosofía y la ciencia, para llegar a ser tales, necesitan de esos cimientos que la conviertan en inconvencible. Es progresiva, por su misma naturaleza, aunque a veces se oculte a los ojos del hombre:

“aunque fuera cierto como dicen los escépticos, que la verdad está en un pozo, nada habría más precioso que la verdad, porque el mismo trabajo de buscarla es ley de progreso y fuente de vida”²⁷³

Pero el progreso sólo es fecundo, cuando se realiza de forma interna, profunda y orgánica, no mediante la superposición de elementos del conocimiento, de la ciencia, del arte; ahí radica la genialidad del filósofo, en percibir y manifestar esa manera de articulación, que confiere el carácter de unidad que posee la realidad. Además el pensamiento es resultado de saber vivir la vida del siglo. Conociendo la ubicación que corresponde, seremos conscientes de la herencia del pasado. El adelanto, frente a la perennidad es más para las ciencias de la observación y para las técnicas mecánicas, en el arte sin embargo el progreso sigue otra ley:

“Homero, la escultura griega, la pintura italiana del Renacimiento, Cervantes, Shakespeare, aún aguardan, y han de aguardar mucho, a lo que parece, no rivales, sino dignos sucesores. Está visto que ni la pintura, ni la escultura, ni la épica, ni la novela, ni el teatro, adelantan un paso, sino que van de caída en caída”²⁷⁴

De la realidad actual, el estudioso, debe tomar aquella parte necesaria para vivir en ella y no resultar desfasado, pero tampoco debe dejarse llevar por el torbellino de lo presente, en filosofía, por el manejo de las modas en las instituciones universitarias, en los círculos donde los pensamientos pasan a ser denominados oficiales, a veces por decreto.

- El progreso en la investigación filosófica

Ya hemos dicho que Menéndez Pelayo predica un equilibrio, un armonismo, una actitud de parsimonia, que le lleva a ciertas posturas eclécticas, o por lo menos, a la búsqueda de una posición intermedia que lleve a evitar las posturas extremas en las que da la impresión de que los filósofos, y representantes de ciertos movimientos de pensamiento, estuvieran enfrentados en brutal pelea. Ese mismo equilibrio lo propugna también para el avance o el progreso en la investigación filosófica, en el sentido de que el filósofo no puede estancarse o ensimismarse en un pensamiento que no genera nuevas visiones, y en el otro extremo, tampoco puede dejarse llevar por una corriente primera, por exótica que pareciese.

²⁷³ CE. II. 385

²⁷⁴ BHLC. VI. 522.

“Creo que en el pensamiento de Platón, como en el de Aristóteles, hay principios de eterna verdad, elementos integrantes de todo pensar humano, algo que no negará ninguna metafísica futura; pero si estos principios han de tener alguna eficacia y virtualidad, será preciso que cada pensador los vuelva a pensar y encontrar por sí mismo”.²⁷⁵

Todo organismo filosófico es una forma histórica que el contenido de la conciencia va tomando según las condiciones de los tiempos y de las razas. Estas condiciones son naturales, no se pueden imponer, de la misma manera que no es posible volver a una etapa anterior de la historia y en algún sentido hasta se escapan de la voluntad humana; es el devenir del ser humano, que se reproduce en el conjunto, y evoluciona de una manera natural, en nuevas construcciones. El espíritu humano permanece *a través de las formas pasajeras*. “Platón y Aristóteles son tan eternos como la conciencia humana”²⁷⁶. Todo pensamiento nace de otro, como desarrollo o como antítesis, habiendo un número de tesis, -pocas en la historia-, tan antiguas como la filosofía misma, dan lugar a un caudal de ideas, que se desarrollan y se manifestarán por siempre, en cualquier lugar del mundo. Esa es la actividad humana, esa es la ley del progreso en filosofía.

“En filosofía, (el hombre) inventa siempre por lo tocante a la forma del pensar, y no inventa nunca por lo tocante a su materia”²⁷⁷.

El progreso entonces, en filosofía, parte del saber fundamentado, “ciencia absoluta, ciencia eterna, ciencia inmutable, ciencia única, que resuelva una ley general de todos los casos particulares, sólo en la mente de Dios existe”²⁷⁸ y de forma misteriosa, surge el talento, el genio del ser racional, que tocado por Dios, dará lugar a un sabio filósofo. Toca así el ser divino, no solamente a un ser humano, sino a toda la humanidad que siendo capaz de lo inteligible, no puede consentirse caer en la inactividad, frente a la cantidad de cuestiones, que por ellas mismas, será capaz de reconstruir ámbitos de verdad. Pero en filosofía, la forma adquiere una categoría fundamental, clave para su evolución y progreso. No se refiere ahora a la forma literaria, sino a la manera de sacar a la luz el contenido de la conciencia.,

“como una particular manera de exponer y sacar a la luz el contenido de la conciencia; como una particular posición del filósofo respecto de la realidad incógnita; como una singular armonía dialéctica que rige todas las partes de un sistema. Las ideas son de

²⁷⁵ ECF. 112

²⁷⁶ *Ibidem*.

²⁷⁷ ECF. 144.

²⁷⁸ ECF. 294.

todo el mundo, o más bien, no son de nadie: en el pensador más original se pueden ir contando uno por uno los hilos del telar ajeno que han ido entrando en la trama”²⁷⁹

- La decadencia de las escuelas

La filosofía realizada en las diferentes escuelas de pensamiento, ha de seguir las normas de higiene filosófica, que Menéndez Pelayo propone, y que hemos desarrollado en el apartado correspondiente. El actuar endógeno es el mayor destructor del pensamiento en las comunidades científicas,

“no hay escuela alguna, por alta, por noble que sea, cuya vitalidad no se agote cuando sus sectarios ruedan en el mismo círculo durante dos siglos. A la larga todo se convierte en fórmula vacía, y llega a repetirse mecánicamente como una lección aprendida de coro”²⁸⁰

El peligro es la caída en la monotonía, en la falta de variedad en el estilo, el amaneramiento científico, próximo del amaneramiento literario, el ensimismamiento por falta de recursos en la generación de ideas, de su dirección y sentido. Significa que un determinado modo de pensar ha dado de sí todo cuanto podía, y es preciso cambiar de rumbo, tener en cuenta otros datos del problema olvidados o desconocidos hasta entonces. Otro motivo es el abandono de los orígenes de la propia cultura, de los “gérmenes de cultura indígena que podía haber en las regiones sometidas a Roma, (que) habían sido violentamente ahogados por la universal señora, y a ella misma la debilitaba en fuerza interior, lo que ganaba en extensión”²⁸¹

Compara Menéndez Pelayo el declive de los imperios, en este caso el romano, con la decadencia del pensamiento, y señala, como lo hace en otras ocasiones, la falta de armonía entre crecimiento económico, político, e incluso social, y progreso en el pensamiento. La crisis en las cuestiones humanísticas no recae necesariamente en una crisis de la técnica. La decadencia se manifiesta en la forma de la oratoria. Cuando se pone el acento en ésta, frente a la poesía, estamos ante un signo de crisis. La oratoria está condicionada por el uso, por el interés,

“la oratoria se usa para defender a los amigos, enlazar vínculos de paz entre naciones y provincias, siendo un honor ser orador. La poesía en cambio, no da utilidad ni prestigio alguno al poeta”²⁸²,

²⁷⁹ ECF. 108

²⁸⁰ ECF. 105.

²⁸¹ HIE. I. 196.

²⁸² *Ibidem*. 278.

Por extensión, se puede afirmar lo mismo del filósofo cuyo arte no está condicionado por ninguna utilidad, no existe para el buen pensador, ni la vanagloria, ni la frivolidad, su labor es *un pasajero deleite que se marchita en flor*. La ausencia de metafísica debilita también a las escuelas, por carecer de sustancia, de contenidos, olvidando los originarios significados metafísicos o reduciéndolos a la categoría de nombres recordados. Este hecho es observable en la obra de Séneca, que leyó los originales platónicos, pero a medida que las escuelas se desgastan, Platón fue observado por el pensador hispano como mera reminiscencia literaria.

El hábito de no estudiar en las fuentes, de no resolver por sí mismos los problemas de la filosofía, por tanto de no poder tomar conciencia de los asuntos del pensamiento, reduce el pensamiento a dogma y dejan estéril el entendimiento. Descansar sobre el fruto de la labor ajena, es a juicio de Menéndez Pelayo, *indigna servidumbre*, contraria al espíritu de independencia del genuino pensamiento español. Esta censura cae tanto sobre “los rezagados partidarios de la tradición mal entendido,...y sobre los espíritus abiertos con demasiada franqueza a cualquiera novedad, por el solo hecho de serlo o de padecerlo²⁸³”. La ciencia no nació para uso de aficionados, cree Menéndez Pelayo, sea cual sea la intención de éstos, sino para los espíritus que buscan profundidad y visión humanística y no se conforman con los lugares comunes, mucho más si son irracionales.

En *Las ideas estéticas en los escolásticos españoles de los Siglos XVI y XVII*, critica Don Marcelino a los pensadores que han llegado a admitir el divorcio entre la especulación y la acción. Es preciso enseñar la ciencia individualmente, y empeñarse en mejorar la producción científica, que avanza, independientemente del camino que tome la producción artística. Ésta es la crítica que hace a la escolástica de estos siglos:

“no concebían estos escolásticos degenerados la ciencia como labor que debe empeñar individualmente las fuerzas de cada hombre en mejorarla y rectificarla cada día... estableciéndose por primera vez el divorcio entre la especulación y la acción”²⁸⁴

Acerca del cambio de pensamiento de las ideas de una escuela predominante y que decae, a otra que irrumpe como nueva, nos dice Menéndez Pelayo que tampoco es posible imaginar el tránsito brusco de una escuela dogmática a otra radicalmente opuesta, se da un periodo intermedio que disuelve la filosofía anterior,

“por eso la Crítica del Juicio... podía tener muy visibles precedentes dentro de aquél mismo siglo y en todos aquellos más

²⁸³ CHL. I. 77

²⁸⁴ HIE. II. 118-119.

remotos en que la crisis filosófica se había presentado con caracteres análogos”²⁸⁵.

Además, tras la crisis ideológica, viene la crisis moral, que más allá de una conducta afirmativa o negativamente reprobable, supone un nuevo vacío metafísico.

“vivir sin moral, sin norma de vida, es un estado monstruoso e inhumano que puede darse en el individuo, pero que en la sociedad nunca será duradero”²⁸⁶

La misma gravedad de la crisis nos puede dar esperanzas de remedio. De nuevo nos recuerda Menéndez Pelayo que vivir sin metafísica es una ilusión, que por ser representación sin verdadera realidad, sugerida por la imaginación o causada por engaño de los sentidos, hace perder credibilidad hacia el propio sujeto y hacia la comunidad. La decadencia en las escuelas se produce por encima de la unidad lógica y psicológica que se da en la historia de la filosofía. Ésta, presenta conciliadas en su desenvolvimiento, la unidad y la variedad. La genealogía de las ideas y de los hechos, nunca aparecen como vagos o casuales, sino sujetos a ley superior, y a un cierto ritmo dialéctico que hace que estas leyes se cumplan, tanto a nivel individual, personal, como al nivel de la concepción de la humanidad como especie.

-El método en la Historia de la Filosofía

El verdadero criterio histórico se somete al método o procedimiento que se sigue en las ciencias para hallar la verdad y enseñarla. Podrá entusiasmarse con sistemas distintos del suyo, y no los traerá para justificar su propio sistema, sino para analizarlo en su dimensión.

“comprenderá su razón de ser en el mundo, y de qué manera esas mismas intolerancias y exclusivismos han contribuido al progreso de la ciencia quizá más que otros sistemas que, a fuerza de concordarlo y resolverlo todo, acaban por anular los impulsos particulares y por petrificar la ciencia en una fórmula”²⁸⁷

El método aplicado a la Historia de la filosofía, obliga al historiador, a extender ante sí los límites del mundo físico, comprender la extensión de su propia conciencia, y a no detenerse en la contemplación de la grandeza antigua, sino a lanzar nuevas ideas para que otros pensadores sucesores, las desarrollen. Estas tendencias historiadas, por completas que parezcan, no constituyen toda la ciencia, más bien todas las inducciones y psicologías han de ser respetadas y se les ha de conceder cierta libertad

²⁸⁵ ECF. 144-145.

²⁸⁶ *Ibidem*. 305.

²⁸⁷ C.E. II. 256.

de acción “para que produzcan cuanto racionalmente pueden producir, han de entrar en otra esfera científica superior, que el P. Fonseca puede llamar sin oposición mía tomismo, que otros llamarán de otro modo, y que yo llamo, con Leibniz, philosophia perennis²⁸⁸”

Que no es sino el tesoro común de verdades del orden natural, adquiridas a lo largo de los siglos por la humanidad.

El criterio cronológico como criterio metódico, en la historia de la filosofía, queda insuficiente, y así lo confiesa Menéndez Pelayo en la Advertencia Preliminar de las Ideas Estéticas, hay que tener en cuenta para no perder profundidad y no quedarse en generalidades históricas, que además, detrás de cada hecho artístico, en el fondo del mismo, hay una idea estética, “a veces una teoría o una doctrina completa de la cual el artista se da cuenta o no, pero que impera y rige en su concepción de un modo eficaz y realísimo”²⁸⁹.

Esta doctrina, el historiador de la filosofía debe razonarla, el crítico debe justificarla, buscando su raíz no sólo en la inquietud espontánea del pensador, sino en el ambiente intelectual que respira, “en las ideas de cuya savia vive, y en el influjo de las escuelas filosóficas de su tiempo”²⁹⁰.

El método (en la historia de la filosofía), tiene un componente personal, crítico, ha de poder resolverse en ideas propias. *Todo lo demás sería combatir con fantasmas.*

El orden cronológico, ha de ser sacrificado para dar prioridad a la sucesión temática, lógica de las ideas y escuelas. Todos los libros son necesarios, sirven como documentos históricos para conocer el verdadero estado de las diferentes disciplinas desde el punto de vista de las escuelas.

Se da un cierto determinismo en la investigación científica, por la misma naturaleza de la ciencia, en parte derivada por el objeto de estudio y por el sujeto, y por la verdad considerada en sí misma “derivada del método que se sigue en la investigación científica, cuyos cánones son inflexibles”²⁹¹.

El método aspira a la verdad en la filosofía, de manera que el error y el mal no proceden de él, sino de la debilidad humana y los estrechos límites en los que nuestra inteligencia se mueve.

²⁸⁸ Ibídem. 257.

²⁸⁹ HIE. I. 5.

²⁹⁰ Ibídem.

²⁹¹ Varia I. (OC. LVIII.) 310.

2.5.5. Los sistemas filosóficos

2.5.5.1. Filosofía perenne.

Menéndez Pelayo cree, en una *philosophia perennis* (expresión de Leibniz), representada por la pervivencia de los grandes temas de la filosofía sobre todo antigua y medieval, y ve amenazados algunos supuestos cardinales de este pensamiento, como son la visión teleológica del universo, comprometida por el mecanicismo creciente, y la idea de sustancia, base del concepto de realidad. De acuerdo con los fundamentos de la filosofía perenne, los pueblos de diversas culturas y épocas han experimentado y registrado percepciones comparables sobre la naturaleza de la realidad, el yo, el mundo, y el significado y el propósito de la existencia. Estas similitudes apuntan a unos principios universales subyacentes que forman la base común de la mayoría de las intuiciones. Las diferencias entre estas percepciones fundamentales surgen de las diferencias en las culturas humanas y se pueden explicar a la luz de tales condicionamientos culturales.

“esta filosofía perenne es a modo de un grande y sereno océano, en el cual van entrando todos los riachuelos de las filosofías particulares, depurados en el color y en la calidad de sus aguas”²⁹²

Cualquier aportación de la conciencia se diluye en dichas aguas, *de las cuales beben los espíritus sintéticos y organizadores*.

La estética de Goethe, se deja guiar por esta conciencia, hace que provoque un movimiento de educación permanente y de aprendizaje moral. Estética perenne que sabe distinguir en todos los tiempos, lo bueno de lo malo, pero que sólo los espíritus muy cultos y selectos puede albergar.

En el ámbito español, Suárez²⁹³ es el representante de la escolástica española de la época, que sensible a lo que había de perenne y fecundo en la enseñanza tradicional de las escuelas cristianas, reformuló su obra en forma moderna en sus libros,

²⁹² CE. II. 257.

²⁹³ Suárez, Francisco (1548-1617) Filósofo y teólogo español, Considerado el filósofo escolástico de mayor relevancia del s. XVI. Ingresó joven en la Compañía de Jesús y enseñó en Segovia, Valladolid, Roma, Alcalá y Coimbra. Sus obras y su enseñanza intentan renovar la filosofía escolástica, en la época de la Contrarreforma en España. De orientación básicamente tomista, rechaza en muchos puntos las tesis tradicionales del tomismo, buscando a veces una vía de conciliación entre esta corriente escolástica y el escotismo, o sosteniendo tesis independientes. Una de sus teorías discutidas es el llamado congruismo, también llamado «ciencia media», con el que intenta componer la aparente contradicción entre la libertad humana y la presciencia y omnipotencia divinas (postura semejante al molinismo), y que opone a la explicación que de esta cuestión ofrece Tomás de Aquino. Su obra de mayor importancia es *Disputationes metaphysicae* [Disputaciones metafísicas] (1597). En *De legibus ac legislatore* [De las leyes y el legislador] (1612) trata del derecho natural y el derecho de gentes, posteriormente llamado derecho internacional.

“si hubiera alcanzado los progresos de las ciencias biológicas, ocuparía en el movimiento filosófico actual una posición análoga a la de la moderna escuela de Lovaina, de la cual es indudable precursor”²⁹⁴

La *philosophia perennis* explica desde el sentido común, supera el mal llamado *espíritu de la época* y evita verse implicado en el torbellino de las ideas de la pasión del momento para valorar en su justa medida las razones que el pensamiento concede a la existencia.

“La verdad total está en la armonía de Platón y Aristóteles, polos eternos del pensamiento científico”²⁹⁵

El problema (como lo llama Don Marcelino) platónico aristotélico- es fundamentalmente el problema capital de toda metafísica, ahí se manifiesta la perennidad, que básicamente consiste en ser capaces de concordar el mundo de las ideas con el mundo de los fenómenos. La principal diferencia entre Aristóteles y Platón está en el método, convirtiéndose así en coadyuvante del pensamiento perenne.²⁹⁶ Platón separa de las cosas la forma ideal, y la coloca en la mente divina como ejemplar y prototipo; Aristóteles la une y liga a los cuerpos como parte de su sustancia. De ahí surge la necesidad de crear un armonismo que supere esas aparentes diferencias o antinomias.

2.5.5.2. El idealismo

El idealismo es la característica de los sistemas metafísicos que sostienen que la realidad es mental o se explica mejor como idea, o que el ser es idea. Se opone al realismo y al materialismo y, en principio, a las diversas formas de empirismo. Menéndez Pelayo no es muy optimista, respecto del idealismo, en la realidad universitaria que le toca vivir, aunque siempre esperanzado en el futuro, ya que:

“malos vientos parece que corren hoy para el idealismo de Platón y aún para todo el idealismo, pero puede preverse casi con certidumbre que estas nubes se disiparán mañana”²⁹⁷

²⁹⁴ ECF. 351.

²⁹⁵ CE. I. 307.

²⁹⁶ La idea platónica, con ser una, infinita y eterna, contiene y abraza bajo su unidad las ideas de todas las cosas singulares. Es doctrina de Platón en el Parménides. La idea es como el sello que se va imprimiendo en las formas singulares. El mismo Aristóteles, en el libro II de la Física, parece reconocer cierta forma divina, de la cual todas las demás formas proceden, y que las contiene y abarca todas..

²⁹⁷ ECF.99.

En suma: el realismo, el pesimismo, el positivismo, el materialismo, el empirismo en todas sus formas, el criticismo y el escepticismo, han contribuido juntos o aislados a difundir en la atmósfera de las escuelas un marcadísimo desdén hacia la filosofía pura. Es el problema de los excesos del idealismo fantástico que trae como consecuencia ante la exacerbación de la doctrina, cualquier reacción por inesperada que sea. En concreto el platonismo renacentista era una especie de “recurso semejante a la mitología, un florilegio de frases hechas y de lugares comunes medio paganos y medio cristianos, sobre el Bien Sumo, y la belleza Una en Dios, y derramada difusamente en las criaturas”²⁹⁸.

Era para Menéndez Pelayo una forma de retórica, peligro en el que caen los movimientos idealistas poco trabajados en el pensamiento, y que se quedan en una difusa imagen bella, pero poco consistente en lo fundamental de su doctrina.

Idealismo es para Don Marcelino, casi sinónimo de dogmático:

“El que tenga por engañosos fantasmas los fenómenos, y sólo conceda realidad metafísica a los noúmenos, lejos de ser escéptico, sería idealista, que es el grado más alto de dogmatismo que puede imaginar”.

2.5.5.3. El escepticismo

El escepticismo y el criticismo, vistos con perspectiva no deben ser valorados simplemente como filosofías negativas, como las doctrinas de ciertos filósofos antiguos y modernos, que consisten en afirmar: que la verdad no existe, o que, si existe, que el hombre es incapaz de conocerla, o también, como la teoría metodológica que somete a crítica la posibilidad del conocimiento, sus límites y sus fuentes.

Es decir, son juzgados de forma reduccionista, sólo por lo que no pueden conocer, o bien porque se le imponen al conocimiento unas condiciones muy exigentes para asegurar la bondad del conocimiento.

Para Menéndez Pelayo, ambos, son momentos obligados de la evolución filosófica, puntos de parada en los que “el espíritu se detiene para hacer examen de conciencia y proseguir con más aliento su camino”²⁹⁹

No han solido ser muy admirados porque su estilo ha sido en general violento, suelen nacer de un exceso de dogmatismo que a la larga suscita *rebeliones y protestas*

²⁹⁸ HIE. II. 63.

²⁹⁹ ECF. 134.

que acaban con la negación absoluta de hacer ciencia; o bien plantean el conflicto patente entre la experimentación y la especulación.

En otro contexto, esa impotencia nace de un sentimiento místico de miseria humana, que hace sentir al hombre con una actitud de humildad cognitiva, como no siendo capaz para confiar en las fuerzas de la razón para descubrir la verdad. En estos casos el escepticismo no es sino un estado provisional, del cual se sale mediante la invención de una metafísica nueva, o reduciendo las nociones del mundo de los fenómenos a un sistema que no se puede llamar metafísica experimental, puesto que la experiencia no puede contener ni producir metafísica.

Otra vía que usa el escepticismo, es la de refugiarse en el mundo moral, en el orden estético o en el religioso, fundando en ellos una nueva clase de filosofía,

“no presenta la historia de la filosofía género de escepticismo que no haya tenido alguna de estas salidas. El escepticismo puro es un mito absurdo, que nunca ha tenido existencia más que en los cuentos extravagantes, y sin duda apócrifos, que Diógenes Laercio nos refiere acerca de Pirrón y sus discípulos”³⁰⁰

Lo natural para el entendimiento humano es la afirmación de las cosas, que aunque sea afirmación relativa, o incompleta o condicionada, siempre es afirmación, no se reduce a la duda absoluta. No existe por tanto el escepticismo absoluto, sí, diversas maneras o grados de escepticismo, adquiriendo este término, el valor de negación de los dogmatismos, antítesis de la filosofía dogmática y como sinónimo de la filosofía crítica, que hace que ambas dimensiones, la escéptica y la crítica, sean difíciles de discriminar. La llamada *suspensión del juicio* que utilizan algunos autores como los pirrónicos, Montaigne o Bayle, no es más que un espectáculo curioso.

Menéndez Pelayo afirma que más que un escepticismo en estado radical, lo que más se ha dado en la historia de la filosofía, es más que una doctrina, una tendencia, una disposición de espíritu, *una timidez para la afirmación*, más que una duda metódica.

“los escépticos de verdad, los escépticos filosóficos, lo han sido con dolor y angustia, con verdadero desgarramiento de alma, como Pascal, o con cierta tristeza serena y resignada, pero no por eso menos honda y aflictiva, como Kant, o lo han sido con ardor de invención, con arranque de demoledores, como Francisco Sánchez”³⁰¹.

³⁰⁰ Ibidem. 135

³⁰¹ Ibidem. 136.

El escepticismo no ha sido tanto la filosofía de los tibios, sino de los apasionados y de los violentos. El verdadero escéptico, se siente obligado por su nobleza de investigador, reúne sus fuerzas en torno a un problema, único, pero capital, el que las escuelas modernas llaman problema crítico, el asunto del valor, la posibilidad y la legitimidad del conocimiento. Según sea la solución que se dé, habrá que clasificar al pensador, entre los dogmáticos o entre los escépticos.

Todo filósofo que afirme el valor real, y no solamente el valor formal del conocimiento, será dogmático; toda doctrina que no responde más que de los fenómenos, y de ningún modo de los noúmenos, será doctrina radicalmente escéptica. Y el que tenga por engañosos fantasmas los fenómenos, y sólo conceda realidad metafísica a los noúmenos, lejos de ser escéptico, sería idealista, que es el grado más alto de dogmatismo que puede imaginar.

2.5.5.4. Criticismo

A mi maestro Llorens le debí no una doctrina, sino una dirección crítica, dentro de la cual he vivido siempre, sin menoscabo de la fe religiosa, puesto que se trata de cuestiones lícitas y opinables. Así comienza una de las claves de la convicción filosófica de Menéndez Pelayo, animada además con la figura humana intachable de su maestro admirado Llorens.

El criticismo no es un sistema de filosofía, igual que el escepticismo, es una peculiar posición del espíritu.

“tan imposible es a la razón humana no dudar nunca de sí misma, como detenerse y aquietarse en esta duda. Todo el que ha filosofado ha sido alternativamente, y en mayor o menor escala, escéptico y dogmático”³⁰²

El sano criticismo es innato, es una actitud constitutiva puesta por Dios, en las facultades cognitivas del ser humano, “Dios ha puesto en nosotros el germen crítico como estímulo para la indagación, como preservativo contra la rutina y la indolencia del espíritu, y al mismo tiempo nos ha puesto la necesidad de la afirmación en todo aquello que se presenta con caracteres de evidencia”³⁰³

Tan irracional es no tener conciencia del límite de la duda, como descansar tranquilamente en una verdad de naturaleza dogmática, sea la que fuere, aunque se refiera a la misma fórmula propuesta por Kant, que sólo por el hecho de repetirla de

³⁰² *Ibidem*.137.

³⁰³ *Ibidem*.

memoria habrá perdido toda eficacia crítica y se habrá convertido en otra imposición dogmática. Y surge así, el problema de la autoridad, que hemos mencionado en otro apartado y que nos recuerda que la autoridad como criterio epistemológico, queda para otras esferas diferentes a la de la filosofía, “en filosofía nadie posee sino aquello que personalmente ha investigado y en propia conciencia ha reconocido”³⁰⁴

El escepticismo es entonces una postura filosófica, condicionada por la misma naturaleza del filosofar, conforme al propio sentido etimológico de la palabra, esto es, ser escéptico es ser examinador, indagador, será porque la filosofía misma lleva implícito siempre cierto grado de escepticismo.

El escepticismo y el criticismo incursionan en el ámbito propio de la metafísica, que por no ser ciencia exacta, deja resquicios para la duda y para la reflexión sobre los principios y criterios que pueden asegurar un conocimiento consistente. En el fondo, lo que plantea Menéndez Pelayo, más que una posición de orgullo, es una posición de humildad que da origen a la actitud crítica y escéptica. Nos obliga la filosofía, a confesar nuestra docta ignorancia. Lo que Vives, admirado por Menéndez Pelayo denomina el *ars nesciendi*. Este arte de la modestia no es tan fácil, se dan en filosofía, ciertas disimulaciones de la soberbia. El agnosticismo más radical es buena prueba, condensado en la célebre fórmula *ignorabimus*, envuelve una afirmación categórica “tan temeraria como las más temerarias afirmaciones dogmáticas. Las fronteras del idealismo de Berkeley y del extremo nominalismo de Hume se tocan por muchos lados...”³⁰⁵

Y en vano a lo largo de la historia se ha intentado quitar toda posibilidad de incluir a la metafísica del razonamiento, la raíz de la aspiración trascendental, “las abstracciones tienen vida más dura y resistente que las más duras realidades. El mismo Stuart-Mill después de haber negado en su Lógica toda necesidad absoluta y relativa, dialéctica y moral; después de haber sustituido las relaciones de dependencia... y de haber quitado a la inducción misma todo fundamento racional... la misma noción de ley y todos los principios que legitiman la certidumbre científica, tuvo que restablecer, aunque sea de un modo vergonzante, el principio de causalidad”³⁰⁶

Este *antecedente condicional* de un hecho, ¿qué otra cosa puede ser sino una causa necesaria, con necesidad lógica y metafísica? Nunca será suficiente a juicio de Don Marcelino, la mera sucesión o yuxtaposición de los fenómenos para justificar la previsión científica, “aún el empírico más intolerante tiene que admitir como implícito el antecedente incondicional, y hay quienes... aceptan, como posible a lo menos, y no

³⁰⁴ *Ibidem*. 138.

³⁰⁵ *Ibidem*. 213.

³⁰⁶ ECF. 213.

reñido con el modo de pensar positivo, el antecedente universal, aunque se le conciba, al modo espiritualista, como inteligencia pura, creadora y conservadora del mundo”³⁰⁷.

2.5.5.5. Empirismo

Entendemos por empirismo, la doctrina filosófica que sostiene que las ideas y el conocimiento en general provienen de la experiencia, tanto en sentido psicológico (o temporal: el conocimiento nace con la experiencia) como en sentido epistemológico (o lógico: el conocimiento se justifica por la experiencia).

“tiene, además, el empirismo en todas sus formas la propiedad de atrofiar, o a lo menos de mutilar, el entendimiento y de cortarle las alas”³⁰⁸

La crítica de Menéndez Pelayo al empirismo se basa en su negación de la metafísica, en su impotencia para no ver más que hechos, en el mundo externo y en el mundo interno,³⁰⁹

“tengo por temeraria y ciega presunción la de aquellos pensadores del otro lado del canal de la Mancha que, no viendo ni en el mundo externo ni en el mundo interno otra cosa que hechos, abandonan toda investigación de los principios y de las esencias, mutilan el espíritu humano de sus facultades más altas y preciosas y niegan al mundo ontológico o le declaran inaccesible al entendimiento humano, porque sus mezquinos medios de experimentación no alcanzan hasta él”³¹⁰

Además, los extremos exagerados que suponen el idealismo y el empirismo, hacen que en rigor ni uno ni otro estén, a juicio de Don Marcelino, necesariamente contenidos en el análisis y descomposición de la facultad de conocer que la filosofía

³⁰⁷ Ibídem. P.214.

³⁰⁸ HHE. V. 277.

³⁰⁹ Menéndez Pelayo no tolera las razones de John Locke en el *Origen de las ideas*, por el rol exagerado que propone para la experiencia, y el reduccionismo de que todo conocimiento queda reducida a ésta, siendo la mente, una “página en blanco”. “Supongamos, pues, que la mente sea, como se dice, un papel en blanco, limpio de toda instrucción, sin ninguna idea. ¿Cómo llega entonces a tenerla? [...] ¿De dónde extrae todo ese material de la razón y del conocimiento? A estas preguntas contesto con una sola palabra: de la experiencia; he aquí el fundamento de todo nuestro saber, y de donde en última instancia se deriva: «las observaciones que hacemos sobre los objetos sensibles externos, o sobre las operaciones internas de nuestra mente, las cuales percibimos, y sobre las que reflexionamos nosotros mismos, son las que proveen a nuestro entendimiento de todos los materiales del pensar». Éstas son las dos fuentes de conocimiento de donde parten todas las ideas que tenemos o que podemos tener de manera natural”.

Ensayo sobre el entendimiento humano, l.2, cap. 1, 2 (Editora Nacional, Madrid 1980, vol.1, p. 164).

³¹⁰ CE. II. 152.

crítica establece. Para el idealismo, el mismo valor tiene el dogmatismo y el empirismo, ya que contempla la existencia de que “existe el ser absoluto y necesario, o que no existe. Todo se puede sostener y demostrar, o más bien, no puede sostenerse ni demostrarse nada, porque se trata de noúmenos inaccesibles a las facultades del género humano”³¹¹

2.5.5.6. Eclecticismo³¹²

Es la corriente filosófica formada en el período helenístico, basada en el criterio de escoger o seleccionar tesis pertenecientes a distintas escuelas de pensamiento para sintetizarlas en una nueva doctrina.

En la Historia de las Ideas Estéticas afirma Menéndez Pelayo que al igual que el escepticismo, el eclecticismo no es una escuela sino una actitud, que aparece como postura personal y colectiva en todos los momentos de la historia de la filosofía. Analizando la obra de Cousin, afirma:

“con uno u otro nombre aparece en todos los períodos de la historia de la filosofía, tampoco caracteriza las especulaciones de Cousin, y de todos modos es designación impropia, porque en su filosofía no vemos ni armonía ni sincretismo de los grandes sistemas anteriores que él reduce a cuatro: sensualismo, idealismo, misticismo y escepticismo, los cuales realmente era imposible concordar, ni siquiera yuxtaponer; sino una especie de psicología medio escocesa, medio cartesiana”³¹³.

El eclecticismo es nombrado por Don Marcelino, como cierta manera de concordia, algunas veces... “procurando restaurar lo que alcanzaban de la filosofía griega anterior al Estagirita, y naturalmente con más predilección, las doctrinas nunca del todo olvidadas, del idealismo platónico”³¹⁴

Hay una simpatía de Menéndez Pelayo hacia el eclecticismo, pues es observado como actitud que promueve el armonismo, que desprovee a las escuelas, de la radicalización con que a veces son presentadas, y permite obtener los mejores elementos y componentes filosóficos de cada uno de los pensadores, para sintetizar su

³¹¹ ECF. 143.

³¹² Se diferencia en filosofía del sincretismo, en cuanto éste se dice de los sistemas filosóficos o de creencias que intentan conciliar doctrinas opuestas. Empleado por vez primera para significar la conciliación doctrinal de catolicismo y protestantismo, se emplea normalmente en sentido peyorativo de intento de síntesis doctrinales imposibles, sobre todo religiosas. Menéndez Pelayo se suele referir al sincretismo, cuando las teorías de las que se parte, simplemente aparecen yuxtapuestas.

³¹³ HIE. V. 19.

³¹⁴ ECF. p.23

mejor verdad. Pero el eclecticismo, no es solamente la yuxtaposición de ideas, sino la elaboración en una síntesis superior de las originalidades, que bajo principios universales son expresadas por esta tendencia ecléctica, “tendencia muy fecunda y razonable”³¹⁵.

Concluimos con una descripción de Menéndez Pelayo acerca de las condiciones de eclecticismo de Luis Vives, en el que se resumen algunas notas del buen eclecticismo: admisión de la verdad sin prejuicios, no aceptación del criterio de autoridad en ciencia, armonización de tendencias y elementos del pensamiento humano, la no admisión de la yuxtaposición entre la verdad y el error.

“Luis Vives es un filósofo ecléctico. Sí, por cierto, como lo es todo filósofo digno de tal nombre, máxime cuando nace en épocas de transición, en épocas críticas. Ecléctico en cuanto admite la verdad, venga de donde viniere, ecléctico en cuanto no sobrepone a la propia razón y al propio criterio la razón de los maestros y el criterio de una escuela determinada, ecléctico en cuanto no acata la autoridad sino en las cosas que son de fe; ecléctico en cuanto profesa el gran principio *In necessariis unitas, in dubiis libertas*; ecléctico porque no desdeña ninguno de los elementos y tendencias del pensamiento humano, sino que los comprende y armoniza todos, como están comprendidos en la conciencia, ecléctico en cuanto no declara guerra a Platón en nombre de Aristóteles, como los escolásticos, ni a Aristóteles en nombre de Platón, como la escuela de Florencia. Pero no ecléctico a la manera de los franceses, pretendiendo conciliar la verdad y el error en una síntesis, que esto sólo fuera lo peligroso y censurable”³¹⁶

2.5.5.7. Escolasticismo

Término que, desde el Renacimiento, se aplica al pensamiento filosófico que se desarrolló a lo largo de la Edad Media. (Por Edad Media se entiende, en este caso, el período de tiempo comprendido entre la caída del Imperio romano de occidente (476) y la conquista de Constantinopla por los turcos).³¹⁷ La Escolástica dominó por entero la

³¹⁵ HIE. V. 18.

³¹⁶ CE. I. 310.

³¹⁷ En sentido estricto -y limitando la cuestión al occidente cristiano- se llama «Escolástica» a la filosofía y la teología que se enseñó durante el período de la Edad Media, a la denominada filosofía medieval; propiamente, la «ciencia que se enseñaba en la escuela»: primero las artes liberales y luego la filosofía y la teología. El nombre proviene del término latino *schola*, escuela, y de aquí *scholasticus*, aplicado en un principio a los que frecuentaban determinado tipo de escuela, como maestros o como alumnos, y luego a los que se caracterizaban definitivamente por utilizar en sus enseñanzas e investigaciones el método con que se desarrollaba la filosofía medieval.

vida intelectual de este período en todo el ámbito conocido de la cristiandad, pero no ha de circunscribirse históricamente al occidente cristiano, puesto que, además de la cristiana, existen también, con iguales derechos, una Escolástica árabe y una Escolástica judía, que se comunican entre sí; en realidad, el trasvase de conocimientos e influencias se da más bien de las dos últimas a la primera. Menéndez Pelayo se refiere a la escolástica en toda su amplitud y estudia sus características y componentes desde los puntos de vista del pensamiento, de la literatura y de la ciencia.

- Elogios

Entre la vasta información que existe de Menéndez Pelayo en torno a la Escolástica, vamos a destacar lo referido a su desarrollo, la admiración que siente Don Marcelino hacia el escolasticismo y el tomismo, las causas de su decadencia, la filosofía cristiana y el tomismo; y al escolasticismo en relación con el armonismo.

“saben metafísica y teología, cuando todos han olvidado la teología y metafísica, y son capaces de llamar a examen una noción abstracta, cuando todos han perdido el hábito de la abstracción. La luz esplendorosísima de los principios del Ángel de las Escuelas irradia sobre sus libros y les comunica la fortaleza que infunden siempre las ideas universales”³¹⁸

Con estas palabras, referidas al P. Alvarado, queda manifiesto el cariño que Menéndez Pelayo tenía sobre la figura y las aportaciones de Santo Tomás, por el contenido y el método, el estilo, y sobre todo por tener presente la filosofía universal, de los grandes principios del pensamiento metafísico universal.

Don Marcelino, en plena polémica con D. Alejandro Pidal y Mon, al final de la carta que le escribe desde Florencia, y después de dar noticia sobre los éxitos y sobre todo de las causas de la decadencia, le repite los éxitos del escolasticismo,

“sistema tan luminoso, tan sublime, tan fecundo. Es de otra parte, el recelo de haberme mostrado ingrato con V., que es todo bondad para conmigo y que ha honrado mis borrones de estudiante con elogios correspondientes sólo a un trabajo maduro y sazonado,

Toda la filosofía Escolástica se caracteriza por un doble, y problemático, recurso a la autoridad, representada por los textos sagrados de la Biblia y la tradición de los Padres de la Iglesia (a la fe, en definitiva), y a la razón, que de manera creciente se aplica a la interpretación de la autoridad y hasta al libre juego de la reflexión propia. A lo largo de toda la filosofía medieval se mantuvo el lema, enunciado por Agustín de Hipona y Anselmo de Canterbury de «la fe que busca comprender», en sus diversas versiones de *intellectus quaerens fidem* o de *fides quaerens intellectum*. Se suceden, por tanto, períodos en que domina la auctoritas y períodos en que la ratio, apoyada en la dialéctica, o lógica medieval, y sobre todo con las sucesivas entradas de la obra de Aristóteles en occidente.

³¹⁸ HHE. VI. 96.

pero elogios que no olvidaré nunca, porque sé que nacen de una alma nobilísima”³¹⁹

Por poco escolástico que se sea, dice Menéndez Pelayo, se echa en falta una doctrina de esa categoría, que llega a deteriorarse desde muy temprana edad. Se refiere a la reforma de la filosofía y los planes de enseñanza que se quisieron innovar sin éxito en la España de Fernando VII. Echa en falta Don Marcelino la doctrina tomista pura, *no enturbiada, e irrestañable*.

Menéndez Pelayo, que ya hemos dicho se autonombra armonista, ve en el tomismo³²⁰, rasgos de armonismo, pues “con ser filosofía predominantemente aristotélica, encierra un elemento platónico muy poderoso y esencial, que ni disuena, ni riñe con los principios del Estagirita”³²¹. Y se enfada enormemente cuando se quiere rebajar la filosofía escolástica a la categoría de peripatetismo, tratándole como escuela secundaria³²².

- Decadencia

La causa de la falta de simpatía que manifiesta Don Marcelino a la Escolástica de su tiempo, bien avanzado el siglo XIX, que será además motivo de largas polémicas con representantes de su tiempo siendo él todavía muy joven, no se encuentra en un problema personal doctrinal, ni en un cambio brusco de criterio. Éstos son algunos de los motivos que alega para que el movimiento escolástico empezara a declinar:

³¹⁹ CE. I. 325

³²⁰ El tomismo, en sentido amplio, es el conjunto de afirmaciones filosófico-teológicas que se configuran en torno a los puntos fundamentales de las doctrinas de Tomás de Aquino. En sentido estricto, las teorías mismas de este autor en cuanto se distinguen tradicionalmente de las de otros escolásticos importantes, como el escotismo, originado en Juan Duns Escoto, el occamismo, en Guillermo de Occam, o el suarismo, en Francisco Suárez. Tras una primera época en que las doctrinas de Tomás de Aquino se mezclaban con las del averroísmo latino -condenaciones de tesis averroístas en 1270 por Esteban Tempier a instancias del Papa Juan XXI, y otras-, el tomismo fue aceptado de forma creciente sobre todo a partir de la canonización de santo Tomás de Aquino en 1323, por Juan XXII. (Dante lo coloca, en su Divina Comedia, en la primera fila de los teólogos, aunque junto a él sitúa también a Siger de Brabante). En el s. XVI aparecen los grandes comentaristas del sistema tomista: destacan, aparte de Tomás de Vío (el cardenal Cayetano), los españoles Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Melchor Cano y Domingo Báñez. En los s. XVIII y XIX surge el neotomismo, filosofía teológica que el papa León XIII, en la encíclica *Aeterni Patris*, de 1879, considera como la filosofía adecuada para expresar la fe católica. En esta misma encíclica el papa proclama que la filosofía debe ser cultivada «ad mentem sancti Thomae», siguiendo a santo Tomás; a partir de este momento, el tomismo es considerado la doctrina oficial de las escuelas católicas: la que se enseñaba, o enseña, en los seminarios, colegios eclesiásticos y universidades católicas, y Tomás de Aquino, el «doctor común».

³²¹ CE. II. 148.

³²² HHE. II. 177.

- “La barrera de incomunicación que la intolerancia escolástica había ido levantando (en el siglo XVIII), entre la ciencia, cada día más petrificada, de nuestras aulas y la ciencia extranjera”³²³.
- El desprecio que hizo de la ciencia experimental, de la historia, de las lenguas, y despreciando con cierta agresividad los descubrimientos e inventos de la época. “llamando v.gr. *cosillas modernas* al descubrimiento de la circulación de la sangre”³²⁴.
- La falta de estilo para explicar los grandes contenidos de la filosofía tomista, que con frecuencia produjo resultados contraproducentes.

Este rechazo e ironía de muchos representantes escolásticos provocó que fueran tomados por ignorantes, prevaleció el error de que los teólogos eran gente sin Escritura, sin Padres y sin Concilios, incluso lo más admirable de su filosofía, a juicio de Menéndez Pelayo, su Cosmología, su Lógica, su Moral,

“toda aquella ciencia tan sólida y tan de veras, pero tan mal expuesta y tan mal defendida por los apologistas como el P. Castro, se vio menospreciada y desierta, mientras que la juventud iba miserablemente a llenarse de vanidad y de ligereza sensualista en los compendios de Condillac y Desttut-Tracy...”³²⁵

De este modo, muchos libros escolásticos, en una época compleja por la multitud de cambios en muchos órdenes de la vida, vinieron a ser contraproducentes, o nacieron muertos, como la Apología de fray José de San Pedro Castro.

¿Cómo se produjo el proceso de deterioro? A mediados del siglo XVII, el escolasticismo se presentó intolerante y aspiró a dominar sólo en las aulas.

“Huyó de nuestras universidades aquella grandeza, no se estudió la filosofía en sus fuentes, olvidóse la crítica de Vives, faltó independencia y serenidad en el juicio, dióse de mano a las ciencias auxiliares y, ¡cosa rara! El escolasticismo alcanzado el absoluto imperio a que aspiraba, empezó a decaer rápidamente, se durmió sobre sus laureles, y no produjo ya Sotos, ni Molinas, ni Vázquez, ni Suárez, sino sumulistas y compendiadores”³²⁶.

El escolasticismo en las aulas sólo despierta con algún brío cuando asoma en nuestro horizonte científico la figura del P. Feijoo. La poca ciencia que había, se daba fuera de las universidades, había que buscarla en grupos de críticos históricos, que se

³²³ HIE. III. 104

³²⁴ HHE. V. 399.

³²⁵ *Ibidem*. 400.

³²⁶ CE. I. 323.

reunían en lugares alternativos, como el formado por el marqués de Mondéjar y otros, que se reunían en la celda de Fr. Hermenegildo.

- Filosofía cristiana y tomismo

A juicio de Menéndez Pelayo, el tomismo tiene un componente de filosofía española, porque fue enseñado en nuestras universidades, pero no fue la única filosofía enseñada en ellas, “el lulismo tuvo cátedras aparte, y las tuvieron los demás sistemas escolásticos, y, lo que es más, las tuvo (en todo el siglo XVI) el peripatetismo clásico, lo cual, para gloria de nuestra nación, dejaron registrados los extranjeros”³²⁷

A juicio de don Marcelino, el tomismo es una buena herramienta para no permitir la entrada de movimientos como el racionalismo. Pero observa que el tomismo en su tiempo ha exagerado en posturas de presunción y falta de modestia, y de “cierto espíritu sobrado exclusivo que los llevaba (a los tomistas), a seguir y ensalzar tan sólo las obras y doctrinas del Ángel de las Escuelas, con veneración laudable, sí, pero, según mi pobre entender, dañosa por lo extremada”.³²⁸

El problema de algunos tomistas es que encuentran los problemas de la filosofía ya resueltos, y evitan el trabajo de investigar y pensar por su cuenta. En el fondo es un problema de procedimientos y de actitud. La falta de procedimientos se debe a que no crean nuevas maneras de exponer la verdad metafísica, de recrear la filosofía de Santo Tomás, entendiéndola y explayándola unos siglos después de su escritura, la dificultad de su actitud, es el dejarse llevar por una falta de diálogo con las demás escuelas y tendencias con las que coinciden en el tiempo. Es el tomismo rígido, que se detiene en puntos más o menos esenciales.

La libertad que echa en falta Menéndez Pelayo, es la que ha estudiado en las escuelas cristianas, la que la Iglesia ha autorizado en todos los siglos, pese a que en ciertas historias tendenciosas, se haya anunciado otra cosa; “la libertad que le permitió a Escoto, contradecir a Santo Tomás en materia de tanta trascendencia metafísica como el tema de la individuación”³²⁹

Y si en la Iglesia los tomistas no viven este oscurantismo, sino más bien la tradición libre de una orden religiosa tan antigua y benemérita como cualquier otra, no hay motivo, excepto los ya indicados, del cansancio y la degeneración, y el conformarse con la doctrina original, para vivir de las rentas de la filosofía del Ángel de las Escuelas.

³²⁷ Ibídem.

³²⁸ Ibídem. 303.

³²⁹ CE. II. 246.

“maltrata, pues, las glorias de la filosofía cristiana el que, por encumbrar a un solo doctor, inmola sin piedad en sus aras a todos los restantes, queriendo establecer hoy mucha más dura tiranía intelectual que en aquellos tiempos de luz y de vida para la escolástica en que resplandecen los Toledos, los Vásquez, los Suárez, y los Rodrigues de Arriaga...”³³⁰

La grandeza del origen de la Escolástica se encuentra precisamente en esta libertad que evita la reproducción mecánica y servil de una doctrina, y propone la libre indagación, bajo el magisterio de la fe, que siempre le caracterizó. Y cuando ciertos personajes huyeron de la escolástica, lo hicieron de la ciencia española y se murieron “hasta llegar al mísero estado en que hoy los vemos”³³¹.

Una encíclica no es materia de definición dogmática³³², ni tiene que ver con el dogma el saber sobre las posibilidades del conocimiento. Además hay que advertir que la encíclica (Aeterna Patris), no entra en los pormenores de la filosofía de Santo Tomás, más bien dice que “si se halla algo en los doctores escolásticos, (no exceptúa a ninguno), que no parezca compatible con los adelantos de la ciencia, o que por cualquier otro motivo no parezca razonable, de ninguna manera ha de seguirse”, dice entonces Don Marcelino:

“No tengo a la vista la encíclica y por eso no cito textualmente; pero recuerdo bien el sentido, y por esta vez puedo fiarme de la memoria”.³³³

La Iglesia no ha de hacerse responsable de las opiniones de un solo doctor, ni mucho menos de las interpretaciones que hacen de ella, algunos de sus discípulos. De no ser así quedaría destruida la libertad de opinión y sería mejor detener el entendimiento. Menéndez Pelayo echa en falta esa libertad y apertura que manifiesta Balmes, que “sin sobrecogerse de espíritus monjiles ni lanzarse a ciegas temeridades, puestos los ojos en el sol de la verdad cristiana, pero sin amenguar uno solo de los derechos que a la razón en su esfera propia legítimamente pertenecen”³³⁴.

- El armonismo en la escolástica

El escolasticismo originario, al igual que otros sistemas cristianos, han sabido acoger algunos de los sistemas más completos que han iluminado al entendimiento humano. La verdad total no la ha alcanzado ni el tomismo ni ninguna otra filosofía,

³³⁰ *Ibidem*.

³³¹ *Ibidem*.

³³² Se refiere Menéndez Pelayo a la Aeterna Patris de León XIII, en la que se aconseja que la dirección del pensamiento católico, siga los criterios de la filosofía de Santo Tomás.

³³³ *Ibidem*. 246.

³³⁴ CHL. V. 216.

pero debemos aspirar a ella. En el armonismo de Fox Morcillo³³⁵, encuentra Menéndez Pelayo, una buena pista.

El tomismo, pues, no es la verdad total:

“la verdad total está en la deseada armonía de Platón y Aristóteles, polos eternos del pensamiento científico. ¿Por ventura se agotó en Santo Tomás el entendimiento humano?”³³⁶

La escolástica, desde la época de los Padres de la Iglesia, tiene abundantes elementos platónicos, el tomismo no es ni primero ni el único sistema cristiano. San Agustín, por ejemplo tomó más elementos de Platón que de Aristóteles para su filosofía. Para entender mejor este asunto hemos de diferenciar la filosofía de la teología tomista, “sólo a ésta (la teología), puede llamarse el sistema primero y único, por no ser otra cosa que la teología cristiana metódicamente expuesta y defendida. Pero, al servicio de esta teología y formando o no un organismo con ella, pueden aplicarse otras filosofías diversas de la de Aristóteles”³³⁷.

2.5.6. Metafísica

Se han ido reflejando a lo largo de estas páginas, la necesidad de la metafísica que siente Menéndez Pelayo, para la construcción de cualquier sistema seguro de filosofía, sin metafísica no hay ciencia, ni arte, ni pensamiento posible, ni actividad humana que pase por la conciencia. Haremos una referencia breve aprovechando algunos juicios de Don Marcelino acerca de la Filosofía primera. El lema de inicio, podrían ser sus propias palabras:

“tengo todavía la debilidad de creer en la metafísica”³³⁸

La Metafísica entendida como *filosofía primera*, es la ciencia teórica (en oposición a las ciencias prácticas y productivas) que trata de las sustancias inmutables; como ciencia del ente, su objeto es el ser, el concepto más fundamental y general que puede pensar el entendimiento humano. Éste es el sentido de metafísica que la identifica con la ontología.

³³⁵ A juicio de Méndez Bejarano en su libro “Historia de la Filosofía en España hasta el siglo XX”, la intención de Fox Morcillo fue intentar la conciliación entre los dos momentos de la reflexión socrática, el dialéctico y el lógico; el divino Platón, resucitado por los esplendores del Renacimiento, y el «sotil Aristotil», dictador de la Edad Media, que libraban una definitiva batalla en los albores de una nueva edad. Afirma: “Con verdadero instinto científico acometió la empresa Fox Morcillo, a mi juicio, la más alta encarnación de la filosofía áurea española” (Méndez Bejarano, Mario. Historia de la Filosofía en España. Madrid. p.259).

³³⁶ CE. I. 307.

³³⁷ Ibídem. I. 308.

³³⁸ HIE. I. 5.

La filosofía escolástica -sobre todo el tomismo- aceptó ambos sentidos, pero en especial el segundo de ellos, sobre el que construyó la cristianización del pensamiento de Aristóteles, fundamento de la justificación racional de la teología.

Menéndez Pelayo critica la postura de quien toma la filosofía como entretenimiento, como objeto de distinción social, como esnobismo, y olvidada en sus raíces más esenciales, que tienen una naturaleza metafísica, una preocupación por el ser, la existencia, las categorías. Todo esto es debido a la falta de conciencia de los saberes y de las profesiones, que todas tienen un antecedente metafísico. Ante semejante mal sólo se ve un remedio:

“recordar al arte de la política su dependencia de la ciencia moral, recordar a la ciencia moral su dependencia de la metafísica, raíz al mismo tiempo que complemento, de todas las ciencias humanas”³³⁹.

La ciencia especulativa ha de cumplir con los grandes principios de la razón humana, el de identidad y el de contradicción, fundamento contra los muchos sofismas de la falsa filosofía antigua y moderna. Don Marcelino juzga que los tiempos que le ha tocado vivir no son muy propicios para la actividad metafísica, ni de ninguna clase de magisterio. Que se ha perdido la preocupación por las esencias, los términos y sólo ha permanecido el interés por el método,

“cuantos hoy filosofan se preocupan más del método que del término, y el qué y el porqué suelen interesarles menos que el cómo. El peligro está precisamente ahí: en que, por recelo contra los abusos del dogmatismo, se huya de toda determinación dogmática, aún en las cosas que más importan a las leyes del pensamiento y a las leyes de la vida. La metafísica o es ciencia trascendental o no es nada”³⁴⁰.

La materia no puede existir sin forma, la existencia de una cosa sólo por la forma se determina o se realiza. Los seres son o bien sensibles o bien inteligibles, el entendimiento humano sólo se aplica a estas formas. De aquí que la esencia o la idea jamás lleguen a realizarse en su integridad y pureza, el conocimiento pleno sólo puede proceder y dirigirse hacia quién da dirección y sentido a todo lo humano, por tanto sólo los místicos, - y de aquí la importancia de la tradición mística en España-, pueden tener acceso a una clase de conocimiento superior al meramente filosófico, a “aquella palabra inefable que el Altísimo imprimió en la materia. Sólo en una esfera superior a

³³⁹ ECF. 120

³⁴⁰ ECF.310.

la de la ciencia humana pueden hallar satisfacción estos místicos y suprasensibles anhelos”³⁴¹

Menéndez Pelayo plantea una metafísica de la conciencia, como realidad más viva, los conceptos de la realidad exterior no son más que instrumentos para captar y ordenar esa realidad exterior. La realidad interior tiene sus propios instrumentos y contenidos, por tanto, y siguiendo la doctrina de la conciencia, no debemos añadir al testimonio de la conciencia nada que no esté virtualmente contenido en ella, como tampoco, cortar algo que ella contenga. En este ámbito psicologista de la interioridad, Don Marcelino nunca renunció a la metafísica por mucho que el positivismo y el auge cientificista arremetieran contra ella.

“en vano se intenta extirpar del entendimiento humano la raíz de la aspiración trascendental. Sin Metafísica no se piensa...

La metafísica por último nada tiene de ciencia exacta, pero esto va acorde con la misma naturaleza.

2.5.7. A modo de conclusión

Intentamos con las próximas páginas, hacer a modo de conclusión del panorama de las ideas en las que insistió más Menéndez Pelayo, referidas a lo esencial del saber en el que se enmarca su mayor aportación estética, la filosofía.

- La filosofía como aspiración a la verdad y como forma intelectual.

Menéndez Pelayo no defiende el intelectualismo. Como todos los *ismos*, señala algo que es deforme. El reduccionismo del pensamiento filosófico a la actividad intelectual, racional, corre el peligro de llevar consigo cierta aridez de la mente y del corazón. En plena obra de madurez, Don Marcelino señala que:

“hay soberbia hosca y ceñuda, tan desapacible para el trato de gentes como contraria al ideal de una vida armónica y serena en que tengan su legítima parte todas las formas de la actividad humana”³⁴²

Asimismo es grave error, tratar con menosprecio las ideas sutiles, precisas provenientes de las obras de los teólogos y filósofos. En ciertas épocas ha sido muy grave para la evolución y el progreso de la filosofía y de la ciencia, el divorcio entre la práctica y la especulación; cuando la práctica da la espalda a la teoría o viceversa.

³⁴¹ CHL. IV. 389.

³⁴² ECF. 368.

“y el dejar entregadas a la arbitrariedad de los empíricos a la rutina de los leguleyos, al instinto más o menos falaz de los hombres de acción, cosas tan altas como la moral, el derecho y la política”³⁴³

La actividad científica en general, es tarea de una comunidad (hoy se abusa mucho de la expresión comunidad científica) y en este sentido, Don Marcelino es partidario de defender la idea de que es más saludable para la propia ciencia, el trabajo escondido de muchos sabios modestos y útiles que el de un solo genio.³⁴⁴

En la ciencia, como en la filosofía, colaboran los individuos modestos y sencillos, las naciones opulentas y las humildes. Su confección no debe prestarse a ninguna clase de especulación que obedezca a intereses políticos, sino a especulaciones de tipo científico. En cualquier caso la cultura de un pueblo es una labor esencialmente colectiva.

Los fundamentos de la ciencia permanecen inamovibles, aunque en buena parte de la comunidad no quiera reconocerlo. La ciencia –de manera general- es progresiva, y de esto es consciente el mismo Séneca,

“aunque fuera cierto, como dicen los escépticos que la verdad está en un pozo, nada habría más precioso que la verdad, porque el mismo trabajo de buscarla es ley de progreso y fuente de vida. Pero el progreso sólo es fecundo cuando se realiza por desarrollo interno y orgánico, no por superposición de elementos extraños”³⁴⁵

La humanidad siempre adelanta. Este adelanto se produce de forma más rápida y fácil en la ciencia que en el arte, ya que éste está mucho más condicionado por su carácter esencialmente humanístico, por situaciones propias de raza, lengua o religión. La sabiduría, la ciencia, en definitiva, la filosofía, pueden correr dos riesgos; o bien que sean asumidos por los partidarios de una tradición mal entendida, a los que Menéndez Pelayo llama *los rezagados partidarios de la tradición*, o que en el otro extremo, aparezcan los espíritus abiertos con excesiva franqueza a cualquier novedad, animados a la búsqueda esnobista y que se limitan a imitar con afectación las opiniones y maneras de quienes se consideran distinguidos.

³⁴³ ECF. 230.

³⁴⁴ En la monografía *Mr. Masson redimuelto* (1876, CE. 207), Menéndez Pelayo defiende esta idea de que “más honra a su país, y más actividad científica demuestra en él, la circunstancia de que haya producido doscientos sabios modestos y útiles que un solo genio”. Pero en otros momentos de su obra, como veremos en el apartado referido a la historia y al arte, afirma que es necesario que en un siglo se den cien historiadores mediocres, para que aparezca uno que alcance la categoría de genio.

³⁴⁵ Raimundo Lulio. 1884. CE. II. 385

Este mal puede ocurrir por la carencia de buenos hábitos de los estudiosos, que en lugar de estudiar en las fuentes, de tomar los problemas como propios, adoptan la ciencia como meros espectadores, como cosa hecha y dogma cerrado.

“Nadie posee ni sabe la verdad sino lo que por propio esfuerzo ha adquirido y averiguado, o libremente se ha asimilado. Descansar sobre la labor ajena, por excelente que ella sea, parece indigna servidumbre, contraria de todo punto al generoso espíritu e independencia que en sus días más fecundos acompañó inseparablemente al pensamiento español”³⁴⁶

Esta falta de pensamiento propio, de capacidad de recreación de los problemas filosóficos, de aguantar la propia debilidad en la rutina del estudio, hace que la mayoría de los potenciales científicos y estudiosos de la filosofía no puedan salir de los lugares comunes, y de la irracionalidad más inconsciente. La vida humana es además demasiado corta y le permite apenas abarcar un pequeño área de la ciencia o la cultura. Hay hombres que con gran admiración por parte del gran público hacen el esfuerzo de dedicarse a aquel campo del saber para el que no están capacitados; en algunos casos es una necesidad y un ejemplo, en otros una falta de economía científica.

- La filosofía como forma intelectual

La filosofía no se somete a una mera definición lógica, Menéndez Pelayo ha rechazado la escritura de proposiciones que de manera hermética, hubieran definido de forma definitiva ciertos contenidos lógicos. Para Don Marcelino, la filosofía es una aspiración noble por buscar un principio que reduzca a la unidad las diferencias, que concilie lo simple con lo compuesto. La filosofía es una aspiración humana por lograr la participación del saber divino de las cosas, aún sabiendo que no lo podrá lograr de un modo absoluto, toma conciencia de la nobleza que supone tal intento.

En Menéndez Pelayo, la gracia literaria y la fluidez de estilo no apagan la luz intensa de su pensamiento. No niega Don Marcelino la consecución de verdades parciales, ni el alcance de múltiples reflejos de la verdad. Así la filosofía, lejos de olvidar las verdades logradas, las convierte en nueva aspiración. Al ser la filosofía una aspiración, al saber que el hombre puede alcanzar por sí mismo, valiéndose de la luz que se enciende en su entendimiento, no puede distraerse ni confundirse con ciertos adornos del lenguaje que tienen poco que ver con las esencias de los problemas filosóficos.

³⁴⁶ CHL. I. 77

Para Menéndez Pelayo, la técnica de la filosofía es sencilla, es decir, no se puede reducir el ejercicio filosófico a un juego de palabras, o a una construcción violenta de frases. La dificultad residirá en la elevación de las ideas, nunca de las palabras. La forma literaria tiene no demasiada importancia para la filosofía, sólo es un medio; la forma intelectual tiene mucha más importancia. Es decir, la particular manera de exponer y sacar a la luz el contenido de la conciencia; esta forma es la que pone de manifiesto la originalidad del filosofar y es la singular armonía dialéctica que rige todas las partes de un sistema. Lo único que la filosofía pide es que no se ofenda en su nombre a la gramática.

- Labor de la filosofía

La filosofía no se conforma con una vaga aspiración a la verdad. Busca la visión del radiante sol de la metafísica como recompensa a los grandes esfuerzos del espíritu. Quizás esta búsqueda la reduce a una aspiración sublime, más que a una ciencia, pero sin esa noble aspiración no hay vida científica que merezca la pena de ser vivida.

En Menéndez Pelayo emerge siempre, como cometido filosófico, una metafísica de la interioridad, metafísica de la conciencia visible desde todo horizonte intelectual, y que se hace patente en su manifestación de aspiración a la verdad.

Menéndez Pelayo tuvo conciencia de su vocación filosófica y fue fiel a su llamada de una manera sencilla: “si algo tengo de filósofo, será en el sentido etimológico de la palabra”. Declara una cierta e invencible tendencia que le ha arrastrado siempre hacia la pura especulación y hacia el arte puro; a todo lo más inútil y menos político que puede darse, a todos los sueños y vanidades del espíritu.

- Vocación y conciencia filosófica

Menéndez Pelayo se tuvo siempre por filósofo, más que por la naturaleza de su producción escrita, por su estilo personal, y por su legítima ambición intelectual. Esta vocación filosófica se difumina absolutamente en todos sus escritos. En su juventud aspiró al título de primer historiador de la filosofía nacional. La labor de la que se siente orgulloso es el haber colaborado en la reconstrucción de nuestro pasado científico. Todo lo que se ha hecho después, es debido a su inspiración. Para él, no basta el camino de la ciencia para llegar al conocimiento humano de las cosas, ya que sin cierto sentido artístico, sin la divina intuición del arte, no se puede comprender de forma total, ninguna cosa.

La evolución de Don Marcelino fue un buen acicate para su contribución filosófica, ya que le supuso el conocimiento de posibilidades intelectuales, que valoraba con sencillez y sin falsas modestias.

De algún modo, cuando habla de otros personajes, generalmente en tono de alabanza, de destacar sus cualidades, está expresando su propio carácter e intuiciones:

“esto es singularmente claro e inobjetable cuando Menéndez Pelayo habla de Milá y Fontanals. No presumió nunca de filósofo, nos dice; aunque hubiera leído mucho y bueno de filosofía y tuviera un entendimiento claro, penetrante y agudo, capaz de elevarse sin esfuerzos a las más altas esferas intelectuales”³⁴⁷

En ningún estudio se propuso Menéndez Pelayo inculcar doctrina alguna filosófica, sino presentar y exponer lealmente la genealogía de todas ellas, pero esta presentación y exposición cumplen en la práctica la labor de un tratado de filosofía. “El estudio sobre el Criticismo y escepticismo españoles es prueba elocuente, y en nuestra opinión, innegable”³⁴⁸.

Tener conciencia y vocación filosófica no significa hacer construcciones cerebrales frías, a partir de las fórmulas que nacen en la mente aislada. Hacen falta otros valores, diferentes a los exclusivamente especulativos. La inclinación filosófica de Menéndez Pelayo surge siempre desde una fe religiosa, que no es simplemente un testimonio de fe, sino que se convierte en foco de inspiración e iluminación para exponer sus pensamientos con singular dedicación. Esta vocación se expresa tanto en sus escritos de carácter filosófico como en los Ensayos de Crítica Filosófica, como en los escritos de naturaleza histórica, concediéndole un papel preponderante a la tradición mística española y a las diversas formas contemporáneas de espiritualismo, (como la tradición espiritualista catalana).

³⁴⁷ Muñoz Alonso, Adolfo. Las ideas filosóficas en Menéndez Pelayo. Rialp. Madrid. 1956. p.41-42.

³⁴⁸ *Ibidem*. P. 43.

- Filosofía y filosofar

Declara Herder que Kant, en sus clases, “coaccionaba gratamente a pensar por propia cuenta”, idea que concuerda de lleno con la exhortación de Kant en su Lógica: “nadie aprende a filosofar sino por el ejercicio que cada cual hace de su propia razón”. Esta idea kantiana la toma Menéndez Pelayo que ha distinguido el filosofar, como actividad, de la filosofía, como materia. Supone pues, la inquietud de la búsqueda, el gozo del hallazgo.

La filosofía a lo largo de su historia se ha centrado en diferentes actividades. Actividades que en unos momentos históricos eran consideradas filosóficas, en otros momentos han dejado de serlo.

La obra en la que Newton sistematizaba su teoría física llevaba por título: Principios matemáticos de filosofía natural. Para él, la palabra filosofía contenía lo que hoy nosotros entendemos por ciencia. Pero también desde sus orígenes, la filosofía ha sido anhelo y afán de conocimiento, no una posesión de saber: ha sido un intento de conseguir respuestas razonadas a determinadas cuestiones que preocupaban a sus protagonistas. Y cuando una respuesta se ha impuesto dogmatizándose, se ha traicionado aquello que originariamente le caracterizó.

Para don Marcelino, la labor del filósofo es antes que propagar ideas propias, excitar a los alumnos, a los lectores, a filosofar, a plantear preguntas, en definitiva, a encontrar su propio modo de pensar. Delante de los mismos oyentes, proceder a la investigación. Hacer seguir la operación científica y hacer brotar en sus ojos las concepciones justas, despertando en ellos toda clase de actividad del pensamiento.

El modo de filosofar de Menéndez Pelayo consistía en poner siempre en contacto la especulación con una multitud de observaciones de todas las ciencias posibles. Se atiene siempre al criterio de que la filosofía es una actividad del espíritu humano, original, peculiar y de aspiración incesante, Muñoz Alonso observa el filosofar de Menéndez Pelayo, con estas características:

“Menéndez Pelayo sigue manteniendo que para hablar verdaderamente de la filosofía de un pensador, para convertir a un pensador en filósofo, han de poder descubrirse en él, principios, métodos, rigor, sistema, estructura orgánica de las doctrinas, de las intuiciones, de las genialidades o del razonamiento”³⁴⁹

Lo que Menéndez Pelayo intenta demostrar es que la filosofía no es el punto de arranque y tampoco es el punto de término, porque la conclusión como aceptación no

³⁴⁹ *Ibidem.* 49.

es filosofía, solamente en el grado en que en ella se descubre, se acepta y se resuelve la consecuencia.

Don Marcelino afirma que la filosofía es la forma, que el filosofar se manifiesta en la ordenación, encadenamiento, trama de las ideas, pudiendo decirse que hay filosofía donde *se descubre un poema filosófico*. De aquí que la filosofía si es digna de llamarse tal, posea un alto grado de originalidad.

Al considerar la importancia de la actividad filosófica como tal, el filosofar, entiende que la filosofía es una noble aspiración de alcanzar una síntesis suprema de lo diverso con lo idéntico. Un intento de esclarecer mediante el esfuerzo intelectual, el principio que reduzca a la unidad, la multitud de diferencias; que concilie lo compuesto con lo simple.

- Saber riguroso

Para que un trabajo, un escrito, un pensamiento, adquieran la categoría de filosófico han de proceder por principios lógicamente madurados.

La filosofía es la respuesta personal a unas preguntas perennes. Las preguntas como tales son connaturales al espíritu humano; en las respuestas se descubre el filósofo. Su presentación ha de ser original. Esta originalidad se basa en la fuerza de los argumentos, en la inteligente trabazón, en la nueva sugerencia de puntos de vista, o en el ángulo de visión para responder. La filosofía de Menéndez Pelayo no nace como una sorpresa del espíritu humano, sino respondiendo a un deseo natural de saber. Para él, el rigor de la filosofía se encuentra en hallar y expresar las ideas con las que se organiza un sistema filosófico. La materia del pensar es tan antigua como la filosofía misma, y la filosofía no es más que el ejercicio de la actividad intelectual cuando se aplica al esclarecimiento de las razones, causas, principios o ideas más altas, supremas o universales que puede alcanzar.

- Originalidad y tradición

Tradicón significa hacer pasar a otro, transmitir ideas, costumbres, creencias, prácticas y rituales religiosos, morales o simplemente de conducta que se realizan de generación en generación. También, las cosas transmitidas. La palabra se reserva para aquellos casos en que lo que se transmite tiene cierta importancia y se considera fundamental para el presente y futuro de la sociedad.

El tradicionalismo, sin embargo, es la actitud conservadurista ante las innovaciones. En Francia está representada esta corriente por Louis de Bonald, Joseph de Maistre y Lamennais; todos ellos apelaban a la existencia de una revelación primitiva totalmente necesaria para la fundamentación de cualquier clase de verdad, y esta revelación se transmitía por tradición. En realidad, como movimiento

irracionalista que era, al igual que el fideísmo, se oponía a los ideales y principios de racionalidad, libertad individual e igualdad de la Ilustración y Revolución Francesa.

Para Menéndez Pelayo “la autoridad se queda para otras esferas; en filosofía nadie posee sino aquello que personalmente ha investigado y en propia conciencia ha reconocido”³⁵⁰. Lo cual no quiere decir que la filosofía pueda surgir de la nada, como prole sin madre:

“semejante prole sin madre no ha existido jamás en ninguna ciencia y menos que en otras ha podido existir en filosofía, donde todo pensamiento nace de otro como desarrollo o como antítesis”³⁵¹

La originalidad es la forma de pensar lo nuevo, lo original. Aquel pensador que no manifieste en su obra algo de original, no podrá ser tenido por filósofo. Pensar es dotar de significación y ritmo personal a los pensamientos, aunque estos pensamientos sean tan antiguos como el hombre, o incluso lo trasciendan en el tiempo.

Menéndez Pelayo afirma que el sujeto de la historia de la filosofía puede ser considerado en rigor como un solo hombre que filosofa (consideración ontogenética), a través de muchos siglos, conforme a ciertas leyes dialécticas que se cumplen en un individuo y en toda la humanidad. Cree en la evolución de la filosofía porque tiene la convicción del despliegue providencial de la historia, que más que encargarse de la caída y restauración de los imperios, provoca la evolución y esclarecimiento de las ideas. Este esclarecimiento que se produce cuando el hombre cuenta en su haber con una tradición filosófica que lejos de quitarle tarea de investigación, le eleva a una situación nueva desde la que se divisan los nuevos problemas eternos y ha de resolverlos con la mayor agudeza y penetración.

El que por amor a la tradición³⁵² se sitúa en el apego a los antepasados, está destruyendo la idea misma de tradición. Por otro lado, el que no conserve la tradición no puede hablar de progreso y dónde sólo se conserve la tradición, se hablará de parálisis intelectual.

“no cante victoria el Sr. de la Revilla, que aún hay, a falta de una, otras tres creaciones filosóficas españolas con influencia en el

³⁵⁰ ECF. 368.

³⁵¹ *Ibidem.* 144.

³⁵² Recordamos, que aplicada la tradición a la labor de Menéndez Pelayo, recrea la idea de que en España el pensamiento y la ciencia han sido contruidos por tres grandes tradiciones: el lulismo, el vivismo y el suarismo.

mundo, con escuela y tradición dentro y fuera de casa... y estas escuelas son el lulismo, el vivismo y el suarismo”³⁵³

Y sólo actúa la tradición si se logra que lo que hoy pensamos nosotros, pueda ser tradición mañana. La tradición no es pasado, sino el presente cargado de significación. Si el filósofo entiende como fidelidad a un maestro, el dedicarse a la tarea de divulgar sus tesis, tal como fueron enseñadas por éste, lo que consigue es mostrar la infecundidad histórica de las doctrinas que divulga, y contribuir por tanto al desgaste y al oscurecimiento de las ideas que enseña. En las ciencias formales, no ocurre del todo lo mismo, precisamente por su grado de formalidad. En las ciencias humanas, y (de esto hablaremos al comentar la importancia del humanismo para Menéndez Pelayo), en la filosofía, es fácil que se produzca la oposición y el oscurecimiento. En la filosofía se da una manifestación histórica y personal, nunca repetible, de una verdad trascendente.

Para Menéndez Pelayo la filosofía sigue un ritmo ordenado en el despliegue de sus concepciones, sujetándose a una norma lógica inteligible. Al seguir la filosofía el ejercicio de la actividad intelectual, las leyes que rigen este ejercicio, siguen las leyes de la propia actividad intelectual del hombre, que jamás puede desentenderse de su situación histórica. Si un filósofo pudiera desprenderse de todas las soluciones históricas que han animado a la filosofía, estaría literalmente colgado de la actividad intelectual de la época en la que le ha tocado vivir. Y aunque hubiera limpiado de su conciencia todos los conocimientos y todas las tesis defendidas o defendibles, lo que no podrá nunca es romper con la Historia. Podría prescindir de ella, pero la Historia en que vive no puede arrojarle de su seno. No basta la voluntad humana para sacudir el yugo del espacio y el tiempo.

Esto sugiere a Menéndez Pelayo, que en cierto sentido toda filosofía es mudable y pasajera en sus formas, porque inmutable y permanente es la conciencia humana. Nada tiene de extraño el que don Marcelino considere a cada nuevo sistema como un organismo nuevo, debiendo ser estudiado como tal. En cada sistema filosófico cabe descubrir elementos en suspensión y elementos en disolución, y la situación temporal condiciona ideas, frases y sentidos, aunque no condiciona ni somete la verdad perseguida, que trasciende tiempos y situaciones porque es anterior y superior a todas las edades.

- Exigencias del trabajo filosófico

Menéndez Pelayo fue exigente con el trabajo literario, la labor de análisis, el tejido personal de su erudición. La exigencia que siempre puso en práctica desde niño y que en su labor adulta se manifestó en varios juicios que por la naturaleza del

³⁵³ CE. I. 214.

problema, tenían un carácter más personal y se manifestaban en tono epistolar. Así exige la preparación sin reparos, frente a la improvisación:

“no puedo acostumbrarme a estos trabajos de día fijo y de plazo fatal, no serviría yo para periodista”³⁵⁴

“¿a mí, que aborrezco la improvisación en todo género de asuntos y que tengo de la oratoria (aún admirando a los grandes oradores), una idea muy aproximada a la que Kant mostró alguna vez, diciendo de ella que era el arte de tratar frívolamente las cosas graves?”³⁵⁵

No se dejó llevar nunca por la facilidad y también se mostró exigente con los filósofos y la filosofía. El ejercicio de la contemplación de la verdad por la verdad misma, representa el esfuerzo natural por el que se logra esclarecer la participación de la luz increada.

Cuando hace un repaso sobre sus tareas, sobre sus obras, Menéndez Pelayo afirma:

“no he retrocedido ante ninguna lectura, por árida que pareciese, y tengo mi orgullo en afirmar que hay páginas de esta obra que me han costado el estudio de volúmenes enteros, sólo para descubrir en ellos alguna idea útil sobre la belleza o el arte”³⁵⁶

- La filosofía como metafísica

En España, antes de la aparición de Hegel y desde la muerte de Suárez, en la realidad contemporánea a nuestro autor, la metafísica había caído en el olvido y en el desprecio.

Para los krausistas, su preocupación era la formación integral del hombre, moral, política y religiosamente, sin preocuparse demasiado por el ámbito especulativo.

“no fue el krausismo sólo una filosofía; en realidad, eso es lo que menos fue, sino todo un movimiento social y reformista”³⁵⁷

Menéndez Pelayo concibe la metafísica como la propia filosofía, no puede evitarse, “sin metafísica no se piensa ni aún para negar la metafísica”³⁵⁸, pero tarde o

³⁵⁴ Carta a Valera. 4 IX 1889. Epistolario. XV.

³⁵⁵ VARIA. I. (OC. LXIII. 340).

³⁵⁶ HIE. I. 4.

³⁵⁷ Jiménez, A. El Krausismo y la Institución Libre de Enseñanza. Ed. Pedagógicas. 1985. P.187.

³⁵⁸ ECF. 214.

temprano “cesará el triste divorcio en que hoy viven la especulación y la experiencia”.³⁵⁹

Una cosa es que la metafísica no puede ser rechazada, y la otra, que constituya el elemento único de la filosofía. La filosofía ha de abarcar al hombre y todo lo que con él se relaciona:

“el puro intelectualismo suele llevar consigo cierta aridez de la mente y del corazón, cierta soberbia hosca y ceñuda, tan desapacible para el trato de gentes como contraria al ideal de una vida armónica y serena”³⁶⁰

La metafísica viene a ser, en la mentalidad de Menéndez Pelayo, como la ciencia de los cánones permanentes que presiden toda actividad del espíritu. Para ser propiamente filósofo no basta con ser pensador muy agudo, sino que se requiere método y disciplina. Don Marcelino sólo tiene por filósofo al que considera y trata a la filosofía como ciencia aparte, con método adecuado, sujetándose en la investigación a un rigor y estilo idóneos.

- Filosofía y literatura

Es curioso observar en Menéndez Pelayo cómo salva los escollos que le presentan la literatura brillante con pretensiones de filosófica, y la literatura “iluminada” con alardes de profundidad insospechada.

El lenguaje nos lleva a la posesión de algo que vale más que las ideas mismas, pues éstas, al fin y al cabo, son formas separadas de las cosas, en cuanto concebidas por la mente. La auténtica expresión, nos pone en comunicación con la inteligencia más que con la idea. El arte no es sólo manifestación sensible de la idea, sino también manifestación sensible de la mente.

“¿Quién dirime, insisto, la tensión entre el poeta de los versos y el de las intuiciones críticas, e incluso entre éstas y su verdadero gusto? El lenguaje. Su palabra en cuanto auténtica poesía. Su palabra también en cuanto expresión de unos sentires que de ordinario van de acuerdo con sus juicios, pero que algunas veces contradicen los conceptos recibidos”³⁶¹.

³⁵⁹ *Ibidem*. 216.

³⁶⁰ ECF. 368.

³⁶¹ José María Sánchez de Muniáin. *El hombre en su palabra*. Antología general de Menéndez Pelayo. BAC. Madrid. 1956. P. 109-110*.

Leyendo su obra, se ve que Menéndez Pelayo no se propuso ser un literato: la forma literaria fue para él, instrumento, no un fin. El instrumento excepcionalmente apto de su labor de historiador y crítico.

En forma autocrítica, declara Don Marcelino:

“cierta superfluidad y despilfarro ha sido siempre muy de autores españoles, algo díscolos y rebeldes de suyo contra ciertas prudentísimas leyes de parsimonia y equilibrio. Yo me confieso en esta parte de los más pecadores, aunque siempre estoy formando propósitos de la encomienda para aplacar los iracundos manes de Boileau y de Luzán”³⁶²

Observamos por último a este Menéndez Pelayo que sabe adaptarse al interlocutor, al tratar con la misma elegancia, pero diferente estilo, tanto en lo relativo a la literatura brillante con contenido filosófico, como a la literatura iluminada de gran profundidad lírica.

- La filosofía como actitud crítica

La actitud personal constante de Menéndez Pelayo acerca de lo que la filosofía es y significa, las exigencias que impone la investigación y la evolución del pensamiento como constante histórica, le arranca una intuición crítica que hay que leer en el contexto de cada intervención.

El criticismo³⁶³ le supone a la razón, la posibilidad de dudar de sí misma:

“Dios ha puesto en nosotros el germen crítico como estímulo para la indagación, como preservativo contra la rutina y la indolencia del espíritu, y al mismo tiempo nos ha impuesto la necesidad de la afirmación en todo aquello que se presenta con caracteres de evidencia”³⁶⁴

Además, tanto el escepticismo como el criticismo- la actitud crítica- no han de entenderse como filosofías puramente negativas, sino como momentos obligados de la evolución filosófica en los que el espíritu se detiene para *hacer examen de conciencia* y proseguir con más aliento el camino.

³⁶² HIE. V. 164.

³⁶³ El criticismo al que se adhiere Menéndez Pelayo se refiere genéricamente a la actividad constante de la crítica como propia de la filosofía, y también a algunas actitudes específicamente críticas de algunos sistemas filosóficos, de un modo peculiar a la filosofía crítica de Kant.

³⁶⁴ ECF. 138.

Capítulo 3 Ideas Estéticas: Hacia un Sistema de Pensamiento Estético en Menéndez Pelayo

- 3.1. Ideas de Estética General
- 3.2. Estética y Teoría General del Arte
- 3.3. Filosofía del Arte
- 3.4. Literatura y Arte
- 3.5. La historia como obra de arte

Ideas Estéticas. Hacia un sistema de pensamiento estético en Menéndez Pelayo.

3.1. Ideas de Estética General.

3.1.1. Concepto de Estética

Presentamos ahora sus ideas, sacadas fundamentalmente de la Introducción a la Historia de las Ideas Estéticas. Para Menéndez Pelayo, estética, crítica y arte se distinguen plenamente. El artista crea, el crítico valora y analiza la obra singular, el esteta investiga los problemas de la belleza, el arte y la contemplación en su dimensión filosófica.

La estética no tiene finalidad normativa. El artista generalmente se opone a las intromisiones que pretenden regular su trabajo, de aquí el divorcio ocasional que se produce. Dicha intromisión, a juicio de nuestro autor, suele ser más frecuente de parte del crítico que del esteta. Suele ser el crítico el que tiende a dogmatizar y pretender imponer sus gustos. Además, si la Filosofía del Arte, la entendemos como un buen apartado de la Estética, el esteta no puede prescindir de una continua experiencia contemplativa. De ahí que Menéndez Pelayo con frecuencia se entretenga en el estudio de las obras escritas de los místicos, por la situación privilegiada de éstos para la apreciación del arte, divino y humano.

Menéndez Pelayo fue fundamentalmente crítico e historiador del arte, especialmente del arte literario. También cultivó la investigación estética, especialmente en su aspecto histórico. Le preocupa a Don Marcelino cómo los artistas no tienen una preparación estética que les dé otros horizontes, que él mismo llama idealismo. Un artista sin idealismo, sin fundamentación del espíritu de su obra, se convierte en una especie de industrial del trabajo científico.

“este olvido y desdén en que los artistas tienen la estética, influye desventajosamente en los artistas mismos, que, faltos de ideal, se abandonaron a un empirismo rutinario y caen fácilmente en la manera o en el industrialismo o envilecen su arte en asuntos triviales”³⁶⁵

“los artistas faltos de ideal y que se creen emancipados de toda metafísica de lo bello, no están libres de caer en otra servidumbre más dura: en el empirismo de taller, en las recetas de oficio”³⁶⁶

Quizás nuestro autor se refería no tanto a la carencia de un pensamiento, de una filosofía, sino más bien a la inconsciencia, a la falta de una puesta de orden en sus

³⁶⁵ HIE. I, 7-8

³⁶⁶ CHLE. VII.

ideas, y a contentarse más bien con la alimentación de las ideas estéticas, solamente desde el nivel intuitivo.

De modo más general, y expresado de una forma o de otra, lo que desea evitar Menéndez Pelayo, es el divorcio entre la teoría y la práctica que ha supuesto en todos los ámbitos de la vida, y por lo tanto del pensamiento, consecuencias nunca deseables. En definitiva, el deseo de D. Marcelino era que cada uno de los personajes próximos a la creación artística: artista, crítico y contemplador, dejaran de alguna forma su radical punto de vista y tuvieran la experiencia del otro:

“Lo que Menéndez Pelayo defendía era la necesidad de que el esteta fundamentase sus teorías en una constante actividad contemplativa, que el crítico tuviese amplitud de criterios para el juicio de los más diferentes estilos, que el artista cultivase su personalidad mediante el estudio y la reflexión de distintas disciplinas entre las que debería figurar la estética”³⁶⁷

El producto final de todo este proceso sería así una vez más, la manifestación de un humanismo estético. Por otro lado, define los papeles o competencias de las personas que integran la experiencia estética. Así, “al crítico y al historiador literario toca investigar y fijar, estén escritos o no, los cánones que han presidido al arte literario de cada época”.

3.1.2. El trabajo estético de Menéndez Pelayo en sus obras

Ante una obra tan variada, vemos importante reseñar algunas características dispersas en tan gran cantidad de discursos, trabajos monográficos, etc., si bien nos centramos en nuestro trabajo acerca de los juicios estéticos de Menéndez Pelayo, en la obra clásica por antonomasia, La Historia de las Ideas Estéticas, en el Tratado de Estética Elemental y en los Estudios y Discursos de Crítica Histórica y Literaria.

3.1.2.1. Estudios y Discursos de Crítica Histórica y Literaria

Si bien encontramos juicios sobre Estética y Teoría General del Arte en todas sus obras, y nos centraremos en las tres obras recién citadas, hacemos referencia ahora a los Estudios y Discursos de Crítica Histórica y Literaria; obra en la que encontramos cientos de ideas expresadas con la originalidad y frescura que caracterizan a Don Marcelino.

³⁶⁷ Francisco José Tello, la estética y la filosofía del arte en España en el siglo XX. Valencia, 1983.p.9

CAPITULO 3 MENÉNDEZ PELAYO Y SU APORTACIÓN A LA FILOSOFÍA DESDE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

Los documentos que forman esta obra y de los que hemos elegido abundante información para el presente trabajo son los siguientes:

Tratadistas de Bellas Artes en el Renacimiento español. Discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes. 1901.

Defensa del Programa de Literatura española. 1878.

Interpretaciones del Quijote. Discurso de contestación a J.M. Asensio en la Real Academia Española. 1904.

Prólogo a las obras completas de J.M. Pereda. Sotileza. 1885.

Calderón y su teatro. I .1881.

Prólogo a Edipo de D. Francisco Martínez de la Rosa. 1882.

Discurso de contestación al P. Mir en la Real Academia Española. 1887.

Prólogo a las Obras Completas de Pereda. 1884.

La poesía mística en España. Discurso de ingreso en la Real Academia Española. 1881.

Calderón y su teatro. 1881.

Prólogo a José María de Pereda: Bocetos al Temple

La Historia considerada como obra artística. Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia.

Calderón y su teatro, III. 1881.

Prólogo a las Obras Completas de José María de Pereda: Sotileza. 1885.

Interpretaciones del "Quijote". Discurso de contestación a J. M. Asensio en la Real Academia Española.

Los autos sacramentales como enseñanza teológica popular. 1911.

Quintana considerado como poeta lírico. Conferencia en el Ateneo de Madrid.1887.

Prólogo al "Haz de leña" de Núñez de Arce. 1882.

Prólogo a "San Francisco de Asís", de Doña Emilia Pardo Bazán. 1886.

"La Atlántida" de Verdaguer. 1879.

Defensa del programa de Literatura Española. 1871.

Discurso de contestación a Pérez Galdós en la Real Academia Española.

Edad de oro del teatro. Prólogo a “Del Siglo de Oro” de B. de los Ríos. 1910.

Prólogo a Enrique Heine. Poemas y fantasías. 1883.

Discurso en el centenario del “Quijote”. 1905.

Discurso en el centenario de la Real Academia de Bellas Artes. 1901.

Prospecto de la Sociedad de Bibliófilos cántabros. 1876.

Discurso de contestación a R. Marín en la Real Academia Española. 1907.

Defensa del programa de Literatura Española. 1878.

Prólogo a la Literatura Española de F. M. Kelly. 1901.

Los asuntos manejados en infinidad de citas a lo largo de los siete volúmenes, de los Estudios y Discursos de Crítica Histórica y Literaria, son muy variados. Damos un breve repaso a los temas más referidos en todos ellos. En el apartado correspondiente estarán citados algunos de ellos, desde el punto de vista temático.

- Crítica y estética

Se nos recuerda por un lado, que la crítica y la estética son legítimas, en cuanto que a toda obra humana le corresponde una operación crítica. De manera que por muy iluminado o visionario que sea un hecho estético; por muy misterioso e inaccesible que aparezca, siempre florece *el esplendor de la razón*, operación que justifica el papel siempre presente del crítico.

El arte, expresado por Menéndez Pelayo como *energía, virtualidad activa, capacidad de producir*, actualiza lo necesario y lo universal, al ser capaz de encarnar las representaciones ideales del mundo. Sin caer en idealismos y racionalismos separados de la vida real, nuestro autor concibe la obra de arte como la traducción e interpretación de *ciertos cánones que preexistieron en la mente de su autor*, aunque él mismo no fuera tan consciente o no tuviera una idea tan clara de ellos.

Se da por tanto, bajo la concepción de Menéndez Pelayo, una polaridad, un equilibrio real entre dos extremos; por un lado la referencia a los misterios inaccesibles al pensamiento, y por otro, el esfuerzo y la acción de éste en cuanto que concreta la intuición de sus leyes. Fruto de estas dos fuerzas o potencias humanas presentes en el artista, se produce el resultado: la obra de arte. Podríamos llamar a este proceso como en algún momento sintetiza Sánchez de Muniáin: *entre la especulación filosófica y la experiencia del arte*.

En otro momento del mismo discurso, de los tratadistas de Bellas Artes en el Renacimiento español (discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes), comenta Menéndez Pelayo los problemas que se producen cuando teoría y práctica se experimentan como fenómenos aislados. Esta referencia se da no solamente en el mundo del arte, sino *en todos los órdenes de la ciencia y de la vida*. Por un lado los estéticos y los críticos, han ejercido su tarea de espaldas a la técnica, viviendo una pseudoexperiencia endógena que les ha hecho caer en un dogmatismo superficial y pedante que les produce con frecuencia una pérdida de sentido en su quehacer.

Por otro lado, los artistas con frecuencia carecen de ideal y caen en otra forma de dogmatismo que es *el empirismo de taller, o las recetas de oficio*, perdiendo de vista su compromiso artístico de expresar los rincones más íntimos de la vida y dejándose llevar por tanto por la tentación del industrialismo. En este proceso, el artista cae frecuentemente en una manera de enajenación, abandonando lo que le es propio: la creación, la expresión de lo más inefable de la vida.

En otros momentos de su ingente obra, especialmente en muchas de sus cartas, Menéndez Pelayo se asusta de la facilidad con la que se enfrenta a sus escritos, susto originado por la posible carencia de fundamento que dicha facilidad le puede ocasionar en lo referido a la falta de reflexión, de maduración o de búsqueda adecuada de sus ideas; en definitiva, al peligro del automatismo o como le gusta abundar a don Marcelino, el industrialismo.

Otro compromiso y/o resultado obligado de los productos del artista, es dejar en forma de testamento espiritual a la humanidad, de forma que ésta encuentre en las obras artísticas, *el pan de su alma*.

- El sentimiento y el conocimiento en la vivencia estética

Menéndez Pelayo aprecia que el proceso de la valoración de la belleza tiene un componente afectivo y otro discursivo en maravillosa armonía. La apreciación estética no es un acto puramente intelectual. Una cosa es sentirse atraídos hacia un determinado arte, y otra muy diferente es poder disfrutar en sentido pleno de una experiencia puramente estética.

Además la belleza es una propiedad trascendental que abarca a toda la obra artística en su conjunto. Este carácter trascendente constituye una forma de purificación que *disipa las tinieblas de la mente*, mediante un acto de intuición y no meramente por un procedimiento discursivo o por alguna manera de especulación ajena a la propia obra.

La forma, cuando es verdaderamente artística, lleva en sus entrañas todo un mundo ideal. La labor del genio es entonces, adivinar, trascender aquello que metódicamente o desde los procedimientos no sabe ni podría demostrar. El poeta por

ejemplo, cuando lo es de verdad, cuenta con ese “daimon socrático o platónico, cuyo poder es misterioso y tremendo”³⁶⁸

- La fuerza de la belleza

Comenta Menéndez Pelayo una característica fundamental que otorga plenitud a la belleza, en el Prólogo a *Sotileza*, y es la fuerza, principal elemento artístico y quizá razón suprema de todos los grandes efectos de la poesía. La fuerza ejerce una influencia de refuerzo de la identidad de los personajes que intervienen de una forma o de otra en el contexto de la obra artística; -artista, crítico y contemplador- y además impulsa a estos mismos agentes hacia otra clase de realidad ideal superior.

Se expresa en el sentido de recordar que hay muchas maneras de hacer las cosas, de hacer algo, y que las creaciones artísticas, valen más por la ejecución que por lo que son en sí; es la forma la que otorga encanto al producto.

- El arte y la vida espiritual

Acerca del arte y la vida espiritual, afirma que el religioso fin de depuración moral inseparable del arte, implica la intuición de que en buena medida, el arte expresa la categoría moral y la salud espiritual de un artista y de un pueblo. La verdad supone la intimidad solitaria con las auténticas realidades, las ideas. Escribir bien supone hacerlo de acuerdo a la realidad, a lo que las cosas son, y no solamente es un deber literario sino que es acto y obligación moral.

El arte *hace respirar al mármol*, o extiende sobre la tela los colores, dándoles la animación de la vida. Ahí entra el factor espiritual, ajustando ese halo de misterio que el artista respira e interpreta de la vida. Ésta debe ser purificada y embellecida para que sea templo digno de las obras del espíritu.

- La sencillez en el arte como ideal

Además en el arte, lo más bello es lo más simple, en cuanto que se ajusta, se aproxima más a la naturaleza. Las inteligencias superiores, conforme están más altas en la escala, comprenden con menos número de ideas.

En la misma obra, hace referencia al formalismo y el idealismo en el arte, afirmando que ver la forma, es la clave del artista. Esto es, apreciar el límite, la excelencia de la poesía mística, consiste en buscar ese límite de lo infinito, aunque sea de manera vaga. El misterio de la vida aquí se vuelve en búsqueda y encuentro de contradicciones sólo superadas por la vida; en este caso por la dimensión mística de ésta.

³⁶⁸ CHL, I, 313.

En una concepción alta del arte, éste no puede limitarse a lo humano. El arte es resplandor de la idea en la forma. Así le pertenece al dominio artístico, no sólo la belleza sensible, sino la belleza moral y la belleza intelectual. Conceptos que para Menéndez Pelayo dejan la propia autonomía al arte, para que no se sienta condicionado por una búsqueda a destiempo de lo moral. Los conceptos intelectuales pueden ser bellos en cuanto *se revisten en forma estética* y dejan de alguna manera la construcción reducida a lo filosófico y lo abstracto. Cuando estos conceptos intelectuales logran cubrirse de forma sensible, pueden ser materia propia y digna de ciertos modos y esferas del arte.

- Realismo e idealismo

Menéndez Pelayo se considera idealista en su concepción estética, o más bien equilibra entre dos extremos, en una forma de eclecticismo que desea abandonar los polos, *más de idealista que de realista* afirmará. En un sentido amplio llega a autoafirmarse realista, en cuanto que lo contrario supondría una falta la verdad en la vida.

En el Prólogo a las obras completas de Pereda, en 1884, vuelve al asunto de lo real frente a lo ideal, excluyendo los posibles absolutismos o posiciones extremas. No puede entenderse por realismo, “la seca, fría y grosera representación de los vicios y maldades humanas”³⁶⁹. Pues se convertiría en una forma de idealismo, por la extremada posición realista, ya que estaría presentando como universal lo que es *aberración y accidente*. Además, por parte de los autores se estaría realizando sin querer, una idealización del perverso estado social que se describe.

Para Don Marcelino se ha dado en ocasiones o momentos de la historia, un falso y necio idealismo que ha desarrollado una poesía bucólica de personajes sin gracia o en otros casos, un tipo de novela sentimental o de personajes tan rígidos, que en realidad no existen, ni han podido existir en ninguna época.

En la ciencia, aclara Menéndez Pelayo, sí es posible realizar esta distinción en cuanto que por su carácter objetivo es cómoda y fácil de aplicar esta clasificación. Sin embargo el arte, -siguiendo a su gran maestro Milá y Fontanals-, consiste en ver lo ideal en el seno de lo real; es la realidad idealizada. Un buen ejemplo de esta concepción es la descripción de Sancho Panza, tan real, que nos da la impresión de que nos acompaña, y sin embargo constituye una admirable idealización de un ámbito del espíritu humano. Siguiendo el texto anterior del prólogo a las obras completas de Pereda, nos recuerda don Marcelino, que el realismo anteriormente descrito, no es el mismo criterio aplicado a las escuelas de filosofía; en este saber, el realismo es el sistema más idealista posible.

³⁶⁹ CHL VI, 332

“El arte que hoy llamamos realista es nominalista o fenomenalista, si vale la frase³⁷⁰”

Es un arte que él denomina experimental. La forma artística no es otra cosa que una interpretación de la verdad oculta, bajo las formas reales. El arte entonces tiene esa misión de sacar esa quintaesencia o verdad interior para mostrar lo que la vida oculta, por ese su carácter misterioso. Engrandeciendo aquellos elementos y personajes que por sí mismos pasarían desapercibidos, que de este modo son realizados por el toque mágico recibido en la elaboración del artista.

- Intuición artística e intuición filosófica

La facultad fundamental de los artistas es descubrir lo universal, tarea fundamental del historiador que entiende la historia como obra artística.

Menéndez Pelayo también introduce en esta obra el asunto de lo que es propio del artista, y del hombre vulgar. La diferencia entre la forma de ver las cosas del artista, y del hombre vulgar, consiste en que el primero, al igual que el filósofo, es capaz de llegar a lo más esencial de las cosas. De este modo, los grandes personajes creados por el arte, tienen una vida mucho más apasionada y densa que *la mayor parte de los seres pálidos y borrosos que vemos por el mundo*. Es notable la chispa con la que Menéndez Pelayo hace una metaafirmación de la cualidad estética; en este caso en una reflexión sobre la forma concreta y la idea pura, en el contexto del comentario a la obra novelística de J.M. Pereda. Los procedimientos del arte, pues, tienen poco que ver con los de la ciencia, y sólo coinciden ambos en lo que podríamos denominar *la cima de la especulación ontológica*, lugar de encuentro entre la verdad y la belleza, sólo distinguibles en una manera de análisis formal.

Otro elemento para la reflexión sobre las formas concretas y las ideas puras, se encuentra en la misma obra citada; consiste en la aclaración de la diferencia en los trabajos del artista, el filósofo y del técnico en las ciencias sociales, autor de trabajos estadísticos, demográficos y sanitarios. El problema puede sobrevenir cuando más que una determinada idea, o intuición, se peleen determinadas concepciones dogmáticas de escuela, “el fanatismo de escuela, mal entendida y peor profesada”.³⁷¹

- Sobre la libertad artística y su inefabilidad

Menéndez Pelayo comenta sobre la libertad artística, siguiendo la línea de Hegel. Argumenta que el arte tiene un carácter dinámico, introduciendo las expresiones de fuerza serena y fuerza en movimiento. El artista se impone a los personajes que rodean el fenómeno artístico, (artista, contemplador, crítico...). Gracias

³⁷⁰ CHL. VI. 344.

³⁷¹ *Ibidem*. VI. 348.

a la fuerza que surge de la energía de la voluntad, *yace la raíz de las mayores grandezas estéticas*.

Papel predominante tienen en el arte los personajes que de algún modo aparecen como inaccesibles a las miradas de la crítica. Los rasgos de tales personajes adquieren dimensiones simbólicas y misteriosas que ayudan al contemplador, a adivinar más que a penetrarlos. Toda obra de genio sugiere más de lo que expresamente dice. En la obra genial se presiente; quedan regiones desconocidas, quizás también para el mismo autor. Se acomete así una nueva labor en el diálogo con la obra, adivinar algunos de los misterios de la concepción artística.

Si por falta de sentimiento estético o de preparación histórica o por cualquier otro factor extraño a la contemplación desinteresada de la belleza, se juzga mal la obra de arte, incluso este juicio equivocado será una forma de tributo a la gloria del artista creador que acierta a interesar y apasionar con su obra a las personas supuestamente más alejadas de la función de lo bello.

En relación con lo ya expresado respecto a la relación entre el arte y la moral, ahora Menéndez Pelayo nos recuerda que sería equivocado buscar la verdad por el camino del arte, o que “la malsana contemplación de un fantasma metafísico que se decora con el nombre de belleza, pueda ser norma de vida de un ser inteligente”³⁷². Una posición de este tipo constituiría un desprecio por el arte que sería tomado en cuenta como mero juego, sin valor ni consistencia.

Las formas bellas tienen valor por sí mismas, pero su excelencia no se puede concebir sin el sello del ideal *que llevan estampado*. Este ideal hace que todos los elementos relacionados con el arte; líneas, colores, sonidos, palabras, ritmos, puedan cobrar vida, adivinando la voz del genio creador dando sentido a multitud de elementos en sí inanimados. Nos recuerda también Menéndez Pelayo, respecto de lo sublime, que no lo podemos confundir con lo bueno

- Lo individual y lo colectivo en la obra de arte

En los Estudios y discursos, describe don Marcelino la importancia del cuidado de la forma, que debe ser siempre prioridad y categoría que caracteriza a las sociedades más tribales y a las más complejas en su desarrollo social. Es el artista de una manera o de otra, el que pone la chispa de distinción en cada uno de los grupos humanos.

También hace una breve observación puntual de cómo los adelantos técnicos en la historia de la humanidad suelen coincidir con épocas en las que el arte queda olvidado.

³⁷² CHL. III. 369.

- El sentimiento de la naturaleza

Acerca del sentimiento de la naturaleza en el arte, nos recuerda que la descripción de la naturaleza inanimada, la *physis* de los griegos, solamente es pertinente cuando se halla en el contexto adecuado de la figura humana, en un sentido por tanto accidental, es decir, la pertinencia de la naturaleza en la obra de arte, siempre es en función del realce de la figura y acción humanas.

Nos aproxima así en los Estudios, a una breve meditación sobre la relación entre la literatura y el humanismo, para aclarar que el arte, especialmente el arte literario, no puede quedarse en una estructura vacía de contenido, ahí el humanismo debe llenar las formas que el artista sabe encontrar.

- Críticos y artistas. Perspectiva histórica.

El crítico ha de tener facultades próximas a las del artista, casi nos invita a pensar que la crítica, como Menéndez Pelayo lo repite tantas veces, para el ámbito de la historia, ha de considerarse también una obra artística. En este sentido, el crítico debe saber “penetrar en la génesis de la obra y ponerse, hasta cierto punto, en la situación del autor analizado”.³⁷³

Otro asunto es la ejecución de la obra de arte, facultad que distingue al artista. El juicio del crítico ha de ser formal y espontáneo como la propia obra.

Los elementos de la crítica han de salir del estudio del mundo, de las cosas humanas, de los modelos y de una teoría que surge como efecto de la comparación. También la crítica ha de contener principios, para que no se quede reducida a impresiones subjetivas. Éstos no bastan por su carácter difuso, propio de lo general. Las reglas tienden a ser más negativas que positivas por su carácter condicionador de la obra.

De ahí se deduce que la crítica no es un acto meramente intelectual, “El crítico tiene que analizar, describir, clasificar y, finalmente, juzgar”³⁷⁴

A juicio de Menéndez Pelayo en la contestación a Galdós en la Real Academia Española, los autores contemporáneos a los artistas, no pueden ser los mejores críticos, ya que les faltaría una mínima perspectiva, conocen demasiado al autor para entender bien su obra. Un criterio que se impone, -en opinión de don Marcelino- para los contemporáneos, es dar fe de nuestra impresión, sin condicionamientos de ningún tipo. Menéndez Pelayo abunda en la idea de que el tiempo permite distinguir aspectos

³⁷³CHL. I. 69.

³⁷⁴Ibidem.

que la emoción de lo presente, dificulta. De este modo el exceso o la carencia de crítica, será corregida por el tiempo.

Otro aspecto concreta Menéndez Pelayo en el prólogo a “del siglo de Oro”, de B. de los Ríos, acerca del trabajo de los biógrafos que con razón o sin ella tienden a ponerse al lado de los personajes que les toca describir. En este tipo de tarea se precisa una alta dosis de objetividad, que la perspectiva histórica tiende a colocar en su sitio, a darle validez.

- Amplitud de miras en el juicio artístico

En el reino del arte, como en la casa del Padre, hay muchas mansiones, afirma Menéndez Pelayo, queriendo expresar que aparte de los gustos o criterios universales propios del arte en general, es preciso evitar la pasión exclusiva como elemento de juicio.

La universalidad en la apreciación del arte, obliga a tener en cuenta la posibilidad y la necesidad de educar el hábito de la contemplación estética. Una falta de educación artística provoca la condena y la proscripción de determinadas formas artísticas. Si bien es interesante la experiencia del apasionamiento literario por determinados autores, ya que sin esta pasión, las formas artísticas apenas nos afectarían desde su esencia, y podrían quedar reducidas a una forma de academicismo, y nada más ajeno que este reduccionismo referido al arte, pues “muchas puertas llevan a la encantada ciudad de la fantasía: no nos empeñemos en cerrar ninguna de ellas”³⁷⁵

Menéndez Pelayo propone entonces un espíritu de amplia comprensión y tolerancia, que supere lo que él denomina como antinomias reflejadas en el estudio de los cánones estéticos. Por ejemplo, las polaridades observadas en el mundo del arte entre clásicos y románticos; idealistas y realistas. Además señala la necesidad de aplicar la crítica histórica a la evolución de los géneros literarios comparados. Estos elementos darán al investigador, al lector, al crítico, una buena dosis de madurez suficientemente equilibrada, universalizada, de los juicios, comprensiva y tolerante.

- Crítica de arte y de literatura. Normas de crítica positiva.

Desde antiguo han existido abundantes críticos y buenos críticos en el estricto campo de la literatura, sin embargo en las demás artes, como la pintura, escultura, es difícil recordar críticos que conviertan su obra personal en verdadera labor universal. Señala en el prólogo que le dedica, a su Francisco de Asís, a doña Emilia Pardo Bazán como curiosa excepción en la historia de nuestra literatura, que no se dejó llevar por las modas literarias y “ansiosa de no quedarse rezagada y de no pasar por romántica,

³⁷⁵ CHL. V. 408

haya sentado plaza en la vanguardia naturalista, yendo delante de los más audaces y causando cierto mal disimulado temor a sus mejores y más antiguos amigos”³⁷⁶

Recomienda Menéndez Pelayo, primero, respetar el sentido literal de la literatura, que hasta en la Sagrada Escritura constituye la primera intención comunicativa. Segundo, no dejarse engañar por el espejismo de la distancia en el tiempo, que nos hace relacionar las cosas que en la época que se dieron, no guardaban relación. Tercero, no suponer enemistades entre personas, cuyas vidas nunca se encontraron. De este modo encaró multitud de observaciones literarias, desde estos criterios, la abundante erudición de don Marcelino!

La educación en el sentido común de la Barcelona en la que fue educado Menéndez Pelayo hace que como artista y como crítico, experimente una inocencia e inteligencia natural que le libera de los prejuicios académicos que en cada época se respiran en el ambiente intelectual.

Don Marcelino hace la distinción entre bibliófilos y bibliómanos, para dar a entender que la crítica bibliográfica no tiene como criterio de trabajo la rareza o escasez de los libros, sino el contenido y el disfrute cultural y estético que éstos puedan proporcionar. Señalamos un signo de la buena chispa de nuestro en este asunto, en el que se siente directamente implicado:

“obras hay rarísimas y pagadas a muy alto precio, que son, no obstante, inútiles y aún estúpidas: libros hay que sin trabajo se encuentran y son, a pesar de eso, excelentes”³⁷⁷

- Sobre la historia literaria

En el discurso de contestación a R. Marín en la Real Academia Española, Menéndez Pelayo desarrolla su concepción general sobre el carácter vivo, creativo e imaginativo que le pertenece a la historia; en este caso a la historia de la literatura, que tiene que gozar de las mismas características que la más pura creación artística, ha de tratarse de una *creación viva y orgánica*.

En la historia de la literatura se considera el ámbito científico, los medios de investigación histórica como punto de arranque; pero la finalidad siempre es artística. Solamente un espíritu amplio y generoso, magnánimo, puede hacer brotar la chispa estética. De forma muy bella explica nuestro autor: *es preciso que la inteligencia pida al amor sus alas*. Esta manera de creación estética está

³⁷⁶ CHL. V. 31.

³⁷⁷ CHL. VI. 5.

constitutivamente condicionada por el amor y la simpatía que el historiador de la literatura mantenga con su oficio, en el mundo de las letras.³⁷⁸

En la defensa del programa de literatura española, recuerda Don Marcelino la frase de St. Marc Girardin: “*para producir un buen poeta son necesarios cien poetas malos*”, no sólo por la depuración propia en la madurez de las letras, sino porque cada artista literario aprovecha multitud de elementos de las obras contemporáneas y pretéritas.

Dos defectos nos han acompañado en la historia y en la crítica de la literatura: considerar al autor fuera de su época, o también anular su personalidad al reducirla a mero reflejo del ambiente sociocultural de una época. En este sentido ha de darse un maridaje entre el juicio-sentimiento histórico y la apreciación histórica. El desarrollo de los estudios históricos ha hecho notar grandes relaciones entre el arte y la totalidad de acciones humanas. De este modo se manifiesta la necesidad de que el criterio estético permanezca junto al criterio histórico.

- Los criterios de la crítica histórica

Una cosa es poseer fundamentos y principios estéticos como escritor, y otra, querer aplicar un esquema a priori que se quiera extender a toda creación, aunque esa producción, por su propia naturaleza, se resista. Es preciso tener en cuenta el contexto de la historia social, pues sin hechos no se pueden hacer juicios. Hemos de contar con los hechos que se nos presentan como principales, y también con los considerados de segundo orden, ya que éstos completan los primeros. Además, la historia literaria se encuentra en permanente estado de renovación. Muchos componentes se unen en su confección: el sentido estético, la curiosidad arqueológica, la psicología de los personajes, el elemento social, etc. De manera que la historia literaria, siempre en progreso nos aparece como ciencia nueva, gracias a los elementos de los otros saberes que la componen.

Es labor del profesor de materias literarias, inspirar a sus discípulos, el cariño hacia los autores y conceptos estudiados. En general, hacia las buenas obras literarias, ya que en la práctica se suele caer tanto en la enseñanza de la historia en general como en la historia literaria, en la repetición árida de listados de autores desconocidos, de obras que no se han leído. Esto no sirve, hay que provocar la lectura de los textos clásicos y recrear dichas obras con un análisis

³⁷⁸ Merece la pena transcribir unas bellas palabras de Menéndez Pelayo sobre el amor a la historia de la literatura, como arte bella: “para enseñorearse del reino de lo pasado, para lograr aquella segunda vista que pocos mortales alcanzan, es preciso que la inteligencia pida al amor sus alas, porque, como dijo profundamente Carlyle (y con sus palabras concluyo), “para conocer de veras una cosa hay que amarla antes, hay que simpatizar con ella”.

pormenorizado de cada uno de ellos. Los manuales de historia de la literatura son medios, nunca son el objeto al que tiende la producción literaria.

- Las escuelas literarias

Para constituir una verdadera escuela son necesarios dos elementos:

- La semejanza de procedimientos, pero más importante aún
- Una doctrina estética recibida por todos los que pertenecen a dicha escuela.

Esta escuela, posee un talante, un espíritu que se deja sentir en sus producciones. Hay aspectos que aparentemente podrían caracterizar o no la escuela, como que dicha doctrina quede formulada explícitamente en libros; el que los creadores, iniciadores puedan razonar dicha doctrina. Sobre este problema Menéndez Pelayo afirma que “es suficiente que esté difundida en el ambiente de academia o de taller”³⁷⁹ y que después, los artífices, ajusten sus creaciones al modelo de perfección que intuitiva o racionalmente han diseñado.

- Las modas literarias

En otro momento, había comentado Menéndez Pelayo, la común falta de magnanimidad que se pone de manifiesto con los creadores más contemporáneos. En el prólogo a las Poesías líricas y dramáticas del marqués de Valmar, nos recuerda, ya en el ámbito estricto de la literatura, que cualquier generación literaria es injusta con la que la precede. El tiempo, al final, coloca como tantas cosas, los juicios artísticos, dejando de lado lo que nuestro autor denomina en su espontáneo y preciso lenguaje

“parcialidades y banderías críticas, de las cuales al cabo de cuarenta años ya nadie entiende ni una palabra”³⁸⁰

Porque desde el punto de vista historiográfico, las polaridades tienden a homogeneizarse; los vencedores y los vencidos, *los moros y los paladines*.

- Importancia de la forma. Claridad, sencillez y concisión.

La lengua es la manifestación de la forma. Lo sustancial de la obra de arte literaria no lo da la lengua, sino el estilo, el desarrollo mórfo necesario para que la idea artística deje de ser idea pura.

“los prosistas didácticos son los que determinan el punto de madurez de la lengua mediante su aplicación a todo género de materias”³⁸¹

³⁷⁹ CHL. II. 206.

³⁸⁰ HIE. III. 432.

Estas notas de claridad, sencillez y concisión, son claves en el núcleo de la concepción estética de Menéndez Pelayo nos aclaran que se da una estrecha relación entre la obra literaria, la imaginación como capacidad y el sentimiento como experiencia humana fundamental, *“lo mal imaginado y mal sentido, también se expresa siempre mal”*

Para expresar algo claramente es preciso estar penetrado de ese asunto, atraído apasionadamente *por invencible simpatía*, *“Procurando huir los opuestos escollos de la vulgaridad y la paradoja”*³⁸².

Nos advierte don Marcelino sobre el peligro de la abundancia, las ideas repetidas, sobre las asechanzas del industrialismo y cómo se puede escribir mucho y bien, cuando esta abundancia procede, no de facilidad desaliñada, sino de un estado de ser; entendido como una forma de ser y de hacer del artista, que no permite que la creación artística sea la oportunidad exclusiva de un momento de una supuesta inspiración.

3.1.2.2. Bibliografía Hispano Latina Clásica

En la Bibliografía Hispano Latina Clásica (BHLC), encontramos muy pocas referencias del asunto que nos interesa. Solamente en dos documentos; el prólogo a su traducción de Cicerón, de 1879 y en el Horacio en España, de 1877. De manera breve nos introduce la preocupación de que la teoría del arte, si bien es provechosa, ha de ser consecuencia de la producción artística.

Asimismo nos habla en la segunda obra citada, del papel genérico que han solido tomar las mujeres como poetas, que salvo algunas excepciones, no ha sido muy brillante. Interesante es su juicio sobre este asunto:

“hay en el estro lírico de la mujer algo que no se aviene con la poesía académica y de escuela. Las hembras doctas, saturadas de latín y de griego, no han solido ser poetisas (con alguna excepción... Santa Teresa, quizá en humanos saberes hubiera pasado por ignorante, lo cual no fue obstáculo para que en profundidad de conceptos excediera a los más encumbrados filósofos...”³⁸³

Muy pocas referencias más, hemos encontrado en el resto de los diez tomos de esta Bibliografía Hispano Latina Clásica.

³⁸¹ CHL. I. 99

³⁸² Discurso en el centenario del “Quijote”, 1905. CHL. I.325

³⁸³ BHL. VI. 511.

3.1.2.3. Biblioteca de Traductores Españoles (BTE)

Pasajes muy ricos dedica Menéndez Pelayo a la reflexión sobre el arte en la Biblioteca de Traductores Españoles. En estos cuatro tomos de la Edición Nacional, los asuntos más notables son: el arte como expresión de la vida, la distinción de los objetos artísticos dependientes del mundo intelectual y moral, la belleza como experiencia interior del artista y el concepto del arte como armonía viviente.

“esa viviente armonía, que llamamos belleza, belleza que percibimos en los objetos del mundo físico, intelectual y moral. Belleza que reside en la mente del artista, como un tipo ideal al cual ajusta sus creaciones³⁸⁴”

El reconocimiento de la viviente armonía Implica la distinción de los objetos sobre los que recae el valor de la belleza; la mente del artista, como potencia mayor que el puro entendimiento, la chispa especial que conecta la psicología con una capacidad mayor, de tipo espiritual, que distingue al genio del artista estereotipado. El arte no es por tanto un pasatiempo, y esta obiedad necesita Menéndez Pelayo manifestarla, ya que a veces se instala como lugar común que convierte al arte en frivolidad humana.

En el prólogo a su traducción de Shakespeare, reflexiona don Marcelino sobre la misión del arte como expresión de la vida, asignándole a éste la tarea de crear caracteres y fisonomías humanas, reales, vivas, que es entre todas las facultades artísticas, la que más acerca al hombre a su divino Creador. El arte siempre implica la proximidad con lo vivo, y no solamente con una vida en abstracto, sino con la vida humana, pues todo lo que rodea a la persona, le pertenece vitalmente. Esta presencia de lo artístico en la obra humana es lo que le da caracteres de trascendencia, aproximando al ser humano a la experiencia de lo divino, del *Supremo Hacedor*³⁸⁵.

“entre todos los dones del ingenio humano quizá no hay otro más excelso que el de crear una reproducción total y armónica de la vida...³⁸⁶”

Se repite la idea anterior, expresada en la misma obra referida a que el mayor honor artístico es la referencia a la vida, y a la vida humana en particular.

“total y armónica... porque ni la abstracción ideológica puede ser materia del arte, que no vive de teoremas metafísicos, ni del realismo exterior y superficial en que la vida se presenta ilógica y fragmentaria, sin unidad y sentido...”³⁸⁷

³⁸⁴ BTE. III, 42.

³⁸⁵ *Ibidem*. III. 263.

³⁸⁶ (OC. LXIII. 343.).

³⁸⁷ *Ibidem*.

Concluye Menéndez Pelayo en este documento, tres observaciones:

- La vida y por lo tanto el arte en su afán de representarla, se manifiesta –y así tendría que ser por parte del artista- como reproducción total y armónica
- Esta búsqueda de la totalidad y de la armonía obligan al artista a no reducirse a la abstracción ideológica, a los teoremas metafísicos, y a no contentarse asimismo con el otro extremo, la superficialidad del realismo exterior, en el que la vida se manifiesta fragmentada, sin unidad ni sentido.
- Como suele ocurrir en este tipo de meditaciones realizadas por Menéndez Pelayo, acaba justificando este pensamiento, manifestando que la experiencia vital no es sino forma de la Naturaleza, en última instancia, espejo de las perfecciones supremas del Creador.

Habla asimismo de la invención de la forma. No es un problema técnico, ni siquiera el fruto de una imaginación infantil o alocada, sino más bien la búsqueda de la expresión o evocación del espíritu, recordando las palabras de Leonardo de Vinci: *el alma es la que crea el cuerpo*.

El arte plástico, al igual que la poesía, es manifestación de los misterios del alma, que aspira a rehacer la unidad que le corresponde al ser humano, produciendo así la ilusión de la vida interior, física y moral. Ya que la figura corporal no es sino un momento de la vida del espíritu.

3.1.2.4. La Ciencia Española

Los juicios estéticos de Don Marcelino aparecen en obras aparentemente alejadas del ámbito estético como en la Ciencia Española. De todos modos hemos observado el afán de Menéndez Pelayo de no hacer significados estancos y separados entre ciencia, arte, filosofía o literatura; de ahí su interés por considerar juicios estéticos en esta obra de la historia científica.

Reconoce Menéndez Pelayo el valor de esta obra como manual bibliográfico, y que por ser único en su género, el lector tiene que disculpar las posibles ausencias u omisiones. Entre los escasos comentarios que hemos podido encontrar acerca de lo perenne y fugaz de las formas artísticas, reconoce que si la forma es bella, resplandecerá con eterna juventud,

“No hay preocupación, ni sistema, ni escolástica que resista a la pura luz de la belleza”³⁸⁸

- Sobre la claridad y la sencillez

La perversión de la lengua indica siempre trastorno en las ideas. Cuando un pueblo llega a no entenderse, no por los problemas idiomáticos sino por la falta de voluntad de comunicación, “Se forja una lengua aparte, a ese pueblo se le llevan infaliblemente, y a todo andar, los demonios”³⁸⁹

En un artículo titulado *Esplendor y decadencia de la cultura científica española*, don Marcelino hace una invitación a que la gramática y la retórica, si bien han de ayudar a tratar los asuntos graves con formalidad, han de colaborar también a realizar un tratamiento natural, sencillo y espontáneo de los asuntos artísticos.

3.1.2.5. El tratado Elemental de Estética

El denominado Tratado de Estética, o también Tratado Elemental de Estética, o “Parte de un Tratado de Retórica”, es un texto conservado sin publicar hasta fechas recientes y que se refiere al proyecto iniciado por Menéndez Pelayo y Gumersindo Laverde desde finales del año 1875.

El proyecto comienza a ser fruto de la correspondencia entre ambos, desde el mes de Octubre del mismo año. El primer tomo del Epistolario publicado por la Fundación Universitaria Española, lo incluye como Apéndice, ya que es un trabajo epistolar comprendido en el tiempo que abarca este primer tomo del epistolario. Hay un abundante número de cartas en las que casi siempre es D. Gumersindo Laverde quien propone búsquedas, ejemplificaciones. A partir de Enero de 1876, el proyecto iniciado queda suspendido, con seguridad debido a los proyectos que se prometen más interesantes.

En Marzo de 1876 se da la última noticia acerca de esta obra y poco después va surgiendo, en germen, la idea de otras obras, también sugeridas por D. Gumersindo Laverde que darán lugar a la futura Ciencia Española y no mucho más tarde, en Junio de 1876, el Plan para una Historia de las ideas estéticas, del que muchos autores piensan que el Tratado de retórica pudo ser un ensayo.

Por todo lo dicho, entendemos que el Tratado de Estética fue un proyecto de juventud, que Menéndez Pelayo acoge, sugerido por su tutor, a los diecinueve y veinte años de edad.

³⁸⁸ CE. II. 110.

³⁸⁹ *Ibidem*. 68

CAPITULO 3 MENÉNDEZ PELAYO Y SU APORTACIÓN A LA FILOSOFÍA DESDE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

La parte de este Tratado escrita por Menéndez Pelayo se publicó en las Obras Completas LXIII (páginas 207 al 243), en una sección llamada “Trabajos Escolares” apodo que no gustó mucho a los lectores asiduos a la obra de nuestro autor, debido a la exageración del calificativo “escolar”, pues si bien no es un trabajo acabado, dentro de la juventud de nuestro autor, supone un estudio que nos ayuda a tener una visión prospectiva acerca de su obra de madurez, en el ámbito de las ideas estéticas.

Como hemos comentado, buena parte de las directrices son de Gumersindo Laverde, que constantemente solicita la confirmación del plan al joven don Marcelino.

La estructura de la obra es la siguiente:

Sección I

De la materia de la Elocución

Capítulo I

- Del pensamiento
 - Elementos
 - Combinaciones
 - Cualidades esenciales peculiares del pensamiento. (verdad, solidez, orden).

Capítulo II

- Del lenguaje
 - Elementos
 - Combinaciones
 - Cualidades peculiares del lenguaje (pureza, propiedad, armonía).

Sección II

- De las formas de la elocución

Capítulo I

- De las figuras o formas elementales de la elocuencia

Capítulo II

- De las formas sintéticas de la Elocución
 - Formas trascendentes
 - Formas inmanentes, representativas
 - Formas orgánicas
 - Formas rítmicas

Nociones Preliminares

En las nociones preliminares se vierten un buen número de conceptos próximos al saber estético, que bien podrían conformar un glosario que nos permitiría aproximarnos a la obra de Menéndez Pelayo.

Estos son los más importantes:

- Obras literarias
- Las composiciones literarias y la perfección del espíritu humano
- Literatura efectiva
- Arte literario
- Literatura ideal
- La elocución
- Noción de estética
 - o Belleza en los objetos reales
 - o El hombre como contemplador
 - o El hombre como productor de belleza artística
- Belleza en los objetos físicos
- Belleza en los objetos intelectuales
- Belleza en los objetos morales
- Concepto de sublimidad
 - o Sublime dinámico
 - o Sublime dinámico
- La fealdad
- Lo agradable
- La grandeza, la majestad
- El gusto
- El ingenio
- La imaginación
- La fantasía
- La contemplación
- Boceto y esbozo

Hay otros elementos en los que Menéndez Pelayo apenas añade información de letra propia, sino que más bien enriquece con ejemplos, observaciones y comparte con don Gumersindo Laverde, que es el verdadero autor intelectual de la obra como proyecto.

Desde luego no se trata de una obra acabada, o de madurez, aunque dadas las características de precocidad de nuestro autor, es importante conocer la naturaleza de este trabajo de juventud, ya que nos dará pistas precisas acerca del camino por el que se dirigirá Menéndez Pelayo en materia de Estética. Podríamos decir de forma breve

que estamos ante un trabajo juvenil, que supone una elaboración del glosario con el que preparará y analizará pasando por su propia experiencia, los conceptos estéticos, con los que después construya su sistema, obra de madurez, que se manifestará ya en la Historia de las Ideas Estéticas.

Es difícil, por no decir imposible, encontrar alguna cita de cualquier estudioso de la obra de Menéndez Pelayo que se refiera al Tratado Elemental de Estética. En el mejor de los casos, hallamos una mención superficial a dicha obra.

Sobresale en el Tratado, un texto valioso, que a pesar de su brevedad, resume la teoría de la aprehensión estética. Una concepción influida por las ideas estéticas kantianas, pero que posee una buena dosis de originalidad:

“al contemplar la belleza se verifica en el espectador un doble fenómeno psicológico: primero un juicio, segundo, un sentimiento... no puede fijarse en el tiempo la sucesión de estos fenómenos; son inseparables... ni el juicio ni el sentimiento deben confundirse con la idea de belleza, ésta existe... en los objetos”³⁹⁰

3.1.2.6. La Historia de las Ideas Estéticas

Es sin duda la obra de madurez de Menéndez Pelayo; además nos interesa su estudio por el carácter de nuestra investigación. De manera que dedicaremos unas cuantas páginas a detallar la información de esta obra de relevancia internacional. Comentaremos acerca de las ediciones, contenidos, plan de la obra, bibliografía, origen biográfico de la Historia de las Ideas Estéticas (HHE), la metodología, análisis sistemático de la obra, situación filosófica, contenidos estéticos y otras peculiaridades.

- Ediciones:

De forma ordenada, las ediciones de los cinco tomos que componen la edición de las obras completas, llevada a cabo por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, (CSIC), son las siguientes:³⁹¹

³⁹⁰ T.E.E. (OC. LXIII. 7)

³⁹¹ Otras ediciones se han publicado en:

- Madrid. Colección de Escritores Castellanos. (tomos 10, 19, 38, 41, 51, 72, 92). Imprenta A. Pérez Dubrull. 1883-1891.
- Madrid. Colección de Escritores Castellanos. (los mismos tomos), aunque algunos tomos fueron bastante modificados y ampliados antes de acabar la primera edición, por lo que se entremezclaron las dos ediciones.
- En la Colección de Escritores Castellanos aparecieron, además de los tomos señalados, los siguientes: 10 bis, 19 bis, 20. Madrid. Editorial Hernando. Imprenta Vda de Tello. 1910-1931. (9 volúmenes).

CAPITULO 3 MENÉNDEZ PELAYO Y SU APORTACIÓN A LA FILOSOFÍA DESDE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

- I. Historia de las Ideas Estéticas en España. (I). Madrid. 1940. Páginas XX + 534. (Prólogo de D. José Ibáñez Martín). Advertencia Preliminar a la primera edición. Nota sobre la segunda. Antigüedad y Edad Media.
- II. Historia de las Ideas Estéticas en España. (II). Madrid. 1940. Páginas 506. (siglos XVI y XVII).
- III. Historia de las Ideas Estéticas en España. (III). Madrid. 1940. Páginas 671. (siglo XVIII).
- IV. Historia de las Ideas Estéticas en España. (IV). Madrid. 1940. Páginas 422.(Introducción al siglo XIX: Alemania, Inglaterra).
- V. Historia de las Ideas Estéticas en España. (V). Madrid. 1940. Páginas 521 + 105.(Introducción al siglo XIX. Francia. Índices).

- Criterios que iluminan el Plan de la Obra:

En la Advertencia Preliminar de la Historia de las Ideas Estéticas, detalla y enumera los puntos o cuestiones principales que ha de comprender su historia:

1. Las disquisiciones metafísicas de los filósofos españoles acerca de la belleza y su idea.
2. Lo que especularon los místicos acerca de la belleza en Dios, considerándola principalmente como objeto amable, de donde resulta que no podemos separar siempre en ellos la doctrina de la belleza de la doctrina del amor.
3. Las indicaciones acerca del arte en general, esparcidas en nuestros filósofos y en otros autores de muy desemejante índole.
4. Todo lo que contienen de propiamente estético, y no de mecánico y práctico, los tratados de cada una de las artes, verbigracia de las Poéticas y las Retóricas, los libros de música, de pintura y de arquitectura, etc.
5. Las ideas que los artistas mismos, y principalmente los artistas literarios, han profesado acerca de su arte, exponiéndolas en los prólogos y en el cuerpo mismo de sus libros.

A continuación presentamos el índice de la Historia de las Ideas Estéticas que habla por sí mismo del contenido abundante de la obra, pormenorizado en los cinco tomos que hemos mencionado de la Edición Nacional de las Obras Completas. Señalamos junto con los datos acerca de los grandes capítulos, algunas notas que nos sirven para observar el detalle de la originalidad de Don Marcelino.

Índice total de la obra:

Capítulo I - Antigüedad greco-latina

Platón

- Varón naturalmente estético
- Teoría de la inconsciencia artística
- Su menosprecio ético por el arte

El "Symposio"

Aristóteles

- Fue también artista
- A ningún otro griego debe tanto la crítica artística
- Su pensamiento metafísico sobre la belleza y el arte
- Interpretaciones sobre la mimesis y la catarsis
- La independencia del arte
- La "Retórica"
- La "Poética"
- Rehabilitación moderna de Aristóteles

Plutarco

Estoicos y epicúreos

Horacio

- Valor perenne de su código
- Síntesis de su pensamiento poético

Juicio crítico

Los preceptistas de la Roma clásica

Séneca

Plotino

- Tipo de iluminado y teósofo
- Su espiritualismo estético

La escuela de Alejandría

Casio Longino

Artista a la par que crítico

Contra la medianía elegante

La libertad, madre de la elocuencia

Capítulo II -Estética patristica y medieval

Su influjo en el pensamiento estético

Polémica cristiana sobre la belleza de lo sensible

San Agustín

- Del platonismo al cristianismo
- La belleza es objeto de amor
- La belleza del Verbo de Dios
- La "armonía"

Santo Tomás de Aquino

Su doctrina de la belleza

La filosofía del arte

El arte y la prudencia

El arte y la moral

La estética semítica en la Edad Media

Maimónides

Tres clases de hombres: filósofos, poetas y políticos

Conceptos estéticos

Averroes

Sus comentarios a la “Poética” de Aristóteles

Decadencia de la filosofía del arte en la Edad Media.

Capítulo III – La estética filosófica del Renacimiento

Divorcio entre los conceptos metafísicos y la teoría del arte

Los artistas valían más que los filósofos

El Proemio del marqués de Santillana

Difusión del platonismo en la España del siglo XVI

León Hebreo (Judas Abarbanel o Abravanel)

Un neoplatónico judaico-hispano

Fama y traducciones de su obra

Su importancia en la historia del idealismo

Fr. Luis de Granada

Juan Eusebio Nieremberg

Ideas estéticas de los escolásticos españoles del Renacimiento

Su falta de interés por los escritos estéticos de Aristóteles

Fr. Bartolomé de Medina

Antecedentes de la estética kantiana en los teólogos españoles

La decadencia humanística

Rutina en los comentarios a la “Poética” de Aristóteles

El “humanismo de colegio” o jesuítico

Pedro Juan Perpiñá

Capítulo IV – Teóricos de la literatura y del arte en los siglos XVI y XVII

Juan Luis Vives

Más debelador que constructor

Sebastián Fox Morcillo

Alfonso García Matamoros

Benito Arias Montano

Francisco Sánchez de las Brozas, el “Brocense”

CAPITULO 3 MENÉNDEZ PELAYO Y SU APORTACIÓN A LA FILOSOFÍA DESDE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

Alfonso López Pinciano

Francisco de Cascales

El italiano Andrés Navagero

Fernando de Herrera

El primero de nuestros críticos del XVI

Juan Fernández de Velasco

Bartolomé Leonardo de Argensola, como preceptista

Juan de la Cueva

Lope de Vega

Interna tensión entre el poeta popular y el poeta académico

Bizarrías estéticas de su edad madura

Tirso de Molina

Su defensa del teatro español

Juan Caramuel

El más erudito y fecundo de los polígrafos del siglo XVII

Baltasar Gracián

Retórico conceptista

Capítulo V – el Renacimiento en las artes del diseño y en la música

Introducción al arte renacentista

El plateresco y el manuelino

Triunfo de lo decorativo sobre lo constructivo

La purificación de Juan de Herrera

Leonardo de Vinci

La estética de Leonardo

Su concepto de la imitación

La expresión

La controversia sobre si la pintura es arte liberal

Sobre la primacía entre la pintura y la escultura

Pablo de Céspedes

Su discurso sobre la pintura y la escultura

Francisco Pacheco. El arte de la pintura

P. José Sigüenza

El motín del barroco

Los teóricos de la música en el siglo XVI y el XVII

Más originales que los teóricos de las artes del diseño

El prestigio social de la música

En la Edad Media

Música y aritmética

Capítulo VI. – Ideas estéticas en Francia durante el siglo XVIII

Nacimiento de la estética subjetivista

La belleza, como noción psicológica

El P. André, su Ensayo sobre lo bello

Boga de la “poética clásica” en Francia

CAPITULO 3 MENÉNDEZ PELAYO Y SU APORTACIÓN A LA FILOSOFÍA DESDE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

Nicolás Boileau

La polémica sobre “los antiguos y los modernos”

Batteaux

El movimiento pre-romántico de la segunda mitad del XVIII

Caracteres del pre-romanticismo francés

El sentimiento de la naturaleza

Hambre de poesía nacional

Atisbos románticos en el teatro

La “comédie larmoyante” y la “tragédie bourgeoise”

Voltaire (Francisco María Arouet)

El influjo de Inglaterra

Su diatriba contra Shakespeare

Su negación de las bellezas de la Biblia

Sectario academicista

El mejor preceptista francés

Dionisio Diderot

Su importancia histórica

Su estilo

Más sensual que intelectual

Juicio crítico

Guillermo Grimm. Un alemán de espíritu francés

Juan le Rond D'Alembert

Fracaso del pre-romanticismo en Francia.

Capítulo VII – La estética inglesa en el siglo XVIII

Antecedentes

Francisco Bacon

Preceptistas

Juan Dryden

El duque de Buckingham, Roscommon, Pope

La escuela estética escocesa

Hutcheson

James Beattie y lord Kames

Edmundo Burke

Lo bello y lo sublime

Las cualidades de la belleza

Su sensualismo

Crítica de Burke

Hugo Blair

David Hume

Capítulo VIII – La estética alemana antes de Kant

Alejandro Baumgarten

Juan José Winckelmann

Su aportación a la historia del arte

Vaguedad de sus conceptos metafísicos

Gotthold Efraim Lessing

Espíritu abierto e investigador

CAPITULO 3 MENÉNDEZ PELAYO Y SU APORTACIÓN A LA FILOSOFÍA DESDE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

El Laocoonte

Lo feo en la plástica y en la poesía

Contra el descripcionismo en el lenguaje

Contra el pseudoclasicismo

Su crítica del teatro español

El drama de costumbres

Moisés Mendelssohn

La “República alemana literaria” de Kloptock

La emancipación de la crítica pictórica a fines del siglo XVIII

Winckelmann, Lessing, Diderot

Juan Ruskin

Capítulo IX – Ideas estéticas en España durante el siglo XVIII. I. Teóricos

Fr. Benito J. Feijoo

“Luz y oráculo de su siglo”

Paladín de la libertad artística

“El no sé qué”

Mucho sentido común, pero gusto perverso

Su estilo literario a

Andrés Piquer

José Nicolás de Azara

Azara y el P. Arteaga

Azara y Mengs

El pensamiento estético de Azara

Juicio sobre Azara

Esteban de Arteaga

Su importancia

Su posición filosófica

La imitación artística

Lo imitable

La belleza objetiva

La belleza ideal

Lo ideal en cada una de las artes

La belleza moral

Lo ideal

Un idealismo subjetivo

Su defensa del teatro español

Su sistema de las artes

Juicio crítico sobre Arteaga

Otros estéticos jesuitas emigrados

El P. Antonio Eximeno

El P. Pedro Estala

Capítulo X – Ideas estéticas en España durante el siglo XVIII. II. Preceptistas.

Resistencia de España al pseudoclasicismo francés

El espíritu español abierto de la Real A. Española

Las Academias de Buenas Letras de Barcelona y Sevilla

CAPITULO 3 MENÉNDEZ PELAYO Y SU APORTACIÓN A LA FILOSOFÍA DESDE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

El “Diario de los literatos de España”

Ignacio Luzán

Más preceptista que teórico de la estética

Compilador erudito y de buen gusto

Crítica de su “Poética”

Nuestro mejor doctrinal literario del siglo XVIII

Superioridad de Luzán sobre sus discípulos

Defensa que los jesuitas expulsos hicieron de las letras españolas

La ocasión

Reacción patriótica de los jesuitas

El P. Serrano. Su defensa de Marcial, Séneca y Lucano

Los PP. Juan de Andrés y Francisco Lampillas. Su apología de la literatura española

El P. Juan de Andrés

Paralelismo del teatro español y el inglés

Imparcialidad y templanza

Las hipérboles del P. Lampillas

Preceptismo de los afrancesados proscritos

El abate Marchena

Manuel Norberto Pérez del Camino

José M. Gómez Hermosilla

Francisco Martínez de la Rosa

Capítulo XI - Tratadistas de las artes del diseño en la España del XVIII

Felipe V, protector de las artes

La Academia de Bellas Artes de San Fernando

Antonio Palomino de Castro y Velasco

Conceptos idealistas

Su teoría de la pintura

Su eclecticismo

El arte y la moral

Lo bello y lo perfecto

Fr. Juan Interián de Ayala

Su estudio sobre las imágenes sagradas

Escaso aprecio de la inspiración religiosa popular

Antonio Rafael Mengs

Un artista dogmatizador

Dictador doctrinario del idealismo

Sus juicios históricos

Fue escuchado como un oráculo

Antonio Ponz

Un perseguidor del arte barroco

El primer mapa artístico de España

Gaspar Melchor de Jovellanos

Protector del arte

Espíritu abierto a todos los estilos

Su profética adhesión al romanticismo

Juan Agustín Ceán Bermúdez

Juan Meléndez Valdés

Capítulo XII – Tratadistas españoles de la música y el teatro en el siglo XVIII

Fr. Benito J. Feijoo

Feijoo, crítico musical

El “Poema de la música” de Iriarte

Antonio Eximeno

Un defensor de toda libertad estética

Juicio sobre sus doctrinas musicales

Esteban de Arteaga

Doctrina sobre la ópera

El acuerdo entre la palabra y la música

Su teoría del ritmo

Vicente Requeno

El “folklorista” Torres de Nava

La teoría de la declamación

La historia del histrionismo

Capítulo XIII – La estética de Manuel Kant

La hegemonía estética de Alemania

La crisis prekantiana del concepto de belleza

Sus aficiones estéticas

Su folleto sobre “lo bello y lo sublime”

Observaciones empíricas

Un Kant ameno y mundano

La “Crítica de la facultad de juzgar”

Origen de la obra

La antinomia naturaleza-libertad

La finalidad natural es sólo formal y dispositiva

Contemplación estética o formal, y lógica o final

División de la Crítica del Juicio

Aplicación de las categorías al juicio del gusto

1° bajo razón de cualidad, desinteresado

2° bajo razón de cantidad, universal

3° bajo razón de relación, libre (finalidad sin fin)

Juicios estéticos puros o desinteresados y empíricos o placenteros

Abstracción de toda finalidad

“Pulchritudo vaga et pulchritudo adhaerens”

La fusión del ideal estético con el moral

4° bajo razón de modalidad, necesario

Distinción esencial de lo bello y lo sublime

Lo sublime matemático y lo sublime dinámico

El gusto, como juicio “a priori”

Filosofía del arte

El ingenio

Clasificación de las artes

Menosprecio de la música

La poesía y la oratoria

Las artes mixtas

La “Dialéctica del juicio estético”

CAPITULO 3 MENÉNDEZ PELAYO Y SU APORTACIÓN A LA FILOSOFÍA DESDE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

Belleza y moralidad

Crítica de la estética kantiana

Una psicología estética, no una metafísica ni una filosofía del arte

Una quimérica facultad para el juicio estético

Sus grandes aciertos

Sus antecedentes en la teología católica

Influjo de la estética kantiana

Capítulo XIV – Los estéticos creadores: Schiller, Goethe, Herder, Richter

Federico Schiller,

Kant y Schiller, almas distintas, pero complementarias

Las obras

El concepto de la imitación artística

Defensor del valor en lo sensible

Juan Wolfgang Goethe

El arte como confesión del alma

Su viaje a Italia

Su magnanimidad estética

Otros juicios

Juan Godofredo Herder

Su vago panteísmo naturalista

La escuela del sentimiento: F.E. Jacobi

Juan Pablo Richter

Un Quevedo alemán

Teórico del humorismo

Uno de los monumentos de la estética alemana

Guillermo y Alejandro Humboldt

Guillermo Humboldt

La filosofía comparada

Su doctrina estética

Alejandro Humboldt: su “Cosmos”

Capítulo XV – la estética romántica alemana: los hermanos Schlegel

Diverso concepto del romanticismo entre los latinos y los anglosajones

Inglaterra

Alemania

Francia, Italia y España

Los románticos alemanes

Los Schlegel, memorables a pesar de Heine

Augusto Guillermo de Schlegel

Su diatriba contra la tragedia francesa

La parcialidad del ataque

La dignidad humana, fundamento de la tragedia

Comparación de la tragedia y la estatuaria griega

Su ditirambo de Calderón

Su pasión antifrancesa

Juicio sobre G. de Schlegel

CAPITULO 3 MENÉNDEZ PELAYO Y SU APORTACIÓN A LA FILOSOFÍA DESDE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

Federico de Schlegel

Semblanza intelectual

Su “Historia de la literatura antigua y moderna”

Su perspicacia ante la literatura griega

Su vindicación de la literatura latina

La literatura medieval y la española

Los excesos de F. de Schlegel

Su alto ejemplo intelectual

La literatura española en la Alemania romántica: Nicolás Böhl de Faber

Capítulo XVI – Fichte, Schelling, Solger, Schleiermacher}

Juan Teófilo Fichte

Federico Guillermo J. de Schelling

Una filosofía poética

La actividad consciente y la inconsciente en el arte

La inconsciencia del genio

La belleza como manifestación de lo infinito en forma finita

Lo bello y lo sublime en el arte

La naturaleza, el arte y la ciencia

Filosofía y poesía

Sus “Lecciones” de Jena

Ciencia del arte y filosofía del arte

El “Discurso sobre la relación de las artes figurativas con la naturaleza”

Lo característico

La gracia

Aplicación a las artes plásticas

El Dante, como fundador del arte moderno

Esencia de la poesía moderna

Influjo de Schelling

Federico Solger

Federico Schleiermacher

Capítulo XVII – La estética de J.G.F. Hegel

Una obra genial y perenne

Más que estética, es una filosofía del arte

Para filosofar de arte se hizo artista

Una magistral crítica de las artes

Menosprecio de la belleza natural

La trascendencia del arte

Pero es inferior a la filosofía y a la religión

Hegel carece de una metafísica de lo bello

El arte exige a la vez genio y cultivo

El arte, término medio entre la percepción sensible y la abstracción intelectual

Su fin no es imitar, sino crear

Tampoco basta la expresión

Ni tiene por fin la perfección moral

El bien es la armonía buscada; el arte, la armonía realizada

CAPITULO 3 MENÉNDEZ PELAYO Y SU APORTACIÓN A LA FILOSOFÍA DESDE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

El arte, fusión de la idea y la forma

División de la estética

La idea, como tipo o especie

Lo sublime

Lo serio sobre lo cómico

Lo bello en la naturaleza

Imperfección de lo bello natural

El arte como evasión del espíritu hacia lo infinito

La obra de arte

El arte purifica y eleva a lo singular e imperfecto

Nada verdaderamente artístico es vulgar

La forma artística como representación

Idealismo, pero no abstracción

Lo divino en el arte

La dialéctica del arte

Lo heroico y el héroe

Arte y moralidad

Moralidad y vitalidad

Contra el arte descriptivo costumbrista

El arte y el público

El artista

Imaginación, experiencia, reflexión

El origen de la inspiración

El gran arte es objetivo e impersonal

Las tres manifestaciones históricas de lo ideal

El origen de la división

El arte simbólico u oriental

Arte sin personalidad ni libertad

Parcialidad de Hegel al juzgar el arte oriental

La transición de lo simbólico a lo clásico

El arte clásico o antropomórfico

La decadencia de lo clásico

El arte romántico o cristiano

Los tres momentos del arte “romántico”

El ideal cristiano

El ideal caballeresco

El ideal individualista

La decadencia burguesa

Hacia el ideal del “arte de la humanidad”

El sistema de las artes

La supuesta dialéctica histórica de las artes

Valor de la clasificación

La arquitectura

La escultura

La pintura

La música

La poesía

CAPITULO 3 MENÉNDEZ PELAYO Y SU APORTACIÓN A LA FILOSOFÍA DESDE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

Los lunares de su inmortal “poética”

Los géneros poéticos

Hegel, fundador de la teoría del poema épico

Su incompreensión de la novela

Sus intuiciones frente a la escuela wolfiana

El desarrollo histórico de la epopeya

La lírica

Las teorías dramáticas

El drama y la epopeya

La escena antigua y la moderna

Juicio general sobre la “Estética” de Hegel

Capítulo XVIII – La estética en las escuelas hegelianas

La derecha hegeliana

Christian Hermann

La izquierda hegeliana

Arnoldo Ruge

Luis Feuerbach

Hegelianos del centro: Carlos Rosenkranz

Precedentes sobre el valor estético de lo feo

Teoría de lo feo en Rosenkranz

La fealdad moral

Lo feo en el arte

El error de los románticos

Las categorías de la fealdad

Hegelianos independientes

Federico Teodoro Visser

Una gran construcción científica

Más realista y formalista que Hegel

División de la “Estética”

Lo cómico

Lo sublime

Sus aberraciones anticristianas

La fantasía y el ideal

Filosofía del arte

Teoría de la poesía

El teatro

Juicio general

Mauricio Carriére

Ritter, Thiersch, Webeer, Hinckel, Lemcke

Otras tentativas de estética idealista

Carlos C. Federico Krause

La “Estética” de Krause

El P. José Jungmann

Capítulo XIX- Escuelas realistas

Juan Federico Herbart

CAPITULO 3 MENÉNDEZ PELAYO Y SU APORTACIÓN A LA FILOSOFÍA DESDE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

Una estética fenomenológica
La psicología etnográfica
Hermann Lotze
Max Schasler
 Los grados del conocimiento
 Aplicaciones a la génesis histórica del conocimiento estético
 Hacia un psicologismo estético
G. Neudecker
Conrado Hermann
Gustavo Teodoro Fechner
Guillermo Wundt
Estéticos musicales: Hanslick, Helmholtz
 Eduardo Hanslick
 Hermann L. F. Helmholtz

Capítulo XX – La escuela pesimista: Schopenhauer, Hartmann

Arturo Schopenhauer
 Semblanza cultural
La objetivación de la idea
El arte como consuelo de la vida
Común valor estético de la naturaleza y del arte
Lo sublime
Lo lindo y lo gracioso
La objetividad de la belleza
La arquitectura
La escultura y la pintura
La poesía. La tragedia
La música
El platonismo estético de Schopenhauer
Juicio de su obra
Los epígonos de Schopenhauer
Eduardo Hartmann
 Intento de conciliación entre idealismo y empirismo
 La belleza como meta de lo inconsciente

Capítulo XXI – La estética inglesa en el siglo XIX

El romanticismo en Inglaterra
 Era allí connatural e instintivo
 Triunfó sin lucha y sin programa
La crítica de principios del XIX: Dugald-Stewart
La “Revista de Edimburgo”. W. Hamilton
Lord Thoms B. Macaulay
 El crítico y el hombre
 Los “Ensayos, el libro más variado y deleitoso del siglo XIX
Tomás Carlyle
 El “héroe” como oráculo del universo
Juan Ruskin

CAPITULO 3 MENÉNDEZ PELAYO Y SU APORTACIÓN A LA FILOSOFÍA DESDE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

Un agitador y divulgador de doctrinas estéticas

Su estética de la naturaleza

Su aversión al academicismo

Elogio de la humildad en el arte

Autor apasionado y extremista

Sus teorías de estética general

Herbert Spencer

La gracia

La risa

Idea sobre las artes

Su teoría “economista” del lenguaje

Grant Allen

Mateo Arnold

Crítica del positivismo estético de la segunda mitad del siglo XIX

Resistencia de Inglaterra a la estética empírica

Capítulo XXII – la estética francesa en el siglo XIX. I. Tratadistas de estética general

Postración de los estudios estéticos en Francia a principios del siglo XIX

Francisco Maine de Biran, y Víctor Cousin

Víctor Cousin

Teodoro Jouffroy

Quizá el primer estético de Francia

Más que la doctrina, el método

Juicio sobre la “Estética”

Hugo R. Lamennais

Dos estéticos ginebrinos: Töpffer y Pictet

Rodolfo Töpffer

Adolfo Pictet

El Concurso de Estética

El Concurso

Una deliciosa estética de tocador: M. Carlos Léveque

Pensadores católicos

Atraso en estética de los filósofos católicos

El P. Félix

Víctor de Laprade

M. Martha

Pedro José Proudhon

Sus aciertos en la crítica negativa

Su defensa de la sinceridad en el arte

Hipólito Taine

Lógico intratable, pero crítico sugestivo

Crítica de su teoría estética

Después de Taine, en Francia, nada

Tres pensadores independientes: Ravaisson, Fouillée, Guyau

Félix Ravaisson

Alfredo Fouillée

M. Guyau

CAPÍTULO 3 MENÉNDEZ PELAYO Y SU APORTACIÓN A LA FILOSOFÍA DESDE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

Capítulo XXIII – La estética francesa en el siglo XIX: II. La crítica literaria

La Revolución francesa y el Imperio

Más costó derribar a Boileau que a Luis XVI

La inevitable caída del clasicismo

La era de los poemas didácticos y científicos

El clasicista La Harpe

Las aficiones de Napoleón

El romanticismo en Francia

Los iniciadores: Mme. De Stael

Semblanza

Precursora del Romanticismo

Abrió horizontes a Francia

Crítica de sus ideas

José Joubert

El romanticismo en la Sorbona

Víctor Cousin

M. Guizot

Villemain

Origen biográfico de la Historia de las Ideas Estéticas

Menéndez Pelayo trabajó desde muy joven sobre la misma tarea intelectual en torno al proyecto inicial de confeccionar una Historia de la Estética española. Es el resumen de su actitud filosófica y la clave de su Filosofía del Arte, fundamento normal de toda Historia de la literatura, como fue su tarea vocacional. El resultado fue la consecución de la obra de madurez entre su ingente producción intelectual.

En su obra general se perciben dos grandes referencias intelectuales: La Estética y la Bibliografía literaria.

“todos sus escritos convergen en estos dos puntos, y cualquier lector, por muy superficial que sea su análisis podrá comprobarlo sin dificultad ninguna. La labor bibliográfica del gran pensador es admirable, y podemos repasar todos sus trabajos, uno a uno, sin el más mínimo desfallecimiento sistemático”³⁹²

El proyecto inicial de Menéndez Pelayo fue una Historia de la Literatura Española. Para este afán cuando tenía veinte años de edad comenzó una serie de publicaciones bibliográficas. La primera idea era formar una Biblioteca Monográfica Nacional de Autores como aportación personal para una España que en esa época apenas contaba con material para el gran público y estudiosos en general. A esta biblioteca pertenecen sus estudios sobre Autores Montañeses, como sección regional.

³⁹² Modesto Sanemeterio. Menéndez Pelayo, su época y su obra literaria. Ed. Mater et Magistra. Madrid. 1962.

CAPITULO 3 MENÉNDEZ PELAYO Y SU APORTACIÓN A LA FILOSOFÍA DESDE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

Junto a este gran proyecto, Don Marcelino intenta una Biblioteca de Traductores en la que introduciría como fundamento su estudio sobre Horacio como base para formar una Historia del Humanismo Español. Es lo que más adelante se conocerá como Biblioteca Hispano Latina Clásica. La bien conocida Historia de los Heterodoxos tuvo en sus inicios este mismo carácter de investigación sobre la tarea de estos autores.

El complemento de estos programas es su Biblioteca de Poetas Líricos, épicos, dramáticos y novelistas, que apenas pudo iniciar en sus años de madurez. Junto a estas bibliotecas monográficas se encuentran otros proyectos como la Biblioteca Hispano Americana. Este ambicioso conjunto de tareas constituían el punto de arranque y el fundamento científico que Menéndez Pelayo requería para la Historia de las Ideas Estéticas en España. Una de las principales inspiraciones que motivaron su obra, fue sin duda su afición a Horacio, poeta lírico y satírico romano, autor de obras maestras de la literatura latina. Afición que se remonta a los primeros estudios escolares. El ambiente culto y latinista del entorno familiar sería decisivo para su incipiente afición bibliográfica.

La formación estética, ya en un sentido mucho más estrecho, más académico, la debe a Rubió y a Milá y Fontanals que adivinaron su actitud intelectual y españolista. La cultura catalana cargada del espíritu romance desde la expresión de Ausias March, de los trovadores y de la influencia provenzal y napolitana. Además Don Marcelino debido a una reprobación en la Universidad de Madrid, en la asignatura de Metafísica, le toca conocer el entorno krausista, no solamente desde la doctrina, sino desde el carácter personal de sus miembros. Personalmente se encuentra así situado en medio de la antítesis que representaba la polaridad Milá y Salmerón; cultura catalana y krausismo.

Laverde más tarde le recibe en Valladolid como alumno aventajado y le anima también desde el arranque de su amistad personal que dejará como testamento escrito, una enorme correspondencia personal y laboral que durará tantos años como lo que la vida de Laverde le permitió. La influencia de Don Gumersindo en la confección de las ideas estéticas, tuvo como inicio el año 1873, cuando bajo la influencia académica de Milá había bosquejado una historia sobre las ideas estéticas de nuestra literatura. En Valladolid, van tomando cuerpo estas ideas ya con una mayor fortaleza en la comprensión de la cultura clásica del Siglo de Oro. Ya fue el propio Laverde quien supo atraer al joven Marcelino hacia la labor de confeccionar una Historia de la Filosofía Española que contrastara con los exotismos no tan atractivos del krausismo.

- Supuestos filosóficos y trabajos estéticos

Al ponerse en contacto Don Marcelino con los grandes pensadores del humanismo clásico decidió los rumbos por los que había de caminar su trabajo de por vida:

“llevaba en sí el germen de un armonismo meridional irresistible a nuestra raza española, y sólo bastó el conocimiento de aquel mundo renacentista del Siglo de Oro para que surgiera esa afinidad intelectual entre la personalidad estética de Don Marcelino Menéndez Pelayo y el pensamiento filosófico del humanismo español”³⁹³

El pensamiento escolástico español que conoció Menéndez Pelayo mantiene un diálogo amistoso con la escuela jesuítica española en contraste con el enfrentamiento que mantiene ante el neotomismo rígido de sus contemporáneos con el que Don Marcelino mantendrá parte de sus polémicas.

Entre los años 1875 y 1880, las actividades literarias de Menéndez Pelayo se van concentrando sobre bibliografías y autores. Horacio supone todo el impulso poético de Don Marcelino. Se dedica a escribir odas, traducciones. Horacio le supone la inspiración hacia el humanismo que no pudo en esta época desterrar. Sus producciones abarcan lo concerniente al cervantismo, Calderón y el teatro clásico, en estos primeros años de su tarea intelectual.

Los años de madurez si así se pueden llamar a un trabajador de las letras que apenas cuenta veinticuatro años, implican un trabajo de preparación de los libros sobre las ideas estéticas. Es una época de maduración literaria en la que su trabajo de exclusividad en la docencia y en las actividades como miembro de las Academias, le hizo ser erudito en la literatura española. Los capítulos centrales de la Historia de las Ideas Estéticas pertenecen a esta época.

Entre los años 1885 a 1890, Menéndez Pelayo tomará un contacto más directo con las líneas europeas de la época. Realiza los estudios estéticos sobre Alemania que influirían definitivamente sobre su sencillez académica. Hegel llega a impresionarle exageradamente, de manera que se equilibra el humanismo hispano presente en nuestro autor y el occidentalismo europeo, lo que le proporcionó un equilibrio más científico y sereno en su creación artística.

Desaparecen de este modo las polémicas juveniles, si bien no renuncia en los términos que iremos mencionando a las posiciones firmes en lo religioso, patriótico y científico. Con lo dicho, tanto el antigermanismo como el antikrausismo son asumidos de una forma mucho más racional y la oposición tomista se suaviza y se pasa por alto.

³⁹³ Ibidem.

Menéndez Pelayo se vio envuelto de repente en una sociedad formal, de actos públicos y actividades que siempre criticará en la confianza de su epistolario personal.

- Revisión de los primeros trabajos

Todos los cambios personales que se dan por la edad, la docencia, su mayor erudición, el contacto sistemático con nuevas fuentes bibliográficas o la maduración propia de su propio pensar, hacen que se decida a realizar una revisión de los tomos publicados sobre la Historia de las Ideas Estéticas. Pide a los lectores que hagan los cambios oportunos de tomos. En realidad no se trata de una segunda edición, sino de una nueva concepción de la obra.

Desde ese año 1890, la vida de Don Marcelino se convierte en un torbellino creador. A lo largo de este periodo repasa continuamente su obra, y la deja sin completar en lo que se refiere a la literatura española contemporánea y a lo que echamos más en falta aún, la expresión ordenada de su propio pensamiento estético.

No es ningún secreto afirmar que estudiar la elaboración de la Historia de las Ideas Estéticas de alguna manera supone el estudio de la vida completa de Menéndez Pelayo. Aún durante los últimos años, desde el 1910 hasta 1912, intenta otra nueva revisión de su historia estética.

En palabras de Modesto Sanemeterio,³⁹⁴

“fue la lucha de un genio consigo mismo, sin poder dominar su propia inspiración y grandeza”³⁹⁵

- Metodología. Historia y crítica en la Historia de las Ideas Estéticas

El método de Menéndez Pelayo en toda su obra, en la Historia de las Ideas Estéticas por tanto, es rigurosamente, el crítico-histórico, con marcada preferencia a la crítica textual.

³⁹⁴ Modesto Sanemeterio esquematiza el esfuerzo intelectual y las influencias de Menéndez Pelayo en la obra de la Historia de las Ideas Estéticas, en:

“

1. El temperamento meridional cántabro de su autor, modelado bajo la pulcra educación latinista de sus primeros años.
2. En el ambiente provenzal y moderno de Cataluña
3. En sus dotes extraordinarias de bibliófilo y sistemático
4. En el fuerte influjo de los humanistas del Renacimiento.

A estos estímulos iniciales se sumó el estudio comprensivo de la ciencia moderna, alemana sobre todo y una inquebrantable lealtad a su españolismo y a la verdad desnuda. Milá y Fontanals, Laverde y el trato posterior con muchos pensadores extranjeros estimularon grandemente el genio de Don Marcelino, siempre generoso y humilde como los mejores.”

³⁹⁵ *Ibidem*.

Modernamente se describe como el método científico específico de la historia como ciencia social. Comprende las metodologías y técnicas mediante las cuales los historiadores en cualquier rama del saber usan fuentes primarias y otras evidencias históricas en su investigación. Las principales directrices de uso común que ya utilizó el propio Menéndez Pelayo son en primer lugar, la heurística o recopilación de las fuentes documentales, en segundo lugar la crítica de esas fuentes (crítica externa e interna); y en último lugar la síntesis historiográfica, producto final de la historiografía.³⁹⁶

Descrito por Menéndez Pelayo, el método histórico supone tres consideraciones: primera; que detrás de cada hecho artístico o más bien en el fondo del hecho mismo hay una doctrina. Esta doctrina debe razonarla y justificarla el crítico en el pensador, en el ambiente intelectual de cada época y en el influjo de las escuelas filosóficas.

Segundo: del estudio comparado de las ideas y de los hechos históricos debe el crítico obtener aquellos principios fundamentales que han presidido toda la creación histórica del hombre. Estos principios fundamentales no son cosas relativas y transitorias, mudables de nación a nación y de siglo a siglo, aunque en los accidentes lo parezcan, sino que en lo que tiene de verdadero y profundo se apoyan en fundamentos inquebrantables.

Tercero: los estudios metafísicos sobre estética deben ser analizados en los filósofos, en los místicos y en los pensadores; mientras la filosofía del arte reside en los críticos, en los preceptistas y en los mismos creadores del arte.

Menéndez Pelayo exige al esteta teórico un conocimiento académico de los hechos artísticos, como supuestos imprescindibles de sus especulaciones. Al artista también le pide el mismo grado de sabiduría respecto de la crítica literaria, con el fin de que ambos, junto con la figura del contemplador o espectador puedan visionar de forma íntegra el proceso que corresponde a la hechura general de la obra de arte.

Debe existir una mutua correspondencia entre la obra artística y las ideas estéticas que la originaron. Toda crítica literaria tiene que apoyarse en este principio historiográfico.

El método aplicado en la práctica por Menéndez Pelayo, consiste en realizar una agrupación sistemática de observaciones, análisis y datos, como estructura fundamentadora de las conclusiones científicas.

³⁹⁶ En nuestros días, el proceso se culmina con la publicación, paso ineludible para que la comunidad historiográfica comparta y someta a debate científico y falsación su labor, y se divulgue entre el público para que su conocimiento pueda servir a los fines de la historia.

Desde los trabajos elementales, incluso los realizados en su niñez, se observa este constante afán de recoger y sistematizar multitud de datos dispersos, y la tarea de ir estructurando una investigación definitiva sobre estos temas.

- Plan de monografías. El método bibliográfico

La aplicación de este principio en sus temas de investigación le lleva en primer lugar, a la ordenación antológica de autores. La selección de autores es una de las constantes metodológicas de Don Marcelino. Observa que cada época en el proceso cultural de los pueblos va enlazando ordenadamente, hombres dotados de genialidad y trabajo. Estos genios trazan las directrices intelectuales de su tiempo y el sentido histórico del futuro. El análisis de las obras de cada autor, señala una distinción entre sus obras mayores y menores. Éstas aclaran los detalles y a veces pueden suplir las carencias de las obras mayores. Aunque Don Marcelino se fija mucho más, buscando la fundamentación, en las obras cumbres de cada gran literato.

La bibliografía es el estudio de referencia de los textos. A grandes rasgos distinguimos la bibliografía enumerativa, descriptiva y textual, que hacen referencia a sistemas de signos en relación con los textos, y que entroncan con la semiótica. También distinguimos en otro ámbito, la bibliografía analítica que forma una clase diferente de referencia y que tiene que ver más con la interpretación de documentos y sus conceptos, que con hacer listas. Aquí es donde se asocian de una forma especial, la bibliografía histórica y la bibliografía sociológica.

No hay que repetir, que Menéndez Pelayo señala y defiende este método de investigación, analítico, que él denominará el método bibliográfico. Lo concreta Don Marcelino, obteniendo los textos más valiosos sobre el asunto, analizando su contenido y presentándolo en forma de síntesis antológica. Lo fundamental de esta metodología reside en sus análisis, que son de concentración o resumen de las ideas fundamentales, y síntesis, o representación histórica de ambiente y situación cultural de cada autor y época estudiada.

Este procedimiento le lleva a la monografía, verdadera clave en el método de Don Marcelino. Sus investigaciones científicas son verdaderas monografías, sabiamente unidas, llenas de inspiración y exactitud. Cada monografía es a modo de ladrillo con el que elabora el diseño de cada una de sus grandes obras.

Las síntesis expositivas de Menéndez Pelayo no son esquematizaciones, sinopsis, resúmenes generalizadores, sino que en sus investigaciones escoge lo más representativo. Y lo hace, de dos maneras; por un lado, seleccionando con criterio

ideológico general, la obra total del autor, o bien, eligiendo textualmente otras claves. Esta última metodología, forma la estructura fundamental de las ideas estéticas.³⁹⁷

- Enfoques sistemáticos del tema estético

Acerca del estudio monográfico señalado para cada autor, Menéndez Pelayo hace la distinción temática entre Filosofía del Arte y la Teoría de la creación artística. La primera es propia de la actividad estética del metafísico, y la segunda lo es del crítico.

Filosofía del arte: en nuestra época estudiamos que a diferencia de la estética, es la teoría de lo bello, o de la belleza, tanto natural como artificial. La filosofía del arte se ocupa más bien de las denominadas bellas artes. Por consiguiente se refiere a aquellas obras que el hombre ha creado, en oposición y distinción de las hechas por la sola naturaleza, y que provocan un sentimiento estético.

Menéndez Pelayo entiende la Filosofía del arte, referida a los conceptos abstractos de la belleza y del arte en sí, como ideas puras, que el entendimiento humano especula laboriosamente. Se trata de una ideología estética fundamental, propicia a la discusión y al ensayo científico.

También distingue la Teoría de la creación estética, como la investigación psicológica, histórica y crítica de la obra artística, tal y como nos la ofrece la realización histórica humana. Como observamos, lo que Menéndez Pelayo denomina Teoría de la creación estética es lo que hoy es entendido como filosofía del arte.

En las Historia de las Ideas Estéticas podemos comprobar la doble significación filosófica de su pensamiento: valores metafísicos e interpretación de la realidad. Cuando habla de estética, lo hace siempre en el doble sentido de Valores estéticos e Interpretaciones históricas; fundamentación Crítica histórica y valoración trascendental de todo contenido.

Éste es el alcance de la visión del pensamiento filosófico de Menéndez Pelayo: una distinción entre los principios de la belleza artística como Metafísica de valores estéticos y la investigación de la realidad como objeto de la filosofía del arte. En cuanto a lo primero es tradicional y dogmático; en cuanto a lo segundo, se declara en franca antítesis de todo el escolasticismo decadente.

³⁹⁷ “Selecciona un autor, lo comenta en su ambiente, fija su investigación en el título concreto de una obra y resume ampliamente las ideas interesadas para su propósito. No habla de juicios ajenos, sino de los propios, y esto con extrema mesura”. Modesto Sanemeterio. Menéndez Pelayo, su época y su obra literaria. Edic. Mater et Magistra. Madrid. 1962.

CAPITULO 3 MENÉNDEZ PELAYO Y SU APORTACIÓN A LA FILOSOFÍA DESDE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

La metodología crítica de Menéndez Pelayo: Según este método, Don Marcelino se limita modestamente a breves anotaciones y a una humilde reserva para los epílogos que en realidad nunca llegaron a su plenitud por su temprana muerte.

CAPITULO 3 MENÉNDEZ PELAYO Y SU APORTACIÓN A LA FILOSOFÍA DESDE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

- Análisis sistemático de las ideas estéticas

Esquema de los asuntos tratados acerca de las ideas estéticas en España:

Origen histórico de nuestras ideas estéticas

- Hispano – latinismo
- Hispano – Patrística
- Hispano – Judaísmo
- Hispano – Arabismo
- Hispano – Cristianismo

Desarrollo interno de nuestras ideas estéticas en el Siglo de Oro

- Los Humanistas
- Los Místicos
- Los Escolásticos

- Proceso creativo de nuestra Preceptiva Nacional

- La Retórica
- La Poética

Evolución histórica de nuestras ideas estéticas en la época posterior:

- Los estetas
- Los preceptistas

Autores fundamentales estudiados en la H.I.E.

- Hispano-latinismo: Séneca y Quintiliano
- Hispano-patrístico: San Isidoro
- Hispano-árabe: Averroes
- Hispano-cristiana: Ramón Llull
- Hispano-humanismo: León Hebreo, Luis Vives, Pinciano
- Clásico-nacional: P. Arteaga, P. Feijoo, Luzán, Forner, P. Andrés, P. Estala, Quintana, Moratín, Hermosilla

Fundados en la interpretación monográfica con el criterio de autor, señalamos en la obra de Menéndez Pelayo los puntos culminantes de su interés estético:

Precusores de nuestra Estética Nacional

- Séneca, Quintiliano (Institución), San Isidoro (Etimologías), Ben Guriol (La fuente de la vida), Averroes (Perífrasis), Ramón Llull (Retórica).

Creadores de nuestra Estética Nacional

- León Hebreo³⁹⁸: Philographia
- Luis Vives: De Ars discendi

³⁹⁸ León Hebreo recibe el influjo de Platón a través de Maimónides. El modelo inmediato fue la obra de Marsilio Ficino, "Diálogo sobre el amor", si bien León Hebreo supo exponer de un modo más completo, original y profundo la obra estética platónica.

CAPITULO 3 MENÉNDEZ PELAYO Y SU APORTACIÓN A LA FILOSOFÍA DESDE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

- Pinciano: Poética
- Lope: Polémicas
- Góngora: Polémicas

Renovadores de nuestra Estética Nacional

- Feijoo: en la obra “No sé qué”
- Arteaga: Poética
- Luzón: Poética

- Situación histórica de la teoría estética de Menéndez Pelayo

Los elementos que influyen en Menéndez Pelayo desde el punto de vista histórico son:

- La metafísica estética de León Hebreo y Fox Morcillo, un hispanismo renacentista forjado en la tendencia tradicional arábigo-judía.
- Platón y la tradición platónica del mundo latino que son asumidos por Don Marcelino como fundamentación metafísica de la Estética.
- Su actitud próxima a la escuela jesuítica española supone un cierto contraste con su respetuosa beligerancia respecto al neotomismo rígido.

La contribución platónica aportará un cierto sustrato para el desarrollo metafísico de nuestra literatura y la influencia aristotélica se funda en la interpretación representativa del arte.

El gran conocimiento sobre el pensamiento kantiano y sobre todo su preferencia personal por Hegel marcan definitivamente su personal concepción. Podemos observar la aportación de Hegel a los conocimientos estéticos que son incluidos en su forma de crítica histórica. En ésta se halla su avance definitivo, en las interpretaciones de crítica histórica, como en el asunto de los ciclos artísticos, el origen de la lírica, etc.

- Situación filosófica de la Historia de las Ideas Estéticas

Menéndez Pelayo se plantea la cuestión acerca de la filosofía, y de la metafísica en particular, desde un punto de vista crítico-histórico, sin dedicarse a la búsqueda personal de una solución definitiva. Se instala sobre el concepto de una metafísica de valores trascendentales. Una serie de principios inmutables que fundamenta todo nuestro conocimiento profundo del ser.

Su posición crítico-histórica se apoya en la observación de que la historia es tarea humana y en ella se hace visible la posibilidad del esfuerzo humano y los logros conseguidos a través del tiempo. La historia es también la manifestación de la verdad como conquista humana. Al buscar el propio pensamiento español, Menéndez Pelayo está convencido de ver en él la posibilidad de una raza culta y emprendedora.

Cuando intenta sintetizar la historia estética, pretende manifestar el esfuerzo humano por hallar la verdad bella y extraer su contenido más válido y trascendental.

Los elementos fundamentales en la estética como ciencia, como concepto universal en la Historia de las Ideas Estéticas son tres:

1. La belleza como idea
2. El arte como técnica de la creación estética
3. La obra artística, como realización permanente del genio.

Estos tres elementos constituyen el contenido científico de otros tres procesos de investigación estética:

- La Filosofía del Arte o estudio metafísico de la belleza como idea o valor fundamental.
- La Teoría de las Técnicas artísticas, que analizan los diferentes recursos lingüísticos, plásticos, etc. para la creación estética.
- La Historia de las Obras de arte, que reúne sistemáticamente todas las realizaciones bellas del hombre.

A modo de síntesis, podemos decir que Menéndez Pelayo en la Historia de las Ideas Estéticas, estudia la Filosofía del arte y las teorías y técnicas de la estética. En sus Bibliotecas, tanto de Clásicos como de Modernos, esboza los materiales para la Historia de las obras de arte, (en este caso de las obras literarias).

El remate-no culminado- de estos dos enormes planes habría sido el proyecto de la Historia de la Literatura Española.

- Filosofía del arte o metafísica de la belleza

El idealismo estético se explica afirmando que la esencia de la realidad es la verdad y esta verdad constituye el origen de la belleza. Para Menéndez Pelayo esto no es simplemente un principio, su práctica de la escritura en cualquier ámbito del saber podría ser denominada como la verdad o la sinceridad como fundamento estético del lenguaje.

La verdad se realiza de muchas maneras, pero siempre responde a una suprema esencia plena y perfectísima que cuando se manifiesta sensiblemente a nuestro espíritu, es cuando se llama belleza. Este sentido de la belleza es el que se transparenta en la Oda a Salinas.³⁹⁹

³⁹⁹ La música de Salinas eleva su alma hasta *los umbrales mismos del cielo*, donde siente la Armonía Universal, fundiéndose ella, en alusión a la unión mística.

Otra característica de la concepción menendezpelayista acerca de la Metafísica de la Belleza, es el realismo artístico. Descubrir la belleza es profundizar en la manera de ser de la realidad misma y lograr representar sensiblemente ese mismo descubrimiento, es decir, que la verdad de las cosas se haga sensible a nuestro espíritu, constituye la tarea del arte. El principio estético aceptado por Menéndez Pelayo es una imitación idealista de la realidad, que al mismo tiempo que se fundamenta en la verdad, no queda reducida a la mera copia infecunda, sino a una superior comprensión de la realidad misma.

- El Humanismo

“Lo que en otros siglos se llamaba un humanista, es decir, un hombre que toma las letras clásicas como educación humana, como base y fundamento de cultura, como luz y deleite del espíritu, poniendo el elemento estético muy por encima del elemento histórico y arqueológico”⁴⁰⁰

La realidad fundamental más inmediata al hombre es el propio hombre. En esto consiste el humanismo radical de Menéndez Pelayo⁴⁰¹. La valoración psicológica de las cosas desde nuestro punto de vista humano es la base más firme de la creación artística. Los valores humanos son los más cercanos, por ellos nos es fácil la intuición de la Suprema Belleza, que es Dios. El humanista es el estudioso que negándose a poner su intelecto al servicio de las humanidades clásicas como objeto en sí, apunta a la adquisición de una formación humana integral⁴⁰².

Esta tarea humanística, puede aportar la confusión de convertir la tarea artística, más si se trata del ámbito de la literatura, en labor moralizante. Menéndez Pelayo como expusimos en el apartado denominado *Arte y Moral*, sin rechazar las afinidades y los frutos beneficiosos del arte, reclama para éste, un fin propio e independiente, bajo la fórmula del “Arte por el Arte”, que en realidad podría haberse denominado: “la Verdad por la Verdad”.

- Teoría de las técnicas artísticas

En su Historia de las Ideas Estéticas, Menéndez Pelayo nos propone diferentes técnicas bajo las que se manifiesta cualquiera de las artes.

⁴⁰⁰ ECF. 11.

⁴⁰¹ En un sentido amplio, entendemos por humanismo el sentimiento individual y colectivo de una civilización en la que destaca de manera prominente la admiración, exaltación y elogio de la figura humana y el hombre, entendido éste no como figura masculina, sino como género humano, en que florece la cultura, el arte y todo noble quehacer eminentemente humano.

⁴⁰² Galiano, Manuel F. Menéndez y Pelayo y los estudios clásicos. Arbor, Julio-Agosto 1956.

Destacan: el naturalismo. Con gran amplitud, admite Don Marcelino todos los temas posibles ligados al mundo del arte. Su única frontera son la verosimilitud, el humanismo, la originalidad y el buen gusto.

“no entraré en la sabrosísima cuestión ética de si se puede o no tenerse por cosa inmoral la representación artística de vicios y torpezas hediondas, cuando esto se hace, no con el fin de enaltecerlos, sino con el de clavarlos en la picota”⁴⁰³

Sin embargo, el puro capricho, la livianidad, o la simple presunción del artista, no pueden justificar creaciones artificiales, carentes de todo sentido estético. Que el hombre sea la clave del arte humano, supone hacer girar todas las cosas en torno al humanismo.

La originalidad es para Don Marcelino, la condición indispensable del genio del artista. Sin ella el arte se convierte en industrialismo y rutina.

- La estilística

La estilística, el uso estético del lenguaje en las obras literarias y en la lengua común en sus formas individuales y colectivas. En palabras de Menéndez Pelayo, *la técnica de los recursos sensibles*, la forma inmediata a nuestros sentidos, constituye una de las claves de la Estética en general.

Menéndez Pelayo rechaza cualquier fórmula rígida, cualquier manera de preceptiva que entorpezca lo fundamental de esta función, que es la reflexiva espontaneidad, la intensa expresión del artista creador, cuyo saber es mágico o divino. El dominio de la sensibilidad expresiva, es el don maravilloso del artista.

- Criticismo histórico

Una de las características más insistentes de Menéndez Pelayo en su sistema de investigación, es su profundo análisis de las obras estéticas a través de la historia.

La creación estética debe ir acompañada de una intensa labor comprensiva que descifre plenamente su sentido y facilite nuevas experiencias y progresos artísticos. Menéndez Pelayo niega todo convencionalismo tradicional que ahogue y extinga la incontenible invención humana, y reclama esa continuidad profunda del quehacer humano que brinda de generación en generación nuevas posibilidades

⁴⁰³ CHL.VI. 348.

- A modo de conclusión parcial

Aunque parezca repetir ideas, hay que decir que estamos ante la obra estética capital de nuestro autor. Decimos en primer lugar que se trata de una enorme y compleja enciclopedia de la estética europea, en la que se estudian tanto la evolución de las ideas filosóficas del arte, como los tratados retóricos y poéticos, musicales y plásticos.

Hay igualmente muchas páginas dedicadas a la historia de las distintas artes, no ya en su aspecto especulativo sino en lo referido a su creación. Como hemos afirmado en un par de ocasiones, el mayor número de referencias pertenecen a la literatura, el arte que mejor conocía Don Marcelino.

El plan inicial fue modificándose y ampliándose sucesivamente, lo que repercute en su disposición estructural. Pero lo más importante es la importancia bibliográfica de esta obra, en una época, en la que en lengua castellana no existían muchos estudios sobre crítica artística y literaria. De este modo, gracias a Menéndez Pelayo, el público, el lector español, encuentra una magnífica información de libros y ediciones referidas a lo mejor de la cultura europea. Se han publicado cientos de artículos de alabanza a Don Marcelino que se admiran de que una obra tan inmensa y a la vez tan artística, haya sido escrita por una sola persona.

Menéndez Pelayo es el gran historiador de nuestra literatura, y en general de nuestra cultura, pero en la Historia de las Ideas Estéticas se sitúa en un plano europeo.

Respecto a nuestra relación cultural con el exterior, Menéndez Pelayo nos legó un gran testamento: frente al peligro que encierra el aislacionismo, la aidez de estudio y conocimiento de las formas culturales europeas.

Esta apertura que se manifiesta en su vida y en sus obras, no significa la pérdida de una identidad nacional o incluso regional, sino su refuerzo mediante la promoción de los valores ideales de lo hispánico. Este espíritu europeísta alcanzó en la Historia de las Ideas Estéticas su mejor expresión, ya que incluye en sus volúmenes el análisis crítico no sólo de la estética anterior, sino de las corrientes más recientes formuladas en las últimas publicaciones de Alemania, Inglaterra y Francia, quedando inédito el tema de la estética italiana del siglo XIX, así como el de la estética española, pues habiendo tenido todos los apuntes personales para su redacción, no pudo escribirlos antes de su muerte.

Por su labor histórica no llegó a escribir su proyectado Tratado de Estética. Recordamos que el manuscrito ya publicado en la Edición Nacional es sólo un ensayo juvenil, incompleto y con finalidad puramente didáctica. Por sus facultades intelectuales y artísticas y por su preparación única, pudo haber sido la aportación española más importante a la filosofía del arte de su tiempo. A pesar de esto, sabemos

bien que su posición acerca de los problemas estéticos se hace patente a través de sus diversas obras; de una forma magistral en la Historia de las Ideas Estéticas.

3.2. Estética y Teoría General del Arte

3.2.1. Ciencia antigua y ciencia en formación

En la Historia de las Ideas Estéticas, Menéndez Pelayo hace un breve análisis acerca de los primeros conocimientos, descripciones, categorías sobre la Estética entendida como ciencia. Repasa las posibilidades de nomenclatura que se han dado como los nombres de Calología y Calotecnia; y de qué manera, autores de gran talla intelectual como Vischer o el mismo Hegel han incursionado en este saber filosófico, asegurando así una presencia en el campo del pensamiento.

“el objeto principal de las elucubraciones estéticas no es la belleza en abstracto y objetivamente considerada, de la cual bien poco puede afirmar el hombre, sino la impresión subjetiva de la belleza, que es lo que Baumgarten quiso expresar con la voz estética, derivada del verbo *aistánomai*, que significa sentir, ser afectado agradable o desagradablemente, pero también, por traslación, entender y conocer”⁴⁰⁴

En realidad sólo el nombre es nuevo. La ciencia ha existido siempre. La ciencia estética al decir de nuestro autor, es una de las ciencias más antiguas y también más modernas. Gracias a Hegel, al que Menéndez Pelayo llama genio, ha salido la estética del olvido, de la falta de contenido, de la oscuridad, el vacío, la arbitrariedad y la casuística.⁴⁰⁵

Al igual que otros saberes dependientes e integrantes de la antigua noción de filosofía, la Estética es saber nuevo, y de ahí que pueda llevar consigo determinados vicios de origen, condicionados por su juventud.

Un problema para empezar, puede cifrarse en la primera concepción como puro ejercicio intelectual, que desembocó a lo largo de su desarrollo de escuelas exageradamente idealistas. Este tipo de tratamiento hacían caer a la estética en el peligro de anular el concepto de la forma, o lo que es lo mismo, anular la genialidad individual y libre que cada creador concede a su arte o al menos, la dejaba en un segundo plano.

⁴⁰⁴ HIE. III. 82.

⁴⁰⁵ Ver HIE, I, 6.

Después de los excesos del idealismo y como sucede siempre ante la experiencia de juicios polarizados, vino el realismo, la reacción realista igualmente cargada de un estilo dogmático y autoritario.

De cualquier modo, admite Menéndez Pelayo, que la llegada de forma explícita de la Estética, como saber, como ciencia autónoma, ha dejado una gran huella para la humanidad, para los artistas; ha ennoblecido y magnificado la crítica,

“ha contribuido a extender el culto del ideal y ha hecho, por lo tanto, obra de educación humana, que jamás se hubiera logrado con la antigua y seca preceptiva”⁴⁰⁶

Lo primero que llama la atención, haciendo un cruce de información entre los diferentes escritos de Menéndez Pelayo, en lo que se refiere a la estética, es su distinción de los diferentes conceptos referidos al universo estético; a los sujetos que desempeñan las acciones correspondientes al artista, crítico y contemplador. Por un lado el papel del artista, cuya actividad consiste en crear, el crítico que tiene como misión valorar y analizar la obra objetiva, y el esteta, cuya labor más abstracta consiste en ocuparse de los problemas o asuntos derivados de la belleza y el arte desde su dimensión filosófica.

El artista generalmente se opone a las intromisiones que pretendan regular su trabajo, en forma de normas o criterios. Otra interferencia clásica suele ser la del crítico, que con frecuencia según nuestro autor, tiende a dogmatizar y a imponer *sus gustos y anatemas*. Pero si bien la Filosofía del arte es un capítulo fundamental de la Estética, el esteta no puede prescindir de una continua experiencia contemplativa, pues quedaría relegado a una mera misión pasiva respecto del arte concreto.

Menéndez Pelayo fue sobre todo crítico e historiador del arte, concretamente del arte literario. Pero también cultivó la investigación estética en su aspecto histórico, al que pertenecen la mayoría de sus trabajos en este ámbito. Advertimos, consideramos pues, una reiterada tendencia a relacionar estas tres actividades: la crítica, la historia del arte y la investigación estética. Este trabajo de interrelación hace que con frecuencia nos dé la impresión de una imprecisión en sus límites. Don Marcelino nos aclara los resultados de esta posible separación entre la teoría y la práctica, en la realización artística:

“cuando se consuma el divorcio entre la teoría y la práctica del arte, la estética adquiere un carácter abstracto, inútil y pedantesco y el arte

⁴⁰⁶ Tratadistas de Bellas Artes en el Renacimiento Español. Discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes, 1901. CHL, VII. 144

desciende hasta los últimos peldaños de la convención y de las maneras cada vez más frívolas e irracionales”⁴⁰⁷

Si bien la teoría ha de venir siempre después del arte:

“si la teoría ha de ser de algún provecho, debe venir siempre después del arte”⁴⁰⁸

Y de la misma manera que los críticos dejan en el olvido la práctica concreta del arte, también los artistas tienden a olvidar la estética, con sus conceptos.

“este olvido y desdén en que los artistas tienen la estética, influye desventajosamente en los artistas, que, faltos de ideal, se abandonan a un empirismo rutinario y caen fácilmente en la manera o en el industrialismo”⁴⁰⁹

Quizá se deba este tipo de juicio, a la admiración hacia la teoría de Hegel. En cualquier caso, y como queda reflejado en varias ocasiones del presente trabajo, Menéndez Pelayo no defiende ni la hegemonía de las ideas sobre la práctica, ni viceversa. Si hubiera que subrayar uno de estos dos elementos, él opta por la primacía de la práctica. De este modo defiende a los artistas, del dogmatismo en el que pueden caer algunas escuelas en su exceso de rigor normativista:

“los estéticos y los críticos, volviendo las espaldas a la técnica y encasillándose en los principios absolutos, han caído en un dogmatismo superficial y pedantesco, cuya vaciedad resulta clara en cuanto se desciende a las aplicaciones.”⁴¹⁰

La necesidad de que el esteta fundamentase sus teorías en una constante actitud contemplativa, que el crítico tuviese amplitud de criterio para el juicio de los más diferentes estilos, que el artista cultivase su personalidad mediante el estudio y la reflexión de distintas disciplinas entre las que debería figurar la estética, la preceptiva y la historia de las artes.

La evolución del estilo se integra también en el objeto de la estética:

“paralelamente a la historia del arte, ya se le considere en general, ya en su desarrollo dentro de cada siglo y de cada raza, va marchando la historia de la estética, influyendo de una manera los preceptos en los modelos y los modelos en los preceptos, ampliando el arte sus formas para

⁴⁰⁷ HIE. IV. 128

⁴⁰⁸ BHLC. 277

⁴⁰⁹ HIE. I. 7

⁴¹⁰ CHL. VII. 143

albergar concepciones cada día más vastas y sintéticas, y ensanchando la ciencia sus moldes para dar entrada y explicación a las nuevas formas que el arte incesantemente crea”⁴¹¹

En multitud de obras, Menéndez Pelayo insiste en la misma doctrina. En los estudios y discursos de crítica histórica y literaria afirma que

“los artistas faltos de ideal y que se creen emancipados de toda metafísica de lo bello, no están libres de caer en otra servidumbre más dura: en el empirismo de taller, en las recetas de oficio”⁴¹²

Menéndez Pelayo entiende que al crítico y al historiador literario toca investigar los cánones que han presidido el arte literario de cada época, deduciéndolos, cuando no pueda de las obras de los preceptistas, de las mismas obras de arte. Está convencido de la utilidad de esta disciplina de la Estética que tanto estimaba, porque

“ha ennoblecido y magnificado la crítica, que ha agudizado la vista y el oído en la multitud contemplativa, que ha contribuido a extender el culto del ideal y ha hecho por lo tanto, obra de educación humana, que jamás se hubiera logrado con la antigua y seca preceptiva”⁴¹³

3.2.2. Filosofía y arte

En diversas obras desarrolla Menéndez Pelayo la relación entre pensamiento y experiencia, especulación y resultado. Los libros en los que aparece un mayor número de juicios sobre este particular, son la Biblioteca Hispano Latina Clásica, la Historia de las Ideas Estéticas y los Estudios y Discursos de Crítica Histórica y Literaria.

Como ya había advertido en el apartado anterior, critica nuestro autor la exageración, la primacía y el condicionamiento de la teoría frente al arte. Para que la teoría sea provechosa, vendrá siempre después del arte.

A su vez, cuando ambas se dan por separado, teoría y práctica; la estética se convierte en abstracta, inútil y pedantesca. El arte se desplaza hasta

“los últimos peldaños de la convención y de la manera cada vez más frívola e irracional”⁴¹⁴

⁴¹¹ HIE. I. 5

⁴¹² CHL. VII. 143

⁴¹³ Discurso de ingreso en la R.A. de B.A.

⁴¹⁴ HIE, IV. 63

Si bien la estética es un saber filosófico, con cierta tradición explícita y más aún, implícita, pertenece por la mayor parte de su contenido al orden de las ciencias experimentales, lo cual se demuestra en cuanto que su fundamento está en la observación y la experiencia.

Otro elemento que no es tan importante para el esteta es la aportación de la psicología, que Menéndez Pelayo observa más –en el crítico- como portador de prejuicios frente al juicio estético, que como ayuda para la valoración objetiva de los fenómenos artísticos.

Crítica y estética como operaciones de la mente humana, son legítimas y existen por necesidad lógica “*pues no hay operación de la mente humana en que el juicio no intervenga*”, más aún en este tipo de experiencias humanas que van hasta el fondo del contenido del espíritu.

En este ejercicio discursivo de la estética, se dejan entrever los misterios inaccesibles al razonamiento discursivo; más que una incapacidad del entendimiento humano, se plantea como una plácida luz intuitiva que baña la realidad con los esplendores de la razón.

“el arte, que es energía, virtualidad activa, capacidad de producir, actualiza en materia contingente lo necesario y lo universal, y al crear una representación ideal del mundo, trasciende, es verdad, los límites de la especulación dialéctica, pero se da la mano con la ciencia en sus manifestaciones más altas, en lo que tiene de adivinación y de presagio”⁴¹⁵

Aun así, el arte se complementa y se da la mano con la ciencia, producto también enormemente humano que ha de participar desde su ángulo, de los problemas y misterios humanos.

Menéndez Pelayo afirma que la ciencia se aproxima más a la especulación dialéctica en lo que tiene de adivinación y presagio, haciendo referencia al planteamiento de hipótesis, al papel de la intuición explicado con presupuestos kantianos, y al método científico explicitado en términos empíricos y metafísicos, desde Aristóteles hasta Newton.

El arte, pues, sin abandonar la persecución de los misterios humanos, por lo que tiene de energía, de capacidad de producción, se convierte en obra

“Soberanamente reflexiva y no como producto de una fuerza ciega e inconsciente, no concibo obra alguna artística digna de este nombre que no pueda ser críticamente interpretada conforme a ciertos cánones que

⁴¹⁵ CHL. VII. 143.

preexistieron en la mente de su autor, aunque él propio no se diese cuenta clara de ellos”⁴¹⁶

Cualquier separación artificial, absoluta entre especulación filosófica y la experiencia práctica del arte, entre teoría y práctica, aportará consecuencias nunca deseables. Por un lado, los estéticos y los críticos, encasillándose en principios que han malnombrado como absolutos, han caído en un dogmatismo superficial. Cuando el hombre acude a la obra de arte concreta, se pone de manifiesto dicha vaciedad.

En el otro extremo, están los artistas que no son conscientes del ideal que ha de sustentar sus obras y que se creen emancipados de toda metafísica. El artista no puede olvidarse del arte de la vida, dejando de lado la tentación del industrialismo que envilece su arte.

Otros extremos nada deseables se encuentran en la expresión de la polaridad que puede dar lugar por un lado a la producción de formas anticuadas y sin sentido, y por el otro a la creación esnobista de formas híbridas y extravagantes.

En estos casos, una mal denominada moda, puede asignar un valor temporal a estas obras, pero nunca serán poseedoras de los valores artísticos universales, en los que la humanidad encontrará en ellas *el pan de su alma*.

3.2.3. Hechos artísticos e ideas estéticas

“Detrás de cada hecho o más bien, en el fondo del hecho mismo, hay una idea estética, y a veces una teoría o una doctrina completa de la cual el artista se da cuenta o no, pero que inspira y rige en su concepción de un modo eficaz y realísimo”⁴¹⁷

Con estas palabras, de esa magnífica introducción a la Historia de las Ideas Estéticas, obra sin duda de su madurez, Menéndez Pelayo destaca esa idea, adelantada de algún modo en el apartado anterior, de que si bien las teorías, las ideas no pueden existir de forma aislada, es bien cierto que las obras, sin esa tan necesaria intuición estética, estarían sometidas a la categoría de industrialismo o del vacío existencial.

Idea es en este caso, algo más que un mero contenido mental; se aproxima más a una intuición referida a la totalidad vital, que hace que el artista se acerque a la concepción de una nueva realidad, que será capaz de expresar mediante el arte. Por tanto, bajo esta nueva concepción de la idea artística, de origen e inclinación platónica,

⁴¹⁶ *Ibidem*.

⁴¹⁷ HIE. I. 5.

el artista no razona el contenido, sino que éste *impera y rige en su concepción de un modo eficaz y realísimo*.

La idea, acude al hombre, en forma de idea estética, a veces como teoría, o más bien como doctrina completa y está guiando como criterio, en la conformación de sus juicios y acciones.

En el estudio sobre los Tratadistas de Bellas Artes en el Renacimiento español, don Marcelino afina los conceptos recién expresados, concretando el hecho de que si el artista posee una concepción de las ideas “abstracta y temporal”, estaremos ante un tipo de obra carente de universalidad, *por brillante y fastuosa que sorprenda los ojos*. Si es grande y humana, estará presente a lo largo del tiempo y del espacio y será conocida y admirada como gran testamento para las generaciones venideras.

Además, otra característica notable de la obra artística es que contiene una multitud de *gérmenes de ideas* que quizás no fueron tomadas con mucha conciencia por parte del artista, pero que se ven siempre presentes en su obra, de forma muy concreta y casi palpable.

En cuanto a la realidad expresada sea más rica y más compleja mayor será la realidad que la obra de arte manifiesta, mayor será también el número de ideas que gracias a la obra artística se revelan y se hacen patentes a los ojos de los lectores.

Cualquier doctrina literaria, entonces estará fundamentada en una serie de principios de estética, principios filosóficos y generales, que harán que la obra se vea libre de arbitrariedades, antojos y caprichos para que adquiera la categoría de artística. Las modas, de por sí, al cargar de relativismo y accidentalidad la obra artística, hacen que ésta permanezca en la mediocridad y la indiferencia.

Por último, en estas páginas magistrales del comienzo de la Historia de las Ideas Estéticas, dedica Menéndez Pelayo unas buenas ideas a la expresión de la Historia del arte, tanto en su dimensión general, como en su consideración en cada siglo.

De nuevo nos recuerda que también en la historia del arte, se va manifestando, expresando la historia de la estética “influyendo de una manera recíproca los preceptos en los modelos y los modelos en los preceptos”⁴¹⁸

De este modo, la concepción del arte adquiere formas nuevas, tanto como las formas creadas por la propia actividad artística. Por tanto, aclara Menéndez Pelayo, no es posible que se dé arte alguno sin cierto género de teoría estética. Aquí el término *teoría*, es algo superior a un conjunto de pensamientos, y se acerca al significado de

⁴¹⁸ HIE. I. 5.

aquel conocimiento que se encuentra por encima de los datos o hechos percibidos de forma inmediata.

3.2.4. División de la estética

Los artistas, metidos en su quehacer, en su técnica rutinaria, con frecuencia olvidan los principios trascendentes que iluminan la estética, de manera que

“faltos de ideal, se abandonan a un empirismo rutinario y caen fácilmente en la manera o en el industrialismo”⁴¹⁹

Dos extremos igualmente indeseables; se entregan por un lado a la facilidad pseudocreadora, o por otro, hacen mundos falsos. Contra estos vicios, una teoría sólida, proveniente de la metafísica estética “da un soporte seguro a la creación estética, proviniendo los productos artísticos, de un sano fundamento del estudio de lo bello y de su idea”⁴²⁰

Pero por el otro lado, el arte no puede provenir ni quedarse encerrado en una serie de regiones difusas y nebulosas como en las ideas puras, y olvidarse de lo bello en la naturaleza y lo bello en el arte, “de aquí dos nuevas partes de la ciencia, que se conocen con los nombres de física estética y de filosofía del arte”⁴²¹

La filosofía del arte se ocupa más bien de las denominadas Bellas Artes. Se refiere por tanto a aquellas obras que el hombre ha creado, en oposición y distinción de los hechos que por la sola naturaleza, provocan un sentimiento estético.

Contemporáneamente sin embargo, la filosofía del arte abarca un campo más limitado que la estética, porque sólo se ocupa de los conceptos y problemas que surgen en relación con las obras de arte, excluyendo la experiencia estética de la naturaleza. Sin embargo de una forma muy clara nos dice que la mayor parte de las cuestiones estéticas que suscitaron interés y perplejidad en todas las épocas, se relacionaron específicamente con el arte. Cuestiones como: ¿Qué es la expresión artística?, ¿existe verdad en las obras de arte?, ¿qué es lo que hace buena una obra de arte? Cuestiones que son propias de la estética y que tienen su sitio en el arte.

La filosofía del arte debería distinguirse cuidadosamente de la crítica del arte, que se ocupa del análisis y valoración crítica de las mismas obras artísticas, como algo contrapuesto al esclarecimiento de los conceptos implicados en los juicios críticos, que es misión de la estética.

⁴¹⁹ HIE. I. 7.

⁴²⁰ *Ibidem*.

⁴²¹ *Ibidem*, 8.

La crítica artística tiene por objeto específico las obras de arte o las clases de obras de arte. Su finalidad consiste en fomentar el aprecio y facilitar una mejor comprensión de las mismas.⁴²²

3.2.5. Conocimiento y sentimiento en la experiencia estética

A juicio de Menéndez Pelayo, en el acto de apreciación de la belleza se dan dos experiencias: un juicio y un sentimiento. No es bueno que predomine ninguno de estos dos elementos, el discursivo y el afectivo. La apreciación estética, más allá de lo que se pudiera pensar, no es un acto puramente intelectual. Tiene que darse el otro componente, el afectivo, que nos permite aplicar nuestra capacidad volitiva, en la proyección integral de la creación, apreciación, juicio y emoción.

Dicho con otras palabras, al contemplar la belleza, se dan en el espectador un doble fenómeno psicológico: un juicio mediante el cual se afirma con el lenguaje común de la proposición: *esto es bello*, un sentimiento, con la afirmación: ¡qué *bello es esto!* Ambos son fenómenos que no se pueden fijar en el tiempo, son inseparables. Tampoco es posible señalar su orden lógico,

“pues en realidad la afirmación que constituye el juicio supone ya el sentimiento, y el sentimiento envuelve ya un principio de afirmación”⁴²³

La belleza es propiedad trascendental que por propia virtud irradia todo el cuerpo de la obra. Su luz disipa las tinieblas de la mente, no por procedimientos discursivos, sino “por un acto de intuición soberana, por el acto mismo de evocación de la forma, que lleva en sus entrañas todo un mundo ideal”⁴²⁴

⁴²² Contemporáneamente, el fenómeno estético está conformado por lo que J. Luc Chalumeau en “les théories de l art”. París 1994, denomina cinco grandes familias de saberes que engloban las teorías del arte:

- a. La fenomenología del arte. Iniciada por el idealismo alemán y que llega hasta nuestros días con Sartre y Merleau Ponty, cuyo propósito es la descripción de la vivencia estética o del fenómeno estético en sí.
- b. La psicología del arte, iniciada por Gustav Theodor Fechner, cuyos autores recurren a diversas escuelas de psicología para interpretar la obra de arte como expresión de los sentimientos humanos.
- c. La sociología del arte (Frederick Antal), sostiene que el conocimiento de la sociedad es condición necesaria para interpretar toda obra de arte, en cuanto éste es un reflejo de un proceso general, ella y el artista, “llevan las cadenas del siglo”
- d. El formalismo, teoría que acentúa el procedimiento en la forma y no en el contenido.
- e. El análisis estructural del arte, iniciado por Erwin Panofsky, y que sustituye el concepto de forma por el de estructura.

⁴²³ T.E.E. (OC. LXIII. 207).

⁴²⁴ CHL I. 313

Cuando el genio llega a esta experiencia de éxtasis, de salida creativa de sí mismo, es capaz de adivinar, trascender lo que metódicamente no sabe ni podría demostrar, pareciendo especialista de todas las ciencias.

“el poeta cuenta entonces con la anónima colaboración de un demonio socrático o platónico cuyo poder es misterioso y tremendo”⁴²⁵

Acerca del conocimiento de la belleza, Menéndez Pelayo está convencido de que para afirmar que un objeto es bello, no hace falta llevar un modelo, un tipo ideal de belleza preconcebido.

“el juicio de la belleza reúne los caracteres de inmediato, universal y objetivo. El sentimiento de lo bello es inmediato, placentero, universal y desinteresado”⁴²⁶

3.2.6. El desinterés estético

Cuando se habla del desinterés como cualidad estética, en verdad estamos haciendo referencia a la inutilidad en su concepción más pura. A la falta de condicionamiento de la actividad metafísica; -tal como lo describe Aristóteles- que convierte a la reflexión filosófica y en este caso al trabajo estético en libre de cualquier uso industrializante. Lo incondicionado no forma parte de la experiencia, sino que la trasciende y pertenece al mundo de las cosas en sí, o mundo inteligible.

Una inutilidad o falta de condicionamiento que hace que las consecuencias de la actividad estética pura derramen vivísima luz, *sobre toda obra humana*.

La cualidad de lo útil en la filosofía, supuso según Menéndez Pelayo, ya desde la época de Platón, la admisión artificial del término útil, en los dominios de la belleza, enmascarado en expresiones más sutiles como la finalidad útil. Esta invasión supuso una herida en el conjunto armónico de las ideas helénicas; ideas que en el significado platónico no estaban escritas “pero que inspiraban y vivificaban secreta y cariñosamente toda obra de ingenio”⁴²⁷

Para que exista una verdadera condición en la experiencia estética, hay que evitar la actitud práctica de interés por la utilidad de un objeto, o por su bondad natural, así como una actitud teórica de conocimiento intelectual del mismo.

La actitud estética se caracteriza y distingue de cualquier otra, por el desapego, el desinterés, o la distancia. Estas actitudes no son como podría aparecer, negativas,

⁴²⁵ Ibídem

⁴²⁶ T.T.E. (OC. LXIII.) 208.

⁴²⁷ HHE. I. 13.

sino que marcan la necesidad de un talante positivo de interés por la cosa tal y como es, sin deseo de posesión.

3.2.7. La Belleza como viviente armonía y como fuerza

Una expresión que se repite abundantemente en las obras de Menéndez Pelayo es la *viviente armonía*, que junto al término *fuerza*, definen en buena medida dos caracteres esenciales de toda obra artística. Al escribir *viviente armonía* y *fuerza*, está haciendo alusión a tres componentes esenciales de la belleza:

El arte como transmisor de algo animado, verdadero y experiencia humana.

La belleza es portadora de la armonía viviente. Ambas, belleza y armonía residen en verdad, en la mente del artista. Intuimos que cuando Menéndez Pelayo escribe la palabra *mente*, se refiere a algo más integral que el mero pensamiento del artista, nos da a entender algo que nos habla de “los objetos del mundo físico, intelectual y moral, belleza que reside en la mente del artista, como un tipo ideal al cual ajusta sus creaciones”.⁴²⁸

Por otro lado en el Tratado de Estética, nos recuerda Menéndez Pelayo que ni el juicio ni el sentimiento deben confundirse con la idea de belleza,

“ésta existe en nosotros anterior a toda determinación concreta, sin que por esto pueda considerarse como tipo o modelo que vemos realizado y encarnado en los objetos”⁴²⁹

El concepto de modelo habría constituido un significado altamente reduccionista, ya que le quitaría a la belleza, la carga de vida que le corresponde a la existencia de la propia experiencia e intuición artística.

La fuerza es otra característica del buen arte. Hablar de la fuerza significa marcar la vida, de manera que en la Historia de las Ideas Estéticas, nos recuerda don Marcelino, que “la fuerza es siempre elemento estético aun prescindiendo de su aplicación y empleo”⁴³⁰

De hecho la fuerza, como comunicadora de la *viviente armonía* se convierte en principal elemento artístico, y quizá en *razón suprema de todos los grandes efectos de la poesía*.

⁴²⁸ BTE. III. 42

⁴²⁹ T.E.E. (OC. LXIII. 208).

⁴³⁰ HHE. IV. 255.

3.3. Filosofía del Arte

3.3.1. La filosofía del arte en general. Lectura de Menéndez Pelayo

3.3.1.1. Autonomía del arte. Arte y vida

El arte se basta a sí mismo para preservar la propia individualidad frente a los demás o frente a la colectividad, a la que de todas formas necesita en buena medida.

Esa cualidad de la autonomía le concede al arte tal categoría que no se puede confundir con la frivolidad de un pasatiempo. Podemos equivocarnos con la idea de que la actividad artística es un complemento en la vida del hombre, o en el mejor de los casos, una noble actividad. Menéndez Pelayo nos recuerda que es algo esencial, que preexiste en la mente del artista. Es la evocación del espíritu, porque el alma es la que crea el cuerpo.

Si bien el ser humano tiene ingenio para la realización de grandes obras, “no hay otro más excelso que el de crear una reproducción total y armónica de la vida”.⁴³¹

En el prólogo a su traducción de Shakespeare, Menéndez Pelayo nos recuerda que la condición que más acerca al hombre con el mismo Dios, es la potencialidad de creación de caracteres y fisonomías humanas, reales y vivas. Entre tantos matices, destacamos la cualidad de lo real, que don Marcelino asocia a la vida, a la fuerza, a la armonía. No se reduce entonces la labor del artista a una especie de ficción, imaginaria, arbitraria y antojosa, sino que es la manifestación del espíritu del artista, en cuanto capaz de crear la más grande experiencia humana, la vida.

La vida total y armónica, ya que la abstracción ideológica por sí misma, no puede ser materia del arte. Éste no vive de teoremas metafísicos ni en el otro extremo que coloca al realismo exterior y superficial. Este realismo tampoco es válido por ser superficial, fragmentario, sin unidad ni sentido, y en ocasiones deformado por determinados problemas del contemplador, y qué mayor problema que sus prejuicios acerca de la visión del mundo.

Cuando se crea, se contempla, se analiza, bajo este equilibrio, se realiza una verdadera “interpretación digna y adecuada del latente magisterio de la Naturaleza, que no es fea, ni inmoral, ni indiferente, sino espejo de las perfecciones supremas del Creador”.⁴³² Por tanto, el arte en lo que supone la invención de la forma, no puede quedar reducido a la categoría de pasatiempo, ni a pueril juego de la fantasía, expresado por la técnica. Es ante todo, -lo repite don Marcelino- la evocación del espíritu.

⁴³¹ OC. LXIV. 340.

⁴³² *Ibidem*.

El arte plástico, igual que la poesía, es obra mental, “psicología en acción, profunda y escudriñadora mirada sobre los misterios del alma”⁴³³

Así, el arte plástico se convierte en potencia, capaz de rehacer la unidad sintética del ser humano, produciendo la ilusión de la vida intelectual, física y moral a un tiempo. La figura corporal considerada de esta manera, no es sino una manifestación de la vida del espíritu.

El verdadero mundo del arte se encuentra en el campo de la vida, de la acción, del carácter, de lo individual. Notas que subrayan, ponen el acento en la expresión vital que le pertenece de manera constitutiva al arte y que para que no se reduzca a una expresión difusa, teórica, alejada de la experiencia, Menéndez Pelayo lo concreta bajo las manifestaciones reforzadas en aspectos o ámbitos muy significativos de la persona: lo individual, el carácter, la acción y la vida.

Don Marcelino hace una conclusión en otra obra (Historia de la Poesía Hispano Americana), afirmando que la labor de los poetas no es la simple recolección más o menos científica de ideas, sino la creación de formas vivas.

3.3.1.2. Arte y vida espiritual

En la experiencia del arte se da un presentimiento de naturaleza teológica, inspirado en la contemplación de la belleza, ésta nos transporta por tanto a la experiencia de lo divino.

Si se piensa en la religión en su significación más estricta, la relación entre ella y el arte surge espontánea. En la experiencia estética, concretamente en la percepción de las grandes obras de arte, hay una ruptura de dimensiones temporales y espaciales, apertura a perspectivas infinitas: es lo sacro del arte que se caracteriza por algo que atrae irresistiblemente e impone al mismo tiempo, el respeto y la distancia; fascinación y temor reverencial.

Menéndez Pelayo, en el prólogo a “Edipo”, de D. Fco. Martínez de la Rosa, afirma que hay una finalidad de origen religioso en el arte, que es la depuración moral, que tiene su origen en una purificación más noble, la purificación del espíritu, manifestada en ciertos personajes de reconocida experiencia mística, que han tenido una notable experiencia artística, motivada siempre en la vida espiritual.

En el Discurso homenaje a León XIII (1903), nos recuerda Menéndez Pelayo que la actividad artística poco tiene que ver con las quimeras del sueño, sino más bien con

⁴³³ *Ibidem.* 334.

un encanto que se encuentra en las “sanas y austeras realidades de la vida”, encanto que precisamente han de motivar y ayudar a descubrir los creadores del arte.

La misión del artista vuelve a ser levantar la vida a la categoría de lo ideal, y “poblarla de risueños fantasmas que serán para el hombre la más inofensiva y grata compañía que puede entrar en esta vida terrestre, tan dura y penosa aún para los que el mundo llama felices.”⁴³⁴

Menéndez Pelayo no niega la imaginación, más bien la propone como elemento fundamental para trabajos serios como la literatura e incluso la historia, o la misma crítica artística. La creación de situaciones y personajes que sorprenden al lector, lo que no acepta es la gratuidad grosera y arbitraria de novedades que se sitúan lejos de los elementos ideales de la vida.

La verdad, su expresión mediante el lenguaje y la vida espiritual, son realidades que Menéndez Pelayo señala en el discurso de contestación al P. Mir, en la Real Academia Española:

“la verdad , científicamente profesada, la intimidad solitaria con las ideas, tiene la escondida virtud de componer, de ordenar, de medir, de una manera grave, y por decirlo así, rítmica, las acciones, las palabras y hasta el gesto y el ademán de quien la profesa”⁴³⁵

El escribir conforme a la verdad, en función de lo que son las cosas es una obligación moral para el escritor. El artista es alguien que hace de la vida, su misión. Vida que cada día debe ser purificada y embellecida por tanto, para hacerle templo digno de las obras del espíritu.

El artista debe ser libre de las nieblas del apasionamiento. Sobre esta posibilidad, nos recuerda nuestro autor, que la vida ha de ser descubierta y manifestada, expresada.

3.3.1.3. El ideal de la sencillez en el arte

En el prólogo a las Obras Completas de Pereda (1884), Menéndez Pelayo hace una breve referencia a la importancia de la sencillez en el arte, fundamentando en la concepción de que las inteligencias superiores, *comprenden por menor número de ideas*.

⁴³⁴ OC. LXIII. 337.

⁴³⁵ CHL V. 25.

“conforme están más altas en la escala, comprenden por menor número de ideas, así en el arte es lo más bello lo menos complejo, y es lo más alto lo más próximo a la naturaleza simple y ruda”⁴³⁶

La idea de la simplicidad, de la sencillez que en pleno Renacimiento había unido a la ciencia con la belleza, y que viene a plantear que una ley científica será más creíble y más bella cuando esté en condiciones de explicar un fenómeno de la manera más simple posible, es decir con el menor número de proposiciones y leyes científicas. Confirma Menéndez Pelayo en otros momentos el ideal de la sencillez, en la Historia de las Ideas Estéticas, como “el ideal de la sencillez y pureza, que yo tengo por norma eterna del arte”.⁴³⁷

3.3.1.4. Idealismo y formalismo en el arte

Solemos llamar idealismo a las características de los sistemas metafísicos que sostiene que la realidad es mental o se explica mejor como idea, o bien afirman que el ser es idea. Se suele oponer al realismo y al materialismo, y en general a las diversas formas de empirismo.

Realismo, del latín *res*. Es la creencia de que existe un mundo externo que puede ser conocido. El realismo filosófico sostiene la existencia de un mundo real independiente del pensamiento y de la experiencia.

Al realismo se le opone el idealismo y el fenomenismo. Kant, a quien en buena parte sigue nuestro autor, se halla en una posición intermedia que combina el realismo empírico –los fenómenos son empíricamente reales-, con el idealismo trascendental,- la forma de los fenómenos se debe a la mente-.

El formalismo es la valoración preferente de la forma o de la estructura de algo frente a una menor valoración de lo que se considera su opuesto: el contenido o fondo, la sustancia o materia de un asunto o de una cosa.

Los tópicos que maneja Menéndez Pelayo cuando introduce las preocupaciones acerca de la idea y la forma en el arte son los siguientes: el fondo y la forma, el idealismo y el realismo, la excelencia de la poesía mística, la búsqueda de lo infinito, la originalidad poética, entre otros.

Idealismo y realismo son conceptos y realidades complementarias, puede ser que en aparente oposición o antinomia, pero en realidad delimitan un significado, desde su polaridad.

⁴³⁶ CHL. VI. 371.

⁴³⁷ HIE. VI. 393.

Lo real y lo ideal se disputan el dominio del arte

“inspirando alternativamente creaciones, al parecer opuestas, y es hoy lastimoso error, de sobra común, presentar como antitéticos y repulsivos entrambos términos, y aun interpretarlos falsa e inadecuadamente. En esa eterna disputa de realismo e idealismo, que ha sustituido a la antigua (no menos impertinente), de clásicos y románticos, se barajan las frases y se tuercen los conceptos, hasta el punto de llamarse realismo por algunos, a la seca, fría y grosera representación de los vicios y maldades humanas”⁴³⁸

Distinción y oposición tan arbitraria, a veces llamada por don Marcelino, distinción grosera, en cuanto que antojosamente se significa al realismo como a la reducción de la realidad a simples groserías, como si de un hallazgo morboso se tratara. En el otro extremo (idealismo), se tiende a presentar como general, lo que es *aberración y accidente*.

No se comprende el realismo sin un ideal bueno o malo a quien referirle, ni hay idealismo que no tenga algún fundamento en la realidad. En su torpeza, ambos extremos tienden a confundirse, de modo que el realismo enfermizo, en el fondo no es sino una *monstruosa idealización* y apoteosis del perverso estado social que se describe.

Menéndez Pelayo apunta entonces a la idea de la vida como algo que es y que es real; que por tanto no ha de ser expresada en virtud de los dos extremos:

“lo real es tan legítimo como lo ideal en el arte, pero ni uno ni otro caminan nunca, ni pueden caminar, aisladamente”⁴³⁹

Si apuntáramos hacia alguno de los dos supuestos polos o extremos, el realismo, a juicio de nuestro autor, nos llevaría a imitar a la escuela de la prosa del siglo XVIII, en la que los poemas descriptivos se conducen a modo de inventario, irónicamente reproduce: (nos llevarían) *al observatorio rústico de Salas o a los tratados de medicina en verso*.

En el otro extremo, el idealismo calificado como falso y necio y en multitud de ocasiones mencionado por Menéndez Pelayo como posición exagerada de quien desfigura la realidad convirtiéndola en el caso de la literatura, en “poesía bucólica de pastorcitos atildados y discretas zagalas o la tragedia francesa de alto coturno, estirada

⁴³⁸ CHL VI. 332.

⁴³⁹ *Ibidem*.

y rígida, sentenciosa y grave, cuyos personajes a ninguna época ni estado social pertenecen”.⁴⁴⁰

La categoría o significación de idealismo y realismo debe aplicarse en el ámbito científico y no por tanto en la realidad estética. En la realidad de la ciencia, es cómoda su aplicación en casos particulares, aunque tampoco es conveniente el desarrollo desproporcionado de dicha polaridad. Como idea heredada del gran maestro Milá, el arte para Menéndez Pelayo consiste en ver lo ideal en el seno de lo real: es la realidad idealizada. Como ilustración, coloca nuestro autor, al Sancho cervantesco, personaje tan real que nos parece que casi podemos conversar con él, siendo aún con esto, la *idealización poderosa y admirable del espíritu humano*.

Concluimos diciendo que el idealismo es tan racional, tan real, tan lógico y tan indestructible como el realismo, puesto que uno y otro van encerrados en el concepto de la forma artística, la cual no es otra cosa que una interpretación de la verdad oculta bajo las formas reales.

Gracias al arte, todos los elementos de la realidad se transforman y hasta los personajes que aparecerían en la vida real como insignificantes, quedan transformados, engrandeciéndose al pasar por el tamiz del arte, *sin dejar de ser individuos, rara vez dejan de tener algo de simbólico*.

3.3.1.5. Arte y moral

El arte es el resultado, el producto, la consecuencia del hacer social, de la manera de entender y vivir una determinada forma. De aquí que el arte como creación humana es desde luego un producto natural, correspondiente a la naturaleza humana. No es un añadido; su manifestación es expresión de cualquiera de las dimensiones humanas. De ahí que “ninguna sociedad alcanza nunca más alta filosofía ni más peregrino arte que el que ella se merece y de su propia sustancia produce”.⁴⁴¹

De todo lo dicho, podemos enunciar con Menéndez Pelayo, que no es el arte, el que corrompe a la sociedad, sino que es ésta la que está en condiciones de corromper al arte, por ser producto suyo.

Podemos afirmar que arte y belleza por tanto no son en sí sujetos morales, no son susceptibles de ser valorados en el sentido de la aprobación o reprobación, sino que son expresión del verdadero sujeto moral, el ser humano. El arte por el arte, como doctrina que defiende nuestro autor, ligeramente tamizada de la doctrina *l'art pour l'art* francés supone “combatir el arte malamente aplicado. El arte puro, el arte por el

⁴⁴⁰ *Ibidem*.

⁴⁴¹ HHE. V. 29.

arte, es siempre bueno o a lo menos inocente y sano. Todos los descarríos proceden de sacar al arte de su templo y arrastrarle por las plazas”.⁴⁴²

La concepción del arte por el arte le lleva a Menéndez Pelayo a entender que el fin de la novela no es acometer intencionadamente finalidades que estén fuera de su naturaleza, como la enseñanza, menos aún la enseñanza del mal. La belleza, fin propio del artista, no debe estar condicionada por objetos ajenos que desnaturalizarían la obra

“la novela que no es su fin enseñar y mucho menos enseñar el mal y recordando que ella, como toda creación artística, debe realizar, en el modo y formas que le son propios, la belleza, reconozca a la par que esta purísima idea está unida con las de verdad y bien”⁴⁴³

La novela por tanto no puede ser en esencia obra didáctica moral, es ante todo obra de arte. Desde este principio de la búsqueda de la belleza, y sin interrumpirla, sino más bien iluminando y dando pistas, expresando, complementando, podrá incluir elementos morales que iluminen y concreten su argumento y no al revés.

El arte por la moral, el arte por el bien, son fórmulas que enajenan la actividad, la creatividad propia del artista. Con demasiada frecuencia se nos olvida que el fin último y remoto de la obra de arte, y en el fondo de cualquier obra humana, se corresponde con el fin último y superior al hombre, si bien su fin inmediato no es otro que la producción de la belleza. A veces pensamos y decimos que la vida entendida como fenómeno único e integral es puro arte; que vivir es un arte.

El juicio ético y el estético pueden diferir y de hecho difieren, aunque no esencialmente en la apreciación de una misma obra, por atender la ética solamente a la bondad intrínseca, y no tener en cuenta los elementos formales que tanto importan en la consideración estética.

Menéndez Pelayo encuentra que son falsas las ideas tomadas como lugares comunes en este ámbito que nos ocupa,-el arte y la moral-, y que buscando lo bueno, encontrarás lo bello, aunque admitimos que desde el comienzo de la filosofía occidental así se afirma. Sin embargo es verdad estética muy básica, que “los géneros puros y libres del arte valen más estéticamente que los géneros aplicados y mixtos”.⁴⁴⁴

En el fondo, el pesar de Don Marcelino se encuentra en no admitir que el arte, y por lo tanto la actividad estética humana se vea menoscabada en una especie de adoctrinamiento moral, o de cualquier otro tipo, que al final no le conviene ni al propio

⁴⁴² Carta a J.M.Pereda. 1877. Epistolario. VIII.

⁴⁴³ ON. IV. 266.

⁴⁴⁴ HIE. IV. 289.

arte, pues terminaría creando una antipatía hacia él; ni a la propia moral, ya que al convertirla o reducirla a moral de segunda clase, perdería buena parte de su esencia. Cuando Menéndez Pelayo se refiere a los géneros puros, desea defender la idea de que no debemos dejarnos vencer por ideas puritanas que rebajen o disuelvan la calidad artística y sin embargo sí que debemos explotar la potencia que nos ofrecen las diferentes artes para comunicar la vida en sus infinitas posibilidades.

No es por tanto creativo cultivar el arte, no por la propia capacidad del mismo de comunicar su belleza, sino para otros fines distintos. En este caso en palabras de nuestro autor:

“son malos hombres, porque contradicen a un precepto ético, y son malos artistas, porque todavía no han comprendido, semejantes en esto sólo al P. Jungmann, que el arte puede ser fin inmediato de sí mismo, sin dirigirse a la voluntad ni a los sentidos”⁴⁴⁵

En otras obras de contenido no explícitamente estético, Menéndez Pelayo refuerza esta idea de la autonomía del arte frente a la moral. Así por ejemplo en la Biblioteca de Traductores Españoles expresa:

“una colección de máximas morales y políticas es cosa muy laudable y muy útil, pero no es poesía”⁴⁴⁶

Una buena parte de la reflexión acerca del arte y la moral, la dedica Don Marcelino, al estudio de la relación entre el naturalismo y la moral.

De forma breve, recordamos que el naturalismo es la tendencia a reducirlo todo a explicaciones de tipo científico. Suele ser considerado como criterio epistemológico, el punto de vista reduccionista que afirma que las cosas se explican por sus causas y principios naturales y que nada está por encima de la naturaleza. En general el naturalismo tiende a eliminar toda clase de entidades superiores a la naturaleza, o distantes a ella, como no naturales, no aceptables.

En ética, entendemos estrictamente que el naturalismo es la afirmación de que todo enunciado ético o juicio de valor es un enunciado reducible a un enunciado de hecho o empírico. Menéndez Pelayo desde luego no defiende los postulados naturalistas, por reduccionistas. En algún sentido han sido adelantadas opiniones suyas acerca del dogmatismo de ciertas posturas extremas, como el cientificismo, el idealismo, el realismo, y otras:

⁴⁴⁵ *Ibidem.* 291.

⁴⁴⁶ BTE. IV. 145.

“el raudal de la barbarie naturalista y efectista que después de todo, no es más que una de tantas plagas con que la justicia divina visita a los siglos y a las razas degeneradas, que pierden hasta el instinto de lo bello al perder el de lo verdadero y de lo bueno...”⁴⁴⁷

Para Menéndez Pelayo la experiencia humana no es reducible a una serie de observaciones, predicciones, objetividades, más bien, la observación de los hechos humanos, nos invitan a constatar el misterio humano que convierte en impredecible su acción, y esto mismo es lo que ha de reflejar el arte. En cambio estamos errados cuando buscamos lo particular...

“... lo mudable, la aberración, el accidente; sustituir el interés de la curiosidad y el golpe mecánico y brutal del efecto al desarrollo lógico, con ser errátil, de la pasión humana; creer que el arte acaba en el conflicto y en el problema moral, cuando precisamente allí empieza”⁴⁴⁸

En definitiva, para nuestro autor, la ciencia ha de humanizarse, y esto no significa otra cosa que la adopción de una postura de modestia, que le haga reconocer que los acontecimientos humanos no se pueden reducir a típicas explicaciones pseudo-científicas. Que las causas y principios naturales se nos escapan desde un punto de vista marcadamente objetivo, es decir que los enunciados de valor no pueden reducirse a enunciados de hecho. Atentan contra la humanización del arte, actitudes que Don Marcelino resume con los títulos de mojigatería, empalagosidad, y la prohibición. Veremos de forma rápida algunos comentarios acerca de por qué son contraproducentes para el arte.

De forma extremadamente crítica ridiculiza la actitud de quien se escandaliza por todo:

“digan lo quieran los fautores de ridículas leyendas, aquella censura (de la Inquisición de nuestro teatro) era casi envidiable, comparada con la censura laica e incompetente que hoy suelen ejercer improvisados moralistas en las columnas de los llamados periódicos católicos”⁴⁴⁹

Acerca del empalago, ha escrito Don Marcelino, bastantes reflexiones, algunas en el contexto de sus comentarios sobre la buena y la pobre poesía mística:

⁴⁴⁷ CHL. IV. 268.

⁴⁴⁸ *Ibidem*.

⁴⁴⁹ CHL. II. 323.

“cuando leo ciertas poesías modernas con pretensión de místicas, me indigna más la falsa devoción del autor que la abierta incredulidad de otros”⁴⁵⁰

Es noble reconocer que Menéndez Pelayo no pretende ninguna forma de adoctrinamiento moral, a pesar de su autorreconocido *catolicismo a machamartillo*. La idea de libertad está muy clara, como medio y fundamento de la experiencia de los valores; idea que, impregnando sus convicciones, no permitirá que el sentimiento artístico, la experiencia estética se vea en ningún caso, condicionada por ninguna forma de prohibición.

En cualquier época de la historia, no ha existido mejor propaganda para la difusión de una idea, que la prohibición de su divulgación. Hoy mejor que nunca, en pleno siglo XXI vemos que esto es así, y este fenómeno ocurre siempre en forma directamente proporcional a la cantidad e intensidad de medios de comunicación, y de recursos culturales disponibles.

Menéndez Pelayo tiene siempre claras estas nociones; entre algunos de sus juicios dispersos en su ingente obra, destacamos los siguientes:

“las prohibiciones inquisitoriales eran (a finales del siglo XVIII) doble incentivo y a veces el único para que se leyera un libro”⁴⁵¹

De una manera más próxima, en el lugar y en el tiempo, afirma algo similar acerca de la obra de su entrañable amigo J.M. Pereda

“yo no admito que el Sr. Pereda se haya propuesto en esta novela probar nada, (es demasiado artista para eso)”⁴⁵²

Menéndez Pelayo defiende por tanto la separación de los géneros literarios, de las artes; una obra literaria no puede ser lo mismo que un Manual de Estadística. En palabras de nuestro autor:

“una novela no es obra dogmática ni ha de ser juzgada con el mismo rigor que un tratado de Teología”⁴⁵³

Concluimos esta breve reflexión sobre la visión de Menéndez Pelayo sobre el arte y la moral, recordando que una de las preocupaciones, ya mencionadas, es la creación de la obra artística, libre de otras intenciones, otros condicionamientos que atrapen su propia naturaleza, como la finalidad moralizante. Hay muchas maneras de

⁴⁵⁰ CHL. II. 74.

⁴⁵¹ HIE. V. 309.

⁴⁵² CHL. VI. 365.

⁴⁵³ CHL. V. 95

moralizar, piensa Don Marcelino, muchas posibilidades de decir las cosas, pero en ningún caso conviene sacrificar la frescura y el buen hacer de una obra literaria, con esta clase de objetivos.

3.3.1.6. Intuición artística e intuición filosófica

Pensar sobre la intuición artística significa referirse a la figura del genio. Alguien capaz de intuir por gracia especial, aquello que en un momento dado manifiesta la naturaleza, entendiendo en ésta, todo lo relativo a los seres humanos. El genio tiene como caracteres, la fuerza de asimilación y de condensación.

La intuición, en un sentido general suele entenderse como el presentimiento que alguien se atribuye cuando dice saber algo, sin ser consciente de las razones por las que conoce una determinada cosa o hecho. En el sentido estricto, filosófico, se define como un conocimiento inmediato en el que el objeto conocido es captado directamente por la facultad correspondiente, ya sea la sensibilidad o el entendimiento. Hablamos así de un conocimiento intuitivo sensible, o de un posible conocimiento de carácter intelectual de un principio. La intuición elimina todo tipo de proceso o elemento intermedio entre el sujeto que conoce y el objeto conocido.

Menéndez Pelayo, fiel seguidor entre muchos pensadores, de Kant, hereda de éste buena parte de la doctrina sobre la intuición.

Para nuestro autor, “los grandes ingenios poseen el don de ver con claridad, y en una intuición rápida, lo que los otros hombres no alcanzan sino por un laborioso esfuerzo intelectual”⁴⁵⁴

Se refiere no solamente a los genios que cultivaron el arte de la literatura, sino a los que se desempeñaron como tales en otras artes; explicando esta originalidad como gracia que Dios concede a determinados espíritus.

“(La intuición)... facultad de descubrir lo universal que reconocemos en el artista como cualidad principalísima suya”⁴⁵⁵

Tiene un componente divino; le es fundamental al artista la divina intuición del arte. Se trata de un talento inspirado directamente por una fuerza extrahumana sin la cual el perseguido arte no sería sino industria.

Por otro lado, la intuición, referida al arte, no tiene como objeto *altas verdades científicas*, sino la captación de la forma, como recoge Falconet la idea de que el arte

⁴⁵⁴ HIE. II. 265

⁴⁵⁵ La Historia considerada como obra artística. CHL.VII.14

es el resumen de lo bello real, o nos recuerda Schelgel, que el artista lo es en cuanto que se apropia de las leyes de la naturaleza.

En la Historia de las Ideas Estéticas, introduce este problema, Don Marcelino, recordando que “la intuición de la verdad pura, si tal intuición fuera posible, sería propia del genio filosófico, en ninguna manera del genio artístico, cuyo dominio son las formas. Es una aprensión absurda, y que importa desarraigar, la de que la ciencia puede adquirirse que por otro camino que por los procedimientos de la ciencia misma”.⁴⁵⁶

Intuición de las formas, -intuición artística- e intuición de las verdades, - intuición filosófica- e incluso la intuición científica, entendidas como maneras de conocimiento, son inseparables. El hombre que hay detrás de este tipo de operaciones que nos proporcionan nuestras facultades, es siempre el mismo personaje en su versión artística, filosófica o racional,

“... Dante y Goethe eran a la vez poetas y hombres de ciencia, de los mayores de su respectivo tiempo; pero no eran poetas por su ciencia, ni científicos por su poesía, sino que en ellos, por raro caso, se habían juntado dos aptitudes distintas que se ayudaban maravillosamente”⁴⁵⁷

En la exposición sobre Calderón y su teatro, publicado en 1881, nos recuerda Menéndez Pelayo que la forma concreta precede siempre a la ideal y pura, en cualquier clase de entendimiento artístico. Para nuestro autor, lo que ocurrió en el caso de Calderón fue la concreción humana en la propia vida, y solamente muchos años después le dio la forma alegórica propia de drama sacramental a “La Vida es sueño”.

He ahí la diferencia, la distinción entre la manera de ver del artista y la del hombre vulgar; éste sólo aprecia las cosas entre sombras y figuras; sin embargo el filósofo llega a la médula de las cosas, por procedimientos discursivos con el fin de acceder a lo más esencial y recóndito de ella.

De este modo se expresa que los grandes personajes creados por el arte, toman una vida mucho más palpitante y llena de contenido, que la mayor parte de los *seres pálidos y borrosos que vemos por el mundo*.

El arte por tanto es capaz de dotar y descubrir la vida con un tono especial, gracias a una serie de procedimientos que si bien están alejados de los propios de la ciencia, siguen un método que obedece a la mejor especulación ontológica, aquel lugar

⁴⁵⁶ HIE. II. 265

⁴⁵⁷ *Ibidem*. 266.

“donde la verdad y la belleza son una misma cosa, aunque racionalmente todavía no se distinguen”⁴⁵⁸

En el mundo de las sombras, en cambio, una cosa es el artista y otra el filósofo; más alejado aún de estos se encuentra el autor de ciencia, de trabajos estadísticos, demográficos y sanitarios, *lo que en nuestros días llamaríamos el (trabajo del) sociólogo.*

¿En qué consiste en resumen la intuición del artista? Pues en iluminar con media luz a los objetos, a la vida, a los acontecimientos, de manera que esa forma cualitativamente escasa de iluminación, atrape las partes precisas para que la percepción trabaje de forma artística, intuyendo la intención expresiva del autor.

3.3.1.7. Arte y voluntad. La libertad artística

Algo ya se ha mencionado en el apartado sobre el arte y la moral. Menéndez Pelayo abunda en un conjunto de ideas como: el carácter dinámico del arte, los sistemas estéticos y la libertad literaria, las reglas técnicas y mecánicas, el límite superior del arte; el aliento divino que inspira las obras de arte, la insuficiencia de reglas y decretos para instrumentalizar las artes. Como muchos de los conceptos referidos a la libertad artística, ya están mencionados, haremos una breve referencia.

Las obras en las que se menciona especialmente esta temática son su Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, titulado “La historia considerada como obra artística”, y la Historia de las Ideas Estéticas, en las primeras páginas de su tercer volumen.

Menéndez Pelayo sigue a Hegel, admitiendo con él que el arte tiene carácter dinámico. Ese dinamismo es un signo de fuerza serena y reposada, o bien de fuerza en movimiento. El autor, el artista, se impone a la realidad, gracias a estas fuerzas, que tienen su origen en la energía de la voluntad. Esta fuerza, esta energía son expresadas gracias a las posibilidades del arte.

“en la energía de la voluntad, exteriormente manifestada, yace la raíz de las mayores grandezas estéticas”⁴⁵⁹

Acompaña a la idea de estética, y a la de sistema estético, la noción de libertad; el conjunto de reglas técnicas y mecánicas no pueden ser sino meros elementos de ayuda que jamás han de convertirse en finalidades del autor. Además, como tales reglas no pueden tener el carácter de absoluto.

⁴⁵⁸ CHL. VI.347

⁴⁵⁹ *Ibidem*.VII.13

“todo sistema estético propenderá siempre a la libertad literaria, al paso que todo conjunto de reglas técnicas y mecánicas propenderá siempre a coartarla y a decirla: “no pasarás más allá”⁴⁶⁰

3.3.1.8. Lo sugerente y lo inefable en el arte

Siempre hay algo en el arte, que se escapa a las miradas de pretensión objetiva; ya procedan del contemplador, del crítico, o del propio artista. Lo que agrada en el arte es esa impresión de misterio que hace que los personajes expresen un fondo inaccesible, quedando como

“...algo simbólico y misterioso, entrevisto en el crepúsculo de la poesía, que adivina tales naturalezas más bien que las penetra”⁴⁶¹

Se origina un diálogo entre el lector y el artista, que hace que en el caso de la literatura, se produzca una nueva tarea: adivinar las naturalezas, intuir las integralmente, más que entenderlas.

Una manifestación de esta propiedad es el caso del “Quijote”, que es obra de genio, porque “sugiere más de lo que expresamente dice, son posibles esas interpretaciones que a nadie se le ocurre aplicar a las obras del talento reflexivo y de la medianía laboriosa”.⁴⁶²

El contemplador, lector, visualizador presente, aunque sea de manera oscura, que en la obra de los genios queda siempre una región que Menéndez Pelayo llama confusa, y que quizá reconoce también, fue tal para el propio autor. Esta característica de lo inefable es constitutiva de la obra artística y es tarea estética, penetrar en ella e ir adivinando e intuyendo alguno de los misterios de la concepción artística. Tarea que le corresponde como acabamos de mencionar, a cada uno de los sujetos comprometidos en la obra artística: artista, contemplador y crítico.

Si esta intuición, o intención de captar las esencias artísticas, es realizada con falta de sentimiento estético, “o de la debida preparación histórica, o por influjo de ideas y pasiones extrañas a la contemplación desinteresada de la belleza, se juzga mal y torcidamente de la obra de arte, aun este mismo juicio erróneo o incompleto será erróneo o incompleto será un tributo a la gloria del artista creador que acierta a

⁴⁶⁰ HIE. III. 12.

⁴⁶¹ CHL. VI. 380.

⁴⁶² CHL. I. 312.

interesar y apasionar con su libro aun a los espíritus más alejados de la pura fruición de lo bello”.⁴⁶³

Aún así, la obra artística gozará de la gloria que se deriva de la torpeza en que con frecuencia y con los defectos mencionados, el creador del arte ha de asumir aun en silencio o con una crítica mediocre, la recreación permanente de su obra. De este modo, será capaz él y su obra, de interesar y apasionar también a los espíritus que por diversos motivos no frecuentaron el mundo de las artes.

La propiedad de inefabilidad sólo puede ser concretada por medio de un arte que intente buscar la verdad, o en el extremo opuesto, “suponer que cierta vaga, egoísta y malsana contemplación de un fantasma metafísico que se decora con el nombre de belleza, pueda ser norma de vida ni ocupación digna de un ser inteligente”.⁴⁶⁴

Este tipo de actitudes respecto del arte, tergiversan de manera sectaria su propia naturaleza, y por tanto en ningún caso pueden convertirse en criterio estético, ni siquiera en contenido inteligente.

Corre el peligro de que el arte se tome como un vulgar juego, sin valor ni consistencia:

“cierto es que las formas bellas tienen valor por sí mismas y lo tienen también por su rareza, puesto que son tan fugaces las apariciones con que recrean la mente de los humanos; pero su propia excelencia intrínseca no se concibe sin el sello del ideal que llevan estampado, puesto que meras combinaciones de líneas de colores, de sonidos musicales o de palabras sometidas a la ley del ritmo, serán un material artístico muerto”⁴⁶⁵

3.3.1.9. Lo sublime

Lo sublime se expresa como una experiencia estética, diferente de la experiencia de lo bello. Implica un sentimiento asociado a actitudes, formas artísticas y literarias, grandiosas, excelsas o muy elevadas. Dicho concepto aparece ligado a la noción de entusiasmo y a la locura buena en Platón⁴⁶⁶ cuando se refiere a la relación

⁴⁶³ CHL. I. 312.

⁴⁶⁴ CHL. III. 369.

⁴⁶⁵ *Ibíd.* 370.

⁴⁶⁶ En Fedro, de Platón, 244^a (Orbis, Barcelona 1983.312) se narra:

“pero hay un tercer estado de posesión y de locura procedente de las Musas, que al apoderarse de un alma tierna y virginal, la despierta y llena de un báquico transporte tanto en los cantos como en los restantes géneros poéticos, y que celebrando los mil hechos de los antiguos, educa a la posteridad. Pues

entre la locura y la inspiración de las musas, aclarando el autor, la vinculación entre la buena locura, el entusiasmo y la preexistencia de las almas.

La noción de lo sublime la encontramos explicitada en un texto del siglo I, titulado “acerca de lo sublime”, según esta obra clásica, lo sublime procede, bien debido a la nobleza de las acciones, de aquellas que comportan un enorme sacrificio, o bien de cierta fuerza del discurso que es capaz de elevar el alma.

En general lo sublime se asocia a ciertas manifestaciones de la belleza artística, aunque en mayor medida a la grandeza de la naturaleza, o al comportamiento moral completamente íntegro. En cualquier caso, según esta concepción, lo sublime en el ámbito literario no depende tanto del seguimiento de unas reglas formales como de la libre expresión de aquella locura interior de la que hablaba Platón.

En Aristóteles (Poética 14, 1453b), la relación entre lo bello y lo sublime ya estaba implícita, pues para él la tragedia engendra una forma de placer que nace de la piedad y del terror de las situaciones que presenta, así a la asociación con el placer, se le une la que lo empareja con ciertas formas de angustia o de terror.

Importante es el tratamiento que efectúa Kant de este concepto, que estudió fundamentalmente en dos textos: en *Lo bello y lo sublime*, en el que reproduce en buena parte los argumentos de Burke, y en la *Crítica del juicio*, donde trata con más rigor esta cuestión y la aproxima a su filosofía trascendental.

Para Kant, lo sublime tiene dos componentes distintos que dan lugar a dos formas distintas: lo sublime matemático, basado en la aprehensión de una magnitud desmesurada, que se encuentra más allá de las proporciones de la sensibilidad humana, y lo sublime dinámico, que procede de una potencia aterradora. En ambos casos, el sentimiento de poder superar esta desproporción y el poder trascenderla es lo que provoca el gozo asociado a lo sublime.⁴⁶⁷

Menéndez Pelayo acepta en rasgos generales la concepción de lo sublime de Kant, y en el Tratado Elemental de Estética, afirma:

aquél que sin locura de las Musas llegue a las puertas de la poesía, convencido de que por los recursos del arte habrá de ser un poeta eminente, será uno imperfecto, y su creación poética, la de un hombre cuerdo, quedará oscurecida por la de los enloquecidos”

⁴⁶⁷ “sublime es lo que sólo porque se puede pensar, demuestra una facultad del espíritu que supera toda medida de los sentidos...lo sublime consiste sólo en la relación en la cual lo sensible, en la representación de la naturaleza es juzgado como propio para un uso posible suprasensible del mismo... puede describirse así lo sublime: es un objeto (de la naturaleza), cuya representación determina el espíritu a pensar la inaccesibilidad de la naturaleza como exposición de ideas. Kant, *Crítica del Juicio*. Espasa Calpe. Madrid. 1981. 2º edición. p. 152 y ss.

“el juicio de lo sublime afirma la ilimitada grandeza del objeto, concepto superior a la realidad, y sólo en cuanto formamos este concepto podemos juzgar que el objeto es sublime”⁴⁶⁸

Explicando a continuación la noción kantiana del mismo concepto desde la bipolaridad placer-dolor:

“el sentimiento de lo sublime es mixto de placer y dolor, aunque definitivamente placentero. Procede el sentimiento doloroso de que la grandeza que nosotros juzgamos ilimitada, del objeto, supera y ahoga nuestra capacidad de perfección. Pero la admiración producida en nosotros por la grandeza del objeto engendra un sentimiento de placer que vence en último término a la impresión dolorosa antecedente”⁴⁶⁹

Para Kant, sin embargo, no existen objetos sublimes, pues a diferencia de lo bello, que se halla en el objeto como cualidad, lo sublime se encuentra en el sujeto, en su aprehensión. En este sentido, es un acercamiento no conceptual sino emotivo, al mundo nouménico. Por medio de lo sublime, el sujeto accede a los más grandes sentimientos espirituales que son manifestación del carácter libre del hombre frente a la naturaleza, por grandiosa que ésta se nos presente. Nuestra capacidad racional es capaz de sobreponerse a los actos o situaciones que engendran el sentimiento de lo sublime, nos manifiestan nuestros propios límites, nuestra capacidad racional se sobrepone a ellos, siente su superioridad y desvela nuestro destino como seres morales.⁴⁷⁰

En obras de cierta madurez, como los Ensayos de Crítica Histórica y Literaria, Menéndez Pelayo aclara que lo sublime no es siempre perfecto y que lo perfecto no necesariamente es sublime. Lo afirma a partir de la crítica que realiza Quintana⁴⁷¹ a

⁴⁶⁸ T.E.E. (OC. LXIII.) 208.

⁴⁶⁹ *Ibidem*

⁴⁷⁰ En la Crítica del Juicio, Kant establece una serie de definiciones y matizaciones acerca de lo sublime, de las que destacamos las siguientes ideas, al respecto del asunto que nos ocupa:

“cuando llamamos a una cosa, no solamente grande, sino grande de todos modos, absolutamente, en todo respecto (sobre toda comparación), es decir, sublime, se ve en seguida que no consentimos en busca para ella, fuera de ella, una medida que le convenga, sino sólo consentimos en buscarla dentro de ella.

Es una magnitud que sólo a sí misma es igual. De aquí se colige que se ha de buscar lo sublime, no en las cosas de la naturaleza, sino solamente en nuestras ideas, determinar, empero, en cuál de ellas se encuentra, debemos dejarlo para la deducción... sublime es aquello en comparación con lo cual toda otra cosa es pequeña...por lo tanto ha de llamarse sublime, no el objeto, sino la disposición del espíritu, mediante una cierta representación que ocupa el juicio reflexionante.

Podemos, pues, añadir a las anteriores formas de la definición de lo sublime esta más: “sublime es lo que, sólo porque se puede pensar, demuestra una facultad del espíritu que supera toda medida de los sentidos”. Crítica del Juicio. Espasa Calpe. Madrid. 1981.2 edic. 151.

⁴⁷¹ Manuel José Quintana. (1772-1857). Poeta y patriota español. Estudió Derecho y ejerció como abogado en Madrid antes de las Guerras Napoleónicas. La poesía neoclásica de Quintana es

Lope de Vega, crítica sobrevenida al confundir lo bueno o lo sublime que puede darse en todos los géneros y escuelas, y que

“le comprendía tan mal (Quintana, al teatro), y le sentía tan poco, que llegó a escribir que “de los centenares de comedias de Lope apenas habrá una que pueda llamarse buena”, confundiendo sin duda lo bueno y aun lo sublime que puede darse en todos los géneros y escuelas, y que a cada paso se da, con asombrosa fertilidad, en Lope, con lo regular y acabado, que es una perfección de género distinto, ni mayor ni menor...”⁴⁷²

3.3.2. Conceptos varios sobre arte

3.3.2.1. Lo perenne y lo efímero

Las formas bellas poseen la cualidad de la universalidad y esto a su vez supone la perennidad⁴⁷³ en el tiempo. No hay sistema filosófico que pueda arrasar las formas artísticas, *la luz pura de la belleza*, en palabras de Menéndez Pelayo:

“aunque la Venus⁴⁷⁴ Urana descienda al sepulcro, surgirá siempre tan hermosa y radiante como al principio. No hay preocupación, ni sistema, ni escolástica que resista a la pura luz de la belleza”⁴⁷⁵

La vitalidad de las escuelas por muy grande que sea, acaba agotándose. Hay una degeneración en un momento dado, que se produce cuando sus miembros se convierten en sectarios. Encerrados en sus propias doctrinas, sin ventilación intelectual posible.

absolutamente tradicional. Empleaba la oda para exponer las virtudes del patriotismo y del liberalismo. Aunque su vida transcurrió durante el periodo romántico, en su poesía no se aprecia la influencia de este movimiento. Escribió biografías de españoles ilustres y dos importantes volúmenes de crítica literaria.

⁴⁷² CHL. IV. 239.

⁴⁷³ En la historia de la filosofía, ya Spinoza había hecho suya la expresión “philosophia perennis” representada por la pervivencia de los grandes temas de la filosofía, sobre todo antigua y medieval. Idea defendida también por Serra Húnter siguiendo una línea de pensamiento catalán iniciada por Llorens y Barba, de quien fue su discípulo y continuador. Por esto, no es casualidad que el propio Menéndez Pelayo, introduzca en su reflexión, abundantes referencias a lo perenne en el pensamiento.

De alguna manera la philosophia perennis se apoya o confirma en la idea de que es posible realizar una síntesis entre racionalismo y empirismo, colocando en la cúspide de la filosofía, a la teología racional que permite el conocimiento de Dios, condición de toda verdad, garantía de la posibilidad de la filosofía perenne.

⁴⁷⁴ Menéndez Pelayo hace referencia a Venus; en la mitología romana, diosa de los jardines y de los campos, Afrodita, diosa griega del amor y la belleza. Venus Genetrix, venerada en la época imperial con la madre del héroe Eneas, fundador del pueblo romano.

⁴⁷⁵ CE. II. 110.

El efecto es que cualquier forma de expresión se convierte en fórmula vacía, llegando al amaneramiento científico, igualmente tedioso que *el artificialismo y el remedo filosófico*. Son indicadores que nos avisan de que un determinado pensamiento ha dado de sí todo lo que podía y son precisos otro tipo de recursos y de completamiento de datos, para dar cuerpo a un determinado sistema; un cambio de rumbo que refresque los conocimientos y las maneras del hacer filosófico y literario.

“a la larga todo se convierte en fórmula vacía, y llega a repetirse mecánicamente como una lección aprendida de coro. Entonces se cae en el amaneramiento científico, hermano gemelo del amaneramiento literario. Es señal cierta de que aquel modo de pensar ha dado de sí cuanto podía dar”⁴⁷⁶

También nos acerca a una pista en la Antología de Poetas Líricos Castellanos, en torno al ajuste de las ideas a la historia política. No es posible la conciliación de las ideas, ni a la historia de la política, ni a cualquier acontecimiento coyuntural, por muy fundamental e influyente que pareciera, en un determinado momento histórico. Y además ha de ser así, en cuanto que el arte es mucho más universal que los eventos, opiniones y circunstancias con los que se va construyendo la historia universal, y en concreto la historia del pensamiento.

El arte por tanto es incondicionado, y solamente se sujeta a los atributos humanos, condición de perennidad para la existencia humana. Don Marcelino presenta este tópico como casi siempre, de una manera parabólica y desenfadada, sin perder por ello profundidad:

“no maduran todos los frutos a un tiempo, ni las peculiares evoluciones del arte se ajustan siempre con estricto rigor a la cronología política, por más que remota e indirectamente nunca dejen de enlazarse con ella”⁴⁷⁷

3.3.2.2. La polaridad: individual-colectivo en la obra de arte

Es verdad que el arte en su manifestación histórica, no se concibe aislado del medio social, ni puede estudiarse de forma independiente de los demás órdenes de la vida, pero “en lo más profundo de su esencia, en lo más sustantivo, en lo que le hace y constituye obra bella, el arte cumple las leyes de su propio interno desarrollo y se emancipa en gran parte de las transitorias combinaciones políticas.”⁴⁷⁸

⁴⁷⁶ HIE. II. 62

⁴⁷⁷ APL. III. 14

⁴⁷⁸ HIE. V. 313

Sus relaciones con el estado social y con el espíritu dominante son reales, pero también muy complejas y muy difíciles de reducir a fórmulas generales y universales, *breves y expeditas*.

Interesante esta reflexión sobre lo individual y lo colectivo en el arte, que Menéndez Pelayo resuelve admitiendo los dos ámbitos de la realidad artística, pero dando primacía al carácter personal. Lo manifiesta con estas sencillas palabras: *la obra de arte, antes que colectiva, es individual*.

Don Marcelino, había afirmado el carácter primariamente individual para cualquier obra humana, ya sea científica, filosófica o artística:

“Lo que hay de individual en la obra científica, como en la artística, no obsta de ninguna manera a lo que hay de exterior, de involuntario, de obligado, por las condiciones en que el espíritu se mueve”⁴⁷⁹

Además, el contexto conformado por el ámbito social, la lengua, la religión, en general todo lo que podríamos llamar cultura, influyen de una manera mucho más fuerte al arte, que a la ciencia, por el carácter humanístico esencial que le corresponde de manera permanente a aquél.

Entonces, el arte es privilegio y virtud de uno solo, a quien por tanta excelencia llamamos artista. En cualquier actividad humanística como el cultivo de las letras, de las ciencias, de las artes en general, el ser humano participa de una corriente de la que no siempre es consciente, se aprovecha, la vive. Aún así el carácter genial, creador, destacado o eminente le queda siempre al individuo, origen de su propia creación.

3.3.2.3. Arte y técnica

Tradicionalmente el término griego τέχνη, se traducía también por el término latino ars (arte). Desde Aristóteles, tanto la técnica como el arte, formaban parte del saber poético o productivo, por oposición tanto al saber teórico o contemplativo, que no modifica su objeto, como por oposición al saber práctico, que articula las acciones humanas (en la ética y en la política) con el fin de conseguir la perfección o la felicidad.

Con esta reducción de la técnica al ámbito de lo meramente productivo, en el contexto de la escala de los valores de la filosofía griega, la técnica quedaba descalificada tanto ética como epistemológicamente.

⁴⁷⁹ HIE. III. 443.

Por otra parte, la distinción del significado de los términos técnica y arte, sólo se ha ido forjando en los últimos siglos, especialmente a partir del Renacimiento, en que se amplía la noción de artes liberales. La ciencia y la técnica se han constituido como fuerzas productivas de primer orden y tanto la técnica como el arte se fueron desvinculando de las necesidades del culto y se fueron secularizando. En general el término se aplicaba a todo aquello que seguía una serie de procedimientos para conseguir algún fin determinado. Así podría hablarse de una *techné* de la navegación o del gobierno.

Habitualmente la noción de técnica se asocia a la de producción de lo artificial, de las cosas artificiales.

Aristóteles había distinguido las cosas naturales y las artificiales, de forma que las segundas, en su opinión, están mediatizadas por la actividad humana que alera las potencialidades naturales. La *Techné*, para Aristóteles es superior a la mera experiencia, y se parece a la *episteme*, ya que implica el conocimiento de principios, pero, a diferencia de ésta, su fin no es la contemplación desinteresada.

Podemos concluir en esta manera de introducción sobre los significados de arte y técnica, que lo que ha caracterizado la noción de *técnica* ha sido, por una parte, su aspecto productivo (de lo artificial), y por otra, su carácter interesado, orientado hacia un fin práctico.

Por otro lado, el arte, entendido como *techné*, es *saber hacer algo* con maestría, de acuerdo con las técnicas propias de una profesión; el saber artesano, que es en general, una habilidad o una técnica profesional.

A la técnica de producir algo, llamaron los griegos, *techné poietiké*, término que aplicaron no sólo a las producciones artesanales, sino también a las producciones culturales, como la misma educación que los sofistas procuraban a los adolescentes.

Menéndez Pelayo entra en este problema del arte y la técnica, haciendo una clara distinción, en cuanto que ambas que son expresadas como una realidad bipolar, hasta tal punto que nos advierte en algunos casos, cómo la segunda (la técnica), puede llegar a ser en un momento dado, un potencial peligro para el arte⁴⁸⁰:

⁴⁸⁰ En un sinnúmero de textos, Menéndez Pelayo detalla el peligro del industrialismo, o lo que es lo mismo la "producción" artística mal entendida, que convierte la expresión profunda del artista en cosa "producida", como algo ajeno a la persona que crea, simplemente siguiendo unas normas, de las que el verdadero artista sabe escaparse.

“Por más que ciertos adelantos técnicos coincidan siempre, por misteriosa ley, con la ruina de lo que hay de más profundo y sustancial en el arte”⁴⁸¹

Aunque no tendría que ser así, podemos confundir la técnica, con la acción desencarnada, que además puede llegar a encantar a los principiantes en el mundo del arte. Identificar así técnica y barbarie, con deshumanización. Como hemos visto, la visión griega de la techné no pierde su humanismo, pero Menéndez Pelayo, advierte frente a esta posibilidad: la técnica puede ser aborrecida, puede ser tomada como aspecto de estudio en contraste con la civilización, exponiendo al que se inicia en el arte a los siguientes riesgos,

“ora el de una idealización enfática y falsa (a la idea), como es la de Chateaubriand, y los escritores de su escuela; ora el de un realismo menudo y pueril”⁴⁸²

3.3.2.4. El sentimiento de la naturaleza en el arte⁴⁸³

La naturaleza es observada por Menéndez Pelayo, en relación al arte, como medio para un fin, que es el hombre, la figura humana.

Ahora bien, la naturaleza hace que el ser humano, que forma parte de ella, la experimente como un sentimiento del que Don Marcelino destaca dos localizaciones dignas de estudio: la literatura meridional y en concreto, la italiana y la española.

“el arte clásico y el de sus verdaderos imitadores describe y traduce la impresión de la naturaleza con uno o pocos rasgos, pero enérgicos y vivos; sobriedad que produce más efecto que los menudos detalles y las largas y morosas contemplaciones a que se entregan los del Norte, en su vaga, sentimental y panteística adoración a la naturaleza”⁴⁸⁴

La descripción de la naturaleza inanimada, sólo puede ser realizada, según nuestro autor, como accesorio, y siempre en función de la implicación con quien es sujeto del arte: el ser humano.

⁴⁸¹ CHL. V. 31.

⁴⁸² Lope. V. 365.

⁴⁸³ El naturalismo, como corriente de la que no participa nuestro autor, hace que el artista se ciña siempre a la imitación exacta y fidelísima de la naturaleza, buscando en ella constantemente sus modelos, y no introduciendo en ella alteración alguna, por mínima que sea.

Además, hace que el artista conserve su personalidad original, la independencia de sus impresiones y sus juicios, y procure manifestarse libremente en sus obras, sin someterse a pauta alguna.

⁴⁸⁴ Carta a Valera, 1879. Epistolario. IV.

3.4. Literatura y arte

La literatura es el arte que utiliza como instrumento la palabra. Por extensión, se refiere también al conjunto de producciones creadas de una nación, de una época o de un género y al conjunto de obras que versan sobre un arte o una ciencia. Es estudiada por la Teoría de la Literatura.

En sentido estricto, Literatura es el conocimiento y ciencia de las letras. El término se aplica al arte que emplea como instrumento la palabra, que comprende las obras con una intención estética. Se define como el arte que emplea como medio de expresión la palabra hablada o escrita y, como segunda acepción, conjunto de obras literarias.

Sabemos que para Menéndez Pelayo, si bien todas las artes eran importantes, y de hecho se han escrito muchos artículos sobre su aportación a la crítica estética en todos los géneros, sin embargo, la literatura constituye el arte fundamental en el que se centra, como artista; literato, poeta; como crítico y como contemplador (lector). Los tópicos que maneja Menéndez Pelayo en el ámbito de la literatura y el arte van alrededor de los conceptos de literatura, humanismo, críticos y artistas, crítica y perspectiva histórica, la magnanimidad en el ámbito artístico, la crítica literaria y la crítica de arte, las normas de crítica positiva. Además vierte ciertos conceptos alrededor de la historia y la literatura como: la evolución de la historia literaria, los caracteres de la historia moderna de la literatura, las escuelas, realidad y naturaleza, la literatura española y catalana, la fugacidad de las modas literarias. Y otro gran conjunto de conceptos acerca del lenguaje y el estilo, como el valor de la forma, la claridad, la sencillez y la concisión; el ejercicio poético como forja del estilo; la filología y el humanismo, sobre el preceptismo, la traducción como obra de arte y la figura del poeta.

3.4.1. Conceptos de crítica literaria

3.4.1.1. Literatura y humanismo. Críticos y artistas

Menéndez Pelayo no manifiesta una pasión absolutizante en el mundo de la literatura, *las bellas letras* han de expresar un contenido, un “para qué” del ser humano, han de manifestar la vida, con la *fuerza* y con la *armonía viviente*, que tanto le gustaba repetir en sus escritos.

“las bellas letras, que por sí solas no pueden dar más que una cultura superficial, y vacía de contenido”⁴⁸⁵

⁴⁸⁵ CHL. V. 28.

Nadie que de una manera o de otra no sea artista, repite en sus escritos, puede juzgar ni entender de belleza. Subrayamos las palabras de una o de otra manera, en las que Menéndez Pelayo desea poner el acento en la necesidad de una formación del crítico, si se desea que tenga buen juicio. El crítico, así como cualquier otro agente relacionado con el mundo del arte; el propio artista, el contemplador, el profesor, etc. han de poseer esta formación artística, con el fin de que su juicio no sea sino de primera mano. Es la voz casi intuitiva de la experiencia transcendente que inunda el mundo del arte.

El crítico, por tanto, ha de tener “si no facultades artísticas, por lo menos análogas a las artísticas; debe penetrar en la génesis de la obra y ponerse, hasta cierto punto, en la situación del autor analizado. Puede faltar al crítico el talento de ejecución, pero en manera alguna, otras condiciones. El juicio ha de ser formal, propio y espontáneo, si vale la frase”⁴⁸⁶

La crítica contiene una serie de elementos, de criterios que han de tomarse del estudio del mundo y de las cosas humanas, de la comparación de los modelos y de una teoría formada como efecto de esa comparación. Responderá por tanto a sus principios, con el fin de no reducir la crítica, a una serie de impresiones subjetivas. Aún así, los principios por sí solos no son suficientes para justificar la crítica, pues al quedar reducida a ellos, se convertirían en una norma que deja de lado el componente humano, que siempre ha de acompañar al universo del arte; la preceptiva por la preceptiva, que abandona la experiencia del artista, al dogmatismo de la norma artística.

Por tanto, la apreciación estética no es un fenómeno puramente intelectual; la misión del crítico es analizar, clasificar y finalmente, juzgar.

La posición del crítico, por otro lado, se sitúa a mitad de camino entre la situación del artista y del profano. Es bueno por tanto, que el crítico practique las artes y se eduque en sus procedimientos, aunque le llegue a faltar la inspiración genial o la peculiar manera de ejecución que caracteriza al artista.

“es cosa cierta que siempre merecen consideración las ideas de los artistas sobre su arte, mucho más que las ideas de los profanos. Pero entre los profanos y los artistas están los críticos, los cuales es conveniente que practiquen el arte”⁴⁸⁷

Por otro lado, y en relación con el apego a sus propias ideas, los artistas son los que más tardan en desprenderse de las preocupaciones doctrinales propias de la juventud. Los críticos, en cambio, conservan una distancia en función de un cierto

⁴⁸⁶ CHL. I. 69.

⁴⁸⁷ HIE. II. 266.

desapego de la obra, y pueden por tanto hacer juicios, sin temor y escrúpulos, en función de un cierto desapego de la obra. Están en una situación de privilegiada perspectiva, distancia que en un significado más universal, encontrarán en la visión histórica.

3.4.1.2. Crítica y perspectiva histórica

Los contemporáneos no son los mejores jueces, por tener la impresión inmediata, no pueden formar un juicio definitivo. Ven demasiado cerca al autor y a la obra, para hacer una valoración equilibrada, “conocen demasiado al autor para entender bien su obra, que unas veces vale menos y otras veces vale más que la persona que la ha escrito”⁴⁸⁸

Y como ocurre en multitud de ocasiones, el juicio de Menéndez Pelayo sobre los críticos y su competencia, surge desde la propia experiencia:

“tratándose de ingenios que han vivido en tiempos muy próximos a nosotros, me ha acontecido muchas veces encontrar en completa discordancia el juicio que yo en mis lecturas había formado y el que formaban de esos mismos escritores los que más íntimamente los habían tratado”⁴⁸⁹

El deber de los contemporáneos es dar fe de nuestra impresión y darla con sinceridad. Aquellos aspectos en los que no repara el crítico que se encuentra localizado más próximo al autor, ya reparará en ello el tiempo, como afirma Don Marcelino, *el gran maestro de todos, sabios e ignorantes*.

En otra obra de muy diferente naturaleza como es la Historia de la Poesía Hispanoamericana, Menéndez Pelayo nos recuerda que “sobre toda época literaria ya fenecida, queda una resultante general en que convienen la mayor parte de los hombres de gusto; pero la literatura contemporánea es cosa ondulante y movable, en que a cada paso cambian las posiciones del artista y también las del crítico”⁴⁹⁰

A los antiguos se les juzga con el mero criterio estético y por puras impresiones de gusto; se da esa distancia cultural que prescinde de los prejuicios de la valoración del contexto desde el presente. Sin embargo, respecto a los autores o artistas modernos, se interpone algo extraño al arte, algo que favorece o daña la propia acción del arte; y que perjudica la apreciación serena y total. Además, cuando un escritor o un

⁴⁸⁸ CHL. V. 84.

⁴⁸⁹ *Ibidem*.

⁴⁹⁰ HPHA. I. 11.

artista en general está vivo, no puede ser juzgado más que de un modo incompleto. De este modo Menéndez Pelayo defiende en su justa medida, la potencia del novel:

“¿Quién sabe hasta dónde pueden llegar las nuevas manifestaciones de su talento? ¿Quién sabe si el escritor aclamado hoy por magistral y clásico lleva en su espíritu algún germen vicioso que mañana le convertirá en corruptor del gusto y fautor de triste decadencia?”⁴⁹¹

Otro papel bien matizado es el del biógrafo, de alguna manera perteneciente a la comunidad del mundo de las artes; entre el contemplador, el escritor, el crítico, el público, etc. que salvo raras excepciones se identifica con el personaje que le ha tocado describir,

“le considera como cosa propia, hace oficios de abogado defensor si su cliente los necesita y le da a la narración un tinte apologético aun sin proponérselo”⁴⁹²

Se considera Menéndez Pelayo muy sincero, al hablar sobre la figura del crítico. Sitúa su juicio desde un punto de vista personal cuando analiza la vida privada del autor; un tema que si bien no estaba planteado de forma explícita, sí que aparecía entre líneas en el apartado que relacionaba el arte y la moral. Y siendo que en este caso nos recuerda lo poco que debe importarnos la vida particular del artista en aquellos aspectos que no guardan relación con el propio fenómeno artístico. Habría que decir: “el artista tiene derecho a una vida privada”.

Don Marcelino, comenta esta situación, nada menos que en el polémico libro de La Ciencia Española, aspectos que nos parecerían a primera vista, alejados de las cuestiones próximas a la estética:

“Yo quisiera hablar de los libros sin conocer a sus autores, sin saber nada de su género de vida, sin importarme un ardite de sus ocupaciones extrañas a la pura ciencia. Por amor a lo brillante, anecdótico y pintoresco, se ha ido introduciendo en nuestra crítica una familiaridad de mal gusto que importa ir corrigiendo en beneficio del decoro literario y aún social”⁴⁹³

Podría parecer algo inaudito, ya que en cualquier esquema de análisis de textos, de ideas, comentario académico; siempre se suele hacer una referencia al contexto biográfico del autor, como condicionante de su obra. Sin embargo Menéndez

⁴⁹¹ *Ibidem.* 12

⁴⁹² *Ibidem.*

⁴⁹³ CE. II. 406.

Pelayo nos anima a no tener en cuenta aquellos datos vitales de los autores, que no hagan referencia directa a su creación artística. Así evitaremos los prejuicios, los esquemas torpes de estudio reduccionista.

Nos recuerda además, la justicia humana que en este ámbito de los genios artísticos, solemos hacer, recordando irónicamente más y con un cierto cariño, a los ya difuntos.

3.4.1.3. Magnanimidad, en el mundo del arte

Grandeza y elevación del ánimo, es la disposición y el resultado que propone Menéndez Pelayo para el juicio sobre las obras artísticas. Por tanto, también para sus autores. El sentido crítico cuando es verdadero, no se convierte en criticón, en censor, sino que apacigua la pasión y promueve esa admiración generosa y objetiva.

“en el reino del arte, como en la casa del Padre, hay muchas mansiones. Natural es que cada una tenga sus devotos; pero el sentido crítico debe refrenar la pasión exclusiva, que es admirable como estímulo, peligrosa como elemento de juicio”⁴⁹⁴

Interesante, la expresión *sentido crítico*, entendida como esa cualidad madura; así como el aviso acerca de la necesidad de conservar un sano término medio entre dos extremos indeseables: la pasión exclusiva y la pasividad ante el deber de elaborar un juicio.

Afirmar que el gusto se educa, significa manifestar que tiene características de universalidad y objetividad. Menéndez Pelayo invita a que se evite la maldición o la anatematización de ciertas formas artísticas, sólo por la razón de que su nivel conceptual no facilita su comprensión, o bien porque no exista una empatía natural hacia ellas. Sin embargo “conviene que tengamos todos alguna pasión literaria por tal o cual poeta determinado. Sin esta pasión no hay calor, y la producción sería imposible. Este autor, objeto de esa devoción familiar, importa poco quien sea: lo único que importa es que pertenezca a la categoría de los ingenios prósperos y eminentes”⁴⁹⁵

Se hace una llamada a la entrada en el mundo de la fantasía, a no cerrar ninguna posibilidad. El arte, la literatura en concreto, surge desde esta necesidad

⁴⁹⁴ CHL. III. II.

⁴⁹⁵ CHL. V. 407.

misteriosa del ser humano, de entrar en el mundo sagrado de lo fantástico, no podemos por tanto ir contra la naturaleza y cerrar los placeres del espíritu.

Hay que sobreponerse a la preceptiva mecánica, “conduciendo los espíritus a la esfera de lo ideal; la ley superior, que resuelve las particulares antinomias de clásicos y románticos, de idealistas y realistas; la crítica histórica aplicada a la evolución de los géneros literarios; la metódica investigación de las literaturas comparadas y, por resultado de ella, un espíritu de amplia comprensión y tolerancia que no desdeña ninguna forma por ruda y anticuada, ni tampoco por insólita y audaz”.⁴⁹⁶

Menéndez Pelayo juzga que es más fácil valorar una obra literaria, una comedia, o una novela, que una obra artística de carácter plástico. Por eso es fácil observar que han existido tantos y tan buenos críticos literarios y sin embargo ha habido tan pocos críticos de las otras artes. A pesar de que muchos escritores han realizado obras literarias de no tanta calidad.

3.4.1.4. Normas de crítica positiva. La metodología histórico-comparativa

El método histórico o la metodología de la historia es la forma de método científico específico de la historia como ciencia social. Comprende las metodologías, técnicas y las directrices mediante las que los historiadores usan fuentes primarias y otras evidencias históricas en su investigación y luego escriben la historia; es decir, elaboran la historiografía (la producción historiográfica). La cuestión de la naturaleza del método histórico, e incluso, de la propia posibilidad de su existencia como método científico, se discute por la epistemología (teoría de la ciencia, filosofía de la ciencia, metodología de las ciencias sociales) y la filosofía de la historia.

Las principales directrices de uso común por los historiadores en su labor son, en primer lugar la heurística (localización y recopilación de las fuentes documentales, que son la materia prima del trabajo del historiador); en segundo lugar la crítica de esas fuentes (distinguiendo dos formas de crítica, que se refieren al trabajo con las fuentes documentales: crítica externa y crítica interna); y en último lugar la síntesis historiográfica (que es el producto final de la historiografía). Terminado ese proceso, queda la publicación, paso ineludible para que la comunidad historiográfica comparta y someta a debate científico y falsación su labor, y se divulgue entre el público para que su conocimiento pueda servir a los fines de la historia.

El método histórico comparativo, lento y minucioso no tuvo en la historia de la crítica española muchos seguidores. Nunca se ha solido distinguir el autor hispano, por su trabajo meticuloso. En la consideración de la aplicación de este método histórico

⁴⁹⁶ CHL. I. 324.

Menéndez Pelayo es crítico con los críticos, afirmando que los esfuerzos han solido perderse en “vagas consideraciones de estética superficial o de psicología recreativa. Y sin embargo, ¿puede haber cosa más interesante que seguir paso a paso la elaboración de una obra de genio en la mente de su autor; asistir si es posible a la creación de sus figuras; deslindar los elementos que por sabia combinación o por genial y súbita reminiscencia se concertaron para formar un nuevo tipo estético?”⁴⁹⁷

Algunas de las normas muy concretas que lega D. Marcelino para la crítica nos introducen en aspectos como el manejo de criterios críticos, el sentido literal, y la distancia histórica:

De una combinación arbitraria de noticias positivas, puede resultar un conjunto falso, y cuando se intenta leer entre líneas buscando por ejemplo alusiones personales, segundas intenciones en el discurso literario, es frecuente encontrar errores. El sentido literal es el primero de todos a juicio de Menéndez Pelayo, incluso en la interpretación de las Sagradas Escrituras. Por otro lado, la distancia histórica puede convertirse también en un criterio engañoso, pues nos puede hacer relacionar cosas que en su tiempo eran inconexas.

De la misma manera que tendemos a antropomorfizar cualquier fenómeno natural, también tenemos la tendencia de juzgar con criterios del presente, fenómenos pasados:

“suponer enemistades o emulaciones entre gentes que quizás no se conocieron y cuyas vidas no se cruzaron nunca; y otras cosas a este tenor, en que es tan difícil la impugnación como la prueba. Las mil aberraciones en que han caído los cultivadores de los estudios cervánticos pueden servir en esta parte de provechoso escarmiento”.⁴⁹⁸

Menéndez Pelayo se confiesa siempre educado en la escuela del sentido común, entiende que éste ha de ser el procedimiento objetivo a la hora de extraer consecuencias desde los datos que nos proporcionan la historia y la literatura. Bien es cierto, que en otros momentos, especialmente cuando caracteriza los elementos de la obra histórica, detalla la importancia de la imaginación en la elaboración de las obras históricas, pero una imaginación no gratuita, sino que es capaz de recrear los ambientes, a partir de otros elementos o detalles paralelos recogidos en otras obras, aunque pudieran ser apócrifas.

Don Marcelino ve la necesidad de poseer una buena historiografía, pero sin extremos, especialmente en esta obra de madurez en la que también habla de sí mismo queriendo equilibrar sus juicios:

⁴⁹⁷ ON. III. 352.

⁴⁹⁸ CHL. III. 10

“Educado yo en la modesta escuela del sentido común, que cada día tiene menos prosélitos y valedores, quizás me finjo estos riesgos mayores de lo que son”.⁴⁹⁹

Sobre la bibliografía⁵⁰⁰ y la crítica, en la Biblioteca de Traductores Españoles, recrea un asunto importante para la buena crítica, haciendo la distinción entre lo que él denomina el bibliómano engreído, y el crítico ajustado que ha de probar sus juicios con una exigencia que ha de ser respondida por los buenos libros. En este sentido, los estudios eruditos no son aptos para los espíritus frívolos, desde la pesadez del trabajo que supone el manejo de abundantes volúmenes que no siempre están a la mano.

“La bibliografía suministra los materiales más tarde depurados en el crisol de la crítica; sin la primera no se concebiría la existencia de la segunda”.⁵⁰¹

Y en este contexto, el crítico ha de trabajar sobre lo bueno y lo malo, lo agradable y lo desagradable, sobre la materia prima y la materia elaborada. Todo tiene su porción de curiosidad, que ha de saber encontrar el buen bibliófilo. La calidad de su profesionalidad, se confirma cuando no aprecia al libro por la rareza o la escasez, al estilo del ajeno coleccionista, sino gracias al buen dato proporcionado por el autor.

Así Don Marcelino escribe páginas apasionantes desde el punto de vista de alguien que pudo ser acusado de bibliómano por su constante obsesión dirigida hacia los libros:

“Obras hay rarísimas y pagadas a muy alto precio, que son, no obstante, inútiles, y aún estúpidas: libros hay que sin trabajo se encuentran y son, a pesar de eso, excelentes”.⁵⁰²

Menéndez Pelayo es partidario de la edición de los clásicos con la ortografía moderna con la finalidad de acercar, familiarizar a los grandes autores, con toda clase de público; podamos así,

“disfrutar como de cosa familiar y doméstica, de todo el tesoro de nuestras letras clásicas, y no nos empeñemos en ahuyentar a las gentes de la lección de nuestros autores de la edad de oro,

⁴⁹⁹ *Ibidem*.

⁵⁰⁰ Los conceptos de libro, bibliófilo, bibliografía, van especialmente asociados a los de la labor crítica, a los estudios de erudición. El libro para Menéndez Pelayo es una especie de obsesión, pero no como objeto raro, o talismán, sino como una herramienta que de por sí ya es un arte. En cualquier caso, es un medio para la consecución de fin: la investigación estética.

⁵⁰¹ BTE. III. 95.

⁵⁰² CHL.VI.5

presentándolos en textos de aspecto repulsivo, sólo para que algún filólogo tenga el placer de saber a ciencia cierta que Calderón, en el Mágico escribió hedad con h, fenómeno, como se ve, de la mayor importancia estética, y que es lástima que a Rosenkranz se le pasase por alto en su estudio sobre el simbolismo de aquella comedia”⁵⁰³

3.4.2. Conceptos acerca de la historia de la literatura

3.4.2.1. Evolución biológica de la historia de la literatura

La historia, y la historia literaria en concreto, han de constituir una creación viva y orgánica. La ciencia es su punto de partida, pero el arte es su término.

“sólo un espíritu magnánimo puede abarcar la amplitud de tal conjunto y hacer brotar de él la centella estética. Para enseñorearse del reino de lo pasado, para lograr aquella segunda vistas que pocos mortales alcanzan, es preciso que la inteligencia pida al amor sus alas”⁵⁰⁴

La inteligencia ha de ser auxiliada por el amor, la historia literaria concebida por Menéndez Pelayo es un trabajo hecho con arte, con simpatía hacia todos los elementos que conforman el contexto objeto de la obra.

En el trabajo literario se da un crecimiento uniforme, como en el resto de las tareas del científico o del artista. No hay saltos,

“no hay obra maestra que no esté precedida por informes ensayos, y no sugiera, a quien sabe leer, un mundo de relaciones cada vez más complejas y sutiles”⁵⁰⁵

Hasta los maestros más sublimes de la escritura, como Shakespeare, deben a sus predecesores una buena parte de la cualidad de su obra. Don Marcelino lo expresa sin rodeos: los más grandes ingenios son los que han imitado a todo el mundo. Hay una especie de fuerza taumatúrgica que surge de la oscuridad, de la gran cantidad de autores desconocidos, anónimos, pero sin ellos, sin su trabajo callado, la producción literaria no podría dar el salto cualitativo que caracteriza a los genios.

Nadie se escapa a esta ley, ni Dante, ni cervantes, ni el mismo Goethe:

“su grandeza procede de la misma amplitud, vasta y luminosa, de su genio, que da hospitalaria acogida a todas las manifestaciones

⁵⁰³ Lope. I. 19.

⁵⁰⁴ CHL. V. 73.

⁵⁰⁵ ON. III. 353.

precedentes de su raza, en su pueblo, en su siglo, en la humanidad entera”⁵⁰⁶

Por tanto, recordando a St. Marc Girardin, Don Marcelino nos aclara sobre la figura del genio y la del poeta:

“para producir un buen poeta son necesarios cien poetas malos, no sólo porque las caídas enseñan, sino porque en las obras de los grandes poetas se encuentran aprovechados elementos de obras anteriores medianas”.⁵⁰⁷

La chispa que provoca el despertar literario, se encuentra en los escritores que trabajan y que si bien no son portadores de una calidad intrínseca de sus obras, sí asumen un valor representativo muy superior a ellas

En la defensa del programa de literatura española, Menéndez Pelayo afirma que una historia de la literatura no puede convertirse en un mero y frío índice de autores y libros, *juzgados sólo en su parte externa y formal*. Tampoco se puede proceder caprichosa y arbitrariamente en el orden y disposición de las materias que conforman un programa determinado.

El estudioso de la literatura ha de moverse con gracia entre dos extremos: por un lado no puede considerar al autor fuera de su época, y por otro tampoco podemos pensar que una determinada época va a configurar de manera definitiva la obra del artista.

“pero aún es más dañoso anular su personalidad y convertirle en eco, reflejo o espejo de una civilización”⁵⁰⁸

Explica ahora Don Marcelino, los conceptos manifestados en el Tratado de Estética acerca del juicio y sentimiento estético, ahora en relación con la historia.

“el juicio-sentimiento de lo bello y la apreciación histórica deben caminar unidos. En medio de tanto escarceo y divagar inútil ha logrado la estética moderna asentar buen número de principios fecundos y razonables, que lejos de oponerse al examen detenido de las formas exteriores (mero desarrollo de la forma interna), contribuyen a que éste se haga a mejor luz”⁵⁰⁹

⁵⁰⁶ *Ibidem*.

⁵⁰⁷ CHL. I. 72.

⁵⁰⁸ *Ibidem*.

⁵⁰⁹ *Ibidem*.

Además, el desarrollo de los estudios históricos, ha puesto de manifiesto las relaciones entre el criterio estético junto con el criterio histórico. Según el periodo estudiado, debe predominar uno u otro criterio. Por ejemplo en las producciones propiamente medievales, predomina el criterio histórico, sobre el plenamente estético.

La historia literaria requiere entonces, además de las condiciones propias de la historiografía, otras derivadas de su contenido peculiar. No es suficiente por ejemplo la realización de un inventario de hechos y someterlo a una débil crítica externa; tampoco es suficiente el estudio de sus causas y efectos sociales, porque la obra de arte, como ya expusimos en el capítulo correspondiente, es antes individual que colectiva y *tiene sus raíces en la psicología estética*, de la cual debe participar el crítico, no sólo como conocedor, sino en cierto grado como artista.

La historia general, la historia de la literatura han de ser escritas como verdaderas obras de arte que recreen, motiven, se introduzcan en los entresijos de los acontecimientos. Los otros criterios del estudio, obligados por otro lado como los contextos económicos, sociales, todo tipo de causas, solamente constituyen un mínimo en el trabajo del historiador.

Por si esto fuera poco y para no quedarse en un ámbito de la pasiva observancia, Don Marcelino hace explícita su reflexión:

“yo he procurado evitar los inconvenientes de todos estos sistemas. Tengo principios estéticos: procuro, además, poner la historia literaria dentro de la historia social; pero no traigo un sistema “a priori” que me empeñe en aplicar a todo, aunque los hechos lo resistan. Sin hechos que juzgar no se puede hacer un juicio. Tampoco han de tomarse sólo los hechos culminantes, sino también los de segundo orden, porque éstos aclaran y completan los principales. ¿dónde hay más hechos menudos que en la Historia del Derecho Romano en la Edad Media, de Savigny? Y todos, sin embargo, vienen allí a corroborar y a confirmar la grande idea de la persistencia del Derecho Romano en la Edad Media”.⁵¹⁰

La historia literaria constantemente se renueva, desde su origen, aunque en sentido estricto Menéndez Pelayo afirma que su nacimiento formal se produjo en el siglo XIX. En este sentido ya la actual historia de la literatura ha sido capaz de unir el sentido estético, la curiosidad arqueológica, las contribuciones de la psicología y de la sociología.

⁵¹⁰ CHL. I. 72.

La historia de la literatura española se ha renovado profundamente, gracias a la obra de estudiosos extranjeros y españoles. Trabajo que va aumentando con gran rapidez desde Francia, Italia, Inglaterra, América del Norte y Alemania. Menéndez Pelayo reconoce la labor especial de los críticos alemanes, denominando así como la “redentora Alemania”, al país que en otros momentos de su obra, había llamado *bárbaros*. En este caso la alabanza hacia Alemania se debe a la admiración que le causa a Don Marcelino la cantidad de bibliotecas, revistas especializadas dedicadas al estudio de nuestras literaturas de peninsulares.

“vengan en tropel monografías, tesis doctorales que son libros, ediciones críticas y cada vez más acrisoladas de nuestros clásicos, y hasta bibliotecas enteras y revistas especiales consagradas al estudio de las literaturas de la Península española”⁵¹¹

Menéndez Pelayo reconoce la cantidad de errores y falsos juicios que son dados como acertados, en la confección de la historia de la literatura nacional. De ahí la necesidad de volver a escribir esta literatura. ¿Cómo hay que hacer este trabajo? Con un estilo muy personal, sembrando el interés, el cariño por la literatura y la investigación a los alumnos. Promoviendo la búsqueda de las obras artísticas.

La experiencia anterior en nuestra educación no ha sido muy positiva, la historia de la literatura se ha enseñado a modo de árido vademécum, listas de nombres que no se conocen, obras que no se han saboreado. Es preciso leer continuamente los textos clásicos y realizar un trabajo analítico sobre cada uno de ellos. Los manuales han de ser medios, no fines; pueden ser herramientas, recordatorios.

En este contexto, Menéndez Pelayo echa mano de su propia experiencia, rememorando su niñez y juventud, y el disfrute que supuso la literatura en su vida, la nueva dimensión vital que las buenas artes dejan como testamento en la persona. Se molesta por tanto cuando la literatura y su historia se convierten en una especie de condena: así en la obra que prologa a Kelly, señala que

“la historia de la literatura, tal como entre nosotros suele enseñarse, reducida a una árida nomenclatura de autores que no conocen, de obras que no se han leído, ni enseña ni deleita, ni puede servir para nada. Hay que sustituirla por la lectura continua de los textos clásicos”⁵¹²

⁵¹¹ CHL. I. 79.

⁵¹² *Ibidem*.

3.4.2.2. Realidad y naturaleza de las escuelas literarias

Ya no es suficiente hacer el estudio de la literatura de forma cronológica exclusivamente, o conformándose con una clasificación de rasgos externos de las formas artísticas. Del mismo modo, tampoco son suficientes ciertas generalidades históricas o sociales para explicar la aparición del hecho literario.

No puede faltar en la poesía ninguno de los atributos con los que describimos las artes plásticas. Para que éstos sean apreciados debemos aprender a comparar, a establecer paralelismos entre los diversos ingenios, y ponerlos en relación con el medio intelectual en que se desarrollaron.

El que no cuente con las escuelas literarias, convertirá en un caos la historia de la poesía; si bien no siempre el orden cronológico es el mejor criterio para el establecimiento de las debidas clasificaciones, tampoco es buen criterio la mera clasificación que sabe agrupar a los poetas por razones totalmente externas y carentes de criterio científico.

Para el desarrollo del genio, la palabra nunca se convierte en absurda, ni envuelve nada de opresivo. De hecho repite Menéndez Pelayo, la libertad de la que disfruta el hombre en el arte, no es mayor que la del que se dedica a la filosofía.⁵¹³

Para constituir una escuela literaria verdadera, son necesarios al menos dos elementos: por un lado, la semejanza de procedimientos y más importante todavía, una doctrina estética recibida por todos, y cuyo espíritu se deje sentir en todas las producciones de la escuela.

Esta teoría no tiene por qué formularse en manuales; no importa tampoco que los mismos artistas no puedan razonarla, que sea incluso una especie de fenómeno inconsciente. Basta que esté difundida en la atmósfera de academia o de taller, y que los artistas sepan o puedan ajustar sus creaciones al modelo ideal de perfección que *la escuela ha concebido instintiva o racionalmente*.

⁵¹³ En el prólogo a “Poesías divinas y humanas” del P. Pedro Quirós, 1887, recoge Menéndez Pelayo abundantes juicios en torno al papel de la poesía, del arte en general y su comparación con el genio filosófico: “es cierto que hay un poderoso elemento individual, así en la obra científica como en la artística, pero este elemento no obsta de ninguna manera a lo que hay de exterior, de involuntario, de obligado por las condiciones en que el espíritu se mueve. Y por muy propio que sea del filósofo este sistema, puesto que él ha tenido que formarse por propio esfuerzo intelectual, conservará no obstante, relaciones y adherencias profundas con todo lo que se ha pensado en el mundo, con todo lo que se pensará después; y atendiendo a estas relaciones, el historiador crítico afilia al independiente filósofo quizá en aquel grupo de pensadores al cual menos se holgaría de pertenecer. Lo mismo o poco menos sucede con las creaciones artísticas, ninguna de las cuales puede aspirar a salvarse de ser analizada y clasificada y puesta donde le corresponda. (CHL, II. 207-208).

3.4.2.3. Literatura española y literatura castellana

En multitud de obras, Menéndez Pelayo aclara el significado de la expresión *literatura española*, dando a entender que bajo esta denominación se incluyen todas las literaturas creadas en el territorio español. El arte literario producido en castellano, por tanto es español, pero es solamente una de las porciones de la rica literatura hispánica. Don Marcelino admite y admira el resto de las producciones: catalana, vasca, gallega; y llega a extender esa visión hispánica, al portugués, por ser literatura de un país hermano desde todos los puntos de vista que se quiera mirar.

Es un grave error por tanto, identificar la Historia de la Literatura Española, con la Historia de la Literatura Castellana. Error que ha tenido graves consecuencias, y que ha contribuido a embrollar y oscurecer hasta el máximo, *muy doctos juicios e investigaciones*.

No coinciden para Menéndez Pelayo, los conceptos de nacionalidad política y de nacionalidad literaria; los diferencian desde luego, las causas de formación, los elementos que las conforman. Así se confirma la tesis de que la historia no es un vulgar suplemento de la política, olvidando la vida propia e independiente del arte. Si hubiera alguna relación de dependencia, sería más bien el arte y el pensamiento quien condicionase a la historia, y no al revés, a juicio de Menéndez Pelayo.

Así lo explica, con estas bellas palabras, en la ya citada “defensa del programa de literatura española de 1878”.

“el desarrollo estético influye y es influido por el social: unas veces le guía, otras le tuerce, en ocasiones viene a ser un reflejo, sin que sea fácil decidir a priori si es mayor la influencia de la sociedad en los libros o la de los libros en la sociedad. Si de algo conviene huir en crítica es de ese afán de considerar encerradas todas las fuerzas vivas de un pueblo en una unidad panteística, llámese estado, genio nacional, índole de raza...”⁵¹⁴

Por tanto, lo que llamamos el espíritu o el genio nacional en literatura debe ser algo distinto del Estado político. Cuando estudiamos la *imponente unidad* de la literatura italiana, a pesar de la reciente unidad del actual estado italiano, contemplado por Don Marcelino. En una referencia más cercana, la unidad entre la metrópolis y las colonias emancipadas de Inglaterra, y sin embargo las nacionalidades políticas son distintas a las áreas geográficas de la literatura universal.

“¿Y qué diremos de la hermandad literaria entre las metrópolis y sus colonias emancipadas? Literatura inglesa es la de los

⁵¹⁴ CHL. I. 3.

norteamericanos; literatura española, la de Méjico y la de las repúblicas del Sur. Y sin embargo, las nacionalidades políticas son distintas...”⁵¹⁵

Ni qué decir de la etnografía que no se ajusta a las divisiones políticas y no por ello, los estudios de la historia literaria han de amoldar sus criterios, a los meramente geográficos. Podemos hablar, a juicio de Menéndez Pelayo de una nacionalidad literaria, cuya delimitación no está impuesta por tratados y combinaciones diplomáticas.⁵¹⁶

Para algunos, la unidad literaria se ciñe estrictamente a la lengua, aún siendo mejor criterio que el del Estado, continúa siendo insuficiente. En el caso de la lengua española, Menéndez Pelayo se pregunta acerca de una lengua que tuviera ese nombre, lengua que desde el siglo XVI ha sido la lengua literaria por excelencia; la más cultivada y rica, considerada en tiempos próximos la lengua oficial de la Península Ibérica, con excepción de Portugal.

No es suficiente el criterio lingüístico para separar las diferentes historias literarias, como tampoco es suficiente el criterio meramente histórico:

“¡y qué vacíos y contradicciones resultarían de ese estudio! Alfonso pertenecería a nuestra historia literaria como legislador, como didáctico, como historiador, pero no como poeta, porque las Cantigas están escritas en gallego.”⁵¹⁷

Durante la Edad Media, se consideraron como españoles los tres romances peninsulares (castellano, catalán y portugués). Los tres recorrieron un ciclo literario completo. *Tres dialectos hijos de la misma madre*. Así, Menéndez Pelayo propone tener en cuenta el criterio de la diferenciación lingüística como delimitador de las nacionalidades, como signo de la raza, pero entiende y constantemente recuerda que no puede ser el único criterio, en tanto que *la lengua no es más que la vestidura de la forma*.

La unidad de los pueblos es algo que obedece a un sentimiento más profundo que el de la propia lengua. No hay mayor torpeza -en la concepción de Don Marcelino-, que pretender nacionalizar un fenómeno divino y humano; la palabra, resplandor, aunque sea débil de la palabra divina. En un bello discurso escrito y pronunciado en catalán en los célebres Juegos Florales de Barcelona, en 1888. Así lo escribe Menéndez

⁵¹⁵ *Ibidem*. 5

⁵¹⁶ Tan expresivo D. Marcelino, hace un paréntesis de lamentación para el caso en el que la política impusiera sus poco libres criterios y decisiones a la historia de la literatura. En este sentido afirma: ¡pobre literatura si a tales altos y bajos anduviese sujeta!

⁵¹⁷ CHL. I. 7

Pelayo y lo transcribimos en un catalán escrito de la época, que no coincide con el normalizado contemporáneo.

“la unitat dels pobles es unitat orgànica y viva y no pot ser aqueixa unitat ficticia, verdadera unitat de la mort: y comprén també que les llengües, signe y penyora de rassa, no s forjan capritxosament ni s imposan per forsa, ni s´prohibeixen ni s manan per lley, ni s´deixan, ni s preñen per voler, Puig res hi ha mes inviolable y mes sant en la conciencia humana que´l nexus secret en que viuen la paraula y el pensament. Ni hi ha major sacrilegi y ensemps mes inútil que pretendre engrillonar lo que Deu ha fet espiritual y lliure: lo ver humá, resplandor débil y mitj esborrat, però resplandor al fi de la paraula divina”⁵¹⁸

3.4.2.4. Fugacidad de las modas literarias

Las generaciones literarias tienden a romper los nexos con las que les preceden con cierta violencia e injusticia. Este cambio de juicio a la hora de establecer un estudio crítico sobre una obra o un autor, es a veces tan corto que no dura ni cuarenta años.

Al final, la perspectiva histórica une los límites de las generaciones y hace que parezcan unos con otros, vencedores y vencidos.

Como ejemplo tenemos la experiencia de la crítica sufrida por el romanticismo,

“todo cuanto se dice ahora contra los naturalistas, lo dijeron Tineo y Hermosilla contra Meléndez, que a muchos parece hoy un poeta amanerado, en quien nadie descubre atrevimiento alguno. ¡Buen desengaño para los que toman muy por lo serio estas parcialidades y banderías críticas”⁵¹⁹

Las diferentes corrientes artísticas no se vienen abajo por una voluntad decidida, individual o colectiva, sino por alguna clase de falsedad o de maldad interior y orgánica que ellas portan dentro de sí cuya intención es mostrar lo que no son.

“Tal es el destino de los violentos: la duración y la eficacia de su obra suele estar en razón inversa de la fuerza malgastada para ahuecar la voz y deslumbrar a los espíritus sencillos. Aun la parte de verdad crítica, que de un modo más o menos relativo suele ir envuelta en los

⁵¹⁸ CHL. V. 112. (Discurso en los Juegos Florales de Barcelona. 1888).

⁵¹⁹ HIE. III. 431.

dogmatismos más absurdos, y es en el fondo la única razón de que tales dogmatismos puedan subsistir”⁵²⁰

Reprocha amargamente Menéndez Pelayo a los sofistas de la literatura y de la crítica, los que con palabras elegantes convierten en prolija, una forma de escritura que cuanto más sencilla, está cargada de mayor elegancia.⁵²¹

3.4.3. Lenguaje, estilo y filología

3.4.3.1. El valor de la forma. La forma estilística

Se manifiesta muy ocurrente, Menéndez Pelayo, cuando describe al poeta, al artista, con tan pocas palabras, y tan certeras: en este caso a propósito o en relación con el significado de la forma:

“este es cabalmente el misterio o el prestigio de la forma: expresar el poeta como nadie lo que ha pensado y sentido todo el mundo”⁵²²

En pleno siglo XXI admitimos que en el ámbito de las artes, *forma* es aquella estructura constituida por elementos materiales susceptibles de relacionarse y configurarse en un todo, mediante el cual el artista expresa los sentimientos con los que suscita una experiencia estética. Es, pues, la manera artificiosa, libre e imaginativa, de estructurar el significado estético de una obra de arte. Normalmente se opone la forma estética, no a los materiales, sino al contenido figurativo, entendiendo por tal el tema concreto, cuando lo haya, que el autor usa como vehículo de sus sentimientos.

Hay teorías estéticas que defienden el punto de vista de que sólo la forma es vehículo expresivo y significativo, de la misma manera que sólo hay experiencia estética cuando el observador capta la forma de una obra artística, y no sólo sus elementos materiales.

La psicología llama forma a la percepción de los datos sensibles como un conjunto integrado, para el cual vale el principio holístico de que *el todo es más que la mera suma de las partes*, y que la mente configura según leyes determinadas, la primera de las cuales es la organización de lo percibido en «fondo» y «figura».

⁵²⁰ HIE. V. 119.

⁵²¹ Menéndez Pelayo carga sus tintas contra los que desean hacer de la literatura un espacio para el autoritarismo moral de los críticos que conduce a que incluso la parte de verdad crítica que podría tener un cierto valor en los dogmatismos más absurdos, se vea anulada por la falta de criterio. “ni un solo momento no basta a cubrir la parte de charlatanería y de sofisma con que se asegura el éxito escandaloso de un día a trueque de las esperanzas de más alta gloria”. HIE. V. 120

⁵²² APL. II. 406.

La forma, ya en la literatura, tiene un elemento fundamental que es la lengua. Lo sustancial en realidad no lo da la lengua, sino el estilo. Entiende Menéndez Pelayo por estilo, “comprendiendo bajo esta palabra todo el desarrollo mórfico necesario para que la concepción artística deje de ser idea pura”.⁵²³

En el desarrollo de la forma, admira D. Marcelino una cualidad, la pureza, que hace que las letras adquieran un valor similar al de la belleza de las imágenes y los afectos. Esta belleza se consigue gracias a la corrección fuerte y viril de quien domina su estilo, domina la materia sobre la que está trabajando; de modo que no le da su forma de manera arbitraria, sino que la ajusta, *como se ajusta el vestido a los contornos de una estatua*.

Cualquier acción se podría pensar en la elaboración de la obra literaria, excepto la improvisación, que “es pésima escuela, y a la larga vicia y echa a perder las mejores naturalezas”.⁵²⁴

En este proceso de la creación, distinguimos a los autores de genio por su propia originalidad, que hace que destierren la arbitrariedad y la improvisación. Llegan a crear su propia gramática, la emplean de una manera peculiar, nueva, pero bella con una arquitectura de lenguaje que llega a imponerse e identifica su propia obra.

También diferenciamos a los prosistas didácticos, “que tanto importan en toda literatura y son los que determinan el punto de madurez de la lengua mediante su aplicación a todo género de materias”.⁵²⁵

3.4.3.2. La claridad

Una de las breves acepciones del diccionario, del término claridad, afirma que es la limpieza o perspicacia que se tiene para ver. O también, claridad meridiana es la de un argumento o un razonamiento de muy fácil comprensión.

Menéndez Pelayo afirma que la cualidad fundamental del estilo es la transparencia. La búsqueda de la transparencia implica el uso de *vocablos que signifiquen llanamente lo que se quiere decir*. El estilo se convierte en vacía retórica cuando no hay suficiente correlación entre la idea y la frase. Se abandona la parábola de Menéndez Pelayo del cuerpo y el vestido, que cambia ahora por la del espejo y la imagen. Cuando no es suficiente la relación entre el pensamiento y la proposición, la relación entre ambos se asemeja a la de la imagen y el espejo.

⁵²³ CHL. I. 9.

⁵²⁴ HHE. V. 353.

⁵²⁵ CHL. I. 99

“esta necesaria correlación entre la idea y la frase, que no son como el cuerpo y el vestido, sino como el espejo y la imagen. ¡Pobre del pensamiento que no alcanza, desde que nace, su expresión propia, adecuada y única!”⁵²⁶

En el fondo se trata de un problema del propio autor, en el sentido de que su falta de genio, es manifestación de su carencia de imaginación y/o la perversión del sentimiento.

“...lo mal imaginado y mal sentido, también se expresa siempre mal”.⁵²⁷

Para que las palabras sean bellas, para que hagan una construcción bella, han de seguir fielmente a las ideas; poseerán así una fuerte afinidad con el pensamiento de modo que una buena escritura, será la expresión de un pensamiento claro.

En sí mismas, las palabras no son más que *cifras y notación de ideas*. Para sobrevivir y para crecer con talento, las palabras necesitan el encanto de la idea, que traducido al lenguaje de los pueblos, significa algo así como que un pueblo que carezca de ideas propias, por muchas palabras que aparatosamente utilice, éstas no serán sino un caparazón sin sentido.

“las palabras siguen ciegamente a las ideas, y cuando se quiere establecer el divorcio entre el pensamiento y su expresión, se viene a parar en una lengua amanerada, hueca y artificiosa, a la cual faltarán siempre las primeras condiciones del estilo: la transparencia y la sinceridad”.⁵²⁸

Transparencia y sinceridad, términos frecuentes en la literatura crítica de Menéndez Pelayo, se convierten en parámetros que establecen lo que Muniáin llamará el fundamento estético del lenguaje. Algo similar en la historia de la filosofía, a los criterios establecidos por R. Descartes, la claridad y la distinción.

Para escribir bien sobre algo, es preciso estar muy empapado, muy penetrado del asunto sobre el que se desea escribir. Pero además es necesaria una motivación, una atracción, que sea capaz de vencer al escritor, hacia la obra. En los Estudios y Discursos de Crítica Histórica y Literaria, en la etapa de madurez, (1903), Menéndez Pelayo escribe palabras bellísimas que hablan sobre el origen, el surgimiento de la obra del artista:

⁵²⁶ HHE. III. 213.

⁵²⁷ CHL. III. 230.

⁵²⁸ HIE. III. 502

“Nadie puede escribir bien de su asunto, sin estar plenamente penetrado de él, pero todavía escribirá mejor si se siente como atraído hacia él, por invencible simpatía”⁵²⁹

También en la Ciencia Española, a pesar del tópico que se maneja de que Menéndez Pelayo hace una apología exagerada de todo lo español, afirma que:

“la perversión de la lengua indica siempre perversión y trastorno en las ideas. Por eso, apenas se puede hoy coger un libro español sin que se revuelvan los hipocondrios. De esto a la lengua franca de los piratas argelinos no hay más que un paso”⁵³⁰

Pero la lengua no se puede pervertir solamente por la falta de transparencia y por la falta de sinceridad. Hay otra causa que también se adivina en esta búsqueda: la perversión y el trastorno de las ideas. Menéndez Pelayo siguiendo este fundamento de la sinceridad del lenguaje, y en una época aún primera de su trabajo, con apenas veintidós años, critica el mal uso de nuestra lengua, recordando los viles usos de la lengua franca de los piratas argelinos. También se queja de la falta de sensibilidad, finura y estilo de los escritores contemporáneos.

3.4.3.3. La sencillez

Se entiende normalmente como la cualidad de lo que no tiene artificio ni composición, lo que carece de ostentación y adornos; que carece de exornación y artificio, y expresa ingenua y naturalmente los conceptos. Que no ofrece dificultad. El estilo sencillo, para Menéndez Pelayo es aquella cualidad que se manifiesta de manera invisible. Viene marcado por la simplicidad. Ha de estar por tanto implícito en la obra de arte, aportando una originalidad cifrada en dicha sencillez. Además ésta se adquiere generalmente como fruto de la madurez del artista.

Estas palabras son escritas en la plenitud de la obra de Menéndez Pelayo, apenas dos años antes de su muerte:

“para mí, el mejor estilo es el que menos lo parece, y cada día pienso escribir con más sencillez; pero en mi juventud no pude menos de pagar algún tributo a la prosa oratoria y enfática que entonces predominaba”.⁵³¹

⁵²⁹ CHL. IV. 318

⁵³⁰ CE. II. 68.

⁵³¹ HIE. I. 36.

Don Marcelino siempre criticó cualquier afectación del lenguaje, ésta significaría para él una pérdida de autoridad estética, manifestada por la falta de espontaneidad, aún en el caso de que dichos artificios del lenguaje literario parecieran oportunos en un determinado contexto literario.

Incluso en la traducción que hace de buena parte de las obras de Shakespeare, confiesa el punto lejano al que le lleva su obsesión de escribir con excesiva sobriedad, en términos excesivamente simples. La sencillez, es además una buena manera de huir de la vulgaridad y la paradoja.

Resumiendo, Menéndez Pelayo está en contra de la *calamidad del estilo oratorio*, que se contenta con atrapar la imagen, y que por sorprender al contemplador (en literatura, al lector), no duda en sacrificar la exactitud y la precisión, dejándose llevar por la brillantez y la fácil apariencia.

En la Historia de los Heterodoxos Españoles, señala con estas palabras fáciles, claras y sencillas, la crítica que hace de los artificios esnobistas del lenguaje retórico:

“calamidad del estilo oratorio que se va tras de la imagen, la expresión original, la paradoja o la ingenuidad, y que por lograr un efecto, no duda en sacrificar lo exacto y preciso a lo brillante”⁵³²

Las cuestiones graves han de ser tratadas con formalidad, estando en otra esfera de la expresión, la gramática y la retórica, ambas muy respetables en sí mismas. Aún así no son ni las más importantes ni las únicas. Aprovecha Menéndez Pelayo la cuestión de la sencillez, para introducir la preocupación de los peligros y las bondades de la retórica, del arte del buen decir.

La Retórica como teoría y práctica de la elocuencia, hablada o escrita, puede hacer resbalar al artista, al escritor, por el sendero de una facilidad que le engañe. Define las reglas que rigen cualquier composición, pero al incluir la intención de influencia en la opinión o en los sentimientos de los lectores u oyentes, se puede reducir a una forma de propaganda.

En un sentido más estricto, al que Menéndez Pelayo se refiere en su Tratado Elemental de Estética, la Retórica se ocupa de los principios fundamentales que tienen que ver con la composición y enunciación del discurso oratorio:

“inventio (del verbo invenire, encontrar o definir el tema del que se va a hablar), dispositio (disposición de las partes); elocutio (elección de las palabras), ligada con el ornato y las figuras); memoria (memorización) y actio (relacionada con el acto de emisión del discurso,

⁵³² HHE. VI. 410.

próxima a la representación teatral). Las tres primeras son las fundamentales desde el punto de vista de la obra escrita”.⁵³³

La crítica de Don Marcelino se encamina a la evitación de la sensiblería cursi y del sentimiento ficticio. El procedimiento literario corre el peligro de convertirse en finalidad, perdiendo el papel de medio que le caracteriza. Cuando se refiere a la poesía se puede expresar de manera industrializada por lo que puede perder su naturaleza artística. Este tipo de criterio es confesado por Menéndez Pelayo en régimen de confianza a su hermano Enrique, que era aficionado a escribir versos. En una carta fechada el 30 de Mayo de 1892, le consuela a propósito de un comentario sobre un trabajo poético personal:

“Has tenido el buen gusto de no ser nunca literato de oficio y de no hacer versos más que cuando sentías la necesidad interior de hacerlos. El procedimiento literario, sobre todo cuando se aplica a la poesía, tiene algo de industrial, y debes dar gracias a Dios que te ha preservado hasta ahora de emplearle”⁵³⁴

La sencillez es junto con la claridad, la simpatía, la concisión y la elegancia clásica, un elemento fundamental e inseparable para Menéndez Pelayo. Al respecto, una autoridad en el tema, y que hizo un gran trabajo de introducción al respecto, nos sitúa en este contexto:

“Menéndez Pelayo tenía conciencia clara de lo que debía ser el estilo literario. Incluso una conciencia algo asediada por remordimientos... pero no fue un teórico del lenguaje, ni mucho menos un preceptista. Quizás el horror a las preceptivas “galoclásicas” le retrajo de elaborar una teoría del estilo a él, consumado catador de estilos ajenos. Leyendo su obra se ve que no se propuso ser un literato: la forma literaria fue para él instrumento, no un fin. El instrumento excepcionalmente apto de su labor de historiador y de crítico. Y sin embargo, fue a la vez uno de los escritores de más brío, calidad y gracia, podemos hoy decirlo, de nuestra literatura”⁵³⁵

El instrumento o medio que supuso para Menéndez Pelayo la forma literaria, le sirvió de mucho en su trabajo como historiador y crítico. No en vano, por varias generaciones ha sido reconocido su estilo propio y ha servido de referencia en las escuelas y centros universitarios, allá donde se ha enseñado literatura.

⁵³³ T.E.E. (OC. LXIII. 220)

⁵³⁴ Carta a Enrique Menéndez Pelayo, 30-V-1892. Epistolario. XI.

⁵³⁵ Sánchez de Muniáin. Antología general de Menéndez Pelayo. BAC. 1956. p. 110-111.

Dejamos un juicio de Sánchez de Muniáin, el gran estudioso y antólogo de Menéndez Pelayo, al respecto:

“Don Marcelino era elocuente sin retórica, brillante sin superficialidad ni amaneramiento; y, como luego veremos, conciso sin enfermar de asma prosódico y fluido sin perder gravedad y sustancia”⁵³⁶

En sus juicios explícitos sobre la literatura, las cualidades que nuestro autor apreció más en el lenguaje son las siguientes: la claridad o transparencia, la simpatía hacia el asunto, la sencillez como virtud contraria a la afectación, la concisión; y en la forma externa, la serenidad y armonía clásicas, si bien penetrándola de valores típicamente europeos y cristianos.

3.4.3.4. La concisión

La concisión es la brevedad y economía de medios en el modo de expresar un concepto con exactitud. Menéndez Pelayo amaba y defendía la brevedad y la economía de medios en el modo de expresar un concepto con exactitud. Mezcla de convencimiento y no cabe duda, de un poco de buen humor, arguye en la Historia de los Heterodoxos Españoles, que “cuando Dios quiere ejercer sus terribles justicias en un pueblo, le manda por docenas los oradores”.⁵³⁷

Da la impresión de que como si se tratase de nuevos sofistas, hay que huir sospechosamente de la desastrosa fecundidad de las palabras, enfermedad frecuente en nuestro pueblo.⁵³⁸ Del mismo modo, confesaba haber traducido a Shakespeare con rasgos muy sencillos, así como la supresión que ha hecho de varias fórmulas que se repiten en la obra de Cicerón.

“Llevado por mi amor a la concisión, he suprimido o abreviado ciertas fórmulas de transición de que nunca o rara vez prescinde nuestro autor (Cicerón)”⁵³⁹.

⁵³⁶ *Ibidem.* 111.

⁵³⁷ HHE. VI. 478.

⁵³⁸ En el estudio introductorio a la Antología General de Menéndez Pelayo, ya citada, de Sánchez de Muniáin, titulado “el hombre en su palabra”, nos anima a leer y estudiar la obra de Don Marcelino, aludiendo también a la concisión: “bien lo saben por propia experiencia sus lectores. El que ha de consultar o tomar notas de un autor juzgado por don Marcelino, se asombra de lo que el maestro montañés metía de sustancia en una o en pocas páginas. Fue un prodigio de **concisión intelectual**. La exposición de esas mismas ideas, en párrafos cortados y sin cortar, nos habría exigido a otros, una extensión cuádruple o quíntuple. Alguna vez alabó la fuerza de *asimilación y condensación*, que es uno de los caracteres del genio”.

⁵³⁹ BHL. III. 284.

En el otro extremo de la reflexión se encuentra la categoría de los que escriben mucho y sin embargo, toda su escritura es de calidad. Para que esta circunstancia se dé, es necesario respetarse a sí mismo, al arte, y confiarse en una facilidad que no proviene del industrialismo, sino de un estado poético que se vive como continuado y habitual. Esta forma de entender la condición poética como *estado*, nos habla de la gran visión que de la poesía poseyó Menéndez Pelayo desde su juventud. Escribir mucho, aún en la lírica no es sinónimo de escribir mal, cuando la abundancia procede “no de facilidad desaliñada, sino de un estado poético más o menos intenso y vivo, pero, en suma, continuado y habitual”.⁵⁴⁰

En cualquier caso, en literatura, Don Marcelino defiende los escritos cortos:

“tengo grande afición a las colecciones de escritos cortos... algunos de los más acabados modelos de perfección y aticismo son escritos cortos; v.gr., los diálogos platónicos y los del satírico Luciano. Ni son indignos de citarse, después de ellos, los Ensayos de Montaigne y los diálogos y demás prosas de Giacomo Leopardi, sobre todo su incomparable y tristísimo tratado de la gloria”.⁵⁴¹

A pesar de todo, Menéndez Pelayo aconseja como buen método para todo escritor, escribir; hacerlo en la juventud. El espíritu práctico de lo contrario, necesitará doble esfuerzo si no se hace de esta manera.

“aún la mera versificación es conveniente como ejercicio, porque obliga a dar a los pensamientos una forma concisa y vibrante y a distinguir el ritmo poético del oratorio, evitando los riesgos de la ampulosidad en que fácilmente caen, desbordándose en cataratas de prosa, los que han carecido de este saludable fundamento de las humanidades y de la cultura poética”⁵⁴².

Insiste en la idea de simplificar, *adelgazar el modo de decir*, haciéndolo más delicado y escogido en la poesía que en la prosa, aprendiendo el verdadero valor de las palabras, y no el *gastado y corrompido que les da el uso*, buscando siempre nuevas formas de hermosura. Así es como se educa el verdadero poeta. Aquel poeta que siente que carece de estos dones, es mejor que abandone su tarea de hacer poesía. Es mejor, que para expresar sus mejores sentimientos, acuda a la prosa, ésta le servirá también para ir forjándose en tan noble ejercicio de escritor.

A modo de conclusión provisional, podemos afirmar que el valor fundamental en el ámbito literario para Menéndez Pelayo es la sinceridad, convirtiéndose esta

⁵⁴⁰ CHL. V. 249.

⁵⁴¹ Revista Europea. Año V. y.12. 1878. 186.

⁵⁴² CHL. V. 40.

calidad para Don Marcelino en el fundamento estético del lenguaje. Esta sinceridad comporta o presume las otras cualidades recién enunciadas: la concisión, la sencillez, la claridad y la neutralidad.

Sánchez de Muniáin observa que una cosa es la calidad de sus juicios en lo relativo a la literatura, otra bien diferente es el gusto personal en el arte literario, y otra, la propia producción poética:

“digamos por delante que si la producción poética de Don Marcelino está en conjunto por debajo de sus juicios poéticos, y éstos también por debajo de su verdadero gusto personal, el lenguaje, en cambio, excede en elevación y calidad a sus mejores juicios”.⁵⁴³

Se dan por tanto en Menéndez Pelayo dos cualidades necesarias en un escritor genial: la lucidez intelectual y la sinceridad poética.

En lo referido estrictamente a su escritura como crítico, se unen dos elementos que desde su juventud, Don Marcelino domina: la especulación filosófica y la experiencia del arte. El lenguaje pleno y vivo que se encarna en formas vitales, no convencionales, siempre por encima del lenguaje científico, que es mera expresión de las ideas. Disfrutamos además, con Menéndez Pelayo porque siempre asociamos sus escritos, sean sobre el asunto que sea, con su propia vida. Observamos una implicación personal de quien se compromete con sinceridad en el fondo temático de su escritura. En palabras del propio Don Marcelino: *la auténtica expresión nos pone en comunicación con la inteligencia más que con la idea.*

3.4.3.5. La hipocresía en el arte literario

En el otro extremo de la sinceridad, como expresión necesaria del arte, como fundamentación estética del lenguaje, se encuentra la hipocresía. La hipocresía es el fingimiento de cualidades o sentimientos contrarios a los que verdaderamente se tienen o experimentan.

La poesía descansa sobre una humilde y noble sinceridad, a juicio de nuestro autor. La sinceridad no es facilidad, ni espontaneidad. Consiste en que nuestra palabra no sea sólo fiel a aquello de lo que se habla, esta cualidad sería llamada, *veracidad del científico*; sino que además sea humildemente fiel en su expresión, al alma que habla en ella (sinceridad del poeta), llamada por Schiller, ingenuidad.

⁵⁴³ “El hombre en su palabra”. Sánchez de Muniáin. Antología General de Menéndez Pelayo. BAC.Madrid.1956. p. 111

De algún modo, la apertura del alma del poeta sincero, lo convierte en vulnerable, como al niño. Hay escritores que sin mentir, no son veraces del todo. Su lenguaje es hipócrita y esta hipocresía les lleva al amaneramiento.

“la hipocresía vanidosa acaba dañando irremediabilmente el arte. Nunca el verdadero genio trató de ser ingenioso. Entonces decimos, con razón, que el arte es falso”⁵⁴⁴

Sánchez de Muniáin, fiel intérprete de Menéndez Pelayo, hace como su maestro, un estudio breve de la historia del arte en función del criterio de la hipocresía-autenticidad en el arte. Explica cómo gran parte del denominado humanismo europeo, del Renacimiento, incluso el mejor intencionado, tuvo casi siempre un dejo de falsedad. El arte helénico, fue mucho más ingenuo, porque desconocía de buena fe la infinitud de un Dios personal. La cultura del siglo XX lo ha advertido en sus reacciones más desgarradas, aunque espontáneas, antes de saber el porqué. Tras la aparente limpieza de las formas del seudoclasicismo cristiano, vemos algo que no es tan puro.

El lenguaje se llamaba humanista y se estaba deshumanizando. Aquel lenguaje llamado renacentista y humanista no estaba preparado para expresar con dignidad el lenguaje cristológico de una manera noble como se merecía.

“Aunque los humanistas pecaron más que los escritores de la Reforma católica. En el barroco hay desenfreno y jactancia (un hago lo que me da la gana, muy español), pero poca simulación. La hipocresía fue más un pecado protestante, como hija de la soberbia. Más aún, el barroco fue una reacción de sinceridad contra el humanismo puro”⁵⁴⁵.

A menudo el poeta se arrepiente de haber dicho más de lo debido. La sinceridad en Galileo va amoldando su estilo al tema de la idealización.

3.4.3.6. El valor de la filología positiva. Filología y humanismo

La ciencia, en un sentido amplio, en un significado humanístico también, suele definirse por la forma de investigar más que por el objeto de investigación, de manera que los procesos científicos son esencialmente iguales en todas las ciencias de la naturaleza; por ello la comunidad científica está de acuerdo en cuanto al lenguaje en que se expresan los problemas científicos, la forma de recoger y analizar datos, el uso de un estilo propio de lógica y la utilización de teorías y modelos.

⁵⁴⁴ Ibídem. 107.

⁵⁴⁵ Ibídem. 108.

La filología es ciencia histórica que informa sobre civilizaciones antiguas mediante el estudio de documentos escritos e inscripciones, y que también estudia cualquier documento escrito para establecer su autenticidad, grado de corrección y determinación de su significado. Los primeros estudios filológicos se remontan a la época helenística, cuando se aplicaron sobre los textos homéricos para determinar su origen y atribución.

A este respecto, Menéndez Pelayo afirma que:

“Para estudiar formalmente el estilo de un autor, es fundamental conocer a fondo el material lingüístico que emplea, y haber agotado previamente todas las cuestiones de fonética, morfología y sintaxis que su obra sugiere”.⁵⁴⁶

Aún por encima de estas características se encuentra el método y el rigor científico, tan necesarios en cualquier quehacer humanístico y que en la materia filológica adquieren mayor dimensión, ya que la filología sin método “cae irremisiblemente en lo arbitrario, lo fantástico y caprichoso, de lo que tenemos en España innumerables ejemplos”⁵⁴⁷

La categoría de humanista está por encima de la de filólogo. Lo expresa Menéndez Pelayo en el discurso titulado: *de las vicisitudes de la filosofía platónica en España*, y lo hace con cierta amargura:

“¿Cuándo volveremos a tener humanistas? No es suficiente por tanto con el mero trabajo del filólogo, si bien es necesaria su presencia, la literatura entendida como arte necesita al humanista preocupado por una visión mucho más íntegra y con más perspectiva que la del filólogo a secas, que solamente se quedara con su método. Por eso con estas bellas y breves palabras, poniendo ejemplo en su escritura personal, Menéndez Pelayo afirma:

“Bueno es saber la antigüedad, pero todavía es cosa más rara y más delicada y más exquisita sentirla, y sólo sintiéndola y viviendo dentro de ella se adquiere el derecho de ciudadanía en Roma y en Atenas”⁵⁴⁸

He ahí la diferencia entre los dos grandes personajes presentes en la obra literaria: el filólogo y el humanista. El primero sabe, sin embargo el segundo es capaz de ir a la intuición de las esencias, sintiendo, captando y sobre todo viviendo dentro de

⁵⁴⁶ ON. III. 393.

⁵⁴⁷ Carta a Don Rufino J. Cuervo. 1886. Epistolario. VII.

⁵⁴⁸ ECF. 9.

la realidad que supone la obra y que le da la categoría de ciudadano, con el significado aristotélico de tal cualidad.

También entran en la reflexión de Don Marcelino, los verdaderos amantes de las letras antiguas, que no lo hacen por pedantería ni por alardear, sino como verdadero recreo del espíritu, y ante todo por necesidad estética y moral. Se convierten así en humanistas, rara especie a juicio de Menéndez Pelayo en la época en que le tocó vivir.

¿Qué es entonces un humanista⁵⁴⁹? -Pues “un hombre que toma las letras clásicas como educación humana, como base y fundamento de cultura, como luz y deleite del espíritu, poniendo el elemento estético muy por encima del elemento histórico y arqueológico, y relegando a la categoría de andamiaje indispensable, aunque enojoso, el material lingüístico”⁵⁵⁰

3.4.3.7. Contra el preceptismo

Llamamos precepto a cada una de las instrucciones o reglas que se dan o establecen para el conocimiento o manejo de un arte o facultad. Se suele aplicar a la literatura como lo relacionado con los tratados normativos de retórica y poética.

Hemos señalado en diferentes ocasiones, que Menéndez Pelayo se declara siempre en contra de la aplicación de la regla por la regla; que si es necesario tener un código del buen hacer de un artista, es en función de la plasmación de unos criterios y no como fijación de una arbitrariedad, y en definitiva que los reglamentos son en cualquier caso, medios y no fines. Don Marcelino ve en la mayoría de los preceptistas, eso, funcionarios que se dedican a establecer preceptos, y no a críticos que tendrían que experimentar la obra de arte:

“A tales desvaríos conducen las reglas estrechas y mezquinas de los preceptistas, el espíritu de imitación y de escuela, el olvido de las eternas leyes que regulan esa viviente armonía y que llamamos belleza, belleza que percibimos en los objetos del mundo físico, intelectual y

⁵⁴⁹ Sánchez de Muniáin, del que hemos incluido una abundante cantidad de referencias, sin duda influido por quien es su maestro, Menéndez Pelayo, sintetiza su credo estético en tres notas características: la libertad, la felicidad y el humanismo.

Comenta muy bien Alain Guy en su historia de la filosofía española, la elevada intensidad, que elegirá el valor verdaderamente digno y marcado por la honestidad... en segundo lugar, importa dejarse invadir totalmente por esa felicidad insondable que nos proporciona un espectáculo contemplado por nosotros... en tercer y último lugar, para alcanzar la plenitud estética es indispensable que nos elevemos a un humanismo auténtico, que nos introduzca en la unidad, concluyéndonos. (Alain Guy. Historia de la filosofía española. Ed. Anthropos. Barcelona. 1985).

⁵⁵⁰ ECF. II.

moral, belleza que reside en la mente del artista, como un tipo ideal al cual ajusta sus creaciones".⁵⁵¹

Sin la cualidad de la genialidad que distingue a cualquier artista, y que es superior y anterior a toda legislación escrita, los vanos y ridículos preceptos de escuela, no serían más que letra muerta. Así es como se han inventado a juicio de Don Marcelino, églogas militares y genealógicas. Fino y sano sentido crítico de nuestro autor, con una chispa de humor literario.

3.4.3.8. Traducción como obra de arte

Del latín traductio, -ōnis: hacer pasar de un lugar a otro, traducir es una actividad que consiste en comprender el significado de un texto en un idioma, llamado texto origen o "texto de salida", para producir un texto con significado equivalente, en otro idioma, llamado texto traducido o "texto meta". El resultado de esta actividad, el texto traducido, también se denomina traducción.

El objetivo de la traducción es crear una relación de equivalencia entre el texto origen y el texto traducido, es decir, la seguridad de que ambos textos comunican el mismo mensaje, a la vez que se tienen en cuenta aspectos como el género textual, el contexto, las reglas de la gramática de cada uno de los idiomas, las convenciones estilísticas, la fraseología, etc.

Cualquier actividad humana en el contexto de la literatura tiene que estar realizada con buen arte. Buen ejemplo de ello es el tratamiento que Menéndez Pelayo hace de fenómenos como el de la traducción, o el de la confección de la historia.

La traducción en materias de carácter puramente utilitario y de empresa comercial, es tarea relativamente mecánica, debido a la alta formalización de su lenguaje. Traducir aquello en que lo único que importa es el sentido, no presenta mayores dificultades, ya que todo el sentido de lo que está dicho en una lengua puede trasladarse a la otra. Cuando, además del sentido, hay que reproducir la belleza, como en las obras literarias, se hacen precisas una mayor dirección y finura, por tener que discernir, conforme a la índole de cada idioma, cuáles bellezas del uno pueden ser trasplantadas con naturalidad al otro, y cuáles perderían este carácter de belleza con un traslado demasiado literal, y exigen por lo mismo más sutiles acomodaciones.

Traducir, para Menéndez Pelayo es hacer una obra artística; es crear una forma nueva dentro de la lengua en que se traduce, dando a entender que la poesía no se

⁵⁵¹ BTE. III. 42.

traduce en su esencia; brota por creación, y si ha de pasar a la traducción, no será sino por una nueva creación.

Pero ¿cómo coordinar estos dos conceptos aparentemente contradictorios, traducir y crear? Da la impresión de que el jesuita Aurelio Espinosa fuera discípulo de Menéndez Pelayo, aunque no lo cita, cuando afirma:

“Crear es acto esencialmente personal e independiente; traducir, acto esencialmente dual y subordinado: ¿no estamos ante un imposible? Pero a este imposible no se resignan los hombres: los que necesitan la traducción, porque no entienden... los que no necesitan la traducción, antes la pueden hacer, por el generoso afán de comunicar en lo posible este bien”.⁵⁵²

¡Cuánto *se distinguen los traductores fieles y elegantes de los serviles y adocenados!*, se lamenta Menéndez Pelayo de los escasos traductores que proponen Boscán y Garcilaso en sus respectivas cartas.

Respecto de la traducción de los personajes de Shakespeare, confiesa Don Marcelino, cómo ha tenido que colocarse en situaciones imaginadas por el gran poeta, recreando así los más escondidos pensamientos del artista, “... sin omitir a sabiendas ninguno de los matices de la pasión o de frase que esmaltan el diálogo, he procurado decir a la española y en estilo de nuestro siglo lo que en inglés del siglo XVI dijo el autor”.⁵⁵³

No se trata de añadir nada que no dijera el autor, como tampoco de suprimirlo, especialmente lo característico y lo bello. Más bien, conservar las rudezas y brutalidades que el autor original, en función de su sinceridad estética, hubiera deseado expresar en la nueva lengua. En el caso de Shakespeare, algo ha moderado el pródigo lujo de su expresión, sobre todo cuando degenera *en antítesis, conceptillos y phebuses extravagantes*, es decir, cuando se mezcla la literatura y la poesía lírica con la bucólica.

Frecuentemente la traducción no se acerca con facilidad al original, debido a la diferente naturaleza lingüística por un lado, y por otro, a la diferencia tan grande en el tiempo que hace que las lenguas modernas, mucho más prácticas, *gastadas, analíticas y seniles, faltas de espontaneidad y primaveral energía*⁵⁵⁴, pierdan en espontaneidad y en frescura. Las poesías pueden y deben traducirse en verso, para esto, el traductor

⁵⁵² Aurelio Espinosa Pólit. La traducción como obra de arte. revista Thesaurus. Tomo V. n° 1,2,3. 1949. Instituto Caro y Cuervo Colombia. Muy interesante la aportación de este investigador, casi cuarenta después de la muerte de Don Marcelino, reflexiona oportunamente sobre la traducción y el arte en sus diferentes contextos y ámbitos posibles.

⁵⁵³ BTE. III. 264.

⁵⁵⁴ BHLC. IX. 113.

debe poseer la categoría de poeta. De esta manera se acerca a la versión traducida, al ritmo original. Esto es norma para todas las lenguas conocidas por Don Marcelino, excepto para la lengua francesa, ya que su sistema de versificación no se lo consiente.

Las traducciones poéticas no pueden ser excesivamente literales, éstas solamente podrían ser útiles *para los principiantes más rudos*. Tratándose de lenguas muertas y por las razones ya explicadas de su diferente arquitectura, estas lenguas necesitan el abundante uso del diccionario, sin el cual es imposible adquirir su dominio.

3.5. La historia como obra de arte

Para estudiar esta condición, Menéndez Pelayo se refiere primero a la figura del historiador y del investigador, asegura después las características indispensables para el profesional de la historia que esté dispuesto a hacer un arte de su tarea y pasa por fin a estudiar el significado pleno de la historia como obra de arte; la labor del poeta, los medios propios de la historia, la verdad como punto de encuentro entre historiografía y arte y el papel de la investigación estrictamente en la historia del arte.

La historia es la ciencia que tiene como objeto de estudio el pasado de la humanidad y como método el propio de las ciencias sociales. Se denomina también historia al periodo histórico que transcurre desde la aparición de la escritura hasta la actualidad. Más allá de las acepciones propias de la ciencia histórica, historia en el lenguaje usual es la narración de cualquier suceso, incluso de sucesos imaginarios.

Ese uso del término historia lo hace equivalente a cambio en el tiempo. En ese sentido se contrapone al concepto de filosofía, equivalente a esencia o permanencia (lo que permite hablar de una filosofía natural en textos clásicos y en la actualidad, sobre todo en medios académicos anglosajones, como equivalente a la física). Para cualquier campo del conocimiento, se puede tener una perspectiva histórica -el cambio- o bien filosófica -su esencia.

Una síntesis de esta reflexión hecha por Menéndez Pelayo, contempla los temas generales de la historia como ciencia experimental y crítica y como expresión de la vida. El historiador y el investigador, historia y poesía y la historia clásica y la historia del arte. La misión del historiador católico y la filosofía cristiana de la historia.

La historia no es obra puramente artística, como lo son la poesía o la música o las creaciones plásticas, pero contiene tantos elementos estéticos que obligan a situarla en una jerarquía superior a otro tipo de creaciones que no lo son tanto como la oratoria, que se encuentra frecuentemente condicionada por la utilidad e inmediatez de sus posibles resultados.

3.5.1. La historia, ciencia experimental y crítica

En la Historia de las Ideas Estéticas, reflexiona Menéndez Pelayo acerca de lo que supone la perspectiva de la historia, entendida en términos de paz, contemplación del destino humano, la precisión objetiva y la elevación.

El conocimiento histórico es una necesidad constitutiva de la persona que le proporciona la paz de quien contempla conscientemente el propio destino. Es preciso por tanto cuidar con mimo su hechura. Hablar de la forma, como cuidado de la escritura histórica, no es referirse a la mera expresión retórica, sino al espíritu y al alma de la propia historia. Este cuidado de la forma convierte la materia bruta de los hechos y las montañas de documentos, en algo ordenado y vivo, que merezca ocupar las capacidades humanas en esa contemplación que nos propone Don Marcelino. El conocimiento de la propia identidad social es la mínima garantía de la conciencia personal.

No es frecuente en los modernos tratadistas, acometer este tipo de estudio que introduce la estética y sus criterios, en el contenido propio de la historia.

Quien honradamente se dedica al noble ejercicio de la historia, cultiva cierta capacidad para la trascendencia:

“cierto poder elevador y moderador que acalla el tumulto de las pasiones hasta cuando son generosas y de noble raíz, y, restableciendo en el alma la perturbada armonía, conduce por camino despejado y llano al triunfo de la verdad y de la justicia, único que debe proponerse el autor católico”.⁵⁵⁵

La diferencia entre la poesía y la historia, para Don Marcelino, se ciñe a un criterio aristotélico: el poeta expresa principalmente lo universal, y el historiador lo peculiar y relativo; de donde resulta que la poesía viene a ser algo más filosófico y grave que la historia, porque representa, no lo que es, sino lo que debe ser. Una visión integral, ontológica de la historia, supone por tanto una percepción humanista; un medio casi sagrado para la adquisición de la humanidad que nos corresponde. Se hizo muy popular en ciertos años, después de la Guerra Civil española, el recuerdo más o menos precisado de las palabras de Menéndez Pelayo:

“pueblo que no sabe su historia es pueblo condenado a irrevocable muerte; puede producir brillantes individualidades aisladas,

⁵⁵⁵ HHE. (Advertencias preliminares a la 2ª edic. 1910). I. 3.

rasgos de pasión, de ingenio y hasta de genio, y serán como relámpagos que acrecentarán más y más la lobreguez de la noche”⁵⁵⁶

Pero entramos en el asunto que da nombre a este apartado: la historia como ciencia experimental. En este sentido, el término experimental no supone para Menéndez Pelayo una pérdida de categoría o de credibilidad, sino la afirmación de que es el resultado experiencial,

“... que no se penetra con segura luz en el alma de otras edades por vagas consideraciones sintéticas, sino por el estudio lento, laborioso y tenaz de los más escondidos pormenores, así sociales como lingüísticos y literarios”⁵⁵⁷

Hablar por tanto de ciencia, nos asegura la sistematización de los conocimientos. El calificativo de experimental, nos recuerda siempre que la historia es reflexión de las obras, las obras más sublimes humanas.

Sin embargo la historia, por expresarse en pasado, manifiesta el problema de que los datos pueden faltar. Ante esto Don Marcelino invita al historiador, a la calma; la huida de la precipitación y sobre todo a escapar de la generalización, que siempre ha de ser temeraria y prematura.

Ante la falta de datos suficientes, y entendiendo que éste podría ser simplemente un problema coyuntural, “conviene conservar a la historia la severidad de su método y dar siempre lo cierto por lo cierto, y lo ignorado por lo ignorado”.⁵⁵⁸ Recuerda así el simple criterio cristológico acerca del honor y la verdad: “Que tu sí sea sí y que tu no sea no”.

La ciencia histórica constituye además una importante base de datos para la ciencia en general y lo que compete a la observación. Con frecuencia, comparte procedimientos similares al método propio de las ciencias naturales. Del mismo modo que éstas, la historia no puede generalizar sin conocer los hechos particulares.

Cuando no se trata de esta manera a la historia, este “arte” en palabras de Menéndez, Pelayo puede convertirse en sectario, así como el historiador, confundiendo y mezclando la verdad y la ficción

⁵⁵⁶ ECF. 127.

⁵⁵⁷ BHLC. VI. 437.

⁵⁵⁸ APL. I. 224.

“ni son enteramente falsas ni enteramente verdaderas tampoco, que es el gran escollo de las generalidades históricas, y lo que a la larga las hace tan inútiles”⁵⁵⁹

Es preciso, pues, respetar los hechos, tal y como han sucedido, ya que la historia se escribe para gente seria que busca la verdad de su propia memoria colectiva. El primer deber de cualquier historiador es ahondar en la investigación, no dejar de lado ningún documento y corregirse a sí mismo constantemente, y que permanentemente puedan aparecer nuevos datos:

“la exactitud es una forma de la posibilidad literaria y debe extenderse a los más nimios pormenores, pues ¿cómo ha de tener autoridad en lo grande el que se muestra olvidadizo y negligente en lo pequeño?”⁵⁶⁰

Por todo lo expresado, la historia se convierte en algo mucho más íntegro que la narración de los hechos; es ciencia humana, es ciencia crítica. Don Marcelino no desea dejar de lado a los historiadores que involuntariamente cometen equivocaciones involuntarias y mucho menos a los que omiten algún dato o bien son conscientes de algún tipo de equivocación, por pequeña que sea.

El trabajo histórico, en cuanto experimental y científico, comienza con una larga y paciente preparación, con una tarea analítica de la que nadie se puede escapar, por muy elocuente que fuera. La dificultad del historiador, crece en razón directa de la grandeza de la época o del pueblo que está describiendo. Al igual que en la poesía, Menéndez Pelayo, anima a no acometer dicha tarea, si no se cuenta con la confianza de estas dotes naturales e imprescindibles para el historiador.

La crítica histórica tiene además un componente importante de contradicción, ya que como saber eminentemente humano, el historiador ha de oír sin pasión a todos los protagonistas, *dados los límites que alcanza la fe del testimonio humano*. No podemos criticar por tanto, en esa amplitud de la historia, al que aporte menos documentos, aunque nos lleven a cierta contradicción, en la noción histórica común, ni tampoco al que pretenda aportar ciertas interpretaciones que no son comunes. Esa misma tolerancia que los pueblos civilizados practican en cualquier orden de la vida, no le puede faltar al investigador histórico, que frecuentemente trabaja con materia muy lejana de las preocupaciones habituales.

La historia, siempre ha de ser crítica, porque sin crítica no hay historia, ni ciencia alguna, ni ninguna obra de provecho. Lo que le lleva a Don Marcelino a quitar el

⁵⁵⁹ HIE. V. 269.

⁵⁶⁰ HIE. (Advertencias preliminares. 2º edición). I.2.

adjetivo “crítica”, referido a la historia cuando no se cumplen estos mínimos requisitos:

“Suprimo el adjetivo crítica, porque ¿Qué historia será la que carezca de crítica? La recopilación seca y descarnada de hechos no es historia, sino un almacén de materiales para ella”.⁵⁶¹

3.5.2. La historia como expresión de la vida

Cuando decimos que la historia es la ciencia que tiene como objeto de estudio el pasado de la humanidad y como método el propio de las ciencias sociales, estamos hablando del objeto de la historia, que es la humanidad, y del procedimiento de estudio, el método propio de las ciencias sociales. Objeto y método, por tanto, comparten el sujeto y objeto de estudio: el hombre, la vida del ser humano, contemplada en su devenir.

Historiar es exponer las vicisitudes por las que ha pasado alguien o algo. Las distintas expresiones artísticas como el teatro, la danza, la música, la literatura sobre todo; tienen una raíz común, filosófica y existencial: la necesidad del hombre, de comprender el mundo que lo rodea. Si bien podríamos decir que el arte existe desde el principio de la humanidad misma, esto no es del todo cierto. De algún modo éste comienza cuando a partir de ciertas manifestaciones de registro que llamamos historia incipiente, pero historia, toma conciencia de su propia trascendencia, de su memoria e identidad personal y colectiva.

La historia, la buena historia, no puede ser fruto del industrialismo, o de la aplicación de un método experimental simplemente bien intencionado. Por tratarse de un saber cuyo objeto recae sobre el propio ser humano y no quedarse o reducirse a simples crónicas, necesita acudir constantemente a la esencia de su objeto: la vida del hombre.

“la historia no está solamente en las crónicas; y precisamente lo que las crónicas dejan en olvido, por ser notorio a los contemporáneos es lo que para nosotros puede dar más sabor de realidad al relato histórico, contemplándole y realzándole con su propio y adecuado colorido”.⁵⁶²

La historia se ha de complementar con los datos de la literatura; he ahí otro elemento fundamental de su proximidad con el ámbito artístico. Las características de

⁵⁶¹ CHL. I. 3.

⁵⁶² APL. II. 43.

una determinada época se encuentran mejor en la literatura. En este caso, las abstracciones y vaguedades de la filosofía y su historia, no pueden aportar mucha información que dé un estilo de autenticidad y vitalidad a la ciencia humana que estamos estudiando. Menéndez Pelayo nos pone un ejemplo de recreación de épocas bien lejanas, los siglos XIV y XV:

“se penetra el modo de vivir de nuestros padres en los siglos XIV y XV, leyendo los cantares del Arcipreste de Hita, los libros de venación y cetrería, el de los dados, Juegos et tablas, el Arte cistoria, el Menor daño de la medicina de Chirino; el Corbacho, del Arcipreste de Talavera, y otros tales, cada uno de los cuales nos revela un aspecto de la vida con exactitud pasmosa”⁵⁶³

El gran cuadro social que compone el historiador, surge como resultado de todos los datos de la literatura y de cualquier otro conocimiento humano, individual o social. En este caso la literatura supone un noble sustento a la descripción que de no contar con ella quedaría reducida al amasijo de datos, a la impersonalidad, o a la vulgaridad en el mejor de los casos. La historia de las ideas, así se convierte en una aportación más noble, esencial e interesante, que la mera historia de los hechos materiales.

Además, y para no quedarse en la peligrosa abstracción general; peligrosa por su tendencia a las generalizaciones como forma de reduccionismo, el buen historiador *ha de colocar a los personajes en su propia y adecuada decoración*. No estamos hablando, desde luego, del escenario del teatro, sino del conjunto de datos, dichos, descripciones que ayudan al lector y al estudioso, a recrear las situaciones, la mentalidad y el pensamiento en lo grande y en lo pequeño, de una determinada época histórica.

Siempre son un pequeño puñado de hombres, los que hacen y facilitan que un determinado pueblo se revele y se manifieste de un modo concreto y luminoso. Son estas personas elegidas por la historia que, por un lado pueden ser llamados historiadores, en otro ámbito más universal, son llamados polígrafos.

“un corto número de hombres, privilegiados, a quienes ya Fr. José de Sigüenza llamó hombres providenciales, y en nuestros tiempos ha llamado Carlyle los Héroes y Emerson, los Hombres representativos”⁵⁶⁴

Pero la historia no se puede hacer a costa de archivos, con estos sólo se podrían formar como mucho un *Diccionario de antigüedades*, donde las noticias podrían aparecer aisladas, o agrupadas de cualquier manera como en un juego frívolo.

⁵⁶³ Ibídem. 44

⁵⁶⁴ GPE. 4

Tampoco es conveniente reducir la historia a un conjunto de crónicas u otros documentos literarios, pero también reconoce Don Marcelino que

“... no hay duda que el documento literario, la historia escrita, sobre todo cuando la escriben los contemporáneos y principalmente los que en la historia han sido actores, tiene algo que en los documentos cancillerescos y escribaniles falta, y que es precisamente el alma de la historia”.⁵⁶⁵

Un aspecto fundamental en cualquier narración, es la continuidad, el seguimiento constante de lo que es una vida sin interrupciones. La narración histórica tiene que perseguir esta constante, que no siempre es posible por la lejanía, por la falta de documentación. El buen historiador es consciente de que quizás algún día, un determinado vacío dejará de serlo por los nuevos hallazgos. En cualquier caso, “nunca se dan soluciones de continuidad en la historia, ni es posible abrir una zanja entre el mundo antiguo ni el moderno”.⁵⁶⁶

Por todo lo ya expresado, la materia histórica es inestable, lo que obliga al historiador a resignarse a ser un estudiante perpetuo, y a perseguir la verdad allá donde pueda encontrarse una pista suya. El profesional de la historia no debe dejarse atemorizar por el miedo a pasar por inconsecuente. La inconsecuencia se daría a nivel de principios. Si los principios están bien arraigados en el historiador, y esto significa su seguridad acerca de las leyes generales de la historia, en los criterios filosóficos con que juzgue los sistemas y las ideas o al juicio moral acerca de los actos humanos.

Si estos principios son claros, sinceros y arraigados en su persona, no le queda más que lidiar con los hechos, las crónicas, los materiales y documentos históricos. Los libros de historia en general, son fugaces, envejecen pronto. El historiador que imagine poder perpetuar un juicio histórico como universal o absoluto, tendría que dedicarse según Don Marcelino, a cualquier otro género de literatura, y no a éste, en que cada día trae *una nueva rectificación o un nuevo documento*.

3.5.3. El historiador y el investigador

Menéndez Pelayo observa cómo unas personas poseen el don del genio filosófico y la captación intuitiva de las grandes leyes. Otras personas en cambio poseen el talento de la descripción,

⁵⁶⁵ CHL. VII. 75.

⁵⁶⁶ CHL. II. 4.

“el talento literario, la magia del estilo, la adivinación semipoética, el poder de resucitar las generaciones extinguidas y de interrogar a los muertos, leyendo en sus almas sus más recónditos pensamientos, y haciéndoles moverse de nuevo con los mismos afectos que los impulsaron en vida”⁵⁶⁷

Por aquí apunta la esencia de la intuición de Don Marcelino en lo que respecta a la historia. El historiador ha de moverse entre dos extremos nada fáciles de sortear: por un lado una imaginación creadora y recreadora de las condiciones, personajes, situaciones, que se desean describir y por otro lado, un realismo objetivo, aportado por la abundante y seleccionada colección de documentos propios para tal efecto. Menéndez Pelayo también señala la existencia de un tercer tipo de personalidad de aquel historiador, que careciendo de las dos cualidades anteriores, intuición filosófica y olfato descriptivo, posee una diligencia incansable, y un amor a la verdad por sí misma, junto con el celo para propagar y difundir dicha verdad:

“perseverancia modesta en la indagación de cada detalle, espíritu curioso y ordenador que desentierra y reúne los materiales de la historia futura”⁵⁶⁸

De estas tres naturalezas tiene que participar el historiador perfecto, de ahí que sea tan difícil encontrar semejante portento. De esta clase de personajes se dan uno en cada siglo. Se trata de un privilegio encontrar este tipo de genio.

Al igual que con la poesía y los poetas, ocurre con los historiadores. Deben existir en todo momento muchos historiadores en una nación, para que surja potente ese genio que aparece con la paciencia de quien aguarda su venida. Se trata entonces de ir “desbastando los materiales de su obra, y darle así allanada la mitad de su camino”.⁵⁶⁹ Además, esta forma bella de concebir la historia no está reservada solamente a los genios; tampoco exige grandes dotes intelectuales, pero sí como acabamos de indicar, una gran paciencia de atención y de memoria.

Los historiadores, tan necesarios en cualquier comunidad son trabajadores laboriosísimos, pero que se quedan en esa jerarquía, sin llegar a manifestar grandes dotes literarias, filosóficas o estilísticas.

El buen historiador por tanto ha de tener además tres condiciones indispensables:

- Un completo conocimiento de la materia

⁵⁶⁷ CHL. VII. 222.

⁵⁶⁸ *Ibidem.* 223.

⁵⁶⁹ *Ibidem.*

- Una capacidad para la sana fantasía
- Una gran dosis de sentimiento.

Nos referimos ahora a estas tres condiciones que Menéndez Pelayo detalla en el Prólogo a los “Ensayos” de J.M. Quadrado, y en la recensión de libro de Fernández Guerra, “Caída y ruina del Imperio visigótico”. Cuando Don Marcelino se refiere al *bien digerido conocimiento de la materia*, desea indicar el dominio general, de perspectiva de los acontecimientos y también a la comprensión de los mínimos detalles, la independencia y la rectitud de juicio. Sin condicionamientos de escuela, de falso patriotismo. Finalmente,

“el arte soberano de la narración, sin el cual la historia más crítica, más imparcial y mejor documentada no será nunca más que media historia”⁵⁷⁰

La historia exige además fantasía, capacidad para reproducir por medio de imágenes, las cosas pasadas o lejanas, o también de representar los hechos ideales en forma sensible. Esta cualidad debe ser manifestada de manera notable. Sin ella no se concibe al historiador perfecto. La fantasía produce signos que ayudan al lector, a realizar una recreación de detalle, a que no le quede ninguna duda sobre los hechos que está asimilando. A la fantasía, le acompaña el sentimiento. Los hechos en sí mismos no son más que “... piedras para el edificio que ha de levantar el arte... bien dijo nuestro Fr. Jerónimo de San José con la gracia y primor con que él dice todas las cosas pertenecientes al arte histórico, que el historiador debía ser otro Ezequiel que vaticinase sobre los huesos, uniéndolos y engarzándolos y dándoles su lugar y propio asiento en el cuerpo de la historia”.⁵⁷¹

Otro asunto importante es el de la consideración de la memoria como tópico o lugar común que solemos asignar a los historiadores. Está claro para cualquier persona, y Menéndez Pelayo lo recuerda, que no se puede escribir de memoria, que quien lo hiciera así caería constantemente en una sarta de mediocridades, por no decir barbaridades. Una buena memoria es herramienta interesante para el historiador, siempre que cuente con los elementos descritos, mucho más sustanciales que la memoria,

“el documento vivo y presente, y la voluntad férrea y tenaz para buscarla, y el discernimiento crítico para entenderle, y el ánimo libre de toda niebla de pasión, y la severidad científica del método, mide a cierta

⁵⁷⁰ CHL. V. 207.

⁵⁷¹ Recensión del libro “Caída y ruina del Imperio visigótico” de D. A. Fernández Guerra. La Unión. 1883.

especie de imaginación retrospectiva, es lo que conduce al hallazgo de la verdad histórica”.⁵⁷²

No es lo mismo una buena, o una gran memoria, que una capacidad de imaginación retrospectiva. La primera se reduce con demasiada frecuencia a un amasijo de datos. La segunda es capaz de rellenar con la misma calidad que el original, los detalles que el tiempo ha obligado a perder y por lo tanto a olvidar.

El historiador necesita la cualidad del buen gusto para ordenar los datos obtenidos e imaginados, y poder así marcar la distinción entre lo importante y lo superfluo.

3.5.4. Historia y poesía

La historia considerada como obra artística sugiere además dejar de lado la materia y el contenido; de alguna manera también las reglas críticas y el método de investigación y buscar ante todo el cuidado por la forma. La forma no es mera *exornación*, el embellecimiento del lenguaje escrito, mediante el uso de la retórica. Es más bien, el alma misma de la historia:

“...que convierte la materia bruta de los hechos y la selva confusa y enorme de los documentos y de las indagaciones en algo real, ordenado y vivo que merezca ocupar la mente humana, nunca satisfecha con vacías curiosidades y anhelosa siempre por las escondidas aguas de lo necesario y de lo eterno”.⁵⁷³

La historia no es obra plenamente artística, al estilo de la poesía, la música o las creaciones plásticas, pero es contenedora de muchos elementos estéticos que obligan a situarla por encima de la oratoria, o de otras prácticas fácilmente condicionables por su utilidad. Es arte objetiva, guiada por los signos del mundo exterior, del cual arrancan los hechos con verdadera intuición artística; interpreta, traduce y desarrolla.

Poeta y artista han de trabajar en comunión, ya que ambos se ocupan del fondo esencial y permanente de la naturaleza humana, que

“ni uno ni otro podrán modificar, so pena de producir obras mentirosas y heridas de muerte desde la cuna. No; el poeta no inventa, ni el historiador tampoco; lo que hacen uno y otro es componer e

⁵⁷² CHL. V. 14.

⁵⁷³ CHL. VII. 6. (La Historia considerada como obra artística. Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia. 1883).

interpretar los elementos dispersos de la realidad. En el modo de interpretación es en lo que difieren”.⁵⁷⁴

La labor del poeta es sacar a la luz el fondo del alma de los personajes históricos, averiguar cuidadosamente lo más real e íntimo, sumergirse en su conciencia y aportar claridad en los escondidos motivos de sus acciones. Y como si se tratara de un método científico referido al buen trabajo del poeta en relación con la historia, Menéndez Pelayo aporta una serie de ordenadas pistas sobre su trabajo:

- Mostrar en apretado tejido las relaciones de causa y efecto.
- Eliminar lo accesorio
- Agrupar en grandes masas los acontecimientos y los personajes
- Borrar lo superfluo
- Acentuar la expresión
- Marcar los contornos y las líneas
- Hacer que todo color y toda superficie y todo detalle hable su lengua y tenga su valor y conspire además al efecto común

La historia, hace algo similar, pero de un modo mucho más imperfecto y somero,

“procediendo por indicios, conjeturas y probabilidades, juntando fragmentos mutilados, interrogando testimonios discordes, pero sin ver las intenciones, sin saberlas ni penetrarlas a ciencia cierta como las ve y sabe el poeta arrebatado de un numen divino”⁵⁷⁵

La historia no puede fantasear, no puede introducirse en la mente de los personajes ni hablar por ellos, pero será de más calidad cuanto más se acerque con sus propios medios a producir los mismos efectos que producen el drama y la novela. En definitiva llega un momento -entiende Don Marcelino- en el que ya no hablamos del arte aplicado a la historia, de la poesía, del drama o de la novela, sino del arte de la composición.

Entendiendo de este modo el problema estudiado, afirmaremos que la historia, al igual que la poesía, enseña y pone en nuestros ojos de forma artística, lo que hay de eterno y de temporal u relativo en cada acción humana, lo que en ella hay de necesario y de contingente, *lo que hay de universal y lo que hay de temporal en cada individuo.*

En el célebre discurso de ingreso a la Real Academia Española, Menéndez Pelayo observa que esta consideración de la historia como obra artística no es nueva,

⁵⁷⁴ Ibídem.

⁵⁷⁵ Ibídem.

“...al contrario, si de algo pecamos los modernos, es de irlo olvidando demasiado”⁵⁷⁶

El artista que entiende verdaderamente la verdad, concibe que ésta se encuentra en la cosa misma y que no se podría entender sin esta luz, sin esta capacidad para descubrir lo universal que reconocemos como cualidad principal del artista sin la cual no habría poesía, pero tampoco habría historia.

Además, la poesía se nutre de los ríos de la realidad, al igual que la historia y entre ambas, *conspiran amigablemente* para darnos bajo la verdad real, la verdad ideal, que va deletreando el espíritu en confusos y medio borrosos caracteres. La poesía unas veces precede y anuncia a la historia. En estos siglos recientes de reflexión y de análisis, los poetas cultos sienten la necesidad de refrescar su inspiración en la fuente de lo real, acudiendo a la historia con espíritu desinteresado y arqueológico.

⁵⁷⁶ CHL. VII. 9.

3.5.5. Historia clásica e Historia del arte

Una dimensión original, diferente, que roza la leyenda y que desde luego no tiene intenciones de objetividad absoluta es la del historiador clásico. Al historiador clásico no le basta que sus personajes hablen con la voz de sus hechos. Tiene que mostrar lo más escondido de su conciencia y la maquinación de sus misterios psicológicos.

Las cartas que no se escribieron o que no se conservan, los discursos que quizás no se pronunciaron añaden una forma artística al carácter del héroe y al desarrollo de la pasión. “la pasión es el alma de la tragedia y de la oratoria, el historiador clásico, que es ante todo orador y poeta trágico, es apasionadísimo, a despecho de los preceptos de los retóricos, que le imponen la más severa neutralidad; y lejos de olvidarse de que es griego o romano, español o florentino, aristócrata o demócrata, republicano o amigo del imperio, no aparta nunca de los ojos su patria, su raza y su partido”.⁵⁷⁷

El historiador de lo clásico esculpe de este modo a sus héroes en actitudes épicas y sublimes; rebaja a sus contrarios dándoles como mucho la grandeza del mal.

De todo este estudio acerca de la historia clásica y de su necesidad, Menéndez Pelayo concluye que es una historia grande, bella e interesante. No por la imparcialidad del historiador, sino por su explícita parcialidad. En esta clase de narración, las personas no son indiferentes, sino que se enamoran de unas y aborrecen a otras, comunicando ambos sentimientos al lector.

El autor aquí se *encarniza* con los personajes, pero lo hace bajo la fruición artística, no con el fin de servir de modelo a reyes, príncipes y gobernadores, sino porque ha creado figuras tan ideales, animadas y complejas como las del drama moderno. No se enseña el buen vivir, sino la pasión de la vida, compartida por la humanidad que en algo ve reflejado su propio sentimiento.

Otra dimensión diferente por naturaleza, fundamental por la necesidad constitutiva de su creación es junto con la historia clásica, la consideración de la historia del arte como dimensión genuina de la historia.

“Ninguna historia debe escribirse sin arte, pero menos que ninguna la historia del arte mismo. Ella requiere como primera condición aquel entendimiento y sentido de la hermosura que todos los archivos del mundo no pueden dar, y que la doctrina estética desenvuelve y perfecciona, pero no crea”⁵⁷⁸

⁵⁷⁷ *Ibidem.*

⁵⁷⁸ *Ibidem.* CHL. III. 6.

El historiador del arte, al igual que el resto de sus colegas que se dedican a otro tipo de tareas de investigación histórica, así como el crítico de arte, debe participar de algún modo, de los dones de la imaginación creadora, sin la cual no sería posible reconocer y discernir los talentos artísticos en las obras ajenas.

3.5.6. El historiador católico como historiador de la Iglesia

No es posible conocer la cultura cristiana (ciencia cristiana), ni siquiera la historia general, que tiene como centro al cristianismo. El historiador, que como hemos visto debe tener condiciones de artista, de poeta..., también ha de portar un componente de teólogo. Igual que en las otras artes o saberes humanísticos, el teólogo debe ser también historiador para testimoniar el pasado de la Iglesia a quien desee estudiar o al que pretenda falsear sus orígenes y desarrollo.

“la historia eclesiástica es una gran apología de la Iglesia y de sus dogmas, una prueba espléndida de su institución divina, de la belleza, siempre antigua y siempre nueva, de la Esposa de Cristo”.⁵⁷⁹

El estudio sobre las cosas de la Iglesia, ha de ser realizado con gravedad y amor. Con enorme grandeza, conciencia de su importancia y cariño de quien se sabe hijo. Cuando la historia eclesiástica es acometida con esta disposición, va mucho más allá de la ciencia y de la vida, y *la ilumina con su resplandor*.

La Historia de la Iglesia en su conjunto, ha de tener siempre, como buena profecía, un desarrollo positivo, ha de servir para edificación y no para escándalo. Éste “no nace de la divulgación de la verdad, por dura que sea, cuando se expone con cristiana intención y decoroso estilo, sino de la ocultación o disimulación que está a dos dedos de la mentira”.⁵⁸⁰

No niega Menéndez Pelayo que se pueda escribir aquello que pudiera resultar negativo sobre la Historia de la Iglesia, se refiere más bien a que por encima de cualquier aspecto no deseable, se ponga el signo de la profecía y el ennoblecimiento, para que la propia confección de la historia, sea también construcción de la Iglesia. Los grandes historiadores católicos, a juicio de Don Marcelino, han dado ejemplo de nobleza y buen hacer. Nuestra literatura es una de las que tiene mayores pruebas de maestros en el arte de la historia eclesiástica, que han demostrado *varonil entereza*.

A pesar de que en ciertos escritos, como en el de las Advertencias Preliminares, hable Menéndez Pelayo de la escritura apologética; en lo referido a la Historia de la

⁵⁷⁹ HHE.I. (Advertencias preliminares a la 2ª edición. 1910. I. 7-8).

⁵⁸⁰ *Ibidem*. 31.

Iglesia, nos anima, en otros trabajos a que esta apología debe tener un sano estilo, debe ser implícita. Que no se llame apologética a la historia eclesiástica, o a la historia realizada por historiadores católicos. Éstas son algunas de las palabras que explican su postura:

“no es necesario ni conveniente que su historia (la del historiador católico), se llame apologética, porque el nombre la haría sospechosa. Las acciones humanas, cuando son rectas y ajustadas a la ley de Dios, no necesitan apología; cuando no lo son, sería temerario e inmoral empeño el defenderlas”.⁵⁸¹

Además nos aclara sobre su objetividad:

“la materia de la historia está fuera del historiador, a quien con ningún pretexto es lícito deformarla”⁵⁸²

Es decir, el historiador no tiene que defender ni inventar nada respecto de los hechos de la Iglesia. Primero porque significaría un acto arbitrario, antojoso; segundo porque no sería moral ninguna clase de invención que significara de algún modo una forma de engaño. Tercero, porque en su afán, el investigador en la búsqueda de la verdad, se halla fuera de los hechos, hechos que deben hablar por sí mismos.

Los permanentes discursos de alabanza, cuando se hacen de manera genérica, restan credibilidad del mensaje y del mensajero, y sólo sirven en la práctica para *alejarnos de la verdadera comprensión de los grandes sucesos y del espíritu de los tiempos*. Pocas cosas hay tan dañinas como la confección de panegíricos, los estilos recargados, que unidos a ciertos estilos artificiales, *gótico-florido y afrancesado*, se han dedicado al aplauso o a la disculpa de los periodos más destacables de la Edad Media.

El historiador católico en cambio, es libre de pensamiento, de tarea, incluso sabe aprovechar muchos aspectos positivos que se dan en el manejo de las obras escritas con criterio heterodoxo. Sabe extraer de ellas lo que tienen de ciencia positiva.

“y así lo practican y profesan los historiadores católicos menos sospechosos de transacción con el error”⁵⁸³

Por otra parte la historia goza de sus derechos, los que corresponden a la búsqueda de la verdad. Incluso el conocimiento de las flaquezas de los grandes hombres, cuando son descubiertos por el correr del tiempo, tiene más de lección moral, que de motivo de escándalo, dicho descubrimiento podría ser útil,

⁵⁸¹ Ibídem. 3.

⁵⁸² Ibíd.

⁵⁸³ HHE. I. 4.

“en cuanto sirve para impedir que la justa admiración degenera en sacrílega apoteosis”.⁵⁸⁴

Acerca de los criterios del católico, considerado bajo la dimensión de historiador de la Iglesia, Menéndez Pelayo asigna unas pautas que iluminan su forma de trabajo:

“la historia de la heterodoxia española puede ser escrita de tres maneras:

1° en sentido de indiferencia absoluta, sin apreciar el valor de las doctrinas o aplicándoles la regla de un juicio vacilante con visos de imparcial y despreocupado.

2° con criterio heterodoxo, protestante o racionalista.

3° con el criterio de la ortodoxia católica”.⁵⁸⁵

La historia desde el criterio católico no puede ser descrita con indiferencia que se confunda con la imparcialidad. Este criterio solamente podría ser tomado ante la descripción de hechos externos y aún así lo sería con dificultad. (Hechos externos son las batallas, las negociaciones diplomáticas, las conquistas). Nunca podría ser aplicada esta indiferencia a la historia de doctrinas y libros en los que la crítica tiene que decidirse necesariamente por el bien o por el mal, someterse a un principio y juzgar de acuerdo a él, cada uno de los casos particulares.

Cuando el historiador labora de esta manera, pierde la imparcialidad estricta de la que muchos presumen y muy pocos cumplen, y entra en un nuevo dilema: o bien juzgar con criterio heterodoxo, ya sea protestante o racionalista, dependiendo de si sigue o no las verdades de la Revelación, o bien se acoge al yugo de la verdad católica, recibiendo de ella luz y guía en sus investigaciones y juicios.

“Si el historiador solamente se propone referir hechos y recopilar noticias, valiéndose sólo de la crítica externa, pierde la calidad de tal; hará una excelente bibliografía como la del Dr. Boehmer, pero no una historia”.⁵⁸⁶

Don Marcelino no niega la libertad humana, no juzga la historia como simple materia observable y experimentable, como lo hacen los positivistas. Hace entrar en el juego de la historia las categorías del mundo religioso católico como la Providencia, la Revelación, el Libre albedrío, la Ley moral, colocándolas como bases de toda historia.

⁵⁸⁴ Lope. I. 262.

⁵⁸⁵ HHE. I. 54.

⁵⁸⁶ *Ibidem*. 55.

Si la historia que se escribe, es de ideas religiosas y éstas pugnan con las propias y con las de la doctrina de la Iglesia, esta historia ha de condenarse con la seguridad del creyente sincero, una especie de método procedimental y actitudinal para buen criterio del historiador católico.

El tópico de la imparcialidad, Menéndez Pelayo lo resuelve defendiendo una tesis un tanto revolucionaria; *mi historia será parcial*. Se refiere con esta expresión a que la verdad es una sola y por tanto su búsqueda debe ir detrás de su esencia, *la verdad no es parte sino todo*. Si se quiere llamar imparcial, se entenderá entonces como veracísima, en cuanto a los hechos,

“procurando que el amor a la santa causa no me arrastre a injusticias con sus mayores adversarios, respetando cuanto sea noble y digno de respeto, no buscando motivos ruines a acciones que el concepto humano tiene por grandes”⁵⁸⁷

Es decir, lo fundamental en un criterio verdaderamente católico es el amor al prójimo, la caridad hacia las personas; de no ser así, los medios estarían destruyendo a los fines. Se trata de manifestar siempre la verdad, eso sí, sin retroceder ante ninguna averiguación necesaria. El trabajo incansable para el historiador cristiano es la garantía de coincidir con la luz y *ninguna verdad puede ser hostil a la Verdad*, puesto que todas son reflejos de ella.

Remata este argumento Menéndez Pelayo, proponiendo un leve verso:

“Que es lengua, la verdad, de Dios severa,
Y la lengua de Dios nunca fue nada”.⁵⁸⁸

Destacando así dos grandes características del narrador católico: la gravedad y la necesidad de su manifestación.

Haciendo referencia a la Historia de los Heterodoxos, en su significado más universal posible y en su sentido más particular, cuando Don Marcelino se refiere a su propio libro, afirma que dicha historia debe ser escrita en sentido católico, y *sólo en el catolicismo puede encontrar el principio de unidad que ha de resplandecer en toda obra humana*. El dogma católico es tomado en una dimensión mucho más abierta que la estrictamente religiosa, es también el eje de nuestra cultura. Católica es nuestra filosofía, nuestro arte y todas las manifestaciones del principio civilizador, que rozan con lo hispánico.

⁵⁸⁷ HHE. I. 55.

⁵⁸⁸ *Ibidem*.

3.5.7. La filosofía cristiana de la historia.

Los historiadores antiguos llegaban en el mejor de los casos, a poner de manifiesto a sus dioses en situaciones singulares como la venganza de los dioses sobre los soberbios, malvados e injustos. En otras ocasiones alcanzaban el restablecimiento de la templanza o quietud del ánimo, tanto en los individuos como en las repúblicas, ya sea por medio de las más sangrientas justicias como por la vía de las purificaciones, exorcismos y justicias sangrientas.

La confección de la historia, en este contexto, discurría bajo la forma de la tragedia que inculcaba siempre las máximas de la antigua sabiduría, indicando que “cuando una ciudad impía olvida a los dioses, cae sobre ella la venganza celeste y hunde en las ruinas hasta a los justos que se hospedaban en ella”.⁵⁸⁹

Con estos antecedentes oscuros, en la manera de hacer historia con arranques religiosos, solamente al cristianismo le podía resultar posible el nacimiento de una verdadera filosofía de la historia. El cristianismo contribuyó como base con las doctrinas de la caída y de la Redención; aportando así acerca del origen del mal en el mundo, de la acción constante de la Providencia, sin menoscabo del libre albedrío humano.

“aplicar estos principios a la historia fue la tarea de los primeros providencialistas, empeñados en contestar a los paganos que atribuían al abandono de la antigua religión, fuerza y nervio de la república romana, las postreras calamidades que llovieron sobre el imperio”⁵⁹⁰

El Dios personal de la historia cristiana, hace que ésta sea mucho más humanista, más considerada en su propia identidad y en la trascendencia que propone. Éste es el juicio de Menéndez Pelayo.

3.5.8. A modo de conclusión

Son muchos los juicios que vierte Menéndez Pelayo en torno a la estética.

La noción de estética, por otro lado, y el objetivo mismo de lo bello, se nos presentan vagos y cambiantes. Sin embargo, la doctrina de Menéndez Pelayo, tal y como pudo concebirla y sentirla, no ha quedado plasmada sistemáticamente, como para dar la idea de seguridad. Fue una pérdida lamentable que el autor de la Historia de las Ideas Estéticas no pudiera dejarnos el Epílogo en que pensó cuando trazaba el

⁵⁸⁹ CHL. VII. 22. (La Historia considerada como obra artística.1883).

⁵⁹⁰ *Ibidem*.

plan armonioso de esta gran obra. En este sentido, uno de los documentos más valiosos es el de la Advertencia Preliminar a la Historia de las Ideas Estéticas.

Quizás lo más importante a tener en cuenta sería su actitud intelectual, que biográficamente se va haciendo cada vez más rica y abierta. De este modo, podemos decir que el Menéndez Pelayo de las Ideas Estéticas, maduro, comprensivo y ponderado, ha dejado muy lejos ciertos juicios apologéticos apasionados, de sus obras juveniles.

En general, los grandes temas que hemos comentado sobre el trabajo estético de Menéndez Pelayo, reducidos en tres grandes apartados: Estética y Teoría general del arte, Filosofía del arte y Literatura y arte, se podrían observar expuestos transversalmente las siguientes inquietudes intelectuales de Menéndez Pelayo en lo referido a la Estética:

- Posición en contra del moralismo en Estética:

Menéndez Pelayo coincide con el criterio común de la historia del pensamiento occidental, en el que la comprensión de la esencia peculiar de lo estético surgió independizándose respecto de la ética, a pesar de las condenas de los moralistas. En la labor histórica de Menéndez Pelayo, lo estético empieza por ser urgentemente defendido de las pretensiones de absorción en lo moral que animaban a ciertos pseudoescolásticos. Don Marcelino defiende de forma decidida en todos los artículos de la Historia de las Ideas Estéticas y en el resto de las obras en las que vierte su juicio sobre esta materia, su opción del arte por el arte, aunque se refiera a otro significado diferente del asignado por los contemporáneos franceses e ingleses.

- Lo estético y lo intelectual:

Insiste Menéndez Pelayo en la cercanía de lo estético con lo intelectual, sin confundirlos ni considerar lo estético, como caso particular de lo intelectual. Tampoco excluye la dimensión afectiva de lo estético, sino como una necesaria complementación entre sentimiento y discurso. La apreciación estética no es un acto puramente intelectual. Una cosa es sentirse atraídos hacia un determinado arte, y otra muy diferente es poder disfrutar en sentido pleno de una experiencia puramente estética. La apreciación de la belleza pasa necesariamente por la ruta juicio-sentimiento estético.

- La tendencia idealista:

El intelectualismo estético encuentra su sentido metafísico dentro de la tradición idealista, sobre todo en el platonismo, popularizado por el Renacimiento, y tomando lo estético como reflejo de las esencias puras, posible objeto de intuición extática, situado en el sujeto absoluto, Dios, o Suprema Belleza. El idealismo estético

se explica afirmando que la esencia de la realidad es la verdad y esta verdad constituye el origen de la belleza. No se comprende el realismo sin un ideal bueno o malo a quien referirle, ni hay idealismo que no tenga algún fundamento en la realidad. Tampoco se comprende el idealismo calificado como falso y necio y en multitud de ocasiones mencionado por Menéndez Pelayo como posición exagerada de quien desfigura la realidad convirtiéndola en el caso de la literatura, en extremos descriptivos ridículos.

- La admiración por la “Estética” de Hegel:

Menéndez Pelayo considera la Estética de Hegel como la única obra de genio producida en esta disciplina, llegando a llamarla “estética para artistas”. Reconoce que sus conclusiones aniquilan todo porvenir del arte. Don Marcelino diferencia el Hegel filósofo del Hegel esteta.

La admiración por la estética hegeliana representa la valoración de la constante idealista en una forma moderna. Menéndez Pelayo comenta sobre la libertad artística, siguiendo la línea de Hegel. Hegel llega a impresionarle de tal modo, que se equilibra el humanismo hispano presente en nuestro autor y el occidentalismo europeo, lo que le proporcionó un equilibrio más científico y sereno en su creación artística.

El gran conocimiento sobre el pensamiento kantiano y sobre todo su preferencia personal por Hegel marcan definitivamente su personal concepción. Podemos observar la aportación de Hegel a los conocimientos estéticos que son incluidos en su forma de crítica histórica. En ésta se halla su avance definitivo, en las interpretaciones de crítica histórica, como en el asunto de los ciclos artísticos, el origen de la lírica, etc. La ciencia estética al decir de nuestro autor, es una de las ciencias más antiguas y también más modernas. Gracias a Hegel, al que Menéndez Pelayo llama genio, ha salido la estética del olvido, de la falta de contenido, de la oscuridad, el vacío, la arbitrariedad y la casuística

- Polémica con los pseudoescolásticos:

Por la misma razón que Menéndez Pelayo conocía hondamente a Santo Tomás y era un especialista en la escolástica española del siglo XVI, podía oponerse a las deformaciones que autores contemporáneos hicieron de la verdadera doctrina tomista. *No hay preocupación, ni sistema, ni escolástica que resista a la pura luz de la belleza.* Lo que Menéndez Pelayo detesta es la unión a un sistema de pensamiento que en realidad, por falta de visión, se ha deformado. El pensamiento escolástico español que conoció Menéndez Pelayo mantiene un diálogo amistoso con la escuela jesuítica española en contraste con el enfrentamiento que mantiene ante el neotomismo rígido de sus contemporáneos con el que Don Marcelino mantendrá parte de sus polémicas.

- El renacentismo:

Menéndez Pelayo revela en su ideario estético un sentimiento de comunión fundamental con la experiencia histórica del Renacimiento, más en lo intelectual y en lo literario que en lo artístico en cuanto tal, en las artes plásticas. Su admiración por Vives puede servir para aclarar el sentido de esa adscripción. Esta admiración por la propuesta renacentista ha de entenderse como una actualización de un idealismo moderado y como sentido de la forma en cuanto bella revelación de un contenido intelectual.

El cuidado del estilo: el sentido renacentista de Don Marcelino, dirigido hacia la literatura, gira en torno al ideal de la elocuencia, heredado de los clásicos greco-latinos. Consiste este ideal en tomar la literatura ante todo como un *bien decir*, como exposición elegante y medida de un todo de sentido predominantemente intelectual. Menéndez Pelayo deja traslucir en sus escritos, el eco cervantino, si bien unido a recuerdos humanistas, en gran medida filtrados por la prosa de Fray Luis. La forma, ya en la literatura, tiene un elemento fundamental que es la lengua. Lo sustancial en realidad no lo da la lengua, sino el estilo. Entiende Menéndez Pelayo por estilo, *todo el desarrollo mórfico necesario para que la concepción artística deje de ser idea pura*.

La cualidad fundamental del estilo es la transparencia. La búsqueda de la transparencia implica el uso de *vocablos que signifiquen llanamente lo que se quiere decir*. El estilo se convierte en vacía retórica cuando no hay suficiente correlación entre la idea y la frase.

- La enemistad hacia el Barroco:

El Barroco interpretado como la exageración del clasicismo renacentista que llevó su formalismo a términos casi opuestos. No se manifiesta partidario de la poesía de Góngora, que fue escándalo de la poesía pura. Menéndez Pelayo rechaza el ideal poético del Barroco del vocabulario aparte y las palabras raras.

En el barroco hay desenfreno y jactancia (un hago lo que me da la gana, muy español), pero poca simulación. La hipocresía fue más un pecado protestante, como hija de la soberbia. Más aún, el barroco fue una reacción de sinceridad contra el humanismo puro.

Obra total, la de Menéndez Pelayo, que queda abierta para el estudio y para el disfrute, y que debido a su abundancia y calidad estética, siempre supone un noble reto para los que somos lectores e investigadores de sus problemáticas.

Capítulo 4 Menéndez Pelayo y su aportación a la Filosofía desde la historiografía española (a modo de conclusión).

4. Menéndez Pelayo y su aportación a la filosofía desde la historiografía española

4.1. El filósofo

Es filósofo auténtico el que sabe tener una visión propia y personal de la realidad en la que está inmerso. Menéndez Pelayo supo tener esa visión personal de la realidad histórica de España. La visión de Menéndez Pelayo fue superar la creciente e inútil antinomia de la España del siglo XIX con criterios creadores, científicos y católicos⁵⁹¹. La intención oculta tras la erudición de Don Marcelino, es la de darnos el concepto y la tesis de España, justificándolos con toda clase de hechos, para demostrar que sus apreciaciones no son arbitrariedades de un filósofo. La vida del espíritu no puede aislarse de ninguno de los modos de manifestación que tiene. Todos los hechos, y también los pensadores, las personas notables de una sociedad, se enlazan mediante una complicada red de sutiles relaciones, que le toca discernir al análisis crítico.

“de donde se infiere que el genio filosófico de un pueblo o de una raza no ha de buscarse sólo en sus filósofos de profesión, sino en el sentido de su arte, en la dirección de su historia, en los símbolos y formas jurídicas, en la sabiduría tradicional de sus proverbios, en el concepto de la vida que se desprende de las espontáneas manifestaciones del alma popular”⁵⁹².

Menéndez Pelayo supo amar tradición y progreso. Por la primera se salva la continuidad y riqueza de una cultura. Por el segundo, esa cultura se acrecienta, renovándose y explotándose su riqueza.

“la tradición no la entendió nunca Menéndez Pelayo como un bien muerto, ni siquiera como una meta lograda. La entendió como una riqueza que hay que acrecentar y como un guión que nos debe orientar. Se equivocaría grandemente el que imaginara que para nuestro polígrafo todo lo tenemos logrado en nuestra historia o que nada de nuestro pasado está sujeto a revisión y enmienda”⁵⁹³.

Si Don Marcelino se colocó frente a la escuela krausista española, fue precisamente porque vio en ella muchos elementos extraños y poca energía española, y le hubiera gustado lo que hacían si en lugar de venir dogmatizando con no muy buenas formas, hubieran llegado integrando y asimilando. De este modo Menéndez Pelayo no apuesta por ningún sistema concreto de filosofía, y menos aún pretendía ser

⁵⁹¹ Sobre el tema, ver la obra de Pedro Laín Entralgo, Menéndez Pelayo, historia de sus problemas intelectuales. Espasa Calpe. Madrid. 1944.

⁵⁹² ECF. 369.

⁵⁹³ Bernardo G. Monsegú. Valoración filosófica de Menéndez Pelayo. Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. Santander. 1956. p.20.

creador de ninguno de ellos. Fue filósofo en cuanto que fue crítico que buscaba las causas ocultas de los hechos y el sentido orgánico de la evolución de las formas, de modo que

“no fue adicto a ningún sistema, sino que fue -como dice de él Bonilla San Martín- *un ciudadano libre de la república de las letras*”. El sentido de la filosofía para Menéndez y Pelayo es la aspiración a revivir una armonía equilibrada, ya que se vio zarandeado por dos extremos: el krausismo progresista y el escolasticismo tradicionalista”⁵⁹⁴.

4.2. Filósofo historiador

Menéndez Pelayo es el filósofo que hace historia, es el historiador filósofo que busca en las entrañas de nuestro pasado, el devenir del presente y del futuro, “historia lo contingente y lo relativo, como él dice, pero para descubrir en la contingencia histórica la presencia de una ley”.⁵⁹⁵ o de una constante del espíritu. Busca en los hechos pasados para señalar lo que será, presenciando lo actual, para tener buenas vistas del futuro.

“Para nosotros tuvo Menéndez Pelayo en grado incomparable cuatro dotes, a cual más excelentes: fue historiador, filósofo, crítico y literato... las dotes dichas, que nos atrevemos a decir que son en él inseparables. Porque Menéndez Pelayo es filósofo cuando hace historia, cuando hace crítica y cuando escribe de literatura: cuando escribe historia, filosofa también, critica y es literato: cuando critica, no puede menos de ser filósofo, historiador y, por descontado, literato”⁵⁹⁶.

Don Marcelino se hizo con España, solidarizándose con nuestra historia, con nuestra fe y tradición, pero no para anclarse en ellas, sino para lanzarlas con el impulso genial de quien tiene visión de verdadero progreso. Ahí, la fe nunca estorbó a la razón, sino que armónicamente se conjugaron y se ayudaron.

Su plenitud como historiador⁵⁹⁷, hace que esta ciencia o arte, de la historia, se cumpla hasta lo máximo. Este fenómeno pasa por el análisis integral de los hechos, la

⁵⁹⁴ Manuel Suances Marcos. Historia de la Filosofía Española Contemporánea. Ed. Síntesis. Madrid. 2006. p.177-178.

⁵⁹⁵ Ibídem B. G. Monsegú. p. 21

⁵⁹⁶ Juan Manuel Fernández. Menéndez Pelayo filósofo. Revista de Humanidades. N°15. P.60.

⁵⁹⁷ Muchos juicios interesantes hay de Menéndez Pelayo acerca del oficio del historiador, de su carácter íntegro, de su método, y de su relación con las otras ciencias y saberes. Para no distorsionar más el texto central, consignamos ahora unas palabras suyas acerca de la consistencia necesaria del historiador: “los pocos escritores de verdadero genio crítico que se aventuran a encerrar en un libro todo el movimiento

documentación positiva de los mismos, la síntesis que el historiador debe saber acometer, así se salvaguarda la verdad, apurando la autenticidad de los hechos, se libra la historia de convertirse en un cajón de cosas sueltas.

“la historia no se escribe para gente frívola y casquivana, y el primer deber de todo historiador honrado es ahondar en la investigación cuanto pueda, no desdeñar ningún documento y corregirse a sí mismo cuantas veces sea menester. La exactitud es una forma de la probidad literaria y debe extenderse a los más mínimos pormenores, pues ¿cómo ha de tener autoridad en lo grande el que se muestra olvidadizo y negligente en lo pequeño?”⁵⁹⁸.

Debe establecerse un verdadero nexo entre filosofía e historia, para que al construir el pensamiento, se vaya tejiendo paralelamente el progreso humano y la verdad no se pierda nunca en las distracciones de la actualidad, y se beneficie de ésta. El que tiene verdadero sentido histórico, no se encierra en un dogmatismo exagerado, no mata la iniciativa de la persona, no niega a los presentes el derecho que tuvieron los antiguos. Un buen filósofo y un buen historiador saben comprender la interdependencia entre filosofía e historia, comprenden la significación, la razón de ser de los distintos sistemas filosóficos que aparecen en el mundo.

El gran sentido histórico de Don Marcelino le enseñó a comprender la utilidad que para la filosofía suele tener todo movimiento cultural, aun el que parece más alejado de aquella corriente tradicional y de vitalidad perenne que constituye el sustrato de toda buena filosofía. Le hacía apreciar en su justo valor toda aportación valiosa para la ciencia, en cualquier periodo de tiempo, por más errores o exageraciones que implicara, es el que le hacía discernir también con acierto entre la estima que ha de hacerse de toda contribución histórica y la que cabe considerar como de validez permanente, para la filosofía verdadera.

La idea clara de Menéndez Pelayo es que sin consideración a la historia no se puede hacer buen juicio de la filosofía, ni tampoco velar por el progreso de la misma. La falta de sentido histórico es un vicio muy dañoso, y puede hallarse del mismo modo en los escolásticos que en los otros filósofos

Menéndez Pelayo prometió hacer una exposición e historia de la filosofía española, pero no pudo llegar a realizar este proyecto. Su temprana muerte lo impidió. Ello hubiera sido una obra inestimable para la historiografía filosófica española. Quién

histórico de una nación o de un periodo comienzan por prepararse con un largo y paciente trabajo analítico, de que hoy no se exime a nadie, por muy filósofo y muy elocuente que sea...” Discurso de contestación a R. Villa en la Real Academia de la Historia.1893. CHL. VII. 222.

⁵⁹⁸ HIE. (Advertencia Preliminar a la 2ª edición. I. 2).

llegó a realizar ese proyecto, al menos en parte y por encargo suyo, fue su discípulo Adolfo Bonilla quien obtuvo una esmerada formación, doctorándose en Derecho y en Filosofía y Letras en la Universidad Central de Madrid.

4.3. Su filosofía de la historia

Menéndez Pelayo transportó a la historia la concepción propia de la filosofía cristiana, llevando a la par el más fino sentido católico y de respecto a la tradición, y el más agudo espíritu crítico y de adaptación a las exigencias del progreso.

La perenne filosofía que buscaba y defendía le hacía fundir en un sano eclecticismo todas las partes de verdad que descubrían sus ojos de historiador. De este modo se benefició de los avances positivos del siglo XIX, o de las doctrinas filosófico-históricas de las escuelas alemanas, pero poniendo en todo ello su sello personal, su ritmo y decir castizo y católico que da sentido a toda su obra.

De ahí que Don Marcelino, al tratar de comprender históricamente los sucesos, investigando la razón de los mismos, penetre con paso cristiano en la filosofía de la historia, y apele a los grandes principios cristianos.

“La concepción histórica de don Marcelino era tan amplia y tan comprensiva, que en ella cabía bien la comprobación de lo estable y la renovación de lo mudable, la atención al dato positivo, singular, bien documentado, y la apelación al principio, ley general, postulado, providencia, verdad ideal, que preside la sucesión de los hechos. En la historia hay algo que es más que historia”⁵⁹⁹.

Este algo es precisamente lo universal o lo necesario que dijo Aristóteles, el reflejo de las íntegras, sencillas, inmóviles ideas de su maestro Platón, la verdad ideal que persigue Hegel. Esta verdad está en el artista, porque él la entiende; pero está también en la cosa misma, que no sería inteligible sin esta luz. Sin este poder de visión, sin esta facultad de descubrir lo universal que reconocemos en el artista, como cualidad principalísima suya, no hay poesía, pero tampoco hay historia⁶⁰⁰.

Al historiador verdadero, que no se contenta con narrar y comprobar hechos, sino que quiere darnos la razón de los mismos, averiguar su porqué y la finalidad que tuvieron, no le basta con ser erudito o investigador al modo positivista. Debe ser también filósofo y aun teólogo, como advierte Don Marcelino, en la Historia de los

⁵⁹⁹ Bernardo G. Monsegú. Valoración filosófica de Menéndez Pelayo. Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. Santander. 1956. p.30.

⁶⁰⁰ CHL. II. 14.

Heterodoxos Españoles⁶⁰¹. La filosofía ayuda a comprender la historia, como ésta ayuda a entender aquélla.

El cristianismo no vino a destruir nada, para Don Marcelino, no vino a destruir nada de lo bueno que había en la civilización antigua, sino a restaurarlo todo en Cristo⁶⁰². Hasta cierto punto el mundo pagano fue una preparación para el cristiano.

Sobre este postulado fundamental de que Cristo se halla convertido en el eje de la historia, según el plan providencial que la revelación ilumina, y de que lo cristiano no viene a destruir sino a restaurar y perfeccionar cuanto tiene valor en lo humano, Menéndez Pelayo enfoca y despliega toda su labor de historiador y hasta de crítico literario.

La noción de su perspectiva histórica es descrita en el discurso preliminar a su Historia de los Heterodoxos Españoles, su pretensión era señalar los tres criterios con que puede escribirse la historia: el de indiferencia absoluta, limitándose a exponer hechos, el racionalista o heterodoxo y el católico. El primero, según Don Marcelino resulta insostenible, porque el historiador no puede ver con la misma actitud el bien y el mal, la verdad y el error, la belleza y la fealdad. Debe juzgar de las cosas, y ese juicio presupone necesariamente un criterio y una decisión. Historia que sólo cuenta hechos y no los enjuicia y califica, bibliografía es, pero no historia, dice.

El segundo, el racionalista, menos podía adoptarlo Menéndez Pelayo. Se colocó pues, en la perspectiva católica, dejando a la historia su imparcialidad como relato o narración de hechos y haciéndose parcial, si entendemos por este término, tratar de hacer honor a la verdad. Al filosofar sobre la historia de esos mismos hechos, iluminándolos con los eternos principios de verdad y de virtud que el cristianismo hizo suyos y mejoró con lo suyo. Así nos dice:

“gracias a Dios no soy fatalista, ni he llegado ni llegaré nunca a dudar de la libertad humana, ni creo como los hegelianos en la identidad de las proposiciones contrarias, verdaderas las dos, como manifestaciones de la Idea o evoluciones diversas de lo Absoluto, ni juzgo la historia como simple materia observable y experimentable al modo de los positivistas. Católico soy y como católico afirmo la Providencia, la revelación, el libre albedrío, la ley moral, bases de la historia”⁶⁰³.

Menéndez Pelayo valora el progreso humano desde la perspectiva de la revelación católica, en lo que denomina el ascenso y el descenso de nuestra historia nacional, “providencial fue la inserción del elemento cristiano en el tronco pagano con

⁶⁰¹ HHE. I. 7.

⁶⁰² Ver CE. II. 150.

⁶⁰³ HHE. I. 55.

lo que el espíritu clásico, espíritu de ley, de unidad, de civilización, cobró fuerza para perdurar en los siglos medios a pesar de la barbarie germánica”⁶⁰⁴. “Providencial fue también la irrupción de los bárbaros, lanzados para castigar las abominaciones del mundo romano, que si fue motivo de quebranto y oscurecimiento de la luz del mundo clásico en los primeros momentos, se fue iluminando ella misma, la nueva Europa edificada por el cristianismo sobre las ruinas del mundo antiguo, con el sentido unitario y católico, que es lo más sobresaliente de la Edad Media”⁶⁰⁵.

Sin duda la valoración que hizo Menéndez Pelayo de la literatura de los siglos XV y XVI le impidieron ver o precisar algún elemento negativo de esta época, observando que es arbitraria la disyunción histórica que se establece cuando se hace del Renacimiento una novedad exclusiva, o cuando se establecen los tópicos del significado de lo clásico y de la apreciación de los valores del mundo antiguo; Don Marcelino tiene un concepto mucho más amplio, más verdadero filosóficamente hablando: el espíritu renacentista no está en la cualidad paganizante de esta época, está en el afán nunca interrumpido, de *asimilación de lo clásico por lo cristiano*. Renacimiento fue la superación de la barbarie germánica por la cultura clásico-cristiana. Y más el renacimiento español que el italiano.

4.4. Filósofo de la historia de España

Menéndez Pelayo es fundamentalmente un filósofo de nuestra historia, de manera que el objetivo universal de la filosofía, la búsqueda de la verdad, supo aplicarla sobre la realidad de España como totalidad, sobre la realidad histórica de España.

“la filosofía de hoy no trata de sistematizar uno de los aspectos de la realidad: razón, sentimiento, inteligencia, sentido, materia, espíritu, sino la realidad toda, condensada en este microcosmos, que es el ser humano, donde lo racional y lo sensible, lo inmanente y lo trascendente, lo abstracto y lo concreto, lo temporal y lo eterno se dan cita”⁶⁰⁶.

Menéndez Pelayo centra su filosofía sobre la realidad viva de España, no se perdió en un historicismo ni dialéctico, como el de Hegel, ni vital como el de Dilthey.

“No todo es historia en la historia de España, como no todo es historia en la realidad historiada. Si todo se redujera a dato o

⁶⁰⁴ Ibidem. 128.

⁶⁰⁵ CHL. VII. 47-48.

⁶⁰⁶ Bernardo G. Monsegú. Valoración filosófica de Menéndez Pelayo. BBMP. XXXII. 1956. 133.

experiencia en la historia o en la vida, no habría posibilidad de tener una verdadera ciencia ni de la historia ni de la vida”⁶⁰⁷.

Lo histórico, a juicio de Menéndez Pelayo es lo menos sustantivo que hay en la realidad histórica. El hacer humano depende de su ser. Todo acontecer tiene por soporte al ser, y la realidad histórica nos sumerge en el abismo de una realidad ontológica, cuya plenitud funcional y óptica no se comprende adecuadamente haciendo sólo historia, sino haciendo también filosofía. Filosofía de la historia que no se convierte en verdadera sabiduría histórica, sino cuando el conocimiento descriptivo de los hechos se eleva a conocimiento científico, mediante el estudio de las causas, y por el conocimiento de éstas se asciende a la suprema causa, y en ella encontramos la razón de ser de lo que es naturaleza y es historia.

En la filosofía de la historia⁶⁰⁸, lo que se busca es la etiología del hecho, estudiando precedentes, concomitantes y subsiguientes⁶⁰⁹. La historia en cuanto significa realidad subjetiva, y la historiografía, como relato de esa realidad, reclaman una apertura teológica –a juicio de Don Marcelino- que facilita el paso a una interpretación adecuada del acontecer histórico. Los hechos son la materia bruta de la historia. Hay que explicarlos y hay que buscar su sentido. Al intentarlo, se hará filosofía; y ésta, si es imparcial y profunda, desembocará en la teología. El mismo Menéndez Pelayo, en su discurso sobre La historia considerada como obra artística, al señalar la impotencia de los escritores greco-latinos para darnos una filosofía de la historia, apunta también esta necesidad teológica de dicha filosofía.

Don Marcelino probó esta tesis con hechos, escribiendo historia, la historia de España en sus aspectos más nobles y destacados, y aclaró que no es posible llegar a un conocimiento pleno del espíritu que hace la historia y que hizo en particular la nuestra, sino a base de un entrañamiento profundo en la realidad historiada.

⁶⁰⁷ ibídem. p.134.

⁶⁰⁸ Hegel, a quien en buena parte sigue Menéndez Pelayo, en lo que se refiere a la Filosofía de la Historia, representa la línea racionalista de interpretación del sentido de la historia. Opuesto resueltamente a la idea del ciclo repetitivo de la filosofía griega, concibe la historia como «historia del Espíritu», cuyos momentos dialécticos son las diversas fases que el Espíritu atraviesa al pensarse a sí mismo. Estas fases del desarrollo no son meras repeticiones del Espíritu, sino superaciones de sí mismo y el proceso en conjunto busca un fin último, cuya meta final es el Espíritu absoluto. Hegel desarrolla, de hecho, desde la perspectiva del idealismo, las ideas de la historia que Kant expone en Idea de una historia universal desde el punto de vista cosmopolita: existe un «fin supremo de la naturaleza», consistente en un estado de ciudadanía mundial, o una sociedad cosmopolita, donde sea posible el pleno desarrollo de todas las capacidades humanas. La historia es precisamente la tendencia constante hacia este estado de capacidades humanas desarrolladas, sobre todo de la moralidad y la libertad, siempre buscado y nunca alcanzado, y su sentido (a priori) consiste en ser un conjunto de ideas reguladoras de la conducta humana universal.

⁶⁰⁹ Ver APL. II. 43-44.

Ni la historia de los diversos sistemas filosóficos le hacía difícil a Menéndez Pelayo el conservarse fiel a los postulados de una filosofía perenne, con vértice metafísico y teológico, ni la historia de los diversos sucesos ocurridos en nuestra patria le hacían difícil perder el hilo de la corriente castiza, con que sabía y quería dar unidad y sentido a la historia de España. Todo historiador -pensaba él- debe tener una filosofía con que hacer un juicio de la historia. La filosofía de Don Marcelino historiador es la filosofía cristiana, en su más amplio significado. La que acepta toda la verdad, venga de donde viniere, y fecunda el campo de la investigación racional, con la semilla de la revelación.

Toda la obra de Menéndez Pelayo es una filosofía de nuestros valores culturales, por él historiado y sobre todo interpretados. La Ciencia Española es historia y filosofía. La enorme cantidad de datos con que Don Marcelino prueba la existencia de los acontecimientos, no solamente como enumeración, sino con detalle de obras y hechos, es al mismo tiempo la valoración de los mismos, signo de la búsqueda de la esencia de la filosofía española. Filosofía que define como una actitud, más que como un sistema, como una peculiaridad en el arte de filosofar, más que como una invención genial en filosofía. Notas características, aclara nuestro autor, de nuestro pensar son el dogmatismo teológico, el armonismo, la intención ética, el idealismo realista, el humanismo cristiano.

La filosofía española se proyecta sobre un plano de objetividad ideal-realista, sin criticismos, con una constante histórica hacia el equilibrio entre la teoría y la práctica. Nuestro humanismo tiene una conceptualización metafísica profunda, coronada por la luz de la teodicea cristiana. La filosofía de la historia en Menéndez Pelayo, sigue una línea fundamentalmente católica y espiritualista. En este contexto, surge un concepto que se repite en su desarrollo filosófico de la historia de España: El genio de la raza. Otro ingrediente que añade a su doctrina, para marcar un estilo; lo sustantivo es el genio, lo adjetivo es la raza. Se refiere aquí a la unidad de un destino, original, una común empresa, consciente y libremente vivida por los hombres de un determinado suelo. Genio equivale en el caso a espíritu, tendencia, sentido, dirección histórica. El genio de la raza se refiere más a lo psicológico que a lo biológico.

“Como, aun siendo la vida de cada hombre más cosa de su espíritu que de su cuerpo, todavía es innegable que su psiquismo se resiente de su condición temperamental o somática. Algo parecido acontece con los espíritus nacionales. Su historia, aunque obra del espíritu, sufre las influencias geográficas y raciales a que están sometidos los hombres que la hacen”⁶¹⁰.

⁶¹⁰ Bernardo G. Monsegú. Valoración filosófica de Menéndez Pelayo. BBMP. XXXII. 1956. p.140.

La visión del genio de Don Marcelino se ciñe a las características de lo típico o lo característico de la raza española. Lo español como modo de comportarse en la vida y en la historia, un estilo, que no es sangre y raza, sino encuentro de todos los que viven en la misma patria. Filosofía e historia se edifican sobre el estrato espiritual del hombre, son producto del pensamiento y de la libertad. La universalidad del pensamiento y la indiferencia de la voluntad pueden modificar lo racial, sustrayendo la historia a todo determinismo. No es un naturalismo biológico lo que condiciona la interpretación histórica que nos legó Menéndez Pelayo, también sus consecuencias, aunque no sean elementos esenciales de nuestro espíritu deben tenerse en cuenta consideradas como instrumento providencial seguido por el espíritu español en su desarrollo histórico.

Cuando Don Marcelino evoca en sus obras la fidelidad al pasado, al respeto a nuestra tradición, la necesidad de sentirnos muy españoles, muy castizos, para devolver a España la grandeza que le corresponde, lo que pretendía era que nos sintamos solidarios del pasado, como empresa y quehacer más que como ser. La regeneración es una propuesta de recuperación espiritual, la vuelta al espíritu de la España del XVI, al humanismo cristiano de Luis Vives, al clasicismo de Fray Luis de León, al escolasticismo de Melchor Cano. El genio de la raza, no está en la mente de Menéndez Pelayo racialmente determinado, sino históricamente, y para él la historia, más que geografía, sangre o suelo, es ante todo Providencia y libertad, misión y aceptación.

Lo ve todo desde un ángulo de visión católica y española, con ojos de historiador, con la mirada en actualizar nuestra tradición. No es una ruptura con esta tradición, sino aspirar a la misma gloria de entonces, trabajando con el mismo estilo, como lo hicieron nuestros antepasados. Para él, la heterodoxia, la disconformidad con el dogma cristiano, no pasaba de ser un episodio circunstancial en la historia de España, sin constituir una constante ni llegar a viciar la fórmula de la unidad católica del pensamiento ibérico.

El aprecio de lo español, no se funda en un patriotismo de tipo provinciano, sino en un alto grado de universalidad, inmersa en la singularidad.

“no se puede renegar del propio ser, so pena de renunciar a todo quehacer. Ni siquiera se puede tener un quehacer justo y vigoroso, yendo contra la propia peculiar disposición. Como hemos de santificarnos con nuestro propio carácter o genio, así se ha de filosofar y actuar teniendo en cuenta la propia actitud o capacidad”⁶¹¹.

⁶¹¹ Ibidem. 146.

Menéndez Pelayo tiene muy claro que la ciencia es una y que la verdad no tiene patria, pero también que ambas (ciencia y verdad), adoptan formas y caracteres distintos en cada tiempo y lugar, según el genio e historia de las razas o pueblos. La nacionalidad se afirma en el momento en que se intenta hacer algo universal. Los procedimientos en la investigación, los métodos, el sentido que se imprime al pensar, van condicionados en gran parte por el medio ambiente, por las diferencias nacionales; y el rasgo predominante que al filosofar muestran los hombres de una raza o una nación es lo que justifica siempre el poder hablar de filosofías nacionales. Esta filosofía nacional –añade Don Marcelino- no significa la pretensión que los españoles tengamos para con la verdad y la filosofía, relaciones que los demás mortales no tienen. Los problemas fundamentales de la filosofía son comunes, y en sus líneas esenciales la inteligencia humana se los plantea casi siempre en todas partes de una misma manera, significa más bien, que cada pueblo tiene un modo peculiar de reaccionar y comportarse, han usado una forma que en nuestro caso hace que podamos hablar de filosofía, española a pesar de que el pensamiento sea uno y universal.

La historia ayuda a la filosofía y aunque ésta trascienda los límites de espacio y tiempo y la verdad no pueda encerrarse en un relativismo o perspectivismo histórico, es legítimo sostener que el filosofar guarda relación con las constantes históricas. La misión de la filosofía así considerada, consiste en actualizar la verdad, fecundando históricamente la conservación de la misma.

En fin, filosofar es cosa demasiado profunda y humana como para que no se resienta del modo de ser de cada hombre. Los problemas que agita la filosofía afectan de lleno a la vida, y no es fácil que el condicionamiento histórico del filósofo deje de hacer sentir su influencia a su filosofía.

“yo creo que hay siempre un lazo más o menos íntimo entre los pensadores de un mismo pueblo, y, en tal concepto, ninguno carece de filosofía nacional, más o menos íntimo influyente o desarrollada. Y si nunca oímos hablar de filosofía rusa ni de filosofía escandinava, será, o porque estos y otros países no han tenido pensadores de primero ni de segundo orden, o porque nadie se ha cuidado investigar sus relaciones y analogías, o porque estas investigaciones no han entrado todavía en el general comercio científico. De otra suerte, es imposible que filósofos de un mismo pueblo y raza no ofrezcan uno y aun muchos puntos de semejanza con el encadenamiento lógico de sus ideas”⁶¹².

En definitiva, parafraseando a nuestro autor podemos decir que lo óptico de cada espíritu está en los condicionamientos espacio-temporales, que juegan en la

⁶¹² CE. I. 304.

historia de un pueblo. Lo axiológico y valioso está en la revelación de ese mismo espíritu en obras donde se objetiva, como la ciencia, el arte, la literatura y la filosofía. Esta objetivación se adecuaba a la peculiaridad racial y social de cada nación.

4.5. La problemática filosófica de Menéndez Pelayo

Menéndez Pelayo no es filósofo de oficio, ya que su profesión como tal es la de historiador. Pero la historia y la teología entran en la filosofía; el historiador auténtico, entonces ha de ser un buen filósofo, puesto que de alguna manera está obligado a entrar en la realidad; realidad que Don Marcelino dejó entrever desde sus capacidades filosóficas nada comunes; historiando hechos, siembra ideas filosóficas, y de esas ideas cabe deducir lo que pensaba de filosofía, y qué clase de filosofía era la suya.

Esto no quiere decir que en Menéndez Pelayo no haya temas propiamente filosóficos, sino que no es en esa dirección donde se encuentra la más genuina expresión de su pensamiento. La clave de toda su obra literaria está en el sentido histórico que la penetra, en cuanto que de por vida se dedicó por propia vocación a buscar en el pasado la orientación para el presente y el porvenir, señalando las constantes del espíritu español en sus manifestaciones históricas, para proyectarlas luego hacia adelante. Es haciendo historia, como él hizo filosofía.

Filosofía de la historia que describe un tono metafísico, porque el acontecer, hunde sus raíces en el ser, y así apoyado en éste, la filosofía llega a convertirse en teología de la historia. Así nos lo explica en el Discurso sobre las vicisitudes de la filosofía platónica en España:

“la historia es la filosofía de lo relativo y de lo mudable, tan fecunda en enseñanzas y tan legítima dentro de su esfera como la misma filosofía de lo absoluto, y mucho menos expuesta que ella a temerarios apriorismos... estudiemos desapasionadamente lo que fue, y cuantas menos anticipaciones llevemos a tal estudio y menos nos preocupemos de su aplicación inmediata, más luces encontraremos en él para columbrar lo que será o debe ser... (así) se abrirán de súbito sus ojos y verá surgir, de las rotas entrañas de la historia, el radiante sol de la metafísica, cuya visión es la recompensa de todos los grandes esfuerzos del espíritu. Por todas partes se camina a ella, y en todas partes se la encuentra al fin de la jornada”⁶¹³.

⁶¹³ ECF. 111.

4.6. Su ideal filosófico

Menéndez Pelayo tenía un alto sentido espiritualista de la vida y de la filosofía. Además de su personal creencia, el conocimiento de la historia de la filosofía, lejos de aceptar las convicciones metafísicas de manera pasiva, buscó la forma de enriquecerlas y actualizarlas. En el Examen crítico de la moral naturalista, vemos su propio pensamiento anclado en todo momento en la metafísica cristiana y señalando como una directriz, esa filosofía, hacia el progreso humano. Fuera de ella todo es crisis: ideológica, ética, política. Observa como los filósofos de la época que reniegan de la metafísica, nos retrotraen bajo diferentes denominaciones, hacia el atomismo de Leucipo o al hedonismo de la escuela cirenaica.

Sin metafísica no se puede filosofar, y sin moral no se puede vivir. En vano se habla de una conciencia universal, de una sociedad universal, de un deber por el deber, porque esa conciencia universal e ideal no tiene más que un valor inmanente y derivado de la experiencia, y es claro que de lo inmanente y de lo empírico puede brotar como mucho una moral restrictiva y de limitación, fundada en la relatividad de las cosas, pero no una moral madura, persuasiva, para la cual se requiere más sólido fundamento que el de una concepción inmanente o meramente hipotética. *No lo que es, sino lo que debe ser impone su ley al mundo.*

De este modo, Menéndez Pelayo vuelve a ver el camino de una acertada recuperación en un sistema ideal realista, que nos saque de la presente crisis, y sin caer en un dogmatismo intransigente ni en un criticismo sin consistencia, nos ponga en vías de la armónica comprensión que reclama la verdad. Una metafísica que no se recluye en vanos formulismos ni peca por exceso de intelectualismo. Nada hay más ajeno a su pensamiento filosófico que la relatividad del conocimiento; lo más propio precisamente de la filosofía moderna, que deriva de Kant, en la que, al decir del mismo Don Marcelino, es aforisma capital dicha relatividad;⁶¹⁴ él creía en la metafísica, no en el puro fenómeno, sino en la realidad viva y nouménica, que se ofrece a lo inteligible.

Para él, no tiene valor la inducción aislada, sino también la deducción; junto al dato particular y los hechos, hay que poner el principio universal que da razón de los hechos, una síntesis científica superior nos ha enseñado que la demostración es un procedimiento científico tan legítimo como la inducción.

Menéndez Pelayo reconoce un sustratum permanente en la historia de la problemática filosófica, afirma que el progreso en filosofía se da cuando los pensadores no se encasillan en formulismos o se petrifican en fórmulas antiguas, abogando así por una postura crítica del pasado como base previa para avanzar

⁶¹⁴ ECF. 200.

filosóficamente, apelando a las fuentes primarias del conocimiento: la naturaleza y la conciencia⁶¹⁵.

Otra característica del pensamiento de Don Marcelino es el no aferrarse a la tradición, sino entender ésta como el suelo en el que se pueda apoyar una investigación propia, para dar un salto adelante. Lo que le molestaba de algunas posturas contemporáneas era, no tanto la importación de ideas ajenas, sino el no tener en cuenta las propias. La cultura patria ha de beneficiarse de la universal cultura, pero el aprovechamiento de ésta ha de hacerse sin renegar de la propia historia.

4.7. La Escolástica

La crítica de Menéndez Pelayo a la escolástica contemporánea tiene algunas razones como la falta de sentido histórico en muchos seguidores y el exclusivismo y la cerril intransigencia de que muchos de sus adeptos hicieron gala. Quería más independencia en lo opinable, y que no se invocase tanto el *magister dixit*, menos repetir fórmulas impuestas, más adaptación al ritmo de los tiempos, más adaptación al libro de la conciencia, que al libro de la Summa, “maltrata las glorias de la filosofía cristiana el que, por encumbrar a un solo doctor, inmola sin piedad en sus aras a todos los restantes, queriendo establecer hoy mucha más tiranía intelectual que en aquellos tiempos de luz y de vida para la escolástica en que resplandecían los Toledo, los Vázquez...”⁶¹⁶.

No estaba el mal de la escolástica, en lo que enseñaban mal, sino en lo que dejaban de enseñar; no en sus propias doctrinas, sino en poner coto a lo extraño, en ser infiel al principio de indagación racional⁶¹⁷. Había que adaptar y mejorar, no omitir lo que se hacía pero añadir algunas cosas que no se trabajaban.

De la escuela catalana recibió el espíritu de indagación y de crítica y la tendencia a una discreta reserva y parsimonia en la especulación metafísica, prefiriendo el análisis histórico psicológico y ateniéndose a los dictados del buen sentido. Pero todo eso no fue una filosofía sino una dirección para el estudio de la filosofía. En filosofía hizo suyas las tesis fundamentales del realismo aristotélico, simbiotizado con un platonismo de interpretación moderna. Es el armonismo que tanto le gustaba descubrir en Lull, o en Fox Morcillo, sintonizando con el espíritu crítico e histórico.

⁶¹⁵ ECF. P. 291.

⁶¹⁶ HIE. II. 118.

⁶¹⁷ Ver HIE. II. 118.

La preferencia que tuvo por nuestro siglo de oro, se funda en el concepto amplio más de fondo que de forma, que se había formado del renacimiento, donde lo clásico y lo cristiano se dieron un *abrazo íntimo y fecundo*. La fe católica informó toda nuestra vida, y el ideal cristiano latió bajo la belleza de las formas literarias de griegos y latinos.

4.8. Filosofía y ciencia

Menéndez Pelayo tenía un alto sentido espiritualista de la vida y de la filosofía. Además de su personal creencia, el conocimiento de la historia de la filosofía, lejos de hacer desaparecer en él las convicciones metafísicas y los postulados ético-cristianos, contribuía a hacerlos más firmes. Se inclina por el sistema ideal realista, que nos saque de la presente crisis, y sin caer en un dogmatismo intransigente ni en un criticismo sin consistencia, pero esta síntesis ha de hacerse sin mutilar ningún dato de la conciencia ni ahogar la natural aspiración metafísica. Metafísica que no se contenta con saber el cómo de lo que sucede, sino que aspira a determinar el qué y el por qué sucede: “sin el yo uno, idéntico, inmortal y libre, sin el Bien infinito y absoluto, no hay metafísica ni moral posible”⁶¹⁸.

Don Marcelino no nos dejó en sus obras el esquema estructural de ese idealismo realista. Su filosofía no está construida de manera arquitectónica, ni tiene por qué serlo, ya que no se propuso hacer el papel de filósofo, sino el de historiador que hace filosofía historiando y juzgando los sistemas con un enorme sentido filosófico, y presintiendo el verdadero ideal de la filosofía. Su filosofía es considerada realista porque no se alimenta de abstracciones que parcelan la realidad o mutilan al ser humano, sino que los toma como son, en su plenitud ontológica y funcional, con su fondo material y espiritual. Realista también porque para filosofar tiene en cuenta todas las facultades humanas, que no reconoce exclusivismos y busca la ciencia verdaderamente universal.

“el entendimiento busca, requiere y apetece una sola ciencia general, aplicable a todas las ciencias, con principios generalísimos, en los cuales esté implícito y contenido el principio de las ciencias particulares, como está contenido lo particular en lo universal”...“Es imposible que ciencia y metafísica, realidad y verdad estén de suyo reñidas. Si alguna vez disuenan, la culpa es del que no sabe filosofar con juicio y serenidad”⁶¹⁹.

⁶¹⁸ ECF. 310.

⁶¹⁹ ECF. 48.

Se lamenta Menéndez Pelayo de que se reconozca como ciencia, solamente a la ciencia experimental, dando la impresión de que a los hechos se los reconozca directamente como tal ciencia, “como si lo pasajero y mudable, pudiera comprenderlo el entendimiento de otra manera que bajo relaciones y leyes”⁶²⁰. Lo que él postulaba en su ideal filosófico no era otra cosa que la armonización de la idea con la realidad, teniendo en cuenta las lecciones de la historia, o sea el *poso perennemente válido* de la tradición y de las experiencias y aportaciones del presente, que deben integrarse, en un impulso progresivo hacia toda verdad. Su sueño era el ideal de la ciencia una y trascendente, en la que la pluralidad de las cosas se va reduciendo a unidad, hasta llegar al ser divino, donde ser e idea se identifican y la armonía real-idealista, pensada por el entendimiento humano más como una aspiración que como una verdadera ciencia, se hace o por mejor decir es verdadera y trascendental sabiduría.

“esta concepción grandiosa de la ciencia una y trascendente se impone como consecuencia forzosa de todo realismo armónico, muy especialmente en Lulio”⁶²¹.

Como filósofo, Don Marcelino, ama la sabiduría y se siente identificado con aquellos pensadores patrios que se dedicaron a buscar la clave de esta ciencia universal, analizando de alguna manera cómo pasan las notas de la filosofía universal al pensamiento español, mediante dos corrientes casi en igual grado poderosas:

- Luis Vives, que representa el espíritu crítico y la tendencia psicologista.
- Raimundo Lulio, que representa el espíritu armónico y la tendencia ontológica y sintética.

El eclecticismo o armonismo de que parecía gustar Menéndez Pelayo estaba condicionado por su deseo de servir a la verdad, de defender la justicia histórica sin perjuicio de la verdad. Su filosofía cristiana se resistía a un exclusivismo esquemático, donde no cupieran corrientes tan diferentes del filosofar cristiano, que no cerrase la puerta a cualquier nuevo esfuerzo de adaptación o renovación histórica. No quería una filosofía partidista y en actitud beligerante, sino una comprensión fácil y disposición para aceptar lo que está bien construido en el pensamiento; su actitud crítica no era de censura, sino de juicio y criterio⁶²². En resumen, se trata de tener una creencia y una filosofía penetradas de sentido histórico, porque lo cristiano es lo eterno metido en el tiempo, la teología hecha historia, y como toda filosofía gusta del progreso, y el mismo progreso es historia, es adaptación del pasado al presente, renovación y enriquecimiento de la tradición.

⁶²⁰ HHE. VI. 497.

⁶²¹ ECF. 111.

⁶²² Ver Monsagú. p. 93.

4.9. Historia y cristianismo.

El espiritualismo profesado por Don Marcelino está penetrado de ese sentido armónico, profundamente teológico e histórico. En este sentido, dos normas fundamentales presidían el ideal filosófico y teológico: por un lado el respeto a la tradición, la sumisión ciega a las verdades de la fe y por otro, el ansia de renovación y espíritu de libertad en las cosas de la ciencia. La ciencia es progresiva por su índole, y de esta ley no se exime ninguno de los saberes científicos; de este modo la síntesis ideal-realista que propone le hacía saludar con simpatía movimientos ajenos al pensar aristotélico-tomista, pero tendentes a la superación de la fase positivista de la filosofía. Filosofía realista que une en las debidas proporciones la objetividad y la subjetividad, y que no desvalora la razón ni sobreestima la experiencia.

4.10. A modo de conclusión

Trabajando los sistemas recibidos, Menéndez Pelayo los asimila, los discierne, los comprende y hace suyo el sistema más verdadero, repensando de modo personal y convirtiendo en sustancia propia un sistema ya dado. El sello personal puede ponerse sin que para ello sea preciso crear a cada paso nuevas estructuras filosóficas. Don Marcelino no ha propuesto una invención nueva en filosofía, pero tenía una mente tan preparada para la actividad filosófica, que le permitía apropiarse sin dificultad el esquema unitario de todas las creaciones o estructuras filosóficas.

Esta regeneración cristiana de la filosofía, y de la nuestra en particular, era el escondido anhelo que movía su escritura, su humanismo tenía tanto de cristiano como de español.

Con relación a España vio una peculiaridad del genio filosófico español, la tendencia prevalente en nuestros filósofos más representativos hacia el ideal de la conciliación. Pero a Menéndez Pelayo no se le escapó que más que la tendencia armónica, es la tendencia teológica, nota característica de nuestra filosofía. Desde su apreciación afirma que las dos terceras partes de nuestro valer filosófico está representada por nuestros teólogos. Más que armónica, la ciencia española ha sido dogmática aun dentro de las escuelas críticas, y por eso ha encontrado en el dogmatismo teológico el campo natural de sus triunfos y la forma más adecuada a su interno desenvolvimiento. Toda nuestra historia está penetrada de la teología, y a su vez, la historia de nuestra teología es la más gloriosa historia de la teología dogmática, al menos. Esta ciencia debe ser algo vital y movido, algo que permanece como la vida, progresando. La teología tiene su historia, y por tanto, algo interior que cambia, algo relativo. El mérito de nuestros teólogos del siglo XVI está precisamente en haberlo entendido así y no ser meros repetidores sino *asimiladores, renovadores y acrecentadores*.

Menéndez Pelayo hizo de su ideal filosófico una práctica de interpretación. No quiso crear filosofía, entendiendo por ella un sistema orgánico y metódicamente expuesto. Con ello se habría imposibilitado quizás su vocación de historiador. Consideramos que es filósofo en cuanto interpretó magistralmente ajenas filosofías, tomando su espíritu y dándonos de ellas una versión personalísima. Pensaba por su cuenta, al dar cuenta en sus obras de lo que otros habían pensado, haciendo vida la máxima expuesta en plena madurez: “en filosofía nadie posee sino aquello que personalmente ha investigado y en propia conciencia ha reconocido”⁶²³.

Menéndez Pelayo nos sorprende al acometer la finalidad de la crítica de lo presente, de reconstitución del pasado y de regeneración para el porvenir, responde toda su obra, incluso la literaria⁶²⁴. No hay historia, en su criterio, que presente en su desenvolvimiento “tan conciliada la unidad y la variedad, como la historia de la filosofía, ni hay otra donde pueda seguirse más claramente la genealogía de las ideas y de los hechos, que jamás aparecen como fortuitos y vagos, sino como enlazados por una ley superior y sujetos a cierto ritmo dialéctico”⁶²⁵.

Como filósofo de la historia, su afán marcado fue el de hallar sentido, genio y continuidad a nuestra trayectoria política, religiosa y cultural. Como historiador de la filosofía, su empeño máximo se cifró en descubrir huellas del pensamiento español por todo el campo de la cultura, y más aún, en hallar característica española a todo nuestro modo de ser y nuestra manera de filosofar. Hay una constante histórica en la evolución del pensamiento filosófico español, que legitima el hablar de filosofía española, si no como sistema hecho, sí como tendencia, actitud y manera de querer construirlo. Nuestro modo de filosofar tiene una peculiaridad, un sello inconfundible; haber descubierto este perfil español en la historia de nuestra filosofía, haber revelado el genio de la raza en todas las fases del acontecer histórico en general, es la aportación más alta de Menéndez Pelayo como filósofo de la historia.

⁶²³ ECF. 216.

⁶²⁴ Ver Bonilla y San Martín. La filosofía de Menéndez Pelayo. Revista de Archivos. Julio-diciembre. 1911. p. 62.

⁶²⁵ ECF. 144.

BIBLIOGRAFÍA

I. OBRAS DE M. MENÉNDEZ PELAYO.⁶²⁶

- I. HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA (I). Madrid. 1940. 534pp. (Prólogo de D. José Ibáñez Martín. Advertencia preliminar a la primera edición. Nota sobre la segunda. Antigüedad y Edad Media).
- II. HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA (II). Madrid. 1940. 506pp. (siglos XVI y XVII).
- III. HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA (III). Madrid. 1940. 671 pp. (siglo XVIII).
- IV. HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA (IV). Madrid. 1940. 442 pp. (introducción al siglo XIX: Alemania, Inglaterra).
- V. HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA (V). Madrid. 1940. 521 pp. (Introducción al siglo XIX: Francia, Índices).
- VI. ESTUDIOS Y DISCURSOS DE CRÍTICA HISTÓRICA Y LITERARIA (I). Madrid 1941. 420 pp. (Advertencia Preliminar. Estudios Generales. Edad Media. Influencias Semíticas. Cervantismo).
- VII. ESTUDIOS Y DISCURSOS DE CRÍTICA HISTÓRICA Y LITERARIA (II). Madrid 1941. 405 pp. (Humanistas. Lírica. Teatro anterior a Lope).
- VIII. ESTUDIOS Y DISCURSOS DE CRÍTICA HISTÓRICA Y LITERARIA (III). Madrid 1941. 388 pp. (Teatro: Lope, Tirso, Calderón).
- IX. ESTUDIOS Y DISCURSOS DE CRÍTICA HISTÓRICA Y LITERARIA (IV). Madrid 1942. 395 pp. (Siglo XVIII: Historia literaria. Siglo XIX: Poetas).
- X. ESTUDIOS Y DISCURSOS DE CRÍTICA HISTÓRICA Y LITERARIA (V). Madrid 1942. 418 pp. (Siglo XIX: Críticos y novelistas. Escritores regionales. Hispanistas y literaturas extranjeras).
- XI. ESTUDIOS Y DISCURSOS DE CRÍTICA HISTÓRICA Y LITERARIA (VI). Madrid 1942. 444 pp. (Escritores montañeses).
- XII. ESTUDIOS Y DISCURSOS DE CRÍTICA HISTÓRICA Y LITERARIA (VII). Madrid 1942. 388 pp. (Estudios históricos. Índices).

⁶²⁶ Señalaremos solamente la edición nacional del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, por ser la más completa, reciente y de manejo más sencillo. Fue el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, CSIC (fruto de la transformación, por Ley de 24 de noviembre de 1939, de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas que se había creado en 1907) quien asumió finalmente la tarea que tímidamente había comenzado el Instituto de España, culminando la Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo. Como no podía ser de otra manera, el propio Ministro de Educación Nacional, José Ibáñez Martín, firma el Prólogo de esta edición.

BIBLIOGRAFÍA.

- XIII. ORÍGENES DE LA NOVELA (I). Madrid 1943. 466pp. (Influencia oriental. Libros de caballería).
- XIV. ORÍGENES DE LA NOVELA (II). Madrid 1943. 367pp. (Novela sentimental. Bizantina. Histórica. Pastoril).
- XV. ORÍGENES DE LA NOVELA (III). Madrid 1943. 460pp. (Cuentos y novelas cortas. La Celestina).
- XVI. ORÍGENES DE LA NOVELA (IV). Madrid 1943. 392pp. (Apéndice I: La novela entre los latinos. Apéndice II: Prospecto para la Nueva Biblioteca de Autores Españoles. Índices).
- XVII. ANTOLOGÍA DE POETAS LÍRICOS CASTELLANOS. (I). Madrid. 1944. 422pp. (La poesía en la Edad Media I).
- XVIII. ANTOLOGÍA DE POETAS LÍRICOS CASTELLANOS. (II). Madrid. 1944. 434pp. (La poesía en la Edad Media II).
- XIX. ANTOLOGÍA DE POETAS LÍRICOS CASTELLANOS. (III). Madrid. 1944. 443pp. (La poesía en la Edad Media III).
- XX. ANTOLOGÍA DE POETAS LÍRICOS CASTELLANOS. (IV). Madrid. 1944. 422pp. (La poesía en la Edad Media IV).
- XXI. ANTOLOGÍA DE POETAS LÍRICOS CASTELLANOS. (V). Madrid. 1944. 403pp. (La poesía en la Edad Media V).
- XXII. ANTOLOGÍA DE POETAS LÍRICOS CASTELLANOS. (VI). Madrid. 1944. 397pp. (Tratado de los romances viejos. I).
- XXIII. ANTOLOGÍA DE POETAS LÍRICOS CASTELLANOS. (VII). Madrid. 1944. 421pp. (Tratado de los romances viejos. II).
- XXIV. ANTOLOGÍA DE POETAS LÍRICOS CASTELLANOS. (VIII). Madrid. 1945. 464pp. (Tratado de los romances viejos. III).
- XXV. ANTOLOGÍA DE POETAS LÍRICOS CASTELLANOS. (IX). Madrid. 1945. 467pp. (Tratado de los romances viejos. IV).
- XXVI. ANTOLOGÍA DE POETAS LÍRICOS CASTELLANOS. (X). Madrid. 1945. 630pp. (Boscán. Índices).
- XXVII. HISTORIA DE LA POESÍA HISPANO-AMERICANA (I). Madrid. 1948. 495pp. (Advertencias generales. México. América Central. Cuba. Santo Domingo. Puerto Rico. Venezuela. Colombia).
- XXVIII. HISTORIA DE LA POESÍA HISPANO-AMERICANA (II). Madrid. 1948. 493pp. (Ecuador. Perú. Bolivia. Chile. República Argentina. Uruguay. Índices).
- XXIX. ESTUDIOS SOBRE EL TEATRO DE LOPE DE VEGA (I). Madrid. 1949. 375pp. (Autos. Comedias de la Sagrada Escritura y de santos).
- XXX. ESTUDIOS SOBRE EL TEATRO DE LOPE DE VEGA (II). Madrid. 1949. 346pp. (Comedias de vidas de santos. Pastoriles. Mitológicas. De historia clásica. De historia extranjera).
- XXXI. ESTUDIOS SOBRE EL TEATRO DE LOPE DE VEGA (III). Madrid. 1949. 423pp. (Crónicas y leyendas dramáticas de España).

BIBLIOGRAFÍA.

- XXXII. ESTUDIOS SOBRE EL TEATRO DE LOPE DE VEGA (IV). Madrid. 1949. 423pp. (Crónicas y leyendas dramáticas de España).
- XXXIII. ESTUDIOS SOBRE EL TEATRO DE LOPE DE VEGA (V). Madrid. 1949. 431pp. (Crónicas y leyendas dramáticas de España).
- XXXIV. ESTUDIOS SOBRE EL TEATRO DE LOPE DE VEGA (VI). Madrid. 1949. 493pp. (Crónicas y leyendas dramáticas de España. Comedias novelescas. Índices).
- XXXV. HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES (I). Madrid. 1946. 431pp. (España romana y visigoda).
- XXXVI. HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES (II). Madrid. 1947. 496pp. (Periodo de la Reconquista).
- XXXVII. HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES (III). Madrid. 1947. 448pp. (Erasmistas y protestantes).
- XXXVIII. HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES (IV). Madrid. 1947. 451pp. (Protestantismo y sectas místicas).
- XXXIX. HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES (V). Madrid. 1947. 486pp. (Regalismo y Enciclopedia).
- XL. HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES (VI). Madrid. 1948. 514pp. (Heterodoxia en el siglo XIX).
- XLI. HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES (VII). Madrid. 1948. 736pp. (Apéndice y Documentos).
- XLII. HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES (VIII). Madrid. 1948. 590pp. (Apéndice II: España antes del cristianismo).
- XLIII. ENSAYOS DE CRÍTICA FILOSÓFICA. Madrid. 1948. 423pp. (un total de doce ensayos).
- XLIV. BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA CLÁSICA (I). Madrid. 1950. 401pp. (Accio. Catón).
- XLV. BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA CLÁSICA (II). Madrid. 1950. 431pp. (Catulo. Cicerón).
- XLVI. BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA CLÁSICA (III). Madrid. 1950. 378pp. (Cicerón. Historia Augusta).
- XLVII. BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA CLÁSICA (IV). Madrid. 1951. 537pp. (Horacio I).
- XLVIII. BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA CLÁSICA (V). Madrid. 1951. 335pp. (Horacio II).
- XLIX. BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA CLÁSICA (VI). Madrid. 1951. 585pp. (Horacio III).
- L. BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA CLÁSICA (VII). Madrid. 1951. 423pp. (Hostio. Plauto).
- LI. BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA CLÁSICA (VIII). Madrid. 1952. 399pp. (Quintiliano- Virgilio).
- LII. BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA CLÁSICA (IX). Madrid. 1952. 369pp. (Virgilio- Vitrubio).

BIBLIOGRAFÍA.

- LIII. BIBLIOGRAFÍA HISPANO-LATINA CLÁSICA (X). Madrid. 1953. 459pp. (Miscelánea. Notas para una bibliografía greco-hispana).
- LIV. BIBLIOTECA DE TRADUCTORES ESPAÑOLES (I). Madrid. 1952. 394 pp. (Abenatar-Cortés).
- LV. BIBLIOTECA DE TRADUCTORES ESPAÑOLES (II). Madrid. 1952. 379 pp. (Domenech-Llodrá).
- LVI. BIBLIOTECA DE TRADUCTORES ESPAÑOLES (III). Madrid. 1953. 435 pp. (Malón-Noroña).
- LVII. BIBLIOTECA DE TRADUCTORES ESPAÑOLES (IV). Madrid. 1953. 489 pp. (Oliver-Vives. Índices).
- LVIII. LA CIENCIA ESPAÑOLA (I). Madrid. 1953. 386 pp.
- LIX. LA CIENCIA ESPAÑOLA (II). Madrid. 1953. 439 pp.
- LX. LA CIENCIA ESPAÑOLA (III). Madrid. 1954. 372 pp. (Inventario bibliográfico de "La Ciencia Española").
- LXI. POESÍAS (I). Madrid. 1955. 354 pp. (Estudios Poéticos. Apéndice).
- LXII. POESÍAS (II). Madrid. 1955. 321 pp. (Odas, epístolas y tragedias. Apéndice. Índices).
- LXIII. VARIA (I). Madrid. 1956.
- LXIV. VARIA (II). Madrid. 1958.
- LXV. VARIA (III). Madrid. 1959.
- LXVI. DRAMAS DE GUILLERMO SHAKESPEARE. Madrid.1974⁶²⁷

⁶²⁷ El volumen LXVI no contiene obras de Menéndez Pelayo, sino una biografía suya, dispuesta por Enrique Sánchez Reyes, y se publicó en 1974.

BIBLIOGRAFÍA.

Además, contamos con el Epistolario de Marcelino Menéndez Pelayo, de acuerdo con estas especificaciones:⁶²⁸

- EPISTOLARIO. Ed. al cuidado de Manuel Revuelta Sañudo. Advertencia preliminar del Excmo. Sr. D. Pedro Sainz Rodríguez. Fundación Universitaria Española. Madrid.1982- 1991. Consta de 23 tomos, de acuerdo al siguiente esquema cronológico de la vida de Don Marcelino:

- I. Junio 1868 - Marzo 1876
- II. Abril 1876 - Diciembre 1877
- III. Enero 1878 - Junio 1879
- IV. Julio 1879 - Abril 1881
- V. Mayo 1881 - Diciembre 1882
- VI. Enero 1883 - Noviembre 1884
- VII. Diciembre 1884 - Junio 1886
- VIII. Julio 1886 - Octubre 1887
- IX. Noviembre 1887 - Abril 1889
- X. Mayo 1889 - Diciembre 1890
- XI. Enero 1891 - Junio 1892
- XII. Julio 1892 - Mayo 1894
- XIII. Junio 1894 - Junio 1896
- XIV. Julio 1896 -Octubre 1898
- XV. Noviembre 1898 - Febrero 1901
- XVI. Marzo 1901 - Mayo 1903
- XVII. Junio 1903 - Diciembre 1904
- XVIII. Enero 1905 - Diciembre 1906
- XIX. Enero 1907 - Noviembre 1908
- XX. Diciembre 1908 - Abril 1910
- XXI. Mayo 1910 - Diciembre 1911
- XXII. Enero - Mayo 1912, Cartas sin fecha
- XXIII. Índices

⁶²⁸ Entre 1982 y 1990 se publicaron los 22 volúmenes que completan el *Epistolario* (todos por la Fundación Universitaria Española, de Madrid, en tomos de 13'5x20'5), y en 1991 apareció un volumen 23 que contiene los *Índices*. Los 22 volúmenes contienen un total de 15.299 cartas *a y de* Menéndez Pelayo (incorporando, por supuesto, el contenido de todos los epistolarios parciales publicados con anterioridad). El volumen 23, incluye un índice de correspondientes, un índice temático y un índice temático de Menéndez Pelayo.

II. OBRAS SOBRE M. MENÉNDEZ PELAYO

- ABELLÁN, J.L.: Historia crítica del pensamiento español. Espasa Calpe. Madrid. 1979-1991.
- ABELLÁN, J.L.: Panorama de la filosofía española actual. Espasa Calpe. Madrid. 1978.
- ABELLÁN, J.L. (coord.): El pensamiento español contemporáneo y la idea de América. Vol. 2. Anthropos editorial. Barcelona. 1989.
- AGUILERA, Ignacio.: En torno al concepto de la estética en Menéndez Pelayo. Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. Tomo LXII, I. Madrid. 1956.
- ALONSO, D.: Menéndez Pelayo, historiador de la literatura y crítico literario. ARBOR. Julio-Agosto. Madrid. 1956.
- ALSINA ROCA, J.Ma.: El tradicionalismo filosófico en España. Su génesis en la generación romántica catalana. Barcelona. Promociones Publicaciones Universitarias, 1985.
- ANES Y ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN, G.: 150 Aniversario del nacimiento de Don Marcelino Menéndez Pelayo. Real Academia de la Historia. Madrid. 2007.
- ANES Y ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN, G.: Don Marcelino Menéndez Pelayo en la Real Academia de la Historia. Ed. Comunidad de Madrid. Madrid. 2006.
- ANGLÉS CERVELLÓ, M.: Els criteris de veritat en Jaume Balmes, Barcelona, Editorial Balmes, 1992.
- ARROYO SERRANO, S.: La filosofía española inventariada: homenaje a Gonzalo Díaz Díaz. Ed. Almad. Toledo. 2008.
- ASTRAÍN, A.: Menéndez Pelayo. Examen crítico de sus obras. Razón y fe. Tomo XXXIII. Madrid. 1956.
- AULLÓN DE HARO, P.: Estética y teoría literaria. Manuel Milá y Fontanals. Edit. Verbum. Madrid. 2002.
- BALCELLS, Albert: Cataluña contemporánea. Tomo I: Siglo XIX. SIGLO XXI Editores. Madrid. 1983.
- BALMES, J.: Filosofía fundamental, Madrid. B.A.C. 1948.
- BARALLAT Y FALGUERA, C.: Recuerdo biográfico de Fr. X. Llorens, Barcelona 1880.
- BATLLORI, M.: "Filosofía balmesiana y cervariense". Barcelona. Pensamiento. (Vol.III extraordinario dedicado a Balmes), 1947.
- BATLLORI, M.: Vuit segles de cultura catalana a Europa, Barcelona, Ariel, 1958.

BIBLIOGRAFÍA.

- BAULO, Sylvie y otros: Pensamiento y Literatura en España en el siglo XIX: Idealismo, Positivismo, Espiritualismo. Presses universitaires de Mirail. Toulouse. 1998.
- BERRIO, J.: El pensament filosòfic català, Barcelona. Cuaderns de Cultura, Ed. Bruguera, 1966.
- BILBENY, Norbert.: Filosofia contemporànea a Catalunya, Barcelona. El punt"/Edhasa, 1985.
- BOSCH-GIMPERA, P.: La Universitat i Catalunya. Barcelona. Edicions 62. Llibres a l'abast, 97. 1971.
- CARRERAS ARTAU, J.: La filosofía universitaria en Cataluña durante el 2º tercio del Siglo XIX. Barcelona. Gráficas Marina. CSIC, 1964.
- CARRERAS ARTAU, J.: Un maestro barcelonés de Menéndez Pelayo: Xavier Llorens y Barba. Barcelona . Rev. Filosofía, númes. 58, 59. 1956.
- CARRERAS ARTAU, J.: La filosofía escocesa a Catalunya. Centenari Joaquín Carreras i Artau. Generalitat de Catalunya. Barcelona. 1989.
- CARRERAS ARTAU, J.: La formación filosófica de Menéndez y Pelayo. Conferencias publicadas con motivo del Centenario de Marcelino Menéndez Pelayo. Universidad de Barcelona. Barcelona. 1956.
- CARRERAS ARTAU, T.: La filosofía universitaria durante el 2º tercio del siglo XIX. Barcelona 1964.
- CARRERAS, A. Y TAFURELL, X.: Estadísticas históricas de España. Siglo XIX y XX. Fundación BBVA. Bilbao. 2005.
- CARRERAS ARTAU, T.: Introducció a la historia del pensament filosòfic a Catalunya. Barcelona. 1931.
- CASTILLEJO, J.: Guerra de ideas en España: Filosofía, política y educación. Ed. Siglo XXI. Madrid. 2009.
- CASTRO RODRÍGUEZ, M.M.: La escuela en la comunidad
- CHAGUACEDA TOLEDANO, A.: Miguel de Unamuno. Estudios sobre su obra. Vol.2. Edic. Universidad de Salamanca. Salamanca 2005.
- CEÑAL, R.: Menéndez Pelayo y la filosofía española. ARBOR. Julio-Agosto. Madrid. 1956.
- CORETH, Emerich y otros: Filosofía cristiana en el pensamiento católico de los siglos XIX y XX.. Tomo I: Nuevos enfoques en el siglo XIX. Ediciones Encuentro. Madrid. 1993.
- CUSCÓ I CLARASÓ, J.: Francesc Xavier Llorens i Barba: un filòsof del vuit-cents. Publicacions de l'abadia de Montserrat. Barcelona. 1999.
- DE BONIS, S.: Posición filosófica de Menéndez Pelayo. Madrid. 1956.

BIBLIOGRAFÍA.

- DELGADO, J.: Evolución política del siglo XIX. Nájera. Madrid.1984.
- DÍAZ DÍAZ, G.: Hombres y documentos de la Filosofía española. Vol. 7. CSIC. Madrid. 2003.
- ESTRADA HERRERO, D.: Estética. Herder. Barcelona. 1988.
- FERNÁNDEZ, J.M.: Menéndez Pelayo filósofo. Revista de Humanidades. N°15. Madrid. 1956.
- FONT Y PUIG, P.: Menéndez y Pelayo y la Universidad de Barcelona. Conferencias pronunciadas con motivo del centenario de Marcelino Menéndez y Pelayo. Universidad de Barcelona. Barcelona. 1956.
- FORMENT I GIRALT, E.: Historia de la filosofía tomista en la España contemporánea. Ediciones Encuentro. Madrid. 1998.
- FRADERA, J.M.: Cultura nacional en una sociedad dividida: Catalunya 1838-1868. Marcial Pons Ediciones de Historia. S.A. Madrid. 2003.
- FRAILE, G.: Historia de la Filosofía Española desde la Ilustración. Madrid, B.A.C. 1972.
- GALIANO, M.: Menéndez Pelayo y los estudios clásicos. ARBOR. Julio-Agosto. Madrid. 1956.
- GARCÍA GARCÍA, J. y RÓDENAS DE MOYA, D.: El ensayo español del siglo XX. Crítica. Barelona. 2008.
- GARCÍA ROMERO, M.: Apuntes para la biografía de D. Marcelino Menéndez Pelayo. Ed. Kessinger Publishing. Madrid. 2010.
- GILI GAYA, Samuel.: Ideas estéticas y americanismo. Revista Interamericana de Filosofía. Vol VI, n°4. Madrid. 1956.
- GOMES, M.: Estética hispanoamericana del siglo XIX. Fundación Biblioteca Ayacuch. Caracas.2002.
- GÓMEZ PÉREZ, R.: Breve historia de la cultura europea. Rialp. Madrid. 2005.
- GONZÁLEZ ALCÁZAR, Felipe.: Procesos de la poética clasicista: los tratados de preceptiva española del siglo XIX. EDITUM. Murcia. 2005.
- GONZÁLEZ DE LUNA, E.: La filosofía del sentido común. Universidad Nacional Autónoma de México. México. 2004.
- GUERRERO, PÉREZ GARZÓN Y RUEDA.: El sexenio democrático, 1868-1874. Itsmo. 2004
- GUY, A.: Histoire de la philosophie espagnole, Toulouse, 1983. Versión en castellano: Anthropos. Barcelona. 1985.
- HEREDIA SORIANO, A.: Política docente y filosofía oficial en la España del S. XIX. La era isabelina (1833-1868). Salamanca. Ed. Universidad. ICE. Salamanca, 1982.

BIBLIOGRAFÍA.

- HERNÁNDEZ GUERRERO, J.A. (coord.) Retórica, literatura y periodismo. Actas del V Seminario Emilio Castelar. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz. Cádiz. 2006.
- HERRERA ORIA, A.: El pensamiento político de Menéndez Pelayo. (Prólogo a la Antología General de Menéndez Pelayo de Sánchez de Muniáin). B.A.C. Madrid. 1956.
- JIMÉNEZ-LANDI, A.: La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente: los orígenes de la Institución. Vol.I. Ed. Universidad de Barcelona.1996.
- JORBA, M.: Vol. 1. Manuel Milá i Fontanals en la seva época. Vol.2. l'obra crítica i erudita de Manuel Milá. Barcelona. 1985.
- JORBA, M.: L'obra crítica i erudita de Manuel Milá i Fontanals. Publicacions de l'abadia de Montserrat. Barcelona. 1989.
- LABOA, J.M.: La iglesia del siglo XIX: Entre la Restauración y la Revolución. Universidad Pontificia de Comillas. Madrid. 1994.
- LAÍN ENTRALGO, P.: Menéndez Pelayo, historia de sus problemas intelectuales. Espasa Calpe. Madrid. 1944.
- LÁSCARIS CONMENIO, Constantino.: La orientación filosófica de Menéndez Pelayo. Revista de filosofía. XV. Madrid. 1956.
- LEÓN TELLO, Francisco José.: La estética y la filosofía del arte en España en el siglo XX. Tomo I. Valencia. 1983.
- LISORGUES, Y.: Realismo y naturalismo en España en la segunda mitad del S.XIX. Anthropos. Barcelona. 1988.
- LLORENS Y BARBA, Javier.: Lecciones de Filosofía.(3 vols.). Universidad de Barcelona. Barcelona. 1920.
- MARAGALL I NOBLE, J.: El pensament filosòfic, segles XVIII i XIX. Dopesa. Barcelona, 1978.
- MARTÍ D'EIXALÁ, R.: Curso de Filosofía Elemental. Imp. J.M. Grau. Barcelona. 1841.
- MARTÍ D'EIXALÁ, R.: Manual de Historia de la Filosofía. Imp. Del Constitucional. Barcelona. 1842.
- MARTÍN MÍNGUEZ, B.: El Excmo. Señor D. Marcelino Menéndez Pelayo juzgado por sus libros. Ed. Kessinger Publishing. Madrid. 2010.
- MÉNDEZ BEJARANO, M.: Historia de la filosofía en España hasta el siglo XX. Madrid. 1928.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, E.: Interiores. Estudio preliminar de Dámaso López. Servicio de Publicaciones Universidad de Cantabria. Santander. 2002.
- MEREGALLI, Franco: La historia de la estética. Revista de Filosofía. II. 1943.

BIBLIOGRAFÍA.

- MICÓ BUCHÓN, J.L.: La historia de la estética en Menéndez Pelayo. Revista de Humanidades. N° 15. Madrid. 1956.
- MILÁ Y FONTANALS, M.: Estética y teoría literaria. Verbum. Madrid. 2002.
- MILLÁS Y VALLICROSA, J.M.: Menéndez y Pelayo, valorizador de la ciencia española. Conferencias pronunciadas con motivo del centenario de Marcelino Menéndez y Pelayo. Universidad de Barcelona. Barcelona. 1956.
- MIRABENT, F.: L'Escola escocesa i la seva influencia en els filòsofs catalans del segle XIX. Ateneu barcelonés. Conferències filosòfiques (1828-1829).CSIC. Barcelona. 1950.
- MONSEGÚ, Bernardo.: Valoración filosófica de Menéndez Pelayo. Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo. Santander. 1956.
- MUÑOZ ALONSO, A.: ¿Filósofo Menéndez Pelayo? Revista de Filosofía. Madrid. 1956.
- MUÑOZ ALONSO, A.: Las ideas filosóficas en Menéndez Pelayo. Rialp. Madrid. 1956.
- NICOL, E.: El problema de la filosofía hispánica. Ed. Tecnos. Madrid. 1961.
- NIETO GALLO, G.: La arquitectura en las ideas estéticas de Menéndez Pelayo. Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. Tomo LXII,I, Madrid. 1956.
- NUÑEZ ENCABO, M.: El nacimiento de la Sociología en España: Manuel Sales y Ferré. Universidad Complutense. Madrid.1999.
- PAREDES ALONSO, J.: (Coord.). Historia contemporánea de España siglo XX. Ariel. Barcelona. 2004.
- PINILLA BURGOS, R.: El pensamiento estético de Krause. Universidad Pontificia de Comillas. Burgos.2005.
- PLAZAOLA ARTOLA, J.: Introducción a la Estética. Historia, teoría y textos.4º edic. Universidad de Deusto. Bilbao. 2008.
- PRADOS DE LA PLAZA, L.: Memoria de Marcelino Menéndez y Pelayo. Fundación Universitaria Española. Madrid. 2006.
- QUEROL Y GAVALDA.: La escuela estética catalana contemporánea. Instituto Diego Velázquez. Csic. Madrid. 1953.
- RIELO, Fernando y AA.VV. ¿Existe una filosofía española? Fundación Fernando Rielo. Madrid. 1988.
- ROURA ROCA, J.: Llorens i Barba i la filosofia nacional. Serra d'Or. Barcelona. Febrer de 1986.
- RUBIÓ Y BALAGUER, J.: Menéndez Pelayo y Ramón Llull. Conferencias pronunciadas con motivo del centenario de Marcelino Menéndez y Pelayo. Universidad de Barcelona. Barcelona. 1956.

BIBLIOGRAFÍA.

- RUIZ I CALONJA, J.: Panorama del pensament català contemporani. Ed. Vicens Vives. Barcelona. 1963.
- SAINZ RODRÍGUEZ, P.: Estudios sobre Menéndez Pelayo. Espasa Calpe. Madrid. 1984.
- SALES I CODERCH, J.: Pensament a Catalunya. El Llamp. Barcelona. 1987.
- SÁNCHEZ DE FRANCISCO, L.: Pensamiento en la literatura española. Universitet Im. Adama Mickiewicza w Poznaniu. Poznam. 1992.
- SÁNCHEZ DE MUNIÁIN, J.M.: La sinceridad como fundamento estético del lenguaje de Menéndez Pelayo. (Introducción de su Antología). B.A.C. Madrid. 1956.
- SÁNCHEZ DE MUNIÁIN, J.M.: Antología general de Menéndez Pelayo. B.A.C. Madrid. 1956.
- SÁNCHEZ REYES, E.: Menéndez Pelayo. Su época, su obra, estudio de la Historia de las Ideas Estéticas. Teide. Barcelona. 1962.
- SANEMETERIO, Modesto.: Menéndez Pelayo. Su época y su obra literaria. Edic. Mater et Magistra. Madrid. 1962.
- SANTOVEÑA SETIÉN, A.: Marcelino Menéndez Pelayo: revisión crítica de un pensador católico. Universidad de Cantabria. Asamblea Regional de Cantabria. Santander. 1994.
- SANVISENS I MARFULL, A.: Doctor. Alexandre Sanvisens i Marfull: Pedagog i pensador. Edic. Universitat de Barcelona. Barcelona. 2005.
- SERRA HUNTER, J.: Figures i perspectives de la història del pensament. Imprenta Ponio i Margeli. Miscel·lània Creixell. Barcelona. 1922.
- SIGUÁN, M.: La psicología a Catalunya. Llibres a l'abast. 161. Edicions 62. Barcelona. 1981.
- SUANCES MARCOS, M.: Historia de la filosofía española contemporánea. Ed. Síntesis. Madrid. 2006.
- SUÁREZ, L. y GALLEGO, j.a.: Revolución y restauración (1868-1931). Rialp. Madrid 1981
- TORRAS I BAGES, J.: La tradició catalana. Estampa la Ilustración. Barcelona. 1892.
- TUÑÓN DE LARA, M.: LA España del siglo XIX. Akal. Madrid. 2000.
- VALVERDE, J.M.: Sobre el pensamiento estético de Menéndez y Pelayo. Conferencias pronunciadas con motivo del centenario de Marcelino Menéndez y Pelayo. Universidad de Barcelona. Barcelona. 1956.
- VAUTHIER, B.: Arte de escribir e ironía en la obra narrativa de Miguel de Unamuno. Edic. Universidad de Salamanca. Salamanca. 2004.
- VÁZQUEZ-ROMERO, J.M.: Tradicionales y moderados ante la difusión de la filosofía krausista en España. Ed. Universidad Pontificia de Comillas. Burgos. 1997.

BIBLIOGRAFÍA.

VILAR, Pierre: Assaigs sobre la Catalunya del Segle XVIII. Curial. Biblioteca de cultura catalana, n°5. Barcelona.

VILLACAÑAS BERLANGA, J.L.: Kant en España: el neokantismo en el siglo XIX. Edit. Verbum. Madrid. 2006.

SIGLAS Y ABREVIATURAS REFERIDAS A LA BIBLIOGRAFÍA DE MENÉNDEZ PELAYO⁶²⁹

APL	Antología de poetas líricos castellanos
BBMP	Boletín de la biblioteca de Menéndez Pelayo
BHLC	Bibliografía hispano latina clásica
BAE	Biblioteca de autores españoles
CE	La Ciencia española
CHL	Estudios y discursos de crítica histórica y literaria
ECF	Ensayos de crítica filosófica
GPE	Los grandes polígrafos españoles
HHE	Historia de los heterodoxos españoles
HIE	Historia de las ideas estéticas en España
HPHA	Historia de la poesía hispano americana
Lope	Estudios sobre el teatro de Lope de Vega
ON	Orígenes de la novela
OC	Obras completas
R.A.E.	Real Academia Española
R.A. de B.A.	Real Academia de Bellas Artes
R.A. de C.M. y P.	Real Academia de Ciencias Morales y Políticas
R.A. de la H.	Real Academia de la Historia
TEE	Tratado elemental de Estética

⁶²⁹ Colocamos aquí, las abreviaturas referidas exclusivamente a las obras completas de Menéndez Pelayo, con el fin de facilitar la interpretación de las abundantes siglas que acompañan el presente trabajo.